



Departamento de Filología Española, Clásica y Árabe
Doctorado en Literatura y Teoría Literaria

VIDA Y OBRA PRIMERAS DE SEBASTIÁN PADRÓN ACOSTA
(1900-1936)

Volumen II

Tesis doctoral
José Miguel Perera Santana

Las Palmas de Gran Canaria, a 16 de noviembre de 2015



Departamento de Filología Española, Clásica y Árabe
Doctorado en Literatura y Teoría Literaria

VIDA Y OBRA PRIMERAS DE SEBASTIÁN PADRÓN ACOSTA
(1900-1936)

Volumen II

Tesis doctoral presentada por D. José Miguel Perera Santana
Dirigida por el Dr. D. José Yeray Rodríguez Quintana

El director,

El doctorando,

Las Palmas de Gran Canaria, a 16 de noviembre de 2015

ANEXO

Textos de Sebastián Padrón Acosta
(1919-1936)

La gran mayoría de textos de Sebastián Padrón Acosta en esta primera época de su obra, desde 1919 a 1936, fueron publicados en el periódico tinerfeño *Gaceta de Tenerife*. Los que fueron dados a conocer en otro medio (periódico o revista) son los que se explicitan junto al día en que salieron a la luz.

Hemos mantenido fielmente las versiones de los artículos aparecidas en los diversos rotativos con algunas excepciones lógicas (caso de los errores evidentes) y otras convenientes (actualización de alguna cuestión formal o lingüística). De ellas aparecen anotadas las que hemos creído oportunas por ser destacadas; sin embargo –y con la finalidad de aminorar la cantidad ingente de notas al pie–, se ha procedido a estirpar del aparato crítico todas aquellas aclaraciones de fallos y erratas obvios, que quedan archivadas para otro contexto en el que fueran oportunas.

Por último, se incluyen algunas notas que pueden ser esclarecedoras a la hora de una comprensión completa de los diferentes textos, que se suceden uno tras otro en el orden cronológico en el que se publicaron.

1919

- 28 de junio

La hipocresía¹

Es la hipocresía apariencia de realidad. Y ella es el vicio que más corroe las entrañas de la sociedad.

Se ha extendido por el mundo tanto como el aire. El hombre es esencialmente un hipócrita. Si pudiéramos levantar por una punta el velo que oculta a nuestras miradas las inteligencias y los corazones de los hombres, veríamos en su interior un cementerio, pues en él todos los gérmenes de vida son ahogados por esta pasión maldita. Los hombres nos hablan con palabras vacías de sinceridad, porque ellas no expresan lo que el corazón siente. La causa principal de la hipocresía es la soberbia, pues no queremos descubrir a nuestros semejantes la podredumbre que llevamos dentro; por eso somos, como lo dijo Jesús, sepulcros blanqueados, esto es, apariencias de realidad.

En el hipócrita hay dos hombres: el sincero que va por dentro, encerrado en su yo interno; y el hipócrita que sale al exterior con esa máscara repugnante. Muchas veces he visto a esos seres miserables y hasta los he sentido a mi lado y he temblado, como temblaría ante la presencia de un buitro. Ellos dan la felicitación por un triunfo obtenido, con la sonrisa en los labios; y la sierpe mordedora de la envidia se enrosca en sus corazones y el techo del bien ajeno, como ha dicho un escritor moderno, los corroe. Su voz tal vez será atractiva, como la mágica voz de las Sirenas, pero en su interior llevan la muerte, los escollos, la miseria. El hipócrita no quiere aparecer tal cual es. Él siente como los demás la pasión, y la satisface, pero en su soledad. Hablan en su presencia de algo que él ama con frenesí, pero aparenta insensibilidad y sin embargo la pasión ruge furiosa en sus entrañas de tigre. Su misión es ocultar y callar, como la misión de los ladrones. La hipocresía está no solo en las palabras vacías de sinceridad sino también en la mirada de gato, en el semblante, en los modales, en el andar y hasta en el vestir. El hipócrita quiere hacer que el semblante no sea el espejo del alma pero en vano porque unas veces el carmín del rostro, ese delator callado y misterioso, ese manifestante de la vergüenza, y otras la palidez, confesor del miedo, son los terribles y encarnizados enemigos del hipócrita. Y todo esto se ve hoy en los hombres, en mayor grado en unos y en menor en otros.

Aquel a quien creemos nuestro amigo, está ya maquinando un medio con que vendernos. La amistad es una farsa. La sinceridad ha muerto. Solo resucita en la locura bacanal de Carnestolendas. Y resucita porque en esos días nos muestra la humanidad lo que es: una hipócrita.

Es, aunque parezca paradójico, la sinceridad de la hipocresía, puesto que los hombres para aparecer como son usan esa careta de la hipocresía. El hipócrita es un mentiroso miserable, un pecador solitario. Los hipócritas rinden culto idolátrico a sus dios: *el qué dirán*. La adulación es la hipocresía de los rateros literarios, pues quieren

¹ Se publica bajo el membrete *Pecados sociales*, que viene a ser una primera versión de lo que posteriormente llamaré *Estulticias Sociales*. Es el primer texto suyo, del que tengamos noticia, firmado con el seudónimo *Silvio de Portinari*, aquí puesto por error *Pontinan*. El joven acaba de dejar el Seminario.

robar a los otros lo que les pertenece, para aparecer lo que no son. El hipócrita es el zángano, el zorro, el lobo de la humanidad.

El ambiente social está enrarecido de hipocresía, en tanto grado que casi nos asfixiamos.

Vivimos, nos movemos, estamos en medio de hipócritas. Con razón dijo uno de nuestros clásicos que siempre había máscaras y que todo el año era Carnaval².

Silvio de Portinari
Puerto Cruz 22-VI 1919

² Probablemente se refiera a Mariano José de Larra.

- 2 de julio

La escena VI del tercer acto de *Arrotró*

No cabe duda de que la obra de Maffiotte es encantadora. Varios críticos han hablado de ella en artículos publicados en periódicos de la Provincia, por lo que solamente quiero exponer lo que siento acerca de la escena VI del tercer acto, de la cual nadie ha hablado como se debe. Creo firmemente que esta escena desdora la obra, porque el desenlace, que es precisamente lo más culminante en el drama, es de tal modo inverosímil que raya en lo imposible. Porque es inverosímil que una mujer (Carmen) después de hacer alardes de inocencia y de pureza, le diga a su marido que ella le ha engañado. Oíd lo que Carmen dice a su esposo en los momentos más críticos de la acción: "¡No! ¡No! Es mi hijo. Primero a mí; ¡mátame a mí, cobarde, bandolero! A mí, ¡mátame! A mí que... yo fui, que yo te engañé. Quiero a otro hombre. Mátame, te engañé, cobarde...".

Esto es horrible. El poner en boca de una esposa honrada estas palabras, de una esposa que huye la sombra de la duda, es desconocer la psicología de la mujer casada, máxime cuando el mismo autor pone en boca de Carmen estas frases anteriores a las ya citadas: "Soy inocente; te lo juro".

Lo que es una contradicción manifiesta, aunque se quiera poner por pretexto el aturdimiento en que se halla Carmen. Comprendo y me explico que Carmen, por salvar a su hermana Rosa, ocultase el desliz de esta y que así las cosas llegara el momento inesperado por Carmen en que Julián le diese muerte por creerla infiel: esto me lo explico, pero el que una mujer inocente y ante el sacrificio de su hijo, le diga a su esposo con la mayor desfachatez: "Sí; yo te engañé"; esto sí que está fuera de la psicología de la esposa y raya en lo imposible.

No es humano. Y al teatro debe llevarse el corazón humano con sus agitaciones y sus pasiones para hacer aborrecible el vicio y amable la moralidad.

Esto no se puede admitir, aunque el autor haya preparado ya el ánimo del espectador, poniendo en boca de Carmen en la escena V del tercer acto las palabras siguientes: "*Antes muerta* que hacer que de ti digan too lo que de mí andan diciendo. Yo bien sé cuánto peor no sería eso pa ti, pa mí, pa toos...".

Al buen criterio del lector y de las personas competentes dejamos la decisión, pero nosotros siempre tendremos por imperfecta la obra mientras esas palabras no desaparezcan del drama. Y sea este artículo como un consejo de amigo para el señor Maffiotte.

Silvio de Portinari
Puerto Cruz 23 VI 1919

- 20 de julio, *La Comarca*

Nocturno

A José de la Guardia Ayú³

Hermano: para ti que, como yo, has llorado mucho, sean estas prosas líricas que han brotado al calor de los recuerdos y de las lágrimas

La noche está despejada y serena, envuelta dulcemente por las tibias caricias de los resplandores lunares; el cielo, sembrado de estrellas rutilantes tiene la sonrisa de su azul de ensueño y esperanza; en el jardín florecido reina una calma como de camposanto; el agua en el estanque se ha dormido embelesada por el beso romántico de la Luna; los naranjos de azahares florecidos parecen estar en un sueño de éxtasis profundo, tan profundo como el éxtasis en que debieron estar sumidos los naranjos de Italia cuando Julieta y Romeo se contaban sus cuitas amorosas; las acacias y madresevas, que rodean mi ventana de celda, por la que penetra el perfume tibio y voluptuoso del jardín dormido, están bañadas en la luz triste de la Luna y refrescadas por el sereno de la noche; solamente turban el misterio y silencio de la noche lejanos ladridos de perros y las palpitations de todas las cosas que duermen rimadas con el arrullo lejano y eterno de los bravíos mares rumorosos. Todo invita al espíritu a la meditación y al recuerdo. En medio de este silencio profundo en que reposa mi espíritu, en medio de esta calma perfumada, únicamente escucho los latidos de mi corazón anheloso, de mi corazón que sueña en cosas tristes, en cosas que pasaron por mi vida como una ráfaga de felicidad, como un destello de cariño... de un cariño ideal como mis ensoñaciones románticas. ¡Oh noche de Luna, noche de soledad y de silencio, de dolor y de lágrimas, cuántos recuerdos despiertas en mi mente fatigada! El recuerdo, la visión turbadora de tus ojos, ¡oh niña de mis sueños!, de tus ojos azules como ese firmamento inmenso y como ese mar dilatado, vienen a turbar la paz quieta de mi abatido espíritu. Ya no puedo ocultar por más tiempo esta pasión que ha devorado mi vida en el secreto de mi conciencia. Yo te he amado con frenesí en mi soledad triste; yo he sentido y siento sed infinita de tus ojos azules y profundos, y de las mieles de tu boca ansias ardorosas; yo te amo con el éxtasis del místico, con la pasión del poeta, con la locura del amor juvenil. Pero un dolor muy hondo, un dolor tan profundo como el mar y como mis ansias de vida, tortura

³ Esta persona también es un joven seminarista, de Icod de los Vinos, por tanto compañero de Padrón Acosta. Ambos parece que acaban de dejar los estudios en el Seminario lagunero, y vinculado a este motivo el 15 de junio de 1919 el joven icodense, que firma como *J. G.*, alcanza al público en *La Comarca* un llamativo escrito titulado "Remembranzas", con esta dedicatoria: *Para mi aprovechado compañero y condiscípulo, Sebastián Padrón*. Casi un mes después Padrón Acosta le contestará con este "Nocturno" firmado con el seudónimo *Silvio de Portinari*, que ya había comenzado a utilizar en *Gaceta de Tenerife*. Por este intercambio de textos entre los dos podemos confirmar con rotundidad que tras esta firma se esconde el portuense.

mi espíritu; y es que tú ignoras lo profundo, lo intenso de mi pasión casta y ardorosa. Tú has pasado por mí y hasta fijamente, pero todo ha sido con indiferencia tal vez, porque ignoras la admiración profunda que mi alma siente por tus bucles de oro y por tus pupilas profundas como el abismo de mi vida, profundas como mi amor intenso. Y me acongoja la idea terrible de que no puedo comunicarte mi ardor pasional porque el destino me señala otra ruta más segura, pero más dolorida...

Amo al cielo y al mar porque en ellos veo lo misterioso, lo inmenso e infinito de tus ojos azules y profundos como el enigma de los camposantos. Tú eres pura como la azucena de los jardines, y como el lirio de los campos, y como la flor del almendro que tanto han cantado los poetas. Tú eres blanca como la nieve de los lirios, perfumados por el ambiente fresco de los campos. Tú eres buena como mi madre, y como Teresa de Jesús casta, y como Rosa la de Lima, pura, y como yo, triste... Por eso te quiero, porque quiero al dolor, por eso te amo, porque adoro a Teresa, por eso te admiro, porque idolatro a aquella Rosa santa, que fue como tú eres; casta y pura, sencilla y buena. Así me gustas. Musa, así me encantas: misteriosa en tu mirada, como el mar.

Así te quiero. Cuanto más llorosa
me pareces más hermosa,

cantaba el poeta de "La Musa triste".

Yo siento intenso y profundamente el dolor de la vida, y tú eres la palmera que da sombra a mi melancolía. La vida y los hombres han sido conmigo crueles. La vida es una farsa monstruosa y continua como la conversación de los hombres. ¡Los hombres!, esos cadáveres andantes, que llevan en su ser el vacío y el germen de la muerte, esos seres repletos de hipocresía. Todos me han abandonado, hasta aquellos a quienes yo tenía por amigos, hermanos en ideales y aspiraciones. Es una mentira la amistad y los amigos hipócritas, herméticos. ¡Oh noche de soledad y de silencio, cuántos recuerdos despiertas en mi corazón dolorido! Yo quisiera vivir en esta calma, lejos de los hombres, cerca de la soledad y de la Naturaleza, esa noche espléndida de todos los artistas. Yo quisiera vivir aquí con las caricias de la Luna. ¡Oh astro nocturno y consolador, que un rayo de tu luz penetre en el fondo de mi alma y la transforme y vivifique con tu luz pura! Yo tengo sed de caricias y de amores. ¡Astro del dolor!, besa, besa por un momento mi frente ardiente y fatigada de tanto pensar en las ingratitudes y en los desengaños de los hombres. Besa tú compasiva mis ojos cansados de contemplar injusticias y dolores. Yo amo tu luz tibia y cariñosa. Bésame con tus rayos plateados, astro consolador, Tú, que eres pura como las miradas dulces y castas de los niños, blanca como el campo de la nieve, penetra en el fondo de mi ser y que vuele yo, como una golondrina, a mi infancia, a mi tierra lejana... Vuélveme a ese minuto de oro, como cantó Víctor Hugo, a aquella edad en que jugaba con mis ilusiones de niño, a aquella edad dichosa en que ignoraba el dolor y esa mueca horrible de los hombres, esa mueca tan espantosa como la mueca de un demente. Vuélveme al tiempo en que contemplaba, como contempla un niño, con embeleso y con vaguedad. Entonces únicamente fui feliz, porque ni la sombra del mar turbaba la placidez de mi sueño. No, no quiero volver al

tráfago de los hombres. Acaríciame con tu luz, blanca y pura; báñame en tus resplandores virginales, astro del dolor. Yo quiero vivir contigo, porque eres propicia a la meditación, a la lectura, al estudio y al ensueño. Yo quiero vivir siempre en esta calma con el amor de las flores, que también aman con más caridad que los hombres que en su ser llevan el vacío y el germen de la muerte. Las flores son como los niños, buenas y puras... ¡Embriagadme con vuestros aromas deleitosos, flores del jardín dormido! Fray Luis de León cantó:

¡Oh monte, oh fuente, oh río!,
¡oh secreto seguro deleitoso!
Roto casi el navío,
a vuestro almo reposo
huyo de aqueste mar tempestuoso⁴.

Silvio de Portinari

⁴ De la "Oda a la vida retirada".

- 15 de agosto

El silencio de un monasterio

*Para el insigne poeta del sentimentalismo
D. José Tabares Bartlett*

Era la hora doliente del crepúsculo de la tarde. El sol moría en el horizonte entre glorias de oro y de púrpura. Los montes vestían ese color violeta, con que se ornan en los atardeceres grises.

Sintiendo en mi alma hondos pesares, penetré en un monasterio, ansioso de consuelos infinitos, deseando recoger mi espíritu en la paz del convento. Este se hallaba sumido en el letargo de la soledad. El silencio se esparcía por aquella mansión sacrosanta con el misterio de sus sollozos. El ambiente de religiosidad que allí se aspiraba como un bálsamo para el espíritu cansado del bregar continuo, estaba embalsamado por el místico aroma del incienso y el perfume delicado de las azucenas y violetas, flores puras y humildes como las almas que habitan aquella soledad. Fragancias uncidas de purezas refrigeraban mi alma.

Los ramilletes de los altares parecíanme plegarias de almas tristes y llorosas... Abajo estaba la verja austera y rígida, simbolizando la barrera infranqueable que separa a la soledad de los ruidos mundanales, simbolizando la austeridad y la maceración, como el emblema del recogimiento... Ni un alma se hallaba en el templo, que estaba solitario como mi corazón; únicamente velaba ante el Tabernáculo del amor el eterno guardián: la lámpara. Una *Dolorosa*, que semejaba la muda estatua del dolor, estaba cantando llorosamente aquellas estrofas del profeta de los lamentos tristes: *Estoy sola, sola con mi dolor. Mi dolor es inmenso como el mar. ¡Oh vosotros los que pasáis por el sendero, venid y ved si hay dolor semejante a mi dolor...* Un Cristo desfallecido, que tal vez bosquejara don Diego Velázquez en uno de sus místicos arrobamientos, pareció balbucir con voz doliente y virginal: *el mundo pasa y sus deleites. La vida es una sombra pasajera. Oíd como chilla el mundo cual desenfrenada bacanal.* Y en aquella hora memorable, en esas horas de los monasterios desiertos y solitarios en que todo parece que tiene un lenguaje particular, creí oír las palabras que en otro tiempo oyera el don Ramiro, de Larreta: *Abandona la brega de los hombres. No hay vida más heroica, más fuerte, vida más vida que la de aquel que, desnudándose por entero del vano ropaje mundanal, sigue la senda de Cristo nuestro Señor...*

Era Jesús que me llamaba...

Escuché sus palabras henchidas de místicas ternuras y en aquel momento memorable resolví recogerme en un monasterio, para expiar mis culpas...

Luego desfilaron por mi fantasía en silenciosa y solemne procesión las almas grandes. Y vi pasar a la insigne Carmelita, al luminar de la Iglesia, Teresa de Jesús; y oí que me dirigía estas palabras para que luego las hiciera ver a los hombres: *¿Qué sería del mundo si no fuera por los religiosos?* Y vi pasar al poeta de corazón ardiente, al *santo poeta de Asís*, como lo ha llamado el gran Benavente, abrazado íntimamente con

el dolor. Y vi pasar al poeta más arrebatado de España, al vate luminoso de quien alguien ha dicho lo más grande que puede decirse de un poeta: *era todo espíritu*: a San Juan de la Cruz, al *Senequista de Teresa*. Y vi pasar al arrepentido varón Ignacio de Loyola. Y todos siguieron desfilando ante mi fantasía con la sonrisa del predestinado. Pero también vi cruzar en repugnante desfile a las almas miserables. Cruzó Abelardo con Eloísa, Lutero con Catalina y con ellos todos los profanadores. Me acordé entonces de los desgraciados que han manchado con sus plumas la pureza de la monja, que han profanado con sus palabras la santidad del convento, que han turbado con sus revoluciones el religioso silencio de las celdas... Todos pasaron con la mueca de la reprobación en los labios.

Pensé luego en la mujer. Pensé en el heroísmo y la abnegación de las que se retiran a la soledad, despreciando al mundo, despreciándose a sí mismas, y atraídas dulcemente por aquella invitación llena de dulzuras musicales de *El cantar de los cantares*, del gran Salomón: *Ven, hermosa mía, esposa mía, paloma mía; ven*. Y en aquellos instantes pensé que esas mujeres son fuertes como roca, inmovibles y varoniles como el mártir y desprendidas como el anacoreta. Y pensé que la vida de la monja es un ardoroso poema de amor místico, un continuo salmo de dolor. Y pensé que la Caridad y el amor existían aún sobre la tierra. Al llegar a este punto de mis pensamientos la salmodia de las monjas, acompañada por los sollozos del órgano, agitó las alas invisibles del silencio y la soledad que dormían, y tendió por el monasterio las candencias llorosas de sus arpegios. Las monjas seguían entonando tristemente los salmos con los tonos de un arrullo, música que debió alegrar a los serafines.

Perdido el último eco de la salmodia en la penumbra del monasterio, las sombras de la noche envolvieron todo en su sudario de tristezas; y mi espíritu aletargado despertó a la vida como la Naturaleza despertara de su sueño al mandato del *fiat creator*, como la Naturaleza despierta a la sonrisa del alborar, en esa hora, *triumfo de la luz*, como ha dicho un pensador profundo, en que todo revive y brilla...

Todas estas emociones han pasado como hijas de la sensibilidad, pero un eco, una voz repercute todavía en el fondo de mi alma como una canción lejana...

¡Oh sí!; dentro de esos muros venerables, santificados por la oración, por la pureza y por la soledad y por la mano sagrada y consagradora de los siglos; dentro de esos muros que el mundo mira distraído, con indiferencia imbécil, mora (aunque él lo ignore) el verdadero sacrificio, el verdadero heroísmo. Y sin embargo el mundo pasa por ellos indiferente, sin meditar un momento sobre los dolores y misterios que tras ellos se esconden. Y sin embargo los hombres atribuyen a fanatismo lo que solo es un gran sacrificio realizado por un ser débil. El convento es la mansión de la inocencia y del arrepentimiento, el asilo del dolor.

El sacrificio de esas mujeres es el mayor que existe sobre la tierra. Y solo el sacrificio es fecundo, como ha dicho un escritor.

Cuánto me deleita visitar los monasterios en esas horas crepusculares, cuando el silencio y el misterio tienden por el convento sus alas invisibles; cuando la melancolía se tiende por los campos y por los valles, cuando el horizonte es un incendio de

topacios. Cuánto me deleita tu soledad, monasterio bendito, cuando estás solitario y desierto, cuando estás callado y perfumado místicamente.

... Cuánto me encanta meditar, en tu mansión de paz y de místicos arrobamientos. Cuánto me solaza tu silencio, tu salmodia, tus perfumes y tus flores por místicas manos compuestas. Cuánto me deleita visitar los monasterios en esas horas crepusculares, cuando el alma tiene también el dolor de un crepúsculo. Cuánto me deleitas, monasterio, con tus soledades y tus perfumes; mansión eres del dolor y del amor infinito. También yo llevo, como tú, en mi alma soledades tristes; y como tú conservo flores marchitas, y como tú tengo perfumes y dolores; y como tú tengo un tabernáculo; y como tú tengo secretos y también como tú guarda mi alma un misterio...

Yo te amo, monasterio solitario y desierto, monasterio triste y lloroso.

Silvio de Portinari
Pto. Cruz. 2-VII-1919

- 9 de septiembre

El recuerdo

*Para el sabio genealogista y cronista
titular del Puerto de la Cruz
don Francisco P. Montes de Oca*

¡Tú, oh Recuerdo, has surgido del fondo de mi vida en mis noches de insomnio, en mis noches de honda tormenta espiritual! Tú me has acompañado en los grises atardeceres evocadores de mi tormentosa existencia solitaria. Tú me traes brisas de las *lejanías azuladas* de mi vida, lejanías imposibles que yo he amado en silencio, que yo he adorado de rodillas en medio de mis tristes y muertas soledades nostálgicas, en medio de este inmenso y desolado arenal, lejanías que ya quizá han muerto para siempre, dejando mi alma sola y triste, como cuando el sol se retira en un crepúsculo y deja al alma muda del paisaje envuelta en sombras dolorosas...

Tú, oh recuerdo, estás presente en estos instantes en que yo te invoco y por eso quiero cantarte, porque te siento latir en lo íntimo de mi alma.

El recuerdo es una corona funeraria que ofrendan las almas sobre la tumba de lo pasado. Es como viajera golondrina que nos trae noticias de tierras lejanas, muy lejanas. Los recuerdos son las ruinas espirituales que todas las almas tristes y pensativas llevamos en lo profundo de nuestro ser. Los recuerdos son muchas veces ilusiones marchitadas, amarillentas hojas que caen del corazón en los grises atardeceres otoñales del alma. El recuerdo surge a veces como una visión de luz y amor, como obra inmaculada, de cinceles puros; pero otras álzase altivo como aterradora estatua que se erigiera al remordimiento. Una dedicatoria halagadora es un recuerdo que amamos porque es manifestación de cariño, de amabilidad o admiración. Todos los románticos guardan una urna de flores lacias, de papeles eróticos, de fotografías simpáticas, de rizos sedosos: *la urna de los recuerdos*.

Hay recuerdos que llevan impreso el sello de la inmortalidad. Todos los hombres-cumbres han dejado este linaje de recuerdos: un libro, un cuadro, un mundo descubierto, una estatua, un invento. Son recuerdos-creaciones.

Las almas-caridades han dejado también su recuerdo: el bien. El Profeta de Galilea dejó el único recuerdo-vida: la Eucaristía. Las almas miserables han dejado igualmente su recuerdo: el escándalo. Son recuerdos que guarda la historia, pero para lanzar sobre sus autores la maldición del género humano. Para el criminal el recuerdo de sus crímenes en su terrible soledad es una tortura sin nombre. Los recuerdos del alborar, de la mañana de la vida, son dulces, consoladores y cariñosos, porque han salido incólumes del fango, porque son obra del alma cuando era toda luz; mas los del mediodía de la vida son tristes, porque se han manchado en el lodo, porque han pasado por el pantano de la vida. El recuerdo es el pábulo del corazón humano. Hay recuerdos que producen en el corazón el efecto de una puñalada, empero hay otros, que causan en

el alma la bella sensación de una suave caricia. Hay en el fondo del corazón humano un recuerdo que nunca fenece, que es inmortal: el primer embeleso juvenil. Muchas veces el recuerdo es algo de nuestra propia vida, algo de nuestro ser; por eso lo idolatramos tanto⁵.

Sobre el solitario y desolado cementerio de mi vida yérguese el panteón del recuerdo.

Silvio de Portinari
Puerto Cruz, 4-9-1919

⁵ Puede que haga alusión velada aquí a su posible enamoramiento temprano de Arcadia Montesdeoca, precisamente la hija de la persona a la que le dedica el texto.

- 12 de octubre

La canción del mar⁶

Para Luis Wildpret

Una tarde paseábame triste por las llanuras arenosas de una playa, de recuerdos para mí eternos. Entusiasmado por el armonioso rumor del mar deleíteme contemplando aquel ir y venir incesante de las olas que rendidas venían a morir a las playas como un inmenso manto de tules blancos.

Y poniendo atención al murmullo del oleaje pareciome oír que el mar entonaba con su lenguaje de armonías y de rumores la siguiente canción, envuelta en las brisas marinas:

"Soy poderoso y por eso arrastrándome con toda furia por mis abismos corro veloz a estrellas contra los riscos la locura de mi oleaje, rebosante de salvajes armonías, y de ritmos deleitosos.

Soy hermoso y por eso me desperezo lenta y muellemente por las arenas en caricia suprema de espumas y blancuras, en cabellera de rizos infinitos.

Los astros son mis galanteadores porque en esas noches apacibles, llenas de perfumada calma, cuando el astro del dolor se halla en el apogeo y explosión de su luz, este me mira en mi dilatado espejo, semejando entonces mis dilatadas llanuras caminos de luz y de gloria que tienen por término lo infinito y que son el embeleso del pintor y el encanto del poeta. Al arrullo de mis olas y contemplando mis dominios han brotado las inspiraciones de los artistas melancólicos y soñadores. Cuando el sol, flor de infinitos resplandores, derrama sobre mí la exorbitancia de su luz, se quiebran sus rayos en destellos, en fulguraciones de oro, en irisaciones de piedras preciosas. Soy hermano de lo infinito.

Soy el lecho en que se acuesta el sol para descansar de su tarea diaria. Soy el infierno del naufrago".

Cuando el mar terminó su canción gigante y bravía, esa canción que rima diariamente y que los hombres con la indiferencia que les caracteriza no quieren oír, se hallaba en su flujo. Sin darme cuenta, al irme de aquel lugar en el que había estado como en éxtasis profundo mi tristeza se había desvanecido.

El rumor armonioso y eterno del mar había llenado mi alma de dulzuras y armonías de ansias de volar, de plenitudes de luz y de vida. En aquella tarde pensé que en la soledad de la Naturaleza hallan lenitivo nuestros dolores. La contemplación del

⁶ Este artículo pudiera ser tomado, a nuestro modo de ver, como origen (como idea o filosofía) de su proyecto de libro futuro, nunca publicado por completo, llamado *Junto a la mar azul*.

océano inmenso es un lenitivo para las almas que llevan en su ser profundidades de mar, arrebatos de independencia como el grito de las olas, como el choque del mar contra las peñas. Así me gustas, mar, inmenso como mis ansias de luz y de vida, profundo como mi dolor, azulado como los ojos de mi Musa. Así me encantas. Al arrullo de tus olas se meció mi cuna. En tus riberas se deslizó mi infancia feliz, mar profundo y misterioso. Tus rumores oyeron los cantos de mis antepasados, mar inmenso. Eres la concha en que se mece mi pueblo natal, mi cuna idolatrada.

¡Salve, mar rumoroso, mar inmenso, mar azulado!

Silvio de Portinari

Puerto Cruz

1921

- 9 de abril

Alma sedienta...⁷

Como un peregrino divagué por el sendero de la vida buscando la fuente que con sus límpidas aguas saciara mis ansias infinitas.

Y mi vida ha sido un atardecer doliente, una tristísima puesta de sol.

Y por el desierto caminé sudoroso y cansado, llevando la sed en mis labios, sed ardiente que me abrasaba y otra sed más ardorosa, más inmensa, más infinita en mi alma que ansiaba volar a regiones puras donde envuelta por esplendores de luz, pudiera respirar libremente, beber ansiosamente el plenísimo cáliz de la Verdad y del Deleite; pero a mis anhelos respondían las espinas del sendero como sangriento sarcasmo a mi dolor infinito.

Y hubo un tiempo en que mis rosas blancas, puras rosas de inocencia, se marchitaron al soplo abrasador de mis propias pasiones, de estos dragones infernales que llevo en el fondo de mi espíritu y que surgen a ratos, buscando presa que devorar en sentir del Apóstol.

Y en el lodazal se manchó mi blanca vestidura, aquella cándida vestidura que me libraba de la grave preocupación de la vida.

En el religioso silencio de mi celda se marchitaron aquellas blancas flores candorosas, para que los dragones irguieran sus cabezas convertidas en rojas adelfas, encendidas y tentadoras. Pero con viril esfuerzo de creyente ahogué en las sombras de mi ser aquellas flores de maldición.

Y una Quimera de ojos azules turbó de nuevo la quietud de mi retiro y despertó a mi alma del letal marasmo y misteriosos resortes psicológicos se conmovieron, mi alma se estremeció, sintió frío, sintió soledad y surgió el Amor con toda la impetuosidad de sus maravillosas energías.

Y como un peregrino divagué por el sendero de la vida, buscando la fuente que con sus límpidas aguas saciara mis ansias infinitas.

Y cayendo varias veces bajo el peso de mi Cruz he llegado a las puertas de tu "castillo interior", hermana Amor, divino amor, Alma del mundo.

Tú, complaciente, me abriste tus alas de cándida paloma para con ellas abrigar mi corazón aterido. Y surgiste. Tú, pura y triunfal como bellísima Primavera, glorificada por claridades de sol.

Entonces el Universo se engalanó de luces y colores, los velos de misterio se rasgaron e irguióse luminoso el porqué de mi vida.

Te había vislumbrado en mis solitarios ensueños, en mis horas de fiebre espiritual, en mis instantes de consuelo. Te adoré calladamente, silenciosamente porque la palabra era impotente para encarnar en ella mi pensamiento y mi amor, estas dos cosas tan bellas que existen en la vida.

⁷ Parece que también fue publicado en el número 1 de la revista *Canarias* (el sumario fue publicado en el periódico *La Prensa* el 20 de noviembre de 1921), aunque este ejemplar no se conserva en las hemerotecas del Archipiélago. Es el primer artículo que viene firmado con su nombre real, este y el siguiente, que salió el mismo día.

Te abrí sincero el cofre de sándalo de mis secretos, de mis dolores, de mis ansias, de mis ensoñaciones de gloria.

Entonces quería vivir, sentir plenamente las caricias del sol, aspirar el aire puro de las montañas, altivas, como mi espíritu, y deseaba contemplar en tus ojos tus arcanos: sorprender en tus pupilas el misterio tembloroso de tu alma femenina.

Pasó el tiempo y caí desfallecido sobre los despojos de mi amor primero.

Sobre aquellas ruinas irguióse vencedor el Perseo de mi Desengaño.

Y huiste de mi senda porque nos separaba el abismo de nuestros caracteres.

Mi alma lloraba sedienta, sobre esas ruinas.

Me hallé en medio del desierto de mi vida desamparado, solitario, sin consuelo.

El fantasma de la duda surgió de esas mansiones ignotas del alma, espantoso como una desolación.

Mi espíritu desfallecido, casi agonizante, volvió a sentir el ansia de la inocencia, aquella paloma primorosa que huyó despavorida por la ventana de mi celda. El místico lirio murió ahogado en medio de mi abandono.

De todo desilusionado, hastiado de los hombres, llena de inquietudes el alma caí a los pies de tu Cruz ¡Oh Jesús del Calvario! desfallecido y cansado. A tu cruz me abracé como un mártir de la vida, como un náufrago a la tabla salvadora.

La blanca palomita de tu Gracia Divina ha descendido sobre mi alma, ha purificado mi vida, ha santificado mis costumbres, Jesús del Calvario.

Y por eso yo quiero vivir abrazado a los pies de tu Cruz, estrechar mi dolor contra ella y morir como un mártir para que un día sacies con tu cielo el abismo tenebroso de mi alma sedienta.

Sebastián Padrón Acosta
La Laguna de Tenerife

- 9 de abril, *El Ideal Lagunero*

Don José Rodríguez Moure

Historiador de gran fuste, genealogista colosal, como Núñez de la Peña, crítico de mirada penetrante, prosador satírico de nervio quevedesco, sublime trazador de biografías de nuestros varones ilustres y legendarios, cantor de las bellezas históricas del país, exhumador de recuerdos por el tiempo dormidos, incansable investigador recogido en la soledad apacible de su retiro, en el que se guardan tesoros y antiguallas de gran valía. En él, como un cenobita, busca la verdad de la historia. Ha envejecido en sus estudios, rodeados de papeles y libros añejos. Tal es Rodríguez Moure.

Como historiador heredó de Viera y Clavijo la tersura del estilo y la sal de la sátira y el chiste con los que embellece sus escritos, aunque la de Moure es más considerada que la de Viera, que con tanta frialdad y tan poco respeto habló de asuntos religiosos.

Moure tiene sobre asuntos históricos obras magnas como la *Historia de la Parroquia de la Concepción*, que es su mejor obra histórica, no solamente por la originalidad del asunto, sino también por la armonía en el conjunto, la pericia en la investigación, por el conocimiento que demuestra en materias pictóricas, por el arte y maestría con que desenvuelve su tesis, por la soltura de sus argumentos, desarrollados con todas las reglas de la dialéctica.

Su otra obra, la de la Candelaria, es también meritísimo por su conjunto y sus detalles.

La Sierva de Dios, preciosa biografía de la *Azucena del Sauzal*, libro en el que hay trozos de sublime belleza, como la descripción del *airoso pueblecillo*, la mejor que ha trazado el cronista.

Abundan en esta obra comparaciones exactas, paralelos magistrales, cual el que hace entre la Virgen de Ávila y la Siervita. Admiramos en él la pericia con que desempolva y expurga la tradición.

Este libro es como una corona entretejida con flores lozanas que el cronista ha depositado sobre su tumba.

Tiene otros trabajos sobre restauraciones de templos, como los *Datos históricos*, relativos a la Catedral y los concernientes al Santísimo Cristo, librito este último que tiene el mérito de ser una expurgación de las tradiciones que sobre el Cristo se han inventado.

Guía de la Laguna, premiada en un concurso literario, es como una historia resumida de esta noble ciudad. Sus descripciones son admirables. En unas se aspira el ambiente de los campos tinerfeños, saturados del perfume de nuestras flores, cuajados de retamas y de guaidiles; otras son filigranas literarias, como la del púlpito de la Concepción y de la Laguna.

Como crítico es sagaz e irónico, cual podemos admirarle en su *Juicio crítico*, que es no solamente un estudio sobre el *Salustio Canario*, sino también un cuadro de las ideas que conmovían a la época de Viera y Clavijo, esto es, un reflejo de aquellos tiempos.

Merece elogio el trabajo de investigación y de crítica sobre Viana, a quien admira profundamente. Moure, poniendo un paréntesis a sus investigaciones históricas, escribe novelas en las que evoca personajes aristocráticos y legendarios. Su mejor obra literaria, *El Vizconde de Buen Paso*, es una perfectísima novela en la que se refleja una época de nuestra historia. En ella está magistralmente delineada la romántica y donjuanesca figura del pícaro Vizconde, espejo de enamorados. Los caracteres de los personajes están trazados y sostenidos con todas las reglas de la novela. Hay en ella encuentros trágicos, episodios de verdadero toque novelesco, situaciones de corte magistral.

La Celestina, que interviene en la acción de la novela, es la salsa de la misma. Es esta obra como el *Quijote* canario, aunque parezca hiperbólica la frase.

El historiador, retirado en el lugar de sus delicias, sigue buscando la verdad en la historia, a la vez que contempla el pasar trágico de los años. La obra magna que ha realizado Moure puede sintetizarse en esta palabra: laboriosidad.

Admiremos a nuestro gran historiador y trabajemos para que el pueblo de La Laguna le tribute un homenaje de gratitud (que es al mismo tiempo obra de patriotismo), haciendo que este ilustre patricio contemple los actos con que la hidalguía de los laguneros sabe honrar el alto prestigio de sus hijos esclarecidos.

Sebastián Padrón Acosta

- 23 de abril

La asignatura de Religión

En España, la nación gloriosa de los Cides y Quijotes, patria de los hidalgos, pero hidalgos de energía y reciedumbre, no los de hogaño, retoños enfermizos de castas insignes; en España, adalid de la fe católica, la nación del poderío en cuyos dominios no se puso el sol; en España, cuna de mártires, teólogos y santos; en la nación cuyos cantares de gesta están escritos en breves y triunfales estrofas palpitantes de heroísmo y de fe; en la España de los Reyes Católicos, en la hija esclarecida del Cristianismo, se comete el grave error de declarar libre una asignatura en la que están basados el bienestar y la tranquilidad y la dicha del género humano.

Una de las cosas que jamás he podido comprender es que en una nación cuya historia gloriosa ha sido debida al Cristianismo; en una nación cuyo gobierno se dice *católico*, se premia, y lo que es más gravé aún, se ordene que la Religión sea del libre albedrío del estudiante.

Creo que los que tal han determinado no se han dado cuenta de la enorme trascendencia ética, de la grave responsabilidad que esto implica, porque en ese diminuto libro que humildemente se intitula *Doctrina Cristiana* se hallan comprendidas las grandes soluciones de los horribles problemas palpitantes.

¡Ahí tenéis, hombres sumisos y hombres rebeldes; ahí tenéis, agitadas y torturadas muchedumbres, el más admirable, el más caritativo y justo *Código* que hayan podido ver y jamás verán las generaciones y los siglos, los sociólogos y los gobernantes!

Y sin embargo ¡con qué indiferencia, y hasta con qué desprecio se le mira!

Es esa licencia un grave error pedagógico, porque sin la perspectiva de un legislador, de un juez eterno y justo, inflexible, no se comprende el grave deber de la verdad de la caridad y hasta de la belleza que debemos seguir en la vida y más allá de la vida, en las lontananzas infinitas de la eternidad.

En el orden social, todos los graves problemas se hallan resueltos en ese *Código* divino y humano, porque lo escribió Dios para el hombre.

Es el *Código* donde el ciudadano aprende sus grandes deberes morales.

¡Cuándo se convencerán los hombres de que es el Cristianismo la cuna de la libertad, de la igualdad, de la fraternidad y de la felicidad que ellos buscan ansiosamente!

En el orden artístico, tampoco comprendemos cómo *La Biblia*, monumento imperecedero de los siglos, legado el más venerable de las generaciones, apoteosis de todos los géneros literarios, fuente perenne de inspiración, libro en cuyas páginas primitivas, inmortales se halla escrita la historia de los mundos; libro que constituye los primeros anales del alborear de la edades, sea mirado con tanta indiferencia por los gobiernos que se dicen católicos, y lo que es peor ¡que se prefieran la Química y la Física a la más trascendental asignatura! ¡Como si allá nos hubieren de preguntar asuntos referentes a ácidos clorídrico y fenorhídrico, o algo sobre Óptica y Mecánica!

¡Oh inconsecuencia humana!

¡A muchos extranjeros causa risa que en la *católica España* se declare libre la Religión demostrada!

Todos los buenos españoles debiéramos trabajar para que el Gobierno español subsane este error sociológico, ético, artístico; error hasta de dignidad nacional y sentido común.

Sebastián Padrón Acosta
La Laguna de Tenerife

- 23 de abril, *La Defensa Social*

El Kempis⁸

Existe un libro, flor y nata de los libros ascéticos: *El Kempis*. Comienza con una frase infalible: "Quien me sigue, no anda en tinieblas"; y termina con un pensamiento luminoso: "Si tales fuesen las obras de Dios que fácilmente se pudiesen comprender por la razón humana, no se dirían inefables y maravillosas". El misterio, pues, lejos de ser un argumento contra el Cristianismo, es una prueba inconcusa de su grandeza, de su divinidad y nos liga a él más enérgica, más inefablemente.

El Kempis sondea profundos abismos psicológicos. Nos predica las doctrinas maravillosas del sacrificio, de la abnegación absoluta, del heroísmo, de la santidad, y de todas esas grandes y sublimes verdades que cuajara Cristo en el prodigio de su enseñanza.

Lejos de predicarnos una virtud triste y enfermiza que ven en el Catolicismo los impíos, nos habla de "La alegría de la buena conciencia". *El Kempis* es el breviario de los héroes, que triunfan de sí mismos y a despecho de sí mismos. Es el libro de la Verdad, porque enseña luminosamente el sendero que conduce a las Alturas, porque es la palabra infalible de Cristo.

Es el libro de las grandes consolaciones. Es la piscina universal donde hallan lenitivo todos los dolores humanos. Las almas sensibles deben meditarlo, porque es la panacea universal para el espíritu.

Una generación que meditase y cumpliera con las enseñanzas de *El Kempis*, sería una generación de héroes y de santos. Todas las doctrinas de regeneración y de energía que se nos predicaban hogaño, hállanse en germen en ese libro diminuto y manuable.

En la sencillez, precisión y profundidad de sus conceptos adivínase el genio austero y luminoso de la lengua latina, la secular encina de los idiomas.

El Kempis es un huerto de azucenas donde el místico aspira ansiosamente deleitosos perfumes. Es un libro profundamente filosófico. Nos enseña a pensar, a querer y a vivir.

Cuando sobre el amor habla, sus palabras son todo un poema. Oídle: "No hay cosa más dulce que el amor, nada más fuerte, nada más alto, nada más ancho, nada más alegre, nada más lleno, ni mejor en el cielo y en la tierra, *porque el amor nació de Dios* y no puede ajustarse con todo lo creado sino con el mismo Dios".

Y prosigue: "La ley del amor emana de ti, como un resplandor de tu divinidad".

El amor, pues, no puede vivir entre el fango de la tierra. Debe hacer un esfuerzo vigoroso y erguirse hasta el cielo. Este amor degenerado de los tiempos modernos no es sino una profanación. Es flor de lupanar, no azucena de jardín. Despojémonos de las

⁸ Fue nuevamente publicado, con ligeras variantes (sobre todo en la distribución de los párrafos y en la parte final), el 15 de marzo de 1922 en *Gaceta de Tenerife*, por el que nos guiamos al ser la última versión. *El Kempis* es como se conoce el devocionario cristiano *Imitación de Cristo*, del agustino del siglo XV Tomás de Kempis.

viejas miserias y que el espíritu viva en regiones de luz. Y ahondando más aún, exclama: "Si alguno ama, conoce lo que dice esta voz".

El Kempis penetra en las sinuosidades de la conciencia, haciendo detenidos estudios sobre diversos estados psicológicos. Nos traza el camino para realizar la gran obra artística de nosotros mismos; a desarrollar y encauzar el tesoro de nuestras energías latentes.

Dicta el *nocse te ipsum* del gran Sócrates, mártir glorioso del estoicismo, reflejo de la revelación primitiva y de las bellas cosas que Dios puso en el corazón de los hombres, cumbre imperecedera del genio de la Antigüedad.

El Kempis es un ansia inmortal, un divino soliloquio, una eterna sed deleitosa. Su grandeza nos manifiesta que solo el Cristianismo ha podido crear libro tan maravilloso.

Los artistas siempre han tenido en mucho este libro de oro. "Es mi libro de cabecera", me dice en una epístola mi gran amigo el excelso escritor Francisco González Díaz.

Alguien ha dicho que este libro parece escrito por ángeles. Su autor debe ser uno de los Serafines que con sus célicas arpas entonan melodías inefables en las mansiones luminosas.

Entra en la trilogía de los libros de que más ediciones se han hecho: *La Biblia*, *El Quijote*, *El Kempis*. Así como, aunque se meditase a todas horas nunca se agotaría su doctrina, así también todo elogio es nulo ante la gran luminosidad de este libro inmortal.

Almas: leed *El Kempis*, medítadlo. Él es Lázaro diciendo a la Humanidad: "Levántate y anda".

El Kempis es el libro que orienta mi vida y pone en mi alma pensamientos enaltecidos. Es mi refugio en mis horas desoladas.

Cuando por mi espíritu pasa la sombra siniestra de Fausto⁹, *Kempis* vierte en mi alma el consuelo de sus palabras milagrosas.

Sebastián Padrón Acosta
La Laguna de Tenerife¹⁰

⁹ Sobre este escribió el 16 de noviembre de 1921.

¹⁰ Desde *Orotava* en 1922.

- 23 de abril, *El Ideal Lagunero*

Silueta. ¿Quién es ella...?

Su nombre es simbólico: me recuerda el de aquella heroína francesa que seguida de una hueste valerosa, levantó el cerco de Orleans.

Nació en un floreciente pueblo, cuyo nombre ha pasado a la historia. Es ese pueblo puerto de mar.

Bella es mi *fotografiada*. ¿Más detalles? Cuerpo de mediana estatura, tez morena... En lo moral, charla aménisima y graciosa...

Una sola de sus miradas basta para hacer vibrar emocionado mi corazón.

Frisa en los veinte abriles.

Es buena, cariñosa, encantadora, ideal...

Se llama...

*Ariza Zubi*¹¹

¹¹ Este es el primer texto que conocemos en el que nuestro autor utiliza este seudónimo. El texto habla, en forma velada, de la joven de la que estaba enamorado: Arcadia Montesdeoca.

- 3 de mayo

Realidad y símbolo

Sobre la realidad yérguese a veces el símbolo como legítima deducción.

El calvario es la apoteosis de la Humanidad.

En María el amor materno aparece aureolado por los esplendores del Dolor.

¡El Dolor y el Amor siempre abrazados!

El amor paterno surge trágica y gloriosamente en el Dios que agoniza por la Humanidad caída.

La verdadera redención, plena de amores y realidades fue consumada en el calvario con hechos, no con palabras, como la pregonan los falsos redentores modernos, redentores de nuevo cuño.

El amor filial hállase personificado en Juan, que oye con el éxtasis de la obediencia las palabras luminosas del Mártir: *¡Fili, ecce Mater tua!*

La vida es como el Gólgota, escarpada y trágica.

Y en medio de la Naturaleza que se rebela, la Cruz álzase victoriosa, lavada ya de su pasada ignominia, y como la cumbre de los siglos.

El Nazareno, ascendiendo sudoroso la pendiente del Calvario y llevando pacientemente sobre sus hombros lastimados la pesada Cruz, es ejemplo elocuente de viril resignación y emblema al mismo tiempo del hombre que se humilla ante los dolores del vivir.

La naturaleza al protestar ante el deicidio es un anatema lanzado sobre el hombre prevaricador, que por las nimiedades de la vida traiciona su ideal.

Cristo agonizante y María llorosa son la divinización del dolor.

La tragedia del Calvario es el renacer de las edades, el amor y el dolor redimiendo a los hombres.

¡Y, sin embargo, el Gólgota está casi solitario!

Cuando Cristo hace milagros las muchedumbres se aglomeran curioseadoras en torno de él; pero cuando de la Cruz pende, esas mismas muchedumbres le abandonan.

Cuando la nave del espíritu navega en un océano de alegrías y consolaciones un canto se alza hacia los cielos; pero cuando la adversidad nos visita nos duele el permanecer al pie de la Cruz.

Es que obramos como las muchedumbres...

Dimas, mirando amorosamente al Crucificado, es el alma surgiendo de la abyección, como águila caudal que se perdiera en la serenidad del azul...

Gestas, que blasfema, es la desesperación orlada de fulgores demoniacos...

Y con el último aliento del Dios hombre el nuevo día amanece...

¡Y todo está consumado!

Sebastián Padrón Acosta
La Laguna, en el día de la Cruz, 3 de mayo de 1921

- 4 de mayo

Castillo Interior

*Al Magistral de Tenerife¹²,
alma de artista y corazón de santo.*

Todos llevamos dentro de nosotros mismos un lugar de oración: nuestro Castillo interior. Y son muchos los que pasan por la vida sin haberse ni siquiera asomado a esta celda silenciosa para pensar en los graves y profundos secretos de la vida y de las cosas.

En este lugar de íntimo recogimiento dialogamos con nuestro pensamiento y vuela nuestra alma por regiones de ensueño, perdiéndose en las inmensidades del infinito...

En medio de las muchedumbres nuestro espíritu puede permanecer silencioso, retirado en el interior Castillo, abstraído en la contemplación de los misterios de las cosas y de los mundos; aunque fuera de él se agiten las multitudes con sus vanos pasatiempos, con sus frivolidades pasajeras.

Pero en la soledad, en el silencio, estamos más libres de la distracción y del derramamiento del espíritu, porque el ruido de las cosas exteriores no viene a turbar la soledad de nuestro aposento, ni quiebra el blando silencio de la Naturaleza.

Por eso los Santos y los Sabios han amado y aman con cariño inefable la quietud de la celda, el silencio del retiro.

Cervantes no escribió su *Quijote* en la plaza pública, sino en el rincón de una cárcel.

En el silencio parece que las cosas se convierten en flores y nuestra alma aspira el suave perfume de sus secretos.

En el retiro surge la Idea engalanada de inmortales atavíos. En el silencio el alma asciende a cumbres desconocidas, desde donde contempla horizontes coronados de lumbraradas infinitas...

La soledad tiene para el Dolor dedos de rosa y mimos de mujer para el hastío, sierpe venenosa del alma.

En la calma de la Naturaleza oímos el rumor armonioso de todas las cosas y contemplamos la apoteosis excelsa de las formas.

El silencio es el templo de las almas grandes, desde el cual ascienden hacia las alturas en estrofas de oraciones, de dolores y de lágrimas.

Las lágrimas son un poema de estrofas inmortales. Son el alma del alma.

En la blanda quietud de nuestro espíritu brillan las estrellas de nuestros pensamientos como flores de luz prendidas en el firmamento de nuestra inteligencia.

En las trágicas tinieblas del espíritu fulguran a veces los pensamientos como alfanjes destructores...

Los Místicos fueron los enamorados del silencio.

¹² Se refiere a Heraclio Sánchez.

Y Cristo en Getsemaní hizo su apoteosis.

Los Silenciosos son almas de contemplación.

Los frívolos, los vulgares desprecian el silencio, odian la quietud y aman el bullicio porque no quieren hallarse ante la vaciedad de su vida o ante el espectro del remordimiento, ángel de luz trágica.

Ascendamos a las cumbres del silencio y permanezcamos en ellas sumidos en el éxtasis glorioso de las cosas y de las formas, hasta perdernos en la causa última de todos los entes.

¡Que sea nuestra vida una contemplación inacabable!

Los contemplativos suben al monte, tienden los ojos del alma y del cuerpo por el grandioso panorama del Universo y de alma, caen de rodilla y rezan.

Sebastián Padrón Acosta
La Laguna de Tenerife

- 7 de mayo, *La Defensa Social*

Transigencia e intransigencia

Católicos y no católicos exigimos *maximum* de perfección en aquella clase a quien el mismo Dios encargó la empresa difícilísima del Apostolado.

Y exigimos que esos seres –de sangre y hueso como nosotros– pasen por el sendero de la vida sin lastimarse en las espinas de los zarzales. Queremos ver en ellos ángeles, desprovistos por consiguiente de estos dragones infernales que todos los humanos llevamos en el fondo de nuestro espíritu.

Y que sean ellos excepción no interrumpida, ni siquiera por una caída, de la eterna historia de la Humanidad.

Y si por casualidad después de una lucha horrible, desesperada, entre el espíritu y la carne, después de haber pasado ¡sabe Dios! por cuantos abismos y precipicios, caen bajo el peso de su cruz probándonos así la eterna fragilidad del corazón humano, nosotros los hombres nos rebelamos contra eso, censuramos esas caídas, poniéndolas unos por pretexto de nuestros patines, otros por sectarismo. En vez de sentir ante la caída sentimientos de caridad y lástima nos complacemos con ensañamiento.

Queremos que los males, traídos por el pecado original y aumentados por los pecados de las generaciones, no sean inherentes a la naturaleza humana: esto es absurdo.

Somos –católicos y no católicos– *intransigentes* con los encargados de dispensarnos toda la gracia de los Sacramentos. No cejamos con esas caídas, que más que otra cosa no prueban cuán difícil es la misión del Apostolado.

Es que para con ellos nos domina la *intransigencia*. Vemos en los ojos de los sacerdotes la *pajita* de que nos hablara Cristo en su Evangelio.

Ya nosotros –los no sacerdotes– que tenemos la ineludible necesidad de salvar por encima de todos los abismos y de todas las conveniencias sociales nuestra alma, vivimos en medio de un abandono espantoso.

Y no solamente gozamos de esos bienes que Dios nos concede y que prohíbe al sacerdocio, sino que vamos más allá aún, desfloramus la belleza de las cosas, pasamos por encima del Decálogo y abandonamos todas nuestras obligaciones.

Y cuántos señores hay, esos *honrados de levita*, que cometen horribles crímenes rurales, y sin embargo, tienen la osadía de hablar mal de las caídas del prójimo.

Es que el hombre *transige* con sus pecados, con sus iniquidades.

Nos domina para con nosotros mismos la *intransigencia*.

No vemos en nuestros ojos la *gran viga* que nos dijera Cristo.

Somos intransigentes con las caídas del sacerdocio y transigentes, disculpadores con las nuestras.

¿Dónde está aquí la lógica de las cosas?

Es la eterna paradoja del corazón humano.

Y el que se crea libre de muerte, que ose tirar la primera piedra.

Sebastián Padrón Acosta
La Laguna de Tenerife

- 14 de mayo

¡Pardo Bazán ha muerto!

En el cielo del Arte se ha apagado una estrella: ¡La condesa de Pardo Bazán ha muerto!

La literatura ha perdido una de sus más grandes y rectas personalidades.

¡Su obra *San Francisco de Asís*, bastaría, si otras no hubiese escrito, para hacerla inmortal!

¡Era la mujer más culta de Europa!

Pardo Bazán está al lado de Santa Teresa de Jesús, de Sabuco de Nantes¹³ o de Concepción Arenal, mujer excelsa del siglo XIX y cumbre grandiosa, de la Criminología Moderna.

¡Rosalía de Castro, insigne poetisa, y Pardo Bazán pusieron muy alto el prestigio de la mujer gallega!

¿Quién volverá a enaltecer tan gloriosamente el feminismo español?

¡Bajo la pesadumbre de su grandeza marchó serena hacia la Tierra Prometida!

Esta insigne terciaria franciscana, que cosas tan bellas y profundas escribiera del "Segundo Cristo", no podía morir sin que Francisco intercediese por ella ante el Eterno.

¡Murió confortada por los Santos Sacramentos!

¡Lástima que muriese quien pudo habernos dejado más destellos de su ingenio, femenino y peregrino!

Los Ateneos de Santa Cruz y La Laguna, deben cantar las excelsas prerrogativas de esta escritora excepcional, faro luminoso, cumbre elevadísima del feminismo y suprema apoteosis de la mujer española, que lleva en su inteligencia lumbraradas de ingenio y en su pecho hogueras de amor.

¡Descanse en paz la insigne española y la ilustre terciaria franciscana!

En el cielo del Arte se ha apagado una estrella: ¡La condesa de Pardo Bazán ha muerto!

Sebastián Padrón Acosta
Terciario Dominicó¹⁴
La Laguna, 13 de mayo

¹³ Filósofa y médica del siglo XVI, aunque hay quien lo niega.

¹⁴ Perteneciente a la Tercera Orden de Santo Domingo, que es la denominación de la rama laical de la Orden de Predicadores –conocida como *Dominicos*– fundada por Santo Domingo de Guzmán en 1216. La rama laical tiene sus orígenes en las Hermandades de la Penitencia de Santo Domingo y responde al deseo de hombres y mujeres seculares de vivir según el carisma de la Orden (*Wikipedia*).

- 15 de mayo

Mi huerto de azucenas

Poseo un huerto que cultivo cariñosamente con el mismo fervor con que el labriego cultiva sus tierras. En él he colocado muchas de las plantas y flores bellas que creó el ingenio de los hombres privilegiados. Y he arrancado de cuajo esas otras flores del mal estigmatizadas por los anatemas del *Índice*, y que fraguaron en la alquitara de su cerebro ingenios, pero ingenios del mal, hombres que rasgaron la inmaculada veste del Arte y de la Vida, que profanaron los templos del Amor y de la Maternidad, que con ímpetu de iconoclastas derribaron de sus pedestales a la Moral y que pusieron con sus malditas pasiones un negro nubarrón en el luminoso y estrellado cielo del Pensamiento y del Arte.

¡Apóstatas y sayones malditos que han envenenado la vida de la Humanidad y que han infiltrado la duda y el pesimismo en corazones llenos de alegría y de fe!

En este pequeño y deleitoso huerto, encanto de mis horas de ensueño y de Infinito, crecen las lozanas azucenas de la Ciencia, la Poesía y el Arte.

En ellas he puesto todo el cariño de mi alma porque son flores que nacieron en momentos de subida exaltación espiritual, en instantes luminosos, cuando Dios pone en la inteligencia y en el corazón de los privilegiados un destello de su divinidad; porque son flores que brotaron al calor de santos amores, en horas de gloriosa fecundación.

Frutos castos, antes de cuya gestación sus padres cayeron de hinojos, adorando los profundos misterios y las bellezas inefables del Universo.

¡Son mis libros mi huerto de azucenas!

Y contemplo algunas de estas flores con el mismo cariño evocador con que el hombre contempla el rosal (quizá plantado por su madre) cuyas rosas primeras deleitaron su vista y su olfato en las dulces y serenas horas de su niñez, que, como rosa de ensueño, también se abría dulcemente para recibir los primeros besos suaves de la vida.

¡Son los libros de mi infancia!

¡Aquellos benditos libros que conservan aún la huella de mis manos de niño; aquellos primeros libros, cuyas frases deletrearon mis labios balbucientes!

¡Libros durante cuya lectura jamás sentí el sobresalto de la inquietud, ni el veneno de la duda!

¡Rosas deshojadas de mi infantil Primavera!

¡Recuerdos embalsamados de aromas de inocencia!

¡Mudos testigos de mis pasados candores!

¡Libros queridos de mi infancia deshojada!

¡Con cuánto fervor os amo todavía!

Y en este huerto, del mundanal ruido retirado paso mis horas de silencio, mis horas de oración, mis horas de ensueño.

A él acudo cuando mi alma siente nostalgias de infinito; y la fe pone sus lumbraradas en mi espíritu, y el Arte me consuela con sus placenteras y santas caricias.

Y digo santas, porque el Arte, como el amor y como la vida, brotó del seno de Dios cual celeste flor de ensueño.

Y el Cristianismo jamás cerró sus templos al Arte verdadero.

¡Cuando la vida pone una nota de tedio sobre mi alma, turbando la serenidad de mi remanso, voy a mi huerto y de allí el Arte, arrullándome cariñosamente en sus brazos maternos, me lleva hasta Dios!

Poseo un huerto que cuido cariñosamente, con el mismo fervor con que el labriego cultiva sus tierras. Son mis libros, mi huerto de azucenas.

Sebastián Padrón Acosta
La Laguna de Tenerife

- 21 de mayo

La tríada del Arte

Escala de oro por donde las almas grandes ascienden a Dios es el Arte.

La inteligencia, la fantasía y el sentimiento son los padres del Arte.

La palabra, el color, el sonido y la materia son los encargados de dar a luz la creación interna.

El espíritu siente muchas veces la impotencia de estos medios de expresión.

Es porque la espiritualidad al chocar con la materia quiebra su belleza impalpable.

La visión y la audición son los ventanales abiertos a las confidencias del Arte.

El Arte verdadero es una síntesis, un como efecto de la Verdad, la Bondad y la Belleza.

El Arte absoluto no existe en la Tierra, porque todo es contingente.

Por cima del Cosmos está el Arte absoluto.

Y este es Dios, porque es la Verdad, la Bondad y la Belleza en sí mismas, esto es, el *acto puro*.

Los Genios nunca quedan plenamente saciados de sus creaciones, porque el ansia del Infinito les abrasa.

El Genio está en razón directa de las ansias del espíritu.

La Inmortalidad es la cumbre hacia donde vuela el Genio.

Y la Inmortalidad en sí misma es Dios.

El Arte –como las flores y como las estrellas– debe cantar la excelsitud de la lontananza de donde vino y hacia donde debe tender, gloriosamente.

La Verdad, la Bondad y la Belleza constituyen la tríada del verdadero Arte.

Son tres hermanas –hijas del Infinito– que deben ir siempre abrazadas.

Con el Arte pasa también lo que con las piedras preciosas: las hay verdaderas y falsas.

No concibo belleza donde no hay verdad.

Por eso el filósofo¹⁵ definió la belleza: *esplendor veri*, resplandor de la verdad.

Los que creen que el Arte verdadero existe sin la bondad, lanzan una blasfemia.

Si bien es cierto que el fin próximo del Arte es "la expresión sensible de lo bello", su fin último es conducir a las alturas.

¡Ahí veo el fondo de su bondad!

Los que otra cosa crean mutilan el verdadero sentido del Arte.

La Música es el arte excelso; y su armonía estremece al alma –lira espíritu– con los más sutiles e impalpables lenguajes: los sonidos.

Y parece ser más excelsa la Música, porque huye de la materia, más que las otras Bellas Artes.

Por el Arte se llega a Dios.

¹⁵ Se refiere a Platón, de ahí su concepción platónica de la estética, al menos en esta parte de su juventud, tal y como desarrolla en el presente artículo.

El alma de Santa Cecilia ascendía a los cielos confundida entre las armónicas notas del pentagrama.

¡La Música fue su plegaria!

¡Es esta la Bella Arte que vive en más íntimo contacto con el alma!

El Arte que existe en la Tierra es contingente, aunque aureolado por arranques de Infinito.

Si acá existiese el Arte absoluto, existiría la Verdad, y la Bondad y la Belleza absolutas y, por consiguiente, la dicha sería de este planeta.

¿Cuántos hombres son los que tienen este concepto del Arte?

En esta tendencia moderna hacia el sensualismo ¿dónde está la Bondad?

¿Quiénes son los creyentes de esta sacra Religión que adoran la Trinidad augusta del Arte?

Dios es el tipo eterno e insustituible del Arte.

Por eso el Ateísmo, al querer despojarse de Dios, fulmina una blasfemia escalofriante contra esta sacra religión.

En estas frases he puesto mi pensamiento sobre el verdadero Arte en su más trascendental sentido.

Y todo ello va envuelto en la sutilísima gasa de mi sinceridad.

¿Qué me importa que los sayones censuren mi pensamiento?

El Arte de los descarriados, de los que abdicaron la aureola, será Arte en cuanto que manifiesta plásticamente la potencia de sus inteligencias, fantasías y sentimientos.

Yo, parodiando a Víctor Hugo, llamaría a estos descarriados, apóstoles del *Arte negro*...

¡Y esto, aunque *Arte* y *negro* sean dos sean dos conceptos que se rechacen!

Voltaire –"el hombre que ríe"– lanzó sobre los descarriados una frase con la que se aplastó también a sí mismo.

Y dijo: *negad los honores del genio al hombre que abusa de sus facultades*.

Y esto a Voltaire me atengo, que no es precisamente ningún Padre de la Iglesia...¹⁶

El Arte absoluto no lo podemos comprender aquí, rebasa nuestras facultades finitas.

Escala de oro por donde las almas grandes ascienden a Dios es el Arte.

Sebastián Padrón Acosta
La Laguna de Tenerife

¹⁶ Primera referencia en sus textos de estos años a *lo volteriano* como actitud antirreligiosa e iconoclasta.

- 21 de mayo, *El Ideal Lagunero*

Divagación

Finalizaba el mes de Mayo... y tocaban a su fin las fugaces alegrías estudiantiles... Las verdes campiñas se iban cubriendo de un ambiente de misterio. Comenzaba a morir el sol tras las lejanas cumbres. El toque de *Angelus* se oía en el lejano campanario de la vieja ciudad; los mortecinos resplandores de aquel día espiraban sobre los reverdecidos montes. Las hojas de los árboles se movían al beso lánguido del viento... y aquel aire frío parecíame recordar una de esas tristes tardes en que van unidos el amor y la muerte...

Mi alma notaba ausencia, no tenía ya su vergel de ensueños, había perdido toda esperanza... Tenía antes la fragancia sensual; ahora mi alma no tiene ya ideal alguno... nada desea, nada quiere, nada teme...

El viento, la brisa, el huracán, se trocaron en calma que no dará el más leve impulso a las velas de las barquillas...

Desde la torre de la amargura no contempla nada, y mi espíritu, sin embargo, desde la playa veía barcos que surcaban la bravía mar, desapareciendo en lontananza.

... Y no obstante, desde mi tristeza veo cómo Ella¹⁷ cruza ante mí, leve como la brisa. Sus pupilas negras son en su carne morena como una copla de pecados; sigue ante mí, alegre, indiferente... pero su alma, su amor, no vienen donde estoy...

Y ahora, ni el sol, ni la luna iluminan este paisaje; solo niebla, constante y tenaz, mi alma en las intermitencias de luz y de sombra... solo la densa neblina, el silencio, el misterio, la luz tranquila de la soledad... es conmigo... y en tanto la noche sigue extendiendo sus negras alas sobre la tierra...

ARIZA-ZUBI

¹⁷ Imaginamos vuelve a referirse a Arcadia Montesdeoca.

- 24 de mayo

Orador, filósofo y prosista

Su figura es arrogante y gallarda.

Atraviesa la senda contemplando la hermosura de los panoramas y oyendo la canción gloriosa de las cosas...

Cruza el sendero como un peregrino, llorando las nostalgias de la Tierra Prometida...

Ama el árbol con cariño de hermano, como S. Francisco de Asís, que sintió la fraternidad universal.

Con pasión de ardiente apóstol ha fustigado a los *Atilas*, a los *roedores de la vegetación*...

En la prensa y en la tribuna ha lanzado anatemas terribles sobre los que sienten el *horror al verde*...

Su prosa es sencilla y profunda, casta y armoniosa; y casi siempre aureolada de dulces melancolías...

En el sagrario de su alma abriga tiernamente al Dolor.

Su oratoria está revestida de los ropajes de la imaginación y del sentimiento. Sus discursos son rumorosos como las selvas...

En el fondo de sus admirables y geniales escritos palpita un alma plena de compasiones, ternuras y poesía.

Su musa se viste a veces de luto riguroso.

Ama el celibato y como al gran Ricardo León:

"con la adoración le basta
no quiere romper la casta
virginidad de las cosas".

Odia a Felipe Trigo, *jese trigo averiado!*, y a Blasco Ibáñez.

Le agrada penetrar en las encrucijadas del Pensamiento...

Filósofa sobre la vida, sobre los seres.

Con fervor de creyente adora y cultiva la poesía de la prosa...

Su personalidad literaria es inconfundible.

Es un adorador del Cristianismo.

En su alma lleva un dragón que le muerde a ratos: el pesimismo.

Es un Artista, un Soñador que atraviesa la senda a veces llorando, a ratos cantando...

Y en su camino se han levantado *sayones* que él ha mirado con desdén olímpico...

Como las águilas, González Díaz se cierne en las alturas...

Es un *niño sublime* que siente mimos.

En sus horas de desaliento quizá repita con Benavente: "Amo el Arte sobre todas las cosas, pero cuanto realicé en mi obra solo fue un vano anhelo de mi amor infinito...".

Y el Artista sigue su luminosa ruta contemplando, extasiado, la visión deslumbrante del Infinito y el fulgor de las estrellas, flores de luz prendidas en el tapiz glorioso de los Cielos...

Sebastián Padrón Acosta

La Laguna de Tenerife

- 25 de mayo

Cristo lo dijo y basta...

La vida y milagros de Jesús de Nazaret demostraron rotundamente su divinidad.

El eterno, cuando Cristo santificó en el Jordán las aguas del bautismo, lo confirmó al decir: *Este es mi hijo muy amado en quien tengo todas mis complacencias.*

¡Cristo, pues, es Dios!

Se acercaba el momento en que Jesús iba a manifestar su infinito amor.

En el Cenáculo, y reunidos los Apóstoles, toma Jesús el pan, lo parte y da a sus discípulos, diciendo: *¡Este es mi cuerpo!*

Después que hubieron cenado toma el cáliz, lo bendice y exclama: "Este es el cáliz de mi sangre del nuevo y eterno Testamento, *misterio de fe* que por nosotros y por muchos será derramado para remisión de los pecadores".

Después [de] que Jesús dijo estas palabras (infalibles, porque Cristo era Dios), ¿a qué viene la fría razón de analizar este *misterio de fe*?

¿Por qué intenta profanar con sus fríos análisis el misterio más inefable de los siglos?

Cristo dice: *misterio de fe*; y ¡el hombre, pasando por encima de esta frase infalible, interroga el nombre de este misterio!

¡Qué osadía y qué soberbia!

El hombre no penetra los arcanos del Universo, desconoce la esencia de la luz, la electricidad; ignora lo íntimo del sueño, la locura, el alma de los brutos y vegetales; misterios envuelven a muchas de las cosas; e intenta sondear con su razón, impotente por ser finita, el abismo más profundo ¡de los siglos!

Kempis, en sus páginas de oro, y como contera de su obra, exclama, entusiasmado y creyente: "Si tales fuesen las obras de Dios que fácilmente pudiesen ser comprendidas por la razón humana, no se dirían inefables, ni maravillosas"¹⁸.

Yo no necesito preguntar a Dios y menos a mi razón el porqué de este misterio, porque no lo comprendería.

Ante las afirmaciones de Cristo mi razón adora y cree, *pues Cristo lo dijo y basta*, porque él es Dios y Dios es infalible.

Sebastián Padrón Acosta
La Laguna de Tenerife

¹⁸ Esta cita ya fue utilizada en el artículo del 23 de abril de 1921 (en *La Defensa Social*).

- 31 de mayo

Rosas de caridad

Desde que el Cristianismo, rompiendo las densas tinieblas del error, apareció sobre la tierra como un deslumbramiento de amor, las rosas de la Caridad han florecido.

Y la Caridad –ángel bajado de las alturas– tendió por la senda sus alas luminosas.

Y al conjuro mágico de este mensajero surgieron las instituciones del Cristianismo, que, cual madres cariñosas, recibieron en sus brazos a la inocencia, al arrepentimiento, al Dolor, al desamparo...

Y entre esas instituciones surgió, simpática y heroica, la de las Hermanitas de los ancianos desamparados.

Y mirad cómo esas mujeres, ahogando en el fondo de su espíritu delicado todos los impulsos de su Primavera, se abrazan a la Cruz amorosamente. Se desposan con la Caridad, con Jesús, después de haber dirigido al mundo una mirada entristecida, desdeñosa. Y recatan en unas blancas tocas el encanto espiritual de su pudor, como un lirio que cierra sus pétalos ruboroso.

Desde el momento en que se desposan con la Caridad emprenden la senda luminosa del Calvario, buscando las huellas del Nazareno.

Como que la alondra del Amor divino canta en sus pechos, el lugar donde viven, cárcel para el mundo, es para ellas alcázar de felicidad, porque está bañado por los splendores con que el amor lo ilumina.

Cuando en prisión vive lo amado, prisión es paraíso.

Y por eso en este lugar de refugio tienen las Hermanas su vergel, porque a él acuden los desamparados, representaciones de Cristo hambriento, de Cristo cansado, de Cristo sediento.

Y es altamente conmovedor el cariño inefable con que estas vírgenes cuidan a los náufragos de la vida.

Y en ese hogar de bendición reina el verdadero amor a la humanidad, prueba rotunda de que aún el ángel que trajera el Cristianismo no ha alzado vuelo.

¡Palpable demostración de que la mujer jamás abdicará su corona de Virgen y madre, sus aureolas gloriosas!

¡Ellas van cantando que Cristo es el Amor; que Cristo es la Caridad!

Y el amor de Virgen se convierte en ellas en ternuras de madre.

Merecen las Hermanitas nuestra adoración y nuestros donativos, porque sacrifican su vida en aras de la Humanidad.

¡Quién sabe si los que hoy damos limosna tendremos que recibirla mañana, porque aún peregrinamos por la senda...!.

¡Y hoy, en que el materialismo parece romper con lo sobrenatural, ellas permanecen extasiadas contemplando el misterio de las alturas!

Pasan por la vida derramando sobre el desamparo de la tierra los bálsamos de la caridad, deshojando las rosas de su sacrificio, de su amor. Sus cuerpos permanecen en la tierra, pero sus almas viven perdidas en los senos de la Divinidad.

Para ellas nada piden, sólo imploran una limosna para sus ancianos "por amor de Dios".

Mientras las Hermanas miran a los ancianos con la sonrisa de la caridad en los labios, ellos en el misterio de sus almas cansadas, quizás piensen en el Ocaso...

Ellas contemplan como María y trabajan como Marta. ¿Cuál es la causa de su heroísmo? El amor, sentimiento que embalsama el alma de la mujer.

Yo despojo a los pies de mis hermanas –Martas y Marías– estas sencillas blancas rosas de ensueño, nacidas en el jardín de mi espíritu cristiano.

Recibidlas, Hermanitas de los desamparados, como puras ofrendas de mi alma soñadora.

Como vosotras, yo me abrazo a la Cruz amorosamente; y también como vosotras sueño con el misterio de lo Infinito...

Sebastián Padrón Acosta
La Laguna de Tenerife

- 7 de junio

La voluptuosidad de la contemplación

La contemplación es uno de los más inefables deleites del alma humana.

Por la visión, ventana abierta a las formas y a los colores, penetra la maravilla de una puesta de sol y la palpitante realidad de los lienzos de Velázquez, cumbre gloriosa del Arte español.

En la contemplación el alma parece besar las cosas... El artista es siempre un gran contemplativo. Las cosas bellas nacieron para que el hombre las contemplase, profunda, cariñosa y castamente.

Hay dos clases de contemplación, atendiendo al objeto: física y espiritual.

La forma armónica y el color son del dominio del sentido de la vista... Las cosas ultramateriales entran en el campo de la segunda.

La contemplación de lo espiritual es más fecunda que la de lo físico. La primera es propia del reino de las sombras. Es más serena haciéndola en el silencio. La de lo físico es menester hacerla a pleno sol...

¡Contemplad la fisonomía de las cosas cuando la luz las glorifica!

¿Qué placer hay semejable a la contemplación del ser querido?

¿Qué momentos comparables a esos en que los ojos se besan, y en que las almas se asoman a ellos, diciéndose silenciosamente *esas cosas* que la palabra no puede expresar?

Las miradas, cuando salen de un abismo para explorar otro abismo, tienen toda la lumínica grandeza de un poema.

Los ojos son las puertas por donde penetra el Amor.

"Del mirar, nace el amar", dijo el gran Fray Luis de León, en *La perfecta casada*.

Cuando la contemplación florece en nuestra alma, las cosas hablan, las cosas ríen, las cosas cantan.

La contemplación es la gran voluptuosidad estética.

"La actitud más estética es la del hombre que medita", dijo el autor de *El amor de los amores*¹⁹.

La contemplación del espíritu es un viaje que este emprende hacia países lejanos desconocidos, explorándolos...

Los Privilegiados vivieron retirados en las agrestes cumbres de la contemplación.

La contemplación fue la gran voluptuosidad de los Místicos.

Las almas que nos pinta el Greco en sus raros, luminosos y geniales cuadros son espíritus abismados en la contemplación... Sus figuras alargadas y sutiles parecen sentir las ansias de la ascensión de la contemplación.

¹⁹ Obra de Ricardo León editada en 1907.

En la contemplación las cosas nos abren siempre silenciosamente sus secretos.

La contemplación es a veces una revelación. Cuando llega a su grado máximo, produce el éxtasis, que es su cumbre.

Si la contemplación es, pues, uno de los más lógicos placeres del espíritu, ¿con qué razón se anatematiza a los que pasan la vida bebiendo voluptuosamente las dulzuras de la contemplación en el poema de las sombras?

La contemplación, como los cuadros de Rembrandt, tiene también el prodigio del claro-obscuro, cuyos encantos hizo plásticos aquel mago de la pintura.

¡Quiero sumergirme, quiero perderme en el deleitoso y casi infinito mar de la contemplación, para luego tornar con un Nuevo Mundo descubierto...!

Ante nosotros se tiende la Creación, como un inmenso y glorioso Museo, donde las cosas están esperando ser galanteadas por nuestra contemplación.

Y en el fondo de nuestro ser, de nuestra conciencia existen muchos mundos que esperan al nuevo Colón...

Emprendamos, pues, el viaje hacia esas tierras ignotas... Y un mundo de maravillas brotará ante el *fiat* de nuestra contemplación...

Contemplar es envolvernos en una suprema y deleitosa caricia interminable...

Contemplar es navegar por las regiones del arcano...

Contemplar es casi sentir el placer infinito de la Creación.

Contemplar es sentir la voluptuosidad de la luz, de las formas, del pensamiento, del dolor, del arte, de la vida, de las estrellas...

Contemplar es sentir el placer supremo del Amor...

Contemplar es besar la Belleza...

Sebastián Padrón Acosta

La Laguna de Tenerife

- 11 de junio

La profanación del amor

Los hombres han descendido de las cumbres de la espiritualidad a las llanuras del sensualismo. Los hombres han despojado a las palabras de su íntima grandeza.

Dan muchas veces el nombre de Ciencia y Arte a las *vaciedades sonoras*, que dijo el paradójico Unamuno.

Apellidan *amor* a la avaricia del oro, al grito de la hembra, al retozo del potro.

Kempis, mi inefable Kempis, el hombre de los abismos, como Hello, dijo: "Si alguno ama conoce lo que dice esta voz".

Efectivamente. Todos amamos. Todos hemos pasado por esta orgía de la vida.

En mi alma he sentido esta divina vibración. Pero nunca he podido concretar mi pensamiento en la brevedad exacta de una definición.

¡Quizá no se pueda definir porque es *algo divino*, algo que trasciende los linderos de nuestra inteligencia!

Con él pasa lo mismo que con la luz. Todos, salvo los ciegos, gozamos de sus claridades. Pero nadie ha penetrado sus arcanos.

El insigne González Díaz lo ha dicho: *el amor no se define*.

Sólo sé que el amor es lo más grande que existe.

Y que toma los diversos nombres de *luz, música, arte, fecundación, poesía, dolor, silencio, sacrificio, maternidad, ósculo, caricias*.

Hoy el amor ha sido profanado como el Arte, como la Vida, como la Religión, como Dios.

La juventud parece rebaño de Epicuro.

Se trata de despojar al amor de su candorosa y azulada idealidad. El rebaño desflora el encanto de las cosas..., profana la virginidad de la contemplación.

La Belleza nació para ser contemplada, no para hociarla a fuer de cerdos...

Adoro profundamente los rasgos maravillosos de un cuerpo gentil, con el mismo fervor con que adoro la luminosidad de una estrella, el prodigio de una flor, un lienzo de Turner, una página de Kempis, una estrofa de Zorrilla, una creación de Praxíteles, la *Flora* de Tiziano... Y todo cuanto lleva impreso el *quid divinum*.

Pero jamás desfloro el encanto de mi pura contemplación con el bostezo de la fiera...

No puede compararse el placer del espíritu con la degeneración de la carne. El amor carnal es flor de un día, el amor impoluto flor de eternidad.

Los que de otra manera obran parécense al que ante la *Flora* de Tiziano, en un momento de subida exaltación, rasgase el lienzo donde el artista dejara su *Sueño mortal*. Y así obra generalmente el rebaño de Epicuro.

Frutos malsanos de esta generación degenerada.

Generación que ha producido una Literatura enfermiza, entenebrecedora.

Época en la que abundan más los tísicos de alma que los de cuerpo.

Hoy el amor ha sido profanado como el Arte, como la Religión, como la Vida, como Dios.

El amor tiene resplandores de Divinidad.

Huye, por consiguiente, del fango.

Sebastián Padrón Acosta
La Laguna de Tenerife

- 16 de junio

Los misántropos

Con ansias de eternos silencios, con odios implacables a las farsas sociales, con sed torturadora de luz, vive retirado en su agreste soledad el misántropo.

Los ruidos mundanales intentan a veces turbar el silencio de sus profundas meditaciones. Pero se estrellan ante la reconcentración del meditabundo.

Su alma es rústica y selvática. Pero cuando el Arte le acaricia llora mimosamente, con la sencillez de un niño.

Contempla desde su nido agreste la danza carnavalesca de la sociedad. Y sonrío sarcásticamente ante la farsa.

El misántropo se ha desposado con la meditación, ha hecho pacto con el silencio, ha puesto su cariño en los libros.

Del abismo de su alma surge implacable, furioso, el odio.

¡Odio a las transigencias sociales, odio al amaneramiento, odio a las ridículas imbecilidades, odio a la estupidez del convencionalismo, odio al trato humano! Sueña con el dolor y con el misterio. Pasa por el mundo enlutado y triste.

Existen misántropos que son espíritus de luz y misántropos que son espíritus de tinieblas.

Los segundos viven angustiosamente. Sus frentes están marchitas como sus almas.

La duda interrumpe sus diálogos con las cosas y abre en sus almas nuevos y espantosos abismos.

Interrogan al infinito con ansias insaciables. En sus almas resuenan ecos de tormentas, de naufragios.

Sus pesimismo envuelven al Universo en un montón de sombras subjetivas.

Y fuera de ellos la luz canta prodigiosamente. El *porqué* es el alma de sus desastrosas torturas.

La duda metafísica es una espada de dos filos que llevan clavada profundamente en el pecho. Sus mansiones son mansiones de sombras.

Todo lo analizan de suerte que convierten subjetivamente las más palpitantes realidades en cosas sutiles, impalpables.

En sus ansias de racionalizarlo todo, llegan a dudar de todo.

Caen en la sima del escepticismo absoluto. Viven alejados como las águilas, como el cóndor.

Por su reconcentración y espíritu analítico bordean los abismos de la locura.

Los misántropos sienten ansias de rocas, de desiertos, de monasterios, de soledades, de aislamientos, de silencios.

Ansían vivir con las flores, con los árboles, curioseando sus misterios.

Los misántropos viven demasiado dentro de sí mismos.

¡Son la antítesis de los despreocupados!
Estamos ante los dos extremos. Y no es esta la verdad.

Casi siempre la duda acompaña el retiro del misántropo.

A veces una humarada ilumina sus tinieblas. Pero la autosugestión ejerce luego su poderío inmenso.

Los misántropos exagerados son *los desheredados de la alegría*.

Este alegre jilguerillo voló de sus almas entenebrecidas. Viven en sus rústicas soledades bebiendo la amargura de sus odios implacables y de sus escepticismos²⁰.

En sus almas nunca amanece.

Son ellos los náufragos del pesimismo.

Y en la soledad construyen sus nidos estas águilas humanas.

Los misántropos de luz viven retirados en cumbres altísimas inaccesibles a la estupidez humana.

A ellas ascienden porque odian la vulgaridad.

Son espíritus de luz como Hello, como Huysmans. Almas geniales que se asfixian en el pantano social.

"¡Están locos!"²¹ clama la chusma. Y al querer insultar los que tal dicen, quizá hagan una apología, inconscientemente...

Con ansias de eternos silencios, con odios implacables a las farsas sociales, con sed torturadora vive retirado en su agreste soledad el misántropo.

Sebastián Padrón Acosta
La Laguna de Tenerife

²⁰ Excepticismos.

²¹ No hay comillas.

- 21 de junio

Como una blanca paloma herida...

Cuando la mujer sucumbe, sucumbe casi siempre bajo el peso enorme de su amor.

Y en los momentos en que el vulgo, sin comprender los misterios del amor y de la vida, le denigra, yo levanto en mi alma un pedestal de compasión en su honor.

No es que santifique su caída, sino que admiro el caudal inagotable de sensibilidad y ternuras que el Artífice depositó en el impenetrable abismo del corazón femenino.

Cuando el amor emborracha el alma de la mujer, esta no piensa sino en el niño travieso y ciego que lleva en su alma, llena de mimos y delicadezas inefables.

La mujer nació para el amor y para la ternura. ¡He ahí el secreto de sus caídas!

Y es sobre el hombre sobre quien a veces debiera lanzarse el anatema por profanar la santidad de ese sagrario.

Cuando la mujer sucumbe, en la sociedad se alza la pasión del ensañamiento. ¡Y entonces debería brotar una explosión de caridad!

¡La sociedad siente deleite en el dolor del caído! Se complace contemplando el derrumbamiento del prójimo.

En esos instantes, la caridad pide para nuestras palabras con el caído todas las dulzuras del alma, todos los bálsamos de la compasión.

Pero en vez de sacar el puñal, la sociedad lo ahonda más en la herida. ¡Olvida que a veces puede más la suavidad de una caricia que la altanería de un desdén!

La mujer merece nuestra adoración por sus dos excelsas prerrogativas de virgen y madre.

Porque si bella es la Hermana de la Caridad²² –ángel de la tierra– ante el lecho del dolor, también es hermosa la madre en el momento de su alumbramiento.

Y tenga presente la sociedad que ante Magdalena Cristo no se ríe ni se mofa de sus caídas, sino que vibrando armoniosamente su alma de Dios y de hombre, le dice: *te perdono porque has amado mucho. Vete en paz. No quieras pecar más.*

Y sin embargo, la sociedad obra contra las palabras del Nazareno, mofándose de ella cuando en las lumbres del amor se quemaron sus alas de mariposa.

La caridad del cristianismo le levantó de la esclavitud; y esa misma caridad intenta surgirla de este moderno encadenamiento.

²² Sobre las que ha escrito en el texto anterior del 31 de mayo de 1921, con referencia a su labor con los ancianos desamparados.

Y la mujer, que ha sucumbido, sigue su sendero sola, inmensamente sola, llevando en su pecho el dolor de su caída, y en su rastro florecen las encendidas camelias de su pudor.

¡Cuántas veces ese ensañamiento de la sociedad señaló trágicamente a la mujer el camino del burdel, *un cáncer de la civilización*, en sentir de Pavissich²³!

Y sobre el revuelto mar de la vida flota como deshojado lirio sobre un charco de cieno, como blanca paloma herida sobre la superficie de un pantano...

Sebastián Padrón Acosta
La Laguna de Tenerife

²³ Antonio Pavissich, que escribió un libro sobre la prostitución moderna con ese título.

- 23 de junio

La gran obra de González Díaz

Acabo de leer *Tierras sedientas*, nueva producción de mi excelso amigo Francisco González Díaz, honra y prez de las letras castellanas.

Está escrito el libro con inmenso cariño.

Las páginas de *Tierras sedientas* están unguadas y perfumadas con aromas y flores de leyendas.

González Díaz ha sorprendido la fisonomía topográfica de Lanzarote y da al lector una impresión triste, poco real, de esa *tierra sedienta*, melancólicamente aureolada con austeridades y sequedades de desierto.

Estudia en el libro la psicología, el carácter de sus habitantes, completamente identificados con su tierra, de cuyas austeridades y melancolías participan.

En breves, sencillos y magistrales capítulos nos pinta sus caseríos, sus glorias pasadas, sus paisajes, sus pueblos, sus progresos, sus personajes notables.

Al contemplar el artista los Castillos y los Molinos, los recuerdos, cual bandada de palomas blancas, alzan el vuelo, perdiéndose en el cielo azul del libro...

Con toques y pinceladas de maestro nos escribe una bella página sobre los molinos y castillos, artefactos tan castellanos, tan españoles, tan manchegos, tan canarios; que agitan en los caminos, en las soledades sus brazos en actitud de amenaza; y que nos recuerdan las fechorías de aquel *loco sublime*, a quien bautizó el irónico Cervantes con el nombre de *Don Quijote de la Mancha*.

González Díaz ha estudiado y cantado con todas las desnudeces de la verdad las necesidades, la sed ardiente de aquellas tierras.

Encantan al lector la gracia, la sencillez y hasta la ironía con que narra las anécdotas, las historietas.

Cosas sencillas, tan sencillas que cualquiera las expresaría en cuatro palabras, él las diluye, las *contornea*, con la pericia de su ingenio, y con la abundancia de su léxico.

Los libros que González Díaz ha publicado, estudiando la fisonomía y psicología y ética de nuestros pueblos, tienen un gran valor regional, un alto sentido patriótico, valiente.

En ellos divulga las bellezas de sus paisajes maravillosos y sus cosas más notables y, sobre todo, sus necesidades.

Libros que todos debiéramos leer y propagar por toda España y hacer que llegaran a las manos del Rey, del Gobierno, de los estadistas, para que vieran palpablemente nuestras necesidades, la incuria en que nos tienen, engañándonos siempre con palabras y promesas.

Todo esto es la *gran obra* que ha emprendido y debe continuar el insigne, el incansable apóstol y el escritor glorioso.

Lamentamos hondamente que, por obra y gracia de un caciquismo malsano, según nos lo declara la primera página, doliente e irónica, del libro, no haya incluido su autor a Fuerteventura en *Tierras sedientas*, la más sedienta de nuestras tierras.

Tierras sedientas ha sido un triunfo más para su autor.

Yo me congratulo de ello, sinceramente, cariñosamente...

Sebastián Padrón Acosta
La Laguna de Tenerife

- 25 de junio, *El Ideal Lagunero*

Plagiario y corrector...

Un periódico lagunero publica en su último número un soneto titulado "Como el mar" y firmado por un tal Quasimodo²⁴.

Dicho soneto es un verdadero plagio, puesto que se halla en la página 122 de un libro de primeras letras, del que es autora Pilar Pascual de Sanjuán.

De *Escenas de familia* está tomado *ad pedem litterae* exceptuando algunas correcciones, las que su segundo autor hizo quizá por poner algo de su cosecha o lo que es más probable por estar ayuno de las reglas de la concordia castellana.

Si el señor Quasimodo corrigió el último verso del segundo cuarteto, tomando en cuenta aquella regla gramatical que dice: "cuando el adjetivo se refiere a dos o más nombres de seres animados, concierta con ellos en plural, prefiriendo el género masculino al femenino"; repase la Sintaxis y recordará que existe la siguiente regla: "cuando todos los sustantivos son plurales y es femenino el más próximo al adjetivo, este puede concertar con él".

Teniendo presente esta regla, su verdadero autor concertó el adjetivo *destrozadas* con el sustantivo *naves*; pues si hubiera seguido la primera quedaría rota la concordancia de la última sílaba del primer verso del segundo cuarteto con la última del cuarto endecasílabo.

Veamos dicho cuarteto:

¿Ves lejos las llanuras *azuladas*,
que reflejan el claro firmamento?
Pues guardan en su seño turbulento
cadáveres y naves *destrozadas*.

Hemos recordado al autor-corrector esta regla, suponiendo que el verdadero autor haya querido referirse a los dos sustantivos, porque si solo se refiere a *naves* ya sabemos que también hay otra reglilla que repiten los niños de escuela y es "que el adjetivo concierta con el sustantivo en número y terminación genérica".

También la concordancia de verbo con sujeto pide que *ocultan* esté en singular (después de la corrección por supuesto), porque la Gramática enseña que el verbo concierta con el sujeto en número y persona.

Y al decir Quasimodo:

Tal es, amigo, el corazón humano:
con exterior simpático y amable
ocultan del soberbio y del tirano
el fondo criminal y miserable;

²⁴ El poema salió en el mismo *El Ideal Lagunero* en número anterior.

la buena lógica enseña que aquí el sujeto del verbo *ocultan* es *corazón humano*, salvo que esa *n* fatídica sea una errata. Y entonces en paz.

También le advertimos al señor Quasimodo que *buen número de naves destrozadas* no es muy poética frase, que digamos.

Obramos así para demostrar al autor-corrector del soneto que no nos *tragamos el hueso*.

¡Cuidado con los rateros literarios!²⁵.

Sebastián Padrón Acosta

²⁵ A propósito de la denuncia que hará de otro plagio diez años después, recordará el hecho aquí denunciado, el 20 de marzo de 1931, en un texto aparecido en *Gaceta de Tenerife*, durante su estancia como sacerdote en La Palma.

- 26 de junio

El crepúsculo de los consagrados²⁶

Existen hombres sobre cuyas frentes el genio puso un beso de luz.

Tienen momentos de excelsas revelaciones, momentos en que su interior es un triunfo solar, una apoteosis de claridades, un día esplendoroso.

Y frutos de esos instantes son las creaciones por las que merecen los laureles de la gloria, de la consagración.

La Humanidad los *canoniza*, como el Vaticano a los Santos. Es la hora excelsa de la consagración. La hora triunfal para el Artista.

Cervantes tiene una hora de luz y crea el *Don Quijote de la Mancha*. Miguel Ángel tiene una hora de luz y crea el colosal *Moisés*, al que únicamente faltaba, según el anecdótico martillazo del artista: ¡hablar!

Y las gentes aplauden ante el triunfo.

Los Genios, como los Santos, tienen su nimbo.

Hay un intervalo en la vida de los consagrados. Pasa la vida triunfal.

Luego, de su fuero interno dan a luz una obra, posterior a la consagración: un cuadro, un libro, una estatua.

La nueva obra se expone a la contemplación. Y los que conocen al consagrado, exclaman: "¡Es de Fulano de Tal! ¡Es admirable, como suya!".

Y la consagración, por una asociación psicológica de imágenes, viene a la memoria del contemplador.

Y las gentes aplauden, aunque su mismo autor desdeñe la obra.

Y si un hombre, sin conocer al consagrado, contempla la obra, quizá diga: "¡Esa obra es detestable!".

Y, sin embargo, las gentes la admiran.

Esa obra, que admiran y aplauden las gentes, nació en un momento de crepúsculo. Fue creada en *el crepúsculo de los consagrados*, momentos en que el Genio parece plegar sus alas, instantes de las lagunas y lunares de los artistas.

Y, sin embargo, las gentes la contemplan extasiadas.

Los Genios, como los Santos, tienen sus horas crepusculares. ¡El sello inconfundible de lo contingente!

Muchas veces las gentes admiran obras solo por haber sido engendradas por hombres ya *canonizados*, aunque esas obras carezcan casi en absoluto de los esplendores de la inteligencia y del sentimiento.

²⁶ Aunque con alguna reserva, creemos que volvió a ser difundido meses después en el número 3 de la revista *Canarias* (que no se conserva en ninguna hemeroteca). Lo sabemos por una noticia de *La Prensa* (24 de enero de 1922), y la reserva que exponemos está en que se explicita que el texto de Padrón Acosta se llama "El crepúsculo de los *congregados*", aunque todo apunta a que quisieron decir "El crepúsculo de los *consagrados*".

Los hombres tienen ciertos momentos de *miopía intelectual*.
Y, casi siempre, les ciega la admiración, que pone vendas como la envidia.
La envidia puede sentir celos de un imbécil.
La admiración puede quemar incienso ante una vulgaridad.

Conste que a ciertos públicos no se les puede autorizar para consagrar.

Las gentes toman a veces *el crepúsculo de los consagrados* por un momento de luz esplendorosa.

La fama engrandece, aumenta y aureola pequeñeces y vulgaridades, como la distancia ilumina todo lo lejano.

Las firmas, los autores, parecen obligar a la admiración. ¡Son una especie de sugestión!

Y ante *el crepúsculo de los consagrados* las gentes aplauden casi con tanto delirio como ante la luminosidad de las creaciones.

Sebastián Padrón Acosta
La Laguna de Tenerife

- 29 de junio

La enfermedad de *El Greco*

Terminé la lectura de dos folletos del oculista Germán Beritens, titulados *Las aberraciones del Greco* y *El astigmatismo del Greco*.

El doctor Beritens será todo lo oculista que quieran sus clientes, pero maldito si me han convencido sus *consideraciones científicas*.

Los oculistas seguirán extendiendo *póstumos certificados* acerca de la pretendida enfermedad de Domenico Theotocopuli; pero sus cuadros, maravillosos, característicos, rotundas encarnaciones de su ingenio, inconfundibles manifestaciones de un pintor excepcional, altamente contemplativo, continuarán pregonando a los cuatro vientos el sello personalísimo de su autor, su rúbrica.

Veo en El Greco o Griego, en el amante de Toledo, en el egregio autor de *El expolio* y el *Entierro del Conde de Orgaz*, la más alta cumbre del misticismo en el arte pictórico; pues ni *Fra Angélico de Fiésole*, el pintor de las encantadoras ingenuidades, el autor de *Il Silenzio*, tiene esa irreprochable factura del verdadero misticismo, en el que campea gloriosamente Theotocopuli.

Sus místicos son prodigios de ascetismo; contemplativos de mirar profundo, arrobado, a cuyos ojos parecen asomarse sus almas elevadas, en ansias de ascensión... de vuelos; y a la cual idea contribuyen sus figuras alargadas, con las que parece que su autor quiso darnos la sensación de las ardientes y torturadas almas de los místicos.

Sus *San Franciscos*, en sus miradas, gestos y actitudes retratan almas abismadas, extáticas, perdidas en el insondable mar de las verdades eternas...

El adorable rostro del Cristo de *El expolio* y los semblantes expresivos, casi vivos, del *Entierro del Conde de Orgaz* son de las más grandes maravillas de Domenico.

Sus cuadros nos hacen olvidar por un momento el mundo material y pensar solo en el alma, en la meditación, en el más allá.

Son creaciones de almas, dijo alguien.

Beritens extiende certificado y dice en sus dichosos folletos que El Greco padecía astigmatismo por los síntomas que se manifiestan en sus lienzos.

Si en el sello personal que Theotocopuli imprimió a su obra ven los médicos síntomas de enfermedad, lo mismo tendríamos que hacer con las colosales obras anatómicas y fisiológicas de Miguel Ángel, el escultor portentoso de *Moisés* y el *Pensieroso*.

Tendrían los galenos que buscarnos otra enfermedad en el *repertorio mediquil*.

¡Paranoia, astigmatismo, dicen que padecía El Greco!

Y ¿por qué ese alargamiento de sus figuras, ese ascetismo abismático y característico, no es la floración de su ingenio fecundo y portentoso...?

¡Como si el genio de El Greco necesitara el *visto bueno* de los oculistas para proseguir su ascensión inmortal!

Para mí, sus figuras alargadas, en apoteosis de ascensión, son las huellas imborrables de un artista excelso.

Confieso ingenuamente que el fallo del señor Beritens no me ha convencido.

Toledo conserva como uno de sus más sagrados recuerdos y gloriosos prestigios *la casa* donde El Greco viviera y ***²⁷ la inaudita maravilla de sus almas abismáticas, extasiadas...

¿Padecía El Greco astigmatismo o solo fueron sus figuras alargadas sello inconfundible de su ingenio, de su ascetismo, de su luminosidad?

Ante los cuadros de El Greco, ingenio de la Edad Media, he pasado mis más bellas horas contemplativas.

Sebastián Padrón Acosta
La Laguna de Tenerife

²⁷ No se lee con claridad el verbo que utiliza: ¿*sellara*?

- 1 de julio

La eterna historia de la Humanidad

Bajo el Árbol misterioso de la Ciencia del Bien y del Mal pasó el comienzo de la desdicha humana.

Es en el Paraíso terrenal, encantador como la primera sonrisa de los mundos.

La manzana pende seductora con todos los encantos soñados de la prohibición...

Eva contempla la fruta donde se encierra el misterio del Bien, del Mal, de la Ciencia.

¡Quizá la brisa mece blanda y voluptuosamente la fruta tentadora! La sugestión arrulla la imaginación femenina y la curiosidad le acaricia dulcemente...

¡Eva, temblando, mira la Manzana, velo que oculta un abismo!

Por fin, Eva contempla con irresistible impulso la fruta, la toca voluptuosamente, la lleva a sus labios, sedientos de aquel encanto, y ante ella se abre el abismo...

Adán y Eva conocen el amargo secreto de la Ciencia del Bien y del Mal. Luzbel ríe victorioso.

La inocencia pliega ruborosa sus alas de maravilla. Y se dan cuenta de que están desnudos.

La conciencia pone en sus almas la amargura de un terrible reproche. La ilusión del momento se ha desflorado. Han conocido el secreto, pero es secreto de perdición.

Pasado el momento de la sugestión, un ángel de luz trágica desciende al abismo de sus almas torturadas.

Es el arrepentimiento que llora la prevaricación.

Han perdido la dicha. El ángel de las justicias lanza a los prevaricadores del Edén.

Adán y Eva marchan avergonzados y tras ellos quédase el ángel vigilando la entrada de la felicidad, hasta que Cristo venga a abrir sus puertas con la Redención.

La historia del Paraíso terrenal, que el sencillo y profundo Moisés nos relata en su *Génesis*, es el símbolo de la eterna historia del linaje humano.

La vida de este se desenvuelve dentro de dos círculos: la inocencia y el arrepentimiento.

A veces el lirio impoluto se marchita al soplo abrasador de las pasiones que vibran avasalladoras. Y el joven inexperto cae bajo el peso de esa cruz.

La pubertad le brinda sus encantos primaverales, y a sus ojos soñadores la vida aparece rosa y azul.

Las inquietas mariposas de las ilusiones revolotean en su cabeza juvenil.

Y fascinado, como Eva, ante el encanto de la fruta prohibida, rompe la castidad de las cosas, desflora la rosa ideal de su alma.

Y al momento la túnica inconsútil se rasga. El lirio se deshoja.

La Tentación yérguese victoriosa aureolada de luz demoniaca.

El arrepentimiento le da luego la mano. Pero el sedimento queda en los repliegues de la imaginación como semillas del mal. Esta ley psicológica se cumple.

La vida viene luego a ser una larga calle de amargura en la que el hombre cae no tres, sino mil veces pisoteando los enaltecedores y viriles preceptos del Decálogo.

Y así, cayéndose y levantándose, creyendo hoy error lo que ayer tenía por verdad; a ratos olvidando a Cristo, a veces rezando al pie de sus altares, la Humanidad marcha hacia lo Eterno con sus vacilaciones, con sus caídas, con sus apostasías, con sus amarguras, con sus lágrimas, con sus plegarias.

Y Cristo, hecho ternura, contempla esa marcha vacilante, compadeciéndose de sus fragilidades.

¡Oh, vosotros, los caídos, surgid, que Cristo os espera con una mirada de ternura en sus ojos y una sonrisa de perdón en los labios!

Sebastián Padrón Acosta
La Laguna de Tenerife

- 6 de julio

Oro de antaño

Por las llanuras de Castilla, que Gabriel y Galán contara en el florecimiento milagroso de sus versos de oro, cabalgan sobre Babiaca y Rocinante dos excelsas figuras, prestigios insignes y símbolos gloriosos de su raza heroica, de la raza épica, de la raza inmortal, de la raza española.

Son el Cid y Don Quijote. Van desdeñosos, melancólicos, solitarios, altivos.

El Cid ostenta su gallarda altanería y Quijano lleva en su alma soñadora y aventurera, la divina locura de su Ideal. Han huido esquivos la amistad de los Carriones y Sanchos, traidores y groseros que viven en las ciudades, en las plazas, en los pueblos, en los villorrios... Y los Caballeros –emblemas de la nobleza y de la idealidad– se han marchado despectivos, silenciosos por la castellana llanura desamparada, solitaria.

Los españoles han abandonado a estos dos espejos de la raza... Prefieren a Carriones, a Sancho.

Don Quijote se ha separado del gobernador de la ínsula Barataria. La armonía entre la práctica y la idealidad se ha roto.

Ya por la llanura castellana –sendero de luz, ruta de amor– no peregrinan las almas exquisitas de los apóstoles, de los pensadores, de los místicos, de los poetas, de los santos de recio y hondo españolismo.

La fe –alma de la epopeya castellana– no palpita con los fervorosos estremecimientos de antaño.

Las dos figuras luminosas de nuestra casa solariega permanecen abandonadas, sin adoración, sin culto. La Tizona –valerosamente ganada por Rodrigo Díaz de Vivar a Búcar– y la Colada –por él mismo arrancada a Berenguer– están enmohecidas en los desiertos y abandonados castillos.

La belicosa y épica bravura del Campeador se ha dormido. La divina ensoñación del Quijote voló del corazón español.

Los españoles no quieren volver los ojos a esos dos héroes del pasado, encarnaciones del genio nacional.

¡Castilla!: Hijos renegados desprecian el oro de tus héroes, el espíritu de tus libros de antaño, el alma de tus victorias, el corazón de tus epopeyas y de tus romances y de tus leyendas.

¡Duermes silenciosamente recostada sobre el polvo de oro de tus glorias pasadas!

Los españoles de hogaño reniegan de su casta. Tu espíritu épico y conquistador, altivo y religioso, solo vive en la maravilla de tus libros de antaño, de tus códices envejecidos, de tus monasterios silenciosos. En tu Arte y en tu Historia.

Tu Tizona y tu Colada se enmohecen en el silencio de tus castillos abandonados. En tus dominios se ha puesto el sol...

En los tres cantares de gesta está grabada, con letras inmortales, tu alma, valerosamente religiosa y religiosamente valerosa.

El autor anónimo que tales cantares entonara debió sentir en su alma viril toda la voluptuosidad excelsa de tu bélica epopeya ¡madre Castilla!

Y por la llanura silenciosa, envueltos en el oro del ocaso, en el dolor de la hora presente, cabalgan solitarios, altivos, desdeñosos los altos varones españoles –caballeros de la espada y de la cruz– que en la historia y en la leyenda se inmortalizaran con la aureola de sus hazañas, de sus aventuras, de sus conquistas, de sus santas locuras.

Y nadie sigue sus huellas, nadie imita el oro de antaño, nadie busca la estela luminosa que dejaron a su paso por la tierra...

La senda por do pasaron tiene el silencio de una llanura desierta, de una estepa, de un cementerio lleno de cruces y de osamentas...

Estamos en una hora de ocaso, en un día de otoño...

¡Pobre Castilla!

Sebastián Padrón Acosta
La Laguna de Tenerife

- 8 de julio

El poder del silencio

Las almas próceres tienen para las almas rastreras un poderoso argumento. Es el silencio.

A ciertos hombres de cerradas entendederas y de aviesas intenciones se les hace mucho honor oyendo sus palabras, que pretenden ser flechas...

Las almas que viven en atmósferas de paz guardan para los envidiosos el desprecio del silencio. Y este llega a sus corazones como callada saeta que les lastima, porque es el desprecio lanzado sobre las vaciedades del orgullo y las impotencias de la envidia.

Los hombres que envidian y lo manifiestan no merecen los honores de la atención, que debe reservarse para las cosas altas.

La palabra –piedra preciosa de los entes racionales– no debe dispensarse a los inconsecuentes, a los mentirosos, porque profanan la santidad y aristocracia del verbo...

Se debe seguir la ruta serenamente, desdeñando a las nulidades con el poder despectivo del silencio. Él será la poderosa manifestación de la grandeza y noble altanería de las almas privilegiadas.

Almas de luz y ensueño, cread vuestra obra enorme como una montaña y aplastad con ella a los entes pequeños, a los *gusanos humanos*.

El silencio es el lenguaje de los héroes ocultos, de aquellos cuyas almas son hostias de sacrificio, perfumadas con nostalgias de cielo...

Quando la palabra y las lágrimas callan, el silencio habla.

El silencio posee un poder de expresión que no poseen los demás lenguajes humanos. Es la elocuencia de los momentos inefables.

El silencio tiene la elocuencia de las tumbas, que hablan sin palabras. El silencio tiene la muda altivez de las montañas, que son altivas sin palabras de altanería.

La gran espada llaman los hombres a la palabra, y el silencio es a veces acero más cortante que aquella.

Llevad siempre con vosotras, ¡oh almas exquisitas!, esta poderosa espada que corta calladamente, sin palabras, sin ruidos, sin movimientos.

La historia lo confirma. Jenofonte, que con Herodoto y Tucídides forman las tres cumbres de la historia clásica de Grecia, y que cosas tan bellas nos dejara sobre el mártir de la Convicción, refiere en su *Apología de Sócrates* la siguiente anécdota:

Como Sócrates se hallaba envuelto en su proceso –y no hablaba casi nada de él–, Hermógenes, hijo de Hipónico, amigo de Sócrates, le pregunta:

- Sócrates, ¿no deberías pensar en tu apología?
- ¡Para qué! ¿No ves que me he ocupado en ella toda mi vida?

La vida y la doctrina maravillosa, casi cristiana, de Sócrates eran su mejor apología.

Ved ahí la confirmación del poder del silencio. Cread vuestra obra, enorme como una montaña, y haced de vuestra vida un apostolado. Y callad. He ahí vuestra mejor defensa. Con ello lo habéis dicho todo. Creación y silencio. Dejad que los insectos contemplen la altura y brillo de las estrellas... No habéis dicho nada, y lo habéis dicho todo.

Sebastián Padrón Acosta
La Laguna de Tenerife

- 10 de julio

El crucifijo de Roberto

I

Unas aldabadas dadas a la puerta por un mendigo interrumpieron el silencio de la mansión señorial de los Villalba, en el anochecer de un friolento y lluvioso diciembre.

Lucía –la vieja y cariñosa fámula– acudió presurosa al reclamo de los aldabonazos.

Abrió la puerta –entre temerosa y curioseadora–, y el farol de rancia catadura que del techo del portal pendía alumbró a un pobre muchacho de entristecida fisonomía y de miserables vestiduras. En su semblante retratábase la más dolorosa miseria. Sus ojos azulados, hundidos, parecían mirar desde muy lejos y estaban nimbados de tristes añoranzas.

Aquellos harapos, de que estaba vestido, envolvían un alma prócer, como la crisálida guarda el divino misterio de una mariposa.

- ¡Pido pan, pido caridad! –exclamó, con acento quejumbroso, el mendigo–.

Y en su voz cansada, desfallecida, palpitaban todos los dolores y las amarguras todas del hambre, de la miseria, del desamparo.

Lucía, conmovida, ascendió el husillo en busca de alivio para el harapos.

II

La puerta de la alcoba se abrió y sobre su umbral apareció Lucinda, como iluminada por un presentimiento.

- ¿Quién llama? –interrogó–.
- Es un pobre muchacho que implora caridad y que me ha conmovido hondamente –contestó la arcaica sirvienta–.

Probablemente inspirada por la Providencia, Lucinda dio orden a la fámula para que llevase al mendigo a su presencia. La orden se cumplió al momento.

Y Lucinda hizo subir al nocturno mendicante. La criada observó que al ascender el husillo el ente harapos besaba un objeto que brillaba en la semioscuridad.

III

En la alcoba donde momentos antes Carlos y Lucinda –últimos retoños de la casa de los Villalba– sostenían un dulce, tierno y cariñoso coloquio, apareció un muchacho de hasta trece años.

Era Roberto, el mendigo.

- ¿Qué buscas en esta noche lluviosa? –preguntó Lucinda–.
- Busco pan y abrigo, por amor de Dios –contestó el interpelado, casi comiéndose las palabras–.
- Pero ¿tú no tienes madre?

- Mi madre hace años que murió.
- Y ¿no tienes familia?
- Tampoco, señorita. Mi historia es muy triste, muy dolorosa.

"Mi madre era costurera y trabajaba noche y día para ganar nuestro sustento. Mi padre murió, siendo yo muy pequeño, según mi pobre madre me refería.

Con mil sacrificios realizados por ella en noches amargas, interminables, pude comenzar mis estudios. Yo acompañaba sus nocturnas tareas, estudiando durante ellas con gran ahínco para ganar laureles que alegraran su entristecida vida. Pero he aquí que una noche del 24 de diciembre, friolenta y tempestuosa como esta, mi madre cayó gravemente enferma. Se llamó al médico, pero todo remedio fue inútil. Mi madre moría de un terrible ataque al corazón. El médico dijo que la anemia y terribles dolores morales habían ocasionado su muerte...".

Roberto, cubriéndose el rostro con sus pálidas y enflaquecidas manos, sollozaba amargamente.

Hubo un intervalo de silencio angustioso.

Roberto prosiguió. "Muerta ella, la caridad de los hombres no hubo compasión de mi ruina. Y tuve que emprender la vida errabunda, triste, llena de amargos desprecios, del mendigo".

Y Roberto fue detallando todos los dolores de su errabunda y mendicante vida.

IV

La terrible odisea de Roberto conmovió hondamente a Lucinda y a Carlos.

Y sus ternuras de mujer y sus ansias de maternidad ahogaron, en el fondo de su ser, los humos de gloriosa y blasonada estirpe, que a veces solían asomar la oreja.

- Aquí –dijo Lucinda a Carlos– está la mano providencial de Dios. Él nos ha enviado este ángel, ya que no hemos tenido ningún hijo.

"Lo aceptaremos como hijo adoptivo. Haremos que continúe y termine sus estudios. Y ya que no tenemos herederos forzosos, a él dejaremos nuestros bienes".

Carlos –que en todo sentía y pensaba como su esposa– acogió complacido la caritativa proposición.

Roberto, abrumado por tanta bondad, cayó de hinojos a los pies de sus bienhechores, besando entre lágrimas y sollozos aquellas manos que endulzaban sus amarguras.

Las lágrimas de Roberto eran lágrimas de ternura, de felicidad, de agradecimiento.

La dulcedumbre de una caricia y de un consuelo hacía tiempo que no rozaban su marchita frente y su entristecido corazón.

Y por un momento Roberto creyó estar a los pies de su bendita madre. Y metiendo las manos por entre su raída camisa sacó un hermoso crucifijo.

Después de besarlo, bañándolo con sus dulces lágrimas, exclamó:

- ¡Querida bienhechora, mi segunda madre: esto es lo que más quiero y adoro en la vida! Me lo regaló mi madre en momentos supremos, diciendo: "Toma; es la única herencia que te dejo en la vida. Llévalo pendiente de tu cuello. Y cuando la enfermedad y el hambre te visiten, bésalo y rézale, que él te dará la salud y el pan *tuyo* de cada día".

"Así lo he hecho. Y en medio de mis amarguras este crucifijo ha sido mi estrella salvadora.

Pues bien. Yo os lo regalo, que mi madre también os lo regala del cielo.

¡Aceptadlo! ¡Es la mayor ofrenda que os puedo hacer!".

Y Lucinda, profundamente estremecida su alma de mujer, abrazó a Roberto en excelsa apoteosis de ternuras.

V

Y *el Crucifijo de Roberto* fue añadido al escudo de los Villalba, como un blasón más de esa aquella solariega.

Sebastián Padrón Acosta
La Laguna de Tenerife

- 12 de julio

El ocaso de un historiador

Ha fallecido el ilustre historiador canario, nuestro respetable y admirado amigo Manuel de Ossuna y Van den-Heede.

Ahí queda erguida su obra. En su gabinete de estudio –joyel de cosas de antaño– pasaba sus horas de interrogación a lo pretérito. Era el señor Ossuna personalidad de ilustre abolengo intelectual. Los estudios que, sobre antigüedades y cosas del país, dejó escrito hablan muy alto de este ilustre hijo de Tenerife.

El estilo de sus libros era veces sencillo, a ratos grandilocuente. Ahí permanece como un monumento su mejor obra *El Regionalismo en las islas Canarias*, admirable estudio histórico, jurídico y psicológico, avalorada con la asombrosa documentación de autoridades históricas y científicas, la que pone de relieve su vasta erudición en todos los problemas concernientes al archipiélago canario. Admirable y curioso es su libro *Impresiones de viajes e investigaciones científicas*, publicado en 1912 y realzado con preciosos fotograbados. Digno de encomio es también su *Cultura social en Canarias en los reinados de Carlos III y Carlos IV*, que salió a la luz en 1914, donde pinta el florecimiento científico, literario y artístico de Canarias en aquella época llamada por él *Edad de oro de la historia de Canarias. El problema de la Atlántida y la nación española* es igualmente una manifestación de su actividad y de su cultura. Publicó otros libros notables como *Consideraciones sobre el fundamento del Derecho y la Ciencia política* y *La inscripción de Anaga*.

Prueba rotunda de sus conocimientos geológicos es su *Discurso sobre las distintas fases por que ha pasado el globo terrestre*.

En la historia de Canarias ha dejado un hondo vacío el historiador insigne.

La ciudad de La Laguna debe laurear los méritos de esta distinguida personalidad, poniendo el nombre a una de sus calles.

Cuando el dolor y la enfermedad comenzaban a rondar el hogar del historiador, este, con voz cascada, nos decía: "Solo me queda un dolor: el no poder terminar mi obra *El Regionalismo en las islas Canarias*, en la que puse todos mis cariños". Y añadía con amargura: "El país no corresponde a mis esfuerzos ni a mis trabajos. Los disgustos me abruman cada vez más. Ahí queda eso –exclamaba mirando con nostalgia sus queridos papeles y sus amados libros– por si alguien de mi familia quiere terminar mi obra". Y en aquella estancia aromada con perfumes de lo pasado sus palabras tenían la amargura de un reproche...

Y hoy que lloramos su muerte, han venido a nuestra memoria sus dolientes frases...

En el ocaso se ha hundido el respetable amigo y el investigador incansable.

Sebastián Padrón Acosta
La Laguna de Tenerife

- 15 de julio

Cumbres

La Edad Antigua y la Edad Media legaron a la Humanidad dos hombres extraordinarios. En los ubérrimos campos de la Filosofía y de la Mística florecieron dos inteligencias, embriagadas de luminosidad y ascensión. Tuvieron celo de las estrellas. Sus nombres están aureolados por esplendores inmortales. Y sus obras tienen la solidez de las viejas pirámides egipcias.

En la Edad Antigua y en Grecia –madre de los grandes creadores en la poesía, en la filosofía, en el teatro, en la oratoria, en la escultura, en la historia– aparece un hombre austero y visionario: Sócrates. Se repliega dentro de sí mismo y entona un himno al mundo interior. Emprende el apostolado del esfuerzo, escruta con mirada de águila los abismos del espíritu y da a los siglos una lección inmortal de virilidad.

Tiene el valor de sus propias convicciones, llegando hasta los linderos del martirio. Y bebe la cicuta con la serenidad y heroísmos del justo. Y la Historia guarda cariñosamente este rotundo ejemplo de valentía.

Iluminó la ruta del pensamiento helénico. Toda su obra gira alrededor de su célebre frase inscrita en el frontispicio del templo de Delfos: *noscete ipsum*, síntesis emblemática de su doctrina elevada y maravillosa.

Los diálogos con sus discípulos –que nos legara el gran Jenofonte– manifiestan su alma de poeta, su pensar de filósofo y su sentir de justo.

En ellos se enamora de la comparación, de las imágenes, de la metáfora con las que esmalta sus altas y profundas enseñanzas. En el caos filosófico, en que Grecia se hallaba desde Tales de Mileto hasta Gorgias, él surge como un esplendor inmortal.

Al leer las páginas de Sócrates la inteligencia parece estar ante el pensamiento del *Águila de Aquino*.

La Naturaleza quiso hacer resaltar la gran belleza de su mundo intelectual y por eso no le prodigó bellezas plásticas.

Su rostro y su obra son una perfecta antítesis. La fealdad física frente a la divina belleza de la creación intelectual.

Dictó a la Humanidad las cuatro grandes virtudes: Prudencia, Justicia, Fortaleza y Templanza.

En la historia vive con el glorioso nimbo de los privilegiados.

En la Edad Media surge otro hombre excepcional. ¡Un fraile! Kempis. Se enamora de las doctrinas del esfuerzo y encarna su pensamiento en la frase del título de su obra: *De imitatione Christi*, uno de los libros más prodigiosos que los hombres han conocido. En el fondo, la doctrina de ambos es casi la misma: el esfuerzo. El *véncete a ti mismo*.

Pero Kempis despliega todo el glorioso esplendor de su doctrina a las sombras redentoras de la Cruz. La fe –rotunda y taladrante– puso en su obra lumbradas de incendio, irisaciones celestes. Kempis tiene la poesía de las cosas profundas, la poesía del silencio, la poesía de la ascensión, la poesía del sacrificio, la poesía honda de las

almas solitarias. Kempis llegó a cumbres que Sócrates solo vislumbró, iluminado por los vestigios de la revelación primitiva.

Sócrates es más humano que Kempis. Kempis ascendió y llegó a las lontananzas de la divinidad. Y cayó de rodillas en la cumbre silenciosa. Y sintió las inefables dulzuras del éxtasis y del silencio.

Santa Teresa también se introdujo en el *Castillo interior*. Dirigióse una mirada introspectiva y surgieron *Las Moradas*, libro encendido de amores, constelado de indecible sencillez y perfumado con rosas de castidad.

Kempis supera a Sócrates, aunque el mérito de este sea realzado por la época en que viviera.

El libro de Kempis vivirá mientras existan almas sedientas de belleza, de luz y de amor.

Lo escribió su autor en latín, que es la lengua del decir profundo, de lo preciso, la lengua de los teólogos y filósofos, la lengua de la Ciencia, de la Iglesia, de Dios...

Como Kempis, Sócrates habló de la belleza, del amor, del bien, de la justicia y de otras bellas cosas del pensamiento y de la vida.

A Jenofonte debemos mucho con respecto a Sócrates.

Deleito y Piñuela dice: "Suprimid a Jenofonte y Sócrates quedará, si no olvidado, incomprendido".

¿Cómo no recordar a estos dos hombres geniales y valerosos hoy que la Humanidad siente el desfallecimiento del esfuerzo?

Ellos entonaron una canción al poderío de la voluntad.

Sócrates y Kempis dicen a la Humanidad: "Emprende la gran obra artística de ti mismo. En el esfuerzo está el secreto de tu espiritual resurrección. Llevas en tu alma un ignorado mundo de latentes energías. Surge. Camina. No detengas tu marcha de ascensión inmortal. Sigue la ruta dolorosa, que tu vida debe ser eso, un esfuerzo, a despecho del dolor y de la caída".

¡Llevo en mi alma hacia estas dos cumbres de lo pasado un devoto cariño! Tienen estos hombres fulgor de estrellas. Y sus nombres unciones paternas y mágicas ternuras.

¡La obra de Kempis es el libro de mis horas de lucha y vacilación, de mis horas de amargura y desfallecimiento! ¡Sócrates! ¡Kempis...! ¡Cómo acarician y consuelan vuestros egregios nombres!

Sebastián Padrón Acosta
La Laguna de Tenerife

- 17 de julio

El árbol bíblico²⁸

Tienen un encanto inefable los olivos, estos árboles bíblicos que evocan en nuestra mente el poema más grandioso de los siglos.

Poseen su excelsa historia, su piadosa leyenda estos viejos centinelas que vigilan el silencio de los senderos polvorosos bordeados de zarzales.

Bajo su copa frondosa y al ensueño estelar, este árbol memorable debió estremecerse al sentir a sus pies al Divino Nazareno. En aquella noche inolvidable naciste a la vida de la historia, árbol bíblico. Distes nombre el célebre monte junto al cual tuviera su agreste oratorio el Salvador en aquella noche trágica y digna de recordación.

Los agrietados troncos de los olivos parecen que exhalan un perfume de ancianidad venerable, un aroma de virtud. Los siglos han colocado una diadema de veneración sobre estos árboles bíblicos. Las generaciones han depositado sobre ellos un beso de respeto.

En el misterio de las noches silenciosas y estelares, alzas al cielo, ¡oh árbol cristiano!, tu copa como un inmenso cáliz agreste para recibir el ósculo de las brisas, el sereno de las noches y quizá los secretos de los pájaros.

Tú permaneces silencioso en los caminos desiertos, como una consolación, como una esperanza.

Y en ellos reposas cual místico en éxtasis y miras siempre a las alturas en actitud contemplativa. Eres símbolo de almas viriles. Para el cristiano tienes un misterioso, inefable lenguaje. La narración bíblica te enalteció en sus páginas inmortales.

Cuando contemplo los olivos en la soledad de las sendas polvorosas, o en la calma de los campos perfumados, siento tentaciones de caer arrodillado y adorarlos como a Ídolos.

Tienen un encanto inefable los olivos, estos árboles bíblicos que evocan en nuestra mente el poema más grandioso de los siglos.

Poseen su excelsa historia, su piadosa leyenda estos viejos centinelas que vigilan el silencio de los senderos polvorosos, bordeados de zarzales.

Sebastián Padrón Acosta
La Laguna de Tenerife

²⁸ Aunque sin poderlo comprobar hasta ahora por no encontrarlo en las hemerotecas canarias, tenemos una referencia del periódico *El Progreso* por la que conocemos que este texto se publicó también en los números 7-8 de la revista *El Campo*, en 1921.

- 21 de julio

Los dos Franciscos²⁹

Como una preciosa flor casta y perfumada surge luminosamente la obra de Francisco de Vega.

En sus admirables composiciones adivínase una personalidad que comienza a delinearse. Y nos prometen ellas un poeta "del pensar alto, del sentir hondo y del hablar claro"³⁰. Dos cualidades embellecen sus hermosas concepciones: candor y armonía. Sus poesías nacen en momentos serenos, azulados, luminosos. Francisco de Vega, que comienza a izar la bandera de la poesía, anhela seguir la senda florecida de azucenas, poblada de mariposas y perfumada de madreelvas. La senda que mira al Infinito. Sus pensamientos tienen belleza y blancura de lirios. Y están sus versos desnudos de artificioso afeite. Él no pertenece a la escuela de Espronceda ni a la de Campoamor, poetas que tantos imitadores han levantado, sino que sigue la ruta de José María Gabriel y Galán. Él es maestro de Granadilla como Galán lo fue de Piedrahita.

Hay en las poesías del autor de "Campanero, campanero" una dulce y seductora ingenuidad. Tienen sabor campestre. Huelen a tomillo. Está su concepción estética engalanada con una naturalidad casi infantil. Poseen el encanto de los niños sus puros y bellos versos.

Entre este joven poeta y nuestro exquisito Izquierdo existe cierta fraternidad, cierta armonía.

Son Francisco Izquierdo y Francisco de Vega dos hermanos gemelos en la delicadeza del sentir y en la armonía de la ejecución, aunque Izquierdo, en *Alta Plática* —el libro de poesías más hermoso que se ha publicado en Tenerife—, manifieste un alma atormentada por la duda, y las poesías de Vega aparezcan aureoladas por una fe ingenua y adorable.

¿Quién, al leer *Horas de luz*, de Francisco de Vega, no recuerda los cinco magníficos sonetos que, con el título de "Alta Plática", publica Francisco Izquierdo en su magno libro?

Y ¿quién al saborear "Eco de gesta", del poeta Vega, no piensa en el cantar de "Salutación a Castilla"?

Un hilo de oro une a estas dos almas exquisitas. Estos dos Franciscos siguen la senda que siguieron Fray Luis de León y José María Gabriel y Galán. Y ¿esto es ser plagiarios? Oigamos al salado Antonio de Valbuena, al endilgar el prólogo a las *Poesías* del campoamoriano poeta Morera y Galicia: "En imitar *bien* lo excelente no hay pecado sino verdadero mérito".

²⁹ Este mismo texto fue publicado en el número 347 del *Eco del Magisterio Canario*, unos días después, el 30 de julio de 1921. Al final del mismo se añade la siguiente nota: *Este hermoso artículo que hemos tomado de Gaceta de Tenerife, donde el culto escritor don Sebastián Padrón Acosta exterioriza tan galanamente la impresión causada en su ánimo, por la lectura de las poesías publicadas por nuestro distinguido amigo y compañero, don Francisco de Vega, Maestro Nacional de Granadilla, tenemos íntima satisfacción en reproducirlo, como homenaje sincero al Sr. de Vega y Barrera.*

³⁰ Palabras que creemos son de Antonio Machado.

Vega no rebusca, como otros, palabras estrambóticas y kilométricas para envolver en ellas sus conceptos. Encarna su pensamiento en una sencilla y clara dicción. Rechaza, como Horacio, *ampullas, et sesquipedalia verba*³¹.

Siga Francisco de Vega embriagándonos con su "Dulce licor". Y tenga presente, ante todo, que "el arte es escala de oro por donde las almas grandes ascienden a Dios", como dijimos en otra ocasión. Que sea su obra sendero de luz, ruta de amor. Y que el poeta que presentimos en "Paisajes del Sur", "A la Catedral de Burgos" y "Noche de San Juan", sea mañana uno de los más altos poetas del catolicismo, para que cante siempre mirando hacia el Infinito, de donde descienden las grandes lumbradas, los grandes consuelos y los verdaderos y esplendorosos amores.

Sea esta página, escrita con el fervor más sincero de mi alma, un homenaje de admiración y una palabra de aliento al hermano que atraviesa la senda con la nostalgia del Infinito abierta en el alma como una flor de luz y ensueño.

Sebastián Padrón Acosta
La Laguna de Tenerife

³¹ Hace alusión a las palabras huecas, vacías, llenas de retoricismo. Una traducción aproximada de esta parte de la *Poética* de Horacio sería que desecha *las ampulósidades y las palabras rimbombantes*.

- 23 de julio

La orientación del verdadero feminismo

Para Margarita Beese

Como un mentís más lanzado sobre el burdo tópico de ser el Cristianismo enemigo del Progreso, sale a la luz, escrito en el silencio de una celda, *El libro de la mujer española*, rotunda y audaz reivindicación de los derechos de la mujer.

Graciano Martínez, en este admirable y exquisito libro, pulveriza con argumentos formidables todas esas leyendas que en torno a la mujer ha tejido la rutina, la imaginación y la estulticia³². Todos los prejuicios relativos a la inferioridad mental, según los decantados datos de la Frenología, quedan deshechos en esta obra galante y contundente: aboga, como nosotros, por que se den a la mujer los derechos civiles que el Código español le niega, cuya negación es una de las más irrisorias inconsecuencias del Código con respecto a la mujer, sobre el cual el P. Graciano lanza justos y terribles anatemas.

¿Con qué razón se incapacita a la mujer casada para vender, comprar y comparecer en juicio...? El agustino interroga: "¿Es que el matrimonio le ha hecho perder sus facultades psíquicas e intelectuales?".

Las mujeres deben formar una cruzada y hacer que todas estas deficiencias desaparezcan para que, en la patria de las grandes cumbres femeninas, la mujer no sea considerada como un ente incapacitado.

Los derechos políticos, dado el estado actual de la política española, opinamos con Graciano que no debe ejercerlos la mujer hasta que tome otro rumbo, hasta que se regenere, hasta que se redima la política de nuestra patria.

Muy bien dice el autor de tan admirable libro que el siglo XX, si la mujer obtiene sus grandes derechos, no se llamará el siglo del radio, ni de los hombres águilas, sino el siglo de la mujer.

Con una dialéctica asombrosa despoja también a la Iglesia Católica de la mancha antifeminista con que alguien ha intentado –aunque en vano– profanar su historia.

Que la mujer se instruya, que la mujer estudie, que la mujer siga carreras y profesiones, pero que jamás se olvide del hogar y de sus cualidades de mujer.

Cuanto más cultura, más comprenderá la excelsitud de su misión. La mujer debe mirar siempre los grandes beneficios que debe al Cristianismo, quien con toda galantería la levantó de la esclavitud y la colocó sobre el gran pedestal de la dignidad.

³² Palabra que será utilizada con frecuencia por esta época primera, como emblema, sobre todo, de lo socialmente reprochable.

La Iglesia la ha glorificado, elevando el matrimonio a la categoría de Sacramento.

Todos los buenos españoles deberíamos adherirnos a la avasalladora corriente de reivindicación de la mujer que en nuestros tiempos ha crecido justa y notablemente.

En la historia ha sonado la hora de la justicia. La humanidad se ha dado cuenta de su proceder injusto, aunque todavía exista algún rezagado antifeminista de buena fe – como ha dicho Margarita Beese³³– al que yo creo atrasado en noticias.

La justicia se impone. A los antifeministas les diría yo que pensarán en sus madres, en sus hermanas, en sus esposas, en sus hijas.

Odio ese revolucionario marimachismo que desdora los inefables encantos de la mujer, pero quiero ardorosamente que la mujer sea elevada a la categoría social que de justicia le pertenece. Y es una vergüenza que en la patria de las grandes mentalidades femeninas como Sabuco de Nantes, Santa Teresa, *La Latina*, Isabel la Católica, Concepción Arenal, Rosalía de Castro, Fernán Caballero, Pardo Bazán y Concha Espina de Serna³⁴, no ocupe la mujer el digno puesto social que por sus facultades, por sus encantos, por su misión, por sus derechos y por sus deberes le corresponde.

La mujer española debe también pensar en "El Ama", de Gabriel y Galán, y en "La perfecta casada", de Fray Luis de León, esos dos tipos tan españoles y tan cristianos.

Es justo este despertar del feminismo. Es triste el estado de las solteras que se ven sin porvenir, sin horizonte³⁵. Esto debe obligar a la mujer a seguir carreras y profesiones, para que si el soñado marido no aparece, tenga con qué defenderse de las necesidades de la vida.

Al hombre debe importar mucho el que la mujer estudie, profundice y se ilustre. ¿Quién sería tan tonto que entre la mujer culta y la sin ilustración eligiese la segunda...?

En *El libro de la mujer española* está delineada la orientación del verdadero feminismo. Es ese libro el Kempis, el breviario del feminismo. Nadie como Graciano Martínez ha estudiado tan profundamente los problemas relativos a la mujer.

Por ello, yo, usurpando atribuciones, le bautizo con el nombre de *el fraile del feminismo*.

Margarita Beese ha sido la causa ocasional de que yo escribiese esta página feminista. Mi pluma está siempre dispuesta a enaltecer todo lo grande y lo noble y lo sagrado de la mujer. Yo deshojo ante sus pies las más sinceras flores de mi humilde jardín.

³³ Es colaboradora en el medio *Gaceta de Tenerife* en estos años. Parece que moriría en Alemania, en 1935, donde estaba como enfermera alistada en el ejército (*LT*, 16 de abril de 1945).

³⁴ Sobre algunas de ellas escribirá artículos individualizados en los próximos meses.

³⁵ El tema de la soltería saldrá de nuevo en su tinta cuando en 1922 hable de la narradora Dolores Pérez Martel y su obra *Suegra y Solterona*.

Margarita Beese aparece como algo insólito en Tenerife, donde la mujer tan poco se ha preocupado de sus problemas actualísimos y justísimos.

Muchas, quizá, se preocupen del figurín de última moda, más que de sus derechos, de su reivindicación.

Por eso Margarita Beese debe estudiar y exponer a sus paisanas los grandes problemas de la mujer, para que sean menos frívolas y más conscientes.

Sebastián Padrón Acosta
La Laguna de Tenerife

- 24 de julio

El día de la epopeya

Hoy ofrece Tenerife la más gloriosa página de su historia, página escrita con heroicidad y grabada con caracteres de sangre.

La bravura y altivez guanchinescas surgieron luminosas en aquel día memorable –25 de julio de 1797– en que el Napoleón inglés encontró su Waterloo.

Hoy se cumplen 124 años de la gloriosa epopeya, y a pesar de la distancia que no separa de aquella fecha ilumina aún nuestras almas aquel esplendor excelso de nuestro patriótico heroísmo.

¡La epopeya de una raza no puede jamás morir!

Todos los pueblos civilizados celebran sus fechas triunfales. He aquí por lo que Tenerife no puede menos de engalanarse, sentirse enorgullecido en este día de gloria y cantar por la boca de sus hijos poetas³⁶.

Y lanzar a los aires el clamor alegre de sus campanas regocijadas. Y hacer ondear la siempre bendita bandera española, la roja y gualda, nuestros hermosos colores, los colores de la raza brava y fuerte, noble y triunfadora.

El alma regional siente los estremecimientos del heroísmo, la apoteosis de las virtudes cívicas, y el amor a su terruño y el cariño a su cielo y a sus brisas y a sus campos en excelsitud de verdores, en apogeo de perfumes.

La Naturaleza parece estremecerse de supremo placer. Y cantan los canarios y parlan las fuentes y ríen los campos y esplende el sol, en un milagro de luz y de oro, y rima el Atlántico su eterno poema rumoroso, él, que fue teatro de la batalla heroica.

En estos días de apoteosis, los pueblos cultos necesitan exhumar lo pasado, recordar sus días de triunfo, abrir sus panteones, resucitar a sus muertos³⁷, cantando las virtudes que les enaltecieron, repasar las páginas de su historia y poner en todas las heroicidades de lo pasado un canto de excelsitud, un ósculo de cariño y admiración.

Ved la causa por que canta hoy Tenerife.

Rememora el acto más heroico de su vida. Y puso en él la sangre de sus hijos.

Esta página de nuestra historia la escribieron con caracteres de sangre hijos preclaros.

¡Que canten, pues, nuestros pájaros canarios y nuestros poetas esclarecidos!

Que canten gloriosamente la Naturaleza y los hijos de Tenerife, porque la epopeya de una raza no puede morir jamás.

Sebastián Padrón Acosta
La Laguna de Tenerife

³⁶ Es la primera vez que escribe de este tema, el de los poetas y el 25 de julio, que volverá a tratar con profundidad en los años 40.

³⁷ El motivo de los muertos como pasado que vive, utilizado por Juan Manuel Trujillo en los años 30, ya vemos que es utilizado por nuestro autor en estos años, con clara conciencia desde muy joven de la importancia para un pueblo de la tradición con respecto al futuro.

- 28 de julio

¡El placer y el dolor de crear!

Crear es un placer y un dolor. Siente el Artista inefable contentamiento al encarnar en un héroe las grandes pasiones, los caracteres inmortales.

¡Es el deleite de Esquilo, al dar soplo vital a *Prometeo* y *Agamenón*! ¡Es el deleite de Shakespeare, al sacar del caos a *Hamlet*, *Otelo* y *Macbeth*, obras de proporciones gigantescas! ¡Es el placer de Velázquez, al imprimir a sus lienzos – *balcones abiertos a la realidad*– palpitaciones vitales!

¡El Artista siente divinas embriagueces al dejar en su obra jirones de su alma, reflejos de su personalidad, retratos de su pensamiento y de su sentir!

¡Oh, la voluptuosidad de desdoblar el yo, el placer de immortalizarse, de dejar un mundo descubierto, un héroe glorificado!

Chateaubriand ha dicho muy bien en su bello libro *El Genio del Cristianismo*: "Yo estoy persuadido de que los grandes escritores dejen su vida en sus obras".

¡Oh, el placer de convertirse en Dios, en creador de almas, como lo fue Shakespeare!

Momentos de suprema embriaguez son esos en que un misterioso relámpago pasa por el espíritu, iluminando los abismos, de los que emergen resplandores deslumbrantes.

Instantes de generación, que tan magistralmente supo pintar José Enrique Rodó en "La estatua de Cesárea" de su obra *El Camino de Paros*.

¡El placer de la fecundación! ¡Horas de luz, en que el alma tiene un grito de explosión: ¡Eureka!

¡Horas fecundas, en que el espíritu siente un raro encantamiento! Y en que el relámpago pasa iluminando el seno de las tinieblas.

¡Horas de luz!

¡Crear es un placer!

¿Quién podrá apreciar la tristeza, el desaliento que se apodera del artista al querer encarnar en la forma su Ideal, su pensamiento, al intentar exteriorizar ese mundo *todo espíritu, toda luz*, que él siente agitarse en los abismos de su ser?

¿Quién podrá medir la magnitud de la lucha que se entabla entre la forma y la idea?

¿Cómo rasgar los senos de la materia para introducirle la luz, la *sensación*, la *vida*?

¿Cómo decirle a la forma: *habla*?

¿Cómo pintar esa sorda contienda de la idea con la palabra, con el mármol, con el lienzo?

¡El artista cae desfallecido y se consuela con la gran palabra: ¡Silencio!

Y queda la obra en el poema de las sombras.

Alguien dijo que la mejor obra es la no escrita, la que queda en el alma.

Ernesto Hello, águila audaz y gloriosa, que siempre viaja por las cumbres y por los abismos, prorrumpe: "¿Ignoras que el artista que desea crear sufre siempre horriblemente? ¿No consideras que jamás realiza lo que quisiera? ¿No consideras que toda obra maestra es necesariamente un sacrificio...?".

¡Horas de desaliento! ¡Crear es un dolor! ¡Placer y sacrificio!

Sebastián Padrón Acosta

La Laguna de Tenerife

- 30 de julio

Nuestras fiestas cívicas
(El 25 de julio de 1496 – El 25 de julio de 1797)

Las naciones y los pueblos cultos deben celebrar con grandiosa pompa sus días de epopeya.

Y ¿qué hacemos en Tenerife para conmemorar la fecha gloriosa del 25 de julio de 1496, día en que sonó la hora de la civilización?

¿Con qué solemnidad se celebran en la capital de nuestra provincia y en la ciudad de La Laguna, la Atenas de Canarias, el florón de la enseñanza tinerfeña, los días triunfales de su historia?

Con dolor inmenso, con tristeza casi infinita, contemplamos el 27 del corriente, el triste espectáculo de la procesión cívica.

El trofeo, nuestra gloriosa bandera, pasaba por las calles laguneras desamparada, solitaria. Fue un espectáculo doloroso, vergonzoso, la procesión de la bandera de la conquista en el 27 del presente.

El trofeo solitario, sin que los hijos de Tenerife le acompañaran, nos parecía algo así como un triste símbolo de la patria abandonada, de nuestra historia olvidada.

¿Es que no tenemos concepto cabal de lo que significan estas conmemoraciones y fiestas cívicas? ¿Es que no sabemos el alto valor significativo que tienen estos días de epopeya? ¿Es que hacen falta espíritus de iniciativa, almas patrióticas, que sientan el amor a la tierra, el cariño a la patria grande...?

El espectáculo tristísimo que nos ofreció este día glorioso para Tenerife fue una manifestación más de nuestra maldita y consabida apatía. Estas cosas desdichan del pueblo canario, del pueblo tinerfeño.

¿Qué dirán, qué concepto se formarán de nosotros los extranjeros, al ver la indiferencia con que se deslizan estos días de gloria? De labios de *touristas* hemos oído frases dolorosas, vergonzosas para nosotros.

Nuestras fiestas cívicas van decayendo de día en día, tristemente, lamentablemente.

El 25 de julio debe ser para Tenerife el día más grande que señala el calendario. ¿Qué ha dicho la prensa tinerfeña de este día glorioso? ¿Cómo ha callado en estos días, cuando debería cantar la gloria de nuestra historia?

Las mentalidades del país, los hombres llamados a laurear estas fechas conmemorativas, ¿qué han hecho?

La realidad más desconsoladora contesta negativamente.

Que no suceda más lo que ha sucedido con respecto a la conmemoración de esta fecha triunfal. ¿Que todos los años se repite? Y esto ¿qué?

Si seguimos esta lógica, crucémonos de brazos y dejémonos morir de inanición.

Sean estos días días de júbilo, días de gloria para el pueblo tinerfeño.

Que haya iniciativa, que las autoridades, las Sociedades, los Centros, los hombres de saber, los poetas, todos, en una palabra, se aúnen para celebrar la fecha gloriosa.

Y que nuestras fiestas cívicas hablen muy alto de nuestro patriotismo, de nuestra cultura, de nuestro país.

Es hora de despertar. Removamos las cenizas, abramos los panteones, resucitemos a los héroes, glorifiquemos nuestras fechas triunfales, nuestras efemérides gloriosas. ¡Alcemos una oración al país!

¡Con qué indiferencia dejamos deslizarse ese día memorable –25 de julio– en que la fecha de dos días gloriosos de nuestra historia se cumplen!

¡La rendición de los *Menceyatos* Taoro, Tacoronte, Tegueste y Anaga, en 25 de julio de 1496, y la derrota del caudillo inglés, Horacio Nelson, en Santa Cruz de Tenerife, en el 25 de julio de 1797!³⁸.

Sebastián Padrón Acosta
La Laguna de Tenerife

³⁸ Este texto habría que entenderlo como complementario al publicado unos días antes, el 24 de julio, sobre la fecha conmemorativa de la victoria frente a Nelson.

- 5 de agosto

El gran mal del siglo XX

Los que buscáis la causa del actual naufragio de los grandes valores, contemplad *a la ciega que ve*, a la ciega iluminada, que por el sendero desierto huye entristecida, porque los hombres la desprecian y la abandonan.

Han perdido la fe en lo sobrenatural, la fe en la vida y en sí mismos. Y cuando la fe huye, vienen las sombras a poblar todas las cosas.

La fe –telescopio del espíritu– que ve las cosas más lejanas va de día en día desapareciendo del corazón de los hombres. Y los misterios van siendo cada vez más desconsoladores.

Dejan la luz para envolverse en las tinieblas. ¡Oh lógica humana!

Un escepticismo demoniaco sustituye forzosamente a la divina ciega.

Porque ha perdido la fe, el mundo está presenciando el derrumbamiento de los grandes valores, el desbarajuste de los ideales y de las convicciones.

Sin la fe, el alma es un águila audaz a quien faltan las alas para ascender a las esferas de la luz, a las regiones del *alto pensar* y del *hondo sentir*.

Es ella la que traslada los montes y taladra las montañas. ¡Microscopio que agranda e ilumina esplendorosamente todo lo pequeño!

Cuando la fe vive en el alma, todas las cosas tienen un rayito de luz. Y todo sonrío luminosamente.

Pero cuando la fe muere, todas las cosas ofrecen fisonomías enigmáticas, todas las cosas lloran, todas las cosas poseen semblantes sombríos. ¡La fe es el gran esplendor!

La fe muere paulatinamente. Y es este *el gran mal del siglo XX*, porque es la raíz de todos sus males, puesto que su esfera de acción no tiene límites, y se extiende a todos los seres y a todas las cosas.

El mundo te abandona, piadosa y candorosa virgencita. Por eso te has recogido en el silencio de los monasterios y en la paz augusta de los desiertos.

¡Tú, fe, divina Luz, que pusiste en el corazón de los místicos fulgores de incendio, que enardeciste el espíritu de los apóstoles, que elevaste el alma de los patriarcas, que hablaste por boca de los poetas, que señalaste una ruta de mortalidad y un Nuevo Mundo a aquel hombre quizá loco, tal vez profeta, y que se llamó Cristóbal Colón, ilumina a la desorientada humanidad, que presencia el naufragio de los grandes valores!

¡Fuiste mártir, virgen, santa, anacoreta! ¡Flota aún, águila herida, sobre este inmenso y horrible naufragio!

¡Pon sobre mi alma tu esplendor en mis horas doloridas! ¡Besa mi frente con tus ardorosos labios, casta virgencita!

Y sigue siempre a mi lado, endulzando el dolor de mi senda.

Ilumina nuevamente al mundo, como antaño, como en tu edad de oro, cuando el hombre de ti no se avergonzaba.

¡Sé esplendor y sé consolación, mística estrella!

Desde la altura derrama tu luz sobre este desventurado siglo XX, potente, formidable, pero desorientado, caído; siglo de grandes descubrimientos, de grandes progresos, de grandes conquistas y reivindicaciones, pero también de grandes dolores, de grandes desventuras y de grandes desfallecimientos.

¡Siglo XX, siglo de luz y de tinieblas!

Sebastián Padrón Acosta
La Laguna de Tenerife

- 7 de agosto

La casita del Siervo

Tiene la Laguna –vieja aristócrata de Canarias– un apartado rincón, poético y campestre, que nos ofrece su piadosa y apacible sombra como una pausa del dolor y de la vida, como una mansión patriarcal poetizada por los árboles, por los pájaros y por la leyenda.

¡San Diego del Monte! Este sitio encantador está poblado de frondosos árboles, donde canoras avecillas entonan cánticos que en aquellos piadosos y retirados lugares tienen tonos de salmodia. Hay en este retiro de soledad un pequeño convento, circuido de pinos, adelfas y eucaliptus, y que erigió la piedad del capitán don Juan de Ayala.

Por un estrecho sendero, bordeado de arrayanes, brezos, laureles y rosales y que sube serpenteando como una inquieta y dilatada sierpe, y por donde quizá transitarían humildes y sencillos hijos de San Francisco de Asís, llégase a *La casita del Siervo*.

Rodéanla higueras, brezos y laureles. Está construida sobre una elevación del terreno. Tiene dos ventanas laterales abiertas al campo y al Infinito. Las paredes interiores de este recinto ostentan pinturas a la aguada de místicos y santas, almas austeras y visionarias. Hay también en el interior de tan evocadora capilla un antiguo cuadro al óleo que representa la figura austera y radiante de Fray Juan de Jesús, ostentando entre sus manos enflaquecidas el divino símbolo del Cristianismo.

Nombres y firmas *brutalmente* grabados han profanado el interior de aquella mística celda agreste.

Fue erigida esta mansión por haber sido el lugar sobre el que se edificó el retiro campestre del frailito de San Diego, Fray Juan de Jesús, personaje legendario, del siglo XVII, muerto en olor de santidad.

Es fama que en tiempos de antaño estaba este sitio lleno de malezas y que a él se retiraba a hacer oración *el extonelero icodense*. Fue él testigo de los éxtasis, de las penitencias y austeridades implacables del humilde y travieso lego franciscano, el que en una noche de San Juan, al saltar una de las tradicionales hogueras que se estilan en nuestro país, perdió un ojo por obra y gracia de sus prodigios de agilidad.

La importancia de este personaje nos lo pone de relieve el libro voluminoso que de su vida y milagros escribió Fray Andrés de Abreu, quien en dicha biografía apellida a nuestro taumaturgo *flor isleña, espíritu heroico*.

¿Quién fue el primero que apellidó a esta celda *La casita del Siervo*? Lo ignoramos. Un alma sencilla y piadosa debió ser. ¡Quizá un enamorado de la tradición y de la encantadora y sublime vida del humilde frailecito!

Solo sé que en esta mansión poética viven cariñosamente la tradición y la leyenda, y que en sus alrededores gorjean los pequeños y pintados pajarillos.

Desde este sitio se domina la maravilla de la vega lagunera, el encanto del paisaje. Y se contempla en la llanura la ciudad de La Laguna, mística y recogida, la que en el alba despierta a los campos con el sonido de sus campanas, en la hora del crepúsculo vespertino invita a la meditación y al rezo y en los mediodías de sus días estivales aparece nimbada por una tenuísima gasa azulada que cubre las torres y

campanarios de sus viejos conventos, que siempre miran a las alturas erguidos como religiosos y altivos hidalgos.

¡Hay un mágico encanto medioeval, geórgico, en estos campestres retiros silenciosos, solo turbados por la brisa entre los árboles, los trinos de los pájaros y el canto del labriego!

Nos recuerda este retirado rincón aquellos *días de campo*, en los que salíamos del claustro a despejarnos de la tristeza, a distraernos momentáneamente de nuestras tareas escolares³⁹. ¡Tiempo inolvidable que despierta en nuestro ánimo nostalgias de silencio, de quietud, de retiro!

Es propicia esta *Casita del Siervo* para vivir retirado, pensando, leyendo, soñando... oyendo el lenguaje *no aprendido de los pájaros*, aspirando el perfume tradicional y casto que despiden estas mansiones medioevales, y rezando también ingenuamente, cariñosamente. Celda propia de anacoretas y misántropos es *La casita del Siervo*, lugar para vivir solitario, silencioso, hablando con la tradición, con la fe, con los libros, con la historia, con la leyenda...

Tiene La Laguna –vieja aristócrata de Canarias– un apartado rincón, poético y campestre, que nos ofrece su piadosa y apacible sombra como una pausa del dolor y de la vida, como una mansión patriarcal poetizada por los árboles, por los pájaros y por la leyenda⁴⁰.

Sebastián Padrón Acosta
La Laguna de Tenerife

³⁹ Alusión biográfica a sus tiempos de Seminario (recordemos que en este año ya anda momentáneamente retirado de él, y a punto de irse al cuartel).

⁴⁰ Este párrafo final es exactamente igual al del comienzo, una estructura circular que repite en muchos artículos de esta primera parte de su escritura. Ya lo ha hecho en alguna ocasión anterior.

- 12 de agosto

La mujer y Kant

Es necesario despojar a la mujer de todos esos estúpidos prejuicios que en torno de ella han venido formando escritores, sociólogos y filósofos de distintos siglos y países.

En 1764 publica Kant, el filósofo de Koenisberg, sus *Observaciones sobre lo bello y lo sublime*. Y en el capítulo III de dicha obra aparece Kant atacado de enorme crisis antifeminista.

Oigámosle: "A una mujer con la cabeza llena de griego, como la señora Dacier, o que sostiene sobre mecánica discusiones fundamentales como la marquesa de Chastelet, parece que no le hace falta más que *una barba*; con ella su rostro daría más acabadamente la expresión de profundidad que pretenden".

¡Admirable manera de discurrir! Ya lo saben nuestros lectores: ¡la más acabada expresión de la profundidad consiste en tener una buena barba patriarcal!

Y suponemos que cuanto más larga sea esta, el sujeto que la ostenta será *un abismo sin fondo* de profundidad. ¡Las cosas de los antifeministas!

Y con una superficialidad desconcertante sigue hablando de que "la mujer no debe aprender ninguna geometría", y otras cosas del mismo jaez, "porque el atractivo de sus encantos no pierde nada de su energía".

Ya sabemos, señor Kant, que los encantos naturales de la mujer nada pierden por ignorar estas cosas. Pero ¿no es, acaso, un encanto más, sobre los naturales, la cultura, la ilustración? ¿Habría cosa más insulsa que las conversaciones de ciertas niñas, que no versan sobre otra cosa que sobre trapos y moños, y sobre Menganitos y Fulanitas?

¿Qué cosa, por el contrario, más agradable que dar con una mujer sensata, estudiosa, cultísima, sin pedanterías, con la que podamos conversar provechosamente? La ilustración profunda de la mujer será otro encanto más que nos arrastre hacia ella⁴¹.

Y Kant sigue en crisis: "En la historia no se llenarán la cabeza con batallas..." ¿El porqué? Pues porque él lo dice.

Fenelón, que antes que Kant escribía sobre la mujer el breve y substancioso libro *La educación de las jóvenes*, nos dice: "Dadles las historias griegas y romanas; en ellas contemplarán prodigios de valor y desinterés. Que no ignoren la historia de Francia, que tantas bellezas encierra; mezcladla con la de los países vecinos y con la relación de los países lejanos que estén bien escritas".

¿Por qué razón ha de ignorar la mujer las grandes batallas? ¿Por qué no ha de mirarse en el espejo de Juana de Arco, la heroína de la Guerra de Cien Años? ¿Por qué causa se han de negar a la mujer los derechos a la cultura histórica? ¿Acaso no tiene la mujer el deber de cultivar sus facultades intelectuales?

Más adelante, y siguiendo en progresión ascendente su antifeminismo, nos dice que la mujer debe cultivar la Pintura y la Música, pero no como *arte*.

¿Qué labor más propia para la mujer que el Arte? ¿Qué cosa más adecuada a sus manos primorosas, a su sensibilidad y a su imaginación?⁴²

⁴¹ Si aún estuviera pensando en volver al Seminario se cortarían más al decir estas cosas...

Y adelantándose hacia la Ética, escribe: "Evitarán el mal, *no por injusto, sino por feo...*"

De manera que si el mal se reviste con fingidos ropajes de belleza, tras él debe ir la mujer... Y ¡viva la Moral de Smith!

Con mucha razón Fenelón se lamentaba del abandono en que se tenía la instrucción de la mujer y decía: "se cree que debe instruirse poco a este sexo".

Ya deben rechazarse, por lo absurdo, todos esos prejuicios que la rutina y la ignorancia han venido acumulando de siglo en siglo sobre la mujer, que no es "animal de largos cabellos e ideas cortas", como pensaba Schopenhauer.

¡Hay que redimir a la mujer de la postergación en que ha estado sumida!

Sebastián Padrón Acosta
La Laguna de Tenerife

⁴² Reflexiones como esta llevarían al autor a meterse a hacer el estudio de las *Siluetas de Mujeres Canarias* de 1922, origen de uno de sus primeros ensayos más importantes: "Las poetisas canarias".

- 16 de agosto

El Dr. Canetti, apóstol del Sol y de Las Cañadas⁴³

Está entre nosotros el Dr. Canetti. Tiene figura de apóstol. Es alto, delgado. Su cabeza está orlada por amplia melena. Sus ojos son pequeños, pero de mirar penetrante. Hay en su palabra dulzuras y mansedumbres. Habla afablemente.

Por lo largo de su figura nos hace pensar en los místicos del Greco. Su estatura es elevada como su alma, sagrario de supremas exaltaciones espirituales.

A la profundidad científica une la más elevada espiritualidad. Tiene su alma exquisiteces de poeta y genialidades de sabio. La Ciencia y el Arte ligados por el lazo de una santa bondad. Cuando *pronuncia* sus conferencias científicas habla familiarmente. No siente arrogancias oratorias. Dice la verdad con mansa sencillez.

Este ilustre doctor suizo ha venido a nuestra tierra ansiando ensanchar sus horizontes con la investigación de las maravillas solares y climatológicas de nuestro país. Y al ver el prodigio de nuestra amada tierra, se ha deslumbrado, queda como *anonadado* antes estas arrobadoras bellezas climatológicas.

Ha encontrado en este *pedazo de sol* cosas jamás soñadas. Se admira de nuestra apatía, de nuestro apartamiento de los grandes movimientos científicos. Es un enamorado de la helioterapia.

Este hijo de Suiza habla el castellano admirablemente. Una de las cosas que más nos ha sorprendido es la claridad, sencillez y armonía con que expone sus sabios y salutíferos pensamientos en la donosa y gallarda lengua de Castilla...

Él es, ante todo, un enamorado del Sol. Por él siente fervores de culto. Le tiene devoción, porque ha penetrado que es él el gran factor de la vida.

Su obra es la obra de un apóstol. La más admirable y desinteresada propaganda de los dones solares. Y es ella vivificante, enaltecedora, curativa. Parece la obra de un santo, porque en ella ha puesto todos los anhelos de su alma...

Ama intensamente a la humanidad. Siente la fraternidad universal. Lloro por el dolor de los hombres. Y su anhelo es despojar a la humanidad de sus dolores.

Tiene su obra las claridades de una iluminación solar... Siente inefablemente la poesía de los amaneceres y de las puestas de sol. Canta al calor, a la luz.

Toda su propaganda es una vibración suprema de su espiritualidad. Tiene devoción por los pueblos primitivos, *pueblos luceros*, como él los llama. Y esto porque ellos sintieron más que nuestra *maldita civilización* –son sus palabras– el amor a la naturaleza, a la vital acción solar.

Ama, en especial, a la India. Siente por ella cariños de enamorado.

En él se cumple la frase de Echegaray: "el estudio es una oración". Cuando su alma vibra ante la grandiosidad vital, sus palabras parecen un salmo...

En los quince días que ha permanecido en Las Cañadas –fuente de vitalidad–, ha sentido, ha palpado los privilegios de esta tierra, que él, cariñosamente, llama

⁴³ Este texto es el primero de Padrón Acosta gestado al modo de una entrevista.

bendita... Y la enaltece en armónicos y substanciosos párrafos que llegan a nuestra alma con las dulzuras de una bendición solar...

Cada vez que habla del Sol, el gran padre de la vida, sus palabras están enardecidas por vibrantes espiritualidades.

En sus conferencias propagandistas hace desfilar ante la mente del auditorio las maravillas que obra el sol en nuestro organismo.

Todas las enfermedades –nos ha dicho– desaparecen ante la persistente acción solar. "La tuberculosis –son sus palabras– se cura radicalmente con la acción de los baños de sol". El microbio muere, asfixiado por el fuego de *nuestro gran padre...*⁴⁴.

Y esto nos lo ha demostrado con la proyección de fotografías de tuberculosos, de tísicos, en su estado de enfermedad y luego perfectamente curados.

"Sueño con Las Cañadas –nos decía nuestro respetable amigo al preguntarle por la impresión que de este lugar tenía–. Las Cañadas son una maravilla. Una cosa jamás vista en el mundo". En Las Cañadas las curaciones son cuatro veces más rápidas que en las otras partes donde he permanecido.

- Un inconveniente ponen muchos –le dijimos–: el llenar a Tenerife de tuberculosos.
- Basta tener un poco de lógica –nos contesta– para deshacer ese prejuicio. Si los enfermos se curan, ¿cómo van a enfermar los que no lo están?

"Además. Aquí hay muchos tuberculosos. Entran en los cafés, en los teatros. Se rozan con nosotros. Y, sin embargo, por ello nadie se preocupa. De esto hablaré pronto en el Ateneo de La Laguna.

Estoy agradecido a los hijos de este país maravilloso. Sólo me hace falta que me ayuden en mis campañas. La prensa tinerfeña es la llamada a despertar y formar opinión. Necesito dinero. El Cabildo Insular de Tenerife debería ayudarme en mis empresas. Todo esto lo espero de la hidalguía y bondad de los canarios".

- ¿Por qué no proyecta usted fotografías de los enfermos de Las Cañadas? –le interrogamos–.
- Las tengo. (Sacó de un sobre muchísimas fotografías de los enfermos de Las Cañadas. Con ellos aparece, amigablemente, nuestro buen amigo). Pienso proyectarlas –nos dice–. No lo he hecho ya porque no me han terminado aún los *clichés*.

Y siguió hablándonos de *su gran amigo*, el Sol, del que dice: "Al sol se lo debemos todo, del sol dependemos siempre, siempre. Su vida es nuestra vida. En el seno de Helios está el destino de la Humanidad".

⁴⁴ Resulta cuando menos llamativo el hecho de que se detenga en esta enfermedad, y puede haber dos causas en ello: o es la enfermedad del momento, una de ellas (de las que preocupaban), o es que ya él sabía algo de la que le detectarían poco después en el hospital militar de Santa Cruz: la tuberculosis pulmonar. También es significativo que al final de su vida se encierre y que no quisiera ver, como algunas personas comentan, ni la luz del sol exterior.

En la conferencia pronunciada la noche del 12 del corriente (agosto 1921) en el Ateneo de La Laguna dirigió al Sol la siguiente sentida oración:

"Oh, Sol, imagen grandiosa y magnífica de la Divinidad, sea nuevamente para ti mi veneración. Como los espíritus puros vives en Dios, así nosotros en ti vivimos, nos movemos y somos. Que todos los hombres te veneren y exalten.

La vida apareció sobre la tierra, cuando esta palpitaba aún de la vida solar; cuando la luz y el calor reinaban hasta en las más apartadas regiones".

El exordio de su discurso fue un salmo al Sol.

Canta a Helios como un poeta exaltado. Siente la divina embriaguez de la luz y del calor.

Recuerdos muy gratos, descubrimientos maravillosos de nuestra *bendita tierra* tiene en su exaltado espíritu este incansable y fervoroso apóstol del sol.

Saludemos con respeto al sabio, al apóstol, al bienhechor, al hombre de las palabras sabias, mansas, serenas, castas...

Oigámosle con veneración...

Sebastián Padrón Acosta
La Laguna de Tenerife

- 18 de agosto

Tenesor Semidán o D. Fernando Guanarteme

La Real Sociedad Económica de Amigos del País de Tenerife, por iniciativa del finado señor Ossuna y Van den-Heede, ha querido tributar un homenaje de admiración y perpetuidad al último Rey de Gáldar Tenesor Semidán.

La Real Sociedad deseaba, antes de tal homenaje, que sobre tan alta personalidad aborigen expusiese su autorizado pensamiento uno de sus más ilustres socios, su socio predilecto: nuestro entrañable y venerado amigo el señor Rodríguez Moure.

Y así su vicedirector, don Mateo Alonso del Castillo⁴⁵, encargó al señor Moure una vindicación de la personalidad de Tenesor, el Rey de Gáldar. Y he aquí que este acuerdo nos ha dado ocasión para saborear la lectura de una nueva obra histórica, escrita por el autor de *El vizconde de Buen Paso*.

La obra está amablemente dedicada a la Real Sociedad. Se compone el cuerpo del libro de VIII capítulos.

Con el título que encabeza estas líneas ha bautizado a su trabajo histórico Rodríguez Moure.

Es este libro una vindicación de la excelsa personalidad aborigen del Rey Tenesor Semidán, espejo de la raza guanche, altamente valerosa, y altamente agradecida.

Nos narra el señor Moure, con su consabida pericia histórica, las batallas en que el insigne caudillo aborigen tomara parte, como en la del *Guiniguada*.

¿Cómo se ha formado la leyenda de la pretendida alevosía de Tenesor Semidán?

Moure nos lo dice admirablemente en el capítulo VIII de su obra.

Para ello hace una relación de los historiadores nacionales y regionales que en los siglos XV, XVI, XVII, XVIII y XIX, hablaron de tan ilustre caudillo. Y desfilan por dicho capítulo los historiadores Antonio Cedeño, Pedro Gómez Escudero, Alonso Jaime de Sotomayor, Fray Juan de Abreu Galindo, Núñez de la Peña, Fray José de Sosa, Marín y Cubas, Pedro Agustín del Castillo, Viera y Clavijo, Agustín Millares y Chil y Naranjo.

¿Quién fue el agraciado que lanzó a la opinión el primer impropio al heroico y esforzado caudillo? El historiador nos contesta. Hasta el siglo XVII⁴⁶ en ninguna historia, ni en ningún documento de la época aparece la menor acusación a Tenesor.

Y así dice el historiador: "siendo preciso llegar al año de 1632 para encontrar en la *Historia de la Conquista de las siete Islas de Gran Canaria*, escrita por Fray Juan de Abreu Galindo, el primer átomo de reproche...".

De manera que a Abreu Galindo le debe Tenesor Semidán su póstuma reputación...

⁴⁵ Poeta, periodista que a veces utilizó el seudónimo *Tamos*, profesor, falleció en julio de 1931 (información de la nota necrológica de *El Progreso* del 28 de julio de 1931).

⁴⁶ Aunque dice VI, todo parece que se refiere al siglo XVII, por lo que se infiere del párrafo siguiente.

Y con la ironía y sátira que le caracteriza, sigue pulverizando donosamente a los demás historiadores que sin ninguna prueba histórica han colocado sobre las sienes del Guanarteme tan brillante diadema...

De todo lo cual se deduce que el libro es una documentada vindicación del proceder del galdarino⁴⁷ Rey.

Moure ha despojado, pues, a Tenesor de la calumnia que la fecundidad poética de los historiadores le ha endilgado.

Nuestro querido amigo hace en dicho libro (por él llamado *alegato de méritos de don Fernando Guanarteme*) una admirable pintura histórica de la personalidad física y moral del guanche Tenesor Semidán, del cristiano don Fernando Guanarteme.

Esta nueva obra del señor Moure manifiesta al historiador regional en la plenitud de su madurez y florecimiento. Altamente patriótica nos parece la proposición con que cierra el señor Moure su obra. Oigamos las últimas frases de su libro: "Nos permitimos rogar a la Sociedad (R. S. E. de Amigos del País) tome a su cargo conservar la legendaria ermita, pidiéndole al Ilmo. señor Obispo Diocesano su patronato, para librarla del abandono en que se encuentra y del peligro de destrucción que la amenaza".

Así lo esperamos de los Amigos del País, que, como su mismo nombre lo indica, deben ser los conservadores de las tradiciones y leyendas de la tierra.

Y se lo recordamos en especial a su digno vicedirector, nuestro respetable amigo, el poeta don Mateo Alonso del Castillo.

Moure, que ante todo posee un gran concepto de la justicia, como buen abogado, nos dice en dicha obra que para ella le "ha proporcionado datos importantísimos el erudito folklorista canario –son sus palabras– don Francisco P. Montes de Oca García, vecino del Puerto de la Cruz, su patria".

Ya el autor de *La historia de la devoción del pueblo canario a nuestra señora de Candelaria* en el artículo IV del capítulo X de esta obra le llama "inteligente investigador –copio sus frases– y peritísimo genealogista".

El señor Montes de Oca conserva cartas de distinguidas personalidades españolas y extranjeras, entre ellas del P. Fita, en las que se le hace la justicia que sus paisanos y compatriotas le han negado.

El señor Montes de Oca, que es un poco de antiguallas y que tiene admirables conocimientos paleográficos, enriquecerá nuestra historia regional con sus detenidos estudios. Él alimenta en su espíritu el cariño hacia las cosas de antaño, que tanto va desapareciendo en nuestros modernos tiempos.

La R. S. E. se ha convencido plenamente del noble proceder de Tenesor Semidán, al leer en sesión dicha obra.

La Sociedad ha acordado también publicar este hermoso y vindicador trabajo, escrito en las postrimerías del señor Rodríguez Moure.

Coloque, pues, la R. S. E. la lápida conmemorativa de ser la ermita de San Cristóbal la tumba del guanche que poseía grandes virtudes morales, cívicas y militares.

⁴⁷ El gentilicio habitual es *galdense*.

También nos ha dicho el señor Moure que tiene en preparación *La historia de las Universidades*. El señor director del Instituto General y Técnico de Canarias, don Adolfo Cabrera Pinto, que tanto trabaja por el enaltecimiento de la enseñanza, debería tomar a su cargo la publicación de dicho libro con los fondos del Instituto de La Laguna, por ser dicha obra de sumo interés, pues desarróllase en ella la evolución de los grandes centros docentes en nuestro país.

Y nuestro querido amigo, el egregio historiador canario don José Rodríguez Moure, reciba nuestra más cordial felicitación por su nueva y meritísima obra histórica, *alegato de méritos de don Fernando Guanarteme*.

Sebastián Padrón Acosta
La Laguna de Tenerife

- 20 de agosto

Hijo de Apolo y Esculapio

Lo que Tomás Morales dijo al llorar la muerte del gran Rubén, el poeta de los ritos mitológicos, lo repetimos nosotros al lamentar la del cantor del Atlántico:

"En el fatal transcurso de la noche homicida
han quebrado las Parcas la hilaza de una vida;
prestigio de los dioses, de las musas amor:
Las cenagosas aguas del lívido Aqueronte
cruza entenebrecida la barca de Caronte,
llevando el simulacro corporal del Cantor.
Serenos va. No arredra su espíritu lo arcano".

España ha perdido uno de sus más geniales y personales bardos. El crítico Andrés González-Blanco lo considera el segundo poeta español.

La obra de Tomás Morales es vasta, multiforme, inmensa como el mar. Tienen sus versos –plenos de originalidad y de vida– resonancias de Atlántico... La inmensa obra del poeta –hijo insigne de Las Palmas– es como un desgarramiento de luz sobre la vasta planicie del Océano.

No es Tomás Morales un vate neurótico, su verbo poético tiene la plenitud de las inteligencias afirmativas, enhiestas.

Y hay en él como una explosión de virilidad.

Es su obra florida, fecunda, esplendorosa como una iluminación de Primavera.

Tomás Morales y Antonio Machado a veces parecen mirar las cosas a través de idénticos prismas.

En ocasiones tiene la Estética de estos dos lozanos trovadores un lazo de homogeneidad.

El mar fue el gran amigo de su vida.

"El gran amigo de mis sueños", le llamaba en *Las Rosas de Hércules*. El Océano tuvo para Tomás Morales todas sus revelaciones. Él penetró en su seno como submarino viajero y platicó amistosamente con el mar. Y su lira la consagró a él. Sus versos son como él multiformes, como él, ondulantes, y como él, sonoros.

Tomás Morales sintió la inefable caricia marina..., la rumorosa poesía oceánica..., el prodigio del hervor atlántico.

El alma de Tomás Morales era vasta e inmensa como su amado "fuerte titán de lomos cerúleos".

Él sintió en su espíritu de titán la palpitación enorme del mar... El Atlántico le reveló el secreto de sus abismáticas regiones. Y entonó su "Oda", que es como un grito de clarín, y que está unguada con magníficas irisaciones de espumas y que tiene rumores de sonoridades marinas, y que es una canción bravía inmortal.

Es su "Oda al Atlántico" de las mejores que se han escrito en la lengua de Castilla.

Aunque se notan en la obra de Morales influencias de D'Annunzio, de Rubén Darío y Herrera, Tomás Morales es él. Esto es, el poeta personal, característico, original.

El estro de Tomás Morales tampoco ha manchado ni herido a nadie. Posee el prestigio excelso de las cosas puras.

El Otoño le dijo dulcemente estos sabios consejos:

"Y salga tu palabra, tras de molienda dura,
por el tamiz más fino cribada de impureza:
y siendo trino y uno con tu interior hechura
sé, a la par, uno y trino con la Naturaleza".

Hay en los versos de este cantor una blancura de lirios. Y tiene su musa traje original y sobrio.

Cupido hirió el corazón del poeta. Y él entonó como un salmo de espiritualidad y delicadeza la "Balada del niño arquero":

"¡Cuatro veces fui muerto, cuatro veces, Amor, me has herido!
¡Más de cuatro pasaron tus flechas silbando a mi oído!".

Tomás Morales –¡rara avis!– era un gran poeta y todo un señor galeno. Apolo le coronó y Esculapio le admitió en su escuela.

Sobre su tumba permanecerá eternamente una corona de inmortalidad, tejida con *Las Rosas de Hércules*...

Alguien le ha apellidado *nuevo Leconte de Lisle*.

Pardo Bazán decía que Tomás Morales era de los que mejor recitaban en España.

Los grandes héroes guerreros, las grandes naciones batalladoras, los nobles sentimientos, las ideas elevadas, el amor, todo lo noble y grande fue ensalzado estupendamente en su obra.

Tomás Morales es de los más excelsos vates españoles y el más grande poeta que ha nacido en las Afortunadas.

Contemplad su obra multiforme, vasta, inmensa como el mar. Contemplad su creación poética, que es como un desgarramiento de luz sobre la planicie azulada y espumosa del Océano.

Abrid sus libros y leedlos. En ellos está palpitando gloriosamente la más grande ambición de su vida: la Belleza hecha ritmo, hecha sonoridad, hecha creación, hecha luz.

El cisne de Canarias ha muerto. Pero ahí queda su obra erguida, con la fortaleza, con la reciedumbre, con la altanería de los robles.

Las Rosas de Hércules ornan la cabeza del poeta como una diadema de inmortalidad.

Repitamos lo que él mismo decía al hablar de Luis Millares:

"Y así tenías la visión inquieta
en paridad con el cerebro sapio;
y eras, siendo anatómico y poeta,
honra de Apolo y honra de Esculapio".

Sebastián Padrón Acosta
La Laguna de Tenerife

- 21 de agosto

La voz de los bronces

Arrancado el cobre a las entrañas de la tierra por el esfuerzo vigoroso del minero, transformado por aleación en bronce y por el Arte embellecido lanza desde las torres y campanarios su clamor litúrgico, quejumbroso, enaltecedor.

Hay un peregrino y mágico encantamiento en el hablar de las campanas, que tienen a veces acentos de pesadumbre, a ratos gritos de *alleluia* y siempre exclamaciones de hondos sentires henchidas.

¡El metal convertido en ritmo, en elegía, en canto, en clamor, en oración, en salmodia!

Entre los griegos la campana se llamaba *codon*.

Tintinabulum la apellidaban los latinos. La etimología de la palabra *campana* procede, según la opinión más seguida, de *Campania*, por ser este el lugar donde se fundieron las más grandes de aquellos tiempos.

La voz alegre de los bronces de las ermitas campesinas está perfumada de cariciosas ingenuidades, como si un alma humilde y sencilla nos hablase al oído dulcemente, castamente.

Las esquilas bucólicas nos dicen puras sencilleces, rústicos embelesos de almas, que tienen prestigio de lirios, excelsitudes de violeta...

¡Es la esquila de los pueblecitos campestres la voz susurrante de la aldea!

El bronce canta pesadumbres y regocijos. ¡Llora como la vida, y también como ella canta!

¡La música es el lenguaje alado del sentimiento!

Poseen las campanas en los días solemnes grandiosidades, magnificencias de rito... Y son ellas como espíritus invisibles que nos invitan a conversar con las alturas.

En la sonrisa del amanecer, en esas mañanitas frescas y perfumadas, los bronces desparraman por los campos y ciudades dormidos sus notas armónicas de alegría. Es el alba toque de diana.

Y el bronce dice: "despertaos y venid a presenciar la entrada triunfal del Sol. Rezad. Ya se percibe el rumor del florecimiento vital".

Y ellas entonan sus oraciones matinales antes que la Naturaleza despierte embelesada por la gloria deslumbrante del Sol.

En la hora ritual del véspero la campana florece en acentos de salmodia. Semeja un anacoreta que reza.

Y en los días de las pompas religiosas, las lenguas de los bronces estremecen al alma cristiana con sus decires misteriosos que se adentran en el fondo del alma, allá donde solo reinan el silencio y el pensamiento.

Las campanas pueblan de ecos los campos, y son sus armónicos sonidos como alondras que ascienden a los cielos, rumorosas, enamoradas del azul..., como miríada de

mariposas en alas de los vientos, como bandada de blancas palomas glorificadas por la luz...

Musitan los bronces elegías sobre el dolor de los sepulcros y entonces tienen sus tañidos ecos de plegaria.

En nuestra edad desventurada, las campanas parecen lanzar un reproche a los hombres que no quieren oír sus invitaciones.

Son las campanas *clarines del Cristianismo*, trompas religiosas, trompetas que anunciaran pompas rituales, sagrativas efemérides, días litúrgicos.

Son sus tañidos como insistentes clamores lanzados desde lontananzas infinitas, ecos de las alturas, aromados con nostalgias paradisiacas, con llamamientos celestes.

La misma campana que hoy canta júbilos, lanzará mañana clamores de melancolía.

La voz de los bronces es litúrgico lenguaje del Cristianismo, nacido en tiempos en que la fe comenzaba a escribir en la historia sus epopeyas. Es la voz de Dios hecha ritmo, hecha armonía.

Las esquilas de los vetustos conventos prodúcenos sensaciones de inenarrables dulzuras.

Los bronces lanzan a los aires sus metálicos decires que suben a la inmensidad como armonías aladas, como aves musicales...

¡Voz de la aldea, canto de mansiones monacales, invitación a las pompas religiosas, a las rituales efemérides, todo esto es la campana!

¡Vibración de excelsitud! ¡Música de las alturas! ¡Voz de Dios!

Sebastián Padrón Acosta
La Laguna de Tenerife

- 24 de agosto

La reaparición de *Ramiro*

Con profunda satisfacción hemos visto salir de nuevo a la palestra al notable escritor canario nuestro entrañable amigo Rafael Arocha y Guillama (*Ramiro*).

Después de un largo paréntesis de nueve años, en los que su alma ha sufrido hondas torturas, surge con valentía mirando de hito en hito a la Verdad.

En su camino tropezó con autores deletéreos, que llenaron su espíritu de sombras y errores.

Y en escritos de forma rotunda y nerviosa vació la amargura de sus diatribas.

Y toda la hiel del insulto y de la burla plasmaron sus artículos rebosantes de espíritu volteriano.

Y el sacro verbo en su pluma se convirtió en lujurioso y siniestro.

Y cegado por el error siguió una ruta dolorosa y triste.

Y escribió *Fruta eucarística*, que, aunque sea una joya literaria, palpitan en su fondo gritos de profanación, acentos de rebeldía satánica.

Y su pluma fue una espada de Luzbel. Pero murió su madre. Y surgió el dolor, santificando su vida. Murió su madre, y su pluma ya no pudo seguir escribiendo contra las enseñanzas de aquel ángel...

Yo creo que ante el Altísimo su madre ha rogado por él. Por eso la blanca palomita de la Gracia arrulla en el fondo de su alma buena, sincera, cariñosa.

Y vivía silencioso en las sombras, elevando al cielo sus plegarias en cuyo seno palpataba un acento y un dolor de naufragio.

Retirado como un anacoreta en su vetusta casa, contemplaba el deslizamiento estéril de su vida.

Y yo sé que él ha llorado en el silencio de su retiro el desfloramiento triste de sus años primaverales.

Yo sé que él ha sentido en su espíritu el eco de horribles tormentas.

Yo sé que él ha sufrido mucho y que ha llorado mucho. Y yo sé que él siente nostalgias de caricias maternas.

Yo sé que él ha luchado desafortadamente entre la luz y las tinieblas.

Por eso he gozado hondamente al leer su *Deuda sagrada*.

Y quizá el mundo, que no comprende estos grandes dolores morales, estas grandes deudas, haya leído su retractación con cierto escepticismo.

Pero no importa. Las almas grandes como mi amigo desdeñan la tierra para mirar al cielo.

Mi entrañable amigo Febles Mora, ha puesto las columnas de su notable diario GACETA DE TENERIFE a disposición de este ilustre *converso*.

Ramiro vuelve al abandonado sendero de la Verdad.

¡Ella tiene que triunfar forzosamente, incontrastablemente! ¡Cómo se alegrará su madre al contemplar regenerado a su hijo!

Yo creo que ella desde el cielo le habla al oído silenciosamente...

Y él no desdeña sus frases. Por eso ha vuelto a la luz. ¡La voz de su madre era el mensajero de Cristo...!

Yo, desde las columnas de este diario, le doy cordialmente la más entusiasta felicitación, porque ha vuelto al campo de la Verdad, al Cristianismo, del que soy hijo fervoroso.

Que su *Deuda sagrada* sea el preliminar de una nueva etapa literaria, cristiana, enaltecedora.

La Verdad ha triunfado.

Sebastián Padrón Acosta
La Laguna de Tenerife

- 26 de agosto

La tristeza del *Quijote*⁴⁸

Jamás me ha hecho reír la lectura del *Quijote*. De mi espíritu, aventurero y quimérico, como el de Quijano, apodérase un aplastante desaliento cuando veo que los sueños del *caballero de la triste figura* se estrellan contras las arideces de la realidad. El alma en prosecución de su ideal cae desfallecida ante su imposible anhelo. El Ideal ante la realidad. Yo creo que la obra de Cervantes es un dolor inmortalizado. Cervantes, en medio de su ironía, debió sufrir horribilmente al crear su obra. Don Quijote de la Mancha es el alma humana atravesando las inhospitalarias soledades de la realidad.

El hidalgo ingenioso, poseído de supremas locuras, soñaba *deshacer entuertos*, conquistar mundos, pero su divina quimera estrellábase contra la triste realidad de un molino de brazos descomunales, contra la prosaica presencia de los rebaños y de las manadas. Y su lanza partíase entre las aspas de los molinos, contra los pellejos de vino. Cervantes censuraría los libros de caballería, pero también dejó un símbolo triste, aunque glorioso. Los que ríen al leer el *Quijote*, yo sospecho que no penetran su desoladora profundidad. ¡Qué triste es el aspecto del aventurero Quijano cabalgando sobre Rocinante por las desiertas llanuras!

Y la lección del Quijote será siempre una eterna verdad. El espíritu del hombre sentirá siempre la desesperación de lo imposible de su vago y ardiente anhelo. La tierra lastimará sus pies. Y, sin embargo, debemos envolvernos en las ansiedades del Ideal. Soñemos, aunque la realidad no secunde nuestro anhelo. Nuestro Ideal tendrá reposo después que pasemos por los últimos momentos por que pasó Don Quijote. Estos últimos momentos son los *únicos alegres* que debió tener el Quijote. Y es porque su espíritu debió ya presentir la adquisición de su soñado Ideal.

La lectura del *Quijote* debería hacer llorar, en vez de reír.

Nada más triste que la risa de un loco. Nada más triste que las locuras de Don Quijote. ¡El alma humana torturada por la imposible adquisición plena de su Ideal es *Don Quijote de la Mancha*!

¡Sigue cabalgando con tu Quimera, héroe inmortal! Prefiero tus sueños locos al doloroso prosaísmo de tu escudero, el rechoncho Sancho Panza. Se ríe al leer el *Quijote*, porque se ignora su desoladora profundidad, su íntima, su intrínseca filosofía.

A mí me amarga, me duele, me lastima la lectura del *Quijote*.

Sebastián Padrón Acosta
La Laguna de Tenerife

⁴⁸ Este artículo volvió a ser publicado en *Heraldo de Orotava* el 12 de noviembre de 1922.

- 28 de agosto

Lejanías

En esta hora de infinita amargura, mi alma tiene el florecimiento de inefables nostalgias.

Ansias de espiritualidad, de abnegación y de mansedumbre bañan mi espíritu entristecido por el dolor de la hora presente. Yo siento una voz del pasado que me llama hacia él dulcemente.

He aprisionado en mis manos a la anhelada mariposa de la ilusión. Las he abierto. Y la mariposa ha perdido sus encantos.

¡Es la infancia que ha muerto en el seno de la pubertad! ¡Maldita curiosidad la que me llevó tras soñados horizontes nimbados de espejismo!

Mi alma ansía volar hacia las lejanías de mi vida, hacia esas pasadas lontananzas de la niñez.

El *Corazón*, de Edmundo de Amicis, ha palpitado junto al mío. Su libro es *todo corazón*. Flor de infinita ternura, de exquisita ingenuidad. Y él me ha hecho volver al pasado. Una voz apagada parece salir de su libro y hablar a mi alma con inmensa ternura.

Hay momentos en que debemos olvidarnos del presente. No pensar en la época en que vivimos, para volar a las lejanías del pasado. ¡Es la infancia resucitada gloriosamente por el recuerdo, que es el sueño de lo vivido y la vida de lo soñado! Es la dulzura de una edad candorosa, iluminada por esplendores lejanos y poetizada por flor de nostalgias.

El hombre también desea muchas veces que un rayo descienda y aniquile lo que fue. Pero la memoria deshace nuestro anhelo. Y el pasado surge como una iluminación siniestra...

Dejemos este pasado y volvamos al de la infancia. Yo deseo muchas veces olvidarme de la actualidad, para vivir en otros tiempos, en otros países... que tuvieron el privilegio de mis ingenuidades castas y de mis sentires hondos...

¡Flor de las nostalgias, esparce en mi alma tus exquisitos perfumes!

¡Quién volviera a ignorar que vivo, que siento, que pienso, que amo!

¡Brisas de la infancia, oread mi alma! Y calmad con vuestros lejanos encantos mi añoranza.

A veces es muy triste saber que vivimos y saber que amamos.

Es la infancia la verdadera primavera del alma. Tiene entonces nuestro espíritu claridades de cielo y esplendores primaverales.

¡Es feliz la infancia porque todo lo ignora!, ha dicho Chateaubriand.

Vuela alma mía con tus alas de nostalgia hacia las candorosas lejanías. Y allí vive eternamente. Son ellas las regiones de la única felicidad terrenal. O en la infancia, o en el cielo. Yo siento impulso irresistible hacia estos dos extremos, que aquí no son viciosos. Son una excepción de la regla.

En este siglo, desprovisto de altas espiritualidades, siento anhelos de soñar. ¡Es tan dulce recordar y soñar!

Los hombres parecen perder sus vínculos de espiritualidad. Sienten el peso del barro.

Parece que han cortado las alas a su espíritu. Olvidémonos de la actualidad y volvamos nuestros ojos al pasado. Que *reflorezca* la pasada "edad de oro" de la vida.

Surjan, resucitadas por el recuerdo, las lejanías, las lontananzas, coronadas por el milagro de los castos amores, de los ingenuos y hondos sentires.

¡Es tan dulce recordar y soñar! Tornemos a ese mundo vivido, que parece conservar la sonrisa de los primeros amaneceres...

Tiene la vida horas en que debemos dejar que el sentimiento nos arrulle con blandura en sus brazos maternos... Y olvidarnos de ser.

En el fondo del alma lleva siempre el hombre un como reflejo de su niñez.

Mi espíritu siente ansias de bañarse en la poesía del primer día de la creación, que debió ser una caricia de felicidad. Mi alma siente ansias de bañarse en la poesía de los primeros siglos cristianos, cuando en el espíritu de los mártires florecía la mansedumbre, cuando las almas de los cristianos primitivos se abrían al beso de todas las castas dulzuras como flores abiertas a los besos de la luz...

La doctrina de hoy es la misma que la de aquellos tiempos, pero los hombres son otros.

¡Sed de otros siglos –florescencias de espiritualidad– y sed de otra edad, que parece conservar la sonrisa de los primeros amaneceres...!

Por un momento soñemos que vivimos lo pasado... Iluminémonos con los resplandores de aquellas edades castas.

¡El recuerdo es el sueño de lo vivido y la vida de lo soñado!

Sebastián Padrón Acosta
La Laguna de Tenerife

- 31 de agosto

Prejuicio secular

Una de las cosas más difíciles para la Humanidad es el despojamiento de los prejuicios. La historia habla de ello muy elocuentemente.

El prejuicio es una venda para el espíritu. Nos priva de la luz. Los hombres, la sociedad están corroídos por los prejuicios, inconscientemente.

Y uno de ellos es su criterio acerca de la mujer. ¡La leyenda de la inferioridad! Este criterio burdo ha sido como alimentado por libros que, lejos de ser estudios científicos, concienzudos, tienen carácter de improperios lanzados sobre la mujer.

Y es que los hombres, la mayor parte de las veces, sin estudiar las cuestiones, se tragan por grandes verdades solemnes errores.

El aferramiento del hombre al prejuicio es la causa del actual rezagado antifeminismo. Desde tiempo inmemorial se ha hablado de la inferioridad, de la inaptitud de la mujer. Y los hombres, sin estudiar esta hoy palpitante cuestión, han declarado a la mujer ser incapacitado para las grandes empresas, para el ejercicio de carreras, profesiones y oficios, y para el sufragio.

Y siempre se sale con el imbécil tópico de la cocina, la casa y la aguja.

Pero la Humanidad ha dado un paso más hacia el progreso. Las ciencias fisiológicas y las sociales están demostrando la inconsecuencia, la falsedad de este prejuicio. Y la justicia hacia la mujer ha surgido como una iluminación inmortal.

Y si un prejuicio adquirido en un siglo es difícil de arrancar, ¿qué diremos cuando tiene de existencia tantos siglos como la Humanidad?

Ahí veo una de las primordiales causas del rezagado antifeminismo.

Debemos seguir la corriente avasalladora del progreso y de la civilización, cuando estos van coronados por los esplendores de la verdad y de la justicia.

Seamos seres altamente conscientes. No hablemos de cuestiones que no hemos estudiado. Tengamos criterio propio, pero que se base en las leyes de la verdad.

Trabajemos por despojarnos de nuestros prejuicios.

¡Hagamos justicia! Pongamos a la mujer sobre el pedestal social que debe ocupar.

Y hemos obrado como hombres conscientes, creyentes fervorosos en la avasalladora corriente de la Civilización y del Progreso, alas inmortales, gigantescas con que la sociedad debe remontarse a las cumbres del bienestar.

Sebastián Padrón Acosta
La Laguna de Tenerife

- 1 de septiembre

El Drago de La Laguna⁴⁹

Hemos visitado de nuevo al anciano milenar, al caballero forestal del viejo convento dominicano.

En la puerta del monasterio –hoy Seminario Conciliar– se yergue el vejete forestal con las arrogancias de su blasonada estirpe.

No es tan alto como su hermano el icodense. Más bien bajo. Su tronco es ancho, rugoso, agrietado. Semeja la copa de un inmenso cáliz agreste.

Con furia se agarran sus raíces a la tierra. Como nosotros, tiene el apego a la vida.

Cada año que pasa extiende más en la tierra sus fuertes tentáculos de titán agreste. Siente, como el hombre, amor a la tierra...; pero también como él levanta su cabeza al cielo.

Ante la presencia de este notable personaje vegetal despiértase la envidia de su larga existencia. ¡Quién fuera drago! –dirán algunos humanos–.

Y sobre aquel terreno permanece erguido, como un hidalgo, el viejo árbol simbólico.

El Drago de Santo Domingo es el símbolo de la tradición. Con indiferencia ha visto pasar las centurias. A su alrededor pasearon y conversaron los pretéritos frailes del anciano convento.

Por la cima de su cabeza han flotado las tempestades. Nada le perturba.

Sobre él desgranan los pajarillos el prodigio de sus trinos. Y él, erguido siempre, como el Dogma cristiano, como la Justicia divina.

Levanta su cabeza con el orgullo de un viejo aristócrata. Y vive solitario como la tradición.

Los dragos parecen tener el prestigio de las ancianidades venerables. ¡Tienen el sabor del terruño! Y en la huerta del viejo monasterio, el Drago de Santo Domingo es una de las más preciadas reliquias de La Laguna. Este Drago es el símbolo de la histórica ciudad.

Como ella, tiene el blasón de pasadas edades; como ella, su actitud siempre es de contemplación y de plegaria. La Laguna es como su Drago, altiva, señorial, tradicional.

Es el simbólico Drago lagunero una de las hermosas reliquias que del pasado conserva la ciudad de las encantadoras leyendas, la ciudad de los viejos conventos, de las deliciosas arboledas, de los personajes legendarios, de las blasonadas mansiones señoriales.

¡La Laguna, el poético rincón donde nacieron mis soñados Ideales!

¡Es mi segunda cuna natal! En ella nació la luz de mi inteligencia. Mi alma aquí se iluminó.

Sebastián Padrón Acosta
La Laguna de Tenerife

⁴⁹ Este artículo fue además conocido a través de la revista de La Orotava *El Campo*, concretamente en el número 9-10 (1921); aunque no hemos podido localizarlo hasta este momento.

- 3 de septiembre

El apóstol del arbolado⁵⁰

Una de las facetas más brillantes y enaltecidas de la obra de González Díaz es su campaña por el culto al árbol. ¡Es el Arte rindiendo pleito homenaje a estos bienhechores de la humanidad! Y su apostolado ha sido y seguirá siendo persistente y multiforme.

La evolución de los árboles, desde su estado de libertadores de la muerte hasta servir de materia para encarnar las grandes creaciones, ha sido cantada admirablemente por González Díaz.

El árbol nos acompaña durante toda nuestra vida, sirviéndonos de cuna y de ataúd.

Es dúctil en las manos del ebanista que plasma en él sus creaciones. No se resiste a las hábiles manos del carpintero que lo pule y enaltece. Parece hablar al salir de las manos del escultor. Sirve de trono y altar a los héroes del Cristianismo y guarda al mismo Dios... Sostiene a los símbolos gloriosos de la Patria...

En el hogar se convierte en nuestro amigo. Y él préstase amablemente a las castas creaciones del amor y de la vida en los lechos conyugales.

No puedo resistir a la tentación de copiar aquí íntegra una hermosa composición de la insigne poetisa uruguaya, de raza española, Juana de Ibarbourou⁵¹, intitulada "El Nido":

Mi cama fue un roble
Y en sus ramas cantaban los pájaros.
Mi cama fue un roble
Y mordió la tormenta sus gajos,
Deslizo mis manos
Por sus claros maderos pulidos.
Y pienso que acaso toco el mismo tronco
Donde estuvo aferrado algún nido.
Mi cama fue un roble.
Yo duermo en un árbol.
En un árbol, amigo del agua,
Del sol y la brisa, del cielo y del musgo,
De lagartos de ojuelos dorados
Y de orugas de un verde esmeralda.

⁵⁰ Aunque no lo hayamos podido encontrar en las hemerotecas hasta ahora, tenemos una referencia del periódico *El Progreso* por la que conocemos que este texto se publicó igualmente, aunque con un título parecido ("El apóstol del árbol"), según el medio nombrado, en los números 7-8 de la revista *El Campo*, también en 1921.

⁵¹ Llama la atención el hecho de que esta poeta, si bien aquí parece tomarla como autoridad literaria, no parece gustarle demasiado unos meses después, a propósito de un texto de la poeta canaria Victoria Ventoso.

Yo duermo en un árbol.
¡Oh, amado en un árbol dormimos!
Acaso por eso me parece el lecho,
Blando y hondo como un nido.
Y en ti me acurruco como un avecilla,
Que busca el reposo de su compañero.
¡Que rezongue el viento, que gruña la lluvia!
Contigo en el nido, no sé lo que es miedo.

¿Qué hubiera sido del inmortal Cristóbal Colón sin el árbol...? En la historia está glorificado el árbol con los nombres de la *Pinta*, la *Niña* y la *Santa María*.

El árbol, y permitidme la frase, coadyuvó a la redención de la humanidad. Cristo murió en el árbol de la Cruz. Y entonces el árbol tuvo excelsitudes y aureolas de prestigio.

Muchos alimentos a él se los debemos. Él nos da pródigamente, incondicionalmente sus frutos. Y embellece nuestros campos y deleita nuestros ojos con sus follajes de esmeralda, con sus flores de maravilla.

El árbol encarna las divinas bellezas de las esculturas de Montañez, como podemos admirarlo en su celeberrimo Cristo.

¿Qué haría la escultura sin el árbol? El Arte debe mucho al árbol.

Si atenemos a los bienes que el árbol dispensa a los climas, más lo amaremos. Él purifica el ambiente, detiene las tormentas, nos liberta de los rayos, contribuye poderosamente a las maravillas climatológicas.

Hay árboles que la poesía ha inmortalizado. ¡El plátano del Líbano, el álamo, la encina, el laurel, el ciprés!

La Biblia también ha puesto aureolas sobre el árbol. Cristo oró en el Huerto de las Olivas⁵²... Y este *árbol bíblico* parece despedir perfumes seculares.

El árbol también es símbolo de cosas bellas: el laurel, pregonero de las victorias; el ciprés, guardián de los sepulcros; el roble, el cedro, emblemas de la fortaleza...

El árbol poetiza el panorama. Es en los desiertos como una esperanza. La palmera es el amigo del que camina por esos inmensos páramos...

Rusiñol ha rezado su "Oración a la palmera"...

El árbol es una personalidad, un bienhechor, un símbolo, un factor de la vida.

González Díaz, en páginas bellas y multiformes como "Pensamientos forestales", "El Padre nuestro del árbol", "Sienten los árboles", y en la tribuna con sus *forestales* discursos ha sido y sigue siendo en el archipiélago canario *El apóstol del arbolado*.

Publicó en 1906 un libro, que tituló *Árboles*, que es una recopilación de su campaña apostólica. Con ello ha hecho González Díaz un gran bien al país.

⁵² Sobre el olivo escribió el 17 de julio de 1921.

Ha lanzado terribles anatemas sobre los destructores del arbolado, a quienes él llama *Atilas de la vegetación*...

Gracias a su enaltecida campaña forestal, muchos árboles se han plantado.

Pero aún hace muchísima falta el plantío de árboles. Mezquinas ambiciones han despojado a nuestros montes, como *nuestro San Diego*, de los encantos poéticos de los árboles. El hacha ha asesinado a la poesía.

Nos hacen falta árboles, muchos árboles... Necesitamos de nuestros hermanos...

¡Si surgieran almas grandes como don Domingo Aguilar, que con su esfuerzo embelleció el Taoro y el *Paseo de las Palmas*, del Puerto de la Cruz!

Una mujer exquisita, mimosa poetisa (¡gallega tenía que ser!), Rosalía de Castro de Murguía, en su estupendo libro de poesías *En las orillas del Sar* ha anatematizado también de lo lindo en "Los robles" a los *roedores de la vegetación*...

Esos taladores de montes merecen morir ahorcados, pendientes de un árbol como Judas, por ser traidores a sus amigos, los árboles...

Nadie en Canarias ha realizado la campaña llevada a cabo por González Díaz.

Él tiene grandes amigos que le hablan sin frases articuladas: el árbol y el mar, que también es *su compadre*, según nos dice él en su "Coquetería triste"...

Para el árbol sean nuestro culto y nuestra veneración. Amémosle. Es nuestro hermano.

¡Taladores de montes, cuando alcéis el hacha para descargarla sobre el árbol acordaos de vuestra cuna y pensad en vuestro ataúd!

Cuando intentéis asesinar al árbol pensad en el madero de la Cruz...

En el momento de descargar el hacha, pensad en el sagrario que guarda a Jesús...

Cuando se ensañen vuestras manos en la destrucción del arbolado, acordaos del alimento que os presta el árbol...

Cuando vayáis a romper el encanto de los montes, acordaos del ciprés, que vela sobre las tumbas...

Cuando asesinéis al árbol, medita que es vuestro hermano. Dios a ambos os creó.

Y, en fin, antes de asesinarlo acordaos de Dios... que lo creo con el poder supremo de su verbo sacrosanto...

Tengamos para el árbol todos nuestros cariños, todo nuestro culto.

Amémoslo y venerémoslo como lo ama y venera el gran González Díaz.

Sebastián Padrón Acosta
La Laguna de Tenerife

- 4 de septiembre

Virilidad femenina

Los que habláis de la debilidad moral de la mujer, abrid las historias de las Santas del Cristianismo.

Los que tenéis siempre en los labios frases de censura para la tan cacareada debilidad femenina, dirigid una mirada retrospectiva al hermoso Cristianismo de las Catacumbas romanas.

Mirad las inscripciones de los lugares donde yacen los restos de Santas artistas como Cecilia, la Santa del arpa.

Cuando oigáis hablar superficialmente de la debilidad mujeril, pensad en la pléyade de Santas –estrellas de energía– que iluminan el firmamento de la Iglesia Católica.

¡Decir *Santa* es decir viril! Decir *Santa* es decir mujer de supremas fortalezas espirituales. Decir *Santa* es alzar un canto a la mujer.

Las Santas –estrellas del firmamento cristiano– son una prueba rotunda de las energías, de las virilidades de que es capaz el alma de la mujer, aunque sea ayudada por la Gracia Divina.

La tradición sigue haciendo de la mujer un ser casi incapacitado, sin virilidad, sin energías.

Y no se piensa en el valor de la madre, que por su hijo es capaz de ascender la cumbre de todas las heroicidades.

España nos presenta dos mujeres modelos de virilidad y de energía. Son Santa Teresa de Jesús, reformadora de la orden carmelitana, fundadora de conventos, escritora de libros admirables; e Isabel la Católica, la gran Reina, española y cristiana.

Se habla de debilidad mujeril, y no se piensa en las Hermanas de la Caridad, ni en las Hermanitas de los pobres.

Se habla de falta de energía femenina y no se piensa en las monjas, mujeres de grandes esfuerzos, de suprema valentía.

Es el prejuicio tradicional, la consabida leyenda.

Dicen los fisiólogos que el sistema nervioso de la mujer es más irritable que el del hombre. La mujer, pues, es llamada a los grandes esfuerzos, a las grandes energías, a las supremas reacciones.

Es un error más este de la debilidad moral de la mujer.

¡Educación, educación, es lo que hace falta a la mujer! ¡Educar es transfigurar! La *gran transfiguración* llamó Campoamor a la educación.

Y cuando os hablen de la debilidad moral femenina, pensad en aquella mujer heroica y brava que se llamó María Estuardo, *La Reina Mártir*, a quien aureoló un jesuita insigne: Luis Coloma. María Estuardo es la mujer llena de supremas energías ante el dolor⁵³.

⁵³ Sobre ella escribiré en breve.

Y cuando os hablen de la falta de energía mujeril, pensad en la bélica persistencia de aquella heroica francesa que se llamó Juana de Arco, la figura memorable de la Guerra de Cien Años⁵⁴.

Y cuando os hablen de esta consabida leyenda, abrid la Biblia y leed aquellas hermosas páginas sobre Judit, que son un canto alzado a la valiente energía de la mujer. ¡La heroína de Betulia, la viuda heroica que salvó a su pueblo, matando a Holofernes!

Y cuando os hablen de la debilidad moral de la mujer, pensad en la valentía de la madre de los Macabeos.

¡Y cuando os hablen de esta consabida tradición, acordaos de la energía de vuestras madres!⁵⁵.

Sebastián Padrón Acosta
La Laguna de Tenerife

⁵⁴ Es interesante tener en cuenta esta alusión a Juana de Arco por la vinculación que él hace, según vemos en *El Ideal Lagunero*, entre esta figura histórica y la joven Arcadia Montesdeoca.

⁵⁵ Es claramente un texto que, si bien pone en solfa la mentalidad tradicional general del momento, parece estar dirigido especialmente al mundo religioso en el que ha estado y está metido de alguna manera, y de ahí las constantes referencias a ese espectro, desde dentro, para que la crítica tenga menos posibles réplicas.

- 8 de septiembre

El culto de la admiración

Homenaje que las almas justicieras tributan a lo bello, es la admiración. Admirar, en su más profundo sentido, es hacer justicia. La verdadera admiración es la explosión del alma inundada de resplandores. La admiración y la crítica deben coincidir en el fondo.

Muchas veces la admiración es fruto de ceguera intelectual. El cariño toma a veces el nombre de *admiración* y adora la fealdad. La verdadera admiración debe despojarse de toda coquetería. Y debe tener dos momentos: análisis y adoración. El primero, debe tener la frialdad, la serenidad de la verdadera crítica. El segundo, es el éxtasis. Un caluroso aplauso. ¡No dejéis de quemar el incienso de la alabanza ante el esplendor de la Belleza, cuando esta se presenta con alma y ropaje de Emperatriz! No adoréis lo informe, aunque las muchedumbres hagan ante él genuflexiones.

Huid del estruendo de las gentes estultas. Y juzgad en el silencio del retiro, donde las cosas nos hablan con callados y misteriosos lenguajes, donde el alma se abre a lo infinito como una flor sedienta de rocío y de sol.

No hagáis de la admiración hipocresía. Sed sinceros con vosotros y con los demás. Desnudad ante vosotros y ante los demás vuestras ideas luminosas. Odiad *el qué dirán*, escollo donde se estrellan las almas sin valor y sin energía. Cuando la Belleza impera, hay que acatarla. Cuando la fealdad se yergue con aire fanfarrón, hay que destruirla con los martillazos de la crítica y del desprecio, que es esos momentos deben ser implacables, como dioses airados. Admiración y crítica son palabras que designan una misma cosa.

La admiración, como la crítica, debe olvidar la persona para pensar en la obra. No admiréis porque los otros admiren. Examinad qué tal es lo que admiráis. Dime lo que admiras y te diré quién eres.

Admirar es adorar la Belleza. Admirar es hacer justicia. Muchos admiran, pero pocos penetran qué tal es la cosa admirada.

Deshojad las rosas de la admiración cuando pasa el esplendor del Arte. ¡No profanéis las palabras!

La admiración es un acto de galantería que hacemos con la Señora Belleza. La admiración halaga como la caricia, y estremece como el beso.

La admiración también se llama a veces *¡Amor!*, la palabra más hermosa y más dulce de la tierra, la palabra más bella debajo del sol.

¡Él es la esencia de todas las cosas grandes! ¡El fondo de la vida y el alma de Dios...!.

Sebastián Padrón Acosta
La Laguna de Tenerife

- 11 de septiembre

Los ascetas de las sombras

Sigue vegetando en las sombras la vieja y astuta sierpe. Mirad cómo por la senda estéril continúa su procesión la comitiva de la estulticia y de la impotencia, como una farándula despreciable.

Ved cómo avanzan por la llanura desolada espíritus ensombrecidos que llevan clavado en su pecho el dardo del mérito ajeno.

No tienen valentía para salir a la luz del sol, porque entonces su necesidad y su ponzoña quedarían al desnudo...

Por eso se arrebuja en las sombras. ¡Hacen bien! Porque son espíritus de tinieblas.

Llevan en sus inteligencias una noche interminable, irremediable. No han sentido, no han podido sentir la intensa poesía de la alborada, el deleite refinado de la verdad.

Y si por casualidad alguno trata de hablar, solo lanza un graznido como los cuervos... Desprovistos de toda potencia intelectual vagan por el reino de las tinieblas como una procesión de sonámbulos.

Son espíritus sin alas, que no pudiendo ascender a las cumbres, se quedan rezagados y murmuradores en las llanuras infecundas como páramos.

Siempre los perros ladrarán a la luna. Y por eso ella no dejará de alumbrar.

Los espíritus de tinieblas no adoran porque no tienen la suficiente mentalidad para penetrar en el corazón de las creaciones.

Ladran, como canes, porque ven ascender. Graznan, porque su pobreza de espíritu a ello les induce infaliblemente.

Si envidias la ascensión, ¿por qué tú no intentas también subir...?

Y por la senda árida, estéril, continúa su procesión la comitiva de la estulticia y de la impotencia, como una farándula despreciable. Son *los ascetas de las sombras*.

Envidiando, adoran, inconscientemente. He ahí el pensamiento del que dijo *envidiar es estar de rodillas ante una gloria. La envidia es la forma bastarda de la admiración*⁵⁶. Así es la verdad. Y basta. Oíd con complacencia el graznido de esos cuervos. Sentid refinamientos de sibarita ante los insultos de la envidia. ¿Por qué...?

⁵⁶ Las oraciones señaladas aparecen en un artículo de José María Vargas Vila, titulado "Almas de sombra", y que aparece al menos en el periódico tinerfeño *La Opinión* en 1905 (17 de julio). También está presente una de ellas en un texto del mismo autor en el *Diario de la Mañana (Periódico de información hispano-marroquí y defensor de los intereses generales del campo de Gibraltar)*, del día 15 de abril de 1921.

Porque con ellos os están glorificando. Os están adorando. Oídlos con intenso placer.

Si pudierais penetrar en los repliegues íntimos de sus consciencias veríais como ante ellos tenéis gesto de Artista, aunque no lo comprendan...

La envidia es una adoración silenciosa, rara, pero que halaga.

Escuchadla o contempladla con intenso deleite, porque os están elogiando mudamente, raramente.

Sebastián Padrón Acosta

La Laguna de Tenerife

- 14 de septiembre

La Laguna y su reliquia

Es la vieja ciudad lagunera cuna de piadosas tradiciones, jardín donde antaño florecieron almas visionarias y austeras.

Posee el encanto maravilloso de sus llanuras florecidas, de sus rincones embelesadores, de sus viejos conventos donde aún se perciben arrullos inefables de salmodias evocadoras.

Los muertos la circundan como heraldos que custodian una gran fortaleza.

Está sembrada de vetustos conventos, de mansiones señoriales que con altanería ostentan sus escudos, que son como las medallas que acreditan su pasado.

Guarda en sus archivos silenciosos antiguos cronicones que nos cuentan el desenvolvimiento de su historia, sus genealogías, el desarrollo de sus corporaciones, la evolución de sus grandezas y de sus heroicidades.

Están sus viejos papiros envueltos en el polvo de oro que engalana las cosas pasadas.

Los nombres de sus calles rememoran y celebran a sus varones preclaros: Núñez de la Peña, Antonio de Viana, los Anchieta, Nava Grimón.

Conserva en sus vetustos monasterios manuscritos que relatan los milagros de sus taumaturgos.

¡Su gloria más enaltecida está en su pasado! Por eso duerme silenciosamente sobre él.

En esta ciudad de la tradición y de la leyenda levantó el piadoso Adelantado don Alonso Fernández de Lugo un convento: ¡San Miguel de las Victorias!

Y en él guarda la ciudad su preciada, su inolvidable, su milagrosa, su querida reliquia. ¡Es el viejo Cristo de La Laguna!

El origen de este viejo Cristo lagunero está aureolado por tradiciones y leyendas, por relatos y milagros.

De él hablaron en sus historias Alonso de Espinosa, Fray Luis de Quirós, Juan Núñez de la Peña, Viera y Clavijo, Bethencourt, José María Argibay, Moure...

El P. Quirós escribió su curioso libro *Los milagros del Cristo de La Laguna*. En él nos narra las tres tradiciones que sobre el Santísimo Cristo corren de boca en boca. Las tres tradiciones coinciden en que el Cristo de La Laguna fue una piadosa ofrenda del Adelantado.

Argibay nos ha dejado su interesante *Librito*, en el que el Cristo no tiene el origen que los historiadores, exceptuando a Espinosa, le atribuyen.

Es una revelación que una monja, contemporánea suya, tuvo en Gran Canaria.

Según ella, la imagen fue hecha por el Evangelista S. Lucas, con la madera de un árbol de bendición que acogió religiosamente bajo su sombra a Jesús cuando peregrinaba por tierra de Egipto...

También nos relata el significado de las letras que tiene la escultura.

La imagen fue traída por mensajeros celestes.

Esta revelación, desconocida de muchos historiadores, tiene a su favor el que la monja que la tuviera no vino nunca a Tenerife.

Como Argibay, opina Espinosa que fue traída por ministerio de ángeles, lo que le costó las censuras de Quirós.

Moure, en sus *Datos históricos*, parece desconocer esta importante revelación.

El viejo Cristo de La Laguna sigue imperturbable a todo comentario, bendiciendo desde su real asiento a la histórica ciudad que a él acude en sus días de aflicción, en sus horas de amargura, en sus momentos calamitosos.

Y el viejo Padre a todos ampara. En su convento están sus exvotos pregonando sus milagros.

El jardín del convento ha vuelto a florecer al cultivo de los frailes del burdo sayal.

La salmodia torna a dejar oír sus melodías como antaño. La esquila de la portería ha puesto un nuevo encanto medioeval en la mansión monacal.

Las salmodias franciscanas huellan de nuevo las calles de la ciudad religiosa, que vive soñando con su pasado...

Yo no sé qué algo misterioso, divino, interrogador tienen los ojos del viejo y legendario Cristo de La Laguna.

Nos mira, nos habla, nos llama. Yo creo que él *ve*...

Y en su viejo convento sigue guardando el enigma, el misterio de su origen...

Sebastián Padrón Acosta
La Laguna de Tenerife

- 16 de septiembre

Ángeles Baudet

Ofrenda de devota admiración a la niña prodigio.

La noche del 11 del corriente tuve el último honor de admirar en el teatro Leal, de esta ciudad, a la artista, ya eminente, Ángeles Baudet.

Es esta diminuta muñeca viva una notabilísima precocidad. Tiene el encanto de sus ojos –lagos de ensueño– y el milagro de su Arte.

Frisa en los nueve años –según me han dicho– y ya deslumbra al público con sus prodigios artísticos.

Le acompañan admirables dotes. ¡Belleza, simpatía, hermosura, arte exquisito! Cuando sonrío, su boca parece un capullo que se abre ansiosamente.

Ningún caso semejante a este hemos presenciado en Canarias y creemos que pocos se hayan dado en España. El gracejo de esta artista es adorable.

Ángeles Baudet es la encarnación del arte exquisito de Lola Montes, por la que siento la devoción más fervorosa. Sus gracias, sus flexibilidades, sus miradas hallaron en Ángeles Baudet una imitadora fiel.

Posee esta muñeca adorable una como predestinación al Arte del *couplet*. ¡Lástima grande que esta manifestación artística se halle en España tan desmoralizada! Pocas artistas han desfilado por Canarias que puedan comparársela.

Una de las obras que más me causaron admiración fue "¡Ay, Aurora!", uno de los selectos números del repertorio de Lola Montes. En este *couplet* se puede apreciar en toda su intensidad la predisposición artística de esta *niña prodigio*. Otras de sus obras admirables son "Rosa de fuego", "Promesas" y "Adiós, Facundo".

Le adorna una voz rotunda, plena de encantadoras modulaciones.

Yo creo que ya es una artista completa. Es Ángeles Baudet una primorosa y adorable flor de ensueño.

Rindo ante esta chiquilla exquisita mi más fervorosa adoración.

Su nombre, como su cuerpo, como su voz, como su sonrisa, como su mirada, como su gracia es verdaderamente celestial. ¡Es un ángel que comienza a sonreír ante los aplausos, ante los triunfos, ante las aclamaciones!

¡Ángeles! Hermoso nombre, como la muñeca exquisita que lo ostenta.

Sebastián Padrón Acosta
La Laguna de Tenerife

- 20 de septiembre

Almas blancas

Siento ferviente cariño por las vetustas mansiones monacales y por las almas blancas que las habitan como seres de ensueño, nimbados por nostalgias paradisiacas.

Son estas almas como egregios símbolos de abnegación, estrellas de espiritualidad perdidas en el silencio de las mansiones augustas.

Existe un no sé qué medioeval en esas siluetas blancas que se perciben por entre las verjas de los conventos.

Yo no sé qué magia poseen los envejecidos alcázares cristianos. Ni qué secretos habitan en esos monasterios de antiguos retablos, dorados, artísticos, multiformes. Yo no sé qué delicada exquisitez, qué pura mimosidad resplandece en las cosas que crean esas almas blancas.

¡Delicadísimas flores artificiales, recamados ornamentos, bordados peregrinos, pinturas candorosas, ingenuos amuletos! Todo lo hacen con delicadeza femenina. Su arte es característico. Debe llamarse *arte monjil*.

Esas almas contemplativas dedican también horas santas a la acción del trabajo.

Santifican la oración y la acción manual. Cultivan su huertecito de azucenas, pero tienen también sus divagaciones artísticas.

Son los monasterios aras inmensas donde se ofrendan hostias de peregrina expiación.

Y las almas que los habitan, espíritus embriagados de dolor, sedientos de refinadas austeridades expiatorias.

Vosotros, los que de ellas murmuráis, y que no poseéis el valor de su sacrificio, deteneos, caed de rodillas y adorad.

¡Es la mujer enardecida por divinas embriagueces! ¡Es la mujer, salvando a la humanidad por medio de su expiación! ¡Es la mujer hecha sacrificio, hecha hostia!

¡Por Dios, no le arrojéis piedras de insulto! ¡Arrojadle, sí, lirios y rosas de admiración, jazmines y violetas de alabanza!

Caminante: si a avanzadas horas de la noche pasas por un monasterio y oyes la salmodia, detente, escucha. Rezan por ti.

Y allá, en tus horas desoladas, ven silenciosamente a escuchar los acentos litúrgicos de la salmodia. Mira, a través de las verjas, esas manos marfileñas que arrancan al órgano notas que parecen aves musicales que alzan el vuelo en pos de Jesús, enamoradas.

Vosotros, los que no creéis en el sacrificio, los que habláis de la vanidad mujeril, venid conmigo y penetremos en el desierto monasterio para escuchar los dulcísimos arrullos de las mansas y castas palomas de Jesús.

¡El mundo no cree en la eficacia y utilidad de los conventos, porque ignora el poder, los milagros de la oración!

Cree que trabajar es moverse, agitarse. ¡Cuántos que sufren horribles tormentas interiores, desearían bañar su frente con el sudor del labriego!

¡Qué mansas, qué serenas, qué castas suenan las palabras de las monjitas en los tornos y locutorios!

Por Dios, no les arrojéis piedras de insulto. Arrojadle, sí, rosas y lirios de alabanza, jazmines y violetas de admiración.

Son almas blancas. ¡Tienen el prestigio excelso de las cosas puras! ¡Son nuestras hostias de expiación!

Callad. Parece que rezan. Escuchemos. Es la salmodia del viejo convento.

Sebastián Padrón Acosta
La Laguna de Tenerife

- 22 de septiembre

La orientación de la curiosidad femenina

V., dando pruebas evidentes de la bondad de su corazón, sueña, como nosotras, en la futura redención de la mujer, es decir: defiende nuestra justa causa. Gracias mil por mí y por todas las que somos llamadas débiles.

Es necesario una revolución, en el campo hoy yermo de la educación actual de la mujer. Con más cultura y menos frivolidad se alcanzaría más fácilmente el Ideal, la belleza moral y... amaríamos más y más al que es "la esencia de todas las cosas grandes". (U. Ch. C.).

La curiosidad es casi un instinto en la mujer. Y esta curiosidad es la manifestación de las ansias de vigorizar su inteligencia en la Ciencia y en el Arte.

Dirá, tal vez, alguno que es otra clase de curiosidad la femenina.

Creemos que, precisamente por habersele cerrado a la mujer el campo de su actividad, por habersele postergado por medio de una educación bastarda, la curiosidad mujeril se convierte en algo frívolo, vano y pequeño.

Fenelón, en *La educación de las jóvenes*, dice: "Si no les provocáis una curiosidad razonable, la tendrán desordenada".

Y también del mismo parecer es la eminente gallega Concepción Arenal, quien, en el capítulo V de su hermoso libro reivindicador, *La mujer del porvenir*, escribe: "Otro inconveniente de no levantar el espíritu de la mujer a las cosas grandes, es hacerla esclava de las pequeñas".

Uno, pues, de los grandes bienes que traerá a la mujer el triunfo feminista es el encauzamiento de su curiosidad que teniendo amplitud de campo, y bajo una educación esmerada, puede encauzarse hacia la investigación cultural, hacia la averiguación de los *porqués* de la Ciencia y el Arte.

La causa, por lo tanto, de esa curiosidad frívola de la mujer es la postergación en que se le ha tenido.

La curiosidad es propia de los dos sexos. La educación es la que ha señalado a ambos rutas muy diferentes.

Ábranse a la mujer las puertas que de justicia deben estarle abiertas, concédansele sus justos derechos, edúquesele debidamente, y su curiosidad variará de rumbo. Tomará su verdadero camino. Entonces la curiosidad femenina dejará de ser esa serie de tonterías de que nos habla Severo Catalina, en su libro *La mujer*, donde nos describe la poesía, el mundo moral del bello sexo con sus grandezas heroicas y con sus debilidades. Tiene este libro una perla preciosa: el capítulo VII, titulado "La Maternidad", que es, según el prologuista, don Ramón de Campoamor, "gota de agua de un Jordán que bastaría para purificar todos los defectos de todos los libros del mundo".

Dice muy bien el delicado prosista Severo Catalina, en el capítulo XX de su mencionado libro, y que intitula "La curiosidad": "Puede también (yo diría *debe únicamente*) considerarse la curiosidad como un efecto del sistema de educación".

El espíritu de la mujer tibiamente alumbrado por la luz de la ciencia, ajeno a toda participación en los grandes acontecimientos de la sociedad actual, se agita en el vacío, se mueve a lo más en el estrecho círculo que le han trazado las leyes de los hombres; y esa movilidad del espíritu, tradúzcase o no se traduzca por preguntas, es lo que puede y *debe* entenderse por curiosidad.

Ya, adelantándose hacia la verdad con osadía, exclama más adelante: "La curiosidad de las mujeres, más que a ellas mismas, debiera avergonzar a los hombres".
¡Muy bien por Severo Catalina!

Todos han declarado guerra sin cuartel a la mujer: los Códigos, la Frenología, la rutina, el prejuicio, los filósofos pesimistas... Con respecto a ella siempre se habla de deberes, *rara vez* de derechos.

Pero, gracias a Dios, el día triunfal del feminismo ya está despuntando por el horizonte, como un esplendor de justicia, como una iluminación de paz... Los hombres somos los llamados a ser redentores de la mujer. ¿Qué cosa más enaltecedora que luchar por la justicia y por el derecho?

Cumple esto a nuestra condición española de galantes caballeros y de honor...

Incorporémonos a las filas de los que militan por la justicia, por el derecho, por la paz y también por el honor.

Armémonos caballeros andantes, troquémonos en Quijotes del feminismo...

Seamos españoles, y, por lo tanto, justos y cristianos.

Rindamos pleitesía a la mujer española, símbolo de nuestra tierra y de nuestra raza.

Sebastián Padrón Acosta
La Laguna de Tenerife

- 24 de septiembre

Como una lluvia de oro sobre la aridez del camino...

Con *Las rosas de Hércules* coronado marchó sereno hacia la tierra prometida el poeta que amaba los ensueños y rumores del *Atlántico sonoro*.

Y hubo en la senda estremecimiento de frondas y en las alturas inaccesibles, temblor de estrellas.

Llorando su partida quedose su caro discípulo y su cordial amigo Fernando González.

El discípulo prendose del altivo gesto del Maestro y de la bondad exquisita del amigo.

Ante la obra, como el mar vasto, ondulante, multiforme, de Tomás Morales, él está sumido en éxtasis inefable, en amorosa contemplación.

Fernando González, nuestro entrañable hermano, atraviesa la senda en pos de las rosas florecidas que dejara el Maestro.

Un doble duelo hay en el alma del discípulo: la muerte del genio y la partida del amigo.

Fernando González ha comenzado el camino de aquel

"que en el sueño infantil de un claro día
vimos partir hacia un país lejano".

Nuestro joven y notable poeta, a los 17 años publicó su libro *Las canciones del alba*, primeras floraciones de su jardín interior, nimbado de resplandores siderales.

Él lleva en su alma *el divino tesoro* de su juventud y el caudal milagroso de sus ensueños de oro.

Pronto saldrá a la luz su nuevo libro *Manantiales en la ruta*.

A Fernando González le subyuga con deliciosa pesadumbre la métrica moderna. Por eso en ella envuelve su ensoñación luminosa como en una clámide regia.

Sueña con el oro de los ocasos, con la sonrisa de las alboradas, con el fulgor de las estrellas, con el perfume de los senderos olorosos.

También le agrada internarse en la pagana selva mitológica en busca de Eros, de Apolo, de Diana, de Minerva, de Pan...

Por encima de toda su obra poética álzase, como un canto de magnificencias reales, su poesía "En la transmutación del Maestro", escrita con motivo de la muerte del egregio Tomás Morales.

Es esta composición la mejor que ha escrito el joven poeta, pues además de dictarla el cerebro, la acarició con dulzura el corazón.

El poeta os la recitará con el dejo adorable del Maestro.

Oídla con unción religiosa, porque es una elegía y un clamor. Oídla con entusiasmo, porque es como la resurrección simbólica del poeta bien amado, de aquel que ostentaba dos ilustres aristocracias: el intelecto sapio y la bondad caballeresca. Oídla con veneración, porque es digna del Maestro.

Y el hermano poeta, el amigo bueno, reciba mi más cordial y fraterno abrazo, mi más fervorosa salutación en esta hora para mí memorable...

Fernando González es un viril ejemplo lanzado a la imitación de la juventud canaria, que vegeta indolentemente...

Contemplad con fervor su obra, que es como un resplandor lunar sobre el *Atlántico sonoro*, como una ofrenda de rosas sobre el altar de Apolo, como una lluvia de oro sobre la aridez del camino...

Recogeos, que van a oficiar en el ara de Apolo...

Sebastián Padrón Acosta

- 25 de septiembre

Los encantos y las seducciones de la distancia⁵⁷

La distancia envuelve a las cosas lejanas en un espejismo encantador.

Los países que no hemos visto nos los forjamos como creaciones de dioses caprichosos.

Muchas obras de arte casi necesitan de la distancia para brillar. Las gentes dice: "eso debe mirarse desde lejos".

El hombre ve las cosas envueltas en los encantos de la distancia; las desea, pero en cuanto llega a tocarlas, parece que la tenue gasa en que estaban envueltas se rasga.

Es la distancia que se acorta. Es el espejismo que cesa.

Los que contemplan *desde lejos* las alturas del poder, las desean, pero si llegan a ocuparlas y prueban sus amarguras, las detestan.

Los hombres cumbres, contemplados *desde lejos*, nos parecen seres extraordinarios, pero si les miramos cara a cara, sufrimos una decepción.

Con la distancia las cosas adquieren otra fisonomía.

El error y el mal se engalanan de fungidos ropajes.

Mirados a distancia nos sobrecoge la tentación de apoderarnos de ellos, pero en cuanto los palpamos la desilusión más amarga nos visita.

Si hubiéramos visto el error cara a cara, *sin la interposición de la distancia*, quizá no nos hubiéramos engañado.

Sin el hombre darse cuenta, la distancia le proporciona los más gratos placeres y los más amargos desengaños.

Para ciertas cosas la distancia es un encanto luminoso, y para otras una demoniaca seducción. Procurad, pues, mirar unas cosas *desde lejos*, y otras en su desnudez, sin afeites ni oropeles.

Sebastián Padrón Acosta
La Laguna de Tenerife

⁵⁷ Fue publicado nuevamente en *Heraldo de Orotava* (10 de diciembre de 1922).

- 28 de septiembre

Las obras completas de Tomás Morales

La obra magna, oceánica del hijo *afortunado* de las Hespérides debe perpetuarse.

El homenaje más hermoso que puede tributarse a la insigne memoria del gran cantor de las estrofas soberanas, es el de reunir en dos o tres tomos todo lo que salió del numen fecundo del poeta, *alma de océano y corazón de roca*.

Esto lo deben emprender los amigos del poeta, que están trémulos de dolor ante la partida tristísima de aquella alma aventurera y caballeresca, ante la marcha dolorosa de aquel hombre que tenía el gesto de un Don Quijote de la Mancha. Y buscar en revistas y periódicos todo lo que publicó Tomás Morales, cuya muerte ha dejado inmensamente desolada el alma buena y artista de aquella Leonor a quien *el Hércules de las Rosas* dedicó su magno libro⁵⁸.

Hecho esto, todos los canarios deben aunarse⁵⁹ y publicar las obras completas de Tomás Morales, compuestas de *Los poemas del Amor, de la Gloria y del Mar, Las Rosas de Hércules, La cena de Bethania*, y todos los versos que publicó en la prensa.

Además, esta edición de las obras de Tomás Morales creo que debería avalorarse con un prólogo del genial poeta Manuel Verdugo, entusiasta fervoroso de la Musa del poeta canario.

No debe olvidarse en esta edición la alegoría que en *Las Rosas de Hércules* aparece, símbolo admirable, del que algún día hablaré⁶⁰, y que es obra del enorme artista José Hurtado de Mendoza.

Esta empresa es la más rotunda manifestación del dolor que entristece a los que contemplaron el vuelo audaz del cóndor, que en un día aciago alzó su vuelo a lejanas regiones, perdiéndose entre la gloria del sol.

Tomás Morales no puede morir, porque es un rapsoda de testa coronada. "La barca de Caronte se llevó el simulacro corporal del cantor"⁶¹, pero su espíritu excelso, su esencia prodigiosa, sus cantos de tonos regios, de pompas rituales, sus melodías exquisitas, sus versos rotundos y sonoros están palpitando en su obra de policromías inauditas, de tonos atlánticos, rumorosos.

Inmortal, como el Atlántico que cantó, será su obra. Tomás Morales es de los que no mueren, de los que no pueden morir. "La barca de Caronte se llevó el simulacro

⁵⁸ Todas estas referencias personales del gran canario suponemos eran transmitidas por Fernando González durante su estancia en Tenerife.

⁵⁹ Una de las primeras muestras nítidas, públicamente, de una conciencia regional por parte del autor.

⁶⁰ No tenemos constancia de que lo hiciera.

⁶¹ Son palabras, un poco modificadas, de Tomás Morales en su poema "A Rubén Darío en su última peregrinación", y se repiten después.

corporal del cantor", pero en la memoria de sus amigos vivirá aquella alma bondadosa, quijotesca, castellana que para ellos tuvo siempre la amabilidad exquisita de su palabra cariñosa.

Tomás Morales fue no solo el poeta altísimo, sino el amigo sencillo y caballeresco. Este tributo lo espera el vate de sus admiradores y amigos.

Sebastián Padrón Acosta
La Laguna de Tenerife

- 29 de septiembre

Muerte de un inspirado poeta regional⁶²

El alma regional se ha estremecido de nuevo porque se le ha arrebatado otro de sus hijos preclaros: Tabares y Bartlett.

¡Ha muerto el cantor del alma canaria, el noble caballero, el amigo leal, don José Tabares Bartlett!

Él supo expresar en estrofas rebosantes de sentimiento el inmenso amor que sentía por su tierra.

Y cinceló en sus libros la maravilla de los paisajes tinerfeños, como en *La Caza*, "Bajamar", "Recuerdos de la patria" y "Zebenzuí".

Describe en ellos tipos canarios como "La lechera". Entona ardorosos himnos a los cantares regionales, como en su soneto dedicado a "Las folías".

Cuando el poeta piensa en su terruño, a él ofrenda sus más delicados sentires y sus imágenes más hermosas.

Y surge "Tenerife", admirable y enardecido poemita de 48 cantos, en donde palpitan todos los fervores para su amada tierra. Poema embalsamado del sabor de la tierra, que diría el insigne novelista regional, el cincelador del alma santanderina, José María de Pereda.

En ese poemita nos describe panoramas, costumbres y acciones de tiempos patriarcales.

Y canta a

"esta plácida roca
nacida entre la espuma de los mares
donde feliz y sin azar vivía
el pueblo que tenía
por santuario sus rústicos hogares".

Y dedica hermosos cantos a tradiciones del país. Así lo vemos en "Nuestra Señora de Candelaria", "La Esperanza" y "El Hidalgo pobre".

Todo lo de la tierra canaria tenía para él encantos inefables, mágicas luces y por eso canta "Al cañón Tigre", "Al Teide" y a "La Laguna".

Nuestro respetable amigo era un poeta de hondos sentires.

Todas sus poesías están escritas con el alma.

Y nos ha venido a la memoria una frase suya, que pone de relieve el fondo de su obra.

Hablábamos en una ocasión con el inolvidable amigo, de la poesía y de los poetas. Y él, dando su parecer sobre aquella, exclamaba, mientras tocaba su pecho: "el poeta está aquí, en el corazón".

⁶² No aparece su firma, pero el mismo Padrón Acosta nos confirma que es de él en *La poesía de don José Tabares Bartlett* (La Laguna de Tenerife, 1950, separata de la *Revista de Historia*).

Y sus obras son la más rotunda confirmación de sus palabras. Nuestro admirado Tabares Bartlett era un vate que no se distinguía por la profundidad del pensamiento, sino por la hondura del sentir.

En todas sus poesías hay vibraciones de su alma.

Jamás manchó con su pluma ni a nada ni a nadie. Era demasiado noble de estirpe y sobre todo de alma para manchar su blasón.

"Los grandes ideales son sus musas", ha dicho de él un escritor regional.

Él mismo nos dejó su retrato en aquel soneto:

"Amar a Dios y aborrecer la vida;
buscar el bien y hallar el desengaño;
ser a envidioso sentimiento extraño
y desdeñar la adulación mentida;

tener para la ofensa recibida
pronto perdón, olvido para el daño
y siempre exento de maldad y engaño
llevar la frente por el mundo erguida.

Tal es, en lo moral, mi efigie vera;
en lo físico soy, como cualquiera,
ni hermoso, ni espantable, alto, trigueño,

el cuerpo en proporción, la tez lozana,
la barba gris y la cabeza cana.
Ya veis, a grandes rasgos, mi diseño".

Dedicó a "Colón" dos bellas canciones, una en su libro *Poesías* y otra cuando el Ateneo de La Laguna celebró la *Fiesta de la Raza*⁶³ en 1918.

Y recordamos a este propósito una anécdota.

Corría el año 1919. El Ateneo lagunero, por iniciativa de su entusiasta presidente don Domingo Cabrera Cruz, deseaba honrar a los aborígenes canarios con *Fiesta de los Menceyes*, para la cual el presidente pidió al culto historiador canario don Francisco P. Montes de Oca y García, personalidad olvidada, esquemas de leyendas en las que los cantores de los diversos Menceyatos pudieran inspirarse.

Al señor Tabares le tocó cantar el Menceyato de Tegueste. Y como le apremiaran y fuese corto el espacio de tiempo que mediara entre la encomienda y la fiesta, él exclamó: "Estos señores creen que hacer versos es lo mismo que componer un par de zapatos, que los entregan el lunes, para concluirlos el miércoles".

En una de nuestras visitas a su casa nos enseñó el señor Bartlett cartas de Menéndez y Pelayo, Núñez de Arce y Guimerá, las que él guardaba *como oro en paño*,

⁶³ Ver *Gaceta de Tenerife* (11 y 14 de octubre de 1918).

según nos decía y en las que tan distinguidas mentalidades tributan halagadores elogios a sus obras *La Caza* y *Trompos y cometas*.

El amigo venerable pulía sus versos con paciencia propia de un Job. Muchos de ellos los repite en diversos libros, después de pasarlos nuevamente por la lima.

Sentía también por las erratas un terror pánico. Una letra por otra le costaba una enfermedad. La falta de una coma le hacía pasar grandes crisis nerviosas.

Sentía por la pulcritud de la estrofa refinamientos de orfebre. Lo quería todo limpio y pulcro, como su vida, como su alma.

Salieron a luz *Bosquejo poético sobre la conquista de Canarias* y *Un romance, Poesías* (1896); *La Caza*, con un prólogo del insigne dramaturgo español, el autor de *Tierra Baja* don Ángel Guimerá (1908); *Trompos y cometas* (1911) y *Ritmos* (1918).

Colaboró en casi todos los periódicos de la provincia y en la admirable revista *Castalia*, que es una lástima no se haya continuado publicando. Sus poesías sueltas formarían un libro hermoso.

Veamos lo que en el prólogo de *La Caza*, escrito en catalán y castellano, nos dice el insigne Guimerá: "Yo admiro con entusiasmo, y me complazco en reconocerlo, al eminente artista de los versos *impecables*.

Que lo son porque dicen con exacta verdad lo que quiere expresar sin dar tortura a los pensamientos...".

Y continúa: "Yo bien sé por qué sus versos son alados, por qué despide su poema destellos diamantinos, cualquiera sea la faceta por donde se le mire; es porque... canta su país, la tierra en que ha nacido y que nunca ha abandonado, echando en ella recias y profundas raíces".

Trompos y cometas, poema de 65 cantos, es un dulce bañarse el alma en las refrescantes aguas de la infancia añorada, a la que el poeta tanto invoca en muchas de sus composiciones.

Alguien le ha tildado injustamente de monotonía por usar el mismo metro en *La Caza*, *Trompos y cometas* y "Tenerife".

En su último libro, publicado en 1918, cuando ya su vida tocaba a su ocaso, sus versos, lejos de ser fríos e imperfectos, parecen escritos en los momentos más vigorosos de su vida.

Y su forma tiene los encantos de una refinada pulcritud y en el fondo de ella se agita el inmenso mar de su sentimiento. Su alma nunca envejeció. Siempre fue un niño candoroso.

Él, como el Teide, ocultaba bajo las nieves de sus canas una hoguera de hondos y piadosos sentires, siempre enamorado de sus *lares* y *de sus alcores*.

Partió de la vida, fue a dar con su *adorado hijo Juan*, cuya muerte tan bellas páginas le inspiró. Dios no le negó en sus últimos momentos aquella luz, que él pedía, cuando cantaba de esta manera:

"Fe de mi madre, mística esperanza,
no me niegues tu luz consoladora,
ni abandones el alma pecadora

que entre las obras del dolor avanza.

Torne al pecho agitado la bonanza:
mi pobre corazón, *espera y ora*.
Luzca, Señor, la suspirada aurora
del día eterno que el mortal alcanza.

Y libre de su frágil envoltura
mi espíritu errabundo y abatido,
sienta el del hijo idolatrado, muerto,

como hálito sutil del aura pura;
o cual aroma, en ella recogido
de la variada floración de un huerto".

¡Con qué dulce emoción hemos leído este místico soneto del ilustre trovador! El espíritu del poeta se elevó a los cielos en busca de Dios.

Las letras regionales han perdido su más excelso cantor, el poeta que amaba los encantados lares y alcores, y su besana, el poeta que exaltó *el sabor de la tierruca tinerfeña*.

¡Grande fueron su vida y su obra, pero más grande aún fue su muerte!
Tenerife está de luto.

- 5 de octubre

María Stuart⁶⁴

Al poeta canario José Hernández Amador⁶⁵

En la historia de la Edad Moderna de Escocia surge iluminada por resplandores sobrenaturales, una gloriosa figura de mujer, que yo adoro con fervores de culto.

Fue un alma que sufrió los dolores del más inicuo de los cautiverios. Azucena que floreció en medio del lodazal de las más repugnantes pasiones. Rosa de dolor que se desfloró en el patíbulo por la envidia y la soberbia satánica de otra mujer, baldón de la historia, y que se llamó Isabel I de Inglaterra.

Fue una mujer que, arrostrando todos los azotes de la tradición, de la injusticia y de la envidia, defendió su derecho al trono, llegando hasta las cumbres del martirio, y sobre ella se deshojó como un lirio de inmortalidad.

Fue María Stuart, aquella Reina soberana que vivió en medio de las luchas fratricidas del siglo XVI. Siglo en que el genio de Lutero empezó a tender por el Universo su sombra de maldición.

María Stuardo fue una mujer romántica, un carácter indomable, sereno ante los delirios de su prima Isabel de Inglaterra, y toda la sórdida cohorte de infames que se agitaron como alimañas en aquella corte infecta del siglo XVI.

María Stuart es la más excelsa encarnación de la virilidad femenina⁶⁶. Ella defendió con las energías de su voluntad su derecho al trono. Por eso con altivez se apellidaba *Reina*. *La Reina Mártir* ostentaba, además, el prodigio de su beldad soberana, que fue el dardo clavado en el orgullo de Isabel de Inglaterra.

La reina de Escocia es la más exacta representación del Cristianismo, que a pesar de todas las persecuciones defenderá siempre la verdad. María de Estuardo e Isabel de Inglaterra son dos símbolos. El Catolicismo y el Protestantismo. La verdad y las tinieblas.

María Estuardo sintió, también, la caridad de las Musas. Escribió versos admirables, en cuyo fondo palpitan los dolores amargos de su vivir, las melancolías de su cautiverio. Tuvo la soberanía de los héroes: llegó a la cumbre donde solo reinan las almas de ensueño.

De castillo en castillo, de prisión en prisión, pasó diez y nueve años de su vida.

⁶⁴ Este texto volvió a publicarlo el autor casi un año después, y sin modificaciones, el 8 de octubre de 1922, en *Heraldo de Orotava*, aunque firmando con el pseudónimo *Manrique de Lara*.

⁶⁵ No sé si conocía previamente a este poeta, pero días atrás coincidió con él en la presentación del libro *Manantiales en la ruta*, de Fernando González, en el Ateneo de La Laguna, donde Hernández Amador leyó poemas del teldense y Padrón Acosta unas palabras sobre el mismo.

⁶⁶ De alguna manera va haciendo una galería de retratos de lo que él entiende como *virilidad femenina*, y este es un ejemplo.

Vio pasar junto a sí todos los fantasmas de la envidia, del dolor, de la injusticia. Sintió el contacto de las almas miserables. El dolor le envolvió en la caricia angélica de sus alas.

Flores blancas, blancas flores de sufrimiento brotaron en su cabeza soñadora.

Cuando el encono de Isabel, aquella *vieja ridícula*, en sentir de Essex, triunfó, la cabeza de aquella Reina artista se vio cubierta de canas.

La hija de Jacobo V y de María de Lorena conservó durante toda su vida su libro de rezos, en el que se lee, entre otras cosas, la siguiente frase, que atestigua su valentía: "Este libro es mío, *María, Reina*. 1554".

Fue, como su siglo, atormentada, y formidable.

En las prosas que escribía retrata todas las luchas del siglo XVI, explosión de grandezas y heroicidades. En el fondo de sus versos, dice Hernández Amador, ferviente devoto de *la Reina mártir*, palpita el alma de Ronsard, el ídolo de la corte en aquella época⁶⁷.

Nació en el castillo de Linlithoov. Y su nacimiento en aquel lugar fue como un presagio fatal. Más tarde, en los castillos, se tejieron las páginas más amargas de su vivir.

El español Colonna y el alemán Schiller trazaron cuadros admirables de esta mujer soberana en *La Reina Mártir* y *María Estuardo*, respectivamente.

La Reina de Escocia estaba poseída de la verdad. Por eso siempre retó la altanería de Isabel.

En un hermoso soneto ha dicho el notable poeta y querido amigo Hernández Amador:

"Entre el hilo sonoro de sus versos reales,
que aún conservan latentes los acordes triunfales
de su espíritu pleno de un ardor juvenil,

vibra el eco imperioso de aquel tiempo galante,
y en la historia sangrienta fluye el alma fragante
de Victoria Colonna y Clotilde Surville".⁶⁸

María de Escocia es viril ejemplar de enérgicas almas femeninas. ¡Fue Reina, poetisa, escritora, cristiana, artista, mártir! ¿Qué más se puede pedir...?

En la historia de la Edad Moderna surge iluminada por resplandores sobrenaturales una gloriosa figura de mujer, que yo adoro con fervores de culto.

⁶⁷ Caigamos en la cuenta que por estas fechas visitó a Hernández Amador, al que entrevistó para la publicación juvenil *El Ideal Lagunero*, en la que participaba como uno de sus miembros más activos. La entrevista salió, como todas, con la firma de *El Caballero Tímido*, en el ejemplar del 10 de octubre de 1921.

⁶⁸ El poema de Hernández Amador fue publicado en la revista modernista canaria *Castalia* (número 2, 14 de enero de 1917), y de esta fuente nos hemos guiado para las correcciones hechas.

Es María Estuart, aquella mujer soberana que ascendió triunfalmente la cumbre del martirio y sobre ella se deshojó como un lirio de inmortalidad.

Y por la selva de la historia vaga la sombra venerable y peregrina de aquella Reina que fue mártir, poetisa, escritora, católica, artista...

Sebastián Padrón Acosta
La Laguna de Tenerife

- 8 de octubre

También florecen los zarzales...

A Salvador Quintero

¿Te angustia, alma mía, este interno y silencioso dolor? Acarícialo con mimo, con ternura. Y envíale al azul como paloma que ha sentido el sagrado calor de tu interno nido.

Escucha su voz. Es un arrullo tierno, dolorido. Él te revelará del hondo sentir lo arcano, lo inefable de su augusta intensidad. Escucha, alma mía, su interior latido.

Y silenciosamente ascienda tu abnegación a la altura, cual mariposa enamorada de la luz.

Estrecha al dolor contra tu pecho como aquel alma –toda ternuras– que se volvió loca con la razonable locura de la cruz... Mira por la senda, de azucenas y espinas florecida, caminar sereno, todo mansedumbres, al insigne poeta San Francisco, el de Asís...

¿Te hieren las espinas? Déjalas a ti dulcemente llegar. Son ellas halagos misteriosos que a sus predilectos dispensa Dios. Son las espinas caricias, besos, de tu dulce Jesús.

Y queda tú, alma mía, perfumada como el sándalo herido de la sentencia oriental.

No importa que el dardo del dolor lastime mi costado. Al sacarlo, él saldrá perfumado con la íntima esencia de mi ser.

¿Sientes el desfallecimiento de la jornada? Contempla la ascensión agobiadora de Jesús, por el Calvario que se levanta como glorioso altar de aquel lirio...

No cierres al dolor tu puerta interna. Él tiene su inefable encanto, su silenciosa poesía, su sagrado expiatorio valor.

La fe hace que él florezca como un lirio de ofrenda, como una pasionaria de expiación...

Mira, alma mía, como al borde de tu sendero también florecen los espinosos zarzales, besados por un rayo de luna en la calma infinita y perfumada de esta cálida noche de Estío...

Sebastián Padrón Acosta
La Laguna de Tenerife

- 12 de octubre

Isabel la Católica en el descubrimiento del Nuevo Mundo⁶⁹

Fue Cristóbal Colón un iluminado, un profeta. Poseía su espíritu esa serenidad característica de los hombres extraordinarios, de los héroes. Jamás se detuvo ante el obstáculo. En su alma audaz persistía la visión halagüeña del Nuevo Mundo como un ensueño de inmortalidad. Aquella tierra virgen desde lejos le llamaba amorosamente, con atracción irresistible. Y él sintió por ella predilecciones de enamorado. Colón no cejó en su empresa colosal, empresa que dejó en la historia una estela imborrable de inmortalidad.

Es Cristóbal Colón emblema del espíritu humano, ardorosamente poseído de un Ideal. Fue Colón un alma aventurera, que tuvo osadías de genio.

Una fuerza poderosa arrastró al soberano almirante hacia tierras de ensueño.

El genio mendigó protección a los Reyes de Portugal, Inglaterra, Génova. Y lo desengañaron como a un visionario.

Y Colón, despreciada su empresa por los Reyes, acude a una mujer, lumbrera refulgente en los anales de la Historia.

Cristóbal Colón expone a Isabel I de Castilla, *la de los dulces ojos azules*, el proyecto de su viaje. Y ella (¡una mujer!), manda que una junta, presidida por Fray Hernando de Talavera, examine detenidamente el propósito del almirante.

Ante el fallo de aquella junta la Reina castellana no cesa en su protección hacia aquel hombre, que llevaba en su cerebro la visión gloriosa de una tierra desconocida.

Pasó algún tiempo. Isabel la Católica "ruega al duque de Medinaceli que cesara en tal propósito de protección, pues era la voluntad de la Reina tomarlo por su cuenta".

Isabel estaba plenamente convencida de la realidad y de la soberanía de aquel proyecto audaz.

Más tarde, Colón, entristecido, reposa a la piadosa sombra del monasterio de la Rávida (hoy memorable santuario histórico) y allí encuentra la caridad cristiana personificada en aquel fraile inolvidable que se llamó Fray Juan Pérez, nombre que la crónica se ha cuidado de conservar escrupulosamente.

Y el franciscano, después de haberle expuesto Colón su propósito, escribe a la cristiana reina una epístola. Y esta ratificó a Isabel en su convicción.

Y una mujer, Reina y cristiana y *aficionada a las letras*, protege al que los reyes había, con indiferencia, desdeñado. Y una mujer, lejos de desilusionarse por el desprecio que a Colón dispensan los Reyes y hasta su mismo esposo Fernando, determina prudentemente que una asamblea estudie el proyecto de aquel hombre extraordinario.

Y mientras los reyes lo desprecian, Isabel I de Castilla, aquella mujer inmortal, lo acoge afablemente, cariñosamente. No lo rechaza como los demás. Isabel júzgalo el ensueño de un cerebro portentoso. Jamás la lucubración de un loco.

⁶⁹ Otra figura que, según él, presenta *virilidad femenina*.

Aquella Reina, mujer verdaderamente soberana, en un gesto altanería y de heroísmo despójase de sus joyas para secundar la obra del iluminado.

Y la Reina católica acierta. Y Cristóbal Colón, el 12 de octubre del año 1492, plasma su Ideal.

Yo creo que la hora en que Colón descubrió y gritó: *tierra, tierra*, fue la más feliz de su vida.

La Humanidad no se ha dado plena cuenta de la importante intervención de Isabel I de Castilla en el descubrimiento de América.

Al genio de Colón no escapó la trascendencia de esta intervención.

Por eso el gran almirante inmortalizó el nombre de aquella mujer dando a una villa que mandó construir el nombre de la *Isabela*.

Aquella insigne mujer española contribuyó poderosamente, decisivamente al descubrimiento de América.

El recuerdo de doña Isabel quedó indeleble en el alma del almirante.

Durante la vida de la Reina, Colón sintió cómo le protegía. Por eso su muerte fue una espada de dos filos para el corazón de aquel hombre glorioso.

Un sentimiento de intensa gratitud hacia la protectora vivió siempre en el ánimo del héroe.

En una carta escrita por Colón a su hijo Diego –nos dicen los historiadores– se lee lo siguiente: "nuestro principal deber es rogar a Dios con la más ferviente devoción por el alma de *nuestra señora* la difunta Reina".

La mujer, personificada en la prestancia de Isabel la Católica, coadyuvó al descubrimiento de América, así como personificada en María coadyuvó a la Redención.

Cristóbal Colón ensanchó los dominios de la Geografía, dilató el poderío español. Abrió un sendero a la navegación y a la esperanza. Con la bravura de un Hércules pulverizó el *Non plus ultra* de las célebres columnas. Colón tuvo poderes de creador. Su actitud en la Historia Universal es la de un Dios. Pronunció también su *fiat*. Sacó a la contemplación del mundo el milagro de un Nuevo Mundo.

Por eso dijo López Gómara: "Fue la mayor cosa después de la creación".

Mucho se ha hablado del perjuicio que el descubrimiento del Nuevo Mundo ocasionó a España, porque (dicen) contribuyó a despoblar el territorio español y a menguar la Industria y el Comercio...

¿Qué importa todo esto ante la gloria de haber sido España la descubridora del Nuevo Mundo...?

¿Qué vale este perjuicio frente a una tierra descubierta por un español, protegido por una mujer española?

El resplandor de este glorioso acontecimiento eclipsa todo pormenor.

Creo que si por llevar a cabo el descubrimiento de América España se hubiera empobrecido y se hubiera convertido en una mendiga, más grande hubiera sido su gloria.

En este acontecimiento universal y portentoso España puso ante el mundo muy alto su estandarte. Y lo ostenta Isabel la Católica, la gran protectora del gran almirante. Isabel I de Castilla es una mujer de la grandeza de Helena, la madre de Constantino.

El alma de Cristóbal Colón se abrió a las confidencias de los continentes y de los astros.

El Nuevo Mundo le envolvió en el manto de púrpura de la inmortalidad...

Y al meditar hoy –aniversario del descubrimiento de América– en la tan gloriosa empresa, los nombres de Cristóbal Colón y de Isabel la Católica han venido a mi mente nimbados por resplandores de inmortalidad.

Cúmplense hoy 492 años de aquel día de feliz recordación, en que el gran almirante descubrió el Nuevo Mundo, la impropriamente, injustamente apellidada *América*...

España y América deben estar siempre ligadas por el más ferviente cariño.

América debe amar a España porque la trajo hacia la civilización. España debe amar a América porque es ella tierra suya y su más grande blasón.

¡España y América, fusión fraternal!

Existen nombres, ante cuya pronunciación debemos descubrirnos en señal de veneración, de culto.

¡Cristóbal Colón! ¡Isabel I de Castilla! He aquí dos de estos nombres. Descubrámonos.

España y América deben darse hoy un fraternal abrazo.

¡El abrazo de la Raza!

Sebastián Padrón Acosta
La Laguna de Tenerife,
en el 12 de octubre de 1921.

- 15 de octubre

Cumbre femenina (Santa Teresa de Jesús)

Ninguna mujer castellana llegó a la cima a que ascendió Santa Teresa de Jesús de Cepeda y Ahumada. Esta mujer inmortal es de pura cepa castellana, de intelecto organizador, de penetración psicológica, de subidos quilates mentales, de ascensiones literarias, de vuelos teológicos, de sinceridad adorable.

Santa Teresa de Jesús es el más egregio símbolo de la tierra castellana: austera, serena, llena de claridades solares.

Ella es el tipo de la mujer española: hacendosa, recogida, culta, cristiana. Vivió en aquella época en que toda España era un inmenso hogar, pleno de fraternidades y de triunfos.

Y todas las mujeres españolas han seguido la ruta que señalara esta excelsa patrona de la raza. Su espíritu fue aventurero y quijotesco, como su estirpe. En su niñez sintió ansia de aventuras. En su cerebro germinaron las más altas y geniales ideas.

Como escritora, sin pretender serlo, rayó a gran altura. Desdeñó toda insulsez y pedantería. Su prosa es su alma.

Toda su obra es una vasta confidencia. Tuvo el don de la claridad, el prestigio de la sencillez, y el privilegio de la profundidad.

Sus libros: *Vida*, *Las moradas*, *Camino de perfección*, *Libro de las fundaciones*, *Epistolario*, son una exquisita manifestación sincera de sus hondos sentires.

Despreció el artificio, el acicalamiento de la frase. En prosas ingenuas, ardorosas y castas vació su pensar y su sentir. Toda su obra es un perenne deliquio, una no interrumpida confesión, un eterno extasiarse en las cosas divinas. Odió el retorcimiento de las metáforas violentas. Sus comparaciones son caseras, manuales, domésticas, pero expresivas y exaltadas. Todas sus páginas están encendidas en ardores místicos. Siempre está en éxtasis. Nunca desciende de su cumbre.

Su potencia intelectual es deslumbradora. Subió a la cumbre de la Mística, escaló las montañas teológicas, llegó a la cima de la Psicología. Fue su inteligencia de recio abolengo.

Santa Teresa vivió siempre en su *Castillo interior*. Penetró por los vericuetos de la Psicología, llegó al corazón humano. Es Santa Teresa de Jesús el Sócrates femenino y cristiano. Su mirada fue introspectiva.

Ante su inteligencia, el Altísimo abrió el libro de la ciencia infusa. La Iglesia Católica le llama con toda razón la *Doctora Mística*.

Fue también un talento organizador. Reforma la orden carmelitana, escribe cartas a personajes de su época, funda conventos, escribe libros para regular y orientar la vida de sus monjas.

Y ella misma se agita y activa, despliega todo su celo apostólico. Y reforma sociedades y orienta almas, y dirige espíritus y forma santas y apóstoles y místicos.

Sintió en su espíritu el arrullo de la Poesía. Cuando canta, sus versos son delirios amorosos, locuras del cariño hacia Jesús. *Y moría, porque no moría.*

Sus estrofas son ardorosas y aladas como las de su amigo *San Juan de la Cruz*, a cuya santidad y perfección contribuyó ella poderosamente. Sus versos son arrullos de palomas, armonías ultraterrenales.

Y sobre todo, y por encima de todo, fue Santa esclarecida. La más genuina Santa castellana. Su vida fue una imitación de las huellas del Nazareno. Y en la Santidad, como en la Sabiduría, llegó al apogeo y al deslumbramiento.

Enloquecida de amor pasó su vida de éxtasis en éxtasis, de oración en oración, de sacrificio en sacrificio, de penitencia en penitencia, perdiéndose en las lontananzas de la más refinada Santidad.

Santa Teresa de Jesús es mi santa predilecta. Como Santa le rezo y como escritora la adoro.

Es ella mi orientación en la sinceridad desbordada de su estilo. Es ella el lucero que me guía en este vagar incierto y doloroso.

Yo he sentido su mano de nardo sobre mi frente caldeada. Yo adoro el brillo deslumbrador que despide su obra colosal.

Fue mujer y Santa y Sabia y escritora y castellana.

Hoy, en que toda España la adora contemplándola erguida sobre los altares con su libro y su pluma, símbolos admirables; yo también caigo de hinojos ante su altar, venerándola como Santa, admirándola como escritora y adorándola como mujer.

¡Españoles!: venid a contemplar la más alta cumbre femenina de vuestro solar castellano.

Sebastián Padrón Acosta
La Laguna de Tenerife,
en el día de Santa Teresa de Jesús,
15 de octubre de 1921

- 21 de octubre

Del Quijote

Nos hallamos ante dos tipos, humanos, españoles. Don Quijote y Sancho.

Sancho no comprende las sublimes altanerías, las locuras geniales de su señor Don Quijote de la Mancha. El escudero quiso hacerle descender de su Quimera. Pero el Hidalgo era demasiado activo y demasiado genial para cejar ante la ridícula miopía del gobernador de la Ínsula Barataria.

El caballero prosiguió altanero su marcha triunfal cabalgando sobre el escuálido Rocinante. Y siguió por la llanura como un genio de las aventuras, como un buscador de países de ensueño. Y el pobre Panza quedó rezagado y murmurador sobre su asno rechoncho.

Don Quijote sonríe con la aristocracia de su ironía ante las advertencias *positivistas* del escudero.

Por la senda cabalga el héroe manchego recibiendo sobre su figura la plenitud solar, como una caricia de las alturas.

Los Quijotes escasean. Los Sanchos abundan.

Es una realidad triste. *El Quijote* no se lee lo que debiera leerse.

Azorín lo ha dicho: "Leer la obra inmortal no es cosa corriente en España. Se lee poco el *Quijote*".

Esto es una vergüenza nacional. Y, sin embargo, la obra de Cervantes tiene la aureola de la inmortalidad. Y sin embargo, la obra de Cervantes es universal y secular. Y sin embargo, la figura del héroe es la encarnación del espíritu castellano.

El *Quijote* se lee poco. Por eso escasean los imitadores del Hidalgo ingenioso.

Sebastián Padrón Acosta
La Laguna de Tenerife

- 26 de octubre

El almendro de los Estévez⁷⁰

Aún permanece hierático, inmutable como un símbolo, el viejo almendro de la infancia, de la casa de los Estévez, cantado en versos que saben a gloria por uno de los hidalgos hijos de aquella casa solariega.

El hogar va quedando casi desierto. Fue ayer cuando un gran dolor estremeció el corazón del hogar. ¡Su hijo más preclaro había muerto! Aquel viejo poeta que cantaba:

"La patria es una peña,
la patria es una roca,
la patria es una fuente,
la patria es una senda y una choza.

Mi patria no es el mundo,
mi patria no es Europa,
mi patria es de un almendro
la dulce, fresca, inolvidable sombra".

El poeta esclarecido que pulió en estrofas triunfales el sentimiento regional, el autor de *Musa Canaria*, a la sombra del almendro creció.

De aquel hogar salió otro hijo esclarecido: Don Diego Estévez, el autor de *Poesías*, el enamorado del júbilo del mar, muerto prematuramente⁷¹.

El almendro, el grandioso, inmortal arbusto de *la dulce, fresca, inolvidable sombra*, a ambos protegió. Pasan los años y él sigue abriendo el misterio de sus flores blancas como una sonrisa primaveral en medio de un ambiente campestre, en aquellas cercanías de Santa María de Gracia.

El almendro aquel es un emblema glorioso. Es la tradición, es la patria, es el amor al terruño, encarnados, simbolizados, immortalizados en aquel árbol venerable, digno –en frase de Montes de Oca García– de ser arrancado y conservado en un Museo como un monumento.

La casona está desvencijada. Nuestras tradiciones, nuestras leyendas, nuestra historia se van olvidando, abandonando lamentablemente, tristemente. El alma regional va sintiendo de día en día golpes dolorosos.

Fue ayer cuando murieron dos cantores excelsos de las cosas de la tierra: ¡Ossuna, Bartlett!

⁷⁰ Tengamos en cuenta que hacía poco que nuestro autor había estado en Gracia, en la casa de los Estévez, entrevistando a don Patricio para el juvenil rotativo *El Ideal Lagunero*, que publicó la entrevista de *El Caballero Tímido* el 19 de julio de 1921.

⁷¹ Un cuaderno manuscrito con sus poemas y un prólogo de Patricio Estévez está en el IEHC del Puerto de la Cruz, junto a unos cuadernos personales de Padrón Acosta. Puede ser que este cuaderno estuviera en sus manos. Recordemos que él escribirá tiempo después sobre la lírica de Diego Estévez.

La juventud vive vegetando en el más desconsolador de los abandonos. Y nuestras queridas cosas esperando a los *nuevos*, a los *predestinados*, a los *elegidos*, que no aparecen.

¡Pobre casona abandonada!

La casona de los Estévanez fue y es un refugio confortador para los amantes del pasado.

Vive aún en ella un viejo patriarca, único superviviente de la trilogía gloriosa de los Estévanez. ¡Don Patricio, el venerable hidalgo, que tiene en su vida páginas amargas⁷²!

¡Con qué dolor tan intenso, tan infinito contemplará él aquel viejo árbol, lleno de recuerdos, de historias y de símbolos!

¡Es el anciano almendro el padre de aquellos dos hijos insignes, que supieron amar y enaltecer su terruño, que dejaron una estela luminosa!

Cuando contemplamos el almendro, nos parece un hado que nos revela historias y secretos.

Tiene ya una contracción dolorosa, como si sintiera la muerte de sus hijos bien amados, en especial la de aquel viejo que le cantaba:

"A veces con delicia
mi corazón evoca
mi almendro de la infancia,
de mi patria las peñas y las rocas".

Don Nicolás, en su poesía "Canarias" encarnó todo el sentir del terruño, todo el amor a la patria chica.

Aún permanece hierático, inmutable como un símbolo, el viejo almendro de la infancia de la casa de los Estévanez, cantado en versos que saben a gloria, por uno de los hidalgos hijos de aquella casa solariega.

Sebastián Padrón Acosta
La Laguna de Tenerife

⁷² Como le ha contado en la entrevista a la que aludíamos de *El Ideal Lagunero*.

- 3 de noviembre

¡Seamos Quijotes del feminismo!⁷³

Heme aquí de nuevo, lanza en ristre, en pro de la mujer.

En los torneos medioevales los altivos caballeros deponían sus trofeos a los pies de las damas, rendidos de galantería.

Luchemos nosotros todos, ¡hombres de buena voluntad!, en este torneo feminista, en esta lucha titánica, en la que los más sagrados derechos de la mujer se le disputan. Armémonos caballeros andantes, y marchemos a desfacer todos los entuertos y agravios todos a la mujer inferidos.

Y cuando volvamos de la contienda, con nimbos triunfales, arrojemos a los pies de la mujer –¡eterno ensueño de felicidad!– todas nuestras reivindicaciones, todas nuestras conquistas, todas nuestras victorias feministas.

Sigamos esa ruta abierta audazmente por los grandes cerebros pensadores, por las grandes mentalidades conquistadoras, por las inteligencias que rompen con las viejas y seculares trabas de ridículos y estúpidos prejuicios. Los fantasmas de diferencias intelectivas, de impotencias morales, de debilidades físicas, van disipándose al conjuro mágico y enaltecedor de la voz redentora, esta voz rebelde que suena como un pregón de justicia inapelable.

En España tenemos andantes caballeros rebeldes como Julio Alarcón y Menéndez, Gregorio Martínez Sierra, Graciano Martínez, Severo Catalina.

Ellos han abierto el sendero. Caminemos por él. Y nosotros los españoles debemos, más que ninguna otra raza, lanzarnos a la reivindicación.

¡Qué mujeres tenemos en el campo dilatado de nuestra Historia, llena de epopeyas y de audacias! ¡Isabel la Católica, doña Blanca de Navarra, dos mujeres formidables, dos mujeres regias! Y si a Galicia vamos, allí surgirán, aureoladas de inmortalidad, tres cerebros portentosos. La eminente socióloga Concepción Arenal, la autora de *Estudios penitenciarios*, *La mujer del porvenir* y *Cartas a los delincuentes*.

Encontraremos a una poetisa altísima, *el ruiseñor de Galicia*, el Bécquer gallego, Rosalía de Castro de Murguía, la que escribió *En las orillas del Sar*.

Y brillará en cumbres altísimas aquel águila audaz, viajera de altas esferas, que se llamó Emilia Pardo Bazán, la que delineó con delicados y seguros perfiles la figura medioeval y secular de *San Francisco de Asís*, la que trazó las personalidades que se mueven en *Los Pazos de Ulloa*, la que escrutó en los abismos psicológicos de las almas delicadas que se agitan en *El tesoro de Gastón*.

Es esta la trilogía gloriosa de Galicia, tierra de ensueños en el paisaje, de adoraciones en sus habitantes, de encantos en su fonética, de dulzuras patriarcales en sus costumbres.

En Ávila –esa memorable ciudad histórica– encontraremos la más alta cumbre femenina de nuestro solar castellano: Santa Teresa de Jesús de Cepeda y Ahumada. Esa

⁷³ Este texto volverá a ser publicado más de un año después en *Heraldo de Orotava* el 17 de diciembre de 1922, con la única diferencia de que en este último caso será dedicado a *Juanita Fernández del Castillo*.

egregia Santa de Castilla, que era monja, reformadora de órdenes, fundadora de conventos, *teóloga del amor*, psicológica, poetisa, literata adorablemente casta, luminosamente sincera, inmortalmente castellana de pura cepa. Mujer que fue encarnación de su tierra, de su raza, de su siglo.

Y tras ella, si abrimos las páginas de nuestra historia, irán desfilando, como una procesión de almas preclaras, las más altas exaltaciones del espíritu castellano, las más puras exaltaciones de la mujer española, las más sublimes entronizaciones de la mujer genial y cristiana.

Tenemos, pues, el deber de arrojarnos en pos de estos ideales, que han de triunfar forzosamente. Mirémonos en el espejo del héroe manchego, de nuestro padre y señor Don Quijote de la Mancha, el de las galanterías audaces y formidables.

Marchemos a desfacernos entuertos y agravios inferidos. Cumplamos con este deber de alta galantería. Seamos caballeros andantes del feminismo. Arrojemos a los pies de la mujer española nuestro vasallaje. Hagamos justicia.

La mujer nos llama. Sean para ella todas nuestras reivindicaciones, porque de ella brotamos y hacia ella somos arrastrados irremisiblemente, infaliblemente⁷⁴.

Devolvamos sus derechos a la que nos lanzó a la vida en medio de amargos dolores. Alimentemos la gratitud, sentimiento de almas aristócratas.

Una mujer contribuyó a redimirnos. Y era ella como el símbolo de su estirpe. Redimamos hoy nosotros a la mujer. Seamos Quijotes del feminismo.

Una mujer valiente, Berta de Suttner, gritaba: *¡Abajo las armas!* Gritemos nosotros: *¡Abajo los prejuicios antifeministas!*

Sebastián Padrón Acosta
La Laguna de Tenerife

⁷⁴ La última afirmación, por el momento en el que se dice, pudiera hacer pensar en sus claras inclinaciones a no seguir con la carrera de sacerdote.

- 8 de noviembre

Montes de Oca García⁷⁵

En un pueblo ribereño –Puerto de la Cruz– vive retirado como hidalgo de fenecidas castas un enamorado de las cosas pasadas, de tradiciones y leyendas, de relatos y genealogías, de heráldicas y pergaminos. Cansado de modernos malandrines, de rastrearías y pasioncillas, retírase en sus ratos de ocio a su querido rincón en busca de sus viejos papeles, únicos amigos fieles de su vivir.

Y cuando el dolor y la realidad amarga de la vida vienen a inquietar su espíritu, en lo pasado busca el lenitivo de sus angustias.

Rapazuelo imberbe era aún cuando empezó a olfatear en los viejos archivos, cargados de papeles y de polillas. Y en los añejos archivos, en las ancianas bibliotecas, en los rincones solariegos ha buscado documentos y pergaminos –testigos de pretéritas edades, llenas de pompas heráldicas, de resonancias genealógicas, de graves infanzonías, de escudos y ejecutorias–.

Y halágale también marcharse por los Campos Elíseos en busca de las ensoñadoras manzanas doradas... Y penetrar en la soñada Arcadia⁷⁶, asiento de la raza brava y heroica –ya fenecida– deseando contemplar el gallardo continente de aquellas gentes rudas, selváticas, pero sinceras y generosas, sin ruines intenciones...

Y aspirar –como el poeta– perfumes de *retamas*, *mocanes* y *guaidiles*.

Y también en sus ratos perdidos márchase por las playas, a oír en las soledades las viejas rebeldías del mar Atlántico, de las que su personalidad está unguida.

Ha puesto su cariño en todo lo que fue. En su cerebro viven las historias, leyendas y anécdotas del Puerto de la Cruz. Es el cronista de su pueblo querido, por el que siente amor intenso, entrañable. En papeles revueltos tiene las historias en bruto de los viejos conventos, de las capellanías, de los personajes célebres de su cuna nativa.

Y cuando de cosas pasadas se le habla, él, entusiasmado, desborda el caudal de datos, fechas y genealogías que en su cerebro –verdadero archivo ambulante– viven como en almacén.

Y trabajos notabilísimos han visto la luz pública. Pero sobre sus gustos y sus amores la realidad implacable de la vida se ha levantado iracunda y cruel. En su estancia aparecen los retratos del inmortal Cervantes, de Viera y Clavijo, de Tomás de Iriarte...

Y en lugar preferente su viejo padre, cuadro que es obra de la insigne mujer porteña Lía Tavío⁷⁷.

⁷⁵ Archivero municipal y cronista oficial del Puerto, tiene por estos tiempos una estrecha relación con Padrón Acosta. Es el padre de Arcadia, la mujer de la que anda enamorado el joven escritor. Más allá de esta vinculación personal y vecinal, se va a convertir en uno de sus referentes intelectuales para los estudios históricos canarios. Un caso evidente en esta interpretación son las recreaciones de leyendas del pasado insular que el presbítero trabajará más sistemáticamente al final de su vida, pero que empezará ya a hacer, por vez primera, en el siguiente texto del día 20 de diciembre de 1921. Montesdeoca lo hará continuamente durante un tiempo, especialmente en las páginas de *Gaceta de Tenerife*, bajo el pseudónimo de *Barón de Imobach*.

⁷⁶ Alusión indirecta, aquí como en otros sitios, a la hija del cronista portuense.

⁷⁷ Sobre la figura de esta artista escribirá en abril de 1922.

Su figura gallarda es la de un legítimo descendiente de la brava raza guanchinesca, que él tanto idolatra.

Y si por la Genealogía le *tocan*, empieza por el joven más lampiño y va a perderse entusiasmado en nuestro primer padre Adán, allá en los tiempos del Edén...

Su conversación –a ratos esmaltada de picantes ironías– es interesantísima, cuando comienza a *historiar*.

Pasa el tiempo resolviendo protocolos, transcribiendo infolios con la clásica paciencia de un beneditino medioeval, de uno de aquellos monjes que en el silencio de sus celdas salvaron de un naufragio el saber de los antiguos.

Este hombre de rancios gustos es uno de los raros ejemplares que ya nos quedan de los que se interesan por las huellas de las edades desaparecidas.

En su vida ha encontrado malandrines implacables, que han hecho oficio de *sayones*, pero él los ha mirado con altivez sacerdotal.

A los Sanchos los desdeña con altanería de Quijote... ¡Hace bien!

La Música y la Pintura le adornan como dos primores. Ha hecho detenidos estudios de Paleografía.

Conserva epístolas laudatorias del P. Fita, de Bethencourt y de distinguidísimas personalidades nacionales y extranjeras, en donde se le hace la justicia que sus compatriotas le han negado... Es su escudo un orgullo noble, quijotesco... Y la rebeldía, su ejecutoria... Sus queridas cosas pasadas son sus blasones. Su ironía es su lanza...

En un pueblo ribereño –Puerto de la Cruz– vive retirado como hidalgo de fenecidas castas un enamorado de las cosas pasadas, de tradiciones y leyendas, de relatos y genealogías, de heráldicas y pergaminos. Cansado de modernos malandrines retírase en sus ratos de ocio a su querido rincón en busca de sus viejos pergaminos, únicos amigos fieles de su vivir.

Es el distinguido Cronista titular del Puerto de la Cruz, Francisco P. Montes de Oca García, el hombre de las cosas añejas, de las cosas pretéritas, de las frases irónicas, de las palabras-flechas...

Y en las noches estrelladas él, desde su querido hogar, oye con júbilo al mar Atlántico, cuando lanza sobre las playas y acantilados la canción salvaje y rumorosa de sus exaltadas y supremas rebeldías...

Sebastián Padrón Acosta
La Laguna de Tenerife

- 11 de noviembre

Tomás Morales

El alma ha pasado, una vez más, por el salterio triunfal de sus versos épicos. El espíritu ha vuelto a sentir la vibración excelsa de las armonías oceánicas.

Tomás Morales tenía la prerrogativa de su léxico y el privilegio de sus cantos heroicos.

La posteridad será quien completará el juicio sobre la personalidad del Artista.

Las composiciones más geniales de Tomás Morales son cantos heroicos, plenos de gallardías, de audacias, de sonoridades rituales.

Es un Cóndor que, desplegando sus alas maravillosas, viaja por las cumbres más altaneras, encarándose con el Sol, allá en esas regiones infinitas donde se pierden los genios de la luz.

Tomás Morales supo librarse de ridículas escuelas modernas, escuelas que tal vez seguirán determinadas tendencias por no sentir en su espíritu el privilegio musical.

Y el cantor oceánico fue ante todo un músico exquisito del verso. Sus estrofas están vivificadas por deleitosas polifonías. La armonía es la característica del poeta.

Tomás Morales huyó de las infecundas llanuras de la vulgaridad y subió gloriosamente a las cumbres más altas con las alas de su genio victoriosamente desplegadas como banderas triunfales.

Tomás Morales en el poeta de los hosannas, de los gritos jubilosos de victoria. Cuando canta *himnos fervorosos*⁷⁸, sus versos semejan salvas de aplausos.

Tomás Morales ama las alegorías, los símbolos. Todo lo personifica, lo encarna, lo reviste de pulcras corporeidades. Ante el genio del poeta resucitan entes mitológicos, bíblicos, que él glorifica y esculpe con su cincel inmortalizador... Es un orfebre impecable, que crea primorosas joyas con el *valor de sus oros*⁷⁹.

Dejó cuatro canciones magnas: "Oda al Atlántico", "Oda a las Glorias de don Juan de Austria", "Britania Máxima" y "Balada del Niño Arquero".

El Atlántico, como una ofrenda, derrochó en el numen de Tomás Morales sus sonoridades, sus ondulaciones, sus rumores musicales, sus exaltaciones, su actitud de coloso, su gesto de atleta.

Y por un océano de ensueño navegó el poeta, dulcemente recostado en la nave de sus quimeras inmortales. Y el mar le acarició con el arrullo de sus olas rumorosas. Evocamos con nostalgia aquella actitud y aquel gesto en él *clásicos*, cuando recitaba sus estrofas gloriosas⁸⁰.

El poeta murió en la plenitud de su florecimiento, en su explosión vital. Cuando en su frente esplendía la victoria del Arte.

Tú, vate excelso, cantabas:

⁷⁸ Se trata de una alusión a una de las partes de *Las Rosas de Hércules* del poeta grancanario.

⁷⁹ Expresión de Morales en el poema "La ofrenda emocionada", dedicado a Benito Pérez Galdós.

⁸⁰ Padrón Acosta fue testigo directo de la presencia de Tomás Morales, en septiembre de 1920, pues todo hace pensar que estuvo presente en la *Fiesta del Atlante* organizada en La Laguna.

"Era forzado el viaje,
y el bajel negro del nocturno rito
alístó tu paisaje.
Ya, en estelar circuito
tu alma desnuda huella el infinito".

¡Qué bien sospecharías que en estos versos, que con tu fervor pulías y que dedicabas a Fernando Fortún, habíamos de llorar nosotros tu triste partida, poeta glorioso, Cóndor de las Afortunadas!

La Intrusa te sorprendió en la apoteosis de tu ruta.

El alma ha pasado, una vez más, por el salterio triunfal de tus versos épicos. El espíritu ha vuelto a sentir la vibración excelsa de tus armonías oceánicas.

En la intimidad de mi alma torna a surgir el esplendor de tus *Rosas de Hércules*, rosas inmarcesibles que eternamente florecerán sobre tu sepulcro como la estela inmortal de tu espíritu luminoso.

"Era forzado el viaje
y el bajel negro del nocturno rito
alístó tu paisaje.
Ya, en estelar circuito
tu alma desnuda huella el infinito".

Y sobre el camino quedaron los vestigios de tu paso, como regueros de luz, como estrellas de inmortalidad.

Abramos nuevamente el salterio triunfal de tus versos épicos, ¡Cóndor de las Afortunadas!

Y el Atlántico –en tu homenaje– seguirá su canción rumorosa, como una elegía, como un rito...

Sebastián Padrón Acosta
La Laguna de Tenerife

- 16 de noviembre

El cansancio del Fausto⁸¹

La tragedia del poeta alemán Juan Wolfgang Goethe es la encarnación del espíritu moderno. Fausto es el mundo actual corroído, mordido por las dudas, desorientado en medio de la encrucijada, desfallecido ante el páramo...

En el alma abismática de Fausto surge un grito de hastío, una exclamación de cansancio, de fatiga.

Fausto es el hombre al borde de los grandes precipicios metafísicos, sobrecogido del vértigo.

La tragedia de Goethe es la tragedia del desfallecimiento, la odisea del escepticismo absoluto. Es la impotencia de los que quieren rasgar todos los velos de la duda y embriagarse de luz, emborracharse de esplendores.

El Doctor se desespera ante los arcanos. Bebió en los libros el ajeno del pesimismo.

Y allá, en el silencio abrumador de su desierto estudio, surge en su espíritu lacerado un grito de rebeldía ante el reino de las tinieblas.

Fausto vive en una mansión poblada de sombras, de visiones, de espectros. El escepticismo es el dardo clavado en su cerebro analizador, utilizador.

Fausto es la tragedia de la duda, esa lucha inmensamente trágica del pensamiento humano. Mefistófeles es la sombra fatal que entenebrece el alma del Doctor. Es la sombra siniestra que, como una fatalidad, persigue al espíritu humano a través de la Historia. Es la sombra fatídica, maldita de Satán.

¡Qué abismo entre *La Divina Comedia* y el *Fausto*! El mismo que media entre la fe y la duda, entre la esperanza y la desesperación, entre la Edad Media y la Edad Moderna. Por *La Divina Comedia* pasa la sombra casta de Beatrice de Portinari. Por el *Fausto* transita la sombra siniestra de Margarita. El amor luminoso y el amor pecaminoso.

El mundo actual, como Fausto, está desorientado, siente el dolor formidable de la gran tragedia del escepticismo.

La obra alemana es un sendero, invadido de sombras, por donde el pensamiento pasa tembloroso.

Fausto deja en el ánimo un sedimento de hastío, de cansancio, de duda, de fatiga. Fausto es el símbolo del Mundo Moderno.

El espíritu humano tiembla ante la personalidad del Fausto. ¡Quizá piense que transita esos países inhospitalarios, en donde todo es aridez, desolación, inmensidad!

⁸¹ Volvió a ser publicado un año después (19 de noviembre de 1922) en *Heraldo de Orotava*.

El hombre tiene en su vida horas infinitamente desoladas, en que la sombra de Fausto pasa por su espíritu. Es la sed angustiosa de luz, que el alma siente. Es el dolor desterrado. Es la angustia del peregrino. Es la inquietud a que se refería el Águila de Hipona cuando dijo aquel pensamiento inmortal: "Nos hiciste, Señor, para ti y sentirá inquietudes nuestro espíritu, hasta que repose en ti".

Sebastián Padrón Acosta

Noviembre de 1921

- 27 de noviembre

La prosa teresiana

Estoy nuevamente extasiado ante la figura –¡toda idealidad y excelsitud!– de la mujer más gloriosa que engendró la vieja madre Castilla, de cuyo seno, prolífico, fecundo brotaron los más preclaros tipos de la Raza.

La prosa de Santa Teresa de Jesús tiene el sabor añejo y deleitoso de aquella lengua ardorosa y casta, que parece nacida para brotar de la boca de los apóstoles y de la pluma de los místicos, enardecidos por todas las fiebres de lo alto.

Es la vieja y nueva lengua castellana, aquella en que se han dicho hermosamente las más hermosas cosas del pensamiento humano.

Es la lengua de los grandes amores, aquella en que hablaron San Juan de los Ángeles, Fray Luis de León.

Es la lengua de las cosas inefables, de las metáforas enérgicas, de las imágenes bellas, de los sentires hondos.

Es la lengua que tiene para la rima torrentes desbordados de armonías, de músicas, de arrullos.

Es la lengua en que oraba, escribía y hablaba la Santa de Castilla.

La prosa teresiana es todo un desdoblamiento de sinceridad. Con la más adorable de las sencilleces decía la Santa las más profundas cosas, los más graves pensamientos.

La prosa teresiana es la antítesis de la moderna. No está corroída por todas las dudas, mordida por los más opresores pesimismo, inflamada por los más refinados gritos de lascivia.

La prosa teresiana es ante todo una rotunda afirmación de serena castidad. En esas páginas admirables, ardorosas, encendidas del más puro sentimiento cristiano, bebe el alma como en límpida fuente las más hermosas ideas, los más puros sentimientos.

La prosa de Santa Teresa no tiene ese hálito opresor que deja en el espíritu un sedimento de cansancio...

La prosa teresiana es optimista, plena de sana espiritualidad. Es como el olvidado jardín de un convento, nimbado de blancas azucenas y de nardos.

Las páginas de la Virgen de Ávila brotan al calor de un sentimiento sereno y límpido. Cuando escribe parece que a su oído le habla un serafín cosas dulces y castas, llenas de secretos deliciosos, de arcanos inefables. ¡Quizá el mismo que transverberó su corazón!

Sobre sus escritos puso sus chiquirritinas y albas manos el hada de la Humildad. La Fe acarició su pluma, la Esperanza le colocó alas y la Caridad depositó en ella sus mieles.

A través de sus escritos vese el desenvolvimiento del alma cristiana, subiendo por la cumbre de la perfección.

La mano de la Providencia adivínase en la ruta de la Santa señalándole el sendero...

Santa Teresa tiene el don de la serenidad. En sus obras se aspira ese ambiente característico de las alturas, de las cumbres, donde reina la paz inalterable, el equilibrio del espíritu. La Santa de Castilla siempre vuela por las cimas, coronándose de sol. Ama los montes silenciosos, llenos de calma, de soledad, de senderos amorosos.

Su prosa es altamente autobiográfica. Sus obras están aureoladas del más sabroso clasicismo. Sus libros tienen el sabor de un vino añejo, más deleitable cuanto más viejo...

Leyendo a Santa Teresa se rememora, resucita una edad de oro, aquella en que todas las cumbres se cubrieron con triunfos solares.

Cuando sintamos el cansancio de este siglo atormentado, cuando queramos olvidar las desventuras de la edad actual, cuando deseemos huir por un momento de la suicida fiebre moderna, abramos los viejos libros de la Santa castellana, leamos con fe y con amor esas páginas adorables, serenas en donde la mujer más grande de España dejó palpitando su excelso corazón de patriota, de poetisa, de escritora, de española, de santa.

¡Bebamos el licor añejo de sus libros castizos! ¡Retirémonos a su *Castillo interior*!

Sebastián Padrón Acosta
Noviembre de 1921

- 4 de diciembre

Orotava⁸²

En medio de esmeraldas y fragmentos de espejo surge gloriosamente la Orotava, como un sugestivo Belén.

Allá, sobre las cumbres, vestidas de azuladas túnicas, asiéntase el Teide altanero, dominándolo todo, vigilando la paz del valle, como un viejo rey de leyenda.

Abajo, las orillas son acariciadas por la espuma de los mares, que tienden por el valle la sinfonía de sus rumores.

La Orotava goza de su clima incomparable, asombro de los viajeros.

Esta villa tiene un aspecto señorial. En ella viven gentes de rancio abolengo, descendientes de hidalgas castas. En mansiones señoriales vive la aristocracia, adorando, con viejas altanerías, sus pergaminos, sus escudos, sus genealogías.

En el interior de este pueblo encantador gózase de una intimidad conventual. En sus monasterios vetustos, medio derruidos, donde antaño se oía el encanto de las salmodias, hoy ríndese culto a la cruz y a la bandera española, esa águila excelsa de las cumbres.

Sus jardines son incensarios y pebeteros que derraman en el ambiente la maravilla de sus perfumes deleitosos.

Sus calles son admirables, por lo típicas. Tienen algo de calvarios.

La historia de la Orotava está poblada de leyendas y hazañas. Este pueblo está perennemente envuelto en una caricia primaveral. Con la Orotava soñaron poetas y aventureros, turistas y viajeros.

En las noches claras, serenas, duerme silenciosamente soñando con sus tradiciones y leyendas, bajo la paz augusta de las estrellas.

Los hidalgos que la pueblan deberían romper su inercia, y marchar en pos de nuevas hazañas, con actitudes de Quijotes, con la misma actitud de sus pasados ascendientes que llenaron de nobles y altas fechorías sus historias.

Por este pueblo de altivez aristocrática pasaron figuras memorables y gloriosas. El alma orotavense es profundamente cristiana. No ha renegado de sus elevadas ideas religiosas.

La Orotava es la mansión predilecta de los espíritus apacibles, de los que odiamos la fiebre de la vida moderna.

En torres de marfil habitan aquí almas soñadoras y bondadosas, que aman el silencio, la soledad, los libros. Los orotavenses son gentes caritativas.

Abundan aquí los árboles. ¡Como que en ella vive el prestigioso apóstol del arbolado, el bondadoso Lugo y Massieu, director de *El Campo*, periódico que se remite gratuitamente!

⁸² Es el primer texto que va a firmar desde este pueblo norteño de Tenerife, donde se instalará durante un tiempo para realizar el servicio militar.

En su casa solariega vive retirado D. Antonio Lugo y Massieu, que ha reunido en su hermosa y numerosa biblioteca más de 6000 volúmenes. Esta mansión de Minerva está abierta generosamente a los curiosos amantes del Arte y de la Ciencia.

En medio de esmeraldas y fragmentos de espejos surge gloriosamente la Orotava, como un sugestivo Belén.

Las torres de sus iglesias levántanse, señalando la ruta inmortal.

Allá, sobre las cumbres, vestidas de azuladas túnicas, asiéntase orgulloso, dominándolo todo, vigilando la paz del valle, el Echeide, como un viejo rey de leyenda.

Y abajo, las orillas son acariciadas por las espumas de los mares, que tienden por el valle la sinfonía perenne de sus rumores gloriosos, triunfales.

Sebastián Padrón Acosta
Orotava

- 10 de diciembre

Puerto de la Cruz⁸³

Es el pueblo de mis ensueños, de mis romanticismos, de mis amores. Está situado en una hondonada, a la orilla del *Atlántico sonoro*⁸⁴. El gran Hotel Taoro en su gran diadema.

El alma del pueblo es esencialmente demócrata. En el Puerto de la Cruz viven marineros, *recios trabajadores de la mar*⁸⁵, de rostros bronceados, de mirar pleno de inquietudes. Son ellos gentes de charla franca, que a veces *rezan blasfemando*. El mar es su vida, su sueño. En él buscan el tesoro caleidoscópico y maravilloso de los peces.

Los portuenses han heredado del Atlántico las audacias, las rebeldías, las inquietudes. El mar ha sido su maestro.

Este pueblo ribereño –por Luzardo y Franchy fundado– conserva las huellas de sus glorias pasadas. Sobre rocas levántase aún todavía el Castillo de San Felipe, vestigio de sus pasadas edades bélicas, cuando el Puerto de la Cruz era plaza fuerte, cuando los centinelas, en el secreto de las noches, vigilaban desde sus garitas, como genios avisores de la penumbra...

Levantada está todavía la fortaleza de San Telmo, con sus garitas y balaustradas y con su clásica ermita, sobre ella construida por el gremio de mareantes. Los conventos son los vestigios de su pasada religiosidad. Antaño, frailes y monjas oraban en estos hoy derruidos monasterios, por donde han pasado manos *non sanctas*... En tiempos que fueron, se oían las vocecillas virginales de las monjas, que hacían viajar sus pensamientos por senderos estelares... En este rincón encantador vivió aquella monja de santidad exquisita, sor María de San Antonino Lorenzo y Fuentes, apellidada *la Sierva de Dios*⁸⁶, la monja de los milagros y de las leyendas, y cuyos restos consérvanse aún en el monasterio de Nuestra Señora de las Nieves.

Sus calles –hermosamente amplias y rectilíneas– están dedicadas a sus hijos ilustres. Ellas evocan los nombres de Iriarte, Luis de la Cruz y Ríos, Bethencourt, Pérez Zamora, Esquivel...

Por su iglesia parroquial pasaron tres figuras de sacerdotes venerables: Sosa, Esquivel y Brito. Y en la actualidad, en ella despliega su celo apostólico el digno párroco doctor Marín Sebastián⁸⁷.

⁸³ Probablemente este artículo formara parte de su libro *El Puerto de la Cruz*, que nunca salió a la luz.

⁸⁴ Alusión a Tomás Morales.

⁸⁵ Ídem.

⁸⁶ Sobre esta figura religiosa volverá a escribir, cerca del final de su vida, en el periódico *La Tarde*.

⁸⁷ Se refiere a Antonio Marín Sebastián, que llega al Puerto de la Cruz como cura ecónomo, sustituyendo a Benigno Mascareño, a mitad del año 1915. Desde su llegada despierta bastante entusiasmo en los vecinos (información obtenida del periódico *Gaceta de Tenerife*).

El mar y la cruz dieron nombre a este simpático pueblo ribereño, que se adorna con árboles y espumas. Dios le colocó cariñosamente a la vera del Atlántico. Y este ha sido su ruta, su camino, su porvenir. ¡Senda ampliamente abierta al comercio, a la navegación! Posee el milagro de las curativas aguas de San Telmo, casualmente descubiertas por un albañil, el insigne *Rapadura*.

Tiene el Puerto sitios deliciosos, aureolados de bucólicos encantos. En la umbría surge la ermita de San Amaro, piadosamente nimbada con primores de leyenda. Esta nos dice que dicho santuario fue fundado por el Adelantado como ofrenda de gratitud a Nuestra Señora de la Paz, por haberse celebrado en aquel sitio la unión entre guanches y españoles. Aquellos lugares pintorescos, por tal razón fueron bautizados con el nombre de *La Paz*. Y la ermita sigue en la umbría soñando con la tradición, rodeada poéticamente de cipreses y plátanos del Líbano.

En las noches románticas y estrelladas, el Puerto de la Cruz semeja un remanso, un rincón de quietud... Es un pueblo que duerme acurrucado a la orilla de las playas, mecido al vaivén de las olas. Diríase una gigantesca concha marina traída por impulso del mar hacia la ribera. El Puerto de la Cruz ha sentido sobre sus espaldas el latigazo fatal de pueblos rivales, que han impedido su emancipación... En tiempos patriarcales, este lugar debió ser un embelesador rincón de la feliz Arcadia soñada, coronada de arboledas, poblado de zagalas y pastores, orlado por el encaje de las espumas, que circundan sus playas, como blancos festones.

Tiene por cronista al distinguido historiógrafo Montes de Oca García, alma grande, que huye del presente y se refugia en el pasado.

En la mística quietud de los atardeceres maravillosos, el sol sangra gloriosamente sobre la planicie azul. El Puerto de la Cruz es el pueblo de mis ensueños, de mis romanticismos. Al murmurio de las olas de su mar meciose mi cuna. En él vi la luz primera y gocé de los embelesos infantiles. Allí pasé mi edad de oro, edad luminosa que nunca vuelve... En él balbucí por vez primera los preceptos del Decálogo. En él fui niño. En él vive la señora de mis pensamientos, la que ha de acompañar mi peregrinación⁸⁸. Todo él está para mí poblado de recuerdos, de remembranzas. Cada rincón encierra un poema de mi florida niñez.

Yo amo sus monasterios vetustos, sus espumas y sus rocas, las estrellas que tachonan su cielo, sus rincones que guardan secretos de los primeros pasos de mi vida. Yo adoro sus tradiciones y sus leyendas, sus castillos erguidos sobre las rocas como viejos centinelas. Yo amo sus ermitas y sus capillas en agrestes senderos perdidas... Yo admiro a sus mujeres, que ostentan en sus ojos esplendores pasionales, y a sus bronceados marineros, esos simpáticos obreros de la mar. Me deleitan las sonrisas de sus amaneceres y las melancolías de sus puestas de sol.

⁸⁸ De nuevo, como decíamos, otra alusión directa (por esta época hay varias en varios textos de diferentes medios) a Arcadia Montesdeoca. Si es cierto lo que se dice, parece que efectivamente el pensamiento y recuerdo de esta mujer lo acompañará toda su vida.

¡Pueblo del sol y del mar, pueblo de la democracia y de los marineros, pueblo de castillos y monasterios, pueblo de rocas y espumas, pueblo de audacias y rebeldías, pueblo de las olas, pueblo del Atlántico, pueblo de mis amores, pueblo mío, yo te saludo efusivamente desde el rincón ensoñador de Arautápala, cuando te contemplo dulcemente recostado en la ribera y envuelto en la caricia de tus blancas y rizadas espumas nacarinas!

Sebastián Padrón Acosta
Orotava

- 20 de diciembre

El lanzador de tamaras⁸⁹

La muerte había tendido su sombra de maldición por los dominios de Abona. El Rey Aduajaña había sucumbido. Ocupó luego el trono su hijo Adjoña.

Este era Mencey fiel ejemplar de su raza: alto y gallardo, generoso y arrojado, heroico y decidido.

El Mencey de Abona sentía afición extraordinaria por el lanzamiento de piedras. Era un ágil tirador de gujarros. Eran estos entretenimientos su ocupación favorita. Con ella se deleitaba en los ocios de su Corte.

El Mencey de Adeje estaba indignado. Un osado habíase propasado en sus dominios. Un joven pastor había dado muerte a uno de los canes que guardaban sus ganados, cuando pastaban por aquellos sitios agrestes, en aquellos tiempos patriarcales en que Nivaria era una Arcadia feliz...

Y aquel can era uno de los animales predilectos de aquella alma primitiva y selvática.

"Este acto –exclamó el Mencey– es indigno de un guanche, de la nobleza de un vasallo. Él clama castigo".

El Rey de Adeje determinó en su cólera que aquel atrevido fuese ejecutado.

Más tarde el Mencey sintiose tocado de conmiseración hacia el pastor.

Publica un bando en que ordena que si algún guanche se atrevía a lanzar diez *tamaras* dentro de un *gánigo* colocado sobre la cabeza del sentenciado, quien se situaría a cuarenta pasos del tirador, perdonaba la vida al pastorcillo.

El vasallo sentenciado fue hecho prisionero en el *tagoror*. Un inmenso gentío acudió a ver si existía algún osado que tal hazaña realizara. El Rey había determinado que si el que se ofreciese a emprender aquella fechoría, no introducía las *tamaras* en el *gánigo*, fuese ejecutado en vez del pastor.

La concurrencia estaba anhelosa, esperando el desenlace de aquel hecho, cuando he aquí que aparece un extraño pastor, que todos querían conocer.

Preséntase gallardo, heroico, decidido.

Colócase a cuarenta pasos del sentenciado, sobre cuya cabeza aparecía un *gánigo*. El extraño pastor empieza su hazaña. Y con un acierto que despierta el entusiasmo y el júbilo, introduce en el *gánigo* las diez *tamaras* por el Rey señaladas.

Una salva de aplausos estrepitosos coronó la victoria del *lanzador de tamaras*.

⁸⁹ Esta historia fue versificada por el poeta lagunero Domingo J. Manrique, en el poema "El Mencey de Abona", y fue leído por el autor en la *Fiesta de los Menceyes* que se hizo en el Leal de La Laguna, en septiembre de 1919, adonde es casi claro que asistió nuestro literato. Sobre el poema de Manrique, que sea seguramente su origen de inspiración, hablará Padrón Acosta en 1935, en la conferencia que dio sobre la poesía del autor en el homenaje al profesor y poeta tras su muerte (publicada en *Gaceta de Tenerife* el 3 y 6 de abril de 1935).

El Mencey de Adeje, entusiasmado, perdona al sentenciado. Y el pastor cae de hinojos a los pies del Mencey de Adeje y de su salvador, aquel prodigioso *tirador de piedras*, derramando abundantes lágrimas de gratitud.

Entonces, orgulloso de su triunfo, el pastor desconocido quítase los disfraces, y ostenta su dignidad real.

Todos gritan: "¡Es Adjoña, el Mencey de Abona! ¡Es Adjoña!".

Y lo llevan en hombros a su Corte, mientras repiten: "¡Viva Adjoña, *el lanzador de tamaras!*".

Sebastián Padrón Acosta
Orotava

- 28 de diciembre

La Laguna

Sobre fértil llanura, en parte guarnecida por ingentes montañas –pétreos alminares de un fantástico castillo–, levántase, grave y austera, la vieja ciudad de La Laguna, coronada con la diadema gloriosa de sus torres y campanarios, que son como los erguidos símbolos triunfales de su excelsa religiosidad.

Desde las cumbres azules contéplase La Laguna como una legendaria ciudad bíblica, humildemente recatada en la paz silenciosa de la llanura gris. Diríase esta urbe cristiana un inmenso monasterio medioeval, y el tañido perenne de sus múltiples campanas la voz de la esquila conventual que anuncia las horas inefables de la meditación y de la plegaria.

La Laguna tiene austeridades de vieja ciudad castellana. Es callada y religiosa, grave y sencilla. Es un dulce retiro, propicio a la meditación y al silencio. Es la ciudad canaria que aman los enamorados del estudio, de la soledad y de la tradición. ¡Arca sagrada en donde se conservan valiosos tesoros de áureas tradiciones y leyendas maravillosas! Es santuario del pensamiento, lleno de intimidades y secretos. Ella ha sido cerebro y corazón del archipiélago.

En su seno guarda añejos archivos y preciadas bibliotecas, alcázares de Minerva. En ella vivieron egregios varones. La Laguna ha sido cuna de hombres ilustres: poetas y taumaturgos, historiadores y literatos, pintores y artistas. ¡Viana, Juan Núñez de la Peña, Nava Grimón, Anchieta, Francisco María Pinto, Manuel Ossuna, José Rodríguez Moure, José Rodríguez de la Oliva...!

La ciudad de los Adelantados es sagrario donde se custodia el oro de la tradición. Sus conventos, montes y rincones campestres evocan viejas leyendas, nimbos gloriosos de edades egregias.

La antigua Agüere es el relicario de *el Cristo de La Laguna*, la efigie sacrosanta y maravillosa, aureolada con encantos legendarios.

Esta urbe canaria –que debe su nombre a la laguna que antaño la ocupara– posee la maravilla de sus paseos deliciosos, montes encantadores, donde se oyen músicas de alegres pajarillos, y rumores de aguas cantarinas, y donde la Naturaleza muéstrase fecunda y deslumbradora, ostentando sus más sorprendentes y variadas facetas.

La Laguna –por Alonso Fernández de Lugo fundada– ha sido la ciudad tinerfeña de las pompas rituales, de las gentes de rancio abolengo, la ciudad de las preclaras ideas cristianas.

Por sus calles transitan místicas figuras de frailes, sacerdotes y hermanas de la Caridad.

Los escudos de sus casas solariegas son como las medallas conmemorativas de su glorioso pasado.

Esta *Atenas de Canarias* sirve de cenobio a espíritus solitarios, que, recogidos en sus celdas, se entregan a los deliquios embriagadores del amor divino. En ella se reza, se piensa, se estudia. En ella se sienten las caricias secretas de la soledad y del silencio.

Las estivales noches laguneras son estelares, soledosas, tranquilas. En las exquisitas noches, plenas de prodigios lunares, la vetusta ciudad parece estar envuelta en el cendal sutilísimo de sus tradiciones patriarcales. Dijérase sobrecogida de impulsos contemplativos, bajo la paz solemne del cielo estrellado. Diríase sumida en los deliquios del éxtasis.

La Laguna es contemplativa y extática. Ella se nos brinda como una mansión callada, como un remanso de paz, como una pausa del dolor y de la vida.

En San Diego del Monte, San Roque y Santa María de Gracia parecen vagar sombras venerables, ornadas con flores de tradición y de la leyenda, aureoladas con nimbos de rememoración. Y en el interior de sus monasterios diríase que vive todavía el alma del pasado, humilde y sollozante, austera y recogida...

La Laguna nos brinda las manzanas de sus mujeres bellas. La mujer lagunera es franca, comunicativa, cordial. Son sus ojos estrellas de simpatía. Y en sus mejillas florecen rosas carmíneas.

En La Laguna se deslizaron las horas más intensas de mi vida. ¡Horas de ensueño, de soledad, de pensamiento! ¡Oh las inefables horas soledosas de mis silenciosos retiros conventuales!⁹⁰.

Sobre fértil llanura, en parte guarnecida por ingentes montañas –pétreos alminares de un fantástico castillo– levántase grave y austera la vieja ciudad de La Laguna, coronada con la diadema gloriosa de sus torres y campanarios, que son como los erguidos símbolos triunfales de su excelsa religiosidad. Desde las cumbres azules contéplase La Laguna como una legendaria ciudad bíblica, humildemente recatada en la paz silenciosa de la llanura gris. Diríase esta urbe cristiana un enorme monasterio medioeval, y el tañido perenne de sus múltiples campanas la voz de la esquila conventual que canta las horas inefables de la meditación y de la salmodia...

¡La Laguna es cerebro y corazón, orza y relicario!

¡Al conjuro mágico de sus múltiples campanas el alma de la ciudad diríase que despierta dulcemente embelesada, y tiende el vuelo hacia las alturas, sedienta de Dios...!

Sebastián Padrón Acosta
Orotava

⁹⁰ Alusiones claras a su vida de seminarista y, sobre todo, a la etapa última antes de dejar el Seminario.

1922

- 6 de enero

Los Reyes Magos

Por las cumbres, se acercan ya los fantásticos señores de Oriente, seguidos de su comitiva, con los camellos cargados de presentes, alegrías futuras de corazones infantiles.

Fijos, con embeleso de la Estrella, que los guía, han emprendido la jornada.

Y ya casi asoman por las cumbres altivas.

Y la inquietud y la ansiedad florecen en las almas de los niños.

La leyenda de los Magos pasa ya perfumando las ingenuidades de los pequeños.

La creencia infantil en la futura venida de los Reyes es la más adorable manifestación de las inocencias de la infancia.

Con nostalgia recordamos aquel despertar lleno de inquietudes, en que la Quimera de presentes *regios*, iluminaba nuestro espíritu como una apoteosis.

¡Días memorables en la historia de la infancia, vuestro recuerdo llega hacia mi alma entristecida como una caricia lejana!

La ilusión de unos juguetes trae a las almas pueriles derroches de felicidad.

El día de Reyes –rememoración secular de la adoración de los Magos orientales– es el día excelso de los niños.

Entonces florecen en sus almas rosas de candidez y de inocencia.

Por las cumbres se acercan ya los fantásticos señorones orientales en pos de la Estrella, que ilumina el portal como una flor de luz.

Y la curiosidad infantil se dirige inquieta hacia las cimas lejanas.

Sebastián Padrón Acosta
Orotava

- 11 de enero

El Cronista de La Laguna (José Rodríguez Moure)

En la vetusta ciudad de los Adelantados –cerebro y corazón del archipiélago– vive, recogido en su casa, como en un cenobio, el viejo historiador canario José Rodríguez Moure.

En el secreto de su estudio –verdadero relicario de tesoros incalculables– el Cronista interroga a infolios y pergaminos el arcano de edades desaparecidas.

Desde su conventual retiro, Moure contempla con dejos de ironía la procesión carnavalesca de la farsa social. Enemigo de exposiciones y ceremonias, el viejo Cronista es un alma dulcemente selvática, huraña, esquiva...

Moure se ha pasado la vida *olfateando* en archivos y bibliotecas el vestigio de tiempos lejanos.

El Cronista de La Laguna es religioso y recogido como la ciudad en que vive.

Cuando su espíritu llega a la exaltación lanza desde su soledad los agudos dardos de su mordaz y casi volteriana ironía... Esmalta su conversación con chistes, *consejas* y *chascarrillos*.

Labor intensa, fecunda, incansable, como de beneditino, ha sido la suya. De su pluma han brotado obras magnas en las que enaltece a La Laguna y al país. Es autor de libros tan curiosos y notabilísimos como *Historia de la Parroquia de Nuestra Señora de la Concepción*, *Historia de la devoción del pueblo canario a Nuestra Señora de Candelaria*, *El vizconde de Buen Paso*, *La sierva de Dios*, *Juicio crítico sobre Viera y Clavijo*, *Los Adelantados*, *Tenesor Semidán o D. Fernando Guanarteme*, *El ovillo*.

También ha escrito *Guía histórico-descriptiva de la ciudad de La Laguna*, *Historia de la Universidad de San Fernando*, *Datos históricos sobre el Templo Catedral de La Laguna*, *Datos históricos sobre el Santísimo Cristo de La Laguna*. El estilo de Moure, sobrio y sencillo, tiene el sabor de las viejas y valiosas crónicas. En sus obras reúne y expurga tradiciones, pasándolas por el tamiz de la crítica más escrupulosa. Escribe historias de templos, biografías y juicios sobre historiadores, monjas y personajes legendarios. Se deleita trazando árboles genealógicos, *ovillos* novelescos, descripciones de joyas artísticas, fisonomías de pueblos tinerfeños, y desenvolvimientos de centros docentes. La ironía asoma de vez en vez su faz sangrienta y risible por entre sus libros añejos...

Moure ha reunido en los anaqueles de su archivo un arsenal de antiquísimos documentos de gran trascendencia para la historia de Canarias.

Como historiador regional no tiene la credulidad que distinguió a otros historiadores. Rodríguez Moure siente predilección por La Laguna, su ciudad nativa.

Sobre todo es en ella rey y señor, cuando el Invierno la envuelve en su clámide típica, clásica, característica. Y le desagrade hondamente aquella época calurosa en que una racha de *cosmopolitismo* turba el silencio clásico de la vieja ciudad legendaria. Moure siente en su alma la nostalgia, la añoranza de los tiempos que fueron.

El Cronista de La Laguna está ya en el ocaso de su vida y su prestigio de historiador esplende con fulgores de sol poniente...

Cuando Moure transita –¡rara avis!– las calles de la ciudad lagunera su figura medioeval, en medio de la vida moderna, se nos antoja un anacronismo...

Es historiador y sacerdote, como lo fueron Fray Alonso de Espinosa, Juan Núñez de la Peña, Sosa, Viera y Clavijo...

En su soledad esquivada se deleita este hombre de añeja catadura con el vino deleitoso y viejo de las cosas pasadas.

Moure es el cura abogado a quien acuden las gentes en el apuro de sus litigios...

Como *gran señor* solo asiste a la Catedral –de la que es beneficiado– en las grandes solemnidades litúrgicas.

Muchas veces, con su modestia característica, ha renunciado a elevados puestos catedralicios, por ser enemigo de ceremonias, aunque sea maestro de estas en la Catedral de La Laguna...

El Cronista ha tenido en su vida días dolorosos y trágicos...

Su vista –cansada ya de tanto pergamino de letra jeroglífica– dirígese inquieta y anhelosa hacia lejanas lontananzas...

Y en la soledad de su cenobio –relicario de tesoros incalculables– el investigador y Cronista lagunero prosigue, incansable, su labor enaltecida y meritísima, como un viejo monje medioeval, buscando en añejos y polvorientos manuscritos el secreto anhelado de tiempos desaparecidos...

Sebastián Padrón Acosta
Orotava

- 15 de enero

Villa de Orotava

El caserío orotavense, con su cimborrio, campanarios y torreones, desplégase escalonadamente sobre su lecho de esmeralda. Desde lejos semeja un fantástico portal sobre rocas colocado por misteriosas manos de hadas invisibles. Los plataneros, que rodean el caserío, son como las desplegadas alfombras de esmeralda que realzan la variada belleza del valle maravilloso. Los estanques, en medio de las verdes planicies, rutilan esplendorosamente como espejos heridos por la ardiente lumbre solar. Diríanse diamantes gigantescos, circuidos por inmensas esmeraldas y bañados por la luz zodiacal.

Y más arriba, en un ¡excelsior! de gloria, las montañas ostentan sus túnicas azules y sus cimas, a veces ornadas con la toca de las nubes. El Atlántico rumoroso es la gran orla azul, que engalana la ribera. Y custodiando el Valle, como un vigía de nevada cabellera, el Teide –Echeyde de los guanches– levanta su frente altiva, gloriosa y retadora. Y sobre el panorama de maravilla, el sol derrama su torrente lumínico, desplegando su clámide de oro. La Orotava es una villa magnífica y encantadora. Hay en ella casas solariegas, que ostentan escudos nobiliarios. Sus calles-calvarios son típicas, características, inconfundibles. Aquí nos halagan, como *caricias olfativas*, perfumes deliciosos de polícromas flores, que abren sus estuches y esparcen en el ambiente el halago invisible de sus aromas inefables. La villa está poblada de jardines y arboledas. En todas partes brotan las flores, magníficas y esplendorosas. Aquí volcó Flora su canastilla de encantos. Los jardines, olientes incensarios y pebeteros, están coronados con altivas araucarias, que se yerguen como sobrecogidas de ansias de ascensión... Son como señorones estirados, pulcros, altivos. A mí me parecen las araucarias orotavenses los símbolos del orgullo tradicional que se gastan los moradores de este pueblo... Las palmeras abren sus gloriosos abanicos triunfales. Las típicas enredaderas trepadoras acarician los muros de las casas orotavenses.

Son estas orlas forestales típicos detalles de esta villa encantadora, reclinada en un declive del Valle maravilloso, que produjo el éxtasis de Humboldt, sobrecogido de encanto y admiración, al contemplar por vez primera el milagro panorámico.

El clima de La Orotava es delicioso, incomparable. La Orotava es niña predilecta de la Primavera. Recibe con unción las dulces caricias climatológicas, que penetran, rejuvenecen y hermocean su ser, que dan lozanía a sus mujeres, y que vigorizan su flora deslumbrante. Las mañanitas orotavenses son frescas y perfumadas. Este clima ha sido la estupefacción de hombres eminentes, que han expuesto sobre él sus encomiásticas opiniones.

Con frecuencia las cumbres lejanas aparecen, en los risueños amaneceres, coronadas con copos de nieve.

El alma del pueblo es hondamente cristiana. La historia de la Orotava está llena de leyendas y tradiciones esplendorosas.

Gozan de gran fama las alfombras de flores naturales de la Orotava. ¡Una verdadera manifestación artística, que llama profundamente la atención de las gentes!

Tienen las alfombras, en las solemnes festividades del Corpus, aspecto de rito. Diríase que los orotavenses las confeccionan y contemplan con fervores de liturgia... En estas alfombras llévanse siempre la palma los señores Monteverde y don Felipe Machado.

La que inició estas manifestaciones artísticas en Canarias fue doña María Eustaquia de Heredia y Aspirón (1820) en el Puerto de la Cruz⁹¹.

La villa de la Orotava fue fundada en el siglo XVI por doce hijodalgos, que constituyeron *Las doce casas* solariegas, de las que proceden sus aristócratas actuales.

Antaño, gentes de vida contemplativa vivían en el secreto de sus conventos. Hoy estos han sido transformados.

El antiguo monasterio de clarisas está convertido en magnífico palacio municipal, en cuya plaza levántanse elegantes palmeras, que se abren cual abanicos triunfales. El de monjas catalinas es en nuestros días Plaza de Mercado, y Teatro, aunque de nombre.

Está aún en pie la vetusta espadaña de este derruido monasterio. Y ella surge como un resto de la pasada epopeya cristiana. La actitud de la espadaña, en la que crece la hierba, es simbólicamente agresiva. Tiene gesto de rebeldía... Diríase que con su frente altanera, la espadaña del derruido convento de catalinas protesta enérgicamente del despojo. El campanario enmudeció dolorosamente. Se extinguió su voz argentina y sacrosanta. Y con su cabeza erguida, sigue vetusta y silenciosa como un emblema de rebeldía santa.

¡De monasterio a Plaza de Mercado y Teatro!

¡Oh, las transformaciones prosaicas de los tiempos modernos!

El cenobio franciscano está convertido en Asilo. Es una obra que manifiesta el alma caritativa de los orotavenses. En él las Hermanas de la Caridad despliegan los tesoros inagotables de sus femeninas delicadezas, cuidando con todo esmero a los náufragos de la vida. Las mansiones agustinas y dominicas son hoy cuarteles. No se han rendido aún a su pesadumbre las iglesias de estos monasterios. La de los primeros es magnífica y esbelta, verdadera obra arquitectónica. No se ha derrumbado esta joya del pasado por obra y gracia del amante de las cosas pasadas el señor Lugo y Massieu, mi caro y admirado amigo.

Cada vez que contemplo conventos deshabitados mi espíritu siéntese hondamente impresionado. Yo cerraría estas mansiones augustas con llaves de oro y las dejaría dormir su sueño de encanto y de leyenda.

⁹¹ Nota del autor: "Datos biográficos del marqués de Torre-Hermosa", por Montes de Oca García (1920).

La mujer orotavense es recogida, cristiana. Vive recatada en su casa, como en una celda. Posee bondad evangélica...

Después de ascender una larga calle-calvario, llegamos a la iglesia de San Juan del Farrobo, con su clásico balcón y su rosal florido.

En la Villa Arriba gózase de más balsámico ambiente democrático. La Villa Abajo y la Villa Arriba parecen mirarse de reajo... La aristocracia encarada con la democracia... La musa popular se ha complacido inmortalizando en unos versos estas rivalidades...⁹².

En la iglesia de San Juan ríndese culto al tradicional Señor de la Columna. Es esta iglesia el santuario de las magníficas esculturas de rostros artísticos, angelicales. *Museo* la llama, con razón, el señor Hernández⁹³. También existe en ella un pequeño crucifijo con la documentada tradición del sudor de sangre en tiempos calamitosos.

La Orotava ha dado a la patria hombres ilustres, muchos de cuyos nombres nos extraña que no honren sus calles.

En la villa viven señores que se ufanan con sus blasones. Se gastan una inexplicable prosopopeya. ¡Remembranzas de opresor feudalismo...!⁹⁴.

Y la villa de Orotava continúa reclinada sobre su lecho de esmeralda, envuelta en caricias primaverales.

Las torres y araucarias la coronan gloriosamente. Desde la altura, el Pico custodia sus encantos, altivo y receloso. Dijérase el Dragón de la leyenda que guarda el tesoro de las manzanas de oro...

Sebastián Padrón Acosta
Orotava

⁹² Es curioso anotar que este es uno de los primeros apuntes sobre las coplas populares canarias, sobre las que tratará con pormenores en los comienzos de la década del 40.

⁹³ ¿A quién se referirá?

⁹⁴ Estos comentarios un tanto críticos con las costumbres de las clases poderosas, así como las alusiones a las visiones democráticas (aunque sean de forma objetiva), llaman la atención pues no es la tónica habitual a lo largo de su trayectoria.

- 24 de enero

La casita de la ribera⁹⁵

*Para Antonio Lugo Massieu,
amante de las viejas mansiones
monacales*

Sobre una roca gigantesca yérguese en el Puerto de la Cruz una mansión que fue austero convento de frailes dominicos. Fundaron este monasterio, bajo la advocación de San Pedro González Telmo, don Luis y don Andrés Lorenzo en el año 1659.

Era este convento un rincón de encantador recogimiento, levantado sobre las riberas del Atlántico, con su pintoresca situación, sus celdas humildes, sus sentidas salmodias y *su comunidad de diez y seis religiosos* del blanco hábito.

Los que erigieron este cenobio debieron tener almas de artistas. Sintieron la poesía intensa y honda del mar azul y rizado. Diríase que fueron vates enamorados de los encantos mágicos y de los rumores armoniosos del viejo Atlántico.

La mansión conventual fue edificada sobre una peña y abierta a las confidencias del cielo y a los secretos del mar. Las olas la envuelven en la caricia de sus estrofas y las brisas marinas le miman y le besan cariñosamente. ¡Blancas espumas y viejos tarajales ornan los inmovibles cimientos del vetusto monasterio, secreto de tiempos inolvidables, que tienen para el soñador nimbos poemáticos!

En este ribereño convento de San Pedro González Telmo vivieron egregios hijos del gran fundador, mi glorioso Padre Santo Domingo de Guzmán⁹⁶, español de alma recia y fuerte.

Antaño los frailes del blanco hábito transitaban sus estancias monacales.

Desde este rinconcito, situado en la ribera, los religiosos contemplaban las dos grandes rutas, los dos senderos gloriosos. ¡El firmamento y el mar!

Los dos infinitos despertarían en sus almas pensamientos profundos y risueños.

Los salmos eran acompañados por el armónico murmurio de las olas cantoras.

Y alguna vez –según rezan viejos cronicones– al Atlántico acarició indiscretamente la mansión solemne y augusta.

Viera y Clavijo refiere en sus narraciones de los conventos de Canarias que el de San Pedro González Telmo del Puerto de la Cruz "fue pábulo de las llamas la noche del 19 de Diciembre de 1778, en cuya borrasca pereció la imagen de su patrón...".

Junto a esta mansión ribereña tuvo su palacio el capitán don Juan de Montemayor, "Almojarije de la Aduana del Puerto, palacio que fue devorado por un incendio"⁹⁷.

⁹⁵ Probablemente este artículo formara parte de su libro *El Puerto de la Cruz*. Concretamente incluso pudiera ser la parte que tenía como título (según el índice aparecido el 23 de septiembre de 1921) "El convento de San Pedro González Telmo".

⁹⁶ Recordemos que es terciario dominico, y supongo lo expresará así por este motivo.

⁹⁷ *Nota del autor*: Montes de Oca. "Curiosidades porteñas".

A pesar de las metamorfosis lastimosas y prosaicas de que ha sido objeto, por esta reedificada casita atraviesa un hálito del pasado. Y su añejo portal conserva huellas de tiempos memorables. Y en este retiro parece vivir el secreto de otras edades.

Dos palmeras triunfales abren sobre el jardín de esta casa sus esbeltos abanicos como símbolos.

Y una araucaria yérguese altiva, como pidiendo justicia.

Siento predilección por los conventos erigidos en las cercanías de la mar azul. Me parecen gaviotas cansadas que han detenido su vuelo audaz sobre las riberas, engalanadas con la espuma del oleaje.

Semeja esta casita ribereña un balcón abierto al océano para contemplar sus maravillas y sorprender sus charlas litúrgicas.

Se me figura un anacoreta arrodillado y absorto ante la gloria del mar.

Desde esta casita conventual divísase, magnífica y dilatada, la gigantesca llanura azul.

El mar se rinde mimoso a los pies de la ribera. El mar es el confidente de mis horas contemplativas. Él es símbolo excelso del alma humana con sus vacilaciones, inquietudes y rebeldías. El mar es el Genio de las armonías rumorosas y vastas. Ha sido ruta de poetas aventureros, de viajeros y descubridores de mundos. ¡La gran senda de las gentes de rostros bronceados! El mar engalana sus riberas con las rizadas olas de sus espumas irisadas. El mar con sus dilatados senderos plúmbeos nos da la sensación de un gran camino abierto a las Quimeras, a los ensueños, a la conquista, a la aventura.

Es una ruta abierta al infinito, y por donde el alma enardecida tiende su vuelo de audaz gaviota. El océano es Hércules glorioso, genio evocador de antiguas fábulas mitológicas. ¡Numen de los grandes rapsodas!⁹⁸

El Atlántico me sobrecoge y me exalta y me anonada como un poder sobrenatural. Sus rumores despiertan en mi alma los recuerdos de mis florecidos años infantiles.

Él alza a veces su canto formidable, respirando como un viejo titán.

El océano guarda en sus senos fecundos y vastos inmensos valores. Tiene la majestad y el poderío de un Dios.

Bandadas de palomas ciérnense majestuosas y altaneras sobre la oscilante planicie azul.

El Atlántico se amansa calmosamente como un juguete vencido. Y se rebela como un Hércules indomable que levanta su cabeza coronada de olas encrespadas.

El mar es placidez y rebeldía, arrullo y latigazo. En un momento de ira hincha sus senos audaces. Y en un instante de quietud se sosiega y se adormece con los mimos de un *gran niño*.

El mar alza infatigablemente el canto sempiterno de su salterio salvaje y triunfal. Desgrana en las oquedades el caudal de sus armonías inefables y primitivas.

⁹⁸ En este párrafo, como se ha podido comprobar, hay una alusión a la obra poética de Tomás Morales.

Él suaviza las tragedias del espíritu. Él es el amigo de los románticos y de los tristes.

La mar tiene volubilidades y coqueterías de mujer.

Cuando la noche tiende el manto de sus sombras, surge la silueta del viejo monasterio, con los aspectos de un añejo castillo que vigila el reposo del Puerto de la Cruz, voluptuosamente dormido en los brazos arrulladores de la ribera.

De este monasterio –en donde estuvieron las Casas Consistoriales– salieron frailes para acudir al tránsito glorioso de *Sor San Antonino*, que dejó en el Puerto el perfume sacro de su santidad, y cuya biografía inédita fue detalladamente escrita por el curioso clérigo garachiquero Francisco Martínez de Fuentes.

Pero pasó para el monasterio dominico la época de su apoteosis. La barbarie de ciertos personajes de la política burda, la idiotez de determinados histriones de la diaria comedia española atravesó por el convento como un vendaval destructor.

Y los frailes huyeron de sus celdas. Y la salmodia se perdió en las oquedades de la mar, allá entre la canción bravía del oleaje.

Y las campanas de su espadaña enmudecieron para siempre como avergonzadas del sacrilegio.

¡Y a la poesía del pasado sucedió la prosa del presente!

Pero todavía el mar le canta como en sus tiempos mejores.

Mas su rumor tiene tonos de elegía. Semeja su murmurio un canto fúnebre, melancólico, litúrgico.

El Atlántico a veces parece que grita como si llamase a los antiguos moradores de la pintoresca casita de la ribera.

La luna le nimba con sus mágicas caricias, en las espléndidas noches serenas, bordadas de luceros.

El mar le canta y le besa con sus brisas, melancólicamente sugestionado.

Yo siento cariño intenso por esta legendaria casita conventual erigida en la ribera y abierta a las confidencias del cielo y a los secretos del mar.

¡Quizá levantada por devotos fervientes de la mar azul! Se me figura un anacoreta arrodillado y absorto ante la gloria del mar.

Sebastián Padrón Acosta
Orotava

- 2 y 3 de febrero

La mujer⁹⁹

Señoras y señores: Galantemente invitado por la junta directiva de esta culta sociedad, que ha tenido para mí todas sus cortesías caballerescas, y que quiere hacer revivir el esplendor de gloriosos tiempos pasados, me cabe esta noche el altísimo honor de presentarme ante tan selecto auditorio. Y al pensar en el tema, que había de elegir para ocupar vuestra benévola atención, recordé que estas simpáticas fiestas de arte son engalanadas por el bello sexo orotavense y el primer pensamiento que acarició dulcemente mi alma fue mi esplendoroso ensueño: la mujer.

Y es doble la oportunidad de este tema por ser el feminismo uno de los grandes problemas palpitantes de nuestros días, de cuya solución está pendiente la Humanidad entera.

Porque nos hallamos, señores y señoras, en una gran época de rehabilitación social. Las grandes injusticias reinantes en la sociedad precisan que desaparezcan prontamente, contundentemente. Pensadores y sociólogos han llevado a la conciencia universal el planteamiento de problemas enormes, trascendentales.

Es tiempo de renovación, de justicia, de rebeldía, de inquietud, de sobresalto. La actitud del mundo actual es de una amenaza alarmante, pero justiciera.

Y un gran cataclismo, que se avecina, derrumbará viejos ídolos. Diríase que en la época presente los hombres se han trocado en iconoclastas. El ruido que ha de producir el desquiciamiento purificador, redentor, resonará en todos los pueblos, en todas las razas, en todos los cerebros, en todas las categorías sociales como una voz formidable, trágica y rehabilitadora.

El obrero tiene gesto de audacia y de rebeldía. Por eso el estado de la cuestión social es terrible, escalofriante. El problema del proletariado exige acertada, rápida y definitiva solución.

Y también, el problema del feminismo es menester que se solucione, porque la negación actual de los derechos de la mujer es otra escandalosa desigualdad imperante.

En nuestros días se está tallando el pedestal gigantesco sobre el que se levantará gallarda, retadora, gloriosa la figura regenerada de la mujer. Permitidme, pues, señoras y señores, que os lea estas mis divagaciones por el campo del feminismo.

Y a los pies de las bellísimas, bondadosas y cultas damas orotavenses arrojo estas humildes rosas literarias, como rendición de pleitesía, como homenaje de mi más ferviente culto a vuestra hermosura deslumbrante y a vuestra exquisitez adorable.

⁹⁹ Nota de *Gaceta de Tenerife* previa a la publicación de este texto, que saldrá distribuido en dos días diferentes: *Empezamos hoy a insertar la notable conferencia que, con el lema de La Mujer, pronunció recientemente en el Liceo Taoro, de la Orotava, nuestro queridísimo amigo y joven colaborador de GACETA DE TENERIFE don Sebastián Padrón Acosta, cuyos progresos literarios son cada día más evidentes y plausibles.*

Padrón Acosta obtuvo un gran éxito con la lectura del mencionado trabajo, que a continuación ofrecemos a nuestros lectores.

Una de las cosas más difíciles para la humanidad es el despojamiento de los prejuicios. La Historia nos habla de ello muy elocuentemente. El prejuicio es una venda para el espíritu. Nos priva de la Luz. Los hombres, la sociedad están corroídos por los prejuicios. Y uno de ellos es su criterio acerca de la mujer, su actividad y sus facultades. ¡Oh la leyenda de la inferioridad femenina! Este criterio burdo ha sido alimentado y acrecentado por libros que, lejos de ser estudios científicos, concienzudos, tienen carácter de improperios lanzados sobre las relevantes facultades anímicas de la mujer. Y es que los hombres, muchas veces, sin estudiar las cuestiones, toman por verdades solemnes errores.

El aferramiento del hombre al prejuicio es la causa primordial del actual rezagado antifeminismo. Desde tiempo inmemorial se ha hablado de la inferioridad de la mujer. Y muchos hombres, sin ahondar esta hoy palpitante cuestión, han declarado a la mujer un ser incapacitado para las grandes empresas, para el ejercicio de carreras, profesiones, oficios, y para el sufragio.

Y cada vez que se habla de la mujer como personalidad social, como entidad para el desempeño de elevadas funciones, al momento se sale con el vulgar e imbécil tópico de la cocina, la escoba, la aguja y la cuna. Como si la cultura, y las carreras fuesen incompatibles con aquellos.

Pero la humanidad ha dado un paso más hacia el progreso. Las ciencias psicológicas, sociales y fisiológicas están demostrando la inconsecuencia, la falsedad de estas inocentes credulidades.

Y en esta época por que atravesamos, en que parece que ha de aclararse el horizonte de la justicia, la mujer surgirá como una iluminación inmortal, como un resurgimiento esplendoroso.

En el prejuicio, veo, pues, la causa primordial del rezagado antifeminismo. Debemos seguir la corriente avasalladora del progreso, de la civilización, cuando estos van coronados por los esplendores de la verdad y de la justicia. Pongamos a la mujer sobre el pedestal social que su alta categoría intelectual exige.

Y obraremos como hombres conscientes, como creyentes fervorosos de esta corriente justiciera, como adoradores de la civilización y de la justicia, alas inmortales y gigantescas con que la sociedad debe remontarse a las cumbres de la más legítima igualdad.

La curiosidad de la mujer¹⁰⁰

La curiosidad de la mujer es casi un instinto. Y esta curiosidad es la manifestación de las ansias que tiene el alma femenina de vigorizar su inteligencia con la savia de la ciencia y el arte.

Creemos que por habersele cerrado a la mujer el campo de su actividad, por habersele constreñido por medio de una educación absurda y bastarda, la curiosidad mujeril se ha marchado por senderos de huera frivolidad.

¹⁰⁰ El asunto de la curiosidad fue planteado en las letras suyas del 22 de septiembre de 1921.

Pensadores, pedagogos y sociólogos lo afirman. Fenelón, en *La Educación de las Jóvenes*, dice: "Si no les provocáis un curiosidad razonable, la tendrán desordenada". También del mismo parecer es la eminente gallega Concepción Arenal, quien en el capítulo quinto de su hermoso libro reivindicador *La Mujer del Porvenir* escribe: "Otro inconveniente de no levantar el espíritu de la mujer a las cosas grandes, es hacerla esclava de las pequeñas".

Uno, pues, de los grandes bienes que traerá a la mujer el triunfo feminista es el encausamiento de su curiosidad, que teniendo amplitud de campo y bajo una esmerada educación puede dirigirse hacia la investigación cultural, hacia la averiguación de los *porqués* de la ciencia y del arte¹⁰¹.

La causa, señoras y señores, de esa curiosidad frívola de la mujer es la postergación en que se le ha tenido. La curiosidad es propia de los dos sexos. La educación es la que ha enseñado a ambas rutas muy diferentes. Ábranse a la mujer las puertas que de justicia deben estarle abiertas, concédanseles sus propios derechos, edúquesele debidamente y su curiosidad tomará otra orientación. Irá por el camino verdadero.

Entonces la curiosidad femenina dejará de ser esa serie de tonterías de que nos habla Severo Catalina en su libro *La mujer*, donde nos describe la poesía, el mundo moral del bello sexo, con sus grandezas heroicas y sus actuales debilidades.

Tiene este libro una perla preciosa: el capítulo séptimo, intitulado "La Maternidad", que es, según el prologuista, el poeta de las reflexiones, Ramón de Campoamor, "gota de agua de un Jordán que bastaría para purificar todos los defectos de todos los libros del mundo".

El ya mencionado Severo Catalina, en el capítulo veinte de este hermoso libro dice: "Puede también (yo diría debe únicamente) considerarse la curiosidad como un efecto del sistema de educación".

Y adelantándose hacia la verdad, exclama más adelante con osadía: "La curiosidad de las mujeres, más que a ellas mismas, debiera avergonzar a los hombres".

Todos han declarado guerra sin cuartel a la mujer; los códigos, la frenología, el prejuicio, la rutina... y hasta muchos filósofos y escritores, entre los que descuella Schopenhauer, el que dijo que "la mujer es (perdonadme la repetición de esta frase) un animal de ideas cortas y de cabellos largos".

Y también sobresalen como antifeministas Nietzsche y Moebius, que escribió el libro que lleva por título *La inferioridad mental de la mujer*.

Y es necesario, señores, despojar a la mujer de esos estúpidos prejuicios, que en torno de ella han venido formando escritores, sociólogos y filósofos de distintos siglos y países.

Y vais a ver con un ejemplo la lógica de estos enfurecidos antifeministas. Me refiero a unas afirmaciones de Manuel Kant, el filósofo de Königsberg¹⁰².

¹⁰¹ En este punto concreto, no podemos dejar de pensar en la figura femenina de María Rosa Alonso, intelectual canaria que poco tiempo después se convertirá en una de las principales cabezas visibles de la investigación histórica y literaria canarias.

¹⁰² El antifeminismo de Kant fue planteado en su artículo del 12 de agosto de 1921.

En 1764 publica este pensador alemán sus *Observaciones sobre lo bello y lo sublime*. Y en el capítulo III de dicha obra aparece Kant atacado de una enorme crisis antifeminista.

Oídle: "A una mujer con la cabeza llena de griego, como la señora Daciex, que sostiene sobre mecánica discusiones fundamentales como la marquesa de Chastelet, parece que no le hace falta más que una barba; con ella su rostro daría más acabadamente la expresión de profundidad que pretenden".

¡Admirable y original manera de discurrir y argumentar! Ya lo sabe nuestro auditorio. La más acabada expresión de profundidad consiste en ostentar una buena barba patriarcal.

Y suponemos, a lo Kant, que cuanto más larga sea la barba, el que la ostente ha de ser un *abismo sin fondo de profundidad*... Y fijaos, que estos señores enemigos de la redención de la mujer no razonan, ni fundamentan, sino que afirman *gratis et amore*¹⁰³.

La mujer –sigue diciendo Kant– no sabe aprender ninguna geometría "porque el atractivo de sus encantos no pierde nada de su energía". Ya sabemos, señor filósofo, que los encantos naturales de la mujer nada pierden por ignorar estas cosas. Pero, ¿no es acaso un encanto más, sobre los naturales, la cultura, la ilustración?

Este es un nuevo nimbo que envuelve gloriosamente a la mujer. Todo ser racional tiene no solo derecho, sino el deber de perfeccionar sus facultades. Y Kant sigue en crisis: "En la historia no se llenarán la cabeza de batallas...". ¿Y por qué? Pues, sencillamente, señores, porque Kant así lo quiere...

El gran Fenelón, que escribía antes que Kant su breve y sustancioso libro *La educación de las jóvenes*, nos dice, refiriéndose a la mujer: "Dadles las historias griegas y romanas; en ellas contemplarán prodigios de valer y desinterés. Que no ignoren la historia de Francia, que tantas bellezas encierra; mezcladla con la de los países vecinos y con la relación de los países lejanos que estén bien escritas".

¿Por qué razón ha de ignorar la mujer las grandes batallas? ¿Por qué no ha de mirarse en el espejo de Juana de Arco, la heroína de la Guerra de Cien Años? ¿Por qué causa se han de negar a la mujer el deber de cultivar las facultades intelectuales?

Más adelante, y prosiguiendo en progresión ascendente su antifeminismo, nos dice que "la mujer debe cultivar la Pintura y la Música, pero no como arte".

¿Qué labor más propia para la mujer que el arte? ¿Qué actividad más adecuada a sus manos primorosas, a su sensibilidad exquisita y a su delicada imaginación?

Y adelantándose hacia la ética escribe: "Evitarán el mal, no por injusto, sino por feo".

De manera que si el mal se reviste con fingidos ropajes de belleza, tras él debe ir la mujer...

Y ¡viva la moral de Smith! Así razonan, señores, todos los antifeministas.

¹⁰³ Expresión latina que significa 'sin fundamento, gratuitamente'. Hasta aquí llega la parte de la conferencia publicada el 2 de febrero de 1922.

El Kempis del feminismo¹⁰⁴

Con un mentís más, lanzado sobre el burdo tópico de ser el Cristianismo enemigo del progreso, sale a la luz, escrito en la soledad de una celda, *El libro de la mujer española*, rotunda y audaz reivindicación de los derechos de la mujer.

Graciano Martínez, el insigne fraile agustino, en este admirable y exquisito libro, pulveriza con argumentos formidables todas esas leyendas, que en torno de la mujer han tejido la rutina, las imaginaciones calenturientas y la estulticia.

Todos los prejuicios relativos a la inferioridad mental, según los descartados¹⁰⁵ datos de la Frenología, quedan deshechos en esta obra galante, recia y contundente. Aboga, como nosotros, por que se den a la mujer los derechos civiles que el Código español le niega, cuya negación es una de las más irrisorias inconsecuencias de este con respecto a la mujer, sobre el cual el P. Graciano lanza justos y terribles anatemas.

¿Con qué razón se incapacita a la mujer casada para vender, comprar y comparecer en juicio?

El fraile interroga: "¿Es que el matrimonio le ha hecho perder sus facultades psíquicas e intelectuales?"

Las mujeres españolas deben formar una cruzada y hacer que todas estas deficiencias desaparezcan para que en la patria de las grandes cumbres femeninas, la mujer no sea considerada como un ente incapacitado.

Los derechos políticos, dado el estado actual de la política española, opina G. Martínez que no debe ejercerlos la mujer, hasta que aquella se regenere.

Muy bien dice el autor de tal hermoso libro que el siglo XX, si el feminismo triunfa, no se llamará *el siglo del radio*, ni *de los hombres águilas*, sino *el siglo de la mujer*.

Que la mujer se instruya, que la mujer estudie, que siga carreras y profesiones, pero que jamás se olvide de sus cualidades de mujer.

Cuanta más cultura tenga, más comprenderá la excelsitud de su misión.

La mujer debe mirar siempre los grandes beneficios que debe al Cristianismo, quien con toda galantería la levantó de las abyecciones de la esclavitud y la colocó sobre el gran pedestal de su dignidad.

La Iglesia la ha glorificado, elevando el matrimonio a la categoría de Sacramento.

Todos los buenos españoles debemos adherirnos a la avasalladora corriente de la reivindicación de la mujer, que en nuestros tiempos ha crecido justa y notablemente.

En la historia ha sonado la hora de la justicia. La humanidad se ha dado cuenta de su proceder injusto.

La verdad y el derecho deben triunfar. Yo diría a los antifeministas que pensarán en sus madres, en sus esposas, en sus hijas, en sus hermanas.

¹⁰⁴ Casi toda esta parte que sigue es copiada de su artículo del 23 de julio de 1921 titulado "La orientación del verdadero feminismo", texto que fue dedicado a Margarita Beese.

¹⁰⁵ ¿Querrá decir *desencantados*?

Odio, señores, ese revolucionario marimachismo que desdora los inefables encantos de la mujer, pero quiero ardorosamente que esta sea elevada a la categoría que de justicia le pertenece.

Deseo que se rompa esa desigualdad escandalosa, porque es una vergüenza que en la patria que dio a luz las grande mentalidades que se llamaron Teresa de Jesús, Sabuco de Nantes¹⁰⁶, *La Latina*¹⁰⁷, Isabel la Católica, Concepción Arenal, Rosalía de Castro y Pardo Bazán¹⁰⁸, no ocupe la mujer el digno puesto social que por sus facultades, por sus encantos, por su genio, por su misión, por sus derechos y por sus deberes le corresponde.

La mujer española debe pensar en "El Ama", ese casto poema de Gabriel y Galán, y en *La perfecta casada*, de Fray Luis de León, que son los dos tipos clásicos, característicos de mujer española.

Es justo este despertar del feminismo. Es triste el estado de las mujeres que se ven sin porvenir, sin horizonte.

Y esto debe obligar a la mujer a seguir carreras y profesiones, para que si el anhelado marido no aparece, tenga con qué defenderse de las necesidades de la vida.

En el *Libro de la mujer española* está delineada la orientación del verdadero feminismo. Es ese libro *El Kempis*, el breviario de la mujer. Libro que todos y todas debieran leer y meditar.

En los torneos medioevales los altivos caballeros deponían sus trofeos a los pies de las damas, rendidos de galantería.

Luchemos nosotros todos, hombres de buena fe, en este torneo feminista, en esta lucha titánica, en la que se ventilan los más sagrados derechos de la mujer.

Seamos caballeros andantes y marchemos a desfacer entuertos y agravios inferidos a las Dulcineas.

Y cuando volvamos de la contienda con aureolas triunfales, arrojemos a los pies de la mujer –¡eterno ensueño de felicidad!– todas nuestras reivindicaciones, todas nuestras conquistas, todas nuestras victorias feministas.

Sigamos esa ruta, audazmente abierta por los cerebros pensadores, por las grandes mentalidades afirmativas y conquistadoras, por las inteligencias que rompieron viejas y seculares trabas de ridículos prejuicios.

Los fantasmas de diferencias intelectivas, de impotencias morales, de debilidades físicas, todas esas leyendas que se han tejido en torno de la mujer, van desapareciendo al conjuro mágico y enaltecedor de la voz redentora, voz rebelde que suena como un pregón de justicia inapelable.

En España tenemos hombres dignos de imitación. A la vanguardia del feminismo están caballeros rebeldes y altivos y redentores como Julio Alarcón y

¹⁰⁶ Se refiere a la controvertida renacentista Oliva Sabuco de Nantes Barrera.

¹⁰⁷ Beatriz Galindo, *La Latina*, fue escritora y humanista, preceptora de Isabel la Católica, y al parecer una de las mujeres más cultas de su época.

¹⁰⁸ Sobre ella escribió en su muerte.

MeléndeZ, Gregorio Martínez Sierra, Graciano Martínez, Severo Catalina, los Hermanos Quintero...

Ellos han roturado la senda. Caminemos por ella orgullosos, altaneros.

Y nosotros los españoles, los bravos, los audaces, los altivos, los guerreros, debemos lanzarnos a esta conquista, con más razón que ninguna otra raza.

La estirpe de nuestras mujeres es gloriosa inmortal, recia y fuerte. Es una falange titánica.

Si abrimos nuestra historia, encontraremos mujeres preclaras, las más excelsas exaltaciones del espíritu, castellano, las más puras glorificaciones del genio español.

Tenemos, pues, el deber –como caballeros que somos– de arrojarnos en pos de estos ideales, que han de triunfar forzosamente.

Mirémonos en el espejo del héroe manchego, nuestro buen abuelo y señor Don Quijote de la Mancha, el de las galanterías formidables y audaces.

Marchemos a desfacer entuertos y agravios inferidos. Cumplamos con este deber de alta galantería reivindicadora.

Seamos caballeros andantes del feminismo. Arrojemos a los pies de la mujer española el tributo de nuestro caballeresco vasallaje.

La mujer nos llama. Sean para ella todas nuestras reivindicaciones, porque lo piden la verdad, la justicia, el derecho y el amor.

Y también porque de ella brotamos y hacia ella somos arrastrados, dulcemente, irrevocablemente. He dicho...¹⁰⁹

Sebastián Padrón Acosta
Orotava

¹⁰⁹ Observamos que la conferencia está armada a partir de todos los escritos anteriores que ha ido dando a conocer sobre el motivo conferenciado.

- 9 de febrero

El descubridor de las aguas curativas de San Telmo¹¹⁰

Como Gran Canaria y como El Hierro, el Puerto de la Cruz posee el prestigio de sus aguas milagrosas.

Hemos tenido el honor de estrechar la mano del descubridor de las medicinales aguas de la fuente de San Telmo. Y lo es don Manuel Hernández Franco, el popularísimo *Rapadura*, conocido y competente albañil, que en su traje demuestra amar mucho su oficio.

Con toda amabilidad, intercalando en su relato alguna chirigota, nos narró el Sr. *Rapadura* cómo descubrió aquella fuente de aguas curativas. Traduzco sus palabras¹¹¹.

- Corría el año de 1899, poco más o menos. Me hallaba enfermo. Tuve que ir a El Hierro, en donde, durante largo tiempo, estuve bebiendo el agua que me recomendaron para mi enfermedad.

Regresé luego de El Hierro al Puerto de la Cruz. Me agravé mucho en mi dolencia. Y al comunicarlo un día a don Manuel Pestano, que era médico, me aconsejó me fuese a bañar a San Telmo. Así lo hice. Me ocurrió luego beber el agua que veía salir de entre unos *callados* de San Telmo. Y bebí a *flor*¹¹² de *buey*. Y noté que me producía los mismos efectos que la de El Hierro. Seguí durante tres meses bebiendo el agua, y noté que estaba mucho mejor. Producíame efectos mucho más intensos que la de El Hierro.

Después me convertí yo en médico. Recetaba a todo el mundo. Recomendé el agua a don Cristóbal Castro y a don Manuel González, que también se curaron.

Don Manuel González fue quien pagó la construcción de la escalera que baja a la fuente. Y la hizo Juan Mora, el mismo que hizo la torre actual.

Era en aquel tiempo alcalde don Vicente Fernández.

Después, como gratitud nos reunimos. Y aquel año los tres curados hicimos la fiesta al Santo de la ermita, siendo el depositario en señor Castro.

Para que se reuniese más dinero para la fiesta –nos dice riendo irónicamente–, dije que se me había aparecido un viejito. Y la gente lo creyó. Pero no hubo tal personaje.

Más tarde, el doctor don Jorge Pérez mandó a Londres las aguas para que las analizaran. Así lo hicieron. Yo perdí el papelito que me dio don Jorge.

¹¹⁰ Probablemente este artículo formara parte de su libro *El Puerto de la Cruz*, Concretamente incluso pudiera ser la parte que tenía como título (según el índice aparecido el 23 de septiembre de 1921) "Las aguas minerales de San Telmo".

¹¹¹ Caigamos en la cuenta de que este puede ser el primer texto donde explícitamente nuestro literato utilice y explicita fuentes orales.

¹¹² No se entiende bien en la copia si es esta palabra.

Por esto se le dio al doctor Pérez una serenata. Él dijo que debían hacérmela a mí, porque fui yo quien las descubrí. Pero no lo hicieron. ¡Bueno estaba yo para pagar un *brindis* a tanta gente!

"Aquí son poco patriotas" –dice el insigne *Rapadura*–. "Si esta agua hubiera estado en otro sitio le hubieran dado importancia".

Y nos despedimos afablemente del ilustre albañil, descubridor de las aguas minerales de San Telmo.

Hemos visitado el lugar donde brotan las aguas prodigiosas. Es realmente una lástima que aquello no se halle en otras condiciones. En ello deberían de empeñarse los porteños, que son de suyo patriotas y generosos, que no necesitan sino una pequeña sacudida.

El examen de estas aguas fue hecho en Londres por el Dr. Attfield, quien las incluyó entre *las salinas cloruradas*.

Sebastián Padrón Acosta
Orotava

- 17 de febrero

Un viejo convento¹¹³

Con la pesadumbre de su ancianidad venerable se levanta en el Puerto de la Cruz el viejo convento de monjas de Santa Catalina de Sena, que en el año 1662 fundara Juan de Adunas bajo la advocación de Nuestra Señora de las Nieves, San Juan Bautista y Santo Tomás de Aquino.

Sobre el gigantesco caserón monacal yérguese victorioso el añejo mirador – estampa de antaño– que es la retadora atalaya del convento, que fue la grandiosa celosía del monasterio, desde la que oteaban curiosamente las monjitas. Y en los días de procesiones solemnes, sus siluetas se vislumbraban por entre la penumbra de las celosías. En pie está la espadaña del antiguo cenobio, en la que desde época lejana enmudeció la voz ingenua de la esquila conventual, que anunciaba la hora de los salmos, la hora quieta de los rezos monacales. La casona dominicana ostenta grietas y arrugas de vejez honorable.

El convento tiene su *catacumba*, largo subterráneo, donde es fama que las religiosas enterraban a los niños que fallecían, pues este monasterio fue cuna de expósitos. Los restos encontrados han sido objeto de injustos comentarios irónicos por parte de gentes ignaras.

Y fue ayer cuando este convento llamó a sus fieles con el tañido cristiano de la esquila. Y fue ayer cuando se celebró en su iglesia el esplendor de sus rituales solemnidades.

Y fue ayer, en la edad de oro de los conventos, cuando sus tornos y locutorios ofrecieron el secreto apacible de sus melancólicos encantos penumbrosos. ¡Oh, las horas inefables de los coloquios en los locutorios!

Arca santa, donde Sor María de San Antonino Lorenzo y Fuentes tejió el poema de sus virtudes excelsas, es el convento de Nuestra Señora de las Nieves. Sor María fue la humilde violeta que creció a la sombra venerable del monasterio dominicano, perfumando las estancias con el aroma exquisito de su religiosidad. Sor María vio la luz primera en Garachico, pueblo recatado a la orilla del Atlántico y que ha sufrido horribles tormentos geológicos, que han dejado en su fisonomía huellas dolorosas. Garachico –por Cristóbal de Ponte fundado– fue población de glorioso emporio, de fastos memorables, de varones insignes.

Hoy reposa junto a la mar azul¹¹⁴ con su negro Roque, el que semeja una pétreo flor, abierta sobre la inquietud del mar. Hoy solo es arca cineraria donde se custodian momias y reliquias. Fue, como Pompeya y Herculano, envuelto por la ira de las convulsiones volcánicas, en los años 1706 y 1798. Dijérase que sobre él pesa la maldición lanzada sobre Sodoma y Gomorra.

¹¹³ Probablemente este artículo formara parte de su libro *El Puerto de la Cruz*, Concretamente incluso pudiera ser la parte que tenía como título (según el índice aparecido el 23 de septiembre de 1921) "El monasterio de Nuestra Señora de las Nieves".

¹¹⁴ Curiosamente esta expresión, *Junto a la mar azul*, es el título del segundo libro anunciado (por vez primera el 12 de mayo de 1922) por él mismo y que nunca vio la luz como tomo individualizado.

Descendía Sor María¹¹⁵ de familias de ilustre abolengo. Ella era el oráculo del Puerto de la Cruz. Los necesitados le imploraban en sus momentos de angustias desoladoras.

Fue azucena impoluta, mística rosa que aromó el secreto de su clausura. ¡Lirio de santidad que floreció tras las tapias del viejo convento!

Poseyó la humilde lega el don de milagros, favoreciendo con él a los porteños. Y después de una vida de honda contemplación y de austeras penitencias, la tarde del 10 de Mayo del año 1741, alzó su manso vuelo, de enamorada paloma, hacia las regiones luminosas y azuladas. La noticia de su óbito cundió por el pueblo, produciendo un desgarrante dolor. "Murió San Antonino", se decían las gentes compungidas y llorosas.

Tal ejemplaridad hubo en su vida, que de esta escribió un documentado libro el clérigo de Garachico Francisco Martínez Fuentes, con el título de *Vida de la Sierva de Dios Sor María de San Antonino Lorenzo y Fuentes*. Y aún permanece inédita obra tan curiosa, guardada por el prestigioso historiador canario mi venerado amigo don José Rodríguez Moure, en su archivo valioso.

En el coro bajo de la iglesia del convento, en un altar yacen los restos de la santa garachiguera.

El acto de exhumación –nos relatan viejos cronicones– revistió solemnidad inusitada, asistiendo a él distinguidas personalidades y sabios religiosos del cercano convento ribereño de San Pedro González Telmo¹¹⁶. En el aniversario del año 1828 ocupó la cátedra sagrada el R. P. Cristóbal López, religioso del monasterio de Santo Domingo, pronunciando una elocuentísima oración fúnebre, en la que cantó las virtudes de la monja.

Antaño, sobre la tumba de la religiosa una lámpara votiva ardía, cuyo aceite era pagado por los feligreses.

Los actos de exhumación y traslación de restos –verificados cuando regía la Diócesis de Tenerife don Luis Folgueras y Sion– fueron anunciados con solemnes repiques de campana.

Yo he contemplado casi con veneración los restos de esta preclara hija de Santo Domingo. En la caja en que yacen dichas reliquias, había varios papeles curiosos que manos profanas y ratoniles han desaparecido, perdiéndose con ello hermosas antiguallas.

El convento fue patronato del capitán don Juan de Nieves Ravelo. "Su comunidad –escribía Viera y Clavijo– ha sido como de 40 religiosas, dotadas de virtud, talentos, primor y gracias adquiridas más que de bienes de fortuna, pues son muy pobres. Cuando

¹¹⁵ Sobre ella ha escrito alguna vez y hablará también en su madurez como escritor, como se dijo, específicamente en un artículo que lleva como título "El tonelero, el pintor y la monja", en el periódico tinerfeño *La Tarde* (21 de agosto de 1947). En él va a referir otros detalles, con particular interés los de carácter biográfico pues parece que el espacio del convento fue escuela, y en él dice habersele despertado, en el influjo de la historia de Sor Antonino, la inclinación por el mundo de la mística religiosa.

¹¹⁶ Ya ha publicado un artículo sobre este espacio religioso.

se incendió en el año 1717¹¹⁷ el convento de San José de Orotava las religiosas de este se refugiaron en el de Nuestra Señora de las Nieves, del Puerto de la Cruz, pero en el siguiente año de 1718 un incendio devoraba el monasterio porteño donde se habían refugiado las religiosas de la Orotava. Las monjas, que ocupaban el de Nuestra Señora de las Nieves, huyeron entonces al convento de San Pedro González Telmo, cedido por religiosos, hasta que, reedificado el de las dominicas del Puerto, tornaron las monjas portuenses a su antiguo retiro en 1721".

Águeda de San Juan de Adunas, Mariana de Santo Tomás de Adunas y Ángela de la Asunción de Adunas, fueron hijas del fundador del convento, donde profesaron y fueron Reverendas Madres.

Antiguamente en este retiro conventual hubo una noria, de la que las monjas sacaban agua para su servicio. Arrancose también la gigante palmera, que sobresalía por encima del monasterio como un símbolo de victoria.

La parte del convento que más conserva sus primitivas huellas es la iglesia, que está perfumada de recuerdos imborrables, que guarda en su recinto joyas y reliquias que, al ser visitada, parece que despiertan rumores del pasado, que legendarias figuras se animan y nos cuentan misteriosamente encantadoras narraciones.

En la hora del crepúsculo vespertino las paredes, cuadros y retratos se ungen de arrobadora melancolía. Las claridades ensoñadoras del atardecer penetran a través de los ventanales. Todos los objetos permanecen callados y quietos, como sobrecogidos de éxtasis y contemplación.

En un altar hay una maravilla de arquitectura. Es un retablo en miniatura, artísticamente tallado a la puntilla en madera. Es un primor arquitectónico, una verdadera obra de arte de numerosos detalles, de esbeltas figuras, de columnitas elegantes, de estupendos dibujos filigranados. Dícese que este retablo fue propiedad del capitán don Juan de Montemayor, que tantos beneficios dispensó al monasterio.

Lamentable es el abandono en que se tiene este tesoro de Museo, digno de ser introducido en una vitrina para así estar resguardado de cualquier desperfecto.

En una hornacina del altar mayor surge una escultura magnífica, que se cree obra del artista canario José Luján Pérez.

Las paredes de la iglesia ostentan cuadros al óleo, algunos de ellos de magistral factura. En el pavimento hay tumbas con borrosos epitafios.

El añejo mirador nos evoca en esta divagación retrospectiva el milagro de la monja. La crónica nos refiere el prodigio.

El tejado del mirador se había descompuesto, por cuya causa la abadesa del monasterio ordenó que la portera avisase al albañil, para que realizara la reparación. El operario llegó y, ascendiendo al tejado del mirador, comenzó su obra. Y cuando el mampostero se hallaba ocupado en su faena tuvo la desgracia de que se le rodase un pie

¹¹⁷ Nota del autor: Viera y Clavijo. T. IV. Pág. 404.

y cayera a la calle. En el momento de la caída, recordando los prodigios obrados por la *Sierva*, la invocó fervorosamente, y al levantarse encontrase ileso, atribuyendo el milagro a la intervención de *Sor San Antonino*. Viejos cronicones así lo relatan.

Por la Real Orden de Mendizábal, en 1855 pasó el monasterio a poder del Estado. Y en 18 de Febrero de 1870, el Ayuntamiento del Puerto de la Cruz se posesionó del convento¹¹⁸. En la actualidad el monasterio de Nuestra Señora de las Nieves está convertido en Casas Consistoriales. Y en lo que ayer fue arca de santidad hoy se mueven cómicas figuras, siluetas bufonescas de histriones y Sanchos.

Bajo la pesadumbre de su ancianidad venerable el viejo convento se levanta como un titán que se rebela a morir.

Y de sus encantos, leyendas y tradiciones nos hablan la iglesia monacal, la *catacumba*, y el añejo mirador, que, coronando el caserío, se levanta retadoramente como una gran atalaya... La actitud del mirador es altiva, quiijotesca...

Al transitar la iglesia del convento se nos antoja que la sombra de *Sor San Antonino* surge de las misteriosas penumbras, para relatarnos la edad de oro de este retiro monacal, que hoy solo tiene el aspecto de una inmensa tumba, abierta y desolada, donde nadie reza...

¡Cenizas, sombras, ruinas venerables! ¡Oro del pasado! Y el viejo mirador altanero surge como un reto, como una protesta, como una rebeldía...

Sebastián Padrón Acosta
Orotava (Tenerife)

¹¹⁸ *Nota del autor*: Legajo A. (4) núm. 8.º. (Adiciones al primer inventario del archivo municipal del Puerto de la Cruz).

- 28 de febrero

La farsa que pasa¹¹⁹

"Vuelve el tinglado de la antigua farsa" –como dijo el gran Benavente–.

La inconsecuencia de los humanos pasea por las calles de una manera irrisoria y grotesca sus lacras, sus ponzoñas y purulencias.

La Humanidad nos patentiza en estos días estrepitosos, orgíacos, su faceta más vergonzosa. Y los hombres, como asaltados por un ímpetu de locura, se lanzan descaradamente en procesión cómicamente trágica.

La Humanidad atraviesa calles y plazas, como queriendo desbordar esa ola gigante que bulle en la colectividad humana. Sin embargo, nada nos debiera extrañar este desfile carnavalesco, que no otra cosa es la sociedad.

Es escena aparecen cotidianamente histriones, que desempeñan de *un modo magistral* su cometido.

Hay hombres que muy bien podrían apellidarse los *predestinados de la farsa*, tipos estafalarios, almas raquílicas, sin gestos de hidalguía.

Bufones que tras de bastidores hacen el repugnante oficio de comadres, que llevan en su cerebro la tisis de su idiotez y en sus corazones podredumbres morales.

Tienen el interior perfectamente putrefacto. Si la podredumbre moral fuera como la física, insoportable nos sería vivir entre estos hombres...

¿Para qué la careta? ¿Para qué el disfraz? ¿Para qué esos velos, si durante todo el año los hombres se han disfrazado?

¿Acaso no estamos cansados ya de la farsa, de la comedia humana? ¿A qué, pues, esa nota desgarrante?

La Humanidad inconsecuente arroja sobre sí misma sus propias piltrafas miserables, sus propias miasmas que aumentan su deshonor.

Los hombres quieren convencer más profundamente de sus miserias morales. Nos muestran su manera de ser.

El Carnaval paréceme la imagen de la humanidad ufanándose con fariseo proceder bastardo.

No tenemos necesidad de las báquicas fiestas de Carnestolendas, para convencernos de la gran farsa humana. Fígaro dijo: "todo el año es Carnaval". Arlequines, Pierrots y Colombinas desfilan grotescamente por el gran escenario social.

Desde el distinguido literato hasta el humilde trabajador todos están envueltos en la casaca de su farsa risible...

Los fanticos nos salen al encuentro diariamente, insoportablemente...

Sebastián Padrón Acosta
Orotava

¹¹⁹ Aunque no lleva el membrete, podría ser este perfectamente un texto de su serie de *Estulticias Sociales*. Es recurrida en su literatura esta analogía entre sociedad y Carnaval.

- 5 de marzo

Siluetas de Mujeres Canarias¹²⁰. Fernanda Siliuto Briganty

Nos hallamos ante la simpática figura de una canaria ilustre. Es Fernanda Siliuto Briganty, la poetisa de numen halagador, de místicos embelesos. Nacida en el seno hondamente cristiano de la vieja ciudad de La Laguna, que se levanta sobre la llanura tinerfeña como una legendaria ciudad bíblica, que duerme bajo el ósculo ardiente de la lumbre solar, Fernanda Siliuto heredó adorables fervores religiosos.

Fueron sus padres don José María Siliuto Ballester y doña Ana Briganty, aquel natural de Alicante y esta oriunda del Puerto de la Cruz.

Era casi una niña cuando empezó a balbucir sus primeros versos, escritos con el encanto propio de los risueños amaneceres de la vida. En las endechas de Siliuto palpitan los anhelos ardorosos que sintieron los trovadores místicos del Siglo de Oro. Como éstos, Fernanda medita sobre la miseria y brevedad de la vida, sobre las percederas pompas mundanales, exclamando con Salomón en el dolor infinito de su desencanto: "Todo es vanidad".

Por eso canta doliente y desilusionada en su poesía "Meditación":

Mas las cosas del mundo falaz, percederas
Con rapidez fenecen al poco de nacer,
Y pasan como sombras fugaces y ligeras,
Y pasan como nubes para jamás volver.

Se extinguen las venturas, los sueños seductores
De juventud ardiente; las dichas y el honor;
La gracia y la belleza cual humo vaporoso
Lucen, y solo brillan un día con primor.

La tez que a su blancura la nieve no excedía
Marchítase cual hoja que azota el vendabal;
La brillante pupila que rayos despedía
Va encallando en su lago pequeño de cristal.

Del pensamiento altivo las marchas atrevidas
Al influjo del tiempo deponen su altivez;
Y cual Ícaro viera sus alas derretidas
Por el sol, así el hombre las ve por la vejez.

Es la vida del mundo solo un instante breve,
Una gota de agua en esa inmensidad
Del mar; junto a la playa de arena un grano leve,

¹²⁰ El pasado 23 de febrero de 1922, en el mismo periódico, se anunciaba la salida de una serie de artículos sobre poetas canarias, y este es el primero, con una pequeña nota de información de interés.

Comparado a la estable solemne eternidad.

Algunas de sus estrofas tienen sabor clásico. A Fernanda placíale sobremanera el encanto de las silenciosas noches estrelladas y lunares. La poetisa lagunera canta:

Tiende sus negros velos la noche silenciosa,
Las estrellas decoran el firmamento azul,
Magnífica aparece la luna misteriosa
Velada por celaje de vaporoso tul¹²¹.

En el dolorido corazón de nuestra siluetada, arde el cariño por las melancólicas y vespertinas horas crepusculares, en que la Naturaleza parece unirse con una bendición descendida de las celestes alturas y de las cumbres gloriosas. Y exclama:

La hora vespertina confunde la alta cumbre
Y el bosque y la natura se aduerme en soledad.

Horas de más hechizo, de encanto y de poesía,
De más dulce misterio ni calma las hallé:
Del agua, el viento, el ave, la mágica armonía
Suavizan los pesares y aumentan nuestra fe.

El ser que por ventura posea el sentimiento
De conocer lo bello y amar la creación,
Debe sentir entonces grato enajenamiento
Y estremecer las fibras del tierno corazón.

El que tiene inspirado la vena de poeta
Y quiera alzar su dulce plegaria en la quietud,
Al crepúsculo bello le pida su secreta
Melancolía, y pulse las cuerdas del laúd¹²².

Ante la visión clarividente de la mística y enardecida poetisa tinerfeña, surge la maravilla de la creación como un esplendor triunfal. Y la cantora adora a la Naturaleza enajenada y estupefacta. Siliuto pasa por la Creación contemplando bellezas y oyendo armonías, para luego encarnarlas en sus estrofas, las que, envueltas en los cendales de la brisa, ascienden a los cielos como plegarias aladas, como salmos fervorosos.

Ella misma nos lo dice en estos dulces versos:

Y aquí mientras no pongas un término a mis días

¹²¹ Es la primera estrofa del poema citado anteriormente, "Meditación".

¹²² Siguen siendo estrofas citadas del poema "Meditación".

Permitiendo a las parcas respeten mi existir,
De la Naturaleza recogeré armonías,
Cuando el sol en los mares vaya su sien a hundir.

Y en esas gratas horas de soledad y calma
En que todo reposa, y es todo inspiración,
Con fe y recogimiento te elevará mi alma
Dulce y tierna plegaria cual mística ovación¹²³.

La contemplación de la Naturaleza despierta en el alma de Siliuto la idea del supremo Hacedor, cuando canta:

Y si el hombre rebelde negare la existencia
De Dios en ese cuadro que enmudecido ve
¿No reconoce al punto la sabia Providencia
De un ser Omnipotente, no nace en él la fe...?¹²⁴.

La doliente poetisa, abrumada por la pesadumbre de su melancolía, dice:

A la luz de la luna, solitaria,
Canto con sentimiento apasionada
Y elevo mi tiernísima plegaria
A mi muerta ilusión.
Tengo en mi alma un río de tristeza,
Y con sus quietas y apacibles olas
Todo mi ser se inunda, y siento a solas
Dulcísima emoción.

Sus versos tienen rumores de fontanas cristalinas.

Nuestra trovadora siente nostalgias del "Edén bendito"¹²⁵, y arrebatada en anhelos ascensionales entona estas efusiones líricas, intituladas "El Pensamiento":

¿Quién podrá detener del pensamiento
El giro audaz...? ¿Quién su veloz carrera,
Cuando se lanza en loco atrevimiento
Buscando sin descanso una quimera?

¿Quién podrá detener su altivo brío
Cuando se eleva con ligero vuelo,

¹²³ Estas dos son las estrofas finales del ampliamente citado texto "Meditación".

¹²⁴ Esta estrofa sigue siendo del poema "Meditación".

¹²⁵ Suponemos lo entrecomilla por ser expresión sacada del poema que cita a continuación.

Y cruza sin obstáculo el vacío
Hasta tocar las bóvedas del cielo?

Allí debe tender sus blancas alas
Y detenerse allí, región divina,
Cuyas bellezas y esplendentes galas,
Sin verlas el mortal, las adivina.

Allí debe posarse... Edén bendito,
Y no en el mundo que es mansión de llanto;
El alma siente allí gozo infinito:
El cuerpo siente aquí triste quebranto.

Allí debe posarse... do esas almas
De los que siempre del error huyeron,
De sus virtudes las gloriosas palmas
Ante el excelso trono recibieron.

Donde entre blancas y doradas nubes,
Bajo un rico dosel de pedrería,
Rodeado de incienso y de querubes,¹²⁶
Tal vez se asiente la inmortal María.

Allí debe posarse... no en el suelo
Que nada ofrece de grandeza al hombre...
¡Oh pensamiento mío! tiende el vuelo
Y hazme olvidar hasta del mundo el nombre.

¿Quién podrá detenerle en su carrera
Cuando se lanza en alas del deseo...?
¡Oh deje el mío la terrestre esfera
Por el Edén celeste que entreveo!

No lo detenga la mundana pompa,
Ni el brillante esplendor que lo alucina;
Y cuando mi alma sus prisiones rompa
Pueda habitar en la mansión divina.

La autora de «El Pensamiento» padecía dolorosa enfermedad¹²⁷. ¡Quizá por eso se note en sus poesías persistente la idea de la muerte!

¹²⁶ Este verso no se pone en *Gaceta de Tenerife*.

¹²⁷ *Nota del autor*: Es fama que estaba tuberculosa.

Su padre, don José, tenía la costumbre de poner a sus hijos los nombres por orden alfabético.

Y así llamábanse Antonia, Balbina, Clotilde, Domiciano, Eliodora, Fernanda (nuestra esbozada), Gelasio, Josefina y Kenelma¹²⁸.

"Fernanda era muy guapa" –exclaman ancianos respetables–¹²⁹.

Siliuto Briganty nos decía más tarde las cosas que ella había amado y cantado:

Dulces preludios exhaló mi lira
para cantar los bosques y las flores,
de las aves los trinos seductores
y a la naturaleza que me inspira;
al desdichado amante que suspira
por sus perdidos ya tiernos amores,
a la brillante y fugitiva aurora
y al espléndido sol que el mundo dora.

Me entusiasmé cantando la tormenta
que hace sufrir al infeliz marino,
y después de perder la fe y el tino
ante su vista el puerto se presenta,
la soledad que el mal estar ahuyenta,
y el incesante y loco torbellino
del incansable mundo tormentoso
que más da al corazón pena que gozo.

Canté también de la penosa vida
las angustias, zozobras y amarguras,
y como apurar ciegas las criaturas
en dulce copa acíbar por bebida;
de la amistad hermosa y bendecida
mostré los puros goces y dulzuras,
y al vivo y atrevido pensamiento
hice llegar audaz al firmamento.

Y allí busqué la imagen adorada
de la siempre inmortal virgen María
que a todos los creyentes nos envía
consuelo celestial de su morada;
y allí creí mirarla rodeada

¹²⁸ Esposa del citado Alfonso Dugour.

¹²⁹ Otro caso en que el autor cita fuentes orales para sus trabajos.

sobre gradas de luz y pedrería
de niños inocentes candorosos
cantando acordes himnos amorosos.

Alfonso Dugour escribía en 1879 que la familia de Siliuto conservaba *como una veneranda reliquia* un libro inédito que era una de las más brillantes páginas de las ricas letras canarias.

Muchos de los versos de Siliuto tienen tonos de salterio. Son elevaciones del alma humana a través de las estrofas. A veces diríase su laúd arpa de oro tañida por espíritus seráficos.

El poeta Fernando Cubas, de Las Palmas, sintió gran admiración por la poetisa lagunera, su tocaya. Hasta parece que se enamoró de ella, según se deduce de los sentidos versos que le dedicara. Cubas compuso la simbólica poesía "El Lirio y la Fuente", que dedicó a la poetisa lagunera, y prendado de su tocaya le cantaba en estos cariñosos versos:

Nivaria poetisa, tú eres la fuente pura
que enriquece los valles
de tu cuna gentil;
tu margen es mi patria do vive con tristura
el desgraciado lirio
que amor siente por ti.

Es un lirio que sueña su rostro en tus cristales,
es un lirio que admira
tu dulce sonreír,
es un lirio que adora tus cantos celestiales
¡pues de las fuentes eres
la fuente más feliz!

Él escucha tus pasos como la blanca espuma
que acércase a la playa
con tímido rumor,
él te mira ligera como la errante bruma,
canciones murmurando
que abrásanle de amor.

Él quisiera en tu soplo beber el sentimiento,
él quisiera en tus ojos
beber la inspiración,
él quisiera en tu mente beber un pensamiento,

porque al fin calmarías
¡oh fuente! su aflicción.

¡Quién sabe si este lirio de nombre oscurecido
mañana en tus cantares
un puesto ocupará...!
¡Quién sabe si algún día resonará en su oído
la música que en sueños
escucha celestial!¹³⁰.

Embellecen las endechas de Fernanda Siliuto Briganty caudales de sentimiento y caricias de sonoridad. Ella confortaba su espíritu con la esperanza de las celestes mansiones. Y cantaba:

¡Oh!¹³¹ tan solo es durable de Dios la Omnipotencia,
Tan solo de su cielo perenne el esplendor;
Son eternas las almas que irán a su presencia
Después de haber cumplido las leyes del Señor.

Mas el que sin cuidado la salvación del alma
Mirare, y con desprecio y olvido criminal,
No alcanzará del cielo la bendecida palma,
Gimiendo separada del Dios santo inmortal.

El ser que en este mundo la religión sagrada
Practicare sumiso huyendo del error,
Será como la tierra con tino cultivada,
Que dará sanos frutos al justo labrador.

Y así el alma cristiana del criador divino
A la presencia augusta dichosa volará,
Y los ángeles bellos en coro peregrino
La llevarán al trono del excelso Jehová.

¡Oh Dios! cuando la mía cesando de animarme
Vuele, y dejando el mundo se eleve a tu mansión,
Allí tu luz de gracia se sirva iluminarme
Si es que he cumplido en vida con mi santa misión.

¹³⁰ Se trata de la parte final del poema, que es más largo.

¹³¹ Esta vuelve a ser una estrofa citada del poema "Meditación", también las siguientes, pero no son seguidas, de ahí la separación.

La muerte tronchó prematuramente a esta mística pasionaria del Parnaso tinerfeño.

Y el Eterno recorrió ante Siliuto el velo del *firmamento azul*¹³².

Y esta ave de armonioso trinar feneció cuando Canarias oía embelesada la gloria de sus versos, cuando Canarias esperaba grandes cosas de su estro enternecedor.

Y joven y soltera murió repentinamente, sin recibir los Santos Sacramentos, el 23 de Abril¹³³ del año 1859¹³⁴ en el exconvento de frailes dominicos del Puerto de la Cruz, a la temprana edad de 25 años, cuando se hallaba en la plenitud de su florecimiento poético.

El dolor apoderose de sus deudos por la muerte prematura de la malograda Fernanda, la poetisa enferma.

Y en el Viernes Santo de dicho año, el alma de Siliuto volaba hacia los cielos, cuyas nostalgias tan hermosamente había cantado ella en sus místicas estrofas.

En 3 de Enero de 1863 se concedió licencia, para colocar en el sitio donde Siliuto estaba enterrada, una lápida sepulcral.

El gran santacruzero, poeta y marino, Ignacio Negrín en una elegía cantó el vuelo de Siliuto hacia las inmortales mansiones, diciendo al final de sus elegíacos versos:

¡Duerme en paz! no te lloro, que la vida,
Triste y falaz quimera
Que tanto amamos y al placer convida,
¡No vale ni una lágrima siquiera...!
Dichosa tú que la tranquila calma
Fuiste a buscar del cielo:
¡Mucho ha perdido de mi patria el suelo!
¡Mucho ha ganado, pobre niña, tu alma!

En 1866, José Desiré Dugour dedicaba en el periódico *El Ramillete* el siguiente soneto a la memoria de Fernanda Siliuto:

Musa gentil de blanquesinas alas,
Que a regiones de plácida ventura
Volaste, sin dejarnos tu luz pura
Ni de tu lira las pomposas galas.

Desde el Etéreo de esplendentes salas
Escucha de mi canto la amargura,
Y entre la sombra de la noche oscura

¹³² Hace alusión, de nuevo, al segundo verso de la primera estrofa del poema "Meditación", citado más atrás por el autor.

¹³³ Fue sepultada la noche del 24.

¹³⁴ *Nota del autor*: Libro 18 [no se ve claro: ¿o 13?] de enterramiento del archivo parroquial del Puerto de la Cruz. Folio 84.

Oiga el plañir que en mi recuerdo exhalas.

Mientras viva en Nivaria el Numen Santo,
Jamás, Fernanda, olvidará tu gloria
Y a tu fosa dará rosas y llanto,

Pues guarda para ti siempre la Historia
Un eco fiel de tu armonioso canto
Y una corona eterna a tu memoria.

Y en esta hora de espiritual recogimiento, por mi mente pasa la silueta angelical de Fernanda Siliuto Briganty y en mi alma enlutada por el dolor de mis internas desventuras florece la rosa de la melancolía. Y un dolor muy hondo y muy acerbo se apodera de mi espíritu al recordar en estas dolientes horas de mi vida su muerte prematura y repentina, la que renueva en mi corazón agobiado viejas tragedias interiores...

Sebastián Padrón Acosta
Orotava

- 18 de marzo

Justicia a González Díaz¹³⁵

Por fin va a sonar la hora de la justicia para el eminente literato, para el distinguido pensador, para el entusiasta propagandista del arbolado.

El Cabildo Insular de Gran Canaria ha acordado pedir la Gran Cruz del Mérito Agrícola para Francisco González Díaz.

Nadie mejor que nuestro amigo se tiene merecida esta distinción. Él se la ha ganado con su titánica propaganda.

Encariñado del árbol, como Joaquín Costa, en la prensa, en el libro, en la tribuna, ha dado a los cuatro vientos su voz apostólica. Él ha estudiado la evolución del árbol; él ha puesto de relieve sus inmensos beneficios. Ha escrito páginas deliciosas, ensalzando las exquisitas bondades de *nuestro hermano*.

Ahí está su magnífico libro *Árboles*, prologado por nuestro amigo y maestro Adolfo Cabrera Pinto, director del Instituto y Sección Universitaria, quien mercedamente, justicieramente elogia su campaña en pro del arbolado.

Y la predicación del apóstol no ha sido estéril. Las ideas divulgadas han caído como buena semilla en tierra fructífera. Y por obra y gracia de ese titánico esfuerzo *miles y miles* de árboles se han plantado. Y los antes eriales se han visto convertidos en amables oasis, plenos de verdura y de sombra.

Por eso he sentido gran complacencia, al ver cómo se premia a los hombres de valía, a los obreros incansables del pensamiento. González Díaz –que en frase de mi caro amigo y distinguido periodista Febles Mora¹³⁶ "es hoy el más alto valor literario de la región canaria"– sentirá inefables alegrías en medio de sus viejas tristuras y amarguras.

González Díaz ha realizado una labor verdaderamente asombrosa. Él es un artista del pensamiento, un obrero incansable de la pluma. Ahí están las obras que ha publicado, pregonando sus virtudes de brillantísimo literato.

Se enamora del mar, y publica sus encantadoras *Visiones del mar y de la playa*, libro diminuto "que parece una margarita para *deshojarla* al borde del mar, sobre una roca", en sentir del poeta Francisco Jordán. Ha llevado a sus libros las fisonomías, las bellezas, la poesía de nuestras regiones maravillosas, escribiendo obras como *A través de Tenerife*, *Teror* y *Tierras sendientas*¹³⁷. Sus relevantes dotes de pensador le han hecho escribir libros como *Especies* y *El viaje de la vida*.

La prosa de González Díaz es rotunda, como una afirmación; fulgurante, como el resplandor de una estrella; sencilla, como un lirio campestre. Las páginas de sus libros recuerdan a veces los pesimismo de Larra.

Sus obras están empapadas de las viejas melancolías del Maestro. La labor de González Díaz es una rotunda afirmación.

¹³⁵ Antes de este ha escrito varios textos sobre él.

¹³⁶ Director de *Gaceta de Tenerife* desde hace menos de dos años.

¹³⁷ De este escribió el portuense el 23 de junio de 1921.

Muy justo es, por lo tanto, el homenaje que se le va a tributar.

Y por todos conceptos laudable y aceptable la original proposición que desde las columnas de este diario ha lanzado su culto director, mi queridísimo amigo Adolfo Febles Mora, proposición de la que deben hacerse eco los periódicos de esta provincia.

Y que los Cabildos insulares de Tenerife, Palma, Lanzarote, Fuerteventura y Gomera; la Diputación provincial y los Ayuntamientos y Cámaras Agrícolas de todas nuestras islas acuerden secundar las cuestiones que cerca del Gobierno ha empezado a realizar el Cabildo de Gran Canaria para que se conceda a González Díaz la Cruz que de justicia le pertenece.

Y también, que por suscripción, eminentemente popular, se le regalen las insignias de esa Gran Cruz.

Esta es la hermosa proposición lanzada por Febles Mora, proposición que debe llevarse a cabo y que deben acoger y difundir nuestros queridos compañeros en la prensa canaria.

¡Quiera Dios que tan laudable iniciativa sea llevada a efecto para que el homenaje resulte más brillantísimo y la región canaria rinda un tributo de admiración y justicia a nuestro admirado amigo González Díaz, a quien anticipadamente felicito desde las columnas de este diario!¹³⁸.

Sebastián Padrón Acosta
Orotava

¹³⁸ Al igual que con Morales, Padrón Acosta ve en González Díaz una figura literaria simbólica de todas las Islas Canarias.

- 24 de marzo

Juan Ferragut¹³⁹

Juan Ferragut es el bravo legionario, aguerrido Caballero del Tercio, que bebe voluptuosamente el vino de la lucha. Ebrio de locura bélica se arroja audaz en el peligro de los combates. Y Juan Ferragut es, tal vez, el mejor cronista de la actual guerra marroquí.

El *Nuevo Mundo* publica las crónicas de este hombre de alma bravía, de espíritu guerrero. Las páginas que escribe son retratos de las escenas desgarradoras de la contienda. Juan Ferragut, el bravo legionario, ama el fragor de la lucha, el incendio y el estruendo de los combates.

Indudablemente, este Caballero del Tercio es una de las figuras más simpáticas de la guerra actual. Las páginas por él trazadas están escritas con estilo viril, nervioso. Diríase que su mano, al coger la pluma para transcribir sus impresiones, conserva aún la nerviosidad con que manejara el arma...

Sus crónicas están incendiadas de fuego bélico; en ellas palpitan las inquietudes del combate. Es quizá Juan Ferragut el cronista que más interés despierta en el público. De este hombre bravo puede muy bien decirse lo de Ercilla: deja el arma para tomar la pluma. Aprovecha un momento de tregua para llevar a las cuartillas los sucesos. El estilo de Ferragut es conciso, expresivo, nervioso. Retrata escenas, pinta situaciones trágicas, perfila figuras hábilmente.

La *Novela Semanal* publicó en Diciembre de 1921 la obra de Juan Ferragut intitulada *La misma sangre*. La trama de la novela se desarrolla despertando en el lector vivísimo interés. El fondo de la obra es doliente, desgarrante, intensamente humano... Es un jirón de tragedia vivida por su autor en momentos de angustia desoladora. El corneta de *La misma sangre* es una silueta amable. Santisteban, el protagonista, un náufrago en el océano turbulento de las exaltadas pasiones humanas. Elisa Monter, una víctima de la fatalidad.

El encuentro de Santisteban con su hijo el corneta, es un momento de intensidad dramática. En esta novelita de Ferragut se describe la lucha con tanta maestría que el lector créese por un momento en medio del fragor bélico...

Ferragut –él mismo nos lo ha dicho en sus crónicas de *Nuevo Mundo*– siente la locura de la gloria, el delirio de los combates...

Indudablemente. Juan Ferragut es el gentil Caballero del Tercio, el bravo legionario, el bizarro guerrero, el pulcro cronista, el distinguido fotógrafo de las escenas bélicas de la actual contienda marroquí.

Sebastián Padrón Acosta
Orotava

¹³⁹ Sospechamos que el interés por el autor reseñado en este artículo estriba para Padrón Acosta, entre otras cosas, en que es escritor y militar, como él mismo desde hace unos meses.

- 26 y 29 de marzo¹⁴⁰

Siluetas de Mujeres Canarias. Victoria Ventoso

En el Puerto de la Cruz –vigía de la ribera– nació el 21 de Noviembre del año 1827 Victoria Ventoso Cullen, siendo sus padres don Francisco Gervasio de Ventoso y doña Ana Cullen de Sánchez.

Fue Victoria Ventoso mujer de trato afable y de arraigados sentimientos religiosos. Esplendían sobre su frente aureolas de arte. Las Musas le besaron con mimosa ternura. Doña Victoria, sin rebuscamiento de vocablos, expone con sencillez admirable sus estéticas concepciones. Las olas, que bañan las riberas de su pueblo nativo, le contaron el secreto de ritmos y sonoridades.

Una ráfaga de melancolía pasa estremeciendo la urdimbre de sus versos. Ella misma nos lo dice, cuando canta:

Yo, como ciego coplero,
que importuno va acosando¹⁴¹,
con su trova al pasajero,
voy la vida atravesando
con mi canto plañidero.

Las estrofas de Victoria Ventoso están unguadas de dolorosos anhelos, de ansias inefables. Hay en sus canciones una dulcedumbre que halaga, como besos; que acaricia, como roces de alas desfallecidas. Al leer sus poesías nos embarga el espíritu una melancolía, suave como el dolor de una nostalgia. Su musa cantó las cosas excelsas y puras. Ciérnese su pensamiento en atmósferas castas y salutíferas. Tienen sus versos perfumes de inocencia. Sus cantos son impolutos como el ósculo de la brisa a los lirios campestres. De su laúd brotan las estrofas espontáneamente, llanamente.

Y perfumadas de dulces añoranzas están sus líricas exaltaciones.

La fe y la poesía fueron las dos alas gloriosas con que su alma se remontó a regiones azuladas. No hay en su obra un momento de rebajante claudicación.

Siempre tañe su arpa, mirando a los cielos.

Poetisa inspirada era doña Victoria Ventoso de Pérez. En sus versos dejó las huellas de su alma sentimental y bondadosa.

Victoria Ventoso, como Concepción Arenal, se dedicaba a sus líricos embelesos y a sus domésticos quehaceres. Unió a las ocupaciones del hogar los vuelos del espíritu. Fue Marta y María.

Las poesías de doña Victoria, no están corroídas por refinamientos de paganismo, como las de Juana de Ibarbourou, sino que poseen la castidad de las endechas de Rosalía de Castro, *el ruiseñor de Galicia*.

Su labor poética fue como su oasis protector en medio de su vivir.

¹⁴⁰ Este texto está dividido en dos partes.

¹⁴¹ No se lee bien si es el elegido *acosando* o *acusando*.

No hay en la poesía de Ventoso retorcimientos, ni violencias en la metáfora. Sus composiciones fluyen con naturalidad. En el fondo de sus trovas palpitan los enardecimientos de la fe más incommovible.

Nacida en pueblo ribereño, sintió cariño por el mar, al que invoca en sus horas de lirismo, y por sus francotes pescadores. Y así escribe:

"El canto del pescador"

¡Al mar con la barca, amigos!
Ya bate menos furioso...
¿No veis? Su oleaje espumoso
Se calma: ¡valor! ¡y al mar!
Luchemos con su bravura
Que en tierra nada esperamos:
Las cañas prontas tengamos
Y al agua luego ¡a pescar!

No insulte nuestra miseria
La mirada indiferente,
De la venturosa gente
Nacida para el placer.
¿Qué le importan nuestros males
Al que goza intensa calma,
Si jamás probó su alma
De este amargo padecer?

Lancémonos, pues, al mar,
Y valientes y atrevidos
Nos burlaremos unidos
De su insólito furor;
Ya que constante en su ira
Los suspiros desatiende,
Con que el aire vago hiende
El hambriento pescador.

Y pues en tierra es inútil,
Lamentarnos de la suerte,
Venga en las ondas la muerte
Si quiere, amigos, venir.
¡Al mar con la lancha presto!
Dejemos ya la ribera,
Sin decirle adiós siquiera,
Ni una queja proferir.

De la misma factura es la siguiente poesía, que ella titulara "La hija del pescador":

"Mirad, mirad las nubes
encima el horizonte,
amenazando indómitas
cercana tempestad:
la luna apenas muestra
su faz consoladora
que va ocultando prófuga
su tenue claridad.
¿Es luz lo que diviso
allá en la mar lejana,
o es ilusión quimérica
del triste corazón...?
¡Ah! no... ¡solo una estrella!
La barca no parece
y va creciendo, ¡ay mísera!
el pardo nubarrón.
Sentada en los peñascos
esperaré su vuelta,
viendo las olas rápidas
hasta mis pies llegar;
mirando las gaviotas
dormir tranquilamente
al arrullo monótono
del inconstante mar,
que engaña al que se aleja
confiando en la bonanza
con su tesoro único
las cañas y el batel;
¡Ay triste...! si allá lejos
arrecia la tormenta
y nada puede el ánimo
del pescador en él".

En su "Paseo por el mar" surge también la admiración que sintió por los bronceados pescadores.

Hermosos son los versos que, con el título de "A un lirio", escribiera doña Victoria, en los que añora la paz deleitosa de inolvidables senderos florecidos, cantando:

Hoy vuelvo a esta morada,
¡Memoria dulce de la infancia mía!
Y encuentro ya cegada
La senda mal trazada
Que al huerto de las flores conducía.

Toda yace en descuido;
¡Imagen triste del placer pasado!
La calma del olvido
Sucedió al grato ruido
Que ayer en la mansión ha resonado.

¿Dónde están los rosales?
¿Dónde los alelíes y claveles
Y los jazmines reales...?
¡Ay! ¡Ya solo zarzales
Adornan las paredes y dinteles!

¿Las vides que poblaban
Este recinto un día...? ¡se perdieron!
Las aves que cantaban
Y el espacio cruzaban
En alegres bandadas... ¿dónde huyeron?

Otro sitio buscaron
Lleno tal vez de vides y rosales,
Y este lo abandonaron
Cuando sólo encontraron
En vez de rosas, zarzas y nopales.

Una muestra de sus relevantes dotes de poetisa son las siguientes estrofas escritas en 1851:

¿Qué hay en tu soplo, vagoroso viento
Cuando se agitan las espesas hojas,
Y al par que se oye tu tranquilo acento
Del corazón se alivian las congojas?

¿Qué hay en tu soplo al declinar el día
De indefinible y misterioso y santo,
Que es placer el sentir melancolía
Y alzar en calma plañidero canto?

¿Serás, oh viento, el conductor errante
De espíritus que alejan los dolores...?
¿Serás del triste el compasivo amante,
A quien tu voz arrulla entre las flores?

¡Yo te saludo, vago compañero
De las puras, fantásticas visiones...!
Yo te vengo a escuchar y en calma espero
La última luz, cercada de ilusiones.

¡Oh! si fuera por dicha el arpa mía
Cual la de Ossian en el Morven sonando;
Si la rica y grandiosa poesía
De Milton o León fuera cantando,

Entonces mi entusiasmo delicioso,
Que hasta el oculto Edén audaz se lanza,
Se exhalara en un himno vigoroso.
Llena el alma de gloria y de esperanza;

Entonces delirando de contento
El ánimo vagara a lo infinito,
Y ni un punto ocupara el pensamiento
El miserable afán de lo finito;

Entonces otro ser me juzgaría
Gozando en paz dulcísimas quimeras,
Y en lánguido abandono entregaría
Mis cantos a las Auras pasajeras.

Victoria Ventoso sentía por el campo fervores de culto. Por eso escribió su canto "A una casa de campo", que tiene tonos de égloga. Fruto de su numen es la ingeniosa poesía intitulada "A una vela", haciendo un parangón entre esta y la vida.

Nuestra biografiada conservaba un libro titulado *Arte poético*, donde aprendió, según propia confesión, las reglas de la Métrica.

Dicha obra habíasela regalado Don Domingo Verdugo, esposo de la gran poetisa Gertrudis Gómez de Avellaneda¹⁴², el que le incitó a seguir la senda de la poesía, enviándole, juntos con el libro, unos versos, elogiando sus disposiciones artísticas. Con motivo de dichos presentes, doña Victoria le dedicó unas hermosas estrofas, pulidas, como ofrenda de gratitud.

¹⁴² Fue su segundo marido, tras haberse quedado viuda con la muerte del primero, Pedro Sabater.

Cultivó asimismo, a ratos, nuestra ilustrada paisana la elegía. Y así compuso "A la memoria de mi prima Edmunda Mathieu", y unos sentidos versos a la muerte del marqués del Sauzal¹⁴³.

Victoria Ventoso de Pérez poseía candorosa humildad en su arte. Por eso al dedicarle don Lorenzo Monteverde unas trovas, exhortándola a la exhibición, al par que le envió las poesías de Bermúdez de Castro, ella le decía en unos versos:

Yo soy un ave libre
Que por el bosque vago
Cantar queriendo solo
Entre los seres que amo.
No me cortéis mis alas
Al mundo publicando
El desigual sonido
Que en mi retiro exhalo
A él nada le importa
Mi canto sosegado
Y romperá mi lira
Tal vez con su sarcasmo.

Muchas damas distinguidas, amigas tuyas, pedíanle versos para sus álbumes. En uno de estos escribió una poesía con el rubro "Al lado de las armas de España", de la que son los siguientes rebeldes versos, refiriéndose a las desventuras españolas:

Tu corona y tu cetro fueron galas
De imbéciles que hollaron tu grandeza
¡Ya no aterras al mundo con tus balas!
¡Ya te aduermes en lánguida tristeza!
Y ¿no habrá para ti, gentil señora,
Futuros triunfos, glorias eternas?
¿Del destino la saña roedora
Te reserva quizá mayores males?

Por aquellos tiempos dedicaronle poesías don Gabriel Belcastel, su padre don Gervasio, don Domingo Verdugo, don Lorenzo Monteverde y don Rafael Martín Neda, que la llamó *tórtola de los bosques seculares*.

A los elogios tributados por Neda, doña Victoria le contestó con las deliciosas efusiones líricas, que empiezan:

Hoy da música suave a mis oídos

¹⁴³ Se refiere al VIII Marqués del Sauzal Juan Antonio María José Cologan de Franchi y Ponte, nacido en 1793 y fallecido en Madrid el 5 de enero de 1854.

Inspirado cantor, tu voz sonora;
Y sus dulces y mágicos sonidos
Dan gloria al corazón.
Tú, el hijo predilecto de mi Valle
¿Demandas a mi voz nuevos acentos?
¡Oh! di más bien que al escucharte acalle
Mi pobre inspiración.
Canta tú solo, que las suaves brisas
Que a entrambos en el valle nos besaron
Aún le guardan gratísimas "sonrisas"
A tu nuevo laúd.

En el alma de nuestra esbozada poetisa ardía el amor por las cosas de la tierra,
por sus tradiciones y leyendas maravillosas.

Prueba de ello es su magnífica y extensa leyenda dividida en tres romances,
intitulada "Dos Guanartemes". En ella surgen las tradicionales figuras de Tenesor
Semidán y Bentejuí, ¡sombras del pasado! Es esta composición un canto viril, un grito
de la raza al sentirse oprimida por el yugo de la esclavitud. He aquí el epílogo. Bentejuí, al
saber la conducta de Tenesor, que se entrega a los españoles con sus guanches, ebrio de
cólera, se suicida arrojándose a una roca, antes que sobrevivir a la ignominia.

Doña Victoria termina su leyenda regional con los siguientes versos rebeldes:

A sedición tan violenta
(los ojos fuera las órbitas
con el cabello erizado)
Bentejuí corre a una roca;
Le sigue el Faicán de Telde,
Su mano temblante toma,
Y prefiriendo la muerte
A la esclavitud odiosa
Desde la altura de Ansite
Con el fiel Faicán se arroja
Erigiendo en aquel risco
Monumento a su memoria.

Siquiera no oyó al alférez
Que el estandarte tremola
Pronunciando por tres veces
Con voz alterada y bronca:
"Canaria por los muy altos
Reyes de eterna memoria
Don Fernando e Isabel
Que a España dan nuevas joyas",

ni vio a su adorada prenda¹⁴⁴
que ante el vencedor¹⁴⁵ se postra
a besar la férrea mano
que a su país aprisiona.

"A la antigua palma del jardín en el Valle de Orotava" es otra magistral composición de subido sabor regional, incluida por Elías Mujica en la colección de versos que, con el título de *Poetas Canarios*, publicó en 1878.

La palma cantada por nuestra trovadora en la anterior poesía citada, tronchola un temporal de hace pocos años.

En sus horas de románticas ternuras, evoca Victoria Ventoso sus inolvidables años infantiles. Lloro el poema ingenuo de su niñez. Aflora, como Nicolás Estévez, *la dulce fresca inolvidable sombra* del viejo almendro florido.

Ella ama la paz augusta de los campos, el silencio de los bosques, la canción de las rizadas olas bravías, el misterio de los cielos estrellados.

Donde primero conoció el público a nuestra poetisa fue en el periódico *El Guanche*, en el que publicó preciosos versos¹⁴⁶. Su poesía fue como diminutivo cofre de sándalo donde ella vertió el caudal de sus femeninas delicadezas. Algunas de sus composiciones fueron traducidas a diferentes idiomas. Doña Victoria no sintió predilección por el soneto. En sus versos hay arrullos de paloma.

Victoria Ventoso fue esposa del reputado doctor don Víctor Pérez González, personalidad sobresaliente, galeno notable, autor de valiosos trabajos sobre cuestiones botánicas y agrícolas. Colaboró en *La Revista de Canarias*.

Publicó su folleto "El tagasaste". Su biografía figura en el diccionario de la casa Espasa.

El Puerto de la Cruz le rindió tributo de gratitud y admiración, poniendo el nombre del *Doctor Víctor Pérez* a la plaza sita frente al exconvento de franciscanos.

La muerte del doctor Pérez hizo enmudecer la lira de doña Victoria. Desde entonces su Musa calló, enlutada y dolorida. El Valle no volvió a escuchar las canciones de su alondra¹⁴⁷.

¹⁴⁴ Nota del autor: Guayarmina.

¹⁴⁵ Nota del autor: Pedro de Vera.

¹⁴⁶ La poesía de Victoria Ventoso ya fue conocida por el público desde 1853; otra cosa es que nuestro autor se refiera (aunque más bien creemos que es error) a que fue conocida con la firma de su nombre propio.

¹⁴⁷ Fallece Pérez González al comienzo de la década de los 90 del siglo XIX, pero en realidad, tal y como nos cuenta, por ejemplo, Isaac Viera en 1888 (*Vidas Ajenas. Homenaje a Isaac Viera*, Santa Cruz de Tenerife, CEDOCAM. Cabildo de Tenerife, 2008, pp. 403-404), Ventoso hacía tiempo que no daba algún texto suyo a los lectores.

Ventoso Cullen, como Concepción Arenal, se resignó en la amargura de viudez, elevando a los cielos su pensamiento como un holocausto. Más tarde, en el año 1910, la preclara cantora del maravilloso Valle fallecía con la muerte de una santa.

El Puerto de la Cruz perdía a su excelsa poetisa. La *tórtola de los bosques seculares* murió. Y desde entonces, ningún homenaje póstumo se le ha hecho perpetuando su memoria. El olvido se ha levantado sobre su tumba.

Don Jorge Pérez, distinguido doctor fallecido, hijo de doña Victoria, conservaba en su poder varias poesías inéditas de su querida madre.

Nuestro compatriota dejó inédito un libro titulado *Ensayos poéticos*, en el que reunió las poesías principales que escribió durante su vida.

Dicha obra, que he tenido en mi poder, se compone de unas treinta canciones. Este manuscrito deberían publicarlo los familiares de doña Victoria que lo poseen, y a quien nosotros hacemos esta proposición nacida del culto que sentimos por la cantora porteña.

La publicación de *Ensayos poéticos* será como una ofrenda a la llorada muerta.

Y estas prosas, que han brotado al rescoldo de mi cordial admiración hacia la dulce poetisa, alondra de mi Valle, sean como humildes siemprevivas devotamente colocadas al borde [de] su olvidada sepultura.

Sebastián Padrón Acosta
Orotava (Tenerife)

- 2 de abril

Los ancianos

Miradlos caminar por la senda de la vida con la frente marchita. La Primavera para ellos ha fenecido. Las flores de sus ilusiones se han marchitado en esta trágica hora de invierno por que atraviesan.

Algunos pasan cabizbajos, con la faz entristecida, con la mirada perdida en lejanas lontananzas. Ostentan en su cabeza una corona venerable: las canas.

El alma de los ancianos parece vivir replegada en las intimidades. La esperanza en los triunfos para ellos ha muerto. Sus almas viven melancólicas y solitarias, meditando sobre las ruinas del recuerdo.

Los viejos han visto desfilar la gran farsa humana. Las cosas han perdido para ellos ese encanto impalpable en que suelen envolverlas la distancia y el deseo. Lo que antes juzgaban *fragmentos de felicidad*, hoy tiénelo por cosa baladí. Las palomas blancas de la ilusión han volado ya de su jaula de oro. Ya pasaron las delicias del alborear con sus magnificencias y esplendores; se hallan en la hora del atardecer, en el momento del ocaso... El sol agoniza sobre el lecho de los mares. El cielo se ha cubierto de crespones. Ya han cumplido su misión.

Ellos, quizá, habrán amado, habrán creado, habrán trabajado. Ya piensan en la *hora final*. No volverán a gozar en esta vida las delicias de la puerilidad. Alguno, quizá, maldice a la ciencia que llenó su espíritu de inquietudes y de torturas... Este, tal vez, suspire por la ignorancia de la niñez perdida, ignorancia que es como un dulce *nirvana*.

Acaso muchos de estos ancianos venerables sientan la nostalgia de los rizos de oro de ayer, convertidos en hilos de plata hoy... Por el horizonte enlutado ven ascender la guadaña fatal...

El alma de los ancianos vive como reclinada en la cuna de oro de los recuerdos. Sienten el placer de lo *retrospectivo*. Ya han soñado. Y despiertan del letargo. Ellos están en la cima del calvario, puesto que han llegado a la meta del vivir.

Hay en sus ojos inquietudes y añoranzas. Los paisajes de la vida no tienen ya los matices ensoñadores de la juventud florida. Sienten el frío del invierno, simbolizado en la nieve de sus canas. Los ancianos recuerdan, añoran los espejismos pasados.

El alma de los viejos vive como acurrucada en el interior, cual si ya estuviese cansada de las cosas contempladas y gozadas.

Dejadlos pasar con veneración. Transitan el sendero con el paso vacilante y la faz marchita.

Son ellos la experiencia y el consejo. Son la vida que ha luchado, el espíritu mordido por el hastío. Son ellos lo que tal vez seremos nosotros mañana.

Son la vida que se marcha, vacilante y cansada...

Sebastián PADRÓN ACOSTA
Orotava (Tenerife)

- 9 de abril

Huyamos, alma mía...

Huyamos, alma mía, del rebaño insoportable de las vulgaridades impertinentes. Huyamos presto de ese cortejo, trágicamente risible, que vuelve las espaldas a las idealidades supremas, a las divinas exaltaciones del espíritu. Vayamos, alma mía, a refrigerar nuestros hastíos y angustias en el seño inefable y silencioso de la soledad, bien amada. En él sentiremos la dulcedumbre exquisita de secretas caricias, de goces refinados e íntimos.

En los maternales brazos de la soledad, el pensamiento volará como una paloma de leyenda hacia las cosas altas, hacia las sendas luminosas y queridas. La soledad es arca santa donde se gestan las inmortales y gloriosas exaltaciones del pensamiento humano. Olvidemos en el recogimiento los cuidados inquietadores. Dejemos que Nuestra Señora de la Soledad venga a poner sobre la frente marchita y pensativa sus suaves dedos de nardo.

¡Vivir lejos del *mundanal ruido* fue el anhelo de un alma santa y artista! ¡Oh, la soledad de los viejos claustros abandonados! ¡Oh, el encanto místico de los huertecicos conventuales, nevados de azucenas simbólicas y puras! ¡Oh, los solitarios senderos, bordeados de lirios!

En mis horas desoladas, el alma ha sentido la nostalgia de rincones de silencio y olvido. ¡Oh, dulzura del vivir bajo la paz de los claustros, en la quietud de las noches serenas, cuando las estrellas nos envían las sonrisas de sus fulgores!¹⁴⁸

Despojados de las inquietudes torturadoras de esta civilización maldita, atormentada, adornados con las alegrías de la inocencia perdida, qué inefable sería morar en el olvido de una celda, como un monje medioeval, vagando solo el pensamiento por sendas y castas.

Cuando el espíritu se sienta oprimido, huya a la soledad, seno de refrigerio, de silencio y de mansedumbre. Cerrad las puertas de los sentidos a las cosas exteriores, y regocijaos en la paz íntima de vuestro parque interior.

Cuando sintáis el hastío, que roe, como una sierpe, huid a vuestro claustro interno, contemplad en la paz del retiro el jardín florido de los sentimientos egregios, pájaros azules, enamorados de los celestes senderos. La soledad se nos brinda con delicias de panal. En el recogimiento, en la concentración rutilan las ideas salvadoras, como luceros gloriosos que alumbran nuestra ruta. Huid del bullicio de las muchedumbres estultas. Vivid con vosotros mismos. La soledad es nuestra bienhechora, la que deposita sobre nuestras llagas espirituales ósculos salutíferos. La soledad nos quita vendas de los ojos, nos obliga a ver las cosas con la serenidad del recogimiento.

Dejad que en medio de vuestra soledad, el ángel del consuelo descienda a levantar el abatimiento de vuestro espíritu aterido.

¹⁴⁸ Parece estar en el debate, de nuevo, de volver al Seminario, dejado en 1919. Las razones pueden estar, entre otras, por el posible fracaso amoroso o su enfrentamiento con la realidad social, la *farsa* que dice, que no le gusta.

En el silencio, en la soledad florecen las azucenas interiores. En la soledad desciende sobre el alma rocío confortador. En la soledad, la buena simiente fructifica como en terreno abonado por la pericia del buen labrador.

El vulgo no comprende, no puede comprender las voluptuosidades refinadas e íntimas del alma humana absorta en la contemplación, trémula de adoración ante las fulguraciones del pensamiento.

Los poetas, los pensadores, los místicos, los soñadores, los artistas, los que pasaron por la vida con un ansia de infinito abierta en el espíritu, se refugiaron en la soledad, que les abrió sus brazos como a sus hijos predilectos.

Las vulgaridades no pueden sentir el placer secreto de la soledad, de las cosas hondas del arte y de la vida. Los pensamientos inmortales, las ideas creadoras no brotaron en el bullicio, sino en el silencio de los retiros, en la paz de los aposentos, en la soledad de las celdas, en la quietud de los monasterios.

La soledad es la cuna de las creaciones inmortales. Cuando cesa el ruido, cuando las cosas exteriores desaparecen, porque el amor se repliega en su reino interno, entonces el espíritu *vive*...

El cerebro busca su verdadero reino, que es la soledad, donde vivimos la vida del espíritu. Dejad al rebaño en el lodazal; huid vosotros al silencio, almas egregias.

Replegad vuestro espíritu en el poema secreto de las sombras inefables. El pensamiento ama la soledad, como el ave los aires. En la soledad, el pensamiento despliega sus alas, se siente libre y ágil, rey y señor. Dejadlo; dejadlo volar, siempre volar por las regiones del ensueño.

Huyamos, pues, alma, del rebaño insoportable de las vulgaridades impertinentes. Tendamos los brazos a Nuestra Señora de la Soledad...

Sebastián Padrón Acosta
Orotava (Tenerife)

- 13 de abril

La Semana de los ritos

La epopeya cristiana surge en estos días sacrosantos con la solemnidad del más grande acontecimiento que contemplaron los siglos. La tragedia más enorme resplande gloriosamente en esta Semana de conmemoración ritual. La Historia no registra en sus páginas áureas un hecho tan grandiosamente trágico y sobrenatural.

La Cristiandad conmemora el poema que fulguró con toda su divinidad sobre la cima del Calvario, monte el más venerable de los tiempos.

Es la Semana en que la Iglesia católica exterioriza la solemnidad de sus ritos, el esplendor de sus pompas, la conmemoración de sus fiestas.

En estos días la voz de los profetas, de los apóstoles, de los evangelistas, de los patriarcas resuena a través de los libros litúrgicos, como una canción potente, formidable y secular.

La grandiosidad de la literatura bíblica resuena en las casas del Señor. La gloria lírica de los salmos de David déjase oír halagadoramente.

Las Iglesias ostentan el lujo santo de sus ornamentos, de sus vestiduras simbólicas, de su indumentaria emblemática.

Conmemoramos la Gran Semana, la Semana Santa, en que Cristo, agobiado bajo la pesadumbre de la cruz, recorrió todas las sendas de los dolores más acerbos. Celebramos los católicos aquellos días, imborrables en el transcurso de los tiempos, en que la divina víctima murió en la cima del Calvario, como un lirio que se deshoja. Y Cristo se ofreció al Padre como hostia expiatoria de nuestras prevaricaciones.

Y fuimos lavados con la sangre del Mártir, con la sangre del Inocente.

Cristo en estos días recorre las calles. Y esa muchedumbre que le acompaña, quizá con su conducta e irreverencias esté gritando, como las turbas farisaicas: "Crucifícale, crucifícale...".

Muchos de los concurrentes al templo, deberían ser lanzados a latigazos, como los mercaderes arrojados por Jesús... Porque trafican con la fe, con las creencias, con los actos religiosos, tomándolos por mera exposición, por pura vanidad.

La fe ardiente, primitiva, aquella fe de nuestros abuelos, va huyendo del alma moderna, atormentada y apresurada, desgarrada por las inquietudes, las dudas y las concupiscencias.

Ahí tenéis, sobre ese monte, pueblos de la tierra, el lábaro de vuestra redención. No busquéis, modernos atormentados, solución a vuestras angustias sino en la inagotable fuente de la vida.

La solución de los problemas palpitantes de nuestros días está en la cruz. No busquéis otra *libertad*, *igualdad* y *fraternidad* que las predicadas y exaltadas por el Mártir del Gólgota.

En ninguna parte las hallaréis, porque Cristo es la verdad y esta es una.

El Cristianismo rememora el más luminoso poema de los siglos. Celebremos estos días litúrgicos, esta Semana de los ritos, de las pompas y de las solemnidades con el verdadero espíritu del cristiano.

No imitemos a las turbas que gritaban: "Crucifícale, crucifícale", ni a los mercaderes, que traficaron en el templo, porque entonces sobre nosotros caerá el más terrible de los anatemas.

Sebastián Padrón Acosta
Orotava (Tenerife)

- 20 de abril

Siluetas de Mujeres Canarias. Lía Tavío de Soto

Indiscutiblemente, Lía Tavío de Soto es en la actualidad la mujer de más valía del Valle de Taoro.

Vio la luz primera en el pintoresco Puerto de la Cruz, el 20 de Octubre del año 1874¹⁴⁹. Desde niña consagrose al estudio bajo la férula implacable de su padre, don Aquilino, quien puso toda solicitud para que la inteligencia de su hija fuese cultivada con el mayor esmero. Y Lía siguió la ruta señalada por su padre, siguió la orientación que este le dictara. Y amó el estudio, el trabajo, el arte. Su alma se abrió como flor de ensueño a los secretos de la belleza, a las confidencias de los libros. Y su imaginación, su corazón y su sensibilidad se educaron en las sendas de la verdad, de la belleza y del bien.

Fue una de esas jóvenes simpáticas y recatadas, amantes de las Bellas Letras, y de la laboriosidad. Lía Tavío dejó muy bien sentado su pabellón en la Escuela Normal de Maestras de la ciudad de La Laguna, donde las profesoras admiraron las grandes dotes intelectuales y morales de la discípula. Fue en clase una de las alumnas más queridas por su conducta y por su amor al estudio.

Don Marcos Baeza y Carrillo, tuvo por discípula en la clase de Dibujo y Pintura a la discreta Lía, a quien admiraba el maestro por sus aptitudes mentales.

Lía Tavío es de carácter amable, de simpática idiosincrasia.

Nuestra esbozada ha llegado a una de esas horas de la vida en que sobre la frente esplenden las aureolas, en que la corona de espinas del trabajo y del estudio se trueca en diadema de mirtos y rosas triunfales.

Hoy la distinguida dama portuense contempla con fruición el fruto de su labor intelectual.

La buena simiente depositada en su cerebro ha germinado, brotando convertida en magníficas floraciones de Arte.

Lía Tavío borda, pinta, toca el piano y escribe con verdadera inspiración. Maneja la aguja, el pincel y la pluma con arte exquisito. En el bordado, sobre todo, es una maestra, una artista en toda la extensión de la palabra.

Ahí están patentes los [...] ¹⁵⁰ –dos. En Santa Cruz de Tenerife recibió Lía el primer premio de la Exposición por sus cuadros bordados con seda de colores, *Una tarde de verano* y *Una tarde de invierno*. Igual galardón dieron en Las Palmas a sus cuadros *Un paisaje de Tenerife* y *La muerte de San Jerónimo*, ambos pintados con tinta china sobre seda blanca.

¹⁴⁹ Padrón Acosta pone la fecha del 13 de octubre, que hemos corregido. Nos guiamos en buena parte para esta corrección, así como para otras cuestiones sobre Lía Tavío, del libro *Vida y obra de Lía Tavío. Una artista entre dos siglos*, de Lía Ripper Soto, publicado en 2005 en la *Colección Arte de Anroart Ediciones* (Las Palmas de Gran Canaria).

¹⁵⁰ No se lee lo que dice, en media línea, en los dos ejemplares que hemos podido consultar.

Una nueva victoria obtuvo recientemente en la Exposición insular que, en Junio de 1921, se celebró en el Puerto de la Cruz. En ella se dio el primer premio, consistente en 500 pesetas, al cuadro suyo, bordado con sedas de colores, *Cabeza de borracho*; y a su hermoso tapiz, representando la *Fundación del Puerto de la Cruz*, con creación este último del Cronista de dicho pueblo, don Francisco Montes de Oca.

El que estas líneas escribe tuvo el honor de contemplar aquella *Cabeza de borracho*, de palpitante realismo. Es este cuadro una verdadera obra de arte, de magnífico colorido, de toques magistrales. El rostro surge encendido y en él hállanse retratadas las huellas del vicio. El discípulo de Baco sostiene en una de sus manos un vaso de cerveza, que se derrama espumeante por los bordes del recipiente, dándonos una sensación de admirable realidad. Semeja un borracho de Velázquez, arrancado del cuadro famoso.

¡Con razón le dispensó el jurado el primer premio!

Lía Tavío ha desenvuelto también su temperamento artístico, cultivando el arte de Apeles. Magníficos cuadros al óleo han salido de sus artísticas manos. En la acuarela nos regala con creaciones maravillosas, que han llamado la atención de propios y extraños. Admira la obra pictórica de Lía, por la impecabilidad de las perspectivas, por la perfección de los contornos y por la fusión, suavidad, y acertada combinación de los colores. Muchas veces la paleta es esclava del pincel de nuestra paisana.

Amén de estas aureolas, adornan también a esta dama nimbos de pianista, escritora y poetisa. Sus manos arrancan al piano mundos inefables de armonía, al ejecutar las obras de los grandes maestros de la Música. Lía Tavío no compone, pero ejecuta magistralmente.

También maneja la péñola, como antes hemos dicho. Su prosa es serena, como los lagos. Ha sido entusiasta de las Bellas Letras.

Fue redactora de *La mujer del porvenir*. Colaboró en *Gente Nueva*, de la capital de Canarias; en *La Atlántida*, de Las Palmas, dirigida por el culto periodista y escritor mi queridísimo amigo Febles Mora, y en el *Siglo XX*, de la ciudad de La Laguna. Ha traducido varios capítulos de la obra francesa de M. Charles Blanc, intitulada *Grammaire des Arts du dessin*, capítulos que vieron la luz en la última de las publicaciones anteriormente citadas¹⁵¹.

Habla el francés y el inglés. Tiene algunos conocimientos de la lengua de Homero, de la que le dio lecciones el R. P. Bruce Geddes.

Cuando se celebró el Centenario de la derrota de Horacio Nelson, en Santa Cruz de Tenerife, el 25 de Julio de 1897, el Ayuntamiento del Puerto de la Cruz, como los demás pueblos de la isla, envió para la procesión cívica, que en tan fausto día se verificó en la capital, un magnífico estandarte bordado y pintado por la artista portuense Lía Tavío, con dibujos del distinguido porteño Baeza Carrillo, y trabajado bajo la dirección de la digna maestra de nuestra biografiada, doña Rosalía Díaz Fragoso.

¹⁵¹ El título exacto de este trabajo fue "Ligeros apuntes traducidos del francés y tomados de la preciosa obra titulada *Grammaire des arts du dessin* de M. Charles Blanc".

Lía Tavío contrajo matrimonio con el oficial de Telégrafos don Nicolás Soto.

El hogar no ha hecho entibiar en el corazón de la artista los fervores por el Arte. Ella sigue siendo la mujer laboriosa y [...] ¹⁵².

Lía Tavío es madre y esposa ejemplar, que a la par que educa debidamente a sus hijos, idolatra a su esposo. Siente cariño por el retiro de su hogar. Actualmente vive en Medina Sidonia, la ciudad de las columnas de Hércules, a donde le llevó el deber de esposa. Lía Tavío es artista infatigable, que enamorada de la Belleza la lleva a sus creaciones, envolviéndolas con la luminosidad de su femenino ingenio. Ella se tiene muy merecida la aureola que orna su frente.

De vez en vez suele ascender los peldaños del Parnaso, escribiendo poesía como la siguiente, intitulada "Medina Sidonia":

Recostada y gentil sobre una loma
vive tranquila la ducal Medina,
soñando a veces en pasadas glorias
que en sus restos se ven y se adivinan.

Hasta el llano desciende el caserío,
entre altas torres, arcos y conventos,
callejas escaladas, campanarios
azotados por brisas y por vientos.

Luce Medina, como las espumas,
deslumbra como nieve en la montaña,
es un nido de cándidas palomas
que sus blancas alitas el sol baña.

Morenas son sus formas, su estructura,
los patios, calles, arcos y ventanas,
y en sus rejas parece que se escucha
el vago suspirar de las sultanas.

Gótico templo en alto desafía
de los siglos la huella destructora
y por ojivas y caladas piedras
su faz asoma la rosada aurora.

La esbelta torre se levanta altiva
buscando allá del cielo los arcanos,
y en el sacro recinto se contemplan
obras forjadas por artistas manos.

¹⁵² No podemos leer las palabras que faltan en los ejemplares que manejamos.

Tallados techos, lindo chapiteles,
arabescos y acantos entrelazados,
rosetas, orlas, ángeles y flores,
todo en piedra hábilmente cincelados.

En madera esculturas, y de plata,
brillan el facistol, altar, sagrario,
lamparines, arañas, candelabros,
vinajeras, copones e incensario.

De Jesús en la tierra, representa
el retablo central, su desventura,
y en tallada madera resplandecen
vírgenes, santos, místicas figuras.

Todo es allí grandioso y venerable,
reliquia de la fe, lugar bendito,
refugio es del alma atribulada,
morada del amor santo, infinito.

Junto al templo se ve ya derrumbada
una torre, y dice en un letrero:
"Aquí muerte, después de repudiada,
diole a doña Blanca un balletero".

La torre existe en pie para el recuerdo
de aquel tirano rey, alma insensata,
que dejó una historia ensangrentada
y a su esposa infeliz desdeña y mata.

Detrás del torreón hay un castillo
que es de la ciudad cima y corona,
fortaleza de huestes musulmanas
que se pierde, se va, se desmorona.

Y desde aquel ruinoso parapeto
se ven pueblos, los campos, luengas tierras,
caseríos y lomas ondulantes,
azules, grises y violadas sierras.

Los caminos se ven, y las veredas
cortar a trechos la feraz campiña,

los prados verdear, los olivares,
los cotos, los sembrados y la viña.

Se ve Cádiz, Jerez, Santa María,
Paterna, "Casas Viejas", San Fernando
y allá Alcalá, Tarifa, el gran Estrecho
que vapores y barcos van surcando.

El llano de los "Santos" se divisa,
donde a los moros combatió Santiago,
con la fe en el pecho y con las armas
derrota les causó y un gran estrago.

También se ve la ermita de Loreto,
imagen venerada, virgen pía,
y en procesión la llevan por los campos
que talados están por la sequía.

Y aquí, al pie, bordando la montaña,
hay paseos¹⁵³, y el "Hoyo de Santa Ana",
do nacen plantas, flores, y la fruta¹⁵⁴
que en estío se come rica y sana.

El romero, la salvia y el tomillo,
poleo, mejorana, malva, rosas
ofrecen al ambiente y a la Flora
esencias perfumadas y olorosas.

En los montes, perdices y conejos;
en las ramas, alondras, ruiseñores;
en el campo, aromática alhucema,
en Medina los dulces alfajores.

Como a las ruinas olvidadas, vienen
aquí a formar los pájaros sus nidos;
confiados se posan, van y vienen
por los rayos del sol adormecidos.

Todos, mirlos, cernícalos, gorriones,
miles llenan las torres y el tejado;

¹⁵³ Creemos leer en la borrosa copia.

¹⁵⁴ Ídem.

como enjambres acuden, como moscas,
al campestre mantel no levantado.

Todo respira aquí paz y sosiego,
es esta una ciudad vieja y cansada
amante del reposo de la muerte
y a su Dios por entero consagrada.

Y entre luces, colores y armonías
se va la tarde allá por el ocaso.
Los pájaros refúgianse en las grietas
y el tiempo nos arrolla con su paso¹⁵⁵.

En la actualidad, Lía Tavío de Soto es, indiscutiblemente, la mujer de más valía del Valle de Taoro, la flor maravillosa, nacida bajo las faldas exuberantes del Teide, triunfal diadema con que se coronan las siete ondinas que se recuestan sobre el azul tálamo de los mares rizados, ondinas que, en un día de convulsión geológica, quedarán petrificadas entre las impalpables caricias y coqueterías de la mar azul.

Sebastián PADRÓN ACOSTA
Orotava (Tenerife)

¹⁵⁵ De este poema existe una copia ilustrada por la artista (una acuarela sobre papel).

- 23 de abril

Salterio rumoroso¹⁵⁶

¿No habéis oído, en el misterio de las noches recogidas, bordadas de fulgentes luceros, la canción vibrante y formidable, que entona este viejo titán prisionero entre los brazos de la ribera? ¿No habéis sentido sus cóleras, cuando la tormenta hincha y agiganta sus senos vastos, sus dominios dilatados y sonoros? ¿No os ha sorprendido la armonía de sus salmodias, el ritmo de su salterio triunfal y salvaje, en esa hora, infinitamente dulce, en que la tarde ruborosa recoge gloriosamente su túnica de oro, su clámide azul?

En el alborar de las radiantes mañanas primaverales, ¿no han sido acariciados vuestros oídos por el eterno salterio rumoroso alzado en las vastas soledades por *el fuerte titán de hombros cerúleos e inenarrable encanto*¹⁵⁷? Y en vuestras horas azules y doradas, ¿no habéis contemplado el donaire con que las espumas bordan los pies de la ribera, el ímpetu con que aquellas se rasgan, como blancos tules, al lanzarse sobre las inmovibles rocas erguidas? ¿No habéis amado, callados y absortos, al sol, cuando surge del seno de los mares, con la majestad de un Dios, que sale a derramar en sus dominios la gloria de la luminosidad?

Este viejo titán, por la Mitología divinizado en la fábula de Neptuno, perennemente reza en las soledades el salterio glorioso de los rumores.

El mar nos habla siempre, pregonando con su voz formidable la omnipotencia del que en la mañana de la creación le hizo surgir con el poderío de su palabra creadora. El mar nos halaga con su eterna letanía, venida de regiones desconocidas. Él es coraje, cuando la tormenta ensancha los pulmones gigantes del titán. Él canta, en la dulzura de las tardes rosadas, nimbadas de oro, llenando las oquedades con la salmodia que, desde su natalicio, le mandara entonar el Dios de las magnitudes.

El mar es caricia para el oído, deleite para la visión, cuando en la calma del vespertino de amansa, se recoge, se aquieta para recibir la comunión del sol, que entre fantásticas coloraciones, no soñadas por el pintor, desciende al pecho azul del viejo titán dormido, extasiado con el místico recogimiento de la hora solemne en que las diurnas sinfonías van apagándose en la cima de las lejanas montañas altivas.

El Atlántico regala los oídos de sus amadores con la música exquisita con que las olas saludan la entrada triunfal del día por las puertas de Oriente, ornadas de rubíes y topacios. El mar es el sendero plúmbeo, por donde las barquillas siguen su ruta, por donde las naos emprenden su camino aventurero, desplegando a los vientos las alas quijotescas de sus lonas triunfales. Diríanse las naves gigantes cascos marinos que vuelan, ágiles, por los dominios azules.

Y dijérase el mar un Hércules voluptuosamente prisionero entre caricias de nereidas ondinadas, estremecidas por secretos deleites refinados. Me encanta la agreste soledad de las riberas, bordada por el festón de las espumas nacarinas. Me deleitan las

¹⁵⁶ Puede que forme parte de su posteriormente anunciado libro *Junto a la mar azul*, como explicamos en próxima nota.

¹⁵⁷ De la "Oda al Atlántico" de Tomás Morales.

playas, llenas de rumores atlánticos, cuando Nuestro Señor el Sol derrama el milagro de su luz vivificadora.

El mar me sobrecoge, me anonada y me exalta como un poder sobrenatural¹⁵⁸. La sinfonía del mar viene de regiones ignotas, llega a los oídos, y se adentra en las intimidades del ser con el goce secreto, invisible de músicas inefables.

El mar es voz, el mar es caricia, el mar es música, el mar es rebeldía, el mar es salmodia.

Yo he soñado con sendas de gloria, con caminos de triunfo, al contemplar extasiado, en mis noches inolvidables, la llanura marina, bañada en plata de luna, al admirar absorto los lagos plateados, las rutas fantásticas que forja la luna con el prodigio de su luz ensoñadora.

Yo he contemplado estremecido el incendio glorioso –oro y grana– que sobre el lecho de los mares simula el sol, cuando en el atardecer recoge pomposamente su regio manto purpúreo, como un rey que se retira a su palacio. Yo he oído, silencioso, la plegaria bravía de los mares, en horas de inefables contemplaciones.

El mar nos invita a soñar, a pensar, a rezar, a cantar. El mar es nuestro amigo cordial, quien nos cuenta el secreto de sus armonías vastas.

El mar tiene prestigios de símbolo. Siente inquietudes y vacilaciones, como el alma humana. El mar es la rebeldía cuando se lanza iracundo, estrellándose contra el granito de los acantilados. El mar es la renovación perenne, la constancia infatigable.

Las olas nunca se cansan de bordar las riberas con el penacho de sus espumas, con la albura de sus encajes y festones caprichosos. El mar es persistente, infatigable. Tiene voluntad férrea, alma de acero. Es el emblema del hombre que lucha tenazmente, implacablemente.

El Atlántico es un gigante, que se divierte coqueteando con olas y espumas. La mar tiene volubilidades, coqueterías y estremecimientos de mujer. El mar guarda tesoros incalculables en sus dilatados dominios.

Posee riquezas insospechadas. La Flora y Fauna marinas son un prodigio fantástico, una maravilla caleidoscópica. En sus senos se abren flores de belleza ensoñadora. Especies de inúmeras formas y de halagadores colores viven en este líquido palacio. Las fauces del mar son insaciables.

¹⁵⁸ Es una oración copiada literalmente de un artículo suyo anterior ("La casita de la ribera", 24 de enero de 1922), dedicado al convento de San Pedro González Telmo, del Puerto de la Cruz, un texto en el que de igual manera sentencia por vez primera, de modo directo, la vinculación existente, para él, entre el mar y Dios. En esta afirmación hay que incidir, pues sobre ella se sostiene su admiración marina, sobre la que gestará, al menos como proyecto, el libro (puede que este artículo pertenezca al mismo, el primero introductorio): *Junto a la mar azul*. También cabe alguna posibilidad (aunque menos) que el presente texto perteneciera a su *El Puerto de la Cruz*, concretamente pudiera ser la parte que tenía como título (según el índice aparecido el 23 de septiembre de 1921) "Mar mío".

Por la oscilante planicie emprenden su ruta los nautas, los marinos, los pilotos. La diminuta brújula orienta a los marineros, audaces trabajadores de ojos inquietos y faz bronceada.

Cuando queráis olvidar vuestras angustias, cuando queráis soñar y extasiaros, oíd, adormecidos, el salterio glorioso de los mares, la canción bravía de las olas rizadas, blancas como los copos de nieve que esplenden en la cima de las montañas. La mar nos arrulla deliciosamente, como un madre, que canta endechas al pie de la cuna.

¡Viajeros cansados, venid presurosos a la ribera, a reposar cabe la mar azul! Escuchad el arrullo adormecedor con que os acaricia este Numen de los poetas. Deteneos en medio de vuestra jornada, caminantes de la vida, y descansad a las orillas del mar, en la soledad de las playas, ungidas con el yodo de los mares. Recibid sobre vuestras frentes pensativas y fatigadas el ósculo refrigerante de las brisas marinas. Soñad en la ribera con vuestra ruta incierta, con vuestro viaje futuro, con vuestra frágil barquilla. Pensad en tierras nuevas, en tierras de promisión.

Id, viajeros cansados, a la ribera, que la mar os espera, para cantaros su salterio rumoroso.

La mar se inquieta, se rebela, se agita, pero cae rendida ante las palabras de Dios, puestas en boca del salmista, cuando exclama: "Hasta aquí, no más, llegará la cólera de tus olas".

La tarde recoge ruborosa su túnica de oro, su clámide azul. Las diurnas sinfonías mueren en la cima de las lejanas montañas altivas. Bandadas de blanquinegras gaviotas pósanse cansadas sobre las rocas.

El sol, como hostia sacrosanta, está sobre el horizonte. El mar se sobrecoge, se amansa, se aquieta. Parece que reza uno de sus salmos predilectos. Diríase que el mar se dispone, con el fervor de un asceta, a recibir en su pecho azul la comunión del sol, que entre fulguraciones de oro desciende ya al tálamo de los mares adormecidos.

Ya el sol se hundió en el pecho del titán. Nuevamente vuelve a oírse en la quietud mística de la hora solemne, el salterio triunfal de las olas.

Es la acción de gracias que la mar entona en las soledades vastas. Los ecos oceánicos repercuten en la ribera como un salmo, como un rito...

Sebastián PADRÓN ACOSTA
Orotava (Tenerife)

- 29 de abril

La corona de conchas¹⁵⁹

I

Fue allá, en aquellos tiempos de primitivos encantos, cuando sucedió lo que conserva piadosamente la leyenda.

Albitocazpeyel –señor del Menceyato de Adeje, asiento de la primera corte tinerfeña– dejó en herencia a su hijo Pelinor la tradicional corona de conchas. Pelinor la llevaba a todas las batallas como un trofeo de heroicidades, como talismán para obtener nuevas y gloriosas victorias. En ella había puesto el noble guanche sus cariños. Era ella como el aliciente de sus grandes empresas bélicas.

En uno de sus desaforados combates, el Mencey de Adeje notó, lleno de trágicas angustias, que la corona –ofrenda de su padre– había desaparecido. Y desde aquel instante, Pelinor vagaba meditabundo y entristecido por los campos y caminos buscando ansiosamente la ensoñadora corona.

A los pastores que en su ruta encontraba, preguntábales, acongojado, que si sabían dónde se hallaba aquel preciado talismán. Todos le contestaban negativamente. Y se alejaban, en pos de sus ganados, por los senderos agrestes, aureolados en los oros del ocaso.

II

Sentado en su tagoror estaba el Mencey, pensando tristemente en su trofeo, cuando, haciendo respetuosas salutations, penetra un íntimo amigo de Pelinor, Acamán apellidado.

Y sigilosamente, cautelosamente le hace al Rey la siguiente revelación: "Sabed, gran Mencey, que vuestra corona de conchas la perdisteis en un combate, en una reñida batalla, en la que, como siempre, triunfó vuestro coraje.

Por aquellos sitios –teatro de la contienda– pasó un salteador de caminos, y encontrando vuestra corona la llevó con sigilo a la cima de aquel monte, que allá, en aquella lejanía, se levanta, y allí la enterró".

El Mencey, ante tal revelación, rugió de coraje y de venganza al sentir herido su respeto real.

"El salteador –continuó Acamán– piensa pedirnos por ella muchísimos ganados".

Y Acamán retiróse ceremoniosamente del tagoror. Acamán era uno de los más renombrados zahoríes del Menceyato.

Pelinor, enterado del lugar donde se hallaba su tesoro, puso los medios para obtenerlo.

¹⁵⁹ Segunda recreación de leyendas de la época de los antiguos (la primera fue "El lanzador de tamaras", del 20 de diciembre de 1921), en esta primera etapa del escritor, y tercera creación propiamente de invención ficticia.

III

Era un atardecer sugestivo, una de aquellas vespertinas horas crepusculares que vieron las desaparecidas edades primitivas.

El Mencey desde su corte contemplaba la gigante montaña, sepulcro de su corona.

Pelinor envía presuroso el amaestrado halcón que tenía en su corte hacia el cercano monte.

Y el pájaro maravilloso hiende velozmente los aires y llega triunfalmente a la cima de la montaña señalada.

Los ojos de Pelinor siguen ansiosos al halcón.

Con inmenso jubileo vio el Mencey que el halcón tornaba ostentando en su pico la perdida corona de conchas. Y el Monarca acarició suavemente, cariñosamente al ave salvadora.

Y colocó en un lugar preferente de su agreste habitación el ensoñador talismán.

Los pastores retornaban por los caminos, con sus ganados, seguidos de sus canes guardadores. La brisa agitaba los sembrados, en explosión vital. Las zagalas volvían a sus cuevas. Y los campos se envolvieron en la caricia solar.

Y el mar –¡testigo de imborrables tiempos patriarcales!– se asoció al júbilo de aquel alma selvática, celebrando el hallazgo con la canción bravía de sus olas rumorosas y triunfales.

Pasó el tiempo. Y llegó la hora trágica de la sumisión. Pelinor entregó al Adelantado Alonso Fernández de Lugo la corona de conchas, como señal de rendición y vasallaje.

La corona de Albitocazpeyel fue llevada a España por Lugo.

¡Después...! La tradición refiere que el pobre Pelinor murió en tierras de Berbería, con la flor de la nostalgia abierta en su espíritu selvático.

Y sucedió allá en aquellos tiempos de primitivos encantos, lo que conserva la leyenda piadosamente...

Sebastián PADRÓN ACOSTA
Orotava (Tenerife)

- 2 de mayo

El mejor blasón de su escudo¹⁶⁰

En el Puerto de la Cruz, Mayo es una apoteosis, una exaltación, un canto al signo de la Redención. Mayo rinde a la Cruz el prodigio de sus polícromas floraciones. Los jardines, las plazas, son sendas luminosas y perfumadas.

En Mayo, el Puerto de la Cruz se convierte en un inmenso calvario. Entre las arboledas se levantan las capillas lujosas, blanqueadas como palomas posadas entre las frondas. En las calles hay también capillas dedicadas a la Cruz.

Las familias cristianas guardan también sus cruces familiares aureoladas de milagros y leyendas piadosas. A ellas le alzan un altar. Le ofrendan flores naturales y artificiales. Tienen sus primorosos sudarios albos. Este pueblo se muestra muy orgulloso de su nombre. Por eso lo festeja y glorifica. Basta citar algunos santuarios: *La Cruz del Muelle, La Cruz Verde, La Cruz de Cuaco, La Cruz de los Tarajales, La Cruz del Teide, La Cruz de Ñoñó, La Cruz de las Lonjas, La Cruz del Peñón.*

Todas estas cruces se engalanan, se endomingan en Mayo. Y tienen sus respectivas fiestas. En este pueblo verdaderamente *crucero*, la fiesta del símbolo cristiano dura una larga temporada.

Creemos sea el Puerto de la Cruz el pueblo canario donde más se festeja la enseña santa. Y en eso hace muy bien el simpático pueblo ribereño. Demuestra no avergonzarse de su nombre. Al contrario: lo ostenta con orgullo *como el mejor blasón de su escudo*. Es un pueblo enamorado de la Cruz. Así lo manifiesta.

Sebastián PADRÓN ACOSTA
Orotava (Tenerife)

¹⁶⁰ Probablemente este artículo formara parte de su libro *El Puerto de la Cruz*. Concretamente incluso pudiera ser la parte que tenía como título (según el índice aparecido el 23 de septiembre de 1921) "Puerto y Cruz", o más seguramente la que se rotulaba "La enseña santa" pues este sintagma se comunica en una de las líneas del párrafo final.

- 12 de mayo

Las gaviotas

(De mi libro inédito
Junto a la mar azul¹⁶¹)

Es un mediodía estival, pleno de rumores y ungido de ardientes caricias solares.

En la soledad de las playas, de nacarinas espumas orladas, brillan las arenas, el *oro cernido*, que dijera Miguel de Cervantes. Las olas, a porfía persiguiéndose unas a otras, vienen a bordar la playa desierta. El sol está en la apoteosis lumínica del cénit. Ningún racional transita conmigo por las cercanías de la mar azul. ¡Doblemente aceptable esta deleitosa soledad de la ribera!

Estamos solos, yo y el mar, el gran confidente de mis horas contemplativas. Charlamos afablemente, como dos grandes amigos, como dos viejos camaradas. Con religioso fervor escucho absorto los coloquios de la mar, la charla sempiterna del *gran amigo de mis sueños*¹⁶². Las brisas atlánticas –yodadas, salitrosas– me dan la sensación de una caricia que me envía la mar, inquieta y rizada.

En lontananza, una gentil navecilla muestra su airoso velamen, triunfalmente desplegado, a la caricia de los vientos, como un estandarte de paz, enarbolado en la vasta soledad de la planicie azul. El rumor eterno del mar llena de armonías la playa desierta.

Hendiendo los aires han llegado las amigas inseparables del océano.

En las alturas, unas aves ciérnense audaces, retadoras. Atraviesan majestuosas las regiones aéreas, desafiando con altanería la cólera de los vientos. Son una bandada de gaviotas caudales, que han retornado de una larga jornada, más allá de la costa bravía.

Estas aves marinas siéntense atraídas por la soledad de los riscos y peñascos, donde fabrican sus nidos. Se retiran a las rocas lejanas, como huyendo de la muchedumbre, como arrastradas por el señuelo de la salvaje soledad. Diríase que las gaviotas son las anacoretas de la mar, tálamo rumoroso.

Vuelan como reinas, como soberanas del espacio libre. Sienten el sibaritismo de los viajes.

"Se apartan más de cien leguas de nuestras costas"¹⁶³, en marcha infatigable, como aladas conquistadoras, como gallardas aventureras.

Estas aves blanquinegras han heredado la audacia soberana y la altanería quijotesca del rebelde mar.

¹⁶¹ Esta es la primera noticia que tenemos de él, aunque creemos que algunos artículos anteriores también son parte del mismo.

¹⁶² Otra vez son palabras de la "Oda al Atlántico" de Tomás Morales.

¹⁶³ No conocemos de quién son estas palabras.

Las gaviotas, como el genio, viajan por las alturas, rehúyen la muchedumbre, aman la libertad, una de las más altas prerrogativas del ser.

Estas aves audaces han vivido junto al mar azul, escuchando embelesadas la rebeldía, la altivez y arrullo de las olas infatigables. Las gaviotas son hurañas. Diríanse misántropas de las rocas, que viven solitarias, extasiadas en la dulce contemplación de la vasta llanura marina.

Las gaviotas ostentan en su plumaje blancura de espumas y negrura de rocas.

Y son rebeldes, audaces, libres como el mar, en el que les place nacer, vivir y morir.

Ellas simbolizan la libertad humana cuando, majestuosas y gallardas, vuelan por las regiones del espacio. Ágiles, livianas, reposan sobre las olas nacaradas, agradándoles el verse envueltas en la blancura de las espumas.

En la plenitud de este mediodía, guarnecido de oro, vivificado con armonías de mar, mi espíritu siente envidia de las gaviotas, porque poseen el tesoro de sus alas.

Mosén Jacinto Verdaguer –el gran poeta de *La Atlántida*– cantó:

"Señor, dame alas
O quítame las ansias de volar".

Viajeras de la mar azul, amigas solitarias de las rocas, azotadas por la ira de las olas encrespadas, anacoretas de las peñas, ¡cuánto me halaga ese gesto de altiva arrogancia con que os recogéis en vuestras mansiones abruptas, escuchando el inacabable poema de rumores triunfales que rima la mar junto a la ribera!

Y bandadas de gaviotas atraviesan los aires enorgullecidas de su poderío. Unas se posan sobre rocas de basalto; otras descansan sobre la cresta de las olas, bañando su plumaje, con nítidas espumas; estas alzan nuevamente su raudo vuelo, coronándose de sol; aquellas reposan sobre la costa bravía.

Y las olas –fugitivas, incansables– persiguiéndose unas a otras, como las horas, vienen a bordar la playa desierta.

La navecilla gentil prosigue su ruta con su airoso velamen, gallardamente desplegado a la caricia de los vientos, como un estandarte de paz, como un lábaro victorioso enarbolado en la vasta llanura de la mar azul.

Y la brisa marina enardece el velamen, y el batel camina hendiendo las olas. En el mástil erguido –un día orgullo del bosque– una blanquinegra gaviota ha detenido su vuelo glorioso, bañada en la lumbre solar.

Sebastián PADRÓN ACOSTA
Orotava (Tenerife)

- 18 y 19 de mayo

Siluetas de Mujeres Canarias. María Joaquina Viera y Clavijo

Junto al preclaro historiador canario José Viera y Clavijo surge la preeminente figura de su hermana doña María del Álamo. Fue oriunda del Puerto de la Cruz, donde vio la luz primera el 27 de Marzo de 1737¹⁶⁴. Tuvo por padres a don Gabriel del Álamo Viera y a doña Antonia María Clavijo.

Con mucho esmero debieron educar estos esposos a su querida hija María, al ver su ingenio despierto.

Y cuando María Joaquina llega a la edad del raciocinio, vemos ya los frutos de la esmerada educación que recibiera.

Dedicose María Viera al cultivo de la escultura y de la poesía. Manejaba, pues, la pluma y el buril. Esculpía y metrificaba, aunque lo primero lo hiciera con más fortuna que lo segundo.

Sentía por su hermano José una admiración profunda. Era idólatra de las relevantes dotes intelectuales del ilustre historiador. Al leer la escultora el poema de don José Viera y Clavijo intitulado *Los meses*, compone en loor de dicha obra los siguientes versos:

En doce cantos produces
Del sol la vasta influencia,
Pero tan bien te conduces
Que el sol y tú en competencia
Tienes tú mejores luces.

Con exquisitos primores
Pintas a la primavera,
Pero unos cuadros mejores
De tu amenidad yo hiciera
Si me prestaras colores.

El rico y pomposo estío
Al oírte se envanece
Pero perderá su brío
Viendo que tu ciencia ofrece
Más riquezas y atavío.

De los frutos la sazón
Que el buen otoño asegura

¹⁶⁴ El texto de *Gaceta de Tenerife* nos dice el año 1736, y además habla del 21 de marzo, en vez del 27, que es el día exacto en que fecha el nacimiento José A. Álvarez Rixo en la biografía que sobre la hermana de Viera incluye junto a los tomos recopilados de sus poesías; y así dan por válida esta fecha los posteriores investigadores que han tratado su obra.

De ti tiene emulación
Que en madurez y dulzura
Le gana tu erudición.

Deja el invierno parada
La tierra en sus producciones;
Mas tu cultura estimada
Labrará siempre sus dones
Aun en la edad más helada.

Nadie podrá hacer la historia
De tus talentos extraños;
Los tiempos canten tu gloria
Los días, meses y años
Eternicen tu memoria.

Pero la manifestación más palpable del verdadero culto que sentía doña María por su hermano, es la poesía necrológica que ella escribió, al morir, en 1813 el Príncipe de los historiadores canarios. Oigámosla:

El admirable ha fallecido...
Sus raras luces ya se han apagado...
Aquel sabio elocuente ha enmudecido...
Su delicada pluma se ha volado.
Este astro bello ha desaparecido,
La tierra se interpuso y lo ha eclipsado:
¡Oh, amable Viera, sombra luminosa!
Tu memoria será siempre asombrosa.

Al que a las Letras dio gala y primores,
A su elocuencia frases y hermosura,
A las musas concepto, brillo y flores,
A la mitología senda pura;
Filósofo cristiano sin errores,
Historiador que nada desfigura.
A este sabio de sabios el portento
¿No habrá, pues, quien le erija un monumento?

Venid, vosotras, ricas producciones,
De la naturaleza libro ameno,
Donde estudiaba sólidas lecciones
Este erudito de talentos lleno.
Rendidle el homenaje de tus dones,

Cerrad su tumba, y en congreso pleno,
Adorad sus cenizas por trofeo
Formándole un honroso mausoleo.

En la flor, en el árbol, y en su yerba,
en la piedra, en la concha, y en el ave,
Del Criador la Omnipotencia observa:
Ya su Dios se eleva en giro suave.
Una ciencia tan vasta y sin reserva
Fue a su especulación preciosa llave,
Que descubrió el encanto y la riqueza
De la admirable y gran naturaleza.

Su nombre que ha exhalado grato olor
Deja estampado en su Canaria historia;
¿Y no merece tal historiador
Se grabe en el diamante su memoria?
Mas la fama del hombre es un vapor,
Y es siempre su alabanza transitoria:
Sí; incomparable y honorable Viera;
La gloria de este mundo es pasajera¹⁶⁵.

Doña María Joaquina escribió décimas, sonetos y esdrújulos. Fue mujer muy culta, cristiana e ingeniosa. Escribió algunos versos con los seudónimos *Una señora* y *Una dama canaria*. Cristianamente educada en su hogar, sintió indignación ante el descoco de las modas indecentes. Y esto nos lo prueban las satíricas estrofas que publicó fustigando en ellas las inmorales modas de su tiempo¹⁶⁶.

Como poetisa, aunque no se remontó a grandes cumbres del Parnaso, sin embargo sus composiciones tienen naturalidad.

Al ser elegido Obispo de Arequipa el Arcediano de la Catedral de Canarias don Luis de la Encina y Perla, María Viera y Clavijo escribióle este soneto:

Tu talento tan rico y tan profundo
en Canaria¹⁶⁷ no cabe, ¡oh grande Encina!
Y por inspiración toda divina
Fue preciso buscarte un nuevo mundo.

El cielo con misterio muy profundo
A una vasta región hoy te destina,

¹⁶⁵ Según la edición de la obra poética de la autora realizada por Victoria Galván, el poema parece tener una estrofa más al final, tras la última que pone Padrón Acosta.

¹⁶⁶ Creemos que se refiere especialmente al poema "Vejamen a las presumidas modistas".

¹⁶⁷ Dice "Canarias", también está el error en su antología de sonetos.

Donde por tu bondad y tu doctrina
Admiren un Obispo sin segundo.

La indiana mitra sin apetecerla
Ciñe tus sienes para hallarse honrada
Y la canaria Catedral al verla,

Llama a la de Arequipa *Afortunada*
Ella cual concha le va a dar su *Perla*
Y la Encina cual palma es exaltada.

Cuando don Manuel Godoy cayó de su encumbramiento, María Joaquina compuso estos satíricos versos:

Fue tu vuelo muy aciago
Infeliz triste Godoy
Y comparándote estoy
Al soberbio Simón Mago,
Tu ambición te ha dado el pago
Pues la insolente quimera
De subir a la alta Esfera
Por fin te precipitó,
Caíste y se te rompió
La planta de tu carrera.

Navegabas con buen viento
Ufano cual un convoy
Mas naufragaste Godoy
Dentro del vasto elemento.
Soñaste el audaz intento
De ser de dos mundos dueño
Y con alevoso empeño
Querías dar a tu persona
La real sagrada Corona
¡Pero que funesto sueño!

El título peregrino
De Príncipe de la Paz
No correspondió jamás
Sino al Enmanuel Divino.
Sin reflexión y sin tino
En Manuel Godoy se encierra,

Viéndose sobre la tierra
Un tan execrable robo
Y hacer de Cordero un lobo
Vertirse de paz la guerra.

Por buscar tu exaltación
Te ves tan vil y humillado
Como el Ángel degradado
En su infausta rebelión
Ir al último escalón
Del Real trono han maquinado
Pero se te ha volcado
Transformándose en cadalso
Al colocar a un Dios falso
En el templo del reinado¹⁶⁸.

Fueron hermanas de María Viera y Clavijo doña Josefa, casada con don Antonio Cabeza; doña Bárbara, que casó con don Miguel Machado; y doña Gabriela, que fue consorte de don Domingo Ginory.

María Joaquina Viera pasó la mayor parte de su vida con su hermano don José, a quien ella tanto amaba y admiraba.

Doña María Viera y Clavijo tenía también sus horas de humorismo. En una ocasión, como le enviasen un cáliz de alfeñique, como regalo, ella remitió con el criado, portador del presente, esta estrofa¹⁶⁹:

Me has enviado un cáliz dulce
Por fineza, y no por chiste.
Lo agradezco y no diré
«*Transeat a me calix iste*».

La cualidad preeminente de esta mujer isleña fue su genio escultórico, sus grandes aptitudes para crear en el *barro vil*¹⁷⁰ figuras maravillosas.

Si nuestra paisana hubiese sujetado a un riguroso estudio sus grandes disposiciones artísticas, hubiera sido una escultora de renombre. Este arte plástico era el encanto de doña María.

¹⁶⁸ El poema es más largo, con más décimas tanto antes como después de las citadas aquí.

¹⁶⁹ Esta anécdota y la siguiente estrofa aparecen en la biografía escrita por Álvarez Rixo sobre la autora.

¹⁷⁰ No sabemos bien a qué responde esta expresión, pues no se lee de forma clara. Aunque probablemente se refiere a *barro vil*, y por eso optamos por ponerla, que es la expresión que escribe la autora en el poema que aparece posteriormente.

El viejo cronista lagunero me dijo en una ocasión¹⁷¹: "para lo que Dios la echó al mundo fue para la escultura y dibujo de figuras, pues hacía el busto en barro de cualquier persona con tal arte que parecía hablaba y se movía".

Una prueba del ingenio peregrino que para la escultura poseía, nos lo atestigua la siguiente anécdota. Doña María Viera y Clavijo hizo en barro la figura del gran Obispo Fray Juan Bautista Cervera, que aparecía en actitud de predicar.

Alguien acercase a contemplar, por vez primera, la estatua del Obispo, y al verla exclamó entusiasmado: "¡Silencio! ¡Va a comenzar!".

El Moño Viejo José Rodríguez de la Oliva¹⁷², alférez de Milicias, pintor y escultor, fue maestro de nuestra dama porteña.

A la escultura citada de Cervera y al cuadro del mismo Obispo, pintado por Oliva, dedicó doña María la siguiente octava:

Del célebre Rodríguez el pincel
Excede en infinito a mi buril,
En lienzo con primores obra él
Yo trabajo mi arte en barro vil
Al lado de su copia exacta y fiel
Mi escultura parecerá pueril.
En conclusión, él llevará la palma
Pues yo retrato el cuerpo y él el alma.

Don Tomás de Nava Porlier escribió a Viera y Clavijo una epístola, cuando este se hallaba en Madrid, y en ella le decía¹⁷³: "Su familia de Vmd. prosigue sin novedad. Una de las señoritas sus hermanas ha dado a luz¹⁷⁴ (no se asuste Vmd.) las pequeñas estatuas del P. Facenda, y de Dn. Vicente Ramos. *Son una obra prima en su género*¹⁷⁵, y el Moño Viejo (o don José Rodríguez de la Oliva, padre)¹⁷⁶ asegura que deben tener tanta estimación como las mejores producciones de su pincel. Dice que como esta Dama le haga un retrato, él le hará otro".

¹⁷¹ Se refiere a Rodríguez Moure. Este otro de los casos en el que Padrón Acosta declara abiertamente una fuente de información oral. Bien es verdad que en este caso la fuente es, contradictoriamente, una persona libresca y culta.

¹⁷² *Nota del autor*: En la biblioteca de la R. Sociedad Económica de La Laguna existe una biografía inédita de Oliva.

¹⁷³ Nos guiamos para la corrección de la transcripción de este fragmento de la carta, fechada en La Laguna el 16 de enero de 1771, por el libro *Cartas de don Tomás Lino de Nava-Grimón y Porlier, V Marqués de Villanueva del Prado, desde La Laguna, a don Joseph de Viera y Clavijo en Madrid*. Transcripción del texto original, con preliminar y notas aclaratorias, por Enrique Romeu Palazuelos, La Laguna de Tenerife, Instituto de Estudios Canarios, 1988.

¹⁷⁴ Después de "luz" Padrón Acosta escribe "en estos días". Ignoramos si es que se olvidó de transcribirlo Romeu Palazuelos o si es añadidura por error del cura.

¹⁷⁵ La cursiva es de Sebastián Padrón.

¹⁷⁶ Esta aclaración entre paréntesis, que creemos oportuna, también es de Padrón Acosta.

Originales de María Joaquina son estos esdrújulos¹⁷⁷:

El anti-Príncipe
Rodando intrépido
En la Península
Dio grande estrépito.
Bajó con ímpetu
De su alto séquito
Como un relámpago
o un rayo tétrico.
Este infiel áulico
Ciego y frenético
Del solio hispánico
Formó su féretro
Privado íntimo
De un Rey benéfico
Se fingió cándido
Para ser pérfido.
Se alzó esta máscara
Y el monstruo bélico
Era una víbora
Con pecho eléctrico.
¡Raro fenómeno!
Amigo y émulo,
Estrella lóbrega,
Incienso fétido
¡Ah Godoy mísero!,
Llora sin término
Lleguen tus lágrimas
Al globo célico.

También nuestra biografiada sentía en su pecho el fuego sacro del patriotismo.

"Ahí está –dice el historiador Ossuna– doña María Joaquina de Viera, que escribe una composición poética en estilo quintanESCO, impresa en Las Palmas y dirigida a las damas de su tiempo, para excitar el amor patrio cuando tenían lugar en el suelo de la Península los acontecimientos de 1808»¹⁷⁸.

¹⁷⁷ Los siguientes versos son una selección de los textos con nombre, según la copia de Millares Torres, "A Godoy. Décimas y Esdrújulos", fechados en 1808.

¹⁷⁸ Nota del autor: *Cultura social de Canarias*. Pág. 10.

Doña María del Álamo Viera y Clavijo, murió, de una perlesía, en la ciudad de Las Palmas de Gran Canaria a la edad avanzada de 83 años, el 26 de Septiembre del año 1819 sobreviviendo seis años a su idolatrado hermano, y siendo célebre como él¹⁷⁹.

Sebastián PADRÓN ACOSTA
Orotava (Tenerife)

¹⁷⁹ Por lo que hemos podido ver a lo largo del análisis, todos los poemas citados de la Maria Joaquina Viera y Clavijo están presentes en la copia de sus textos hecha por Álvarez Rixo. Interpretamos por ello que seguramente Sebastián Padrón Acosta tuvo acceso a este archivo y probablemente sea la fuente principal para escribir estos dos textos en *Gaceta de Tenerife* en el año 1922.

- 23 de mayo

El mar, la mañana y la infancia¹⁸⁰

Aún fulguran en la inmensidad infinita las últimas estrellas, que parpadean misteriosamente como lejanas pupilas, cansadas tal vez de vigilar durante el silencio de la noche.

Sobrecogido, anonadado de mi cariño intenso hacia el mar dilatado, me levanté con las estrellas y he venido a la ribera para contemplar la hora luminosa y casta de la mañana, en medio de las armonías atlánticas.

El pueblo se perfila en la lejanía, coronado por la torre parroquial¹⁸¹, que surge sobre el caserío, como un índice gigantesco, señalando la celestial ruta. La silueta del caserío está envuelta en una luz difusa. Gasas sutiles parecen envolver a este conjunto de casitas, que reposan bajo el palio glorioso del cielo estrellado.

Las penumbras van disipándose paulatinamente. Las luminarias astrales se apagan en la inmensidad lejana.

El pueblo va surgiendo. Las cosas adquieren nuevamente sus contornos, fisonomías y colores. Una luz, primero difusa, radiante luego, envuelve el paisaje. Una curva luminosa aparece en el confín lejano, sobre el horizonte. Es el sol que se levanta glorioso sobre el tálamo de los mares. El día despierta alborozado. El alba es la hora exquisitamente bella. Todo surge, como iluminado, como glorificado, como purificado. Del inmenso caserío ascienden espirales azules de humo, que envuelven al pueblo en una gasa azul. El sol triunfa sobre los mares, esplende sobre la esmeralda de las lomas, y reverbera triunfalmente sobre el Pico de Tenerife, "tan blanco que parece que aún está lleno de sal marina"¹⁸². La salmodia de la mañana asciende como una plegaria de la Naturaleza embelesada.

La hora matutina me parece más bella que la del crepúsculo vespertino. Hay más alegría, más radiantes claridades, más purezas en este despertar de las cosas, en este desperezo de las flores, de los mares, de las sonoridades diurnas. El amanecer parece conservar el prístino brillo de la hora en que la Naturaleza brotó ante la palabra creadora.

En el alba parece que realmente se pronuncia el *fiat* que en la mañana de los mundos y de los seres corriera por el vacío...

El crepúsculo vespertino tiene otro poema de melancolía, otro desasosiego íntimo, otra aureola medrosa. Las sombras ponen en el paisaje una pincelada sombría, una nota de tedio.

La mañana reanuda su labor. Los hombres vuelven a sus luchas, a sus trabajos. El pensamiento funciona nuevamente, creando en el silencio de su alquitara. Todo se adorna de nimbos y aureolas.

¹⁸⁰ Perteneciente también a su libro inédito *Junto a la mar azul*.

¹⁸¹ Imaginamos se refiere al Puerto de la Cruz, y a la torre de la iglesia levantada en época de Esquivel.

¹⁸² Otra vez palabras de Tomás Morales, ahora del "Himno al volcán".

La luz irisa los mares, acaricia las montañas erguidas, como viejos titanes petrificados. La gama de los colores fulge bajo el beso ardiente de la lumbre solar.

Todo se exalta en el alborozo, en el júbilo de la naciente mañana.

Mis ojos se posan en esta llanura azul; mi pensamiento vuela hacia el mar. En este amanecer, el recuerdo de mi niñez florece en mi espíritu.

¿Fue, *este* viejo mar, *aquel* que arrulló mis años primeros? Este rumoroso Atlántico, ¿oyó las algazaras de mis inquietudes infantiles, en aquellos días jubilosos en que correteaba por las playas, y me zambullía en las aguas? ¿Qué pensaba yo del mar en aquella edad florida en que mi alma de lirio recibía las primeras sensaciones de la vida?

Solo recuerdo que el mar me ponía cierto respeto medroso. Me daba miedo *este* mar tan ancho, tan dilatado, tan rabioso...

¿*Este* es *aquel* mar de mi puerilidad? ¿*Estas* olas, que atavían las playas, son *aquellas* que indiscretas venían a besar mis pies?

Sí; es él. El armonioso mar junto al que rimé el poema de mi niñez florida. Estos ecos, estas sonoridades de la playa despiertan en mi alma los ecos dormidos de mi infancia desaparecida.

Y cada ola me parece una estrofa de aquel poema inolvidable. Y estas aguas azules, rizadas, que acarician la costa, son las mismas que contemplé en mi edad de oro, en la mañana de mi vida. El recuerdo me hace amar más intensamente, más melancólicamente a este sonoro Atlántico. Y fue por estos roquedales, por donde yo divagué con mi caña, armado pescador imberbe, diminuto Quijote que viniera al mar en actitud de conquista. Y fue en estas doradas playas donde recibí las primeras abluciones del mar, bajo la impresión de hondas inquietudes.

Vivo perennemente abrazado al cadáver de mi infancia, que diría el gran González Díaz. No gocé el esplendor primaveral de mi juventud. Mis siete años de cautiverio monástico hicieron que mi juventud se marchitara en el silencio de los claustros sombríos, como una flor de estufa¹⁸³.

Por eso evoco, añoro y canto las castas floescencias de mi puerilidad. La infancia es el *minuto de oro*, que dijera Víctor Hugo. En la infancia el alma vive como envuelta en la penumbra. El espíritu diríase que se halla entonces en un momento de crepúsculo, pues la mañana de la racionalidad no ha surgido aún virilmente.

Conservo en mi alma el recuerdo de aquellos años infantiles, única vez en que la dicha pasó junto a mí, acariciándome con sus galas sutiles.

Mi espíritu no estaba entonces entristecido por esta eterna inquietud en que vivo, como un mártir silencioso, ahogándome en el secreto de mi dolor. Después de que sentí el dolor de pensar, mi vida ha sido un naufragio horrible, en que todo ha naufragado,

¹⁸³ Esta expresión hace alusión a una persona delicada y enfermiza. En este párrafo queda claro que su estancia en el Seminario (entre 1913 y 1919, unos seis años, y no siete como dice) partió por la mitad su juventud: esa es la percepción que él tiene, y suponemos que será el meollo de su salida, de sus dudas (recordemos el artículo, "Nocturno", de su seudónimo *Silvio de Portinari* en *La Comarca* de Icod).

salvándose únicamente mis creencias religiosas, únicas tablas salvadoras a las que vivo eternamente asido en medio de esta gran catástrofe de mi vida.

Esta mañana luminosa y sonora, este mar inquieto y rumoroso han despertado en mi corazón el recuerdo del alborear de mi vida.

Brisas lejanas olean mi frente en estos minutos rememorativos. El mar sigue imperturbable su labor.

Este Atlántico, que baña mi rincón nativo, no ha variado desde aquella época dichosa...

Yo, en cambio, solo conservo las cenizas venerables de mi infancia, encerradas en el arca santa del recuerdo. A veces mi alma se deleita contemplando esas reliquias santas...

Sebastián PADRÓN ACOSTA
Orotava (Tenerife)

- 27 de mayo

Heraclio Sánchez Rodríguez

(Con la venia del gran Maffiotte¹⁸⁴
y el sesudo Odin¹⁸⁵)

Miradlo transitar los senderos floridos de la vega lagunera, con el semblante pensativo, cual si fuese preocupado por la solución de algún enorme problema de la Sociología, esa ciencia tan moderna, que él tanto ama.

Es alta su figura, que parece estar vivificada por ese hondo espiritualismo, plasmado por Domenico Teotocopuli¹⁸⁶, en la original magnitud misteriosa de sus ascéticos personajes.

Cuando ocupa la sagrada cátedra, diríase que, olvidándose de la forma, prosigue fijamente el desenvolvimiento de un pensamiento trascendental, con sus consecuencias legítimas y formidables. Se olvida de la forma, para poner toda la intensidad de su espíritu en el panorama vasto de un pensamiento fundamental.

Es artista del pensamiento. Es un espíritu analítico y observador, como José Martínez Ruiz.

La palabra fluye de su boca como un desbordado torrente, que cae vertiginoso. Su concepción oratoria surge con nerviosidad mental, si así puede decirse.

La Sociología –la ciencia del día– es la que predomina en el desarrollo de sus temas. Sabe buscar en el corazón de las cosas facetas y tonalidades originales, que él descubre a través de su intuición.

Es, ante todo y sobre todo, *un pensador por cuenta propia*, la gran característica de los espíritus superiores, de las almas que llevan incrustada la aristocracia del pensamiento, la más alta de las aristocracias.

Ante su visión interna surge el Dogma cristiano, anatematizador a veces, consolador a ratos.

Su verbo cálido tiene muchas veces tonalidades de anatema implacable. Guiado por la radiosa luz de la razón, va a buscar la solución de los grandes problemas al pie de la Cruz, la inagotable fuente de todas las soluciones.

Es una idiosincrasia fuertemente rebelde. Heraclio Sánchez no puede soportar el peso desesperante de la injusticia social. Por eso recrimina y fustiga, levantando muy alto su voz amenazante y condenatoria. Esgrime la espada de su palabra contra los que se olvidan de sus grandes responsabilidades.

Sin embargo, Sánchez Rodríguez no hace otra cosa que predicar la doctrina armonizadora y fraternal de Cristo, el gran demócrata, el gran sociólogo, el gran amigo

¹⁸⁴ Maffiotte. Suponemos se refiera al dramaturgo Ildefonso Maffiotte, colaborador habitual de *La Prensa*.

¹⁸⁵ Seudónimo que firma frecuentemente por estos años en *Gaceta de Tenerife*.

¹⁸⁶ Recordemos que sobre El Greco escribió el 29 de junio de 1921.

de los humildes. Sin embargo, esta rebeldía reivindicadora está engendrada en los senos de la plegaria. Es un rebelde, un revolucionario, si queréis, pero un revolucionario de la Cruz.

Dijérase un Savonarola que lanza anatemas sobre la muchedumbre claudicante. Sobre las multitudes, arroja, como Cristo, latigazos acusadores.

Quizá, sin Heraclio Sánchez sospecharlo, sobre su alma pesa, con honrosa pesadumbre, la sombra luminosa de Ernesto Hello, genio de la Francia.

Yo a veces sospecho que este pensador francés le hace subir a cumbres elevadísimas, desde las cuales vislumbra perspectivas grandiosas y escalofriantes.

Se me imagina que el autor de *El Hombre* pone en su espíritu incendios gloriosos, inquietudes magnas.

Alguien ha dicho que "nuestro pensamiento, en contacto con el de los grandes hombres, crece".

Heraclio Sánchez —el cura simpático y moderno— preocúpase hondamente de las cuestiones de palpitante realismo.

Tiene su estilo propio, su ideología, su criterio amplio, su temperamento artístico, su *idearium* estético.

Es un pensador que siente las inquietudes del alma moderna. También a veces parece un poeta, pues aunque la meta sea la clámide regia de la poesía, sin embargo en la túnica magna de la prosa puede envolverse el alma palpitante del poeta.

Él ha estudiado en la Historia Universal la fisonomía de los siglos de las instituciones, de los sistemas; las lecciones de las edades.

Es filósofo. Difícilmente se puede ser teólogo y sociólogo sin la orientación de la filosofía. Las ciencias morales, filosóficas y políticas le atraen, no las exactas. Ama las que conciernen al desenvolvimiento intelectual y moral.

Sánchez Rodríguez maneja admirablemente la Dialéctica. Es un gran polemista. Recientemente lo ha demostrado¹⁸⁷.

Él es la argumentación palpable de que el arte, la rebeldía, la inquietud, la verdad, no están reñidas con el Catolicismo. La verdad es la gran piedra fundamental de todo su edificio ideológico.

Unas veces este moderno pensador siéntese halagado por el optimismo; otras muérdele el pesimismo. Es el claroscuro ideológico y psicológico de nuestro caro amigo.

¹⁸⁷ Habrá que repasar *Gaceta de Tenerife* por esta época pues seguro hace referencia a alguna polémica en este medio.

Es un lector asiduo. Su pensamiento vive siempre en contacto con el de los grandes artistas.

Heraclio Sánchez Rodríguez prosigue su sendero, llevando en su espíritu una ansiedad infinita de luz. Heraclio Sánchez es un pensador, un rebelde, un revolucionario que esgrime desde el púlpito la espada de su verbo ardiente y anatematizador.

Fulmina anatemas implacables. Es un defensor del pueblo y un acusador de los explotadores. Grita desde el púlpito como desde una gran barricada...

Sebastián PADRÓN ACOSTA
Orotava (Tenerife)

- 3 de junio

Castilla hacia el mar...¹⁸⁸

Ved abierta la gran ruta por donde navegó la gloriosa falange de los aventureros, de los descubridores de mundos, de los conquistadores de islas, de los dominadores de reinos, de los adivinadores de mares y continentes. Contemplad con deleite soberano ese triunfal sendero donde aún parece flotar un espíritu de epopeya, de gloria, de conquista, de aventura.

En noches calladas, sobre el temblor de mares ingentes, almas artistas soñaron con el descubrimiento de grandes maravillas.

Y Cristóbal Colón –alma recia, creador formidable– atravesó lleno de presentimientos inquietantes, la ancha ruta de la mar dilatada. Y las estrellas alumbraron, temblorosas, la gran jornada del gran almirante. Y la mar se curvó flexiblemente, al imperio soberano de su paso. Y sobre el seno tembloroso, palpitante del Océano, Cristóbal Colón vislumbró, lleno de profundos júbilos, la maravilla de un gran continente. Y audaces carabelas, con sus lonas hinchidas, surcaron los mares "con pasmado volar de ingentes aves marinas"¹⁸⁹. Y en la historia clavó enardecido, orgulloso, con gesto genial, la más radiosa estrella que alumbra con sus fulgores el nombre de España. Y Vasco de Gama descubrió asombrado la enorme llanura del mar Pacífico. Y en marchas triunfales, las naves salieron de las costas españolas, con sus velámenes desplegados, como gallardetes victoriosos, en busca de aureolas guerreras, en busca de resonancias bélicas, que llenaron de sonoras epopeyas el gran anfiteatro de nuestra historia.

Y el mar fue la senda por donde navegó altiva la aristocracia del alma española. Y el mar fue el teatro de las grandes hazañas de Castilla, que sintiéndose atraída por la gloria del mar, hacia él voló impulsada por los anhelos del descubrimiento y de la conquista. Y Hernán Cortés y Francisco Pizarro, venciendo las inclemencias y cóleras del Océano, llegaron a lejanos territorios, glorificando con sus hazañas innovadoras, el nombre de la soberana Castilla.

Y el alma española sintiose sugestionada por la gran ruta marina, y por ella navegó en carabelas, en naves audaces que con sus quillas indomables, con sus proas enhiestas, vencieron la soberbia de las olas.

Y una resonancia de épicas hazañas, de altas fechorías, de luchas inauditas, se oyó en la soledad sonora de los mares anchurosos. Por el mar navegó el alma épica y ardorosa, aventurera y triunfal de nuestra gran madre Castilla.

Magallanes descubre las trabas de un estrecho, con audacia soberana. Sebastián Elcano, sintiendo en su espíritu los estremecimientos del piélago, marcha hacia él, como un gran aventurero, dando la primera vuelta al mundo, según rezan crónicas de antaño.

¹⁸⁸ Puede que sea parte de su *Junto a la mar azul*.

¹⁸⁹ Tomás Morales otra vez es el referente: este verso es de su poema "Oda a las glorias de don Juan de Austria", aunque en realidad el verso comienza por *como un pasmado...* y no *con pasmado...*

Los mares, con sus rumores, aún parecen cantar la alta epopeya de esta raza gigante, que hoy cansada, exhausta vive como rendida bajo la pesadumbre enorme de sus pasadas conquistas.

En los siglos XVI y XVII el alma de Castilla, sintiéndose conquistadora y altiva, como si el mar desde lejos le llamara, voló a la extensión infinita, saturándose de inmensidad en las vastas llanuras de las aguas sonoras.

Y los navieros españoles –encarnaciones del espíritu castellano– navegaron presurosos, gallardos por los senderos plúmbeos. Las naves desplegaron al viento el estandarte de sus lonas, se engalanaron las arboladuras, se irguieron los mástiles, las indomables quillas curvaron las aguas, las proas rompieron las líquidas superficies, las brújulas orientaron las rutas, las estrellas alumbraron los ensueños de los conquistadores audaces.

Y la mar dejó en las velas de los navíos de Castilla la caricia de las brisas salobres. Y surgieron islas de maravilla, continentes insospechados, mares misteriosos, mundos desconocidos.

Sobre la sonoridad de los mares triunfó, enardecido y altivo, conquistador y aventurero, el espíritu épico de la brava Castilla, sobrecogida por la atracción del mar que le llamó desde la lejanía hacia sus gloriosas planicies.

Y por el mar, los españoles –peregrinos de las aguas– llevaron la savia de la civilización, la sangre de la raza, la ideología preclara, el lucero de la fe, la mimosidad de la *fabla* inmortal a tierras lejanas que dormían el sueño de la barbarie.

¡Salve a la Raza egregia, que sintiéndose prisionera en sus heredades vastas, buscó expansión a sus anhelos de conquista en la infinitud de los mares maravillosos!

Sobre la soledad clamorosa de las aguas aún parece flotar el alma épica de la gran Castilla, que rompió las columnas de Hércules; aún parece oírse la sonoridad bravía de las batallas –que cantara reciamente Alonso de Ercilla– remedada por las bataholas del mar eternamente inquieto, eternamente rizado, eternamente azul, eternamente sonoro...

Aún fulguran en el espacio los mundos siderales, que alumbraran gloriosas conquistas...

En esta epopeya marina, hondamente castellana, no podía faltar la figura inmortal y luminosa de Miguel de Cervantes, que bajo la mirada de las estrellas navegó sobre la armonía de los mares, en las empresas del gran español don Juan de Austria, héroe preclaro en las luchas de Lepanto...

Sebastián PADRÓN ACOSTA
Orotava (Tenerife)

- 4 de junio, *La Mañana*

El monarca de los campos

Dichoso tú, labriego madrugador, que te levantas con el alba, para vigilar la tierra de tus faenas, sintiendo la poesía profunda y callada de los amaneceres radiosos y purificadores. Tú roturas la tierra con el arado; fecundizas los campos bajo el impulso vigoroso de tu brazo soberano.

Sales a los campos para contemplar los frutos y las flores, que han brotado, después de una gestación milagrosa del germen vital. Cuidas la tierra con ferviente ansiedad, con la fe puesta en la bendición de las alturas.

La lluvia y el sol estremecen y fecundizan los gérmenes depositados en el seno prolífico de nuestra gran madre, la tierra.

Tu labor infatigable ha dejado su huella en tus nervudos brazos, en tus manos endurecidas, en tu carácter agreste. Tú ofrendas a la tierra el tesoro de tus energías, el valor de tu esfuerzo. Das a la tierra la plenitud gloriosa de tu vida...

Y ella te devuelve la dádiva en floraciones, en frutos, en plenitudes vegetales.

Recoges las doradas mieses bajo las lumbres abrasadoras de un sol estival.

Dios te dispensó el ministerio de la labranza, porque Él sabía que tú amarías la tierra con cariño filial. Y tú cumpliendo la misión impuesta, arrojas las semillas en el seno de la besana, que hizo la pericia de tu arado, dirigido por el vigor de tu brazo. Tú labras la tierra con ansiedad cordial.

Después de tus faenas, reposas de tus fatigas a la sombra deleitosa de los árboles, tus grandes amigos, y tus grandes camaradas. Con el azadón ablandas la tierra para que mejor rinda sus frutos. Sientes como tuyas las enfermedades de los sembrados. Te alegras, cuando los campos fructifican y florecen, después de tú haberlos labrado con el impulso gigantesco de tu brazo soberano. Sientes entonces la íntima satisfacción que invade el alma del artista, al contemplar, absorto, su obra triunfadora, la con tanto esfuerzo y cariño gestada en el fondo de su ser.

Por la noche, al retornar de tus faenas diarias encuentras en tu casita blanca, recatada entre la fronda, unos brazos amorosos que te estrechan con amor y que te hacen olvidar el cansancio de tu labor fecunda.

Y sobre tu frente, antes cubierta de sudor, por el esfuerzo del trabajo, tu cordial esposa deposita un beso fervoroso.

¡Dichoso tú, labriego feliz, gran monarca de los campos!

Sigue amando la soledad y el silencio de tus predios; jamás abandones tu vida silenciosa y tranquila, por la artificial y frívola de las ciudades ruidosas.

Descansa, monarca de los sembrados, a la amable sombra que te ofrecen las copas frondosas de los árboles de tus huertas, acaso por ti mismo plantados. Nunca te apartes de la humilde casita, que tus propias manos levantaran entre la poesía de los verdes follajes.

Salud a nuestro gran hermano, al labrador que se levanta a la hora inefable de la madrugada, cuando las estrellas ocultan sus lumbres azules. Cuando los pajarillos,

sintiendo las caricias despertadoras de la luz matinal, saludan con la música de sus trinos la llegada del día, ya tú te hallas contemplando silencioso la obra de tus manos fecundadoras, la obra de tus ensueños dorados.

Salud al obrero de la tierra, al impulso vigoroso del brazo del labrador.

¡Bienaventurado seas, monarca de los campos!

Sebastián Padrón ACOSTA

Orotava (Tenerife)

- 8 de junio

La inmensidad¹⁹⁰

Estoy sentado a las orillas del Atlántico, sobre un resalte de la costa bañada de sonoridades marinas. Es la hora del descenso oceánico. El piélago de retira, majestuoso y solemne. Los musgosos roquedales quedan bañados, purificados por las aguas, que huyen en esta hora del reflujo, después de una ablución litúrgica. El sol reverbera en el mar con mil cambiantes de luz. En unas rocas cercanas estréllanse las olas, que al chocar se alzan, se yerguen convertidas en miríadas de gotas, irisadas a fuer de grandes surtidores.

Un sentimiento de inmensidad, de plenitud, invade mi espíritu. Mi alma vuela hacia el mar, exaltada hacia la extensión infinita.

La mar se tiende rumorosa. Ondula, se curva, se riza. Son estas horas, horas de visión deleitosa. El alma, ante este señuelo de la inmensidad marina, siente ansias de infinitud, de ascensión. Anhela ser gaviota, para cruzar, audaz y libre, las regiones del espacio. El deseo de conquistas, de vastos reinados florece en el espíritu.

A mi memoria llegan aquellas palabras de Enrique Rodó: "No hay lindes que te repartan en patrias, ni heredades, ni voluntad que te sujete, ni huella que en ti dure. No hay inmundicia que sea capaz de macularte, porque todas las desvaneces en tu infinitud y las redimes con tu austera pureza"¹⁹¹.

El océano tiene el don de la ductilidad, curvándose y ondulándose. Voluptuoso se acerca a la ribera "con largor de caricia y agilidad de fuego", tendiendo regimiento en las playas sus espumas como inmensa e inmaculada piel de armiño. Pero hoy el litoral presenta una fisonomía melancólica, ennegrecida, porque el titán azul ha dejado de acariciarlo, dulcemente sugestionado por las caricias lunares. ¿Qué atracción poderosa, irresistible ejerce la luna sobre el mar que ha dejado la ribera, atraído por la dulce Febea? Los roquedales ostentan sus caprichosas formas, su semblante sombrío. Ha huido la nota blanca de la espuma.

Un pescador, al pasar junto a mí, ha dicho en el *argot mariner*o: "La mar está vaciando".

Una bandada de chiquillos invaden la playa, uniendo sus algarabías a las bataholas de la mar.

Se quieren aprovechar de la ocasión. Y se esparcen por el roquedal, como una bandada de aves, buscando tesoros marinos, *lapas*, *conchitas*, *moluscos*. Los chicuelos aprovechan estas treguas, estas pausas del mar, para robarle sus *diminutos valores*.

De vez en vez el mar les salpica con alguna ola inquieta, cual si protestara del despojo. Y los chiquillos siguen obstinados en su labor, imperturbables.

La inmensidad infinita tiéndese como una tentación que impulsara a la aventura, a la conquista.

¹⁹⁰ Puede que sea parte de su *Junto a la mar azul*.

¹⁹¹ Pertenciente a un texto del uruguayo llamado "Al mar".

Mi alma se ha llenado de un ansia inefable de infinitud, de inmensidad, de ascensión, al contemplar la vastísima llanura azul.

Y un frescor marino, una brisa atlántica, ungida de yodos y sales, penetra en mí, como una caricia de la mar, tonificándome, exaltándome.

Sebastián PADRÓN ACOSTA
Orotava (Tenerife)

- 11 de junio, *La Mañana*

La ironía

Es una espada singular de sin igual acero que solo puede ser esgrimida por gentes de honor. Si la manejan los mediocres, los espíritus vulgares este destello refulgente de ingenio se convierte en insulto ramplón, en majadería escandalosa.

La ironía es la chispa del talento. Se necesita caballerosidad delicada para esgrimir esta lanza de honor en la palestra, en el torneo literario.

Es preciso un ingenio sutil para que la delicadeza de la ironía no se torne en dicho de rufianes.

La ironía consiste –y valga la paradoja– *en decir las cosas, sin decirlas...*

Es un velo delicado con el que solo el ingenio puede cubrirse.

La ironía caballeresca da la sensación de un espíritu de alta alcurnia mental. Es un privilegio. En manos del vulgo la ironía es un arma muy peligrosa. La ironía tiene cierto gracejo halagador. Es punzante como el epigrama. Miguel de Cervantes esgrimió la lanza de su ironía, que fue el destello deslumbrante de su genio soberano. La ironía tiene cierta cortesanía sutil. Posee su poder. Hierde delicadamente. Cuando la ironía es una chispa del cerebro, duelen menos sus punzadas. Nos doblega esa superioridad magna del talento. Y a veces esa censura nos hace reír por obra y gracia de su exquisitez.

Muchos humanos piensan que ser irónico es ser mal educado.

Nada más falso. La ironía debe arrojarse no como una piedra sino cual flor galana cogida en el huerto literario.

En la polémica la ironía es un arma formidable y temible para el adversario.

Esgrimid el acero de la ironía, pero con gentileza.

Sed caballeros en este torneo, donde solo pueden tomar parte los privilegiados.

Sed gentes de honor.

La vida hay que pasarla con cierto gesto, dolorosamente irónico.

Sebastián Padrón ACOSTA
Orotava-Tenerife

- 17 de junio

Siluetas de Mujeres Canarias. Dolores Pérez Martel

Sobre la llanura austera, tendida al sol, levántase grave y sugestiva la vieja ciudad canaria, nimbada de silencio y de leyenda. Rodéanla montañas ingentes, que se yerguen altivas cual murallas protectoras. En los recodos, en las revueltas de sus caminos surgen los viejos álamos, que muestran en el paisaje su nevada faz. Los predios ostentan la esmeralda de sus verduras, que se despliegan loma arriba, como alfombras vistosas. Las viejas mansiones señoriales de blasonados frontispicios, los santuarios aureolados de narraciones milagrosas, las cruces de los senderos agrestes, las espadañas y campanarios de los conventos e iglesias nos dan la sensación de una ciudad religiosa y caballeresca.

En el interior de sus casas solariegas parecen vagar aún sombras de personajes sobresalientes, que dieron lustre y renombre a esta ciudad encantadora que en la Primavera se engalana con una túnica de maravilla. Dentro de sus monasterios diríase que palpita el fervor ardiente de almas santas que tejieron el poema de sus virtudes preclaras tras las tapias de los viejos conventos, donde todavía se oyen las músicas severas del órgano, que semeja el alma del pasado, que solloza, que se queja.

Erguidos están aún santuarios venerables, levantados entre la umbría de las frondas, y en los que se conserva el oro de la tradición. Cuadros, sobre los que el tiempo ha dejado su pátina sombría, evocan figuras legendarias, religiosos austeros, fundadores ilustres. Bajo la apacible sombra, que brindan las arboledas, reposan ermitas que viven su sueño de leyenda.

Sitios pintorescos rememoran las hazañas de caudillos bravíos, que dejaron en la historia un gesto de altivez.

Cuando las campanas de sus negros campanarios lanzan al viento su metálica voz dijérase que el pasado despierta, se alborozaba y revive al conjuro mágico de esos clarines sonoros, que el Cristianismo ha puesto en lo alto de sus templos como una voz de plegaria y recogimiento.

En la Primavera las flores abren sus diminutos incensarios, que difunden en la paz del ambiente diáfano la caricia olfativa de sus aromas deleitosas.

Este rincón soñador –jardín y monasterio– es la ciudad señorial fundada en el siglo XV por Alonso Fernández de Lugo. Es la ciudad de las celosías, de los pensiles, de los campanarios, de las señoriales mansiones, de la vega luminosa. Es la ciudad antigua y caballeresca que despertó la curiosidad del eminente paradójico don Miguel de Unamuno en su libro *Por tierras de Portugal y España*¹⁹². Es la amplia ciudad de

¹⁹² Efectivamente, Miguel de Unamuno recoge en su libro *Por tierras de Portugal y España*, publicado en 1911, un capítulo titulado "La Laguna de Tenerife", además de otro dedicado también a Canarias llamado "La Gran Canaria", este sobre la isla vecina donde estuvo como mantenedor de los Juegos Florales de Las Palmas en 1910. Como se sabe, estos textos tienen que ver con la primera estancia de Unamuno en las Islas; luego estará en 1924 en Fuerteventura por problemas en la política peninsular del momento de Primo de Rivera. Entre otras letras escribe, en relación a las palabras de Padrón Acosta, cosas como esta: *En La Laguna, un silencio y una soledad que se me metían hasta en el tuétano del alma. En el cielo bruma, una bruma de ensueño, de soñarrera más bien. Unas calles largas, largas como el ensueño; en el fondo una torre oscura tronchada. Acá y allá, casas con salientes miradores de madera,*

San Cristóbal de La Laguna, en la isla de Tenerife. En esta pintoresca y tradicional ciudad tuvo su cuna nuestra distinguida paisana la señora doña Dolores Pérez Martel, que nació el 5 de Noviembre del año 1859. Fueron sus padres don Francisco Pérez Romero y doña Candelaria Martel Colombo.

Desde pequeña fue aficionada a la lectura, según propia confesión. Más tarde comenzó a escribir, impulsada del culto ferviente que rendía a la Literatura. Escribía en prosa.

- Nunca compuse ni un verso –nos dice nuestra silueteada–.

Pasaron los años, y le acarició la gloria literaria.

En 1908 publica nuestra isleña su novela *Suegra y solterona*¹⁹³, en la que hace la apología de la suegra y de la solterona, personificadas en las dos principales protagonistas, en torno de las cuales gira el fondo de la obra y que se llaman Magdalena y Clara.

Esta novela de caracteres está dividida en dos partes, constando la primera de XII capítulos, y de XVI la segunda.

La acción de la fábula se desenvuelve en la isla de Tenerife. En esta obra abundan pinturas de aspectos de pueblos canarios. El diálogo es fluido; los caracteres están bien delineados.

La acción es sencilla. El fin de esta obra es hacer una reivindicación justa de estos dos caracteres.

Doña Dolores Pérez Martel sueña con el triunfo del feminismo, cuando escribe en su citada obra: "Desgraciadamente la mujer, por falta de ilustración, no puede ser lo que debiera; quizá un día no lejano se ponga remedio a este mal"¹⁹⁴.

Colaboró nuestra distinguida paisana, entre otros periódicos, en *El Pueblo Canario*, de la ciudad de La Laguna¹⁹⁵.

En el tercer número de la revista canaria *El Cuento Regional* dio a la luz su novelita corta *La monjita*, en la que pinta el alma torturada de Emma y la idiosincrasia de Guy.

Este trabajo novelesco está trazado con cierto espíritu volteriano.

Ha escrito otros trabajos, que permanecen inéditos, y cuyos títulos no nos ha querido revelar su autora, llevada de una modestia excesiva.

Sobre su hogar, ayer dichoso y tranquilo, ha flotado la tragedia. La muerte ha estado en continuo acecho en torno de su rincón doméstico.

de celosías, pintados de verde por lo común; unos miradores muy típicos tras los cuales se adivina a la dama que espera, que espera desde hace siglos.

¹⁹³ Aunque es cierto que el libro lleva la fecha de 1908, creemos que no salió definitivamente a la luz hasta bien avanzado el año 1909 pues todas las referencias y reseñas que encontramos en los medios canarios sobre el mismo son a partir de agosto de 1909.

¹⁹⁴ Estas son unas palabras que le dice Magdalena, la viuda, a su hija Alicia cuando ya anda enamorada de un tal Pepe, el que será su marido en breve. La cita es tomada del capítulo XII de la primera parte, concretamente de la página 118.

¹⁹⁵ Este diario fue dirigido por su hijo, Joaquín Estrada Pérez, del que más adelante se hablará.

- Primero vino a herirme –exclama– la muerte de mi dolorido esposo, Joaquín Estrada Madan, que también escribía sus versos.

Más tarde, una nueva tumba se abre ante sus llorosos ojos de madre, pues su querido hijo Joaquín, joven que tanto prometía, muere en una hora de desolación angustiosa.

Su maternal corazón sintió una terrible sacudida. Joaquín Estrada Pérez, redactor de *El Liberal*, de Madrid, fenece en la plenitud de sus años floridos.

- Se fue –me dice su madre– cuando empezaba la vida. Mi hijo Joaquín escribía muy bien; no sé si es que yo lo contemplo a través de mi maternal cariño¹⁹⁶.

La madre nos habla con una angustia infinita, que sale a sus ojos pensativos. Hay en sus palabras los dolores de la esperanza perdida.

Y después de estos trances terribles, en que la muerte le ha llevado dos seres tan queridos, recientemente muere la inseparable hermana de doña Dolores, doña Carmen Pérez Martel, la que le alentaba en todos sus dolores y amarguras.

Como podrá ver el lector, nuestra esbozada ha pasado, como ella misma nos ha dicho, por los dolores más amargos de la vida.

- Hoy –prorrumpe– solo me queda el cariño de mi pequeña nietita, la hija del malogrado Joaquín, y el de mi hermano Francisco, que ha querido traerme de mi soledad para vivir en su compañía.

- ¡Han pasado tantos años! y las continuas desgracias me han hecho olvidar todo eso que antes tanto me encantaba. Ayer, me gustaba mucho escribir; hoy, después de mis continuos dolores, he olvidado todas esas cosas –exclama nuestra paisana–.

Doña Dolores Pérez Martel nos habla de su pasado literario como de algo esfumado en las lejanías penumbrosas del recuerdo.

Ella nos habla con afabilidad, con voz dulce y tierna, ungida de amabilidades exquisitas.

Con palabra fácil, con sus ojos velados por las lágrimas, nos relata dolorosamente las tragedias de su hogar, en la soledad y quietud de una estancia, doblemente silenciosa por la calma de la ciudad lagunera, patria nativa de nuestra escritora, que ha sido modelo de esposas y dechado de madres.

Doña Dolores nos ha hecho estas confidencias familiares, accediendo galantemente a la insistencia de nuestras interrogaciones.

Ella ha roto su pluma, evitándonos así el placer de leer sus bellas páginas.

Y en una mansión de la quieta ciudad de La Laguna vive silenciosa doña Dolores Pérez Martel, la autora de *Suegra y solterona*, recogida en el secreto angustioso de sus internos dolores.

Sebastián PADRÓN ACOSTA
Orotava (Tenerife)

¹⁹⁶ Sobre Joaquín Estrada Pérez, con textos suyos, podemos leer el libro que tiene una introducción de M. R. A. (probablemente María Rosa Alonso) y un artículo de Ildelfonso Maffiotte, que forma parte de la colección "Escritores Isleños" (de la Librería Hespérides de Santa Cruz de Tenerife), y que lleva el título exacto de *Joaquín Estrada Pérez. Biografía y crónicas del malogrado escritor*.

- 22 de junio

Manuel Verdugo

Con motivo de su reciente libro Estelas

Cual magnífico florón señorial de la métrica castellana aparece en la literatura contemporánea el libro *Estelas*, de Manuel Verdugo, con una dedicatoria breve, rotunda y signativa al *Príncipe de las Letras*, Jacinto Benavente.

Como dos afilados aceros el rapsoda coloca en las primera páginas de su libro dos párrafos, uno de José Enrique Rodó, el pensador americano, y otro del poeta Ramón de Campoamor; aceros que Verdugo esgrime contra los Sanchos que pudieran murmurar de las actitudes diversas del altivo Caballero andante. El libro ostenta en su cubierta *Estelas*, título con que Verdugo bautiza su segunda obra definitiva. *Estelas* es toda una pedrería maravillosa, que resplandece esplendorosamente; peregrino joyel de facetas singulares. Manuel Verdugo es el andante caballero de la ironía, el poeta del gesto altivo y desdeñoso. Es un Monarca del verso, que ostenta altanero su cetro –tirso y caduceo– engalanado de mirtos, rosas y laureles. En medio del olvido actual de la sonoridad aristocrática, del siempre viejo y siempre nuevo versos castellano, surge, luminoso, el estro armónico y rotundo de Manuel Verdugo, el príncipe del desdén olímpico. Él sabe vivificar las sílabas, los vocablos, los versos y las estrofas con ese interno latido musical, que es el alma y nervio de la musa castellana, eterna diosa de la armonía.

Diríase que la palabra obedece dócil y dúctil a la pluma de Verdugo. Todas las composiciones de *Estelas* son una refinada caricia musical, que nos adormece deliciosamente, como el arrullo del mar.

Manuel Verdugo es un escultor genial que cincela, pulimenta y refina su obra estatuaria, en las inefables horas luminosas de la inspiración, en que el espíritu se ilumina, se exalta, se glorifica. Es orfebre maravilloso, que engarza magnas piedras preciosas en el oro de sus versos, oro de subidos quilates. Las soberanas creaciones estéticas de Verdugo están moldeadas en las viejas turquesas del verso castellano.

Por la pagana selva perdióse el poeta, buscando –nostálgico y fugitivo– los viejos mitos de la leyenda helénica. Vagó, meditativo, por entre las ruinas memorables de la Grecia, en busca de Anacreonte, Alcibíades, Alejandro, Diógenes, Antinoo... a quien Verdugo hubiera amado, "como el César le amó..."

Montado en el Pegaso indomable de sus quimeras cabalgó, retador, por tierras de Roma, buscando a Tiberio, a César Borgia, a Heliogábalo, a Augusto, a Nerón.

Y el armónico resonar de su gentil cabalgadura se oyó en la aridez monótona del camino. El poeta se acerca "A la Campania", tembloroso de emotividad. Y allí surge ¡Pompeya! con "su remembranza triste, su inmensa paz medrosa de tumba profanada"; y Verdugo entonces siente "doloroso anhelo por lo que ya no existe".

¡Quizá le nimben añoranzas de la vida pompeyana!

Y aparece Sorrento

"la que adoraba Tasso, la de belleza agreste,
que se durmió encantada al ósculo del viento
sobre el azul del golfo, bajo el azul celeste..."

Otras veces vaga por el golfo de Nápoles,

"... tendido muellemente
en una ligera barca
que, al impulso de dos remos,
entre las ondas resbala".

Verdugo rinde culto a la Mitología, delineando figuras simbólicas como Eros y Narciso. La fe ha sido áncora rota de su bajel de oro. Oigamos lo que nos dice el poeta cuando contempla el "Cielo estrellado":

"Turbadora visión de lo infinito,
sideral, deslumbrante luminaria,
si te contemplo, mi rebelde grito
se transforma en acento de plegaria,

de aquella fe pueril, fuego bendito,
de aquella ofrenda, por mí mal precaria
restos conserva el corazón marchito
como ceniza en urna cineraria.

Llagado por cilicio de pesares
a veces nimbo mi cansada frente
con un halo de ensueños estelares...

¡Dicen que el cielo es mudo! Y cada estrella
me pregunta, temblando, tristemente:
¿Qué has hecho de tu fe...? ¿Qué harás sin ella...?"

Manuel Verdugo ha dejado en sus versos sus viejas y amargas ironías. En el fondo del vaso de oro con que nos brinda su licor exquisito hay un doloroso sedimento de amargura. El poeta unas veces se siente rejuvenecido de optimismo, y entonces se embriaga de alegría, como de vino el viejo Anacreonte; mas otras la envenenada sierpe del hastío le muerde y su alma se entenebrece con negruras de pesimismo.

Agudas flechas lanza contra la amistad de *mano enguantada*. Manuel Verdugo, por entre *el encaje* de la estrofa hace fulgurar el desnudo *acero* de su pensamiento. Una

racha de doliente escepticismo estremece el vergel frondoso de su poesía. Verdugo es un trovador, supremamente lírico y tiene las filosofías de Ramón de Campoamor.

"A veces, solitario y desdeñoso" se envuelve en el *tapiz* de sus esperanzas y recuerdos, y ríe... exclamando:

"¿No habéis visto un Monarca loco y pobre,
bajo el manto de Rey, temblar de frío?".

De júbilo palpita mi corazón al leer la composición intitulada "Hacia la belleza". Aquella emblemática marcha triunfal de los poetas en un *magnífico bajel*, "sobre plácido mar cobalto y plata", cuando "el cielo tiende su velorio azul", es de un simbolismo genial.

El autor de *Estelas* es un magistral sonetista¹⁹⁷. Este es el nimbo más esplendoroso con que se orna su frente pensativa. Los sonetos de Verdugo son tapices deslumbradores, prodigios escultóricos. Los vocablos, puestos por el Maestro en estas composiciones, son insustituibles.

Tienen los sonetos de Verdugo la doble aureola de la profundidad del pensamiento y de la belleza de la forma. En el soneto es donde el genio del bardo despliega la magnitud de sus alas maravillosas. En él brilla el estelar ensueño de su cerebro y se siente la caricia musical de su estro.

Verdugo remata sus sonetos con versos que dijérase absorben toda la esencia del pensamiento fundamental. Y así vemos cómo el soneto "Alcibíades" –el griego bello, sibarita y estudioso– tiene por broche de oro estos dos endecasílabos:

"es un hijo de Venus engendrado
a la sombra del casco de Minerva".

Y el dedicado a Francisco González Díaz, lo cierra el siguiente endecasílabo, resumen de todo el soneto:

"la noche de tu alma se hace luz en tu frente".

Los sonetos en que Verdugo saca a relucir personajes, ya de Grecia, ya de Roma, son estatuas levantadas por su genio. Los de los personajes griegos parecen esculturas hechas de mármol pentélico. Tienen estos sonetos de Verdugo un mágico valor histórico.

¿Quién no ha vislumbrado la figura –andrajosa y peregrina– de Diógenes, el de las estoicas anécdotas, al leer el soneto que sobre este original personaje austero de la

¹⁹⁷ Es significativa esta parte por el hecho de que Padrón Acosta incida en la estrofa del soneto, de tal forma que lo que se puede interpretar es que desde muy temprano nuestro crítico tenía inclinación por un molde estrófico sobre el que no solo volcará poemas propios, sino del que hará una antología de escritores insulares: *Cien sonetos de autores canarios* (1950).

Grecia escribiera el poeta?¹⁹⁸ Y ¿quién no contempla, extasiado, la bellísima figura de Alcibíades, a través de los endecasílabos dedicados a este personaje helénico, de quien Verdugo, por la exactitud con que delinea su retrato, parece ser contemporáneo?

Creo firmemente que "Alcibíades" es el mejor soneto de Manuel Verdugo¹⁹⁹. Es una obra estatuaría. Por la ferviente admiración que este soneto siempre me ha inspirado, permítame el lector que deleite su pensamiento y su oído, copiándolo a continuación:

"Él es la encarnación del aticismo;
es un vástago en flor de la nobleza;
de vicios y virtudes raro abismo
bajo un iris de gracia y gentileza.

Elegante y burlón une en sí mismo
frívola, cortesana ligereza
con gallardos arranques de heroísmo
y secretos impulsos de fiereza

Fastuoso como sátrapa de Oriente,
Alcibíades, el bello, el indolente,
asombra a Esparta como gran soldado.

Ama el estudio y el placer que enerva:
es un hijo de Venus engendrado
a la sombra del casco de Minerva".

"Vértices luminosos" es también una creación artística. En este soneto el poeta exhala una queja de angustia infinita, al vagar por la noche eterna.

La poesía de Manuel Verdugo está nimbada de una precisión rotunda. En nuestro poeta se cumple la frase del preceptista: "decir mucho en pocas palabras".

El poeta de las paganas floraciones ha creado también una especie de epigrama, que él llama *burbuja*. Las burbujas de Verdugo son ironías sutilizadas, punzadas agudas, como de abeja...²⁰⁰

En su primer libro *Hojas* es donde el poeta publicó muchas de estas ironías.

Obsérvese que tanto el libro *Hojas*, como *Estelas*, están desprovistos de prólogo. ¡Quizá sea esto un gesto de altivez! En el libro *Estelas* –incomparablemente superior a *Hojas*– el genio del bardo llega a su plenitud estética, a su glorificación excelsa. Asciende a la cumbre de la inmortalidad.

¹⁹⁸ Publicado en *Castalia* (15 de junio de 1917).

¹⁹⁹ Sin embargo, el que se incluirá del autor en la antología de la nota anterior es "A bordo".

²⁰⁰ Sobre las *Burbujas* de Verdugo reflexionará en un texto el 14 de enero de 1923, en *Heraldo de Orotava*.

Aunque ya el poeta nos dejara un símil de su vida en su primer libro, ahora publica en el segundo su "Autosilueta moral", con la que yo cierro esta página.

Oídle:

"A nadie culpo; malgasté mi vida,
y nadie más que yo fue mi enemigo.

El Placer –ese frívolo homicida–
salió a mi encuentro, caminó conmigo.

Tengo el alma sangrando y aterida,
y ni aun a la amistad le pido abrigo;
espinas de un rosal cansan su herida...
¡yo sonrío al dolor, no lo maldigo!

Porque sé idealizar búscolo humano;
soy un ser anacrónico, un pagano
que en vergeles quiméricos se encierra,

y no cambia un oasis de su historia
por todas las diademas de la gloria
y todos los tesoros de la tierra".

Sebastián PADRÓN ACOSTA
Orotava (Tenerife)

- 23 de junio, *La Mañana*

La carabela²⁰¹

Hoy por mi espíritu ha pasado una gran racha de epopeya naval. Un clamoreo lejano, resurrección del pasado, resuena en mis oídos, como un clarín de victoria. La imaginación, enardecida por la llama del patriotismo, cree vivir en la plenitud de los siglos triunfadores, en los que se oyeron los cantos magníficos de las grandes conquistas de la raza. Es hora de rememoración, de ensueño retrospectivo. El pensamiento vuela hacia el pasado. *Soñemos, alma, soñemos.*

Por la ideal extensión infinita, que forja mi ardiente fantasía, cruza, airoso, un navío gentil. Es grácil y ligero, como el ave. Tiene la clásica gallardía de su estirpe naval. Se ufana en la llanura azul, ostentando bajo el oro del sol el orgullo ornamental de su egregio velamen blanco.

Sobre la inmensidad del mar, bajo la infinitud de los cielos, aparece su figura esbelta y alígera. La carena diríase que es una concha que con voluptuoso donaire se mece sobre la quietud de las hondas azulinas. La navecilla –orgullo de la costa– ostenta el escudo quijotesco de sus velas latinas, liras del viento marino, que las estremece furiosamente. Se elevan hacia el firmamento azul las engalanadas arboladuras, con actitud retadora y gentil. Se adivinan castillos en los costados de este grácil navío, que atraviesa el mar –tal vez el Atlántico, quizás el Mediterráneo–. Navieros españoles del siglo XVI guían esta nao de ensueños épicos, la cual lleva el continente de quien marcha resuelto en pos de una gran conquista.

La graciosa embarcación, que se exalta bajo la gloria solar, es una maravillosa creación, quizás del siglo XV, salida de los astilleros de Castilla, aquellos talleres donde el genio de los arquitectos navales plasmó el oro de sus ensoñaciones marítimas. Es el castizo navío, que simboliza y encarna, exalta y glorifica la grandiosidad épica y naval de la España conquistadora. Es el emblema de nuestras grandes jornadas navales, de nuestros inmortales descubrimientos de continentes, veneros de riqueza. Esta arquitectura está íntimamente ligada al descubrimiento de América, el más grande acontecimiento que hubo en la historia, después de la creación del mundo –en sentir de López de Gomara–. Esta navecilla, que surca la llanura, es un ensueño arquitectónico; es la risueña concreción de un anhelo de conquista; acaso la ilusión de algún poeta, enamorado de la mar.

Esta nave ha llevado a otros países la sangre de la raza española. Sobre su velamen blanco –alas ensoñadoras– han dejado sus sonrisas castas las alboradas, sus oros los ocasos, sus sombras las noches, sus triunfos los soles. Sus lonas fueron como las alas gigantescas de un pájaro maravilloso, que volara por la extensión azul, sediento

²⁰¹ Puede que sea parte de su *Junto a la mar azul*. Fue posteriormente publicado, el 5 de noviembre de 1922, en *Heraldo de Orotava*, con algunas variantes significativas, especialmente en la distribución de párrafos y en la ampliación de algunos de ellos. Optamos por la última versión, aunque manteniendo en el encabezado la fecha y el medio donde primero se conoció.

de inmensidad y de remotos países desconocidos. Almas salvajes juzgaronla pájaro medroso de mal agüero, cuando solo era blanca paloma, mensajera de ideas salvadoras, de doctrinas de redención.

Ved la gentileza con que hunde las ondas salobres, esta airosa embarcación, que no es otra que la carabela, la vieja carabela española, hermana de la *Santa María*, de la *Niña* y de la *Pinta*.

Es el bajel donde navegó toda la soberanía de la alcurnia aventurera y conquistadora. Es la encarnación de nuestros días triunfales, de nuestras hazañas heroicas, cuando el mundo presencié, absorto, el asombro de nuestras jornadas marítimas. ¡El símbolo de la epopeya española, el mejor blasón de nuestra genial hidalguía! ¡Don Quijote, navegando por los mares, a enderezar entuertos!

"¡Descubríos religiosamente, ante mí –parece decirnos la navecilla–! Porque desde mi *tablazón sonora* se vislumbraron mundos desconocidos, que se abrieron como nuevas creaciones portentosas, ante los ojos absortos de las tripulaciones audaces. Yo llevé la civilización y la fe a ignotos continentes. Me azotaron las tempestades, pero yo levanté siempre mi frente de ensueño por encima de los oleajes bravíos. Mi proa –curva deliciosa, orgullo del sol– venció el coraje de la mar altanera. Y de las recias sacudidas surgió mi velamen, altivo, como un penacho de victoria, que los vientos agitaron en la soledad inmensa de las aguas. Yo llevé en mi seno a los grandes almirantes, a los grandes aventureros, a los Quijotes de la mar!".

Y el espíritu enardecido exclama: "Salve vieja carabela gloria de la casta; despertadora de mis líricas exaltaciones, mil veces salve".

Y con su proa enhiesta, la carabela –sonrisa del mar– hiende las ondas saladas, ataviada de blasonados gallardetes; combada al viento su vela latina, y dejando en pos de sí una luminosa estela de plata, huella de su fatigosa jornada.

Y allá va, camino de los mares, la española navecilla de los descubrimientos, de las aventuras, de las conquistas, de las navales epopeyas.

El encanto de esta hora azul se rompe. El mar me llama con su grito de alerta. Despierto de mi letargo retrospectivo y me encuentro solo, tendido en la playa, solitaria también. Mi ensueño se desvanece, como las nieblas de la costa.

Los ojos se saturan del azul turquí de las aguas. Sobre la mar el sol derrama la pompa magna de sus oros. Y la silueta de un velero se vislumbra en la lejanía azul, como una blanca visión de la playa sonora...

Por Sebastián Padrón Acosta
Orotava.-Tenerife

- 30 de junio

Mi casita blanca²⁰²

Yo viviría feliz y sin cuidados en una casita blanca, edificada junto a las orillas del mar sonoro. En ella deslizaríase mi vida callada y serena, escuchando siempre las canciones del Atlántico, contemplando las facetas maravillosas del océano, eternamente inquieto.

En esta pequeña casita, que sería blanca como una pequeña gaviota posada sobre la ribera, habría una ventana, abierta hacia la ruta azul. Viviría contento y meditativo, lejos de la muchedumbre de los farsantes, lejos de los que claudican... Mi casita, blanca como la espuma, sería la celda de un anacoreta frente al piélago. El Atlántico vendría a besarla mimoso y enamorado.

Yo me dormiría en el seno de la noche estrellada, al arrullo acariciador de las olas, como en los brazos de mi madre. Tendría mis horas de vigilia, durante la soledad nocturna. Me levantaría con la luz de las últimas estrellas, como un cartujo fervoroso, a oír y a otear las maravillas de la noche y del mar. Velaría bajo el fulgor radioso de las estrellas, prendidas como rutilantes fanales en los cielos inmensos y lejanos. Y bajo la lumbre lunar contemplaría la jornada de las navecillas, audaces viajeras de las marinas sendas. Escucharía absorto el perenne salterio, cantado por el mar en la vasta soledad infinita.

Y el clamor del océano me despertaría, como una voz misteriosa, en la paz soberana del amanecer, cuando las últimas antorchas siderales dejan sus últimos parpadeos. Y mi casita, blanca, como garzota de la costa, se bañaría en la luz radiante de la alborada. Y yo sé que el mar me confiaría sus coloquios, sus secretos. Yo sé que el mar me hablaría de cosas hondas, de cosas íntimas, de cosas inefables, con su lenguaje original, inarticulado. Él me enseñaría a ser rebelde. Enardecería mi espíritu con la bravura de sus himnos, de sus hosannas salvajes.

Mi casita, blanca como níveo cisne, sería el albergue de un espíritu contemplativo y silencioso. Sobre ella vendrían a detener su vuelo bandadas de gaviotas caudales. El mar la envolvería en la caricia de sus auras salobres. Yo me levantaría con las últimas estrellas para admirar el orto regio del sol, al perder la noche la soberanía de su imperio. Y el incendio deslumbrante del diurno luminar, muriente en el ocaso, halagaría también mi visión en la hora del véspero crepúsculo. Yo lo vería descender del firmamento y caer sobre el mar, como un titán rendido.

Yo me recogería en la soledad de mi casita blanca, viviendo una vida hondamente espiritual, una vida de silencio y de pensamiento, una vida de reconcentración y de estudio, una vida contemplativa y callada. Mi casita, blanca como copo de nieve caído sobre la costa, recogería las sonoridades del mar, a fuer de un gran caracol, traído por el océano hacia las playas.

Sebastián PADRÓN ACOSTA
Orotava (Tenerife)

²⁰² Puede que sea parte de su *Junto a la mar azul*.

- 6 y 7 de julio

La benéfica institución La Caridad²⁰³

I

Señoras y señores: hondamente nos congratula el hallarnos reunidos aquí, junto a la sombra augusta y venerable del antiguo monasterio de San Laurencio, histórica mansión que rememora las grandiosidades del pasado; sentimos íntima satisfacción al estar en esta santa casa, levantada por la piedra de nuestros abuelos y que es puerto de refugio al que acuden los pobres viajeros que han naufragado en el horrible naufragio de la indigencia y del infortunio; y sube de punto nuestro íntimo regocijo al ver que las estancias de este asilo de La Caridad han sido santificadas y perfumadas por la presencia real de Jesús en el adorable misterio del Sacramento eucarístico.

Cristo, impulsado, como siempre, de su amor a los pobres, a los indigentes, a los doloridos, ha querido en este día venir a morar en el pecho de sus hijos. El Rey quiere convivir con sus vasallos; el justo quiere visitar al pecador; Dios quiere morar con su criatura. ¡Oh inefable maravilla del amor divino! ¡Oh poema sacro del Dios humanado!

Nos hemos congregado en este santo retiro, llamados por la voz de la caridad, esa palabra magna y significativa, mansa y sonora, que debiera ser escrita con letras de oro en el frontispicio de vuestras casas solariegas como el blasón más egregio de vuestra hidalguía y de vuestra religiosidad preclaras; virtud sublime, cuya primera lección fuera dada por Cristo en la Cima del Calvario, cuando murió por salvar a la humanidad prevaricadora, ofreciéndose al Padre como hostia de expiación; sentimiento, dignificado por el catolicismo, que le erigió trono y altar, incluyéndola entre las virtudes teologales, como síntesis, resumen y compendio de la Fe y de la Esperanza; ángel de alas blancas y tutelares que tiende su manso vuelo sobre las casas donde reina la desgracia y el infortunio, la indigencia y la desdicha, el desamparo y la orfandad; sentimiento que debiera ser el móvil de todas nuestras acciones, porque así lo preceptuó Jesús de Galilea, al dejarnos, como testamento inolvidable antes de su partida al cielo, aquellas amorosas palabras: "Amaos los unos a los otros"; azul paloma descendida de las alturas. ¡La caridad!, hija de Dios, madre del Bien, hermana del Amor, dispensadora del Consuelo, mensajera de la Alegría.

²⁰³ Nota de *Gaceta de Tenerife* (6 de julio de 1922) previa a la publicación de este texto de Sebastián Padrón Acosta, que saldrá distribuido en dos días diferentes: *La benemérita institución La Caridad, de la villa de la Orotava, donde presta tan útiles y necesarios servicios a las clases menesterosas, celebró recientemente una solemne sesión para que en ella se diera a conocer la Memoria correspondiente al pasado año.*

Dicha Memoria –que va autorizada con la firma de las secretarias de La Caridad, las distinguidas damas doña Josefa Bethencourt y García y doña Josefa Lugo de Cullen–, es un trabajo notable, y ha sido redactado por nuestro queridísimo amigo y colaborador el joven culto literato Sebastián Padrón Acosta.

Por el interés de dicha Memoria, y para contribuir a divulgar la importantísima misión benéfica que en la Orotava desempeña La Caridad, nos complacemos en empezar a publicar hoy a continuación ese brillante trabajo literario, que terminaremos en nuestro número de mañana.

Nuestros más altos poetas místicos, nuestros más egregios ascetas, han cantado, ensalzado y divinizado a esta virtud, flor maravillosa nacida bajo el beso del Cristianismo en el jardín de los espíritus elevados. Y la caridad fue aureola en la frente casta, serena y luminosa de San Francisco, *el santo poeta de Asís*, en frase feliz del gran dramaturgo Jacinto Benavente; y la caridad fue místico nimbo en la frente gloriosa de *la Mística Doctora* Santa Teresa de Jesús; y la caridad fue verso, estrofa, armonía en la lira del sutilísimo cantor San Juan de la Cruz; la caridad enaltecó el espíritu apostólico de Juan de Ávila y de Juan de Dios; la caridad inflamó el corazón de Pedro de Claver, hijo insigne de San Ignacio de Loyola.

Cuando la caridad, cubierta de gasas, bajó entre fulguraciones de oro a esta tierra de amargura, un nuevo sol esplendente y triunfal lució sobre la línea azul del horizonte. Y al conjuro mágico de este ángel salvador y tutelar, las instituciones benéficas del Cristianismo florecieron y surgieron almas como la beata Luisa de Marillac, que fundó la hermosa institución de las Hermanas de la Caridad, que se difundieron por la tierra prodigando bienes y alegrías y consuelos.

Aquí tenéis, orotavenses, a estas santas mujeres, pasionarias de sacrificio, violetas de humildad, lirios de sencillez.

Ellas, ahogando en el fondo de su espíritu delicado todos los impulsos de su primavera, se abrazan a la cruz amorosamente. Se desposan con la caridad, con Jesús, después de haber dirigido al mundo una mirada entristecida, desdeñosa. Y recatan en unas blancas tocas el encanto espiritual de su pudor, como un lirio que cierra sus pétalos ruboroso. Desde el momento en que se desposan con la caridad, emprenden la senda luminosa del Calvario, buscando con anhelo las huellas del Nazareno.

Como que la alondra del amor canta en sus pechos, el lugar donde viven, cárcel para el mundo, es para ellas alcázar de felicidad, porque está bañado por los esplendores con que el amor lo ilumina. Cuando en prisión vive lo amado, prisión es paraíso.

Y por eso en este lugar de refugio tienen las hermanas su vergel, porque a él acuden los ancianos, representaciones de Cristo hambriento, de Cristo cansado, de Cristo sediento. Y es altamente conmovedor el cariño inefable con que estas hijas de la Caridad cuidan a los náufragos de la vida.

Y en este hogar cristiano, reina el verdadero amor a la humanidad, prueba inconcusa rotunda de que el ángel que trajera el Cristianismo no ha alzado su vuelo. Palpable demostración de que la mujer jamás abdicará su aroma de virgen y madre, ¡sus gloriosas aureolas!

Ellas van cantando que Cristo es el amor, que Cristo es la caridad. Merecen las Hermanas de la Caridad nuestra adoración, nuestros donativos, nuestros esfuerzos, porque en aras de la humanidad sacrifican su vida abnegada.

¡Quién sabe si los que hoy damos limosnas, tendremos que mendigarla mañana, porque aún peregrinamos por la senda!²⁰⁴

²⁰⁴ Premonitoria afirmación pues, de alguna manera, se sabe que el autor, al final de su vida, tuvo más de un problema económico.

Y hoy en que el materialismo parece romper con lo sobrenatural, ellas permanecen extasiadas contemplando el misterio de las alturas.

Pasan por la vida, derramando sobre el desamparo de la tierra los bálsamos de la caridad, deshojando las rosas de su sacrificio y de su amor y de su abnegación. Sus cuerpos permanecen en la tierra, pero sus almas viven perdidas en los senos de la Divinidad.

Mientras las Hermanas miran a los ancianos con la sonrisa de la caridad en los labios, ellos, en el misterio de sus almas cansadas, quizá piensen en el ocaso...

Las Hermanas de la Caridad son contemplativas como María y laboriosas como Marta²⁰⁵.

Son ellas la castidad, que pasa por el lodo de la tierra sin manchar la albura de sus tocas. Son los ángeles de la Caridad.

Vosotros sabéis todas las abnegaciones de las hijas de San Vicente, de las hijas de la beata Luisa de Marillac. No necesito insistir más sobre ello, pues vuestra presencia en el acto que estamos celebrando lo corrobora.

Reciban, pues, las Hermanas el fervor más entusiasta de nuestro agradecimiento.²⁰⁶

y II

La solemnidad que estamos celebrando honra altamente al valle de Orotava y a sus damas preclaras. Desde 1884 se ha venido sosteniendo este Asilo con el esfuerzo, con la entereza de almas recias y fuertes, generosas y caritativas; es un ejemplo digno de imitación. La piedad orotavense ha levantado y sostenido este Asilo, que es puerto de refugio, lugar de consolación, rincón de cariño.

Estos beneficios que vosotros dispensáis a los desamparados se os premiarán en aquella hora en que toda obra buena recibirá su galardón. Y vuestra labor es enaltecida, porque nos hallamos en una época en que la Humanidad ha menester de los bálsamos de la caridad; porque atravesamos una edad angustiosa en que la túnica blanca e inconsútil de la caridad se ha rasgado ignominiosamente; porque estamos en una edad en que la doctrina traída al mundo por Jesús, quiere ser bautizada por fariseos con el nombre de filantropía; porque vivimos en tiempos dolorosos; porque las palabras confortadoras de Jesús se pierden en el vacío de los espíritus. Y vosotros habéis laborado infatigablemente, silenciosamente por favorecer con vuestro propio peculio a estos desamparados de la fortuna.

Dios premiará con creces la magnitud de vuestra labor, la grandeza de vuestra obra, el esfuerzo de vuestra voluntad, la bondad de vuestra intención, el valor de vuestro sacrificio. Habéis enjugado lágrimas, habéis calmado la sed y el hambre de los sedientos y necesitados, habéis vestido a los desnudos, habéis dado posada al peregrino, habéis, en una palabra, cumplido con los preceptos misericordiosos.

Y por todo esto recibiréis galardón, recompensa, aureola.

²⁰⁵ Esta idea, así como otras de alguna manera similar, también se manifiestan en el texto "Rosas de caridad" de 31 de mayo de 1921, sobre las mismas Hermanas de la Caridad.

²⁰⁶ Aquí termina la parte publicada el 6 de julio.

Incúmbenos ahora, cumplimentando así un precepto de rúbrica, historiar el desenvolvimiento interno de este Asilo, durante el año social de 1921 a 1922.

En el transcurso de este tiempo, con grandes esfuerzos económicos, hemos sostenido a 24 asilados: 9 hombres y 15 mujeres; de los que corresponden a la villa de la Orotava 14, al Puerto de la Cruz 1, a Santa Cruz de Tenerife 1, al Realejo 2, a Santa Úrsula 1, a la isla de la Gomera 4, a Arucas 1. De estos han fallecido 6 y dos salieron voluntariamente, quedando, por lo tanto, en este Asilo 16, amparados bajo vuestra protección.

Los niños expósitos encomendados a la Cuna de este Hospital de la Santísima Trinidad y a vuestro cuidado y vigilancia, desde el 3 de Abril del año anterior, han sido 8. De estos ingresaron 6 en este año; 1 fue prohijado, fallecieron 2 y quedan en poder de sus nodrizas 5, bajo la inspección y los solícitos cuidados de las Hermanas de la Caridad.

Los donativos han sido, también, numerosos, como en años anteriores. La señora doña Juana Carpenter de Ascanio, 5 pesetas; don Bernardo Benítez de Lugo, 25; don José García Hernández 142'50; el señor marqués del Sauzal, 75; el Ayuntamiento de esta villa, 100; para conducir un enfermo a la ciudad de Las Palmas la casa comercial de los señores Fyffes, 200; la señora Marquesa del Sauzal, 50; la señorita Agustina García Llarena, 51; el señor director de la Compañía Hamburguesa-Sudamericana, 125; réditos de las 7000 pesetas donadas por los señores hermanos Zerolo, 240; bula entregada por el señor párroco don Lorenzo Rodríguez, 140; de las sillas de Beneficencia, 413'55; presupuesto de este Ayuntamiento por el año 1916, 494; lo recogido en las alcancías del Comercio, 116'65; producto de un bazar, iniciado por la señora presidenta, 1445; producto de una función benéfica dada por el periódico *Heraldo de Orotava*²⁰⁷, 275; producto de una rifa (acuarela) regalada por el capitán de Infantería don Abel de Aguilar, 172 pesetas.

Faltaríamos a un deber de gratitud y cortesía si no consignáramos en esta parte de nuestra humilde Memoria nuestro hacimiento de gracias a cuantos han contribuido a la realización de nuestra obra caritativa.

Sea nuestra primera alabanza para la dignísima e infatigable presidenta, la señora doña Rafaela García y Llarena, corazón magnánimo y generoso, ampliamente abierto a todos los sentimientos caritativos. Tributemos, también, nuestro agradecimiento cordial a la tesorera, señorita Catalina Monteverde del Castillo, que tan bien ha desempeñado su cargo; a la distinguida señora doña Magdalena Lugo-Viña de Fernández, presidenta de Bazares; al notable doctor don Miguel Fernández de la Cruz, y a su señor hermano el licenciado en Medicina don Antonio, quien le ha sustituido en sus ausencias, pues ambos han prodigado a los asilados los beneficios de su ciencia y de su saber; al joven practicante don Felipe Hernández y Hernández; a todos estos

²⁰⁷ Del que es colaborador el portuense.

benefactores de este Asilo de La Caridad nuestra más sincera y afectuosa acción de gracias.

La expresión de nuestra más cordial gratitud a todas las personas y entidades que con su labor y peculio nos han ayudado en esta difícil obra caritativa.

Hemos cumplido ya, aunque pobremente, nuestra misión de cronista de esta sociedad. Habéis ya visto el desenvolvimiento interior de nuestro Asilo, refugio de las necesidades. Solo nos resta alentaros en vuestra labor benéfica.

No sucumbáis jamás en vuestra caritativa empresa enaltecedora. La caridad, como un nimbo, orna vuestras frentes. Debemos seguir serenos, imperturbables, infatigables, los derroteros señalados por Jesús de Galilea. Seguid vuestra labor; no os arredre la magnitud de vuestra obra.

Cuando sintáis en vuestros corazones desfallecimientos en las jornadas, id al pie de los altares, y en el secreto de vuestro retiro contad a Jesús Sacramentado vuestras cuitas, que Él es aurora esplendente, gloriosa y triunfal, en medio de esta noche abrumadora que atravesamos, nosotros peregrinos en este doloroso viaje de la vida hacia la Eternidad, donde se rasgarán todas las sombras que nos envuelven dolorosamente.

- 12 de julio

Crea y destruye²⁰⁸

El mar es la gran alquitara, el gran seno prolífico donde se realizan las gestaciones maravillosas, las fecundaciones magnas.

Él se enorgullece en su poderío de crear en el remanso misterioso de sus senos vastos, gloriosos de plenitud. Guarda en sus dominios palacios azules, donde viven nacaradas conchas –estuches maravillosos de las perlas–, rojos corales, estrellas de mar. Posee flores de maravilla, prodigios botánicos y zoológicos.

El mar todo lo transforma, lo glorifica, lo exalta. Sus metamorfosis son misteriosas, invisibles. Es el gran transformador.

Víctor Hugo ha dicho: "Es el recipiente universal; recipiente para las fecundaciones; crisol para las transformaciones. Amasa, después dispersa; acumula, después siembra; devora, después crea. Recibe los despojos de la tierra y los atesora. Es sólido en los bancos, líquido en las olas, fluido en los efluvios".

El mar es el gran potentado. Las ondas son como cinceles pertinaces. Con su actividad perenne ellas pulimentan y perfeccionan las rocas, el acantilado. De una manera misteriosa, imperceptible, pero magna, bajo el buril del oleaje el roquedal adquiere formas caprichosas, gestos llamativos, quijotescos.

El mar es la actividad que jamás se cansa. Su pertinacia en el movimiento evita la putrefacción acuosa, causa la transparencia de las aguas inmaculadas. El oleaje infatigable pone formas peregrinas en las cuevas de basalto, situadas en la costa. El mar hace magníficas arquitecturas de piedra. Cincela chapiteles y cornisas. Trabaja dibujos filigranados sobre columnas de granito. A veces las cuevas cercanas a la costa semejan raros ejemplares de la arquitectura de los indios. Diríanse pagodas, donde la India celebrara sus ritos.

El mar pone a ratos en lo alto de las cavernas costeras arcos triunfales. Traza en la piedra maravillosos rasgos geométricos. Coloca monolitos sobre la ribera. Erige tumbas, que se levantan como gloriosos mausoleos.

El elemento tiene actividad creadora, aunque inconsciente. El mar es el artista salvaje de los roquedales, de los arrecifes, que surgen a flor de mar como crestas gallardas, cuando el océano se retira hacia sus antros...

El mar es un artista infatigable, un artista sin inteligencia. Crea, cantando...

Es también un destructor formidable, implacable. Cuando la bravura le acomete, debemos huirle atemorizados, que no se doblega su inclemencia titánica. Entonces hace alarde de sus fuerzas hercúleas, de sus tentáculos destructores. Se enloquece fieramente, se embriaga de lucha y es forzoso alejarse de él. Sus fauces son insaciables. Devora las naves sin remordimiento.

El mar destruye. Grita estentóreamente, desaforadamente, como lanzando una provocación, un reto. Y hay que dejarle, en sus cóleras bravías embriagado. Nadie

²⁰⁸ Puede que sea parte de su *Junto a la mar azul*.

puede batirse con el titán. Después que pasa su hora febriciente, una calma letárgica invade su ser. Duerme. Calla. Hubiérase dicho que la lucha le ha fatigado. El cansancio le rinde. Se tiende adormitado, recostándose indolentemente en los brazos de la ribera. Se oye su murmullo, cual la respiración del que está cansado de la lucha. Su actitud agresiva se disipa. Reconcentra sus fuerzas. Reposa. Entonces ostenta el poder de su majestad.

El mar –ha dicho Ernesto Hello– es profundo. He ahí el secreto de su majestad.

El mar crea y destruye.

Sebastián PADRÓN ACOSTA

Orotava (Tenerife)

- 19 de julio

Este viejo castillo...²⁰⁹

Junto a la ribera sonora yérguese aún con las viejas altanerías de la raza este castillo de ennegrecida piedra, como un vigía sempiterno, que, desafiando las iras del mar, se quedó custodiando la ribera en actitud agresiva.

Este viejo castillo tiene algo de mayestático, de sacerdotal. Sus pétreos paredones enhiestos están ungidos con el salitre de los mares. El Atlántico ha dejado en él la caricia de sus besos. Parece una roca más de las que abundan en estos contornos marinos.

En días de oro, este viejo castillo fue atalaya desde donde se expulsó a los amantes de la piratería, a los audaces invasores. Aquí vibró el espíritu bélico de una raza bravía, de la estirpe castellana, que en el mar buscó complemento a sus ansias de conquista. El sendero abierto de la mar amplia y sonora sirvió de Oriente a los navieros de Castilla.

Desde aquí se extendió por la superficie anchurosa de los mares la voz ronca del cañón, que fue el grito de alerta que se oía en las orillas del Atlántico.

Estos viejos castillos ribereños fueron testigos de gloriosas efemérides, que recogió la historia en sus páginas de oro. En ellos la bravura egregia de la estirpe española vibró con sonoridades de cañón.

Aquí estuvieron atalayando la inmensidad, almas audaces, corazones batalladores. Es esta fortaleza una reliquia de días memorables. Tienen los castillos erigidos sobre la costa una actitud quijotesca. Lamentan su quietud.

Ya han dejado de laborar exteriormente. Su actividad se ha reconcentrado en su interior. Dentro dijérase que vive recatada y silenciosa el alma de la raza española, esa raza que parece que ha muerto...

Estas fortalezas ribereñas ya no hablan con la voz altanera de sus cañones, que reposan callados en sus cureñas, cual si estuviesen cansados de las titánicas batallas. Han enmudecido. Ya no se ven en sus garitas a los centinelas, a los audaces avizores.

Estas mansiones guerreras son únicamente el vestigio de un pasado inmortal.

Ellas nos alegran y nos entristecen. Nos alegran, porque recuerdan los días más gloriosos de España, aquellos en que el son de Castilla alumbraba desde la plenitud cenital.

Nos entristecen, porque nos hacen en la actual desolación infinita de la patria, de aquella leona que ya no sacude su encrespada melena...

Algo representaron los castillos en la grandeza de nuestra España, cuando fueron llevados al escudo nacional, como la medalla conmemorativa y representativa de nuestros legítimos triunfos.

Hoy esos castillos del escudo español son únicamente una remembranza.

Fueron una realidad. Aterraron con el clamor de la artillería.

²⁰⁹ Puede que sea parte de su *Junto a la mar azul*.

Los ribereños castillos son envueltos por las musicales caricias del océano, que son como recogidas en el recinto de las fortalezas.

Están en actitud contemplativa, soñando su pasado, bajo la paz solemne de las estrellas, bajo las lumbres ardientes del sol, bajo la luz pálida de la luna, frente a la ruta del mar azul.

¡Cuántas inquietudes, cuántas alegrías, cuántos ensueños de gloria, se habrán albergado entre estos negros paredones salitrosos!

A veces este centinela de la costa nos evoca fantásticas leyendas de castillos feudales.

El mar, con sus corajes, no ha podido derruirlo. El castillo ha vencido la pertinacia del piélago.

Este castillo, impertérrito ha visto desfilar ante su negra pupila a los genios aterradores de la tempestad. Se ha envuelto en el poema de las sombras. Ante su visión tiene el mar, la llanura que fue teatro de sus fechorías.

En días de epopeya, sobre sus espaldas sustentó a la bandera española. Sobre él triunfaron los colores rojo y gualda, la sangre y el oro de la raza. El estandarte de Castilla ondeó sobre los hombros de este castillo glorioso. La bandera española fue desde él señora de los espacios libres.

Pero una tarde –la más aciaga que alumbraron los soles– las últimas luces moribundas del sol poniente dejaron su postrimera caricia de oro en los pliegues de la bandera española, que se había paseado triunfadora, gallarda, ufana, enorgullecida...

Y desde entonces el sol se puso en los dominios de Castilla, después de haber sangrado gloriosamente en el horizonte...

Sebastián PADRÓN ACOSTA
Orotava (Tenerife)

- 27 y 29 de julio

Siluetas de Mujeres Canarias. Victorina Bridoux Mazzini

Por haber cantado doña Victorina a nuestra tierra canaria, en sus composiciones "Glorias de Santa Cruz de Tenerife", "Un recuerdo a la ciudad de Las Palmas" y "A la isla de Lanzarote"²¹⁰; por el cariño que sintió hacia nuestros poetas, como Manuel Marrero Torres, Ignacio Negrín, José Desiré Dugour; por haber vivido entre nosotros y muerto en días aciagos, en horas de desolación infinita para Santa Cruz de Tenerife, incluimos entre nuestras semblanzas de paisanas distinguidas a la dulce y romántica poetisa doña Victorina Bridoux Mazzini, aunque naciera en la ciudad de Manchester (Inglaterra) el 9 de Abril del año 1835²¹¹.

Mr. Carlos Honoré Bridoux y Lefebre, oriundo de la capital de Francia, y doña Ángela Mazzini, que vio la luz primera en Cádiz, fueron los padres de esta ilustre dama.

Apenas había llegado a los umbrales de la infancia, ya comenzó a descollar la pequeña Victoria. A los dos años –escribe la eminente novelista española doña María del Pilar Sinués de Marco– ya sabía leer nuestra biografiada²¹².

Pasada la infancia, que fue la edad más dichosa de su vida, según nos lo revela en sus poesías, contrae matrimonio, a los veinte y tres años de edad²¹³, con el capitán de Infantería don José Domínguez de Castro, en el mismo mes y año (Enero de 1855) en que volaba a la eternidad el alma del joven poeta Manuel Marrero Torres, a quien más tarde, en Noviembre de 1861, dedicara la joven Victorina la poesía titulada "Un recuerdo"²¹⁴, una de las notas más sentidas de su lira.

Su esposo fue persona muy culta, amante fervoroso del divino arte de Orfeo, escribiendo en 1872 un pequeño librito intitulado *La Clave*, principios teórico-elementales de Música.

El padre de nuestra joven poetisa –dice la novelista anteriormente citada– murió en un viaje que hizo a Valparaíso. Su madre, la gaditana versificatrix doña Ángela

²¹⁰ Los tres anteriores poemas están incluidos en el Tomo II de *Lágrimas y Flores*, de Victoria Bridoux y Mazzini de Domínguez, Santa Cruz de Tenerife, Imprenta y Librería de D. Salvador Vidal, 1863. Con una biografía de María del Pilar Sinués de Marco; un prólogo de José Manuel Romero y Quevedo; y el tomo II (Poesías) con un texto de Bartolomé Martínez de Escobar.

²¹¹ Hay un error en el dato que da Padrón Acosta pues la fecha de nacimiento que aparece en *Gaceta de Tenerife* es 1831, que ni siquiera la escribe errónea María del Pilar Sinués en la biografía que comienza la edición de sus poesías.

²¹² En realidad dice que fue a los cuatro años cuando aprendió a leer correctamente, y poco después a escribir.

²¹³ No es exacta esta edad de casamiento, ni siquiera si tenemos en cuenta el error de fecha de nacimiento que antes comentamos. No había cumplido en ese momento los 20 años.

²¹⁴ Aparece en el segundo tomo de *Lágrimas y Flores* fechada en noviembre de 1861. La fecha, corregida, que se lee en el texto de Padrón Acosta, es noviembre de 1862, dato que no puede ser posible pues Victorina muere el primero de noviembre de ese mismo año. Entendemos, por tanto, como correcta la que se plasma al final del poema en el segundo tomo de la obra citada.

Mazzini, fue un poetisa nada vulgar, como lo atestiguan las muchas y hermosas composiciones que publicara.

Después de la muerte del poeta de Santa Cruz de Tenerife Manuel Marrero, verificada el día 10 de Enero de 1855, doña Ángela pone el prólogo del libro que, con el título de *Poesías*, se publicó el mismo año en que fallecía el poeta, libro en el que se reunieron las poesías publicadas por Manuel Marrero²¹⁵.

Sobresaliente es la personalidad de la señora doña Victorina Bridoux Mazzini de Domínguez. Durante su matrimonio, lejos de olvidar su predilección por la poesía, es precisamente la época en que su estro llega a la plenitud estética. Desde 1854²¹⁶ hasta 1862, en que el Altísimo le llamó a su mansión, dedícase de lleno al cultivo de la poesía, su arte favorito. Bridoux Mazzini es una poeta altamente lírica. Su culto ferviente por la Naturaleza, la interna agitación de sus sentimientos, palpitan en sus composiciones. Canta al amor materno, como en su poesía intitulada "¡Amor!..." y dedicada a la señorita Julia de la Vega de la Torre. Ante la imaginación de Victorina ábrese, magnífico y glorioso, el gran libro inmortal de la Creación, que revela a la lira de Bridoux los más gratos secretos, las más bellas imágenes, los cuadros más seductores, los paisajes más deliciosos. Y así la canta y exalta en el júbilo de sus trovas armoniosas.

El gran amor de su vida de poeta fueron las flores. Ella misma nos lo manifiesta en su canción "Al dulce poeta de las flores", José Selgas, en la que dice que *las flores son su esencia*. Impulsada de este amor, escribe composiciones como "La flor del cardo", "¡Pobre sensitiva!", "A una rosa"²¹⁷ y "La violeta". Ante "La flor del cardo" se entusiasma, prorrumpiendo en estos versos:

"Y aquella flor que consecuente guardo,
No es el lirio, la rosa, la violeta.
¿Adivináis cuál es? La flor del Cardo
que ilusionó mi mente de Poeta".

La composición, anteriormente citada, tiene por remate la siguiente estrofa:

"Ven flor del cardo, te pondré en el pecho;
Mi tierna lira cantará tu historia;
Y aunque muestren las flores su despecho,
Yo tus espinas cubriré de gloria".

²¹⁵ Se trata de las *Poesías del malogrado joven don Manuel Marrero y Torres*, Santa Cruz de Tenerife, 1855, Imprenta y Librería Isleña, a cargo de Manuel Savoie. El prólogo es de Ángela Mazzini, como se dice, e incluye además unos apuntes biográficos de José Desiré Dugour.

²¹⁶ En realidad desde 1853 está publicando ya algún poema, al menos uno, en *El Noticioso de Canarias*.

²¹⁷ Creemos que se refiere a este poema, aunque *Gaceta de Tenerife* escribía "La rosa". El texto es del Tomo I y está dedicado a su tía doña Rosa Mazzini.

Refiriéndose, en esta misma composición, a la amapola, la describe diciendo:

"Abre su cáliz purpurina y sola
Sobre los campos de verdor, que esmalta,
La campesina y cándida amapola,
A quien sobra color, si aroma falta".

La poetisa de los garzos²¹⁸ ojos tiene también otras piezas de carácter filosófico, como "La razón", "La calumnia", "La duda", "Mi sueño"²¹⁹ y "Deuda de amistad"²²⁰. El cariño entrañable que profesaba a su esposo hace vibrar dulcemente las cuerdas de su arpa de oro.

Bridoux canta hermosamente al amor, exclamando:

"Amor es la palmera,
Que estremecida
Se eleva en el desierto
De nuestra vida;
Árbol divino,
Esperanza soñada
Del peregrino.

Arroyo cristalino
De mil raudales,
A tu margen se mecen
Cañaverales".

Y más adelante sigue:

"Eres, amor, el astro
De la mañana,
La sencilla amapola
Color de grana;
Que yo te veo
Surgir, como la imagen
De mi deseo.

²¹⁸ Esta forma de referirse a Bridoux, que repetirá unas cuantas veces en las líneas posteriores, la usa en el prólogo al primer tomo de las poesías de Victorina la escritora, amiga suya, María del Pilar Sinués, cuando describe físicamente a la poetisa.

²¹⁹ En *Gaceta de Tenerife* aparece erróneamente con el título de "El sueño".

²²⁰ En el periódico *Gaceta de Tenerife* se visualiza el título "La amistad", pero no contemplamos en ninguno de los dos tomos de la obra decimonónica de Bridoux un poema con ese nombre. Imaginamos se referirá a "Deuda de amistad" y por eso hemos optado por ese título.

Y donde la belleza
Fija su centro,
Sin pensar en hallarte,
Siempre te encuentro;
Yo te imagino
Como un soplo increado,
puro, divino.

Emanación sin forma
De la poesía".

Ante los continuos elogios que le tributaban, doña Victorina siente una alegría íntima, profunda. Refiriéndose a esto, esculpe la siguiente delicada estrofa:

"Joven, bella, feliz, inteligente,
Esto en mi torno sin cesar decían,
Y en ese incienso que oreó mi frente,
Mis hojas de laurel se estremecían..."²²¹.

Su lira tuvo también sentidas vibraciones para el amor filial, para la amistad, para la gratitud.

A través de la Naturaleza, la poetisa de los garzos ojos vislumbra las huella del Creador. Por eso canta su poesía "A Dios"²²², exclamando:

"Si miro al mar en loca marejada
Fingir mil lechos de flotante pluma,
Me parece encontrar de tu mirada
Leve destello, al reventar la espuma.

Si escucho el huracán, aunque me asombre,
Hallo placer en su rugir tremendo,
Y es porque escucho pronunciar tu nombre
Por acentos, sin fin, que no comprendo.

Si de la luna el misterioso giro
Contemplo, triste en mi continuo anhelo,
Es que tu faz encantadora admiro
En el fanal que suspendiste al cielo.

²²¹ Esta estrofa pertenece al poema "Incertidumbre", presente en el Tomo II de *Lágrimas y Flores*.

²²² *Op. cit.* Tomo II. Fechado en julio de 1861. Se trata de un fragmento del poema "A Dios".

Si contemplo el fulgor de las estrellas,
Sobre ese manto de tisú y topacio,
Es porque miro retratarse en ellas
Tus ojos que iluminan el espacio.

Si llega a mí la perfumada brisa,
Y tiemblo de emoción a sus hechizos,
Es porque en ella percibí tu risa
Que vino a confundirse con mis rizos.

Si escucho del amor frase sentida
Y estremece mi pecho el sentimiento,
Es porque es tuya, ¡mi pasión, mi vida!,
¡Mis suspiros, mi ser, mi pensamiento!!!".

Se entusiasma, absorta de júbilo, al contemplar los cielos, bordados con las flores de luz de las estrellas, iluminados por las lumbres de los astros. Y así escribe "A un lucero", "A la luna", "La Estrella y el Sol".

Entona cánticos melodiosos a las brisas, como el titulado "El Aura", que es una de las más delicadas y rítmicas poesías que brotan de la fecundidad de su pluma.

Una de las cualidades que más resplandecen en la personalidad poética de la señora Bridoux es la armonía. El poeta canario Bartolomé Martínez de Escobar, en su "Juicio crítico imparcial" dice a este propósito: "El delicado oído de Victorina no pudo cometer un defecto de medida, cuando tan armoniosos son sus ritmos".

Y avaloran sus composiciones la variedad métrica, que no fatiga el oído del lector, y la espontaneidad, esa cualidad imprescindible del poeta. Un soplo de lirismo estremece el florido árbol frondoso de su poesía; árbol que siente prisionera su raigambre en el lecho de la tierra, pero que levanta altanera y ansiosa su copa para mirar hacia los cielos azules.

Como palpable demostración de la admiración cordial que en su pecho alimentaba hacia la capital de Canarias, ciudad donde vivió por largo tiempo, queremos insertar a continuación la poesía que, con el título de "Glorias de Santa Cruz de Tenerife", escribió Victorina Bridoux en Julio de 1861, y que es como sigue:

"¡Salud a ti, invicta y memorable!
Tu cruz elevas como enseña santa;
¡Bien haya la ciudad, que inexpugnable
Rechazó del inglés la altiva planta!

¡Valiente eres por Dios! ¡Grande es tu brío,
Soberbia de tus hijos la pujanza,
Indisputable y fiel tu poderío,
Magnánima, y leal tu confianza!

¡Sesenta y cuatro años...! la memoria
Esta fecha inmortal ha conservado:
En ella Santa Cruz está la gloria,
Que tu esfuerzo español ha conquistado.

¡Veinticuatro, veinticinco, aciagos días!
¡Ya rebrama el cañón; el fuego zumba!
¡Altanera Albión, bien merecías
Ver que el Canario tu ambición derrumba!

¿Quieres tu presa hacer de hispana tierra?
¡Nada sacia tu sed, hidra altanera!
¡Atrás, Nelson! ¡Atrás, guerra, por guerra!
El español te ha puesto una barrera...

¡Y es inútil seguir, genio eminente,
Si Trafalgar y el Nilo te aclamaron,
Las hojas de laurel que hay en tu frente
Los hijos de Nivaria dispersaron!

¡Veinte y cuatro de Julio... el negro manto
Tendió la noche en la extensión vacía,
Creció el combate, redobló el espanto,
Y la heroica ciudad se defendía!

¡Asombro, nieblas, ansiedad, gemidos,
Horrible indecisión, gritos salvajes!
De las balas el rápido silbido
Y del revuelto mar los oleajes...

Para un instante la bizarra gente,
Desmaya el español, teme el estrago;
Pero se escucha un grito omnipotente
Que les dice: "a vencer por Santiago".

¡Y corren todos, a vencer! clamando:
"Antes morir en denodada lucha
Que vivir como esclavos vegetando".
¡Y a vencer! ¡A vencer! siempre se escucha.

Luce la Aurora ya; de su regazo
Brotan torrentes de su luz fecunda,

Y en tanto Nelson del perdido brazo
¡Con roja sangre nuestro suelo inunda!

El combate finó, que el nuevo día
Al descorrer sus cándidos crespones,
Enseña al extranjero en su agonía
En trizas sus magníficos pendones.

¡Valerosa Ciudad, yo te saludo!
¡Grande es tu heroicidad, grande es tu historia;
De sangre tinto tu soberbio escudo
Será por siempre de Nivaria²²³ la gloria!!!".

Victorina fue *sensitiva, más que mujer*, como muy acertadamente ha escrito, en sus *Anales de Canarias*²²⁴, el escritor de antigüedades don Carlos Pizarroso Belmonte.

Tiene su lira gemidos de cansancio, de fatiga. Fue Bridoux Mazzini de brillante fantasía, de sensibilidad delicada y de fecundidad notable.

Colaboró la joven Victorina, en 1857, en *El Instructor y Recreo de las Damas*, periódico de modas, científico y literario, que se editó en Santa Cruz de Tenerife. Y en 1860 escribió en *El Canario*, de Las Palmas, semanario de Literatura y Arte.

Y fue en la tarde de un día aciago y doloroso, cuando una temprana muerte se arrebató a la poetisa de los garzos ojos, de los cánticos sentimentales. El año 1862 está señalado con piedra negra en la historia de Santa Cruz de Tenerife. Fue el año trágico de la fiebre amarilla, que tronchó tantas vidas florecientes. Víctima de esta enfermedad, Victorina muere a las tres de la tarde del 1 de Noviembre del año 1862 en Santa Cruz de Tenerife, en la plenitud de su vida, pues a esta sazón frisaba en los 27 años de su edad.

Pocos días antes de su muerte, escribe la poesía "Plegaria", que fue el último gemido, el último acento de su plectro sonoro.

¡Quién diría a Victorina que aquella epidemia, por cuya desaparición ella suplicaba a Dios en su "Plegaria", devoraría su vida fecunda!

En 1863, su amante esposo reúne en dos tomos, con el título de *Lágrimas y flores*, las 138 composiciones que dejó su querida esposa. Puso el prólogo a esta obra su íntima amiga la escritora española María del Pilar Sinués de Marco. Añadióle al

²²³ *Nivar* dice en el libro de la poeta, y es posible que así deba dejarse por el hecho de que si se pone el topónimo entero no cuadra la medida del verso con respecto a los anteriores.

²²⁴ Se trata de *Anales de Canarias en la época contemporánea, extractados de documentos varios, actas de la diputación, folletos, opúsculos, memorias, hojas sueltas y papeles públicos. 1813-1841*, de Carlos Pizarroso Belmonte, Santa Cruz de Tenerife, Librería y Tipografía Católica, 1911. Primer tomo, aunque parece que solo se publicó este. Tiene veinte capítulos, y al final un "Apéndice", donde habla de Bridoux y Mazzini. Las palabras finales de Pizarroso son las referidas por Sebastián Padrón: *Cuando Santa Cruz de Tenerife fue invadida por la terrible epidemia de fiebre amarilla, en Octubre de 1862, dejó de existir aquella sensitiva, más que mujer* (p. 282).

segundo volumen un juicio imparcial de don Bartolomé Martínez de Escobar. Dejó – dice la prologuista– tres novelas por concluir.

¡Partiste, Victorina, a la eternidad, al seno de Dios, quizá porque pensarías en aquel verso que tú cantaste!:

"Que el Cielo es la patria del Poeta"²²⁵.

A los cuatro años de su fallecimiento, José Desiré Dugour, el 2 de Noviembre de 1866, en el semanario *El Ramillete* dedicaba "A Victorina Bridoux" el siguiente soneto, brocha de oro con que cierro esta cariñosa semblanza de la poetisa que amó y cantó a las flores, a las mariposas, a las estrellas, a las brisas, al amor:

"Musa de casta inspiración de amores,
Bella visión del pensamiento mío,
Vengo a verter en tu sepulcro frío
La lágrima febril de mis dolores.

De tu vida los cándidos albores
Murieron ¡ay! bajo el horror sombrío,
De la huesa fatal. El hado impío
Por siempre marchitó tus gayas flores.

Pero qué importa esa olvidada fosa
Si tu alma impera en el celeste coro
Do el genio ostenta su diadema hermosa,

Que allí se alza entre el cántico sonoro
El eco de tu voz armoniosa
Y el dulce lamentar de tu arpa de oro".

Sebastián PADRÓN ACOSTA
Orotava (Tenerife)

²²⁵ De su poema "Incertidumbre" (marzo de 1861), en el Tomo I de *Lágrimas y Flores*.

- 21 de septiembre

Arlequines²²⁶

Mil veces los habéis visto caminar con cierta prosopopeya, dejando en pos de sus bellas, exquisitas siluetas una estela de admiración ferviente... Antes de salir de sus moradas se acicalan, se pulen, se atavían delicadamente, como señoritas... Por las calles y plazas pasean la majestad solemne de sus estulticias magnas, que salen irremisiblemente al exterior, abrasadas por ansias devoradoras de sol y de luz.

Nos recuerdan estos señores venerables los arlequines de las farsas teatrales. Rememoran con sus gestos y actitudes grotescos los *clowns* de las comedias y sainetes. Son señoritos *bien*. Visten a lo *chic*.

Hablan de Historia y de Filosofía y de Arte y de Sociología y de Religión, aunque estas honorables personalidades no hayan tenido el alto honor de visitar los cerebros de esos petimetres audaces.

Ostentan su elocuencia y sabiduría, en las plazas y cafés, a pesar de que confundan lastimosamente a Felipe II con Jorge V.

Pasean gallardamente sus imbecilidades alarmantes. Se deshacen en posturas, exquisitamente elegantes, bajo esplendores de luz en el relicario de los salones.

Andan *destocados* porque desean ardientemente que sobre sus testas adorables el sol se deshaga en caricias de oro...

Parlan de todo, aunque también lo ignoren todo.

Muestran sus *profundísimos* conocimientos, refutando las objeciones con argumentos tan *formidables*, tan *irrebatibles*, que pesan sobre sus estulteces con pesadumbre de pirámides egipcias.

Al hablar, yerguen, altivos, quijotescos, sus melenadas testas de filósofos, de sociólogos, de artistas...

En los templos hacen prodigios de religiosa cortesía... La urbanidad les enaltece, pues de ella han hecho detenidos estudios...

Vosotros habéis tropezado con ellos en vuestro camino. Y los habéis visto ostentar sus estulticias bajo el oro de los soles.

Son ellos: los pedantes, los *intelectuales*, los de los acicalamientos femeniles.

*Ex fructibus eorum, cognoscetis eos*²²⁷, como dijo Jesús, a las turbas, que le escuchaban.

Tienen mucho de farsantes, poco de caballeros, y nada de sentido común.

²²⁶ Aunque ya antes hay textos con línea de crítica social, podemos considerar que con este empieza otro grupo de escritos que pudieran llamarse, aunados, *Estulticias Sociales*.

²²⁷ Traducción aproximada: *por sus frutos los conocerán*.

Pero... no me molestan, lector. Los veo desfilar como los arlequines de la moderna farándula. ¡Y me hacen sonreír deliciosamente, irónicamente, estos jóvenes adorables... sapientísimos...!

Sebastián PADRÓN ACOSTA
Orotava (Tenerife)

- 1 de octubre, *Heraldo de Orotava*

Perspectivas

He aquí uno de los aspectos pintorescos de la hermosa Villa, reclinada donosamente sobre un lecho de esmeralda, y que asciende en escalonado anfiteatro, deleitándose bajo la turquesa esplendente de un cielo maravilloso. Sirva de espaldar a este paisaje sugestionador un conjunto de montañas, que se yerguen altivas, orgullosas de su magnitud y poderío.

El Valle orotavense ha sido y es asombro de viajeros, por su rara situación, que ha puesto el éxtasis en el ánimo de quienes lo han contemplado absortos y maravillados.

Su clima es de los mejores del mundo. En la Villa reina una eterna primavera. Posee jardines magníficos y lugares seductores, ataviados de arboledas y esmaltados de variadas flores, que halagan el olfato y acarician la visión. Erectas, triunfadoras, altaneras se levantan las araucarias excelsas, que a mí se me antojan emblemas obsesionantes de altivez y quijotismo...

Esta sugestiva población ha engendrado para la Patria el valioso tesoro de sus hijos ilustres, que se han distinguido en las Ciencias, en las Artes, en las Leyes, en la Santidad...

Su Iglesia Parroquial es una de las más antiguas de la isla de Tenerife, y fue levantada siendo Obispo de Canarias don Francisco Javier Delgado y Venegas.

De su religioso pasado nos hablan los muchos cenobios, que la piedad de antiguos y nobles caballeros levantara.

Antaño las esquilas de sus monasterios llamaban a los fieles con su metálica voz, invitándoles a la soledad y al silencio.

En *tiempos mejores* el salterio se oía en el recinto de las Iglesias de los conventos, cual si David, el grandioso lírico de la Biblia, nos brindase a enaltecer al Creador a través de los siglos y de las edades.

Sus calles-calvarios se bifurcan población arriba, siendo aquellas una de las notas típicas, características, inconfundibles de esta población, topográficamente maravillosa.

Constituyen un verdadero deleite para la visión del contemplador, las magníficas perspectivas con que nos brinda, desde su avasallante trono de pétrea grandeza, el Teide gigantesco, el Echeyde famoso, Dios mitológico ante cuya esbelta y radiosa majestad han caído de hinojos, absortos de adoración los más entusiastas y líricos cantores de las cosas buenas de nuestra bella tierra, madre cariñosa, valiente y fecunda.

... En los días lípidos, serenos, azulados, el Pico de Tenerife asoma su personalidad magna, erguida, soberbia, arrebujada regiamente en una soberana piel de armiño, fulgente y brilladora bajo el ósculo ardiente y vivificador de nuestro gran padre el sol. Y bajo la caricia luminosa y fuerte de la lumbre solar, aparece asentado sobre la gallardía de la cordillera azul, el glorioso Teide, ufanándose de ostentar sus blancuras invioladas, que semejan las de un cisne gigantesco, detenido en la altura...

... Y es cuando la nieve lo envuelve con su manto immaculado, con su túnica de castidad, con su veste de plata. Y cuando el sol lo acaricia, lo cubre de esplendores deslumbrantes, lo baña con su luminosidad regia.

En la presente perspectiva de la Villa orotavense, surgen arrogantes las torres de la Iglesia parroquial cual si fuesen gigantescos índices de piedra, puestos sobre el templo para señalar los infinitos senderos.

Nada hay que tanto me entusiasme, al otear desde lejos una población, como esas torres, campanarios o espadañas que el Arte cristiano, con la exquisitez que le distingue ha sabido colocar en lo alto de sus templos magnos, de sus humildes ermitas y de sus encantadores monasterios.

Esas torres siempre nos están recordando, con su actitud simbólica, nuestro deber religioso. Desde esas torres parroquiales los relojes nos hacen pensar que el tiempo es oro, de valor incalculable. Que las horas inútiles, perjudiciales caen en el vacío. Que un minuto puede valer nos la eternidad. Que la vida pasa como una sombra, como la ola que se rompe en la playa. Que el tiempo corre veloz, perdiéndose ese tesoro mientras nosotros nos entretenemos con futilidades ridículas. ¡La voz de la campana debe ser para nosotros voz venida desde la inmensidad!

Dejamos ir el tiempo que podríamos emplear en la obra artística de nosotros mismos.

Es, pues, la Villa de la Orotava un bello rincón, que nos sugestióna y encanta por sus bonitos panoramas, por la lozanía de sus campos, por el recogimiento y belleza austera de sus mujeres, de rostros delicados y bellos. Entre las frondas los *pequeños y pintados pajarillos* nos deleitan con sus *harpadas lenguas*²²⁸. La típica e inconfundible fisonomía de la población nos recrea con su rara situación y desenvolvimiento. Trepadoras enredaderas cubren muchas tapias vetustas.

Anonada a los espíritus apacibles esa soledad y silencio que ponen en el ánimo de otros temperamentos la displicencia.

Y la Villa vetusta, silenciosa y señorial en la pompa, de las noches estelares, sueña dulcemente su sueño de leyenda medioeval.

Sebastián Padrón Acosta
Villa de Orotava.- Tenerife

²²⁸ Las palabras en cursiva pertenecen a *El Quijote*.

- 8 de octubre, *Heraldo de Orotava*

Icod de los Vinos²²⁹

En uno de los más pintorescos lugares del Norte de Tenerife, tendido bajo la maravilla de un cielo intensamente azul, surge lleno de ensueños y de leyendas, el simpático pueblo de Icod, el antiguo Icoden de los guanches, donde reinara en época remota el Mencey Belicar.

Icod nos atrae con el señuelo de su pintoresca situación, con sus magníficas arboledas, donde el canario entona el salterio prodigioso de sus dulces trinados, *no aprendidos*. Icod nos encanta con su Vega, con sus típicos declives, con sus sendas perfumadas, con sus recuerdos históricos, con su árbol venerable y milenario, con sus hijos ilustres...

Y sobre todo nos entusiasma Icod por la valentía con que últimamente se han levantado del marasmo en que le tenía sumido la presión del caciquismo, que es la lepra de los pueblos.

El antiguo reinado de Belicar ha dado una nota culminante de reciedumbre y de valentía, al redimirse de pasadas culpas caciquiles, culpas que no pueden atribuirse al pueblo en general, sino a determinados elementos añejos y carcomidos.

Icod guarda en su seno un tesoro valiosísimo. Es el *Drago* milenario, aquel anciano venerable que ha visto pasar ante su serenidad a todas las tempestades; que se envuelve con blancos cendales en las soñadoras y mágicas noches de luna; que muestra bajo la gloria del sol su figura austera y venerable; que ostenta la respetabilidad de sus rugosidades, orgulloso y altivo como un viejo patriarca guardador de la tradición y de la leyenda.

El milenario Drago de Icod es un símbolo. Es la tradición de la raza. Es la leyenda. A su sombra augusta quizá se reunieron a celebrar sus ritos los viejos trogloditas guanches.

Icod despierta en el fondo de nuestro ser los más sagrados recuerdos. Icod nos abre el arca santa de sus remembranzas históricas. Y entonces, emocionados y devotos vemos surgir rediviva la figura inolvidable y casta del *frailecico de San Diego del Monte* Fray Juan de Jesús, aquel cenobita franciscano, que en Icod tuviera su cuna y en la ciudad de la vieja Laguna el teatro de sus virtudes y penitencias.

"La casita del Siervo"²³⁰, exclaman las gentes al visitar el ensoñador monte de San Diego y vislumbrar entre las frondas la casita, lugar que antaño fuera testigo de sus austeridades.

Y no faltó otro fraile, natural de La Orotava, Fray Andrés de Abreu, que cantara sus virtudes en una hermosa biografía, ungida de estilo de la época.

²²⁹ Fue reproducido una semana después (15 de octubre de 1922) por *La Comarca* de Icod de los Vinos.

²³⁰ Sobre esta escribió el 7 de agosto de 1921.

En su Iglesia parroquial, dedicada a San Marcos, y a cuyo frente está el honorable y caballeroso sacerdote, mi distinguido amigo, D. José de Ossuna, existe la magnífica Cruz de plata afiligranada, que regalara don Nicolás Pérez Lora, Obispo de Santiago de Cuba.

También en la misma Iglesia está la magníficamente tallada cabeza de San Diego.

Icod no es de esos pueblos irredentos, que siempre permanecen sumidos en la inercia.

Icod, convencido de su propio valer, se ha levantado lleno de entusiasmos acicalando su fisonomía.

Y no faltan en Icod personas, como don Emeterio Gutiérrez López, que, llenos de fervor a su pueblo, aventen a todos los vientos las cenizas de²³¹ los recuerdos históricos para que se esparzan por los aires, infundiendo cariño a las cosas de la patria chica.

Por fervor a su pueblo, sostiene y dirige su campechano y simpático semanario *La Comarca*²³², periódico de altas miras, y de ideas caballerescas.

Todos nuestros plácemes merece Icod, el antiguo Icoden, menceyato de Belicar, por esa voluntad férrea que ha puesto en su regeneración, en su resurgimiento. Nueva savia, nueva sangre vivifica su organismo. Como ha hecho Icod, deben hacer todos los pueblos amantes de su dignidad. Derruir, y sobre los escombros levantarse, lleno de heroísmo.

Sebastián Padrón Acosta
Villa de Orotava.- Tenerife

²³¹ No se lee con claridad si es esta palabra.

²³² Padrón escribiría allí uno de sus primeros textos públicos con el pseudónimo *Silvio de Portinari*.

- 15 de octubre, *Heraldo de Orotava*

España y América

España y América jamás pueden separarse porque están unidas por los lazos más sagrados y estrechos.

España dio a América la sangre de sus guerreros, la valentía brava de sus conquistadores, la savia vivificante de su civilización excelsa, la maravilla de su lengua variada, armoniosa y rotunda.

Los españoles nos entregamos a América en ofrenda generosa. Le dimos todo lo que éramos. Nuestros misioneros, ostentando en sus manos el crucifijo –nuestro símbolo más preclaro–, valerosos e intrépidos se arrojaron en brazos del sacrificio, para atraer dulcemente a la virgen América hacia la sombra sagrada de la Cruz.

Cristóbal Colón –aquel magno soñador de continentes– con su genio portentoso vislumbró entre la niebla de lo ignoto la maravilla del Nuevo Mundo. Y España, personificada con su reina, la santa y sabia Isabel la Católica, se sacrifica por dar al Gran Almirante los valores para realizar su ensueño adorado. Francisco Pizarro –aquel carácter sombrío– y Hernán Cortés realizan la conquista del Perú y Méjico respectivamente, ofrendando la sangre de la raza como un holocausto.

Le hemos, pues, dado a América nuestra alma. América es una prolongación de nuestro ser, una dilatación de nuestra vida.

España y América se fundieron en una sola alma y en un solo espíritu. La raza se fusionó. América habla la dulce lengua de Castilla; América está vivificada por la sangre española; América lleva en su ser el soplo santo de la España gloriosa.

América no puede, sin traicionar su conciencia, olvidar a la que le envolvió en los esplendores triunfales del sol.

Actualmente surcan los mares naves españolas, llevando en su seno el prestigio de muchas vidas, que van a América para ofrecerse en holocausto al trabajo.

Y el doce de Octubre es el día nacional en que se conmemora esta fusión enaltecedora de la Raza. Es el día en que más se deben exaltar estos anhelos fraternales, estos lazos de cordialidad caballeresca.

Escogido fue este día por ser aquel en que el Almirante con su flotilla salió del puerto de Palos en busca de sus aventuras y nuevos derroteros.

Unámonos, pues, en este día memorable, para recordar fechas inmortales, para glorificar hechos grandiosos. Unámonos para celebrar la fiesta de la raza, esta fiesta que tanto nos honra y enaltece, fiesta en la que España y América deben darse anualmente un estrecho abrazo de intenso amor.

Manrique de Lara²³³
Orotava 12 Octubre 1922

²³³ Este pseudónimo lo había utilizado por primera vez unos días antes en este mismo medio.

- 15 de octubre, *Heraldo de Orotava*

Del pensamiento, de la forma y del dolor

La forma es la clámide regia, la túnica magna del pensamiento humano.

Hay más valores en un pensamiento genial, vestido de andrajos miserables, que en una idea vulgar engalanada con atavíos de púrpura. Sin embargo, el pensar debe envolverse en vestiduras reales, en trajes deslumbradores.

Momentos hay en que la idea debe ostentar magníficamente fastuosidad romana... Es preciso que la idea tenga a veces suntuosidad, lujo lexicográfico, según las categorías de su valor intrínseco. Los pensamientos inmortales es forzoso que fulguren como rutilantes luceros, prendidos en el cielo literario.

La idea aparece a ratos engalanada con carnalescas túnicas. Por entre el *encaje* de la cláusula precisa que a veces asome retador y desnudo el afilado acero de la ironía, arma peligrosa en manos del mediocre.

Como en las Artes plásticas existe el barroquismo, así también en el Arte literario existe el gongorismo, acicalamiento, exagerado, recargado de la forma, que es el ánfora de la idea.

Debe huirse de los dos extremos: del exceso y del defecto.

La forma gongorina aseméjase a una mujer coqueta, que por intentar aparecer irresistiblemente bella, causa repulsión, pues ha roto el encanto adorable de su sencillez.

El pensamiento muchísimas veces duele como una herida sangrante. Pensar, ¿es una dicha o una gran desgracia? La inquietud del pensamiento ¿no rompe acaso en determinada circunstancia y en ciertos temperamentos la serenidad del espíritu?

¿Por ventura no es más feliz el *rústico humilde*, que vive en su ignorancia, que el *soberbio filósofo* que analiza y sutaliza las cosas hasta el extremo de parecerle que vaga en medio de sombras impalpables, mudas ante la terrible interrogación?

¿No son acaso un desconsuelo infinito ciertas interrogaciones amargas y desesperantes?

El pastor tranquilo lo ve todo envuelto en la diafanidad de su fe ingenua, en la albura de su armonía espiritual. Por su alma no ha pasado la tempestad metafísica. Es el optimismo de las almas serenas, de los temperamentos candorosos. Es el optimismo pueril, pero sano, fortificador de los salvajes y de los niños.

El pensador, en cambio, tiembla a cada nueva interrogación, que surge implacable y aterradora del fondo, quizá tenebroso de su ser. Ante su pregunta dolorosa diríase que las cosas se estremecen, vacilan y se pierden en la sombra desgarradora.

Pero estos abismos espantosos los salva, casi siempre, la fe religiosa, que todo lo ilumina y exalta con su poder mágico.

La fe es la panacea universal.

Sin la fe no puede vivir el amor.

La fe es la brújula que orienta nuestra barquilla en el gran océano.

Sebastián Padrón Acosta
Villa de Orotava.- Tenerife

- 22 de octubre, *Heraldo de Orotava*

Levantemos el espíritu...

Debemos estar iluminados por un quijotismo exaltador, pero hay momentos en que forzoso es tener las actitudes de Sancho, que daba a su señor estupendísimas lecciones de profunda filosofía y que tenía sabias y prácticas oportunidades.

Despojémonos de nuestro cotidiano marasmo, de nuestras inconsciencias y prejuicios, de nuestras inercias y debilidades.

El país nos llama en demanda de un auxilio que jamás podemos negarle. Es imprescindible, es necesario que nos levantemos altivos, retadores, llenos de factibles ilusiones, que más práctico es el ilusionismo que el escepticismo aniquilador. Los hombres han llevado a cabo las obras más grandiosas, fervorizados de la más suprema exaltación. El escepticismo, en cambio, es un veneno que nos mata, que nos aniquila. Es un país inhospitalario, donde todo muere de asfixia y de inanición. Es el sepulcro de los ideales más levantados.

Nuestros problemas fundamentales, nuestras orientaciones más positivas necesitan del entusiasmo, que debe envolverse en el cendal de la lírica más alta. El País nos llama. Nuestros problemas capitales están pidiendo a gritos nuestra acción y colaboración. Es forzosa la más honda regeneración de nuestros sistemas, que es la regeneración de nosotros mismos.

Sin mezuquinos miramientos de diferencias políticas, de divergencias sociales, pongamos en la gran obra del engrandecimiento del país nuestro pensamiento, nuestra voluntad, nuestras energías, nuestras actividades sin exclusivismos de ningún linaje. Fraternicemos. Unamos nuestras fuerzas dispersas, que la anécdota de Sertorio nos da una rotunda lección de la eficacia de aquellas.

Seamos en el Parlamento idea y voluntad. Estudiemos las más apremiantes necesidades de nuestro suelo y estudiémonos a nosotros mismos. Levantemos nuestra voz, y que esta sea la que pregone nuestras necesidades. No nos envolvamos en la clámide azul del optimismo, pero que tampoco nos cubra el fúnebre sudario de un pesimismo negro, que mata como el veneno, que aniquila como el pecado. El caciquismo malsano ha sido la lepra que ha corroído nuestra personalidad, si alguna tenemos en el cuadro de los valores regionales. Ese desbarajuste caciquil ha sido el gran panteón de todas nuestras iniciativas y de todos nuestros propósitos. Nos han engañado con el espejismo de promesas halagadoras que han cristalizado muchas veces en medros personales. Que nuestra voz no sea como la del Bautista; *vox clamantis in deserto*. Concreten, los llamados por conciencia a concretarlo, nuestro *idearium*, nuestro programa, la sinopsis de nuestras necesidades, ¡que no son pocas! Porque es una realidad –aunque amarga, pero realidad al fin– que estamos desorientados. Y que no hablen las palabras, sino el argumento poderoso y rotundo de los hechos. Las siguientes frases del ilustre repúblico señor Lerroix tienen gran trascendencia en esta coyuntura: "Si esperáis que todo lo realice el Estado, os moriréis contemplando el gigantesco

monolito de nuestro Teide. Esa obra ha de surgir de vosotros; aquí ha de brotar la energía vibrante, la fuerza impulsora".

Si nos cruzamos de brazos, mirando a los celajes, en esta misma actitud nos sorprenderá la muerte. Confesemos con la más ingenua sinceridad: casi nada hemos hecho. El interés general del país ha sido absorbido por otros intereses, que nos han perjudicado.

Sin embargo, parece que se comienza a luchar; que nuestros actuales representantes en Cortes están llenos de los mejores propósitos y de la más buena voluntad.

La iniciativa del puerto aéreo –esa obra monumental– demuestra que se preocupan del engrandecimiento de Tenerife.

Debemos ser justos. Cuando se realice una gran obra beneficiosa al país, allí debemos hallarnos nosotros, tributando a los que la realizaron nuestra loanza; pero si la incuria nos perjudicare, allí debemos estar también nosotros, pero con la censura más acerba. Todos sin distinciones debemos asociarnos a esta obra redentora. No tenemos credo político, solo la grandeza y resurgimiento del país es nuestro más ferviente anhelo. Trabajemos, pues, por nuestros propios intereses, que este es el modo más práctico de hacer turismo. En esta labor cada uno debe poner su granito de arena. Y el que se crea poseedor de una gran iniciativa factible, que la lance a los cuatro vientos.

Derrumbemos lo carcomido y añejo para levantar nuestro majestuoso edificio. El Valle es un gran campo de acción, que se nos abre y despliega, dilatado y fecundo como el mar que lo orla. Casi no hemos comenzado nuestra obra –que esta es la verdad–. Pongamos en nuestra labor un rescoldo de sano lirismo, el lirismo aquel que exalta y arrastra a las grandes empresas. Iluminemos nuestro camino con ideales quijotescos, pero tengamos también las viejas filosofías del escudero, eterno personaje en la maravillosa creación de Cervantes. Industrialicémonos, como diría el Sr. Lerroux. Pero espiritualicémonos también, que la espiritualidad sana y vigorosa es el alma y nervio de todo progreso. Que "no solo de plátanos vive el hombre", que dijera el gran Académico de la Historia, honra de nuestra patria, D. Francisco Fernández de Bethencourt.

Las Cañadas debe ser uno de nuestros más ardorosos fervores. Pongamos en esta obra todo el vigor y la energía toda de nuestra voluntad. Hagamos patria, hagamos región, que así haremos turismo. Levantemos el espíritu. Robustescamos nuestro pensamiento. Y ¡a la consecución de nuestros ideales! Desde nuestro periódico se han indicado ya varios de los problemas a resolver. Estamos llamados a ser grandes, si explotamos las dotes de nuestra región. Si la industria transforma lo que la Naturaleza tan pródigamente nos ha regalado.

La repoblación forestal debe ser asimismo una de nuestras grandes preocupaciones, que nos vamos quedando sin bosques, sin arbolado, sin nuestros fieles amigos.

El bloque, pues, lo tenemos: solo falta que los escultores tomen el buril y comiencen a cincelar la obra. El lienzo está desplegado ante nuestros ojos; únicamente falta que el pintor coja el pincel y empiece a plasmar su ideal. Y en esta obra debemos rivalizar todos, por sacarla más perfecta y más bella.

Hace muchísimo tiempo que venimos vegetando en la sombra. Y es imprescindible que salgamos ya a la luz del sol; que lancemos al viento nuestra voz. Vamos a comenzar lo que ya debió estar consumado, si no nos hubiéramos dejado deslumbrar por las gesticulaciones risibles de los comediantes. El que sea portavoz de nuestros intereses debe estudiarse ante su pensamiento con la sinceridad más profunda, y si se hallare desfallecido, renuncie por pudor, por dignidad propia, por conciencia, a misión tan sembrada de responsabilidades. Y que no venga a ser un nuevo arlequín en escena. No necesitamos figuras decorativas, sino varones que hablen, y principalmente que obren.

Repetimos que no nos guía ningún móvil político. No queremos tampoco particularizar ni herir. Solo estamos guiados del más grande cariño hacia nuestra región.

Que no tengamos que pronunciar en nuestra desilusión aquellas palabras del gran Benavente en *Los intereses creados*: "Vuelve el tinglado de la antigua farsa...". Nuestra voluntad –férrea, inquebrantable– debe ser la gran palanca que ansiara el gran Arquímedes de Siracusa.

Levantemos, pues, nuestro espíritu. Levantemos el espíritu de la región.

Sebastián Padrón Acosta
Villa de Orotava.- Tenerife

- 24 de octubre

Fra Angélico de Fiésole

Fue un alma en la que florecieron todas las rosas de la castidad más excelsa. El noble ejercicio de su arte era una no interrumpida plegaria, un latir de piedades exquisitas. La pintura fue la escala de oro por donde su piadoso corazón de niño ascendió hasta el trono del Altísimo.

Fra Angélico de Fiésole es, en realidad, el ángel de la pintura italiana. Su obra pictórica es una dilatación enaltecedora de su espíritu glorioso, ungido de serenidad. Entre los artistas de su siglo Fra Angélico surge, como un remanso apacible, sombreado por la más ingenua fe religiosa.

Los lienzos de Fra Angélico de Fiésole nos pintan aquel mundo de inocencia y fe, aquel mundo de candor y de paz, que palpitaba en el fondo sereno y quieto de su espíritu cristiano. En los cuadros de este artista celestial todo es paz, serenidad, dulcedumbre, calma bienhechora. Cuando contemplo –maravillado y absorto– sus obras inmortales, una calma de celda invade mi espíritu. Sus lienzos debieron ser creados en la inefable soledad de los conventos. Pintaba –nos dicen sus biógrafos– extasiado y de rodillas. ¡Quizá balbuciendo una plegaria, al mismo tiempo que el pincel iba plasmando en el lienzo de oro puro de sus pensamientos geniales! A través de sus cuadros flota un mundo de niñez y de piedad.

Sus obras parecen vivificadas por un soplo del infinito. Y sus lienzos tienen el encanto de retablos maravillosos. Los semblantes de sus vírgenes, de sus ángeles, de sus frailes y de sus místicos manifiestan almas perdidas en los senos de la divinidad, indiferentes y sordas ante las bagatelas terrenales. Es un nimbo sobrenatural el que orna sus lienzos, ungidos de inocencia.

En toda su obra de artista late una ingenuidad adorable.

La celda de Fra Angélico de Fiésole fue un taller piadoso. Este preclaro hijo del gran español Santo Domingo de Guzmán, hizo de su arte una oración. Con su magnífico cuadro *Il Silenzio* –un fraile con el índice sobre sus labios– diríase que quiso darnos a entender que para penetrar la magnitud de su obra, debemos recogernos, y, silenciosos, sin el ruido de las cosas exteriores, oír lo que nos dicen sus lienzos adorables. El colorido con que plasmara su ideal, contribuye poderosamente a darnos una sensación de serena espiritualidad. Ante sus cuadros enmudece el deseo, y la piedad más ingenua nos embelesa como un arrullo celestial.

El arte de Fra Angélico fue santo y luminoso, como luminosa y santa fuera su vida. Al contemplar sus trabajos pictóricos sentimos la misma serenidad que invade nuestro espíritu cuando leemos las páginas del magnífico y siempre sereno San Francisco de Sales.

El misticismo de Fra Angélico no es atormentado e inquieto como el de *El Greco*. En el pintor de Fiésole hay algo de serenidad helénica.

El beato Angélico nació en Fiésole, antigua ciudad etrusca de la bella Florencia. En el convento de San Marcos, de Fiésole –verdadera joya arquitectónica–, vivió muchos años el dulce pintor, cubriendo el citado convento de pinturas al fresco.

Cuando el beato Fra Angélico de Fiésole pintó el cuadro de San Esteban y San Lorenzo –cuadro que aún existe en el Vaticano– el Papa le ofreció el Arzobispado de Florencia; pero el santo monje, lleno de la más refinada humildad, no quiso aceptar tan alta honra y siguió en su pobreza.

Era tanto su amor a Jesús, que cuando lo pintaba se deshacía en lágrimas. La ciudad de Florencia –relicario de su alma– guarda las principales obras pictóricas del preclaro fraile dominico, honra de su Orden.

La humanidad le venera en los altares y los artistas se extasían contemplando la maravilla de sus lienzos y de sus frescos. El beato Fra Angélico de Fiésole es el ángel de la pintura italiana. Su obra, vivificada por el soplo de lo infinito, es una plegaria, un latir de piedades, un casto remanso de serenidad.

Sebastián PADRÓN ACOSTA
Orotava (Tenerife)

- 26 de octubre

Apellidomanía²³⁴

Existe, y crónica. Una caterva de señorones infatuados se forjan en sus cerebros vacuos unas genealogías originalísimas. Abundan, por desgracia, los apellidómanos. Creen estos poseer toda la fastuosidad y toda la grandeza, apropiándose un apellido rimbombante y campanudo, un apellido que huele, por lo menos, a conde o a marqués, aunque el Marquesado o Condado solo existan en sus imaginaciones anémicas y volcánicas.

Cunde por nuestra tierra esa monomanía de singularizarse y glorificarse, apropiándose apellidos ajenos. Con el cándido fin de aparecer descendientes de linajudas familias, haciendo una injuria a la propia, hay individuos que suprimen los apellidos para endilgarse los que no le pertenecen. ¡Como si la grandeza del hombre estuviese encarnada en el vocablo!

Otros pobres diablos, terriblemente atacados de esta megalomanía, creen aristocratizar sus apellidos con anteponerles la preposición *de*. Y así surgen los Rodríguez de Alcántara, los Pérez de Díaz, los Hernández de González, etc.

Hacen el ridículo soberanamente estas gentes absurdas, que demuestran no tener sentido común.

Avergüénzense de su propia ascendencia. Se creen deshonrados con los apellidos de sus progenitores. Abominan de su genealogía. Tácitamente maldicen su raza y por esos mundos de Dios los tenéis, monomaniacos, haciendo alardes de blasones con esos apellidos ilusorios.

Considerando bien esta manera de obrar de los apellidómanos, es repugnante, ridícula y absurda. ¡Una farsa más en la farsa diaria!

El apellidómano insulta a sus padres, de cuyos apellidos se ruboriza.

Los atacados de esta ponzoña apellidística, de esta megalomanía risible, se ostentan como reverendos y solemnísimos idiotas. Por lo menos así lo demuestran. Si no fuera por el placer de sonreírnos, ni siquiera merecería tomar en serio esos atrevimientos de los apellidófilos.

A estas gentes descabelladas ¡qué bien les sienta el siguiente consabido epigrama, escrito por el sabrosísimo don Francisco de Quevedo y Villegas, contra su compadre el "doctor don Juan Pérez de Montalván"!:

²³⁴ El primero que ya aparece con el membrete de *Estulticias Sociales*. Este artículo fue anunciado el día 1 de octubre de 1922, para ser publicado el martes 3 de octubre. Sin embargo, como vemos, no se dio a la luz hasta el 26 de ese mismo mes.

"El doctor tú te lo pones;
el Montalván no lo tienes;
con que quitándote el don,
vienes a quedar Juan Pérez".

Sebastián PADRÓN ACOSTA
Villa de la Orotava (Tenerife)

- 12 de noviembre

Las aureolas del dolor

El dolor es el crisol donde se prueban, purifican y pulimentan las almas de acero.

Es la turquesa donde se forjan y moldean los grandes caracteres, las voluntades fuertes, los espíritus elevados. Es el troquel donde han sido creados los genios más altos. Es el nimbo, la corona con que se aureolan los sabios y los santos. Es la alquitara donde se funden y perfeccionan los predestinados. Es escuela, en la que se han educado las almas privilegiadas.

La historia del dolor es la historia de las excelsitudes más inmortales. Es la historia de los poemas más imperecederos.

El dolor ha puesto lumbraradas en las creaciones literarias. El dolor ha nimbado de resplandores inmortales los lienzos de los pintores más ilustres. El dolor ha hecho florecer armonías inefables, íntimas, en la lira de los poetas más insignes. El dolor ha cincelado en el mármol las líneas más delicadas. El dolor encendió fuegos sacros en el alma de los místicos. El dolor ha divinizado las obras más geniales del pensamiento humano.

El dolor lo enciende, lo ilumina, lo glorifica, lo inmortaliza todo.

Espinosa senda por donde ascendieron los que llevaban clavada en su espíritu la ardorosa nostalgia de las alturas, es el dolor.

El dolor purificó al mundo del pecado. El dolor fue cruz, a la que Cristo se abrazó ardentemente para salvar al hombre del horrendo naufragio. El dolor fue la palma que conquistaron los mártires. El dolor ha sido el ala gigantesca con que el genio se ha remontado a las cumbres más altas.

Sin el dolor, el Arte sería un águila maravillosa con las alas rotas. Sin el dolor, el pensamiento humano no hubiera plasmado tantas maravillas.

El dolor es el ascua que inflamó el alma de los místicos.

Si a la poesía lírica le quitaran el dolor, aquella no pondría en nuestro espíritu incendios tan gloriosos.

El dolor ha dado alma y gemidos al pentagrama. El dolor ha puesto sombras adorables en los cuadros más ilustres.

El dolor hizo vibrar la lira de Jeremías y arrancó al corazón de Job las quejas más inmortales. El dolor ha hecho llorar a los monjes de Ribera y a los enardecidos místicos del Greco.

El dolor nos ha proporcionado las melodías más exquisitas de las obras musicales. El dolor ha sido el alma del Arte. El dolor es la aureola del genio. El dolor es luz y sombra, troquel y alquitara. El dolor posee nimbos de infinito. El dolor es algo divino que flota en el Arte.

En el dolor nos purificamos como el oro si²³⁵ crisol. El dolor ha hecho brotar las lágrimas más preciosas. Con el dolor hemos sido castigados y por el dolor hemos sido

²³⁵ No se lee bien.

redimidos. El dolor ha engendrado las tragedias más geniales del Arte literario. El dolor hace que volvamos al cielo nuestros ojos llorosos. El dolor nos acompaña, como una sombra, en nuestra peregrinación.

El dolor creó los silencios más elocuentes. El dolor es nuestro estigma y nuestro blasón. El dolor es un latido excelso de toda obra en que fulgure la divina irradiación del Arte. Para las almas selectas el dolor es una ascensión.

El silencio y la soledad son testigos de los poemas que el dolor ha tejido en la sombra; poemas, cuyo secreto la palabra no ha osado violar.

El dolor ha dado alas al pensamiento. El dolor es el sello de todo lo humano.

Si nos quitaran el dolor, nos despojarían de nuestra diadema.

Sebastián PADRÓN ACOSTA
Villa de Orotava (Tenerife)

- 7 de diciembre

Un libro de González Díaz

Llega a mis manos un nuevo libro de González Díaz. *Cuentos al minuto* lo titula su autor. González Díaz es la estrella esplendorosa de nuestro cielo literario. Los temas de esta nueva obra préstanse maravillosamente a la más preeminente cualidad de González Díaz. Sirven ellos de amplio campo de acción a su gran actividad de pensador.

Vivo devotamente enamorado del desenvolvimiento literario de este gran patriarca de las letras canarias. Sus libros me cautivan tanto como los de Manuel Verdugo, como las creaciones plásticas de Concha Espina –la genial cantora de Cantabria–, como los ensueños retrospectivos de Ricardo León, tallador insuperable del alma nacional; como las páginas meditativas de *Azorín* (José Martínez Ruiz), examinador y quilatador de los grandes valores españoles; como los libros de Armando Palacio Valdés, quien nos ha descrito portentosamente almas femeninas como *La hermana de San Sulpicio*, verdadero acierto de psicología.

Cuentos al minuto es un libro parabólico y filosófico. Se vale de la fábula, para encarnar las grandes pasiones, los grandes defectos, para luego fustigarlos donosamente con el latigazo de su ironía amarga, de su sátira implacable.

Este nuevo libro, que González Díaz ofrece al público, es la obra en que culmina el esplendor de sus sátiras. Para estudiar esta faceta de nuestro viejo maestro basta leer y meditar *Cuentos al minuto*.

Por la tercera parte de su libro –"Cinematógrafo político"– desfila, como en cinta cinematográfica, toda la farándula nacional. Para cerciorarse de ello, basta leer "Hombrecitos de Estado", "Diputaditis", "Don Quijote en África".

En cada nueva creación literaria, González Díaz tiende a precisar, acicalar y modelar más la rotunda e impecable precisión de su estilo ameno y encantador.

La obscuridad –abismo en que suelen caer los que, a fuerza de precisar, quieren engalanar su dicción– la salva González Díaz airosamente. Eso solo pueden realizarlo mentalidades del calibre de nuestro compatriota.

Cuento al minuto es un discreto filosófico, un divagar de pensador, analizando y criticando. Para ello le favorecen grandemente la fábula, el cuento. Porque ya hizo notar Antonio Domínguez, al examinar la personalidad del autor de *Visiones del mar y de la playa*, que González Díaz huye del personalismo, va al vicio en sí. No ataca a la persona. ¡Cualidad laudable y caballeresca!

Aunque su autor no lo sospeche, *Cuentos al minuto* es un libro lleno de amargura. Dijérase que su creador ha vertido en él la copa de su pesimismo, quizá sin él intentarlo. Esto prueba la verdad de la célebre frase *el estilo es el hombre*. Y nos demuestra también que González Díaz es altamente sincero. ¡Otra cualidad envidiable en el escritor de elevada prosapia!

Se nos dice que en Gran Canaria ha pasado casi inadvertidamente la gran labor de González Díaz. No comprendemos esto, tratándose del valor más grande de nuestra prosa. No lo comprendemos, tratándose de uno de los escritores modernos más gloriosos, que ya quisieran los de allende el Atlántico ser los autores de joyas tan

valiosas como las obras magníficas de González Díaz. ¡Quizá sea que, al leer sus libros, se olviden del literato y piensen en el hombre!

González Díaz nos enaltece, nos glorifica. Ahí están *Teror y Tierras sedientas*²³⁶, dos libros de psicología y fisonomía de pueblos canarios; ahí está palpitante su labor apostólica en pro del arbolado, de la que nos ha dejado un recuerdo en su libro *Árboles*; ahí están las estelares *Visiones del mar y de la playa*, librito diminuto, pleno de plasticidades literarias. El mar le ha salpicado, como a Tomás Morales, con la caricia de sus néveas espumas. Ahí están las páginas sugestivas y evocadoras de *A través de Tenerife*, con el que ha tendido entre Las Palmas y Nivaria un puente de espiritualidad; ahí están sus *Siluetas de animales* y su *Cultura y turismo*; ahí están sus obras *Especies* y *El viaje de la vida*, pregonando a los cuatro vientos los privilegios de su gran mentalidad.

Y hoy, nuevamente, se nos ofrecen motivos de admirarle y quererle por su nueva obra, ungida de sátira y de ironía: *Cuentos al minuto*.

Ante el genio hay que arrodillarse devotamente, sin prejuicios ni pequeñeces. Yo así lo he hecho.

Sebastián PADRÓN ACOSTA
Villa de la Orotava (Tenerife)

²³⁶ Sobre este escribió el 23 de junio de 1921.

- 15 de diciembre

Los contempladores de estrellas

Estamos en plena prostitución literaria. La moralidad ha huido de la moderna literatura española, o mejor dicho, la literatura ha vuelto las espaldas a la moral.

Ya no se sabe sino hozar en el cieno. Los que debieran iluminarnos, están llenando nuestras almas con sus tinieblas; los llamados a fortificarnos, lo que hacen es vaciar, en las obras que nos brindan, sus propias inmundicias. No saben pensar alto y sentir hondo. Se arrastran como alimañas de la charca putrefacta. Están inficionados y arrojan sobre nosotros sus impurezas. No vuelan como águilas, sino que se entretienen en el fango, como reptiles impúdicos. Han perdido la dignidad de su alta profesión. En vez de dirigirnos, nos desorientan.

Estamos soportando pacientemente sus ascos. A llevar la frente levantada, como obsesionados por el esplendor de las alturas iluminadas, prefieren inclinar la cabeza –no en actitud reverencial– para contemplar y deleitarse en los miasmas del camino. No sueñan extasiados con el gran misterio tembloroso de los cielos estrellados. No gozan la plenitud confortativa en las montañas altivas, esas montañas gigantescas, que parecen colocadas por manos providenciales, para respirar a pulmón pleno la ambrosía salutífera de las cumbres. No quieren mirar al cielo, sino al suelo. No les atrae el divino parpadeo de las luminarias astrales, sino el revuelto oleaje de la gran charca en putrefacción.

Están degenerados, y quieren asimismo degenerarnos. Son el fango que pasa, la caravana que, vacilante, se pierde, anónima, en las revueltas del camino, tras una fatigosa y claudicante jornada. Tienen de la vida un pobre concepto. La llevan a sus libros pero no con el alto fin de ennoblecirla –que esa es acción y empresa de caballeros– sino para inducirnos, con el clamoreo de sus voces de sirenas, a naufragar en las Sirtes. Son pilotos incautos y maliciosos que desean llevarnos al naufragio. Se solazan al ver cómo nos hundimos, perdidos los remos, en el gran Océano, luchando inútilmente con los oleajes. Son los que más sienten la gran ley de la gravedad...

Cuando leemos sus libros, nos parece asistir a las cínicas delectaciones del burdel, donde toda desvergüenza tiene su asiento. No reaccionan contra este ambiente maléfico, en que, para nuestra desgracia, tenemos que desenvolvemos... Nos impulsan bárbaramente hacia él, y nos hacen claudicar y caer. El revuelto mar de las costumbres nos ahoga. Estamos atormentados, vacilantes, claudicantes y caídos. Las olas vencen nuestra lucha. El pequeño esquivo de nuestra ideología vacila, por las regias sacudidas del oleaje bravío. Parecen las modernas novelas de los *modernísimos* autores, una gran fiesta de lujuria, de paganismo. Se adornan con pámpanos, rosas y mirtos. Bailan, se mecen, gesticulan satánicamente. Parece que asistimos al ocaso del pudor literario, del

pudor aquel, que tan en cuenta tomaron aquellos hombres valerosos y fuertes de la edad, que mereció ser llamada *de oro*, porque oro purísimo eran sus creaciones.

De en medio de este lodazal, pocos han podido huir. Pocos han salido airoso y triunfadores de este combate sin igual. Y vemos desfilar por la llanura a los grandes prestigios, a los grandes contempladores de estrellas... Ricardo León, Armando Palacio Valdés, Martínez Ruiz (*Azorín*), Concha Espina...

Y los demás –los degenerados, que nos han envilecido– ¿a qué nombrarlos?

Dejémoslos que se pierdan en la charca, envueltos en sus propias impudicias, porque ellos no quieren oír nuestra voz de alarma.

Sebastián PADRÓN ACOSTA
Villa de Orotava (Tenerife)

- 17 de diciembre, *La Prensa*

El alma de los niños (Libro de Suárez León)

En la república de las letras canarias es ya muy conocida la personalidad literaria de Sebastián Suárez León, magnífico prosista, que nos regala con sus líricas entonaciones, tan galanamente escritas. Con gran emoción hemos leído su última obra: *El alma de los niños* –poemas infantiles–, precedida de un discreto prólogo, debido a la brillante pluma de otro cultivador ferviente de las letras canarias: Arturo Sarmiento.

Suárez León, que, como yo, siente gran predilección por los niños, tan amados por Cristo, ha puesto en su nuevo libro toda la delicadeza de su alma exquisitamente sensible a las emociones de la Naturaleza, de la vida y del arte.

La reciente obra tiene la religiosa unción de una tierna infantilidad. Y es porque "el niño, que existe en todo hombre" –como bien dice acertadamente Suárez León–, ha despertado en su corazón de artista. El literato *hace un retroceso*. Para delinear sus páginas primorosas, unguadas de galanía, se olvida de su personalidad actual, y a través de los años busca, ansioso y nostálgico, la edad dorada, aquella edad, a quien el enorme Víctor Hugo apellidara *minuto de oro*, minuto que debería detenerse o prolongarse indefinidamente, pero que, para nuestra desgracia, pasa con la fugacidad de la espuma y la rapidez de un meteoro.

Yo creo que en *El alma de los niños* ha dejado Suárez León toda su espiritualidad. El libro es sutil, vaporoso, ingenuo, azulado como el ensueño casto de una novicia. Las palabras afluyen mansa y sonoramente, como un raudal de aguas cristalinas. Los pensamientos son límpidos como la nieve, blancos como el armiño. Las páginas diríase que exhalan perfumes de azucena, que están aromadas de incienso...

Si el prologuista ya no lo hubiera expuesto, yo hubiera dicho que el capítulo "Alta la frente" no es de este libro, porque "rompe –como dice Arturo Sarmiento– la visión plástica de serenidad y armonía de todas las otras escenas, tan bellamente descritas...".

Tal página pone la inquietud de una rebeldía en el remanso de serenidad, que, como un rayo de luna, baña la obra.

Al leer estas páginas, tan devota e ingenuamente escritas, he pensado en algunos capítulos de *Corazón*, la creación literaria de Edmundo de Amicis, el gran italiano.

González Díaz –que, cuando escribe, parece que va desplegando un gran manto imperial– puso el prólogo a *Paz de aldea*, ensueño novelesco de Suárez León, y en dicho prólogo habla encomiásticamente de nuestro compañero.

Indudablemente Suárez León es un prosista cautivador, dulcemente romántico, rebelde a ratos, inquieto siempre como todo artista. Sus prosas tienen la melancolía de

un crepúsculo vespéral, en que el sol sangra gloriosamente, entre el oro y la púrpura del Poniente.

El alma de los niños –bello como una noche de luna– me ha emocionado intensamente. He sentido en mi alma el roce alado de una nostalgia. Y a mis ojos asomó, al terminar la lectura, una lágrima furtiva... Es que en mí Suárez León ha producido su anhelado propósito: despertar al niño, que todos llevamos oculto en nuestro sagrado interior...

Sebastián Padrón Acosta
Villa de Orotava, Tenerife

- 20 de diciembre

La estulticia endiosada²³⁷

Nada más irrisorio, nada más absurdo, nada más ridículo que la estulticia trocada en soberbia matrona, erguida con graciosísimos gestos, con curiosas actitudes, con risibles prosopopeyas. Cuando la estupidez se pone coronas, cuando quiere ostentar su cetro, la hilaridad se despierta en los que contemplan y comprenden la minúscula talla, la nulidad absoluta del entronizado, la grandiosa... vaciedad del que se cree revestido de investiduras reales.

El que sea un poco psicólogo goza lo indecible, al deleitarse en la contemplación de estas personillas, que se juzgan dotadas de regias prerrogativas. Tales entes (si entidad podemos atribuirles) se tienen por emperadores. Y ¡lo son! Pero emperadores de la estupidez más soberana... Se levantan hacia los cielos soberbiamente engreídos, pero esa elevación tiene igual majestad, idéntica grandeza que la de los cañaverales hueros, que también se yerguen altivos. Oír hablar a un imbécil es deliciosamente cómico, pues no pueden tomarse en serio sus actitudes. Refina la posición, estudia el gesto, levanta la testa venerable, abre los ojos, a fuer de estatua egipcia, ahueca la voz, y por fin habla...

La necedad inflada por la soberbia es una enfermedad de carácter agudo, una enfermedad casi crónica. ¡Y en esta sociedad –de tales payasos plagada– tenemos que desenvolvemos, tenemos que respirar y vivir!

Estos reyezuelos de imperios ficticios, estos gobernadores de ínsulas Baratarias, quieren aparentar siempre actitud de *magister*; hacer pasar sus palabras por dogmas, sus juicios por definitivos, sus apreciaciones por inapelables. Forman ellos la caterva de los faranduleros del tablado arlequinesco.

En medio de tanto muñeco mecánico nos vemos forzados a pasarnos la existencia. ¡Menos mal que nos entretienen, que nos amenizan la monotonía diaria, y nos tragamos, entre sus comiquerías, el bocado un tanto agridulce de la vida!

Por nuestro escenario político –este escenario en donde gesticula tanta calabaza vacía– desfilan a diario estos cómicos. Y ¡cansados estamos ya de oír tanta sandez, y de presenciar tanta farsa!

Para los pavos reales de la estulticia –aparatosos, rellenos– aún nuestro desdén olímpico es demasiado homenaje... Se les honra al oírlos, y al tomar en serio sus gestos. Únicamente merecen una pleitesía: la carcajada...

Sebastián PADRÓN ACOSTA
Villa de Orotava (Tenerife)

²³⁷ Parece formar parte de sus *Estulticias Sociales*.

- 23 de diciembre

Los hombres-catafalcos²³⁸

Existen hombres-catafalcos, que, al transitar las calles, deberían hacerse acompañar de dos cirios chisporroteantes... Cuando estamos con ellos parece que asistimos al enterramiento de la alegría; diríase que presenciarnos el ocaso del regocijo. Tales hombreritos están siempre mudos y erectos, como cipreses sombríos. Sus bocas son tumbas, perfectamente cerradas. Han tapiado sus labios, se han puesto candados... No les conmueven las alegrías del cosmos. El íntimo contentamiento del regocijo universal lo desconocen.

El silencio de estos hombres no es la exterior manifestación de que se hallen abstraídos en las visiones del espíritu; es el silencio de los panteones, que solo conservan momias, cenizas, polvo, nada... Sus pupilas semejan aguas estancadas. No se agitan. No se ve en ellas la inquietud espiritual, intelectual... Por sus ojos no asoma la emotividad. Dijérase que llevan en su interior un cementerio. En sus almas parece que todo ha fallecido. Sus pupilas no despiden los rayos luminosos del intelecto. Sus actitudes parecen las del criminal, que se reconcentra en las sombras tenebrosas del alma, en esas simas a donde huye el pecado, el remordimiento...

El silencio de estos hombres no es tampoco el éxtasis admirativo, con que suelen algunas almas rústicas oír, absortos, las cosas grandiosas. No es el silencio extático, con que los espíritus agrestes rinden tributo al Arte. Es solo la mudez de las estatuas, que tienen ojos, y no ven. Estos hombres-tumbas, de que hablo, no saben lo que son las grandes electrificaciones de la emotividad.

Ante ellos me estremezco, tiemblo, me lleno de miedos. Son hombres ajenos a todas las conmociones. Diríase que expían algún crimen cometido en otro planeta, y que a esto obedece su gesto... ¡El castigo de algún dios enfurecido!

Se han envuelto en el negro paño de las sombras. Viven en una noche interminable. No digo que se hayan amargado la vida, por cuanto dudo que sean seres que palpiten. Tienen la desolación trágica de los desiertos, la mudez de los yermos – donde la vida se ahoga –, el terror de las tinieblas. Parecen fatalmente condenados a una tristeza irremediable. La luz solar no ha penetrado en ellos, iluminándolos.

Son nocturnos perpetuos, petrificados. Semejan la callada sombra de todas las tragedias. Son algo siniestro, que pasa por la vida, enlutándolo todo. Son los hombres fúnebres, los hombres que no ríen... Junto a ellos sentimos la tentación de entonar el *De profundis*... Se nos antoja que despiden los perfumes de los cirios, que chisporrotean junto a los túmulos...

Sebastián PADRÓN ACOSTA
Villa de Orotava (Tenerife)

²³⁸ Parece formar parte de sus *Estulticias Sociales*.

- 23 de diciembre, *La Prensa*

El velero²³⁹

El mar torna a llamarme con el salterio sonoro y clamoroso de su oleaje bravío. La magnitud de este titán de la naturaleza me exalta con el milagro de sus excelsitudes. Tiene el mar las grandiosidades de una deidad pagana, pujante y formidable. El mar es la glorificación de la fuerza, el coraje de una majestad airada. A través de los cantos evocadores del océano, el místico adivina la palabra de Dios, temblorosa de armonía. Y la enorme potencia oceánica se le antoja la imagen materializada del poder supremo. Yo adoro al mar con el rendido culto con que se adora a una divinidad. Y ante él siento el placer de esta idolatría.

El océano se tiende y despliega antes mis ojos maravillados, anonadados y absortos. Los cierro y veo al mar dentro de mi espíritu. El lejano horizonte es un impecable lienzo maravilloso, sobre el cual un artista invisible, insuperable va plasmando la magnificencia de sus creaciones, al paso que caen lentamente los cortinajes vesperales. Un airoso velero abre la blanca flor de sus sonrisas sobre la superficie dormida, que diríase un gran retazo de terciopelo azul. Bajo la gloria solar, se cubre de oro luminoso la albura de las velas, que se agitan como alas. El velero nos hace soñar con el esquite de nuestros ideales; ¡pobre bajel, combatido por el oleaje, y que no sabe a qué orilla arribará! Nautas poetas debieron ser los que sobre la tablazón del velero gentil, desplegaron estas blancas alas gigantescas, con las cuales parece que desea, como ave marina, emprender el vuelo.

Se me figuran estas lonas desplegadas al viento, como fanfarrias triunfales, las alas de un pájaro maravilloso, empeñado en azotar la cresta audaz del oleaje, para imponer sobre él la soberanía de su reinado. El velamen es el penacho altivo con que se engalanan estas navecillas, que, orgullosas, sonríen bajo la irradiación solar. El velero contrasta grandemente con los trasatlánticos, tan acicalados y pulidos por la mano (¡muchas veces churrigueresca!) de la Civilización. Los veleros se ornan con una aureola legendaria, naval, caballeresca. Son más sencillos, más sobrios, más ligeros que los vapores novísimos. Tienen alas. Están menos pulidos, y nos deleitan más. Parecen los rapsodas de la llanura marina. Los capitanean gentes sencillas, de carnes azotadas por las rachas de los mares.

Este maderamen empenachado, que se mece sobre la líquida planicie, ostenta la gentileza de su actitud imperial. Sobre él marchan decididos los pescadores, confiadamente entregados en brazos de la mar, para buscar, en el secreto de la noche, el tesoro de peces escondidos. Cuando los hombres bronceados bajan las velas, el velero muestra la desnudez de sus mástiles y cordajes. Es que el pájaro fantástico pliega sus alas. En los días en que los marineros festejan a la Estrella de los Mares, los barquitos de vela se atavían, luciendo sus velámenes empenachados de gallardetes, "suntuoso ornato de las soberbias arboladuras", que cantó el poeta, embriagado de las grandiosas

²³⁹ Puede que sea parte de su *Junto a la mar azul*.

epopeyas del piélago²⁴⁰. El velero, que contemplan mis ojos, saturados de luz, continúa su marítimo peregrinaje, recibiendo sobre sus albos ropajes la sangre y el oro del ocaso, como un presente regio, empurpurado. ¡Dádiva de una majestad muriente!

Las aguas reflejan, como metales bruñidos. Y el velero sonrío con melancolía, bajo la púrpura imperial del crepúsculo. Y pasa ante mis ojos extasiados, como una blanca visión de la playa desierta...

Sebastián Padrón Acosta
Villa de Orotava, Tenerife

²⁴⁰ Se refiere a Tomás Morales, concretamente el verso está en el poema "Oda a las glorias de don Juan de Austria".

- 31 de diciembre, *Heraldo de Orotava*

El arte de ser irónico²⁴¹

*A Manuel Verdugo, tras cuyo inquietante
monóculo asoma la ironía*

En clavar un puñal sacrílego en la albura inmaculada del pudor literario, manchando este con una mácula sangrienta, no consiste el arte de ser irónico. La ironía viene a ser una religión, que tiene sus apóstoles, pero que posee también sus detractores, sus hijos espurios, indignos de esta dama imperial y pundonorosa.

La ironía es señora muy recatada, muy casta, muy noble. Asentada en la magnificencia deslumbradora de su trono, jamás se entretiene lanzando mancilladoras y ultrajantes impudicias sobre las personalidades caballerescas.

Como es una de las hijas predilectas del talento, sabe esgrimir su acero, muy bien templado.

La ironía se levanta majestuosa, soberana y glorificadora por encima de todas las podredumbres. Como la nieve, se deleita en lucir esplendorosamente sobre las cumbres más altaneras, allá en esas regiones, soberbias de serenidad, desde donde se vislumbra la maravilla de los paisajes más fascinadores.

Cuando los mediocres intentan –¡de intento no pasa!– usar esta espada afiladísima, se convierten en patanes, en verduleras.

Los caballeros tratan a esta dama distinguida con la delicadeza y cortesía que les dicta su valor intelectual.

En cambio, los espíritus vulgares, al querer ser irónicos, profanan la alteza, la gran categoría de la gran señora. El arte de ser irónico quizá sea en la esfera literaria el más difícil, el más escabroso arte. Únicamente se han lucido en esta lid los que están valorados con la riqueza intelectual. Por eso, en esta manifestación artística solo han triunfado los Maestros.

La ironía tiene la sutil, la alada exquisitez de una caricia. Nos halaga, como el roce delicado de un ala de mariposa, como el perfume de una flor. Pero también nos punza, aunque caballerescamente. Su ademán es de fina cortesía. La ironía es una centella del cerebro, no una baba asqueante. La ironía es una sonrisa, casi imperceptible, no una blasfemia. Nunca un insulto de comadreja, una chirigota de celestina. La ironía habla castamente. Su lenguaje es de una pureza excelsa. La ironía no gusta del fausto de las exhibiciones.

Más bien se reconcentra, se oculta. La ironía tiene mucho de epigramática, de sentenciosa. Tras una brevísima frase, nos mira sonreidora y complaciente. La ironía es la sutilización, la condensación de un pensamiento genial.

La ironía tiene su amargura. Muchas veces una ironía oportuna vale por todo un argumento. Los pesimistas tal vez sean los que más abusan de ella. Viven como águilas,

²⁴¹ Este texto fue publicado días después (4 de enero de 1923) en *Gaceta de Tenerife*.

retiradas en sus celdas selváticas y silenciosas y se deleitan al lanzar sobre el caminante estas flechas.

Muchas de estas ironías son desoladoras sonrisas, en las que los pesimistas vierten sus propias amarguras. La ironía es una de las pocas complacencias que se gastan estas águilas solitarias, avezadas al rugido de las grandes tormentas, de las grandes borrascas inauditas.

La ironía huye, aterrorizada, del imbécil, del imbécil endiosado. Los Maestros sí que deberían usar esta cortante espada –si en ello no hubiere rebajamiento– para exterminar –¡por lo menos literariamente!– a tanto idiota disfrazado de intelectual...

Sebastián Padrón Acosta

1923

- 6 de enero

Los Reyes Magos

*A mi madre*²⁴²

Por fin llegaron sus Majestades Melchor, Gaspar y Baltasar a satisfacer la ansiedad curioseadora de la infancia ilusionada. Dejaron estos magnates las fabulosas y fastuosas tierras de Oriente, con el fin de poner un embelesamiento, una alegría en las almas de los niños.

Muchos pequeños dirigieron a sus realezas misivas, aromadas de candor, y en las que expresaron sus anhelos fervientes... Y parece que las epístolas llegaron a sus respectivos destinos, puesto que los Reyes han traído lo pedido...

Vinieron los magnates del fantástico país, escoltados por dromedarios, portadores de baratijas, de juguetes, que los Reyes han sabido colocar, furtivamente, en el zapatito encontrado en el balcón de la casa solariega, o en la ventana de la humilde casita... Y el día de Reyes ha despertado, con algarabía de trompetas, con ruido de velocípedos, con estruendo de disparos ficticios, con chillerías de júbilo y algazara...

Cada niño ostenta, regocijado, su presente, como un símbolo de su porvenir. Este que esgrime el sable sueña con vestir el correcto uniforme militar, por eso parece que da hasta voces de mando; aquel que curiosear el interior de un artefacto, pretende escalar las cumbres de la Mecánica; el de más allá ojea, pensativo, un libro, porque intenta ser un gran filósofo. Se oye estridente el sonido de la trompeta, como un anuncio de futuras empresas bélicas... Y entre toda la batahola infantil y jugueteril, un niño con cara angelical besa un crucifijo, pues anhela envolver su cuerpecito en el traje talar...²⁴³.

Un perfume de lejanas alboradas pasa por mi alma desfallecida. Todo un mundo primitivo, ilusionado y niño resucita, evocado al conjuro de este día memorable. ¡Cuánto daría yo ahora por conservar aquella ingenuidad desvanecida! Para mí, los Reyes Magos traspusieron las cumbres y se marcharon hacia Oriente, definitivamente, irremediablemente.

¡Dichosa edad aquella en que toda mi felicidad estribaba en el regío presente de unos Magos, que yo creía venidos de países maravillosos, donde se fabrican los objetos diminutos y valiosos...!

Haciendo un esfuerzo de imaginación me situó en la florida niñez de mi vida. Y el hogar se ilumina en mi interior con lumbres maravillosas. Y surgen los años primeros, besados por una luz de alborar. Y un deslumbramiento enciende todas las cosas. Y veo cunas, donde hoy solo vive la ausencia... El lugar, que sustentó nidos, sirve hoy de pedestal al dolor, que, como una estatua silente, custodia la soledad de una

²⁴² El primero, y no será el único en su vida, que le dedique.

²⁴³ Puede ser una alusión a un temprano deseo suyo de ser cura..., además de la mención al mundo militar que en ese momento ejerce en La Orotava, y del que algo dirá directamente en las líneas posteriores.

tumba. Y donde fue la alegría, hoy se aposenta la pesadumbre. Y pasan siluetas, que el padre Cronos ha desdibujado. En el familiar concierto noto que faltan voces de hermanos, que, con la ilusión de un porvenir, marcharon a regiones remotas. Y en el semblante de mi madre se dibuja la melancolía de un presentimiento...²⁴⁴.

Todo un mundo infantil se desmorona al retornar a la realidad presente. Y veo que, en vez de la escopeta que antaño me trajeron los Magos, encuentro entre mis manos tímidas un fusil que me ha entregado la Patria para defenderla...

Y para mí los Reyes Magos se fueron camino de Oriente, definitivamente. Y sé que no volverán desde allá... a buscar mi zapato, porque yo no lo he puesto en la ventana de mi casa, como antaño...

Sebastián PADRÓN ACOSTA
Villa de Orotava (Tenerife)

²⁴⁴ En estas últimas líneas está haciendo alusión a un hermano, Augusto Domingo, que marchó a Cuba en torno a 1915; y no sé si también alude a otro hermano llamado Álvaro, del que desconocemos su paradero.

- 7 de enero, *Heraldo de Orotava*

Formulismo social²⁴⁵

En sociedad se vive de pura fórmula. Saludos de rúbrica, epístolas de rúbrica, presentaciones de rúbrica, inclinaciones de rúbrica, fraseología de rúbrica. En una palabra: todo de rúbrica. Con un antifaz impertinente se oculta la realidad del sentir.

La vida de sociedad es puro artificio. ¡Un verdadero mito! Palabras, palabras y palabras, que dijera el Hamlet de Shakespeare. Y esta vida de mitos no acaba de convencerme —sinceramente lo confieso—.

Las fórmulas, que con tal motivo se estilan, son bastante curiosas, bastante cómicas, y bastante impertinentes también... Veámoslo.

Sinforoso que no conoce a Reducindo, es presentado a este por Policarpo. Hablan cortésmente, irreprochablemente los tres personajes de mi símbolo. Reducindo durante la conversación con su presentado se convence plenamente de que Sinforoso es un perfecto alcornoque, un solemnísimo majadero, y exclama para su sayo: "¡Qué señor más insoportable! ¡Si se marchara pronto!". Y, a pesar de este interno soliloquio, Reducindo tiene que decir a su presentado, al despedirse: "He tenido muchísimo gusto en conocer a V...". Y hasta le ofrece su casa, aunque piense *in menti*: "Dios nos asista si semejante tipo comete la grandísima imprudencia de visitarme..." ¡Lucidos estaríamos!

Otro botón. Petronila y Ambrosia, unidas por una amistad (?) superficial, se encuentran. Ambrosia, al ver a Petronila estrenando un traje, interesadamente estrafalario y perfectamente antiestético, piensa: "¡Valiente mamarracho! ¡Parece trajeada a lo siglo uno! ¡Qué colores más *incivilizados*! ¡Qué peinado más fantasmal!". Y, aunque Ambrosia haya hecho este interno juicio de la indumentaria de Petronila, acercaos con prudente disimulo, en este curioso epílogo de la despedida, y oiréis que Ambrosia dice a su amiga: "Adiós, Petronila. Pero hija, qué elegante estás, qué mona, qué *hechura* más hermosa, qué peinado más chic...!". Y Petronila desflora una de esas sonrisillas de satisfacción, al sentir aquella, al parecer, caricia encomiástica, que ella, en su mocedad, cree sincera.

Y todos estos espectáculos los presenciareis a diario en el gran teatro social, si tenéis curiosidad de psicólogos. Lo que Reducindo y Ambrosia han pensado de Sinforoso y Petronila, respectivamente, está muy de acuerdo con la realidad; es decir, que Sinforoso es insoportable y Petronila un perfecto mamarracho... Sin embargo, la rúbrica social exige que, en ciertos momentos, se alce el telón... para que continúe la farsa...

Muchas de las cosas, socialmente estiladas, son asimismo estupendamente cómicas... Pero... lo exige la rúbrica social...

"Son de rigor", que diría un personaje de *El pelo de la dehesa*²⁴⁶...

Sebastián Padrón Acosta

²⁴⁵ Parece formar parte de sus *Estulticias Sociales*.

²⁴⁶ Obra teatral de Manuel Bretón de los Herreros (1796-1873).

- 12 de enero

Mariano de Cavia

Es una triste lección de la experiencia que las grandes mentalidades, que los ingenios preclaros suelen generalmente envolverse en la fastuosidad de un derroche romano...

Pasan por la tierra como magnates, arrebuajados en grandes mantos, ráídos, pero imperiales... Viven una vida intensa, pero siguiendo el famoso precepto de Baudelaire... Se derrochan... Viven poco, quizá porque han vivido mucho.

Y perdonad la paradoja. Sus existencias son existencias de abstracción perpetua, de vida febril... Viven brevemente, pero grandemente... Cronológicamente, estos hombres pasan rápidos, pero la inmortalidad los perpetúa y eterniza. Son cual monarcas, que sienten la prodigalidad de sus energías. Quieren, como el gran Anacreonte, ahogar sus amarguras.

Son temperamentos excitadísimos y febricantes, que viven obsesionados por la gran embriaguez de la vida... Algunos llegan en su fogosidad al extremo de cometer, como el insigne Larra, la donosa ocurrencia de suicidarse ante un espejo, y en plena juventud, aunque se lamenten de sus vejeces prematuras.

Pero, a pesar de estos excesos, al pasar junto a ellos, hay que descubrirse respetuosamente, y enviarles una salutación, como a grandes monarcas.

Tienen rarezas y excentricidades que hay que acatar, aunque no debamos imitarlas... Sienten la pasión del desorden, del exceso. Y no es por esto por lo que tienen majestuoso vuelo aquilino. Ascienden a la cumbre, a despecho de todos esos derroches, de todas esas prodigalidades fastuosas...

Hay en sus andares solemnidad regia. No son majestades destronadas. Llevan una corona invisible también. Son *emperadores ab intrinseco*. No corre por sus venas sangre azul... Pero pertenecen a la aristocracia más alta. Forman la gran familia de los aristócratas del pensamiento. Las vanidades del vulgo de la clase alta no les preocupan. Solo ansían hacer, crear, ante todo y por encima de todo. Únicamente les aureola el orgullo de sus gloriosas esplendideces cerebrales. Se han emborrachado de emoción y de luz.

Y en este desfile grandioso, aquilino, pasa la figura regia del gran Mariano de Cavia, ardiendo en lumbres patrióticas. Perteneció a las almas excesivas, derrochadoras de energías, fastuosas y solemnes... Mariano de Cavia fue una estrella de la constelación del periodismo español.

Ingenio, regocijado y chistoso, fustigaba, sin herir a nadie, con sus saladísimas sátiras, y sus ironías cortantes. Fue maestro del gracejo, digno de haber nacido bajo el sol de Andalucía. En su inteligencia fulguraba la sagacidad de don Francisco de Quevedo. Y tuvo el ingenio de *Fígaro*, aunque no su pesimismo. Escribía con una alegría chispeante. Su escritos eran cortos, pero quintaesenciados. Vacío en ellos, sin huera ostentación, su gran sabiduría, su cultura enorme. Simbolizó personajes, para vapulearlos, porque jamás quería manchar el blasón de sus bondades. Como hablista consumado, ejerció, sin petulancia, el magisterio del buen decir.

Hay en sus trabajos una gran ecuanimidad espiritual. Ciertos periódicos de su tiempo eran leídos con fervor, porque en ellos escribía el gran Mariano de Cavia. Y la España intelectual llegó a escuchar, absorta, la voz del insigne maestro. Fiel al inmortal Horacio, enseñaba deleitando. El público aprendía las lecciones de Cavia entre carcajadas. Era un cronista maravilloso, siempre nimbado por un halo de casticismo. Se echó a cuesta la gran labor de purificar nuestro idioma.

Todo esto fue Mariano de Cavia, alma aquilina, de gesto imperial, aunque derrochara su energía, a estilo de Baudelaire...

Sebastián PADRÓN ACOSTA
Villa de Orotava (Tenerife)

- 14 de enero, *Heraldo de Orotava*

Burbujas

El monóculo es el cómplice de la ironía desconcertante del maestro. Este diminuto *artefacto óptico*, parece fabricado sola y exclusivamente para ver el lado ridículo de las cosas... Cuando el gran vate se cala resueltamente, y en ademán imperativo, su monóculo, diríase que esgrime un tremendo estoque...

Cuando el cómplice *objetivo* se halla en su lugar, ya pueden contar con un anatema fulminante los espectadores... Y algunos ante el monóculo de Verdugo sienten flaquear sus piernas, cual si se hallasen frente a un arma homicida...

Manuel Verdugo no puede vivir sin su querida espada. Es algo esencial el monóculo en el rostro de Verdugo, y desprenderse de aquel sería para el poeta casi tan doloroso como la supresión del alcohol...

Las burbujas, que el poeta ha escrito, son una legítima consecuencia de su desbordada ironía aplastante...

Él piensa con el gran Carlos Baudelaire: "Es necesario estar siempre ebrios.

He ahí todo: la única cuestión.

Para no sentir la horrible carga del tiempo, que rompe vuestras espaldas, y os inclina hacia el suelo, debéis embriagaros sin cesar. ¿Pero de qué? De vino, de poesía o de virtud, como queráis. Pero embriagaos".

Y así Verdugo da consejitos, como:

"Bebe, muchacho, que la vida es corta;
y mirada a través de una botella...
aún por fortuna nos parece bella...
Cuando quieras vencer un desaliento,
y esperar la desgracia indiferente,
destruye con un vaso de aguardiente
la inútil facultad del pensamiento".

Manuel Verdugo, convencido de la perfecta inutilidad de *ciertas estrellas*, que además de ser errantes, no tienen luz propia... las abandonó, entregándose a las musas con fervor nupcial... Y le ha ido muy bien en su desposorio. Él mismo nos ha dicho lo que odia, en la siguiente burbuja:

"Relación de las cosas que desde hace muchos años
detesto profundamente, sin saber por qué;
la tortilla a la francesa, el teatro de Sinesio,
los sermones, el paraguas, la milicia y el chaquet".

Las burbujas de Verdugo son la quinta esencia de sus ironías y sátiras. ¡Sonrisas desfloradas, al borde del camino, y que él ha concretado en brevísimas estrofas!. Son

ellas el concepto que le han merecido ciertas cosas y casos de la inacabable farsa. Son la carcajada satírica, lanzada por el escéptico, al sentir el tormento del ambiente. A veces exclama entre altanero y dolorido:

"Con sin igual cinismo
el grotesco arlequín del modernismo
profana el santo altar de la poesía.
¿Y no mandas, Señor, un cataclismo?
¡Yo espero otro diluvio todavía!".

Ante la fugacidad de la existencia, escribe:

"Sabido que la vida es un cigarro
muchos hombres lo fuman en boquilla,
para no darse cuenta
de que están apurando la colilla".

Al pensar en cierto linaje de hombres, prorrumpe:

"¿Ahí viene un hombre *sensato*?
Ya tenemos tabarra para rato".

Y dice también:

"Hay hombres muy formales
que tienen muchos hijos naturales".

Demuestra ser muy psicólogo al exclamar:

"Conozco muchos hombres que me niegan el saludo
y en el fondo me quieren.
Pero son más los que me abrazan
y con traición me hieren".

Ridiculiza ciertas fórmulas sociales, diciendo:

"Pasea una chica coja;
se encuentra un amigo manco;
él dice: "a los pies de usted";
ella: "beso a V. la mano".
¿Verdad, lector, que en casos especiales
no encajan ciertas fórmulas usuales?".

Verdugo ha escrito otras burbujas, dignas de Boccaccio, que no pueden ser citadas en este lugar, como aquella del *vermouth* después del postre, o aquella otra en que pinta cierta Elisa que tenía la sonrisa de la Gioconda, y otras del mismo jaez, condimentadas con mucha sal y pimienta, propias del ingenio picaresco del gran Quevedo...

Verdugo nos ha dicho que piensa publicar un pequeño tomo de burbujas, libro que pondrá muy de relieve la idiosincrasia del poeta, que ha sabido engalanar la Musa castellana, y avalorar el Parnaso español, aparte de tener muchas de sus composiciones carácter universal.

Cuando leemos las exquisitas plasticidades poéticas, del que supo cantar genialmente la figura de Alcibíades, nos parece penetrar en el estudio de un escultor, donde bajo el buril del artista han ido surgiendo de los bloques informes maravillosas estatuas, prodigio de modelado, pulidas con fervorosa persistencia artística... Tal impresión nos produjo *Estelas*²⁴⁷. Verdugo no debe olvidar que el público espera ansiosamente su libro de *Burbujas*²⁴⁸.

Sebastián Padrón Acosta

²⁴⁷ Sobre este libro escribió el autor en *Gaceta de Tenerife* el 22 de junio de 1922.

²⁴⁸ Saldría en 1931.

- 16 de enero

Maese Zoilo habla, pero Aristarco calla...

*("Salud, Augusto, y no cantes; asesina,
pero no hagas versos; envenena, pero no
bailes; incendia, pero no toques la cítara...".
Petronio a Nerón).*

La crítica es un magisterio, un sacerdocio y una jefatura. La crítica tiene la seriedad y la gravedad de las conciencias equilibradas. Y el ejercerla no es tan fácil como rasurar barbas, preparar drogas, y platicar como verduleras. La crítica debe destruir todo lo destructible, exterminar todo lo que es forzoso que muera y odiar todo lo deforme en el Arte. Debe ser, en ciertos momentos, una cuchilla implacable.

El error y el mal no tienen derecho a vivir. La crítica es una cumbre ingente, donde solo palpitan las plenitudes, y por donde únicamente pueden pasar las águilas, agitando sus alas rebeldes, altaneras e imperiales. La voz convocadora y anatematizante de la crítica es preciso que tenga rebeldías oceánicas. La crítica es un tribunal inapelable, que convoca ante sí para extender certificados de vitalidad unas veces, y de defunción, otras...

Como que la crítica ostenta la gallardía de las cimas, a ella solo pueden ascender espíritus de luz radiosa. La crítica es la rebeldía de los grandemente capacitados; no los dimes y diretes de las mozuelas...

Si la crítica existiera –ha pensado uno de los cerebros más formidables– la faz del mundo cambiaría. La crítica es un apostolado, que forman los cóndores de la inteligencia, espíritus que viven en perenne actividad, y agitan sus alas caudales y azotadoras sobre las cumbres más altísimas. La crítica es el gesto aquilino de las majestades consagradas. El verbo de la crítica resuena a través de los siglos, como un dogma milenario...

Yo veo simbolizada a la verdadera crítica en el vuelo majestuoso de las águilas. La crítica no es la explosión de la impotencia, sino la palabra conminadora y encomiástica de la gran magistratura que forman los capacitados... La crítica menuda, de comadrería y burdel, la crítica celestinesca, solo la representan las nulidades... Los que ya quisieran poderse acercar a besar la orla de las vestimentas regias. Esos son los eunucos de la crítica, seres que padecen una alarmante atrofia intelectual, de pronóstico reservado...

Como Sansón, la crítica debe penetrar en ciertos templos, en donde se adora a fetiches, para estremecer sus columnas, muriendo, si necesario fuese, entre sus escombros. Nada os choque la existencia de tal fetichismo. Hubo hombres que adoraron a su Divinidad el ajo y su Majestad la cebolla, hecho curioso del que ya supo reírse lindamente en gran Jovellanos en sus celeberrimos versos...

Cuando la crítica alta habla, hay que oír, silenciosos, su fallo irrefutable. Y hacer *mutis por el foro*... Pero cuando la crítica burda divierte con sus grotescas actitudes,

únicamente debéis reír, reír deliciosamente... Cuando, ante el silencio de las cumbres, se oye un ladrido, que intenta ser... conato de crítica, aquel solo es un homenaje inverso...

Entonces la crítica, en lugar de vilipendiar, hace que las gentes se fijen en que el criticado lleva sobre su frente una corona de triunfo. Entonces la crítica llega como una gran voluptuosidad del espíritu. A esas almas que viven recogidas en sus abstracciones, la crítica parlanchina se acerca con el fin de reverenciar, inversamente...

Y por eso los que viven en la altura, desean sentir la caricia de estos tributos, regocijándose al contemplar el cortejo extraño de estos fieles...

Alegraos, entonces, y desflorad vuestra irónica sonrisa; esa sonrisa que tanto inquieta... Es que Zoilo, el eterno Zoilo –que no ha muerto, a pesar de haber surgido desde los tiempos inmortales de la Grecia– se presenta, y habla... Pero, fijaos, que Aristarco calla...

Sebastián PADRÓN ACOSTA
Villa de Orotava (Tenerife)

- 20 de enero

La palmera²⁴⁹

A pesar de que me sombrea un ciprés invisible, la palmera es el árbol de mi predilección, mi árbol amigo, mi árbol querido.

La palmera es símbolo de triunfos. Se levanta magníficamente recta, y sobre las alturas abre la pompa regia de su triunfal abanico. Es majestuosa y gallarda, erecta y triunfadora. Me habla de ascensiones y de conquistas. Es emblema de victoria, en la Religión Católica. Los mártires la llevan en sus manos, como un gran trofeo. Surge sobre las colinas y recorta sobre el azul el penacho de su copa, de simetrías arquitectónicas. Cuando el viento la agita, es una gran cabellera, en rebeldía...

Siempre mira hacia los mundos siderales, cual si hubiera nacido para vivir en una eterna actitud hierática y contemplativa. Le besa la luz en los albos y el sol le rinde su postrera caricia en los atardeceres. Es como el gran vigía de la campiña. Diríase el centinela de la colina ondulante. Se yergue, implacable siempre, como la verdad y la justicia, como el dolor y la rebeldía...

En el desierto brinda al viandante la piadosa ofrenda de su sombra consoladora. Ascende como un tributo que la tierra rinde al cielo... Es la imagen materializada de la contemplación. Lleva su frente diademada. Es la encarnación del orgullo, pero del orgullo brioso de los cerebros pensadores y fuertes. En ella se personifica la altivez caballeresca. Como los caracteres templados en los grandes crisoles, no se doblega al soplo de los vendavales. Se ufana en la llanura con el blasón de su esbeltez, de su donaire. ¡Siempre erguida, siempre altanera, siempre extasiada...!

Es penacho y símbolo, cimera y dosel. Su actitud es la de Perseo... ¡Retadora y victoriosa! Sobre los campos abre su abanico, como un gran pabellón de conquista. Sobre ciertas tumbas –arcas donde se guardan restos de luchadores que han vencido– debería levantarse la palmera en lugar del ciprés. Sería una prolongación emblemática de la vida... El pensamiento triunfando de la muerte. ¡Un símbolo de perpetuidad más allá del sepulcro...!

No morimos, no podemos morir, sino que nuestro yo deja la envoltura de arcilla y se marcha a otras regiones... Solo podría llamarse muerte a la vida del que nada ha hecho. La muerte del pensamiento activo y creador es un absurdo. La idea es luz inextinguible, sol que no tiene ocaso. El pensamiento de los que en vida no han muerto, queda palpitando en el libro, en el cuadro, en el pentagrama, en la estatua, en la obra artística, como algo imperecedero, como algo inmortal y eterno. No debemos morir en la vida para no morir en la muerte. ¡Desgraciado del que nada ha pensado, del que nada ha sentido, del que nada ha hecho! Ese sí que es un cadáver ambulante... A excepción de esta muerte espiritual, la muerte en el concepto del vulgo no existe, aunque la guadaña nos altere los nervios.

²⁴⁹ En su inédito libro *El Puerto de la Cruz* había un texto, según podemos ver en el índice, llamado "La Palmera simbólica". Pero si bien pudiera tener algo que ver con este, no parece que haya ninguna alusión al municipio que lo vio nacer. Volvió a ser publicado en el número de enero de 1924 de la revista orotavense *El Campo* (Año V, número 25-26, pp. 9-10).

"Todo se transforma, nada se aniquila" –en el aserto científico, en la concepción filosófica–. La tierra es un laboratorio maravilloso, en el que las cosas evolucionan, cambian, se transforman bajo el poder formidable de fuerzas latentes.

La muerte real no existe. Es una palabra convencional, acomodaticia. Es únicamente un fantasma que se pasea por la tierra con soberbia imperial, aterrorizando al universo con el cetro de su guadaña. Si la materia no muere, menos puede morir el pensamiento, que es la gran emanación de la Divinidad. Hagamos que sobre nuestra fosa pueda erguirse la palmera, como una prolongación simbólica de nuestra vida. ¡El pensamiento pasando por encima del sepulcro...!

Sebastián PADRÓN ACOSTA
Villa de Orotava (Tenerife)

- 21 de enero, *Heraldo de Orotava*

Cumbres nevadas²⁵⁰

Las cimas del Valle se han puesto una toca deslumbradora. La nieve ha caído fastuosamente sobre las cumbres, como ofrenda prodigiosa de los dioses. Las alturas pétreas se han envuelto en una reluciente piel de armiño que, al herirla el sol, refulge soberanamente, despidiendo mágicos destellos. Diríase que se han engalanado con una gran veste de blanco terciopelo. Este color contrasta grandemente con el verde tristón, en que siempre vive el Valle, exceptuando la gran llanura azul, que, abajo, en la ribera, brinda a la visión su color turquí.

Por no ser muy frecuentes estas caídas de nieve, más aún me sorprenden y maravillan.

Se me antoja en estos días la cumbre un gran titán milenar, que se ha puesto una maravillosa túnica plateada.

La nieve nos da la impresión de las cosas puras, de las cosas vírgenes, de las cosas inmaculadas, de las almas incontaminadas.

Y me sorprende este color, intensamente blanco, porque contrasta con el negro a que están acostumbrados mis ojos internos... El oscuro color de muchas almas, que caminan por la vida sin ostentar la albura de un pensamiento elevado, de un pensamiento limpio.

La nieve me hace soñar en regiones polares, en países de nieves perpetuas, por donde pasan los osos blancos, con sus blancuras de armiño, con sus castos ropajes...

Y por encima de toda la cordillera nevada se levanta, retador, el Teide, que aparece en la altura con su grandiosa majestad de viejo patriarca, vigilante sempiterno de las siete Hespérides. Unas veces la imaginación, al contemplarlo, cree hallarse ante un cisne fantástico, que levanta su elegante cuello jaspeado y alabastrino. Sobre él descansa dulcemente mi visión asombrada y maravillada. En estos días el Echeide viste su traje de gala, su traje de invierno. Se ha arrebuñado con una magnífica ropa blanca. Y a pesar de su color sereno, apacible, purísimo, en sus entrañas arden enormes hornos naturales. En su seño se refugió, como canta la leyenda, el Guayota tenebroso... Y Dios quiera que nunca despierte de su sueño milenar...

El Teide tiene ahora un encanto de deslumbramiento. Su semblante, otras veces adusto y lleno de cicatrices, ahora sonrío con la castidad de una novicia a cuyo rostro sirve de marco inmaculado la albura de unas tocas simbólicas.

Este derroche de la nieve sobre las espaldas del gigante, se me figura tener las fastuosidades de un desposorio absurdo...

Blanco, purísimo, incontaminado, como ahora está, es como me gusta el Pico. Me cautivan estas vestiduras plateadas, con que la Naturaleza lo engalana.

²⁵⁰ Este es el primer texto que dedica explícitamente, como protagonista, al Teide, un elemento que será primordial para él como icono vital tinerfeño y canario. Recordemos que uno de sus poemarios, al final de su vida, tiene como eje central el famoso pico. Fue igualmente publicado, este escrito, el 26 de enero de 1923 en *Gaceta de Tenerife*.

Las blancuras me hablan de las castidades de las vírgenes, de las ilusiones de los niños, de los amores de las madres, de los sueños celestes de las novicias. Estas blancuras son un canto que alza la Naturaleza a la castidad...

La nieve es el símbolo de la virginidad, la imagen materializada de todo lo puro y excelso.

La nieve esplende sobre los hombros del Pico, que se alza retador y limpio, como un cono gigantesco y altivo. El Teide mira siempre hacia lo alto, como si estuviera perdurablemente cautivado de las estrellas, que ríen en las constelaciones...

El Pico es el alma canaria, noble, altiva siempre. Parece el Teide un gran troglodita, que se quedara arrodillado y extasiado sobre las cumbres, absorto ante el deslumbramiento del vasto panorama que le brindan las siete islas, que, como siete diosas hespéricas, se quedaron entre las espumas del Océano, que las acaricia.

El Pico quedó heroico y altivo sobre las alturas, como el vencedor inaudito y fabuloso de una gran contienda geológica...

Es como el héroe de la enorme lucha entre Vulcano y Neptuno. Y quedó en pie sobre las cimas como un gran símbolo, ofreciendo a las centurias su figura triangular.

Es como una ancianidad petrificada que ostenta su canosa frente venerable, con el orgullo de los viejos patriarcas, con la valentía de los héroes de las edades prehistóricas, con la bravura de los héroes del Romancero.

Y al mirarlo, todo cubierto de nieve, me parece "que aún está lleno de sal marina", como cantó el inolvidable poeta²⁵¹, que un día lo viera *desde lejana costa*, embelesado ante su *cono gentil*...

Todos los poetas que te han contemplado, cantaron en versos, únicamente de ti dignos, tu prestigiosa paternidad, ¡glorioso Pico de Tenerife!

¡Quizá seas tú el guardador del secreto origen de estas rocas maravillosas, y también acaso guardes en tu seno la clave de sus destinos!

En las noches estrelladas y plateadas de luna, surge la arrogancia de tu extática figura milenaria.

¡Salve, gloriosa majestad de las cumbres!

Sebastián PADRÓN ACOSTA
Villa de Orotava (Tenerife)

²⁵¹ Otra vez Tomás Morales.

- 28 de enero, *Heraldo de Orotava*

[Sin título]²⁵²

Sobre trono basáltico un puñado de hombres de mar –fornidos, rudos y creyentes– levantaron en el Puerto de la Cruz la ermita de San Pedro González Telmo, santuario a donde gentes sencillas venían a depositar el tributo de su fe valiente –que en las almas rudas la fe es más potente que en las almas civilizadas–.

El gremio de mareantes que la ermita erigieran, como almas en el fervor de la mar ardidadas, eligieron un lugar contiguo al mar para que este le rindiera vasallaje con el murmurio de sus olas turbadoras.

Y así es el sitio donde aquellos marinos, como una ofrenda piadosa de su fe ingenua, levantaron el santuario: una roca donde la mar desgrana sus armonías; un bello rincón desde donde se otea la gran llanura. También allí se construyó una plataforma, para vigilar desde sus garitas –ya ruinosas– a los atrevidos invasores. Pero estas épocas de leyenda y caballería ya se desvanecieron. El centinela huyó de su garita. Y aún duermen los viejos cañones, sobre la plataforma, como leones vencidos, como fieras domesticadas... Solo queda flotando en el ambiente la remembranza de la tradición...

Un viejo capitaneador de navíos nos ha contado la historia de aquel santuario, hoy abandonado.

Hasta hace pocos años la ermita de San Telmo –restaurada– abría sus puertas, para que los creyentes homenajearan al Santo Patrón, recordando los días de nuestros mayores. Mas todo ese júbilo religioso ha desaparecido ya. Únicamente el mar –que nunca nos abandona– sigue cantando sobre la roca de basalto con la altanería de un reproche doliente...

Sebastián Padrón Acosta

²⁵² Por su temática, pudiera ser que este artículo formara parte de su libro inédito *El Puerto de la Cruz*, aunque en el índice del susodicho libro, expuesto el 23 de septiembre de 1921 en *Gaceta de Tenerife*, no haya título alguno que parezca corresponder a esta semblanza.

- 31 de enero

La carcajada

*Al culto literato, mi caro amigo,
Ildefonso Maffiotte*

La sátira es la carcajada desconcertante de los hombres rebeldes y pensadores.

Si yo tratara de simbolizar a los grandes satíricos, los representaría en los leones. Los grandes satíricos lanzan su carcajada, como los leones tienden su zarpa amenazadora.

A semejanza de los leones, los grandes satíricos pasean sus figuras majestuosas y agresivas, con sus melenas encrespadas. Los grandes satíricos concretan sus carcajadas en páginas chispeantes y geniales, en páginas rebeldes y magníficas.

Fueron almas turbulentas y revolucionarias, que aplastaban con sus garras brutales.

Y unas veces se llamaron Boileau y Voltaire, Jovellanos y Rabelais, Heine y Byron, Quevedo y el formidable, el inmenso Víctor Hugo ante el cual vivo en perpetua adoración, casi arrodillado.

Pero, fijaos, que se puede reír de muy diversos modos. El idiotizado ríe, y no puede ocultar el significado de su risa...

Los antiguos bufones retribuidos, aquellos payasos de oficio, que vivieron en los palacios y en las casas de los hacendados solazando con sus genialidades... a los reyes, a los poderosos y a los abates, también reían...

Y por cierto que los bufones continúan, aunque no lo sean oficialmente...

No confundáis la sátira con la célebre danza satírica... Una cosa es ser satírico, y otra ser sátiro... ¡Distingamos!

La sátira cae, como una descarga eléctrica, carbonizando. Su acción es rapidísima. La única risa de Rabelais es desconcertadora y terminante. Indudablemente, Rabelais supo reír con donosura...

Los ingeniosos ríen a estilo de Rabelais, y sus risas producen los mismos efectos que produjera la célebre carcajada del gran satírico francés autor de *Gargantúa y Pantagruel*.

"Cuéntase Rabelais –ha escrito alguien– en el número de los autores que han aplicado a las debilidades humanas el mejor confortativo, el remedio más eficaz, que es, en opinión de algunos, la risa, cuando no se circunscribe a desahogo pueril, sino que tiene alcances y profundidad. La sátira de Rabelais es muchas veces como la de Cervantes, de todos tiempos y lugar...".

Pero los que no saben, mejor dicho, no pueden reír, como estos leones bravíos, ríen como los histriones, de los cuales también se ríen los espectadores a carcajadas.

Aunque no sepamos todo el secreto de la carcajada –como tampoco sabemos el de las lágrimas– los hombres han querido ver en cierto linaje de risas, un lacerante argumento despectivo.

La carcajada satírica es un zarpazo desgarrador. Pero no todos pueden lanzar estas carcajadas formidables.

La carcajada de Voltaire resuena aún, a través de los siglos, satánicamente. Los grandes escépticos vaciaron en sus carcajadas estridentes todo el hastío de la vida.

Unas veces ríen, otras bostezan. Hay carcajadas perdurables, aunque diabólicas.

Cuando la risa intenta ser satírica hay que saber reír. ¡Qué mal, qué desastrosamente mal resulta la carcajada en boca de los desprovistos de alto coturno, aquellos, a quienes es aplicable la siguiente burbuja del poeta:

"Te has llegado a creer que cuanto dices
envuelve una sentencia... ¡pobre chato
que no ves más allá de tus narices...!".

Sebastián PADRÓN ACOSTA
Villa de Orotava (Tenerife)

- 3 de febrero

Un gran visionario²⁵³

Por fin oí la voz cálida, enardecida de fervores, del gran batallador Francisco González Díaz.

En la tribuna, González Díaz tiene el gesto y los ardores de un apóstol, rendido ante el culto de sus grandes y sublimes ideales. La voz de este visionario de todo lo bello llega a nosotros como arrullo fonético, aunque el contenido de sus palabras tenga el ardimiento de todas las rebeldías.

Me encanta González Díaz escribiendo, pero también me cautiva cuando le veo en la tribuna, plasmando, en su verbo cálido, las visiones de su espíritu. González Díaz vive desentrañando el alma de las cosas, y delineando los contornos de los seres, los nimbos desvanecidos casi, casi invisibles.

Y, tanto en el libro como en la tribuna, González Díaz es siempre el mismo. Va descubriendo tesoros en todo; va aureolando todo.

Nuestro compatriota tiene una gran virtud: dar su propia vida y su propio calor a las cosas, que van pasando por su alma. Su cerebro va iluminando todo, con la magia de su gran sensibilidad, de su gran visión interna.

En la tribuna y en el libro, González Díaz es un gran condensador cerebral. Sus concepciones estéticas las *reduce* engrandeciéndolas. Siente gran predilección por concretar en una página todo el asunto de un libro. Y para que su obra sea más íntimamente suya, va derramando en ella sus propias amarguras interiores, va infundiendo a su trabajo su propio dolor.

Diríase que González Díaz, al escribir, va dejando la savia, y, sobre todo, la sangre de su ser. Cuando escribe, se nos entrega todo en un gran tributo de sinceridad. Su obra es una gran ofrenda ensangrentada. González Díaz ha vivido siempre crucificado en su cruz; y nos ofrece, como un mártir, su costado llagado.

Evoca su infancia y su juventud con una dolorida nostalgia. Es un gran vidente interior.

Veo en González Díaz una gran tendencia hacia el Catolicismo. No diré yo que su ideología es la de la Iglesia Católica; pero en cada nueva evolución me parece que se va acercando hacia la cruz. González Díaz, devoto ferviente de todo lo estético, cae arrodillado ante las grandes excelsitudes. Y tiene fe en los grandes fundamentos indestructibles. En cada nuevo paso hacia la Eternidad se va consolidando, espiritualizando e iluminando más, aunque dolorosamente. El parto de sus obras ha sido un parto sangriento y desolado.

Cuanto más asciende a la cumbre, más desaparecen las palabras, y brilla su pensamiento más austero, más preciso, más condensador. Es que su arte, como todo arte

²⁵³ Vuelve a escribir sobre Francisco González Díaz, escritor al que más páginas dedica en sus artículos. En este caso el texto nace, por lo que dice al principio, al oír de viva voz por vez primera a González Díaz, que por esos días pasa una de sus temporadas en Tenerife (coincide con la salida de la segunda edición de *A través de Tenerife*) y da varias charlas, una de ellas en el Instituto lagunero, donde en aquel momento estudiaba, como alumno libre, Sebastián Padrón Acosta.

verdadero, se espiritualiza. En el Arte llega un momento en que ya solo hablan el silencio, la luz, los contornos, los nimbos. Y esta cualidad condensadora de González Díaz ya la hizo notar el gran paradójico²⁵⁴ don Miguel de Unamuno, al decir que el artículo de González Díaz "La nube" vale por todo un libro.

Cada página de González Díaz es una pedrería cegadora, un gran deslumbramiento. El campo de este gran visionario es el alma y la Naturaleza, buscando en la segunda, bajo las apariencias fastuosas, fascinadoras, el espíritu, el símbolo.

González Díaz no envejece. Su alma vive en unas nupcias eternas. Siempre está en florecimiento. ¡Consolidarse, condensarse, no es perder la juventud! Más bien es comunicarle nuevos bríos, nuevas iluminaciones, nuevos esplendores.

Sebastián PADRÓN ACOSTA
Villa de Orotava (Tenerife)

²⁵⁴ Casi siempre lo califica con los mismos términos.

- 4 de febrero, *Heraldo de Orotava*

¡Gloria a Dios en las alturas!²⁵⁵

*A Pepe Maury Verdugo*²⁵⁶, excursionista

Nuestra caravana expedicionaria desfiló hacia las cumbres nevadas. Los excursionistas, como nuevos cruzados, marcharon camino de la cumbre jinetes en sus respectivos *jamelgos*. La inmaculada blancura segadora de la nieve nos atrae desde lejos.

Después de una peregrinación a través de los montes, por entre sendas y vericuetos, poblados de arboledas, llegamos a la meta de nuestra expedición.

Estamos sobre la cordillera nevada, lejos de las llanuras, sobre la tribuna gigantesca de las cimas erguidas.

Al hallarnos sobre aquel gran balcón salvaje, abierto hacia el Valle, un grito de júbilo, una salutación de entusiasmo pugnaba por salir de nuestros labios como un *Hosanna!* al Artífice de tantas maravillas.

Estamos anonadados ante la peregrina grandiosidad, ante la belleza salvaje de estos parajes privilegiados, cubiertos de pedrería. La nieve resplandece; nos ciega. Creemos vivir en un país fabuloso, en un país de leyendas, fabricado de diamantes, de piedras preciosas, con pavimentos marmóreos, con cortinajes de nieblas.

Las retamas apenas pueden asomar por entre la nieve que las cubre sus descarnados brazos.

Lejos de las poblaciones, lejos de las bajezas y maledicencia de los hombres, aquí sentimos una satisfacción plena, la alegría que nos causan la soledad y el silencio de estas alturas, erigidas por la hábil mano de artista de la Naturaleza, inspirada por el hálito de Dios.

¡Qué grandes, qué libres, qué buenos nos sentimos en estas eminencias, que nos evocan a personajes solemnes del Viejo Testamento; águilas que se retiraran a las soledades abruptas! ¡Qué pequeños veo desde aquí a los hombres...! ¡Qué diminutos los pueblos del Valle; pequeños caseríos, apenas visibles desde estas cimas prodigiosas!

Frente a mí contemplo al Pico que sobre el cielo azul recorta la arrogancia de su silueta triangular.

El Teide está en los momentos de su transfiguración. La nieve lo jaspea, el sol lo bruñe. Ambos lo transfiguran. Yérguese enorgullecido ostentando su pirámide de plata.

Es el monolito, que dijera Lerroux, pero monolito de nácares fascinadores cubierto.

²⁵⁵ Este escrito nace de una excursión al Teide nevado (él y la persona a la que le dedica el artículo van), y de la que se da cuenta por estos días en el medio *Heraldo de Orotava*. Fue difundido en *Gaceta de Tenerife* el 9 de febrero de 1923.

²⁵⁶ Sobrino del poeta Manuel Verdugo.

La nieve ha sido profanada. Lástima grande que sobre este lecho de blancuras, se vean huellas de hombres, de caballerías... Me parece que sobre la nieve se ha cometido un gran sacrilegio.

Y la nieve *chilla* bajo nuestros pies, cual si le doliera la presión de nuestros cuerpos.

La blancura intensa, inacabable de estos sitios nos *encandila*. Nuestros ojos no resisten tanto blanco. El hielo ha invadido hasta nuestros nervios.

Las siluetas de algunos expedicionarios, confundidas con la niebla, se me figuran *esquimales*. Y pensamos en las nieves polares.

Solo falta que los osos blancos ostenten sus alburas impurificadas por estos senderos extraños, intensamente blancos.

Estos lugares elevados y solitarios siempre me han cautivado, como el mar a quien la gran poetisa Rosalía de Castro quería ver antes de morir. En estas regiones evocamos a los grandes cantores rebeldes, que alzaron himnos a las cumbres.

Y surge Santos Chocano, que tuvo en su corazón un incendio, y un volcán en su cerebro, vate brioso que con voz profética cantó los grandes males del pueblo, de ese pueblo que sigue su Calvario, dolorido y sangrando, sintiendo en su alma de desterrado el rugido de todas las rebeldías y de todas las tormentas.

Santos Chocano es un bardo de reciedumbre férrea. Su musa se engalana y corona con casco guerrero. Es más amazona revolucionaria que sirena arrulladora. La pluma de Santos Chocano dijérase un martillo sonoro. Y sus versos tienen la armonía de un clarín de batalla.

¡*Bonum est locus iste!*!, prorrumpimos con el júbilo del Apóstol en el relato bíblico. *Levantemos una tienda*, proseguimos con el humilde Pescador.

Sí; bueno es permanecer aquí; lejos de los hombres, cerca de la Naturaleza, y más cerca, mucho más cerca de Dios...

¡Sitios propicios son estos para permanecer perdurablemente arrodillados, teniendo por templo la Naturaleza, por lámparas los astros, por altares las cumbres, por dosel el infinito constelado...!

¡Gloria a Dios en las alturas!

Sebastián Padrón Acosta

- 11 de febrero

La careta²⁵⁷

Nada execro tanto como la careta, esa odiada careta, que me hace recordar muchos rostros humanos, ignorando el porqué...

La careta es el *adminículo* que más odio; el objeto que más me molesta, y que más nervioso me pone. Y en estos días la careta me sonrío diabólicamente.

La careta me persigue, como una obsesión; la careta me mira, burlona, desde los escaparates, donde el comercio la expone y la vende; me persigue, cínica, al pasar por las plazas, clavando en mí su mirada absurda, insoportable.

Y muchas veces, al mirar al rostro de algún *buen amigo*, me creo que estoy también ante una careta, a pesar de que hago esfuerzos inauditos por olvidar esta idea pecaminosa...

No me explico por qué al hombre le da por cubrir su semblante con esta sobre-careta, habiéndola llevado puesta durante todo el año, durante toda la vida. No hay cosa, repito, que me ponga tanto pánico como ese endemoniado antifaz. Y es, precisamente, por lo trágico del símbolo.

El primero que usó careta fue Lucifer, nuestro incomparable enemigo. Los hombres lo imitaron luego.

En estos días de rebajada paganía, el hombre se pone su diabólica máscara. (La que se pone es la *artificial*, pues la *natural* hace mucho tiempo que la lleva puesta). Y con una maestría insuperable e incalificable, el hombre usa su careta. Y cada uno se desvive por representar mejor su farsa.

La careta es una representación dolorosísima de la psicología humana. Es el emblema de la vieja farándula, del viejo tinglado de la antigua farsa. Por eso la odio, por eso me molesta, por eso la detesto, por eso la maldigo.

La careta se ha metido en todas las instituciones, en todos los ideales, en todos los sectores, en todas las categorías.

La careta ha profanado, ha malversado todo lo grande, todo lo sublime, todo lo alto. Los perversos se han puesto careta de virtuosos, para cometer sus pecados nefandos.

La careta me evoca la hipocresía. Es a esta a quien mejor representa la careta. El antifaz es el objeto predilecto de los murciélagos humanos.

Podría decirse, con el Rabí de Galilea: "El que se crea sin careta, que tire la primera piedra...".

Muchos quisques, en vez de cubrir sus lindas faces con sendas caretas, harían mejor en ponerse mordazas... Seguramente, les sería más provechoso...

Cada hombre tiene su correspondiente careta. Y no se despoja de ella durante todo el curso de su vida. Solo cuando muere, se la arrebatan violentamente las Parcas...

No comprendo, pues, el desmedido afán de usar esa doble máscara, en estos días de jolgorio satánico...

²⁵⁷ Parece formar parte de sus *Estulticias Sociales*.

Me duele, como una gran pesadumbre, la obstinada persecución de la careta... A través de ella me parece que sonrío el señor Mefistófeles...

Yo la odio, la maldigo, la detesto, como algo siniestro, como algo fatal. ¡Líbrenme, por Dios, de la persecución de la careta...!

Sebastián PADRÓN ACOSTA
Villa de Orotava (Tenerife)

- 11 de febrero, *Heraldo de Orotava*

La salutación matinal²⁵⁸

El altivo madrugador ha lanzado ya a los aires su canto de anunciación. Desde su humilde encerramiento llama a los mortales con su voz despertadora. Anuncia la epifanía de la mañana. Canta el resurgimiento de la luz. Su canto persistente pone una nota de desperezo en el resto de sueño de la creación. Es el gran rapsoda del matutino crepúsculo que canta. La luz le ha despertado, y anuncia a los hombres el triunfo de la luz, el nacimiento del alba que, cual virgen pudorosa, envía a la naturaleza callada su casta sonrisa beatífica.

El gran madrugador no se cansa de lanzar a las suaves brisas su canto de aleluya... Con pertinacia continúa cantando que la creación ha resucitado al beso del alba.

Las lechuzas huyeron a sus sombríos escondrijos, pues la lumbre del alborear les encandila.

El rapsoda de la mañana es el gallo, que se despierta y canta altanero, quijotesco, cual diestro centinela del amanecer.

Las sombras de la noche se desvanecieron ante el alborozo de la luz difusa de la mañana.

Al canto del gallo se despiertan los pájaros y cantan también, pero con melodías exquisitas.

Los ruiseñores cantan, porque la luz amanece. Se callaron en sus nidos, en el seno de la noche, y ahora despiertan en el regazo purísimo y luminoso de la mañana.

La luz les obliga a cantar, como la sombra les hizo enmudecer. Los pájaros desgranán las armonías de sus arpegios, como una salutación a la Naturaleza, que comienza a sonreír...

Apenas los pájaros han oído la voz de su compañero madrugador diluyen entre las frondas, en el secreto de las umbrías, en las copas de los árboles, en los follajes, la sonoridad de sus sinfonías.

El bosque se despierta, los rumores aletean, el agua canta, ante este coro de dulcísimos cantores.

Los pájaros cantan –cuando el alba rompe– la alegría de la creación. Celebran el himeneo de la luz; anuncian el desposorio de la tierra con el sol. Y sus cantos tienen tonos de epitalamio. Modulan sobre los campos fecundos, reverdecidos y floridos, la letanía magnífica de sus trinos, al paso que los campos abren sus incensarios.

La armonía de estos músicos, cuya voz melodiosa y sonora recorre toda la escala musical, es un canto de leticia.

Y mi favorito placer matinal es escucharlos, extasiado y mudo, cual si oyese melodías angélicas, seráficas, entonadas en las mansiones del empíreo...

Son dulzuras de cítaras, arpas, órganos y liras, estos trinos que escucho, silencioso, mientras la mañana avanza camino del mar, camino del campo, camino del

²⁵⁸ Fue sacado a la luz además en *Gaceta de Tenerife*, el 16 de febrero de 1923.

monte, como una diosa mística, y pagana a la vez, seguida de su coro de cantores inimitables.

Los pájaros saben que la mañana despierta, y por eso cantan su salutación madrugadora.

Los ruiseñores, más fieles y más poetas que el hombre, no se cansan de elevar salmos al Altísimo, entre los perfumes del amanecer...

El canto de los pájaros, en las primeras horas del alba es una salmodia, que envían a Dios, su criador.

Nunca se fatigan de elevar sus plegarias melodiosas estos músicos alados, que llevan en sus gargantas la excelsitud de sus trinos, que me embelesan más que todos los cantos de todos los poetas.

A medida que la luz avanza, los pájaros, que han dejado el calor de sus nidos, más se alborozan y más cantan.

Y cantan, como cantarán los Serafines en torno del Altísimo.

El Creador les envió para ser mensajeros de la mañana, anunciadores del día, cantores eternos de la Naturaleza, poetas infatigables de la creación.

Y así lo han hecho, lo hacen y lo harán.

Llenan el silencio matutino con sus ondas sonoras. Se despiertan para alabar a Dios, asociándose a la plegaria de la cartuja...

"Ebrio cantor, hermano poeta. ¿Quién te enseñó la singularísima armonía de tu lira? ¿Por qué cantas tan alegremente en la paz mañanera, en el augusto silencio del amanecer? ¿Qué misteriosa atracción ejerces sobre mi alma caída y dolorida? Dime, divino poeta, del alba, mensajero de la alborada, ¿quién puso en tu cítara agreste esas delicadísimas vibraciones?

Tu canto me embelesa; y me santifica tu divina acordación, hermano poeta.

Tú me enseñas a saludar al Supremo Artífice, al eterno pintor de albas y ocasos, al fabricante insuperable de soles y estrellas, de flores y genios, de ángeles y mundos.

Tu canto es una plegaria, una salutación matinal.

Y los hombres acaso no comprendan tu melodía, ni escuchen tu cantar sonoro. Y los hombres acaso no canten, como tú, al romper el día saludando al divino Hacedor.

Mientras los hombres permanecen mudos y dormidos, tú cantas incansable, derrochador, tu gratísima canción, envuelta en embriagadoras oleadas musicales. Hay un no sé qué de místico embeleso en tus salmos mañaneros...".

Los ruiseñores siguen cantando, cantando, alborozados, regocijados. Cantan la gloria de esta lumbre matutina, digna de ser loada por Guerra Junqueiro, en sus versos fuertes y sonoros.

La luz matinal me acaricia; la mañana me envía sus aromas y sus cantos, sus besos y sus risas, sus destellos y sus flores; el mar, mi gran amigo, me sonrío desde lejos, y canta, uniendo su rumor bravío, a la orquesta de los pájaros...

Yo me arrodillo y canto también, asociándome a esta salutación del mar, de la mañana, y de los ruiseñores...

Sebastián PADRÓN ACOSTA
Villa de Orotava (Tenerife)

- 18 de febrero, *Heraldo de Orotava*

Sonrisas, muecas²⁵⁹

La sonrisa viene a ser una revelación. Es tan expresiva como la mirada y como el gesto.

Cada edad tiene su peculiar sonrisa. La infancia desflora una sonrisa, en la que hay promesas de Primavera. La sonrisa de la niñez es la sonrisa de la inocencia, que se entrega en un homenaje de sinceridad.

La juventud tiene, casi siempre, en sus labios una sonrisa de optimismo. La juventud es la ilusión, aromando la existencia. El alma, que empieza a soñar, acariciada por la sonoridad, con que le halagan las fuentes de la vida.

Pero hay juventudes que sonrían con el tedio de la ancianidad. Son viejos prematuros, que han devorado a destiempo las pomas en agraz de la vida; que han envejecido psicológicamente, aunque ostenten una juventud cronológica. Se han envenenado el alma con cansancios prematuros.

La edad madura tiene una sonrisa de resignación. Diríase que son los pilotos, que se han salvado de un gran naufragio, y contemplan desde la ribera los despojos de la tormenta.

La ancianidad sonrío con una tristeza de desencanto. Es un sol moribundo, que baña lánguidamente el mármol de un panteón. ¡Sol de la tarde! ¡El alma ante sus sacros fuegos extinguidos! ¡Una luz, que despide sus parpadeos postrimeros!

El vicio tiene también su sonrisa delatora. La lujuria sonrío, como sonreiría Epicuro... La sonrisa del hipócrita es insoportable.

La virtud sonrío, pero con sonrisa celestial. El amor incontaminado sonrío con la suavísima sonrisa de Beatriz. Es la sonrisa luminosa de San Francisco de Asís, la sonrisa de la virtud.

Los hombres de sonrisa permanente dijérase que nunca llegan a sentir nada extraordinario, ni en la vida, ni en el Arte.

Ante un hecho de intensidad dramática, sonrío, como sonreirían ante la representación de un sainete... Esbozan una mueca inacabable, absurda, estúpida e impertinente. Son inmutables como estatuas de piedra. De ellos nada puede esperarse, sino su consabida sonrisa... Al verlos desfilar, creeríamos que pasan hombres, pero solo pasan momias. Estamos ante rocas, o témpanos de hielo, como queráis.

La sonrisa del irónico es casi imperceptible como la de Gioconda, la gran creación de Leonardo da Vinci.

El irónico sonrío, poniendo al margen de la vida el comentario de su sonrisa. La sonrisa del irónico es una espada de dos filos.

Así sonreía Petronio, ante la monstruosidad y deformidad de Nerón.

²⁵⁹ Se volvió a publicar en *Gaceta de Tenerife* el 1 de marzo de 1923.

La Primavera, que llega, escoltada por golondrinas, engalanada de perfumes y colores, desflora una sonrisa de desposada. La Primavera celebra anualmente el esplendor de sus nupcias...

Sonriamos, cuando el momento lo exija, pero no seamos los eternos sonrientes, los cadáveres ambulantes de la sonrisa, que la vida es una urdimbre de seriedades trágicas y estúpidas farsas, cuando no se nos antoja una serie de esfuerzos más o menos inútiles, o más o menos ridículos...

En una hora juzgamos la vida como Calderón; y poco después nos sonreímos de su pensamiento, nos rebelamos contra su afirmación. ¡El hombre es la gran paradoja pensante!

No creo en los hombres; casi todos me parecen los histriones de una gran farsa... No los encuentro. Si Diógenes no encontró uno, a pesar de su linterna..., yo tampoco lo he hallado a pesar de mi moderno arco voltaico...

Aun no le he visto a la amistad su caro perfil...

Sebastián PADRÓN ACOSTA
Villa de la Orotava (Tenerife)

- 21 de febrero

¡Me quieren matar...!

Tengo unos diablillos que juegan conmigo. Se constituyen en mis verdugos, y me ponen un dogal. Me martirizan, me exaltan y terminan por reírse de mí a la descarada, como yo me río de ellos muchas veces.

Se levantan enfurecidos, como leones espantables. Entonces yo tengo que tomar el látigo, y convertirme en domador, aunque en muchos casos, no saque nada en claro. Otras veces me impulsan a escribir acremente, o benévolamente, según esté mi barómetro particular.

Creo que cada vez que Larra escribía, la columna mercurial de su termómetro pasaba de los 40. Schopenhauer debió haber vivido abrazado por una fiebre devoradora, espantosa.

Son la mar de interesantes mis excelentes diablillos... Momentos hay en que me harían sentirme criminal, si mi ideología se los permitiera. Estos diablillos me vencen, me trituran. Son sayones que me lapidan y escarnecen. Me punzan y me devoran, como buitres insaciables. Realizan en mí una *carnicería invisible*. Son mis señores feudales. Yo un esclavo, inútilmente rebelde, puesto que estoy entre sus cadenas. Hacen de mí lo que les viene en gana. Y lo grave del caso es que no los puedo aniquilar, porque entonces cometería la grandísima tontería de matarme a mí mismo, cosa en que nunca he pensado ¡gracias a Dios!²⁶⁰

Y ellos me van aniquilando y consumiendo poco a poco. Me matan lentamente. Es un homicidio silencioso, pero homicidio al fin.

¡Caso curioso y peregrino, pero verídico! A veces mi carácter es insoportable, porque ellos también lo están. No puedo envenenarlos con cierto disimulo y maña, huyendo la acción de la justicia, porque –además de la razón antes expuesta– me vería obligado a decirme yo a mí mismo: "apaga y vámonos". Apenas los puedo calmar. Cuando me da la realísima gana de que obedezcan a mi llamamiento –que a veces me placen sus torturas– no aparecen, pero si no los llamo, inmediatamente se introducen en mi casa, asaltando mi morada.

¡Lucidos estamos! Pero ¿qué hace la Guardia Civil...? Me declaran una guerra sin cuartel estos enemigos peregrinos, a pesar de que soy... un bravo soldado...²⁶¹

Muchas veces, en el lecho no me dejan ni conciliar el sueño. Me rodean con sus pesadillas, infundiéndome terrores. Estos incorregibles enemigos míos tienen la especialidad de ser invisibles. ¡Doblemente peligrosos!

Cometen con mi *yo* verdaderas torturas inquisitoriales. Yo diría que me mantean, como a Sancho, el escudero el gran Alonso Quijano el Bueno.

Paso días verdaderamente horripilantes, porque soy una víctima de los desmanes de estos adversarios invisibles. Me cercan, como un ejército a la ofensiva.

²⁶⁰ Hay quien se pregunta si acaso el final de su vida, encerrado, no fue una especie de *dejarse morir*...

²⁶¹ Ironiza con la actividad que anda realizando, el servicio militar, desde hace más de un año.

Y a veces me obligan a obrar. Y mi voluntad entonces es como tímida paloma bajo garras desgarradoras de gavilanes. Cometan con mi persona una verdadera *coacción física*... A pesar de que les indico mi deseo de que tomen las de Villadiego, no se marchan. Siguen torturándome, y riéndose de mí, sarcásticamente.

Estos son los únicos enemigos a quienes temo. Los enemigos míos de oficio – Sanchos, con quienes tropiezo en la calle–, me merecen una sonrisa, cuando no una carcajada. Pero estos enemigos inseparables de que trato, sí que me ponen pánico. Y lo gracioso es que deseo sus ataques.

Son enemigos irreductibles. No los puedo sojuzgar. Me rebelo contra ellos, y ellos se rebelan contra mí, furiosos, enloquecidos.

¿Adivináis cuáles son estos diablillos, estos enemigos que diariamente me arrancan la vida, y que constituyen los únicos adversarios a quienes temo y detesto...? Pues son... mis nervios.

Sebastián PADRÓN ACOSTA
Villa de la Orotava (Tenerife)

- 25 de febrero

Los niños

*A mis discípulos de Latín,
del Colegio de San Isidro*

Los niños nacieron para alegrarnos la vida, como las flores, como el sol, como los pájaros. Son los capullos que van a abrirse. Me simpatizan por la limpieza de sus almas, por la ingenuidad de sus sonrisas, aunque muchas veces me pongan triste sus enormes interrogaciones. ¡Hacen los niños cada pregunta, digna de un filósofo!

Los niños son bulliciosos, como los pájaros, inquietos como las olas y como las golondrinas, que cantó el romántico poeta, aquel que puso su alma en cada rima. ¡Y el alma de Bécquer no puede morir! Los niños son la inocencia, y por eso me embelesan. Son la sinceridad, que se nos entrega en un devoto tributo.

Cristo dijo: "Dejad que los niños se acerquen a mí". Y Jesús de Galilea los amó por sus almas de azucena. Son ellos la vida nimbada aún con los fulgores de la cuna. En sus corazones hay calor de nidos. Son aves que vuelan y cantan bajo la gloria solar.

Cada niño me hace pensar en mi infancia, evocada y adorada en mis soledades de misántropo, en mis silencios de nostálgico desterrado, en mi yermo dolorido. Soy un alma errabunda y cansada, que lloro en cada atardecer, y que veo hundirse una ilusión mía en cada puesta de sol.

¡Dejad cantar al desterrado las nostalgias de su patria perdida! Yo añoro dolientemente la esplendorosa aurora de mi niñez. Y creo que renazco, que resucito, que revivo, al sumergirme en ese mar remoto, perdido en las lontananzas de mis primeros años desvanecidos.

Quiero remover las aguas de ese océano, por el que bogó el pequeño bajel de mi espíritu infantil. ¡Son las únicas horas mías de dicha, las horas de mi niñez! Estoy lejos, muy lejos de mi infancia, y quizá por eso la evoque, y acaso por eso la cante. Yo la añoro, para resucitarme a mí mismo, de este pesimismo que me corroe como un dragón. ¡Y también para consolarme!

¡Quiero vislumbrar, a través del tiempo, aquel gran alborear, y cada vez que mi infancia surge en mi pensamiento, parece que *alguien* unge mi frente con un ósculo de beatitud!

Estoy cansado y dolorido; llevo tumbas queridas en mi alma fatigada y errante; por eso quiero reposar a la sombra de estos recuerdos dulcísimos, que me acarician desde muy lejos, como luz de amanecer. Resuenan dentro de mi alma como las armonías de un remoto mundo ilusionado.

¡Permitidme que descanse sobre estas ruinas queridas! ¡Ved por qué me conforta acercarme a los niños!²⁶²

²⁶² Los párrafos anteriores probablemente sean de los más explícitos, por parte del autor, con respecto a su situación personal de estos años, y que arrastrará, del alguna manera, toda su vida.

Los niños son candorosos, como las palomas, y tienen mansedumbre de corderos. El alma infantil es una aurora que despunta, un sol que nace, un día que comienza. ¡Son un rayo de luz, iluminando mi misantropía! ¡Lástima grande que ese *minuto de oro*, que dijo el gran Víctor Hugo, no se detuviera en el tiempo, no se eternizara!

Las risas asoman a los labios infantiles, como las olas de remotos mares interiores. Son la espuma, que llega a la playa. El niño nos brinda la flor de su alma.

Cada niño es una pregunta al porvenir. Los niños son bloques de mármol que esperan la hábil mano del artista para ser laborados, pulimentados. Los niños son la alegría cantarina de las fuentes, la armonía inalterable de los astros... ¡La armonía inalterada...!

No llevan en sus almas simas dantescas; y de lo profundo de sus corazones sienten surgir la vida, como una canción de alegría. Sus risas son gorjeos de pájaros. Brillan sus miradas con fulgores celestes, a través de los cuales canta la virginidad... Juegan, como los pájaros vuelan. Ríen, como los pájaros cantan. Llevan en sus almas el secreto de sus futuros destinos.

Entre los rizos de sus frentes límpidas la esperanza aletea; canta en sus oídos la ilusión; en sus ojos la Primavera sonrío; y por sus labios la dicha asoma.

Los niños ríen, juegan, sueñan, cantan, aman, como ángeles. Son una canción, nacida al abrigo materno, nido que nunca pierde su calor, que siempre agasaja, que siempre canta, pues el llanto es también música inextinguible.

Cada mirada de un niño encierra toda la poesía de un alborar... Quiero rodearme de ellos, como de una bandada de pájaros cantores.

Los niños me alegran como las estrellas y como las espumas. Pero también ante ellos no puedo olvidar la gran frase del poeta británico, Lord Byron: "¡Lástima que estos pequeños se conviertan en hombres...!".

Sebastián PADRÓN ACOSTA
Villa de la Orotava (Tenerife)

- 13 de marzo

El silencio

En la cumbre, donde se desvanecen todos los rumores, donde todas las palpitaciones cesan.

Es la gran región, protegida por la sombra tutelar de los genios mudos; alturas en las que solo viven el espíritu, la idea, el pensamiento en sus plenitudes.

Es el gran silencio interior de nosotros mismos, cuando iluminan nuestro cerebro las grandes visiones intensas, las grandes lucubraciones.

Y es este el más solemne, el más grandioso, el más trágico de los silencios.

Las almas, apasionadas de todo lo estético, los grandes nostálgicos iluminados, llevan en sus sagrarios internos este gran silencio. Y lo ansían y lo adoran, cayendo de hinojos en el gran templo del silencio.

Cuando el pensamiento y la emoción casi trascienden lo humano, entonces se hace un silencio elocuente, un silencio solemne.

El verbo no puede ascender a esas alturas, porque se le caen las alas... El verbo entonces es impotente. Y envolver ese soplo divino en un ánfora de arcilla, es profanarlo, materializarlo, desvanecerlo.

¡Bien está en el secreto del ser...! La palabra no puede abarcar esas magnitudes de la idea; esas grandiosidades inexpresables de la emoción.

Y el artista enmudece, pleno y rendido. Y siente, en esos momentos, la enormidad inconcretable de su pensamiento, ante la impotencia de la expresión, ante la rudeza de la forma.

Y es forzoso callar, para que la grandiosidad emotiva no se empequeñezca al llegar a la materia, al encontrarse con la rusticidad de la forma. Y, desfallecido, el artista abandona la pluma, el buril, el pincel... Y calla su pensamiento, su emoción, cuya lumbré potentísima siente arder en el fondo de su espíritu.

Y el artista enmudece, pleno, dolorido, deslumbrado, embriagado, absorto.

Alguien pensó que todo artista se lleva al sepulcro lo mejor de su obra. ¡Y se hace un gran silencio de éxtasis en el alma del visionario!

¡Es el martillazo impotente de Miguel Ángel sobre la estatua formidable de su enorme Moisés...!

Sebastián PADRÓN ACOSTA
Villa de la Orotava (Tenerife)

- 25 de abril

Caballería andante...

*Al ilustre catedrático de Historia
don Adolfo Cabrera Pinto*

El caballo ha sido compañero inseparable de los conquistadores, reyes y generales. El caballo acompañó a sus jinetes en los fragores del combate. Él ha presenciado grandes latrocinios, grandes crímenes, grandes vandalismos...

La historia ha consagrado la memoria de caballos insignes, en que montaron guerreros y demolidores.

Díaz de Vivar cabalga sobre Babieca, que no confirmó, por cierto, el significado de su nombre... Babieca solo fue Babieca, nominalmente, pues Babieca era un caballo muy *discreto*; que por algo lo eligió en Campeador para compañero y testigo de sus bravas andanzas y heroicas correrías.

El emperador romano Calígula poseyó un famoso caballo, *Incitus* apellidado. *Incitus* se gastaba vida regia, vida consular... El caballo de Calígula tenía los honores de "cuadra de mármol, pesebre de marfil y mantas de púrpura...".

Y Calígula, dando una rotunda prueba concluyente de su cordura, nombró cónsul a su caballo. No nos choque este gesto, que, sin Calígula intentarlo, resultó irónico..., pues por el imperio romano pasó mucho potro desbocado...

Atila, rey de los hunos, esbozó, con una célebre frase suya, su silueta y la de su caballo. El rayo de la guerra dijo: "donde pone la planta mi caballo, no vuelve a crecer la hierba". Atila, pues, y su caballo se comprendieron, se compenetraron. Unidos, se dedicaron a destruir... Y, en efecto, destruyeron y aplastaron...

Cayo Julio César, el conquistador de las Galias e ilustre triunviro, fue dueño de un caballo original.

Sus cascos –dice Suetonio– parecían pies humanos. Los zahoríes habían predicho que quien tal caballo montase, había de ser amo del mundo. Y esta vez sí que no se equivocó la pitonisa.

Cuando Julio César, el gran guerrero, el gran historiador y el gran político, llega a la consagración de sus triunfos, erige en el templo de Venus una estatua al cooperador de sus conquistas, a su caballo.

Alejandro Magno quiso montar sobre Bucéfalo, mejor dicho, Bucéfalo quiso que solo Alejandro cabalgase sobre sus lomos ecuestres.

El imperecedero Plutarco, biógrafo maravilloso, refiere cómo Alejandro eligió a Bucéfalo, ante el asombro de los espectadores, en particular del padre del gran conquistador, Filipo de Macedonia.

Alejandro debió querer mucho a su caballo. Cuando Bucéfalo muere en la India, Alejandro levanta sobre su sepulcro la ciudad de Bucefalia, homenaje póstumo de gratitud y perpetuidad.

La Mitología ha hecho famoso a Pegaso, la fábula a Clavileño, y la épica al caballo de madera, que cantó Homero, caballo que fue una estratagema en los heroicos tiempos de la Grecia.

Rocinante es el más simpático y manso de los caballos famosos. Rocinante, enjuto como su dueño, es la más simbólica y seductora de las caballerías. Es la más quijotesca y alta de las cabalgaduras andariegas.

Yo, por mi parte, dejo a Pegaso, con todo el poder de sus alas, y monto sobre Rocinante, el gran amigo y testigo de las andanzas quijotescas del inmortal manchego.

¡Rocinante, buen Rocinante: jamás abandones a los andariegos caballeros de la Hidalguía y de la Quimera! Acompáñales siempre en sus derroteros y encrucijadas.

La andante caballería ha consagrado a Rocinante. Sobre Rocinante solo puede cabalgar don Quijote. Resultaría ridículo y absurdo verlo ocupado por el interesante escudero, Sancho Panza.

Rocinante es el caballo más preclaro que haya podido forjar la fantasía caballeresca. Rocinante no ha visto latrocinios, demoliciones, ningún hecho vandálico... Rocinante es noble como el pensamiento de su altivo jinete... Rocinante no sabe de cañones, ni de sangre, ni de homicidios, ni de espasmos...

Ensillo a Rocinante, me pongo mi armadura, tomo mi lanza, y prosigo mi marcha, desdeñoso y altivo...

Sebastián PADRÓN ACOSTA
Primavera de 1923, Villa de Orotava (Tenerife)

- 1 de mayo, *La Prensa*²⁶³

[Sin título]

Por encima de todas las absurdas claudicaciones de estas febricantes horas modernas, yérguese altiva y augusta la venerable figura de don Patricio Estévez.

Durante su intensa vida de luchador ha desplegado el lábaro glorioso de su ideología política, lábaro que en sus manos ha ostentado alburas immaculadas.

Diríase que él es un rebelde *patricio* de la vieja Roma, asiento del Derecho...

S. PADRÓN ACOSTA

²⁶³ De un número extraordinario dedicado a Patricio Estévez.

- 6 de mayo, *Heraldo de Orotava*

La tijera²⁶⁴

Es el instrumento diario, el instrumento de todos los días...

Todos lo manejamos; todos lo manejan.

El prójimo nos observa, nos comenta, nos biografía insoportablemente, irremediabilmente...

Nosotros observamos al prójimo, lo analizamos, lo descuartizamos también...

La biografía y los estudios críticos están a la orden del día...

El retrato y el paralelo son nuestro pan cotidiano.

El prójimo necesita, para amenizar la monotonía de la existencia, el diabólico instrumento, que en ciertas manos se trueca en puñal de sicarios...

La biografía es el sazoadito bocadillo social...

Nos inmiscuimos en el *cercado ajeno*; el prójimo se introduce en nuestro cercado...

Conozco quisques que sienten el prurito de la anatomía, de la disección del prójimo...

Se intenta buscar la *causa final* de los actos ajenos, el porqué de los dichos y hechos de nuestro muy querido prójimo...

Y este es oficio celestinesco, oficio de comadrería y verdulería...

Don Alcaudete nos saca de juicio con sus indagaciones e interrogaciones...

Doña Chismografía no hace otra que andar con chismes.

Don Percal no ceja en su villanía...

Don Trotacomentos anda olfateando aquí y allá.

Don Céforo Suave –temperamento de merengue– se deshace en averiguaciones.

Todos estos tipos inquiridores, empingorotados, filosóficos, pululan y gesticulan, se menean y continúan en este desacreditado y risible tablado social.

Por todas partes va la tijera culebreando, cual sierpe venenosa.

En todas partes está nuestro bien quisto prójimo con su tijera en ristre.

Diariamente estamos soportando el insoportable martirio de San Bartolomé...

¡Cuánta barbería, cuánta sastrería!

Nos rodean y envuelven sastres y barberos, que nos cortan y rasuran...

¡Delicioso!

La farándula social prosigue su carnavalesca cabalgata andante y tronante...

¡Qué absurda y ridícula esta escena de la humana comedia!

¡Cuándo asistiremos al sepelio de Correvedile...!

¡Bienaventurado seas, Diógenes, que pudiste vivir en un tonel, donde nadie te pudo observar ni comentar...!

Sebastián Padrón Acosta
Orotava

²⁶⁴ Podría ser un texto de su serie de *Estulticias Sociales*.

- 9 de mayo

¡Acércate, acércate...!

Por la ventana, abierta a la gloria solar, penetran las canciones y júbilos primaverales.

El campo, reverdecido y florido, me envía la salutación agreste de sus perfumes y de sus cantos.

La tierra revienta, prolífica, en floraciones, verdores y perfumes. Hay un poema de fecundación y floración en la madre tierra, rejuvenecida, fecundada y bella. La tierra sonrío, dichosa y engalanada desde las montañas, cubiertas de esmeraldas, desde los prados exuberantes y floridos, desde los rincones más secretos de la umbría, donde las aves se cuentan sus amores, desde las revueltas y recodos de los caminos perfumados, por donde el labriego vaga, entonando sus quejumbrosas endechas.

La tierra sonrío fecundada con estos anuales desposorios, con estas nupcias primaverales.

Y sonrío las frondas, en las que los pájaros deslíen sus trinos y sonrío las rosas, recién abiertas, donde las industriosas abejas liban su miel; y sonrío los árboles, con sus trajes abrileros; y sonrío los perales con la pompa nupcial de sus flores; y sonrío la tierra, con sus senos roturados por el arado, plenos y abiertos a todas las fecundaciones y a todas las dádivas...

Hay un magno derroche de vitalidad en la besana. La madre, dadivosa y fecunda, estalla en capullos, en gérmenes, en hojas, en verduras, en rosas.

La tierra, hermosa y tentadora, se nos entrega, aromada y florida. La tierra se pone su traje de fecundación, su túnica de esmeraldas. Y el sol la acaricia, y el sol la besa, pródigo y jubiloso, y el sol la ilumina y le comunica su fuego creador...

La Primavera resucita, coronada con guirnaldas de rosas y escoltada por golondrinas. La glorificada de Botticelli se exhibe con todas sus galas, con todas sus pompas fastuosas.

La Primavera me acerca a la Naturaleza, la Primavera me acerca al campo, la Primavera me acerca a Dios, principio y fin de todas las cosas...

Me saluda con la canción de las acequias, con sus perfumes, deleitadores, con la música de sus pájaros. Ella me hace sentir más la poesía elevadora y mística de Garcilaso y Fray Luis de León, la poesía intensa de Gabriel y Galán y Virgilio...

"Acércate", musita la Primavera amorosamente. "Acércate, y reclina tu frente cansada sobre mi seno florecido y oliente, que sabe de ternezas y de caricias y de consolaciones. Reclina tu cabeza dolorida sobre mi pecho, donde anidan los pajarillos, y donde las azucenas y los lirios, albos y purísimos, hablan de caricias hondas y secretas, de los grandes misterios de la fecundación y de la vida.

Ven, caminante, amado mío, corónate de rosas, olvida tus pesares, y canta conmigo y asiste a este resurgimiento de la tierra, enardecida de supremos júbilos. Tribútales la pleitesía de tus fervores.

Quiero compartir contigo las alegrías profundas de este sonoro y bello despertar. Embelésate con mis alboradas y con mis puestas de sol. Contempla la divina égloga de

los campos y mira cómo las flores, los pájaros y el sol reconocen, bendicen y cantan a Dios.

 Mi caricia es suavísima, como ala de mariposa. Reclina tu cabeza sobre mi seno fecundo, florido y perfumado...".

Sebastián PADRÓN ACOSTA
Primavera de 1923, Villa de Orotava (Tenerife)

- 13 de mayo

El Valle florecido

El Valle está de fiesta, fiesta de colores, de perfumes y de sol.

Mayo se exalta en la apoteosis geórgica del campo, magnífica esmeralda tendida bajo los saetazos dorados de Helios.

El Valle, rejuvenecido, aromado, recibe con fruición la ardorosa caricia solar. Las rosas se abren, señoriales, cual perfumados homenajes de un desposorio, desposorio de la tierra con el germen, desposorio de la tierra con el sol, que derrama sobre este soñado palacio de Armida el oro milagroso de su lámpara, lámpara grandiosa, encendida en las alturas inaccesibles, lámpara que suspendiera de los cielos la mano del Artista infinito...

Mayo me saluda y me besa desde los campos, reverdecidos y floridos campos fecundos de mi tierra, donde la germinación lo vitaliza todo; campos, amorosamente abiertos a la ensoñación de los idilios pastoriles. Mayo me acaricia con los halagos sutiles de sus brisas, cargadas de aromas deleitosos.

Mayo me sonrío desde su lecho de esmeraldas, desde su tálamo de flores. La lumbre me parece ahora más clara, más ardiente y creadora. ¡Luz del Oriente, cuna de las alboradas y de los amaneceres de la civilización, bendita mil veces seas!

El Valle está en la hora de su triunfo, triunfo floral. Mayo le pone sus diademas, sus guirnaldas, sus colores, sus esmeraldas, sus tapices, sus damascos.

En el Valle, Mayo diríase que se recuesta, dulcemente embelesado sobre un lecho perfumado y florido.

Mayo florece, sonrío y canta, envuelto en la fastuosidad de los follajes, en el lujo de las floraciones. Mayo abre sus incensarios, enciende sus pebeteros. Mayo cambia el Valle en una mansión paradisiaca.

Exhibe toda su maravilla cromática, en este rincón prodigioso, dulce rincón, para morir embriagado de soledad y de olores campestres; dulce rincón para soñar las églogas de Garcilaso...

El cielo diríase más puro, más azul, más infinito. El campo, que casi nace entre las espumas del mar y que se pierde en las ondulaciones de la colina, me ofrece su visión adorable, su visión evocadora.

La tierra abre sus senos ubérrimos y muestra su fecundidad prodigiosa. Hay en la madre tierra un derroche soberano, fastuoso. Más misteriosa y más bella pareceme ahora la obra de Dios.

El campo se dilata, ondula, serpentea. El campo me ofrenda su regazo dulcísimo, regazo geórgico, bucólico, seno amoroso donde se han soñado todas las creaciones pastoriles; ternísimo regazo, sobre el que se recostó Teócrito pensativo; a donde voló el alma elegida de Virgilio; seno fecundo al que cantó la tierna lira de Fray Luis de León. El campo es el reposo del alma fatigada.

¡Oh, la mansedumbre agreste, de la *descansada vida*...! ¡Nido sin inquietud y sin dolor, vida silenciosa y pastoril!

Del campo se alza una plegaria, plegaria de trinos de ruiseñores y de sonoridades de fontanas, que sube hasta los cielos en alas de Mayo perfumado...

Aquí la Primavera nos besa y nos mimata como una madre. En el Valle hay rumores de égloga, canciones bucólicas, cantos geórgicos, tonadas pastoriles.

Las noches, consteladas de estrellas temblorosas y rutilantes, me brindan su secreto, su soliloquio.

En estas silenciosas noches perfumadas de Mayo, el infinito invade mi alma, mi alma doliente y cansada, alma fatigada de peregrino...

Y creo escuchar las inefables armonías de los mundos astrales, sugestionado y absorto, como el gran Pitágoras...

Sebastián PADRÓN ACOSTA
Valle de Orotava (Tenerife)

- 17 de mayo

Manantiales en la Ruta

Cariñosamente dedicado –con ese cariño en que se ponen todos los fervores de la amistad– acabo de recibir un libro de versos, impreso en Madrid: *Manantiales en la Ruta*, de Fernando González.

Mi cordial amigo ha marchado a la Universidad Central, con el laudable propósito de estudiar la carrera de Filosofía y Letras. Y he aquí que nos sorprende con su don literario, con su presente lírico.

¡Cuántas veces el libro de texto habrá sido abandonado sobre la mesa de estudio del poeta al sentirse este dulcemente sugestionado por un verso sonoro, que cosquilleara sus oídos sutiles de poeta! Permítame Fernando este juicio temerario...

Manantiales en la Ruta lo he leído con fervorosa devoción, devoción al amigo, devoción al poeta. No haré ahora otra cosa que ratificar lo afirmado una noche inolvidable en el Ateneo de La Laguna²⁶⁵.

Fernando González es un gran poeta, poeta fuerte, brioso, juvenil.

Cuando acabamos de leer su magnífico libro, pensamos: el poeta vive arrodillado, en devoto tributo ante la imagen del gran vate Tomás Morales, aquel que, en uno de sus raudos vuelos épicos, pudo haber cantado la epepeya de América...

Fernando no puede negar que la sombra del gran Morales lo protege y custodia.

Manantiales en la Ruta es un libro que asienta una personalidad valiosa, consistente.

El joven vate evoca, con una nostalgia infinita, el desmoronado castillo marfileño de la infancia, cuyas cenizas él venera. Y canta la mansa quietud del hogar, con un deje amargo de melancolía añoradora.

Esculpe, con pasión de estatuero, las páginas delicadas de su libro, en el que hay mucha orfebrería...

Como libro de un poeta, y de un poeta casi niño, la nota erótica era indispensable, casi de rúbrica... Por eso a veces tropezamos con versos como:

"No se salvará mi vida
de esta dolencia fatal.
Pues es la mano homicida
la misma mano elegida
para que me cura el mal".

"¡Esto sí que no lo cura
la sapiencia de un doctor.
Esto es una quemadura
de Amor!".

²⁶⁵ Recordemos que sobre González había publicado un texto Padrón Acosta el 24 de septiembre de 1921, que fue leído en el Ateneo lagunero en un acto donde se dieron a conocer poemas de este libro que ahora es comentado.

La metrificación en *Manantiales en la Ruta* es variada y fluida.

Séame permitida una recriminación.

La poesía "San Juan" –que Fernando tiene la amabilidad de dedicarme– no acaba de convencerme por su ideología.

Aquellas figuras bíblicas, que nos evoca el poeta, no son las históricas, las evangélicas. Perdona, amigo Fernando, esta intransigencia mía, debida a mis profundas e inquebrantables creencias religiosas²⁶⁶.

Por lo demás, el libro es magnífico, como obra de un joven de talento y de exquisita sensibilidad.

¡Que las musas no se interpongan entre el libro de texto, sobre la mesa abierto, y el pensamiento del poeta, acaso perdido en algún laberinto jurídico...!

Sebastián PADRÓN ACOSTA
Villa de la Orotava (Tenerife)

²⁶⁶ La presencia de lo que él llama aquí *ideología*, a la hora de hacer crítica artística y literaria, enlazada a la tradición cristiano-católica, será constante en toda su obra.

- 20 de mayo, *Heraldo de Orotava*

La envidia²⁶⁷

Es una vieja enclenque, astrosa, pordiosera.

Pasa por la vida, cubierta de harapos... Su corazón es el de un ave de rapiña; su alma, guarida de alimañas. Diríase que la envidia porta la caja de Pandora...

La envidia no tiene el provecho de la avaricia, que, silenciosa, esconde sus tesoros, sino que vive corroída, atormentada, podrida, exhausta. Siempre su corazón está sangrando.

Acaso transite la existencia, callada, cabizbaja, meditativa; más, su pensamiento padece el dolor implacable de la más grande acaso de las torturas.

Vegeta, como todos los vicios, en el fango.

Vive como los búhos y murciélagos en la sombra, que es su ambiente, su clima...

Su silueta se dibuja en el seno de las tinieblas.

Los envidiosos son mendigos vergonzantes, que se recatan en el interior porque temen la vergüenza pública... La envidia es una pordiosera, que se cala unas ahumadas antiparras... La mejor definición de la envidia es la hecha por un autor contemporáneo, que ha dicho: "la envidia es la forma bastarda de la admiración..."²⁶⁸.

Francisco Villaespesa –un gran pirotécnico de la lírica moderna– ha cantado, refiriéndose a sus adversarios:

"Yo apagaré el rumor de mis diatribas
con la salva de aplausos de mis versos".

A veces la envidia engrandece *subjetivamente* lo mediocre, bajo y abyecto.

La envidia es una ceguera, aunque, a ratos, vea claridades donde solo está el caos.

La envidia se arrastra, *super pectus*, como la serpiente.

Su lenguaje es la diatriba.

Acaso sea la envidia la esclavitud de los impotentes. Muchas veces la envidia es una rendición, un tributo.

Sebastián Padrón Acosta

²⁶⁷ Podría ser un texto de su serie de *Estulticias Sociales*.

²⁶⁸ Aparece en un artículo de José María Vargas Vila, titulado "La envidia", en el *Diario de la Mañana* (*Periódico de información hispano-marroquí y defensor de los intereses generales del campo de Gibraltar*) del día 15 de abril de 1921. También en otro texto del mismo autor, titulado "Almas de sombra", en el periódico tinerfeño *La Opinión* en 1905 (17 de julio), y que ya fue citado en otro artículo de Padrón Acosta ("Los ascetas de las sombras", 11 de septiembre de 1921).

- 22 de mayo

La señora de Sócrates

Pericles tuvo su bellísima e inteligente Aspacia; el gran Alcibíades poseyó su virtuosa Hiparetas; pero el inmortal Sócrates se vio obligado a soportar el tormento de su turbulenta y estrafalaria Jantipa.

Cuando en esta mujer pienso, y en sus legítimas sucesoras, casi comprendo que el gran trágico Eurípides escribiera "la mujer es el más impudente de los animales". Ya casi me explico que Schopenhauer dijera: "la mujer es un animal de cabellos largos e ideas cortas...".

Existen personajes –ya creados por la fantasía del genio, ora surgidos de la pureza o del fango de la vida– que perduran como grandes tipos representativos, condensadores, encarnaciones de las grandes virtudes humanas, símbolos otras veces de los grandes rebajamientos, humanos también...

Y así Sófocles crea la adorable figura de su *Antífona*, representación del sacrificio excelso del alma femenina. Cervantes crea otro carácter representativo, y surge la maravilla del *Quijote*; Fernando de Rojas esculpe su *Celestina*, quedando esta como un eterno símbolo humano; Hurtado de Mendoza (?) lanza a la luz su callejero *Lazarillo*, dejándonos un original imperecedero; Shakespeare cincela con su portentoso intelecto su enorme *Otelo*; Zorrilla –el Castelar en verso, el de los derroches pirotécnicos, nada más– da forma a su españolísimo y casquivano *Don Juan*, hermano del de Moliere; y el gran poeta, el gran vate de la teología católica, nos deja como un pedazo de cielo azul y purísimo, su casta y angelical *Beatriz*...

Y también inmortalizada, pero de diverso modo, y en distinto sentido, quedó viva la señora de Sócrates, Jantipa.

Jantipa –que no tenía nada de *santa*, aunque sí mucho de *tipa*– vive y vivirá inacabablemente.

Jantipa era la tempestad descargando siempre sus horribles bramidos sobre el paciente Sócrates, Job de su esposa.

Jantipa es el tipo inconfundible de la mujer turbulenta, iracunda, insoportable.

El símbolo de las mujeres que, junto a sus esposos, braman, vociferan, patean, despidiendo rayos y truenos, cual Júpiter tonante...

A Jantipa nos la ha legado la antigüedad clásica, como un símbolo –clásico también– de mujeres rebeldes, desentonadas. ¡Verdaderos demonios con faldas!

Hagamos ante ellas la señal de la cruz, para que Dios las ahuyente, como a un maleficio...

Jantipa es el arquetipo de aquellas Evas que se ponen los calzones, regalando a sus maridos, resignados, pacientísimos, las consabidas enaguas...

La esposa de Sócrates nos recuerda a esas féminas que viven en eterno paroxismo, constituyéndose en gobernadoras y mangoneadoras de sus respectivos cónyuges.

Yo no conocí a Jantipa –¡naturalmente!–; pero conozco a las Jantipas modernas, modernísimas, interesantes, interesantísimas, que dan a sus resignaditos maridos la escoba irrisoria –aquí irrisoria, por eso no deja de ser símbolo de la Higiene–, mientras ellas se suben al trono y empuñan el cetro...

Sopórtanlas sus varones, pero no porque tengan el estoicismo socrático...

Se toman estas señoras la virilidad por cuenta propia, mientras sus sufridísimos esposos guisan pacientemente los garbanzos...

¡Benditas Jantipas, dignas herederas y sucesoras de la señora socrática!

¡Benditos *varones*, que en sus casas desempeñan el airoso papel de reyes destronados, *reyes en el destierro*, reyes que galantemente, desinteresadamente han abdicado su corona en sus integérrimas mujercitas!

Líbreos Dios, *viriles varones*, de ostentar algún día sobre nuestras frentes, como símbolo blasonado, algún signo del Zodíaco.

Sebastián PADRÓN ACOSTA
Villa de la Orotava (Tenerife)

- 26 de mayo

¡Quiero morir con Don Quijote!

Tengo entre mis libros –*mis amigos y mis consejeros*, que dijera Larra– uno que me ilumina y orienta.

Es un poema de curiosas hazañas inauditas; libro, en cuyas páginas de oro un genio dejó toda la lumbre potentísima de su cerebro; libro, que simboliza toda una raza; libro caballeresco, risueño y doliente a la par, como la vida.

Él es mi breviario, mi breviario de escritor. Es el libro que más me ha hecho reír, y que más me ha hecho llorar.

Su primordial protagonista me señala, con su índice de iluminado, el camino, sendero abierto hacia la Eternidad.

Admiro, en primer término, el gran gesto de caballerosidad que pone en su nobilísima profesión.

El alma de mi caballero está realzada por una limpieza espiritual en el ejercicio de su andante caballería.

Ya habéis adivinado, tal vez, el héroe de mis predilecciones. Mi breviario de escritor es el *Quijote*.

Yo quiero mucho al Caballero de la Triste Figura. Me place el gesto despectivo del gran hidalgo, que, sereno siempre y siempre noble, no desfallece en su jornada, llevando en su cerebro de iluminado las más peregrinas lucubraciones.

Su lanza siempre estuvo dispuesta a la alta empresa. Su ideal era la gloria y la conquista; la caballerosidad, su adarga; la nobleza, su lanza; el orgullo más legítimo, su escudo.

Y por encima de todo, su fin último era Dios. Sonreía despectivo, al oír interpelaciones escuderiles, sanchescas.

No comprendía, ilusionado con su quijotismo, la añeja filosofía refranesca del gobernador de la Ínsula Barataria.

Su fantasía iluminaba y exaltaba las más tristes realidades. Y a una burda campesina, su cerebro ilusionado le dispensaba categorías de Dulcinea del Toboso.

Llevo en mi alma el alma de Don Quijote.

Y, como él, muchas veces, a mi despecho, he tenido que platicar con Sancho... Tengo un gran orgullo profesional. Y me ufano de la limpieza de mi caballería andante.

No quiero que en mí muera Don Quijote, pues cuando esto suceda, yo quiero morir también con él.

Sin la compañía del gran visionario, yo no puedo continuar mi jornada, pues me faltarían las alas de su egregio quijotismo.

Embriagado de la gloria de su profesión, Alonso Quijano el Bueno de su andante caballería se ufanaba. Y tuvo en alto grado su pudor profesional.

Mi alma está saturada del alma luminosa del gran caballero. Mi pensamiento se ha identificado con el de Don Quijote; y el día en que yo tuviese que claudicar, ese será mi último día, mi última jornada, mi hora suprema.

Quiero morir embriagado de su ideal o de su locura, pero Quijote hasta el fin...

Sebastián PADRÓN ACOSTA
Villa de la Orotava (Tenerife)

- 27 de mayo, *Heraldo de Orotava*

El sol se pone²⁶⁹

Presencio la agonía de la luz. Sobre el mar Helios muere, envuelto en su propio deslumbramiento. El sol se retira del horizonte, su cuna y su sepulcro, con la solemnidad fastuosa de los Césares, con el lujo deslumbrador de los sátrapas orientales.

Apolo desciende, coronado con el fausto pictórico del poniente, que ahora tiene la sugeridora apariencia de un incendio de cegantes pedrerías.

El divino sagitario se rodea de flechas luminosas: yo diría que en el horizonte se ha desplegado un gigantesco abanico de oro, abanico radioso.

Uno de mis deleites favoritos es asistir al ocaso del sol, al descenso de la *gran piedra incendiada*, que dijera Anaxágoras.

Apolo, áureo y purpúreo, celebra su rito, en el amplio altar del poniente, que se ilumina y enciende con la policromía de una gran fiesta pirotécnica...

El sol oficia en las alturas. La divinidad astral se prodiga en un derroche cromático.

Y mi sabeísmo se exalta. ¡Sabeísmo transitorio, pues bien sé que tras el gran disco se oculta la mano hábil del Artífice...!

El mar, inmenso como un gran corazón, acepta con mansedumbre el oro del sol, la caricia postrera.

El océano iluminado, encendido, antójasele a la visión una balsa inmensa de oro fundido.

Apolo, incansable, se prodiga, se derrocha en colores, en nimbos, en dardos, que lanza sobre el mar incendiado.

El sol en las alturas semeja una custodia gigantesca, en la que el Orfebre va dejando toda la gloria de su pensamiento y la divina habilidad de su arte, arte infinito, arte de Dios... Apolo desciende, ebrio de colores y de lumbres.

Como el sol –pienso– los pueblos tienen su orto, su apoteosis y su ocaso.

Los pueblos caen en la Historia para no levantarse. El sol muere, para surgir mañana más radiante y vivificador.

Y Helios, envuelto en su púrpura recamada, desciende de su sitial.

La tierra siéntese fecundada y ardida al flechazo de fuego, que despierta el germen, donde duerme el gran misterio de la vida.

El sol sigue desbordando su cascada flamígera, su catarata ígnea.

Diríase que ahora ha desplegado un gran manto de tisú...

El sol muere, glorificado, como un genio en su triunfal plenitud.

²⁶⁹ Puede que sea parte de su *Junto a la mar azul*. Fue publicado posteriormente en *Gaceta de Tenerife* (8 de junio de 1923).

La áurea cabellera de Apolo cae, graciosamente desatada sobre el mar, que recibe, gozoso, la caricia de oro, dádiva excelsa y postrera de un dios en agonía...

Un velero, que pasa, frágil y ligero, agita levemente sus blancas alas, bajo el incendio deslumbrador del poniente.

Y después de un supremo esfuerzo lumínico, Apolo hunde en el seno del mar su cansada frente de artista.

Sebastián PADRÓN ACOSTA
Valle de Orotava (Tenerife)

- 17 de junio, *Heraldo de Orotava*

El arte de las alfombras

La Orotava se ha engalanado, como una novicia, que se dispone a profesar... Se ha puesto sus mejores y valiosas joyas: desde el magnífico trono refulgente, sobre que el triunfaba la Divinidad entre la orfebrería de la Custodia, hasta los pendientes brilladores de sus nobles damas, ataviadas y endomingadas.

La Villa, coronada de guirnaldas, cubierta con velos de castidad, portando en las manos encendidos pebeteros se ha postrado de hinojos a los pies del Altísimo oculto tras el misterio de las especies sacramentales...

Y yo vi sonreír, cantadora y dichosa, a la Primavera, que volcaba sobre la campiña el tesoro aromado de su canastilla...

La Naturaleza y el Arte se han rendido a los pies de Cristo en un supremo homenaje de pleitesía.

La Orotava, toda cubierta de joyas, ha celebrado su fiesta eucarística, fiesta exaltada y cantada con solemne clamoreo de campanas.

Cuando el pueblo exterioriza su fe religiosa, cuando tributa su culto externo, la religiosidad toma entonces las apariencias de una bellísima paganía...

He contemplado, silencioso y conmovido, el triunfante itinerario de la Hostia Santa por las alfombradas calles orotavenses, calles que ascienden penosamente, con la geometría de un grandioso anfiteatro...

Espectáculo significativo y emocionante es el que nos brindan las multitudes, cuando ardidadas de fe, siguen silenciosas y pensativas a Cristo, que, en el misterio de su silencio, habla calladamente a los corazones, que saben escucharle.

Los hijos de la Orotava han cubierto de flores sus calles, mejor dicho, han tendido maravillosos, extraños tapices tejidos de la manera más peregrina, y con el material más frágil y exquisito. Los orotavenses, maestros insuperables e indiscutibles en el arte de las alfombras de flores naturales, hacen anualmente prodigios de su arte bellísimo, arte que es un tributo al Señor, a aquel que cuida, en expresión bíblica, de los lirios del campo.

Mis ojos se han maravillado hasta esta grandiosa obra artística, arte de Flora de pura e inconfundible factura orotavense.

Son de admirar la perfección de la línea y la combinación del color que resplandecen en estas alfombras, de la manera más peregrina tejidas, y con el material más frágil trabajadas. ¡Manos de artistas, manos acostumbradas a tocar cosas sutiles y bellas, tienen que ser las que ejecutan estas de dibujo y de colorido!

¡Manos dignas, manos bendecidas por Dios, manos privilegiadas, que honrarían el pincel, la pluma y el buril, los que tantas cosas artísticas y refinadas han legado a los siglos y a las generaciones; causas instrumentales de los prodigios pictóricos de los eternos poemas ¡y de la estatuaria imperecedera...!

¡Acaso hayan aprendido los orotavenses ese arte sutil del matiz y del color en el milagro pictórico que les brinda diariamente el sol desde su gran escenario, que es trono, cátedra y altar...! En el Valle el sol, cada atardecer, se nos entrega, en un nuevo

milagro de color y de luz. Nos da su última despedida el gigante, antes de reposar en los brazos del otro gigante...

El arte de las alfombras es una lógica consecuencia de esta Naturaleza privilegiada, donde soñamos el paraíso perdido, que Milton vislumbrara a través de su genio visionario de artista...

La Naturaleza –¡la madre que nunca nos abandona!– ha enseñado también a los orotavenses este supremo arte sin rival.

Cuando contemplamos las alfombras dudamos si son combinaciones de flores, o tapices, donde el pincel de un artista dejó sus ensueños de gloria, ora telas de estupenda policromía en las que manos marfileñas, adorables manos femeninas, dejaron el prodigio de valiosos bordados –que todo esto parecen las alfombras–.

Y el mérito de estas estriba precisamente en no ser nada de lo anteriormente evocado, pues si así fueran perderían toda la gracia de su originalidad...

Las alfombras de flores naturales son el Arte y la Naturaleza, en un gesto de rivalidad.

Al contemplar estos tapices naturales, he soñado con las maravillosas sedas de los orientales, con los extraños dibujos de la indumentaria de los egipcios.

Algunas alfombras semejan labores finísimas de cáñamo...

Con las flores hacen estos artistas del dibujo y del color lo que les place: alegorías caprichosas, símbolos eucarísticos, extrañas figuras geométricas.

Tienen un talento peculiar, genuino para la elección del colorido, para la esfumación de los contornos.

Diríanse las alfombras insospechables juegos caleidoscópicos.

Tienen ellas la fantasía de la arquitectura de los árabes.

Los orotavenses encierran en un cuadrado toda su alma, que ese es el secreto del artista: dejar su emoción rediviva en la arcilla, en el lienzo, en la cuartilla. Y así lo ejecutan a fuer de buenos artistas.

Las alfombras en el día del Corpus revisten las solemnidades de un rito.

Me evocan estos artífices a los pacientísimos miniaturistas medioevales, que dejaron toda su bella habilidad en los añejos breviarios, en la página acaso olvidada de un antiguo libro litúrgico, perdido en el rincón de algún viejo convento...

Las alfombras son la manifestación de manos habilidosas, de temperamentos de artistas, y también los efectos de una Naturaleza fecunda y prodigiosa.

¿Cómo no va a brillar este divino arte de Flora, en la frente de los hijos de la Orotava cuando es esta el bellísimo rincón donde se han dado cita todas las plantas y flores de todas las zonas y de todos los climas?

Si me preguntaran si existe otra BELLA ARTE, además de las ya consagradas, yo diría que sí; y es el arte de las alfombras de los preclaros hijos de la Orotava.

S. Padrón Acosta
Valle de Orotava.- (Tenerife)

- 24 de junio, *Heraldo de Orotava*

Tribunos y caudillos²⁷⁰

La elocuencia tuvo sus grandes encarnaciones seculares. La tribuna ha sido consagrada por el verbo de los elegidos; pero también hubo quienes la profanasen, predicando la mentira. Sobre la tribuna se irguieron la verdad y la justicia, pero asimismo la vilipendió el error y la desacreditó la farsa. La tribuna es la gran atalaya desde la que se han dicho a los hombres y a los siglos las grandes verdades y las grandes mentiras. Desde este trono augusto el Cristianismo ha cantado la excelsitud de sus dogmas y han lanzado sus credos las Revoluciones. ¡Roca incommovible, sobre la que se posaron grandes águilas de la historia!

En Grecia la elocuencia brilló en la frente ungida de un ilustre tribuno, que levantó su trono junto al mar cual si intentase que el gran monstruo escuchara su voz contundente y clamorosa, voz ovacionada con bravíos rumores oceánicos. En Grecia la elocuencia tuvo un nombre: se llamó Demóstenes.

En Roma la elocuencia –que exaltara el gran Quintiliano– fue sublimada por el verbo grandilocuente de Cicerón, el gran Padre de la patria, aquel que descubrió ante el Senado, en una grandiosa oración, la maléfica intención del disoluto Catilina. La lengua del Príncipe de la elocuencia latina, le fue arrancada, después de morir, porque la tierra no debía corromper aquel órgano, que tantas hermosuras había dicho.

Estamos ante un hecho formidable de la historia, el más formidable, después de la aparición del Cristianismo, como ha pensado alguien. ¡Estamos ante la Revolución Francesa! Bien es verdad que fue precedida por el orgullo de la Enciclopedia; bien es verdad que la misma carreta que llevó a la guillotina a María Antonieta, llevó también al gran Lavoisier, pero la Revolución Francesa llevaba en su seno grandes reivindicaciones. Portaba una gestación magna, una liberación soberana. Bien es verdad que el altar fue profanado por la estatua de la diosa Razón, pero Francia se irguió, como una leona brava, en un supremo gesto rehabilitador.

Francia dio un grito de rebeldía, grito estentóreo, cuyo eco repercute todavía, a pesar del tiempo...

Su bandera fue manchada con sangre, sangre de inocentes y de culpables, pero recordad los vastos problemas que se hallaban consignados en las actas de la Asamblea Constituyente, "el tribunal más ilustre que ha existido", como dijo Chateaubriand. Recordad la Convención tan soberanamente descrita y cantada por Víctor Hugo, con la magnificencia deslumbradora y abrumadora de su estilo.

La Revolución Francesa tuvo sus caudillos, sus tribunos: Danton, Marat, Robespierre, revolucionarios orlados con rosas sangrientas. Pensad también en Mirabeau, el picado de viruelas, el orador de la aristocracia, aquel cuya "cabeza parecía hecha para el imperio o para el cadalso...".

¡La sangre y el fuego también purifican, redimen y salvan!

²⁷⁰ También en *Gaceta de Tenerife* el 3 de julio de 1923.

La Iglesia tuvo en Francia su verbo, que se apellidó Bossuet, *el águila de Meaux*, que remontó su vuelo aquilino más allá de las cumbres más altas de la historia.

Bossuet –¡que en medio del endiosamiento exclamaba: *mis Hechos, mi Evangelio!*– era el verbo de Dios...

La República española tuvo un caudillo memorable, que esgrimió la palabra, como un guerrero la espada...

La República española fue enaltecida por la palabra de este caudillo, cuyo verbo electrizaba a las muchedumbres, que le oían arrobadas. Su verbo era rebelde y candente. Su palabra desgarraba como una zarpa, pero acariciaba como un beso...

Él tenía alma de rebelde y alma de poeta. Por eso su rebeldía iba engalanada con su lirismo. En España la elocuencia se llamó Emilio Castelar.

Junto a Castelar, aunque por este eclipsadas, se yerguen las figuras prestigiosas de Manterola, de Salmerón y de Pi y Margall.

En las grandes conmociones históricas han surgido los grandes caudillos. ¡Rayos engendrados en el seno de la tempestad! La Cruzadas tuvieron a Pedro el Ermitaño, que con su sayal y el crucifijo en la mano, pregonó por calles y plazas aquellas expediciones de Europa hacia el Oriente.

Italia vio morir en una hoguera al gran Savonarola, arrebatada alma de caudillo.

¡Y a la categoría de libertadores ascendieron Guillermo Tell, Juana de Arco, Bolívar...!

Hoy la tradición y la historia tienen su voz, voz acariciadora y pura.

Vive un gran patriota, caballero de la cruz, que sale de su silenciosa torre de marfil para ocupar la tribuna. Su palabra brota de sus labios, después de caldeada en el gran volcán de su corazón...

Cuando él habla, España lo escucha, porque él pone en su palabra toda la sinceridad de su corazón de patricio.

Él es una excepción entre la caterva de bellos mentirosos, que padecemos...

La voz de don Juan Vázquez de Mella es la voz de la patria y es la voz de la historia...

No ha representado ningún papel en la farsa ministerial...

Vive retirado en su torre de marfil, contemplando con nostalgia infinita, a través de la historia, la España de ayer, perdida por la incapacidad, por la villanía y el deshonor. Se me parece a un viejo trovador, cantando añoranzas, sobre las ruinas de su amado castillo...

Sobre la frente venerable y querida de don Juan Vázquez de Mella –¡acaso el último patricio!– fulgura todavía el oro del sol que no se ponía...

Sebastián PADRÓN ACOSTA
Valle de Orotava (Tenerife)

- 8 de julio

Los sabios de pega...²⁷¹

Conozco demasiado a esa cínica chusma impertinente sabihondos imberbes con adorables rostros de Antínoos...

Todo se lo saben, todo se lo explican con sus formidables entendederas...
¡Exceso de substancia gris...!

Cimbread y contonean sus aceptables figuritas, dignas de haber nacido en Sodoma, pero poco antes de ser castigada...

Crean –de creencia no pasa– que todo lo sabido y por saber se halla almacenado y archivado, por arte de magia, en sus cabecitas embelesadoras y cautivadoras...

Los problemas que no han sido resueltos por la energía intelectual de varios siglos, ellos los resuelven con una sapientísima frasecita, salida de sus bocas melindrosas, orificios por donde se desbordan las aguas caudalosas de la sabiduría...

Con una blasfemia de carreteros ya han dado en *el quid* de todas las intrincadas cuestiones...

Parlan de todo, precisamente por no saber nada... Hablan con la misma autoridad con que hablaría una gordinflona verdulera...

Ellos son los heraldos del Progreso, los pregoneros de la Civilización, porque llevan escritas sobre sus frentes, que tienen categoría de testuces, todas las ciencias del siglo XX...

¡Nada importa el que ellos ignoren hasta el silabario! Son los sabios de pega de nuestros tiempos, que sientan cátedra en las esquinas, ¡estilo peripatético...! Son los sabihondos de nuevo cuño, tan hondos como sabios...

Cuando los miro y oigo, no puedo menos de recordar estos sabrosísimos versos del gran Ricardo, que yo les recomiendo, como una receta:

"¡Qué de pedantes hinchados!
¡Qué de altivos mandarines,
y ociosos y parlanchines
con ínfulas de letrados!
¡Qué de tontos disfrazados
de sapiencia y arrogancia!
¡Qué generosa abundancia
de petulancia y licencia!
¡Cómo progresa la ciencia
de la atrevida ignorancia!".

²⁷¹ Podría ser un texto de su serie de *Estulticias Sociales*.

Tienen estos novísimos Aristóteles (perdona, ¡gran Estagirita!) unas insospechables tragaderas. Rehúsan un mosquito escrupulosamente, y se tragan con la mayor tranquilidad imaginable media docena de camellos... ¡Envidiables entendederas...!

Son los modernos sabios improvisados. ¡Y viva la lógica, viva la razón y su independencia, viva el sentido común!

¿Por qué no se marchan a las Universidades a recibir todos los doctorados...?

Sebastián PADRÓN ACOSTA
Valle de Orotava (Tenerife)

- 13 de julio

Los barcos de vela²⁷²

Allá, en la azul lejanía muestran sus gráciles siluetas gentiles los veleros, cual gigantescas mariposas blancas, posadas sobre el mar.

Desde la costa contemplo la elegancia de sus velas. Son embarcaciones de mi predilección. Su distancia los embellece; la brisa marina llena sus blancas lonas; el sol pone sobre ellos sus caricias lumínicas.

Me dan la impresión de lo elegante, alado y ligero. Parece que apenas rozan, levemente, la bruñida superficie. Diríase que sienten ansias de volar... Mecen la gentileza de sus figuras, bellamente femeninas, bajo los dardos solares. Me evocan estas elegantes naves la gigantesca epopeya de Colón, que aún espera al poeta elegido para cantarla²⁷³.

Los veleros ostentan sus velámenes, inmaculados y blancos, como la espuma que se riza en la playa. Surgen del océano *a manera de gaviotas, que huellan con las puntas de sus alas aquella superficie luminosa, rizada por un oleaje ligerísimo y blando*, como dijera el gran Castelar.

Los barcos de vela, que reposadamente balancean su gracia inefable sobre la planicie azul, parece que me saludan desde lejos con el aleteo de sus velámenes...

Despliegan sus alas enormes, maravillosas, blancas como las de los albos cisnes. Y lucen sus artísticos perfiles femeninos de carabelas...

Dijérase que desfloran sobre el mar delicadas gracias y sonrisas aladas. Se me figura que encarnan estos gentiles barquitos, el ensueño de algún argonauta que fue poeta. Aparecen sobre el océano como lejana visión de una epopeya naval.

Mi imaginación los cree bandada de gaviotas, que han detenido su vuelo sobre el Atlántico, acerado y tranquilo.

Son los barcos de vela soberanamente artísticos. Tienen una primitiva belleza adorable, una sencillez elegantísima, una expresión de suprema naturalidad. Los creó el pensamiento del hombre en un instante de placidez, en un momento de inspiración espontánea comunicativa. ¡Cuando el hombre se sentía marinero y se sentía poeta!

Yo adoro a los barcos de vela por encima de todas las arquitecturas navales. Son la gracia alada, la soltura triunfante. Los embellece, en esta dulce hora contemplativa y visionaria, un hálito de mansedumbre, mansedumbre del mar, que se embelesa y se duerme en amoroso deliquio, exhalando un blando suspiro en la cercana ribera.

Los saludo desde lejos, cual si fuesen mis camaradas favoritos. Yo creo que ellos me conocen...

La tranquilidad con que se arrullan no me evoca fieros combates sangrientos. Son más bien una invitación al reposo y al bello soñar. Semejan banderas de paz, que han enarbolado titanes marinos, bajo la inmensidad celeste.

²⁷² Puede que sea parte de su *Junto a la mar azul*.

²⁷³ Esta idea de poetizar las hazañas de Colón en América ya la ha expresado en otro momento, y el creador al que la vinculó como posible gran autor fue a Tomás Morales (ver: 17 de mayo de 1923).

Recuerdan la serenidad majestuosa de los cisnes sobre los lagos dormidos. La gracia con que se balancean, me hace pensar que se regocijan en su pacífica beatitud...

El sol pinta arbores y tornasoles en las limpiísimas lonas, que tienen la belleza geométrica de las alas de los arcángeles.

Visten su clásico blanco; color virginal, color impoluto, que los hace más atractivos, más embelesadores. Engalanados con sus alburas inmaculadas es como me cautivan, como me seducen.

Si se desnudan, me desagradan sus costillajes, sus palos, sus armazones.

¡Oh el espejismo de las apariencias! Bien están con el recato purísimo de sus velas, que el viento marino graciosamente agita.

Ahora han estremecido sus alas, como enormes pájaros asustados. Y se marchan camino del Atlántico, acariciados por el ósculo solar, y dejando en pos de sí líneas plateadas.

Diríase aves, que van a levantar el vuelo. Parece que me saludan y que se despiden con el gracioso aleteo de sus velas.

Yo les envíe el cariño de mis fervorosas miradas...

Sebastián PADRÓN ACOSTA
Valle de Orotava (Tenerife)

- 27 de julio

Ciencia, arte y mercadería

Estoy absorbido por la cantidad, la *magnitud determinable*, una de las partes del triple objeto aristotélico. Estoy anonadado ante el universo matemático, ante el mundo de los números, al principio caos, luego cosmos²⁷⁴.

Son las ciencias exactas tan intransigentes, tan implacablemente exactas, que no perdonan ni el desliz de un cero.

Superficialmente mirada, la Aritmética es ciencia de mercachifles y negociantes, de prestamistas, de vendedores y calculadores. Estos miran la cantidad con los ojos de *El mercader de Venecia*, ojos de usurero. Los artistas de *lo exacto* van más allá de lo superficial, de lo práctico y abyecto. Son cerebros constructivos. Idealizan y dogmatizan. Crean también una Estética peculiar. Y sienten el placer de esta. Buscan verdades, secretos científicos, abstracciones, teoremas.

¡La estética de *lo exacto*! No cabe dudar que las Matemáticas tienen su belleza peculiar. Poincaré se envolvió en ella, como en una clámide de gloria. Ascendió al Tabor, y se transfiguró. Así consideradas las Matemáticas no están divorciadas del poeta, del escritor, del artista. El arquitecto busca en la Geometría los fundamentos de su arte egregio. Los mercaderes consideran la Aritmética como medios de concretar y representar en guarismos sus usuras, sus ansias devoradoras de cambalache, sus avaricias, sus lucubraciones de cálculo, sus insaciables deseos de multiplicar, de sumar, de elevar a potencias...

¡Maléfico arte de agiotistas, arte de los nunca bien ponderados discípulos de Mercurio! No tienen la grandeza de Pascal. De este arte, de esta *maña* de sumar y multiplicar para sí y de restar al prójimo, de este arte bajo y prosaico, sí que debe estar alejada toda alma selecta, todo espíritu noble, todo corazón caballeresco.

Los artistas de la cantidad inquietan la sólida belleza científica, la conclusión rotunda. Ascenden a ese universo de guarismo, signos y símbolos, con el vuelo glorioso del propio Pitágoras, el matemático poeta, el soñador de los números. Ven más allá de la cifra, de la línea y del punto. Los agiotistas no pueden ver, no, más allá de sus narices.

Los grandes matemáticos se entregan a la cantidad con la voluptuosidad refinada con que el escultor cincela su estatua. Los comerciantes ven el número con ojos de judíos, con los propios ojos de Judas, el prototipo canallesco de sus secuaces... Ponen en el ejercicio de su profesión el mismo nobilísimo objetivo que pusieran en sus faenas comerciales los fenicios y cartagineses.

Los avaros y usureros deberían morir en balsas, llenas con el oro que guardan en sus arcas, pero derretido.

Los comerciantes escriben sus operaciones de cálculo con la misma pluma con que escriben sus facturas. Así también lo hace Blasco Ibáñez. Un irónico preguntó en

²⁷⁴ Esta referencia al mundo de los números probablemente se relacione con una de las asignaturas que anda estudiando (Aritmética y Geometría), como alumno libre, para la convocatoria de septiembre en el Instituto de Canarias, y que aprueba.

una ocasión al autor de la desventurada *Catedral*: "Don Vicente ¿la pluma con que ha firmado V. ese *cheque* es la misma con que escribe V. sus novelas?". ¡Estupenda ironía!

Blasco Ibáñez ha confundido lamentablemente la literatura con la mercancía. Así valen sus novelas.

Yo también conozco a un poeta que escribe un soneto con la misma pluma con que ha extraído una raíz cuadrada.

Sebastián PADRÓN ACOSTA
Valle de Orotava (Tenerife)

- 1 de agosto

Diógenes²⁷⁵

Es el filósofo de los gestos gallardos y estafalarios. Ponía al margen de las cosas el comentario de su olímpico menosprecio. Despectivo y atrevido, encarnaba el más alto de los quijotismos.

Desprendiose de las cosas fútiles de la vida, de las cosas frágiles y quebradizas como la arcilla. Se rio del convencionalismo, con la misma valentía con que se había reído del propio Alejandro. A pesar de haberlo desdeñado y abominado todo, fue rey poderoso, rey de sí mismo. ¡Potente y avasalladora monarquía!

A través de sus harapos, que valían más que muchas púrpuras, bullían sus ironías y sus sátiras lacerantes, que él lanzaba, como flagelos implacables, sobre las espaldas de la humanidad cobarde y claudicante.

Porque no adaptó sus pies a las huellas del vulgo, se le llama excéntrico.

Solitario, irónico y burlón, permaneció indigente y envuelto en su rápido manto, en medio del esplendor de Atenas, la ciudad artista que había nacido para crear, como naciera Roma para erguir, retadora, la augusta y secular pirámide del Derecho, soberana muralla indestructible, levantada por el poder avasallador y sintético del pensamiento latino.

Diógenes, *filosóficamente* vestido, supo despreciar las cosas exteriores desde el retiro de su tonel, celda ambulante, que aun era demasiado habitáculo para su alma, inmensamente despreciadora.

Ni aun dentro de su tonel, pudo guarecerse de la insaciable avidez pública, de la insoportable opinión ajena, de la voracidad de los espectadores malévolos.

La actitud despreciativa de Diógenes es la de un padre del yermo. ¡Indiferencia a lo San Jerónimo! La menor pesadumbre posible de cosas mundanas, de cosas exteriores. ¡Sobrada carga tenía ya con su propia cabeza...! ¿Para qué más...?

Él había dicho: la sabiduría es la riqueza de los pobres. Más tarde su fiel discípulo, Crates de Tebas, cumpliendo con las doctrinas de su maestro, arrojará al mar todo lo que posea, con la gallarda soberanía de un pródigo.

Diógenes era orgulloso, pero su orgullo era afirmativo, viril. El orgullo de los que valen y saben que valen, aunque los demás no lo sepan o no quieran saberlo. El orgullo de Diógenes era la rotunda afirmación de su *yo*.

El orgullo de los hombres vacíos, de los hombres huecos, suele ser también una afirmación, pero de estulticia. Afirman y confirman con su *pose* su propia vaciedad, su propia huequez.

Diógenes estaría equivocado en sus doctrinas, pero tenía el valor de exponerlas y practicarlas... (Tomen nota los que por cobardía truecan la toga honorable por la librea lacayesca).

El hombre debe ser lo que es su *idearium*. Somos hombres por nuestro pensamiento. Es precisamente la *diferencia específica*, de que nos hablan los

²⁷⁵ Puede que sea una de sus *Estulticias Sociales*.

escolásticos, escoltados por dos cabezas formidables de la Edad Media, Alberto Magno y Santo Tomás de Aquino.

Cuando escucho a ciertos *prójimos*, pienso: deben ser una excepción de la regla, pues por más que los miro y remiro, por ningún lado vislumbro la *diferencia específica*, aunque sí, y mucho, el *género próximo*...

Si inquirimos un poco en la vida del filósofo de Sinope, acaso adivinemos aleteos de Cristianismo.

La Historia refiere una anécdota, que retrata el carácter de Diógenes.

Un día el despectivo y haraposo filósofo topa con el poderoso y soberbio Alejandro. ¡Una pobreza gloriosa frente a una ambición desmedida! Un pródigo junto a un ambicioso.

Alejandro, compadeciéndose del misérrimo pensador, le pregunta imperativo:

- ¿Qué deseas, Diógenes?

El filósofo, compadecido a su vez del Monarca, esclavo de sus ansias devoradoras, se yergue, altivo, como un emperador; y le contesta con un supremo gesto de ironía –acaso el más audaz de su vida–:

- ¡Quítate de ahí, porque me estás ocultando el sol!

Encendamos la linterna de Diógenes... Yo muchas veces lo he hecho, aunque inútilmente.

Sebastián PADRÓN ACOSTA
Valle de Orotava (Tenerife)

- 8 y 9 de agosto²⁷⁶

[Memoria de La Caridad 1922-1923]²⁷⁷

I

La caravana de los miserables

Señoras y señores:

Nuevamente nos hallamos ante vosotras, damas ilustres de La Caridad, que habéis levantado con la alta alcurnia de vuestra grandeza espiritual esta magna y enaltecida obra de beneficencia, que habéis sentido en vuestros corazones generosos la horrible tragedia lacerante de la miseria, esa nutrida y harapienta caravana, que cruza, taciturna y cansada, las desgarradoras estepas sociales; caravana vacilante y llorosa, que extiende su mano en un vergonzoso ademán suplicatorio; caravana que, envuelta en la polvareda de todas las lacerías, de todos los desencantos, de todas las angustias, sigue, errabunda, su ruta incierta, hacia horizontes ignotos y lejanos; caravana donde se enarbolan las banderas jironadas de las almas indigentes, luciendo tal vez entre tantos banderines algún lábaro rojo, sangriento, como un símbolo de rebeldía, aterradora, espantable, pero acaso justa; caravana que ha recorrido sus escabrosos senderos por todos los vericuetos de todos los siglos, que comenzó su odisea desde aquel instante luctuoso en que la tentadora manzana del Edén hizo vacilar y caer y derrumbarse la virilidad egregia de Adán, condenado desde este instante al trabajo, a la lucha, a la enfermedad, a la miseria; caravana, a quien la historia ha visto cruzar en todas las edades, en todos los continentes, en todas las razas, en todas las civilizaciones.

Diríase, señores, que la caravana de los miserables ha sido condenada, por algo fatal, a ese peregrinaje lamentable por todas las tierras y todas las épocas.

²⁷⁶ Todo indica, por una nota que aparece en el periódico *La Prensa* el 14 de abril de 1923, que pasan cerca de cuatro meses desde que fue leída esta memoria hasta que se publica en *Gaceta de Tenerife* estos días de agosto de 1923. Así que el acto lo situaríamos en abril de ese año. Todo se nos confirma con el medio *Heraldo de Orotava*, que publica una crónica del evento en el que se dice que Sebastián Padrón leyó la memoria del curso 1922-1923, con grandes alabanzas para el autor; lo que confirma lo que interpretábamos.

²⁷⁷ El escrito de Padrón Acosta no parece tener título, aunque el marco donde se presenta en el medio católico lleva como titular "Hermosa obra de beneficencia". Antes de las palabras de nuestro escritor, están las siguientes líneas introductorias: *Autorizada por las distinguidas damas doña Josefa Bethencourt y García y D.ª Josefa Lugo y Massieu de Cullen, dignísimas secretarias de esta admirable institución benéfica que en la villa de la Orotava funciona con el mágico nombre de La Caridad, ha sido recientemente presentada a la aprobación de dicha benemérita entidad la Memoria de los trabajos practicados durante el años social de 1922-1923.*

Dicha Memoria es un primoroso trabajo literario –que al ser leído en La Caridad mereció los más entusiastas elogios– del que es autor nuestro querido amigo el joven y culto colaborador de GACETA DE TENERIFE don Sebastián Padrón Acosta, que cada día hace resaltar con más brillantez sus dotes de escritor.

Para contribuir, en lo que de nosotros depende, a divulgar los resultados de la hermosa obra que La Caridad realiza en la villa de la Orotava, nos complacemos en empezar hoy a publicar a continuación la referida Memoria, por lo que felicitamos cordialmente a su autor y a la entidad que tales altruistas fines está llevando a la práctica, entre las bendiciones de los por ella favorecidos y amparados.

Sí, señoras y señores; la miseria se extiende por todo el Planeta, la indigencia cunde de un modo alarmante; la mendicidad dilata sus dominios por todas partes.

Es, señores, el reino del pobre, rey que no tiene otro cetro que un báculo absurdo y miserable, sobre el que descansa su pesadumbre; rey sin más corona que el más amargo de los dolores, rey destronado, rey desterrado, condenado por la avaricia a errar, silencioso y hambriento, por todos los caminos, cual nómada involuntario.

Son los pobres, aquellas almas de las que ha huido la alegría de las primaveras; son hermanos nuestros, en quienes se ha cebado la desdicha, la miseria, la lepra moral.

Y lo terrible de todo esto es, señores, que la sociedad –hoy debemos hablar con toda claridad, con toda sinceridad– es la culpable, la gran responsable de todas esas podredumbres. Y digo la sociedad, porque esta es la llamada a recogerlos, a educarlos, a instruirlos, a auxiliarlos, infundiendo en sus cerebros y corazones la verdad y la moral, esos dos grandes polos de la vida del individuo y de la colectividad.

Cristo y la Sociología

Ya veis, que la indigencia es un problema de universalidad trágica, problema hondísimo y aterrador, uno de los más formidables de la Sociología, ciencia moral, que como tal ha tomado cuerpo en nuestros días; que ha formulado hoy sus postulados; que actualmente extiende la urdimbre de sus materias, que se estudia y se dilata, y que es una legítima consecuencia de las ideas de las épocas actuales; ciencia que hoy ha cristalizado, que hoy se extiende, pero que, remontándonos a otras esferas, la veo nacer en el momento mismo en que Cristo predica las doctrinas de la Igualdad, Libertad y Fraternidad. Sí, Él, Jesús, el hombre-Dios fue el primero y el más grande de todos los sociólogos.

Y este gran sociólogo ha conversado hoy con sus enfermos, con sus doloridos. Al recibir estos a Jesús Sacramentado, quizá le habrán comunicado sus cuitas en el silencioso retiro de sus almas.

Evocación

El acto que celebramos es un acto importantísimo, un acto de ciudadanía, aunque alguien no lo sospeche.

La celebración de esta Junta me evoca las reuniones del Cenáculo, aquellos actos que los primeros cristianos celebraban en comunidad, y también los actos colectivos de los cristianos, verificados en las Catacumbas de Roma, en aquellas grandes épocas idas, en que la Iglesia Católica –esa soberana bajada de los cielos– engalanaba la blanca veste simbólica de su castidad con la púrpura de los martirios, tiempos dulcemente añorados por el gran Wiseman en las sencillas, pero grandiosas y elocuentes de *Fabiola*²⁷⁸; en aquellos días de triunfo del Cristianismo, cantados por el ilustre polaco²⁷⁹ en un libro maravilloso, prodigio de exacta evocación histórica, que todos conocéis y en el que se evoca la agonía del fastuoso imperio romano, que se derrumba maltrecho y exhausto, al

²⁷⁸ *Fabiola, o la iglesia de las catacumbas* es una novela del inglés Nicholas Wiseman, cardenal de la Iglesia católica. Se publicó por vez primera en 1854. Tuvo una adaptación al cine en 1918.

²⁷⁹ Seguramente Henryk Sienkiewicz, el autor, entre otros, de *Quo Vadis?*

paso que Pablo de Tarsis, el gran apóstol, predica la doctrina salvadora y el imperio de los Césares se desmorona y cede paso y surge la gloriosa dinastía de los soberanos pontífices.

La Caridad, el Cristianismo y la Historia

Hablemos de la Caridad –la celestial dispensadora de todas las ambrosías–, ya que ella nos ha congregado aquí en este santo recinto, erigido por la piedad de vuestros antepasados, en este bellissimo rincón del Valle de la Orotava, hoy engalanado con todos los atavíos de la Primavera²⁸⁰, que, mimosa, nos mira, nos sonrío y nos besa y nos acaricia.

¡Valle de Orotava, maravilloso palacio de Armida, sea para ti la más efusiva y cordial de mis saluciones!

Permitid, señores, que, en mis fervores, sinceros y ardorosos, de católico, os exalte brevísimamente la historia de la Caridad, ya que en el año anterior, y en circunstancias análogas a las presentes, hablaba de lo que era la Caridad²⁸¹. La Caridad la debe el mundo solo y exclusivamente a la Iglesia Católica.

Preguntádselo, si no, a la historia. Recorred el mundo pagano, y veréis en él que la Caridad no existe. Contemplad el estado deplorable del mundo antiguo, antes del Cristianismo.

Id a Grecia, la más artista de las naciones, y allí veréis surgir, sí, la Metafísica, y la Lógica, con Aristóteles; la estatuaria, con el genio de Fidias y Praxíteles; el teatro, con Esquilo; la epopeya, con el divino Homero; pero no veréis surgir, como una gran aurora, la Caridad, esa virgen de castos y amorosos cendales. Contemplad el mundo romano, vasto y fastuoso, y escuchad lo que ha dicho el gran sociólogo: "¿Qué sentimiento de caridad podemos suponer en una sociedad como la romana, que jamás levantó un hospital ni un asilo públicos, mientras construía gigantescos anfiteatros, para divertirse, inmolando millares de víctimas?".

Es el mismo pueblo del cual dice Guitari: "Para comprender la crueldad en que se habían inspirado las leyes griegas y romanas basta recordar las leyes de Solón y Licurgo, que ordenaban dar muerte a los niños que salían contrahechos o débiles; o la de las Doce Tablas, según la cual el deudor que tenía varios acreedores debía ser cortado en pedazos, para que cada uno de estos se entregara a sus acreedores".

Para que la Caridad surgiera, iluminándolo todo, como una gran antorcha, fue preciso que Cristo apareciera sobre la tierra, aureolado con el nimbo de su divinidad. Si queréis asistir a la epifanía de la Caridad, seguid con las multitudes a Cristo, por las ciudades, por las plazas, por los campos, y oiréis de sus labios sus divinas enseñanzas salvadoras; escucharéis, absortos, *el Sermón de la Montaña*; presenciareis sus milagros, oiréis sus parábolas, y en toda su doctrina y en todas sus acciones, surgirá la Caridad, como el alma de toda su obra.

²⁸⁰ Insistimos en que la Memoria fue leída en abril.

²⁸¹ Publicada en el mismo medio informativo los días 6 y 7 de julio de 1922.

Cristo conversa con los doloridos, con los enfermos, con los menesterosos; lo veréis confundido con los pobres, sus bien amados. Y Jesús sana a los enfermos, a los ciegos, a los paralíticos, y a los leprosos; y el sol de Oriente, aquel sol que había iluminado las primeras religiones y las primeras civilizaciones, contempla todos aquellos prodigios, todas las maravillas.

Y la Caridad brota de los labios del Nazareno, como la más radiosa iluminación. Las palabras de Jesús, suavísimas como la miel Hiblea, caen, cual semillas fecundantes, sobre la nueva sociedad, que se levanta, engrandecida y regenerada.

Sus discípulos y sus apóstoles difunden la Caridad por todo el orbe. Ella palpita en los pechos de los apóstoles, y ella brilla en las epístolas de San Pablo, el gran pensador, que antes había perseguido a Cristo.

Y sobre las ruinas de aquel vasto imperio romano, se yergue, gallarda y retadora, la gran pirámide de la Iglesia, monumento de la Caridad de Dios hacia el hombre.

Proseguid las huellas de la Caridad a través de la Historia.

Nos hallamos en plena Edad Media, Edad en que la arquitectura llega a su apoteosis; en que Dante Alighieri remonta su aquilino vuelo teológico, escribiendo *La Divina Comedia*, uno de los esfuerzos más portentosos del genio italiano; Edad en que se levanta la majestuosidad atrevida de las soberbias catedrales góticas; edad en que nacen las Cruzadas, a la voz convocadora y cálida de Pedro I el Ermitaño.

En esta Edad, señores, la Caridad se glorifica; tiene su asiento en el solio pontificio; triunfa en los hospitales, en los asilos, en los conventos, en las instituciones católicas.

¿No recordáis, acaso, la *sopa de los conventos*? Si posáis vuestra mirada en el Pontificado, en la cátedra de Pedro, oiréis que Alejandro V exclama: "Fui Obispo rico; he sido Cardenal pobre, y soy Papa mendigo".

Reyes practican entonces la Caridad; favorécenla los testamentos, profésanla los monjes y la difunden. Ved cómo bajo el rocío de la Caridad brotan las grandes sociedades.

La Caridad, pues, es la hija primogénita y predilecta de la Iglesia, y que no traten de robárnosla a nosotros, los católicos, esos modernos filántropos.

A las damas de la Caridad

Damas de la Caridad:

Blasonado es el lema que ostentáis en vuestra bandera, esa bandera triunfadora que vosotras, legionarias de la beneficencia, debéis tremolar con el mismo orgullo y valentía con que ostentaran sobre sus vestiduras sus rojas cruces aquellos bravos paladines, aquellos caballeros andariegos y legendarios a quienes la historia, entusiasmada, saluda con el epíteto de *Cruzados*.

La mujer de las blancas tocas

Si alguien dudare que la Caridad no es exclusivamente de la Iglesia, que visite los hospitales, los asilos, donde tiene su apostolado la hermana de la Caridad.

Yo veo personificada, encarnada a la Caridad en esas mujeres, que, como Marta y María, son activas y contemplativas.

Miradla. Dio un adiós a todos los encantos seductores de la vida. Se abrazó al sacrificio, como Cristo a su Cruz. ¡En unas blancas tocas, níveas aureolas de su pudor, hundió sus amores!

Su mirada se pierde en las lejanías de los horizontes inmensos; sus manos cuidan mimosamente, como las de una madre, las heridas de los enfermos; su boca no sabe abrirse sino para rogar, para bendecir, para cantar alabanzas al Altísimo; la veréis a la cabecera de los enfermos, como el genio de la solicitud.

Monstruoso, deforme tiene que ser quien no sienta la gratitud hacia esta bienhechora de la humanidad, esta mujer de blancas tocas, que vive cerca de todas las lacras sociales, cerca de todas las miserias, cerca de todas las facetas horripilantes del vicio, como alba azucena que crece y florece junto al lodazal, junto a ese fango abyecto, físico y a veces moral, de los hospitales.

En esa mujer tenéis un ejemplo palpable de que el reinado de los buenos no ha desaparecido de la tierra.

Seamos optimistas; aún hay generosidad; aún hay Cristianismo.

Sean para esas pudorosas mujeres, que recatan en unas blancas tocas su pálida hermosura de nardos, un recuerdo fervoroso de nuestros agradecidos corazones.

Sí; loor a las Hermanas de la Caridad, que, al enaltecerlas, enaltecemos a la mujer, enaltecemos a la Caridad, enaltecemos la Justicia.

Llamamiento a los ricos

No queremos herir susceptibilidades, no es nuestro intento molestar a nadie; solo queremos decir la verdad, hablar alto, claro y recio como lo exigen los miserables, como lo piden las circunstancias, como lo piden la generosidad y alteza espiritual.

Son los ricos, más que poseedores, administradores de sus bienes terrenales; darán un día cuenta a Dios del buen o mal nao²⁸² de sus riquezas; son ellos los llamados a extinguir la indigencia callejera, fundando instituciones, favoreciendo sociedades benéficas.

Tienen la ineludible obligación, por conciencia, de dar lo superfluo a los pobres.

En las manos de los pudientes está el remedio de los menesterosos, de esos nómadas hambrientos y doloridos.

Vosotros bien sabéis la exactitud de mis palabras, porque así lo estáis haciendo, porque así lo habéis hecho.

Una prueba concluyente de que de este modo obráis, es el sostenimiento de esta benéfica asociación La Caridad, que debéis sostener por dignidad, ante Dios, ante los hombres y ante vuestra propia conciencia²⁸³.

²⁸² No se entendemos bien esta parte.

²⁸³ Aquí termina el texto del ejemplar del 8 de agosto.

y II

Movimiento interno de la Asociación

Incúmbenos ahora, señoras y señores, reseñar, como cronistas, el desenvolvimiento interior de la Asociación La Caridad, durante el año social de 1922 a 1923.

Durante dicho año el número de asilados ascendió a veinte y tres: 6 hombres y 17 mujeres, de los cuales 14 corresponden a la Orotava, 1 al Puerto de la Cruz, otro a Santa Cruz de Tenerife, otro a los Realejos, y otro a Garachico.

De estos han fallecido 3; 1 ha salido voluntariamente, quedando, por lo tanto, en el asilo, 19.

Por haberse hecho cargo el Hospital de esta villa de las atenciones y cuidados de los niños expósitos, según acuerdo del Cabildo de la isla, nos vemos privados de reseñar el movimiento de los mismos, según era costumbre en nuestras memorias, cuando aquellos estaban a nuestro cargo, que terminó el último de Marzo del año anterior; pero, desde luego, podemos decir que los niños expósitos siguen recibiendo las mismas exquisitas solicitudes, pues estando a cargo de las beneméritas Hermanas de la Caridad, huelga todo encomio.

Con sentimiento hemos visto disminuir en el presente año el capítulo de donativos. No obstante, no nos han faltado almas generosas que se hayan acordado de obsequiar a los menesterosos, aquí albergados. Los Marqueses de El Sauzal nos han remitido 75 pesetas; Miss Prim, 50; un persona caritativa, en el aniversario de la muerte de su madre, 25; otra persona, 25; la agrupación Lo Divino, que merece las mayores alabanzas por su generosidad, 616; del concierto de nuestra paisana la eminente pianista Luisa Stauffer, y el gran violinista don Agustín Soler, 147'70, que, unidos a los demás ingresos por limosnas, que aparecen consignados en la página de ingresos de nuestra Asociación, arroja 1485 pesetas y 20 céntimos.

Gratitud

Hemos llegado a la parte de esta Memoria, pobre y deficiente, como nuestra, en que la justicia y el agradecimiento, características de las almas de alteza, piden una acción de gracias a los que, en la medida de sus fuerzas, han coadyuvado, durante el año social de 1922-1923, al sostenimiento, tanto espiritual como material, de este benéfico Establecimiento.

Esta actitud nuestra no es solamente un acto de mera cortesanía, sino también un tributo de justicia, que es, a la par, un aliciente, un estímulo, y un ejemplo, que ya sabéis que la alabanza no altera la serenidad de las almas elevadas.

Sean, pues, nuestras primeras palabras de reconocimiento para la distinguida señora doña Catalina Monteverde y del Castillo, que por su edad y achaques físicos se vio obligada a renunciar al cargo de tesorera, que venía desempeñando desde 1884, época en que tuvo efecto la fundación de La Caridad. Cuanto podamos decir encomiando el celo, la abnegación y la constancia con que supo cumplir su delicada misión, resultaría un pobre homenaje a los muchos méritos por ella adquiridos con el amor entrañable que profesaba a los inválidos y humildes acogidos en nuestra santa casa. Podemos afirmar que no se ha alejado de nosotros, que seguirá viviendo entre

todas las que constituimos la directiva, y que su ejemplo, que un corazón radiante de virtudes esmaltaba, nos alentará siempre en nuestra obra, aunque su ausencia la sentiremos como se siente la de una hermana mayor, buena y cariñosa, que inspira todos los afectos y predilecciones.

Encomio grande y justísimo le pertenece a la presidenta de esta benemérita Asociación, la distinguida señora doña Rafaela García, viuda de Ponte, alma activa y valiente a la que nada arredra, cuando de hacer el bien se trata. Perdonad, señora, si el caballero que se acerca rendido hacia nos, no ostenta otra blasón que el deshojar a vuestras plantas la humildad cristiana de unas sencillas y pobres margaritas silvestres, con la más sincera de las galanías. Aceptad, pues, dignísima presidenta, esta pleitesía, que es, asimismo, el sentir de toda la Asociación.

Reciban también nuestra cordial enhorabuena las demás dignas compañeras de directiva, por la actividad que han demostrado al frente de sus respectivos cargos.

Loanza merecen también los notables médicos don Miguel y don Antonio Fernández de la Cruz, los que se han distinguido en su eficaz asistencia facultativa, así como también el hábil practicante don Felipe Hernández y Hernández, que ha desplegado su actividad profesional en el servicio prestado a los menesterosos. Igualmente la sociedad La Caridad da la expresión de su agradecimiento a los beneméritos hijos de San Vicente de Paúl, por los bienes espirituales dispensados, con fervoroso celo, a los enfermos. Y en general, para todos aquellos que, con su actividad, su peculio e iniciativa, han contribuido a esta bienhechora labor, sea nuestro hacinamiento de gracias, así como también a la señora doña Magdalena Lugo de Fernández, que tanto celo desplegó al frente de la Comisión organizadora del bazar en las últimas fiestas del Corpus y San Isidro, cerrando así este capítulo de justicia y cortesía de esta Memoria.

Epílogo

Hemos cumplido la misión de cronista, que nos ha sido encomendada, aunque pobremente. Solo nos resta deciros que no debéis desmayar jamás en esta empresa social; pensad que a quien socorréis es a Jesús, personificado en estos desvalidos, sin hogar y sin abrigo; ved cómo vuestras caritativas obras fructifican y florecen.

La Caridad es la flor predilecta del Cristianismo; y esta flor, de perfumes deleitosos, debe aromar vuestras almas con aromas de inmortalidad. Ella debe formar gloriosa aureola en vuestras frentes.

Y tened en cuenta que cuando comparezcáis ante el divino tribunal, Cristo os dirá: "Yo soy aquel a quien disteis de comer, yo soy aquel a quien hospedasteis". He dicho.

- 14 de agosto

La cortesana²⁸⁴

La conozco. Sonríe, acaricia y se prodiga como una prostituta. Es una caída, caída del pedestal de su dignidad.

Con una máscara de rendida complacencia, oculta sus anhelos bastardos. Esconde tras sus lisonjas y salamerías un interior podrido, una gusanera. Se arrastra como una sierpe, llevando latente su veneno. Es digna de todos los menosprecios y de todas las lapidaciones. Exhibe acatamientos rebajantes. Tributa su idolatría, porque está corroída por una mendicidad cobarde. No tiene la gran sinceridad de la andrajosa pedigueña callejera. Se doblega en una idolatría denigradora, porque no tiene ningún valor propio. Es la esclavitud más vergonzosa rendida en la actitud más denigrante.

No vive arrodillada, en la misma postura del sincero creyente varonil. Se dobla, se arrastra. ¡Cosa muy diferente! Su vestidura es librea de lacayo, disfraz de bufón. No hay en su gesto de rendición galanía caballeresca. Es una miserable palaciega, indigna de ser escuchada y muy digna de ser escupida. Pero no sucede así. Se le escucha, y no se le escupe. Ha vivido en la corte de los césares, humillada cerca del despotismo faraónico. No vive de sí misma, vive de su mendiguez imperdonable, de las piltrafas de los banquetes de la corte.

Pertenece a la escuela de los lacayos y de los bufones, a los comediantes de baja estofa, a los de la tramoya humana. Busca a los hombres para acariciarlos, para besarlos. Su ansia devoradora es el favor de los potentados. No posee la riqueza de su propia dignidad. No es ni sutilmente femenina, ni reciamente viril. Tiene un hermafroditismo extraño.

No se rebela, no puede rebelarse, porque carece de las rebeldías propias del propio pudor. Se estruja a sí misma, como un guñapo, como una *cosa*. No pasa de ahí su categoría. Su indigencia es cobarde y voluntaria. Anda con pasos de favorita, con cinismo cortesano. No está nimbada, con la grandeza moral de Lázaro, mendigo doliente a las puertas de Epulón. Se rebaja, domeñándose como una caballería. Cae al pie de los fetiches, agotando sus lisonjas.

Finge, adora y miente. Es una embustera, una vividora. ¡No la creáis! Adula, adula y adula. ¡Nada más! He ahí toda su alcurnia.

La conozco. Es una esclava despreciable, que se arrastra, que se entrega en un impulso de mendiguez denigrante.

Es la cortesana, que vive dedicada a un sempiterno vaivén reverencial del espinazo...

Sebastián PADRÓN ACOSTA
Valle de Orotava (Tenerife)

²⁸⁴ Parece formar parte de sus *Estulticias Sociales*.

1924

- 15 de abril

San Francisco de Sales

Eso fue su vida, y así son sus libros, cimas llenas de honda serenidad y de alta sabiduría.

San Francisco de Sales permaneció imperturbable y fuerte, como cedro del Líbano, en medio de las más recias tempestades.

Rodeado por el fragor del combate, su alma fue siempre serena, siempre mansa, radiosa siempre. Los guijarros de las asperezas cotidianas en sus manos florecían como lirios. Perfumó su vida con el aroma de su serenidad. Hizo de la vida cristiana un equilibrio, una melodía.

Pitágoras soñó con la suave música de los mundos astrales, música que él, arrobado y silencioso, creía escuchar, era la ensoñación de las noches estrelladas.

Más sabio que él, San Francisco de Sales soñó y vivió la suave música de la vida serena, de la vida cristiana, plena de alegría, pero de una alegría profunda e inefable, que él sintió y cantó en sus libros serenos y contemplativos; alegría que es demasiado honda y demasiado callada, para poder ser vista y sentida por la impotencia de ese mundo superficial y estéril, que se agita y se pierde en el dédalo de las bagatelas mundanales.

Los místicos libros de San Francisco de Sales son cumbres ungidas de la más honda serenidad, a donde se refugia mi espíritu, mordido por el hastío que le produce ese mundo perdido, que ha olvidado su origen, y no *piensa* en sus futuros e inmortales destinos.

La vida de San Francisco de Sales fue un mundo lleno de melodías, de suavidades, que quedaron palpitando en sus libros, como los ecos armoniosos de un universo musical y lejano. Un equilibrio mágico, imperturbable, como el de los mundos siderales, preside toda su grandiosa obra ascética.

¿Dónde aprendió esta melodía? Al pie del Crucifijo, como su ciencia San Buenaventura, como su refinadísimo amor Santa Teresa de Jesús, como su pobreza San Francisco de Asís, como sus versos San Juan de la Cruz...

Sebastián PADRÓN ACOSTA
Valle de Orotava (Tenerife), Abril de 1924²⁸⁵

²⁸⁵ Entendemos que ya había vuelto al Seminario, pero como alumno libre, o sea, no estaba interno; por eso es que seguía por La Orotava (de ahí la firma), aunque ya en breve volvería a vivir y a dormir, de nuevo, en el Seminario, tras esta su vuelta definitiva.

1926

Comentarios breves

En el número de *Gaceta de Tenerife* correspondiente al mes actual y bajo el atrayente y sugestivo epígrafe "Delincuencia infantil"²⁸⁶, citan la causa vista ante la Sala de lo Criminal de la Audiencia de Las Palmas para ver y fallar el proceso seguido contra dos niños de doce y trece años respectivamente. Se acusa a aquellos pequeñuelos, según el Ministerio Público, de que valiéndose de los tan cacareados procedimientos de magia y sortilegio, los chicos que hoy ocupan el infamante banquillo de los procesados inducían a otro pequeño a que sustrajera cantidades a sus padres, algunas de ellas de importancia. Uno de los chicos inductores, titulándose sacerdote y haciendo uso del gran poder que la religión le daba, preguntaba al niño víctima de sus engaños: "¿Has robado a tu padre?". A lo que la inocente víctima respondía: "Sí" y el falso sacerdote lo absolvía del robo cometido aconsejándole que siguiera robando, que él le seguiría perdonando.

No atañe a nuestra labor de comentaristas e informadores averiguar si son o no responsables del delito que se les imputa estos precoces émulos de Lord Lister, pues estimamos que esto es competencia exclusiva de los Ilustres Magistrados. Pero sí nos interesa indagar, o mejor dicho averiguar, cuáles son las causas que motivan que a tan temprana edad dos pequeños se vean frente a los Tribunales de Justicia. Sin ir muy lejos y sin temor a sufrir equivocación alguna, hemos de responder que las causas que motivan estas *precocidades* en estos niños es el *cine*, esas películas malas que vulgarmente se dicen *series*, plagiadas de esos folletones no menos infames, que luego de haberlos llevado al celuloide son más tarde proyectados en la pantalla. En esas cintas, repetimos, es donde el niño aprende esas malsanas enseñanzas, como son escenas de robo, asaltos, envenenamientos; escenas, en fin, de pillaje, de las cuales las pobres criaturas salen completamente obsesionadas por aquellas monstruosidades que horas antes han visto desfilar ante sus ojos.

A diario vemos que los niños lejos de asistir a sus clases se entretienen en reproducir todas las escenas que noches antes han visto en el *cine*, haciéndolo en tales términos y adueñándose de una manera acabada y perfecta de los principales que han visto, bautizándose a sí mismos como los nombres de *Duncan*, *Puñales*, *Carpanta*, etc. Cada uno, repetimos, desempeña su papel a las mil maravillas. Tal es así que los auténticos artistas tendrían que envidiarles.

A esto hemos de añadir que unos cuantos hacen el papel de policías y empuñando sendas pistolas de juguete corren tras los otros gritando *manos arriba*. Es de justicia consignar que estos improvisados guardias hacen el papel mejor que los que en la actualidad tenemos aquí. ¿Dónde, sino en el *cine*, se aprenden estas cosas? Pues ya que sabemos las causas y sabemos también donde radica el mal, lo lógico y lo que humanamente procede, con el fin de evitarlos, y que casos como el que nos sugirió estas líneas se repitan, es que por todas las autoridades se ejerza la censura que está mandada

²⁸⁶ La noticia de la que habla, que sucede en los alrededores de Santa Brígida (Gran Canaria), se publica en el periódico católico el 15 de enero de 1926, y está tomada de *El Liberal* de Las Palmas.

a que esta se cumpla sin contemplaciones de ninguna clase. Seguir imponiendo fuertes multas a los padres de los chicos que en la hora escolar estén vagando y repitiendo en plena naturaleza esas *hermosas y educativas* películas, prohibir la entrada de los menores de quince años al *cine*, y multar a los empresarios en cuyos teatros exhiban cintas que tiendan a que en los sentimientos del niño puedan arraigar malos instintos; pues harta desgracia tienen ellos con asistir a esos espectáculos donde se ve de todo menos arte y moralidad.

Este triste caso que ha sucedido en Las Palmas nos pone ya en la imperiosa necesidad de llamar la atención a todas las autoridades para que, previa las reuniones que para el caso se estimen necesarias, se tome un acuerdo que tienda a atajar el terrible mal que el *cine* nos ha metido en casa. Debemos emprender esa cruzada antes de que el camino se nos cierre, debemos unirnos y estar preparados para alejar de nuestra casa esas malas enseñanzas que el dichoso *cine* nos ha traído.

Coadyuvemos por el bien moral y material y por la educación de la infancia, que de no atenderse como ella merece, nos imaginamos que le acecha un trágico despertar. Sirvan nuestras modestas líneas de toque de alarma y esperemos tranquilos a que sean las autoridades las que den órdenes severísimas, y que estas se cumplan, para acabar de una vez para siempre con este tremendo mal que a pasos agigantados se nos acerca.

ARIZA ZUBI

- 13 de diciembre, *El Progreso*

Delincuencia infantil

Diariamente, al correr nuestra vista por las columnas de los periódicos peninsulares y de estas islas, vemos que en la destinada a *Sucesos* casi siempre hay una gacetilla en la que se da cuenta al público de este o aquel delito, y que este fue cometido por criaturas, que, ignorando las sanciones que para toda clase de faltas establecen nuestros Códigos, para aquellos que delinquen, sea cual fuere su edad y la clase de delincuencia en que hayan incurrido.

Los delitos que casi a diario se cometen por los niños aumentan de una manera alarmante en toda España y lo que es más grave y entraña para nosotros una importancia, en ese progresivo aumento del contingente de delincuentes infantiles, una buena parte del susodicho aumento corresponde a Canarias.

Y, aquí viene lo más *castizo* del caso, cuando nos enteramos de un nuevo suceso cuyos protagonistas son niños, todos nos lamentamos, y hasta cierto punto nos avergonzamos de que, a tan temprana edad, multitud de infantes traspasen los umbrales de las cárceles para purgar este o aquel delito que obsesionados por algo cometieran.

Y fue también no hace muchos días cuando leímos en un periódico que ve la luz pública en esta ciudad, el intento de robo que de no ser sorprendidos hubieran realizado en un café de los establecidos en esta población.

Los émulos de aquel célebre Raffles eran dos rapazuelos que, linterna en mano, se proponían operar y comenzar de esta forma su honrada profesión; pero los pequeños raterillos fracasaron y su fracaso no ha sido óbice para que a una edad que oscila entre los catorce y diez y seis años se vean envueltos en un sumario.

Decíamos más arriba que obsesionados por *algo* y ese *algo* a que antes nos referíamos es el moralísimo *cine*.

Dígasenos, si no, de dónde y a qué debemos atribuir ese aterrador aumento de la delincuencia infantil.

Para nosotros existen tres causas principales que son las que a nuestro juicio y dada nuestra manera de enfocar el tema ha provocado la grave cuestión: *el cine*, la poca vigilancia de los padres y el abandono en que se tiene a la infancia.

Sabemos muy bien que las verdades duelen, cuando se dicen; pero también sabemos y creemos que por muy dolorosas que estas sean, hay que decirlas para que, pese a quien pese y duela a quien duela, quienes tengan en sus manos el remedio a tanto mal que se nos viene encima a pasos agigantados, lo apliquen sin miramientos ni contemplaciones de ninguna clase.

Claro está que otra gran parte de esa culpa en que incurren los niños que delinquen, cábele a los padres de esas criaturas que no las obligan a asistir a la escuela, y que les importa un bledo el que sus hijos duerman en sus casas o entren en ellas al siguiente día.

Otra buena parte de esa responsabilidad alcanza a la policía que los ve vagando a altas horas de la noche por las calles y ni siquiera se molestan en llamarles la atención... (tal vez aguarden a que estos pasen para irse a dormir...) y, por último, a ese dichoso

cinematógrafo, esas malditas cintas en serie, de las cuales solo se pueden sacar ideas de las más bajas y ruin estafa, escenas de robos, incendios, asaltos, asesinatos, y en fin, nada bueno y mucho malo es lo que se puede aprender en ellas y por esa pobre juventud inculta y analfabeta...

Los papás, por una parte, y las autoridades, por otra. Estas últimas, las encargadas de mirar por los pueblos no dan y dictan a su ver una disposición que tienda a prohibir la entrada al *cine* a los chicos menores de 15 años, a que asistan a esos locales donde a la par que se les explota se les embrutece con las proyecciones de una clase de películas que tienen de todo en sus escenas menos un asomo de ilustración o de moralidad y cultura.

Este triste y nuevo caso ocurrido en el tranquilo pueblo lagunero viene una vez más a poner de manifiesto que se hace de todo punto imprescindible más celo por parte de nuestra autoridad local para disponer y obligar a la par que regule la entrada de los menores en el *cine*.

Lo único que vemos es que apenas de estar terminantemente prohibido, aquí se les permite trabajar en faenas impropias de su edad y se les tolera que continúen a sabiendas de que más tarde o más temprano esa juventud de hoy, ciudadanos y hombres del porvenir, morirá agobiada por el duro ajetreo que suponen esos rudos trabajos.

¿Cuándo vamos a emprender una cruzada redentora pro infancia?

Quizá intentaremos hacer algo por ella cuando las cárceles y presidios estén llenos de jóvenes... ¿Entonces de quiénes será la culpa?

Existe un camino viable y de práctica realización para conseguir un gran mejoramiento en las costumbres y vicios de que hoy adolece nuestra infancia. Esto en caso de que los llamados a hacerlo quieran acometer la empresa, que no es de titanes ni de colosos, solo es de gente de buena voluntad que quiera cumplir con la santa misión que se le encomienda por el Estado, y así dar y contribuir al mejoramiento de nuestras costumbres un tanto relajadas por ese mismo *cine* y esos airecillos que nos vienen de fuera. Se trata de sacar a la infancia de los *cines* por medio de una enérgica disposición, y a la vez obligar a las empresas a que en las funciones exclusivamente para niños se proyecten cintas cuyo fondo y forma no sean completamente morales a juicio, no ya del concejal inspector de espectáculos, sino de un sacerdote o de otra persona, capaz de rechazar a la empresa el *pase* con que, aunque parezca mentira, se tapan muchas cosas.

Hágase así y veremos como al fin se hace algo práctico y bueno, que esos niños de hoy serán los primeros en agradecerlo el día de mañana...

Y punto por hoy.

ARIZA ZUBI
La Laguna, 11-12-26

1927

- 28 de octubre, *La Tarde*

DIVAGACIÓN

Cuando moría la tarde mansamente
yo penetré en la umbrosa Catedral
y vi la grave nave de aspecto fantasmal
que es de una queja muda – la expresión elocuente
de lo solo que queda Jesús en el altar.

Yo no sé, Santo Cristo, cómo diga a las gentes
la lástima que inspira vuestra dulce tristeza.
¡Tal vez viendo el dolor que tu semblante expresa
vuelvan a ti sus ojos esas almas dolientes!

Ya de ti no se acuerdan. No te guardan amor;
perdónalos, Maestro, que de seguro un día
al sentirse en las redes eternas del dolor,
han de volver, llorando, la vista a tu agonía
y exclamarán entonces: "¡Oh sí, pequé, Señor...!".

ARIZA ZUBI
La Laguna 12-10-27

1929

- 2 de noviembre, *Diario de Avisos*

Con gesto revolucionario

El Marqués de Lombay ante el cadáver de la Emperatriz Isabel, sintió toda la vaciedad infinita de las humanas vanidades.

El placer, la gloria y el dinero son las tres cadenas que impiden el glorioso vuelo del Prometeo contemporáneo. Son el buitre que devora las entrañas del atado a la roca, sin Hércules que le liberte del angustioso suplicio voluntario. Es que el hombre siente no pocas veces la pasión de la desdicha, de que habló profundamente el genial Ernesto Hello, cuya inmensidad no ha podido aún ser vislumbrada por la impotencia de los mediocres, de tantos imbéciles disfrazados de intelectuales, como pululan por esos mundos, poblados de estultos de blusa o de levita, que para el caso es lo mismo.

¡Una mediocridad aristocrática o plebeya, que hay aristocracia podrida en la plebe y plebe podrida en la aristocracia! El vulgo no es defecto exclusivo de los de sangre roja. También los de sangre azul o lila cojean a veces del mismo pie.

Todos los fantasmas que hicieron claudicar ayer a Salomón, pasan hoy por la fantasía del hombre como una procesión repulsiva.

Es hoy día de recogimiento, día de meditación honda, de degollación de vanidades, de exterminio de estulticias.

Es el día del avance, del vuelo. Pensemos que no somos solamente un puñado de arcilla despreciable. Dentro del ánfora vibra el principio vital, como un soplo imperecedero. La verdadera fisiología y la psicología legítima protestan de que todo el pensamiento humano sea un cúmulo de cenizas que el viento disipa.

El deseo ingénito de la felicidad completa se rebela contra esa teoría absurda de la nada más allá de la muerte. El cementerio se abre con la inmensa y callada voz de sus tumbas para hablarnos de la vida más allá de la muerte, de la vida más allá del sepulcro.

Triste y despreciable destino sería el del hombre si en la tumba feneciese todo, absolutamente todo. Entonces el hombre y el caballo tendrían la misma fortuna.

De poco valdría la diferencia en la escala zoológica de los seres. Y contra esto el principio de Lavoisier guillotinado, y el pudor y la verdad filosófica se rebelan con un gesto revolucionario.

El Creador, el Redentor y el Conservador de los hombres así no lo quiso.

Vale infinitamente más un pensamiento del hombre que todo el universo, como dijo el poeta.

Vayamos al cementerio, pero no a exhibir un nuevo gesto de vanidad, sino a escuchar una lección en aquella muda cátedra de la Muerte.

Vayamos al cementerio, pero no a recordar genealogías ridículas, ni a exponer el brillo del oro, sino a oír la voz de Dios a través de aquellas sepulturas, llenas de osambres elocuentes.

Vayamos al cementerio a aprender allí la lección que la marchita belleza de Isabel dio al Duque de Gandía.

Vayamos allí a ratificar con nuestra actitud la fe en nuestro futuro destino ultraterrenal.

Las vacías cuencas de una calavera tienen una muda elocuencia extraña, cuando el que las contempla sabe pensar, cuando el que las mira no es él, animal bípedo implume, que dijo Sócrates.

Hoy se abre una escuela de revolución. Es el cementerio. A él se debe ir a aprender el arte de revolucionarse contra toda claudicación, contra toda bajeza; el arte de revolucionarse sin derramamiento de sangre contra la araña secreta que labora por el retroceso de la sociedad, que labora en pleno siglo XX para hacer vivir a esa misma sociedad actual con un siglo de retraso. ¡Chirimbolos vetustos llamados a desaparecer del viejo tinglado, que diría Jacinto Benavente!

La revolución sin pistola contra los sembradores de cizaña, contra los que tratan de ahogar las simientes arrojadas por el Divino Sembrador, por el Gran Arquitecto.

Hoy el sepulcro nos habla más que nunca de nuestro futuro destino, y por consiguiente del uso de los medios para ese fin venidero, para esa meta ansiada, libertadora.

También hoy debemos elevar nuestras oraciones por nuestros hermanos difuntos, con un gesto de fraternidad cristiana. Esperan nuestro auxilio libertador.

Ante la tumba aprendemos hoy a vivir, para que mañana sepamos morir.

Con el vigor de nuestro brazo empujemos el arado, para que la reja roture la tierra inculca, y hecho esto, sembremos, sembremos la simiente salvadora.

Frente a la ola roja, que avanza, surge la ola blanca, que avanza también.

Un *imbécil indecente*, que se llamó Voltaire, anunció para breve tiempo los funerales del Catolicismo, y aún no hemos presenciado la muerte del presunto agonizante.

Y desde el siglo XVIII se está esperando, aunque inútilmente, por los estertores del supuesto paciente²⁸⁷.

Sebastián Padrón Acosta

²⁸⁷ A propósito de los últimos dos párrafos, desde las páginas del también periódico palmero *El Tiempo* va a contestar, al modo de la polémica, el líder comunista local José Miguel Pérez, con el artículo "La corona del insulto" (6 de noviembre de 1930).

La crítica y la ironía

La crítica desciende de la cumbre, como la ironía. Es una espada singular, implacable, cuando surge lo feo, lo mediocre. Dijo quien podía decirlo que el arte es una ascensión. Y la crítica ostenta también la majestuosidad del vuelo. La voz convocadora y anatematizante de la crítica es la voz de la rebeldía. Y la crítica debe ser ante todo masculinamente rebelde, como la verdad.

Es necesario reivindicar los derechos inalienables de la palabra. Esta no se hizo para plasmar la vaciedad cerebral –si la vaciedad cerebral es plasmable– sino para encarnar la potencia masculina del pensamiento. A las cimas de la crítica solo pueden ascender las águilas. Si la crítica ha menester alas, también necesita garras. Debe ser a veces un zarpazo. Los castrados de la crítica están incapacitados para pensar. Los eunucos del pensamiento no tienen derecho a la palabra, que es la explosión de la persona. La crítica no es el grito de la impotencia, de la nulidad, sino el himno del ser. La palabra, como el hombre, tiene su honor, que a veces urge vindicar. La humanidad está acostumbrada a oír sin protestar las grandes necedades del error. Se habituó a la falacia de Satanás. La crítica es una afirmación de virilidad. La crítica de Zoilo es crítica de comadrería. La Celestina se ha metido de literata. Y qué infinitamente ridícula es su actitud, qué cursi su gesto. Aristarco, al oír a Celestina con calzones de literata, sonrío, sonrío y bostezo. El bostezo también es un signo, y no del Zodiaco. Los hombres avezados a escuchar vulgaridades y mentiras, cuando alguien les dice una verdad desconocida, se revuelven y escandalizan. La crítica burda, que baila, gesticula y gruñe, tiene una actitud cuadrúpeda. No es bípeda²⁸⁸. Su ángulo facial es alarmante. Y la frenología se desconcierta y demuda. Para esos seres, que han olvidado que son bípedos y verticales, la crítica tiene la suavidad de un sinapismo.

Pero es que ¿esos seres piensan? Creen argumentar, simulan que discurren. Así argumentaría también Rocinante. Así discurriría Babieca. Así pensaría Incitatus. Y ¡viva Darwin y el transformismo! ¡Caballería rusticana!

La ironía es un acero de dos filos, que solo pueden blandir gentes de honor. Si lo esgrimen los mediocres, aparece en escena la vulgaridad risible, la nulidad absoluta. La ironía es la chispa del talento. El gesto del aristócrata del pensamiento. Pone de relieve la alcurnia mental. En manos del imbécil la espada de la ironía es peligrosa. Entonces surge la atrofia cerebral de pronóstico reservado. La ironía legítima está envuelta en el oro de una gracia exquisita. La actitud de la ironía no es una actitud simiesca. Y su verbo no es un rebuzno. Cuando Miguel de Cervantes habló, brilló en la sombra el florete de su ironía. Y el Príncipe de nuestros ingenios era un ironista formidable. ¡Qué bien escribía aquel divino manco, aquel soldado inmortal de la palabra castellana! Su cerebro era luz, y sus pensamientos destellos imperecederos. Lanzó a la calle al Quijote, que llevaba dentro de su cerebro luminoso. Y Sancho tuvo que acompañar a Alonso Quijano. Y fue el escudero de aquel Hidalgo. Pero próximamente hablaremos de

²⁸⁸ Referencia a Sócrates que ya hace en un artículo anterior a este.

Sancho, y no de Sancho a secas, sino de Sancho Panza. La ironía de don Francisco de Quevedo y Villegas se desvanece ante la ironía del Quijote del verbo castellano.

¡Qué bien reía el formidable, el gigantesco Rabelais! ¡Cómo resuena aún la carcajada de Juan Bautista Poquelin²⁸⁹!

El ironista debe ostentar la gentileza de la cortesanía, como una delicada flor de lis. La ironía hiere pero caballerescamente. No se arrastra como un reptil. No vive en las sombras. Ama la luz, el mediodía. Las claridades le obsesionan. Su gesto es siempre retador. Ama la batalla noble. Busca para el estúpido la palabra acre, exterminadora. Nada le importa a la crítica la opinión que de ella tengan los de la esquina de enfrente. Odia la palabra confitada, palabra de repostería. Clama, aunque los imbéciles chillen. También a la luna le ladran los canes. Y ella sigue imperturbable. La crítica debe moverse, porque lleva los estremecimientos de la vida. Se ríe del pasquín, del anónimo, y de todo lo risible. No teme la espada. La crítica es valerosamente militar. Ríe, habla y lucha sin temor a los pequeños, a los del país de Lilibut.

El ironista tiene señoriles ademanes de caballero, aristocráticas maneras pundonorosas. Esgrimid el acero de la ironía, la espada de la crítica, pero con honor, con gentileza.

Sin ciencia no se puede hacer el análisis químico. El crítico, el ironista necesitan también saber para reír. La carcajada es a veces signo de estulticia, pero a ratos también lo es de soberanía. Los monarcas de la carcajada pasaron a la historia, como todo lo grande. La ironía es un torneo y pide caballeros. La crítica es un torneo y pide capacitados. El rebaño es siempre rebaño. Las águilas son siempre águilas. La forma substancial los especifica. Hace tiempo se celebraron los funerales de la simetría de la palabra. La palabra hueca, almibarada pasó con el último romántico. Y surge ahora la masculinidad de la palabra, aunque algún retrasado vea en esta frase asomar el rostro de la paradoja.

La crítica tiene alas, pero posee también garras. A ratos acaricia, a ratos lanza su temible zarpazo. Zoilo, Zoilo, no rebuznes.

Aristarco siente la proximidad de un bostezo. Ríe, Aristarco, de todo lo risible. Deja que la mediocridad te deleite con su actitud simiesca. Sé el espectador de esta jocosa danza. Y enarbola tu bandera como un trofeo. Haz que los mediocres se escandalicen de las verdades desconocidas. Ríete de la risa frívola de los estúpidos. Y contempla en silencio la inmensidad de tu pensamiento. ¡Qué espectáculo tan agradable es este espectáculo de la mediocridad disfrazada de genio!²⁹⁰.

Sebastián Padrón Acosta

²⁸⁹ Es el nombre de *Molière*.

²⁹⁰ Por otro lado, el 16 de enero de 1923 escribía un texto ("Maese Zoilo habla, pero Aristarco calla...") en el que aparecían estas reiteradas referencias de Zoilo y Aristarco en un contexto crítico como este.

- 8 de noviembre, *Diario de Avisos*

*Aplastemos al infame*²⁹¹

En cuanto al insulto, pocas palabras quiero decir. Si yo intentara devolver el guijarro arrojado, sería esto en mí un descenso ignominioso. Amén de que me lo impide el pudor profesional. Tengo un elevado concepto del periodismo, y profeso un intenso respeto al público que me lee. Las ideas y las palabras merecen toda la consideración del hombre. Envolvamos al caído en la púrpura augusta del perdón. Y no descendamos.

Pensé contender con aquel, a quien supe que había interesado la frase escandalizadora, que ¡ojalá fuera mía! Pero ha esgrimido armas, que en la polémica sobran. La discusión debe ser un torneo caballeresco. Y para en ella intervenir, precisa tener categoría mental. La dialéctica está por cima de todas las pequeñeces humanas. En la polémica las personas contendientes no deben surgir sino en cuanto representan las ideas que se discuten. El hombre tiene el derecho de ser respetado y el deber de respetar.

No ha sucedido así. La pasión ha usurpado el sitio del razonamiento. Y la polémica así no puede interesar a nadie, ni debe existir. Todo esto quería y debía yo decirlo. Nada más²⁹².

Ahora habla quien puede hacerlo:

"Todo se personifica en este mundo. Cada pensamiento, cada época, cada forma tiene sus representantes.

El siglo XVIII debía tener el suyo. Aquella prolongada y terrible mueca debía legar su tipo a una mueca viviente, y nació Voltaire. Si ese hombre malvado hubiese tenido la suerte que merecía, no exhumara yo ese nombre innoble; Voltaire fuera lo que debe ser, un pilluelo olvidado. Pero no; aquel simio encontró admiradores, y, puesto que aún los tiene, puesto que me veo reducido a hablar de él cuando ya nadie debiera recordarle, ¡ah, no os admiréis si empieza a temblarme la mano! En alguna parte le definí de este modo: *un imbécil indecente*²⁹³".

Sostengo la definición, cuya exactitud, a carecer de pruebas, me hubiera probado los ataques de que ha sido objeto. Si hubiera sido falsa, prestara un servicio a Voltaire y satisficiera a los volterianos, pues toda mentira redundante en gloria de la verdad que él niega. Pero mi definición no ha satisfecho a los volterianos. A ver si les satisfará más la explicación de ella.

En cuanto a la indecencia creo que es evidente y de ella no hablo; y ni aún me atreviera a poner citas, por respeto a las ideas y a las palabras, a las cosas y a las personas, a ti y a mí.

²⁹¹ Son palabras de Voltaire.

²⁹² Todo esto que dice previamente, y el texto en sí, forma parte de la polémica abierta en el escrito del 2 de noviembre, contestado por José Miguel Pérez, como dijimos. La discusión seguirá en marcha tras este, también desde el periódico *El Tiempo*, pero ahora desde la pluma del seudónimo *Gavroche* ("Labor monstruosa", 12 de noviembre de 1930).

²⁹³ Fueron los términos utilizados por él para Voltaire en el texto del pasado 2 de noviembre de este mismo año.

Pasemos, pues, a la *imbecilidad*. Me comprometo a probarla. Tú no estás habituado a oír que digan de Voltaire que es un imbécil. Razón de más para decirlo, puesto que no te es familiar verdad tan semejante.

¿Qué se entiende en nuestro idioma por *imbécil*? El imbécil es el hombre que no comprende, que no es inteligente. Veamos, ¿qué es comprender? Comprender es abarcar, es tener el sentido de la unidad: *cumprehendere*.

¿Qué es ser inteligente? Es (*intus legere*) leer en la idea y en el hecho.

Ahora bien: esos dos dones, a saber, el sentido de la unidad y la facultad de leer en la idea, en el hecho, y de penetrar el sentido de las cosas, esos dos dones constituyen directamente todo lo contrario de Voltaire, no le faltaban en pequeña parte, carecía en absoluto de ellos.

Voltaire no creía que tuvieran nada de común entre sí el Arte y la Filosofía. Aun llegaba a creer que ambas ideas se excluían. Voltaire jamás vio en un hecho otra cosa que el hecho mismo, y ni aún el hecho vio, pues de él vio únicamente el lado pequeño, esto es, el lado aparente. Era el enemigo nato de la luz; empañar, empequeñecer, obscurecer, eso constituía su paraíso. Apartar la luz, apartar la grandeza, apartar la unidad, apartar la alegría y la admiración, tal fue la obra de su vida.

El orden natural le ofusca casi tanto como el orden sobrenatural: menosprecia todos los grandes anhelos, hace mofa de cuanto se cierne en las alturas, saluda a cuanto se arrastra. Si hubiera sido bueno, ocupara uno de los últimos sitios en el orden del bien, pues no conozco cabeza más baja que la suya: siendo malo debe inspirar horror aún a los malos que conservan el recuerdo de una verdad, de una belleza o de un bien cualquiera. Para soportar su vista es necesario haber roto con el pensamiento; es menester haber dicho al fango de los arroyos: "Tú serás mi patria".

Es Voltaire tan invenciblemente bajo, que jamás se eleva *ni aún con la imaginación*, ¡cosa rara en el hombre!

Es el último de los hombres, después de aquellos que le aman, ha dicho de Maistre.

Así, pues, todos cuantos no hemos abdicado de nuestra alma, volvamos contra él su grito célebre: *Amigos míos, aplastemos al infame*. Sin comentario.

Sebastián Padrón Acosta

1930

- 10 de marzo, *Diario de Avisos*

El poeta de la Eucaristía²⁹⁴

Santo Tomás de Aquino subyuga y avasalla por la profundidad y amplitud de sus grandes concepciones teológicas, que dejan al entendimiento sorprendido por la robustez incontrastable de su dialéctica poderosa. Cual águila caudal sube gloriosamente a las más encumbradas cimas del pensamiento, cerniéndose majestuoso en alturas inaccesibles, desde las cuales contemplado, semeja un sol radioso, que fulgura en los espacios infinitos como una hoguera inmensa. Pero si grande e inconmensurable es la figura de Santo Tomás, como teólogo, no menos grande es como altísimo poeta místico, que prende su alma exquisita entre la delicada urdimbre maravillosa del verso.

El verso es algo ultraterreno, algo sutil, algo divino, que no debe ser tocado por manos profanas. Es el lenguaje de los elegidos, la lengua de los ángeles. Es una blanda brisa que, descendiendo de las altísimas cumbres de lo sobrenatural, orea la frente de los santos. Es un aletazo divino, un florecer de piedades, un fulgurar de pensamientos eternos. Por eso cuando la llama divina de la inspiración ilumina el alma de un santo, su lenguaje se torna angélico, celestial.

Así sucede en Santo Tomás. Nunca se ha visto más profundidad teológica en el esplendor supremo del verso. Nunca se han unido el arte y la ciencia más íntimamente, descubriendo estas profundidades casi inescrutables, jamás sospechadas por la imaginación humana. A través de sus estrofas, a través de sus conceptos se adivina un cerebro y un corazón angélico. El lenguaje, a pesar de su sencillez, se trueca en miel y ambrosías, en delicadeza de madrigal, en ternura de epitalamio.

La poesía de Santo Tomás es un vuelo audaz del entendimiento, una blandura del corazón, un ascender del espíritu, un éxtasis divino, un arrobamiento seráfico. En la sencillez de una metáfora plasma un fulgor teológico, en la delicadeza de una estrofa un incendio de amor divino.

La musa del Angélico es la Eucaristía. Era demasiado grande su genio para cantar otra cosa, que no pueden los serafines dejar de contemplar a Dios en el infinito fulgurar de la visión beatífica. En los versos de Santo Tomás se ocultan tesoros de un valor artístico casi infinito. No son sus versos palabras vacías. La substancia está dentro de ellas, y por eso hay que buscarla y saborearla. El tema elegido por Santo Tomás en sus poesías es inagotable.

Examinemos una de ellas, *Adoro te devote*. El poeta contempla y adora con fervor seráfico el misterio eucarístico y canta:

"Adoro te devote, latens deitas,
quae sub his figuris vere latitas".

²⁹⁴ Es el primer texto que publica nuestro autor en *Gaceta de Tenerife* (lo hace el 27 de marzo de 1930) tras su llegada a Santa Cruz de La Palma, en 1929, para ejercer sus labores sacerdotales.

¡Adórote devotamente deidad oculta, que bajo estas figuras en realidad te escondes!

¿Puede acaso expresarse con más precisión, con más sencillez, con más profundidad la presencia real de Cristo bajo las especies sacramentales? La esencia divina, por el milagro de la transustanciación, palpita tras los blancos velos eucarísticos.

¡Latens deitas, quae sub his figuris vere latitas! Deidad oculta que bajo estas figuras en realidad te escondes. No se puede expresar más profundidad teológica en menos palabras. ¡Qué acto de fe más poderoso en la presencia real de Cristo! ¡Cómo la inteligencia, iluminada por la fe, siente allí el latido del corazón de Cristo, de aquel inmenso corazón deífico, que palpitó con palpitations redentoras en el patíbulo de la Cruz! *¡Latens deitas, quae sub his figuris vere latitas!* ¡Con qué energía se afirma aquí el milagro de la transustanciación y al mismo tiempo con qué delicada belleza rítmica!

Y más adelante, llegando al arrobamiento, exclama, extasiado:

"Tibi se cor meum totum subjicit
quia te contemplans totum deficit".

Todo mi corazón se entrega a ti, porque contemplándote todo desfallece.

¡Qué delicadeza! El poeta pone su alma en el tierno regazo del Amor, y al sentir el divino latido, al saborear en el ápice del alma aquella suavidad deleitosa el poeta se anonada, desfallece, se hace Cristo y todo lo creado es nada. *¡Totum deficit!*

El alma del amado siente el gozo inefable de lo divino, la embriaguez celestial, ante la cual todo lo que no es el amor desaparece ante los ojos del poeta y se encuentran solos, el Amor y el amado, confundidos, hechos uno.

Con cuánta exactitud usa aquí el poeta el *totum*, simbolizando, encarnando en él la entrega plena absoluta en brazos del amor, después del deliquio inefable del *te contemplans*.

Luego, ascendiendo el místico vate hacia las excelsitudes del dogma, prorrumpe:

"Visus, tactus, gustus in te fallitur,
sed auditu solo tuto creditur.
Credo quidquid dixit Dei Filius:
Nil hoc verbo veritatis verius".

La vista, el tacto y el gusto de resisten al milagro de la presencia real, pero no el oído, porque percibe de los labios de la sabiduría eterna la palabra de verdad, más verdad que la cual no hay nada, porque es la verdad increada la que habla, la verdad por esencia. El teólogo se adelanta y desvanece las densas nieblas de los sentidos, diciendo:

"Nil hoc verbo veritatis verius".

Nada más verdad que esta verdad. Con cuánta profundidad emplea aquí el mismo poeta esta aliteración y derivación: *verbo veritatis verius*. Diríase que el vate quiere grabar en la imaginación del lector la figura del Verbo, la primera procesión eterna de la Trinidad augusta, la sabiduría increada procediendo del Padre, la verdad misma, el verbo de la inteligencia infinita. *Nil hoc verbo veritatis verius*. El cantor, iluminado por el fulgor de la fe, dice: *Credo quidquid dixit Dei Filius*; creo cuanto dijo el hijo de Dios. Y después razona su fe de granito, cantando con energía insuperable el verso maravilloso y categórico: *Nil hoc verbo veritatis verius*. Nada más verdad que esta verdad.

Los sentidos se callan, la inteligencia, nimbada por la fe, escucha a la verdad por esencia que testifica el milagro. ¡Cuánta sencillez, cuánta exactitud y belleza en tan pocas palabras! Cómo resaltan estos dos versos:

"Visus, tactus, gustus in te fallitur,
Nil hoc verbo veritatis verius".

La vista, el gusto, el tacto en ti se engañan; nada más verdad que esta verdad.

Por una parte la sensibilidad engañándose, y por otra el Verbo, afirmando, ratificando el palpitar de Cristo tras aquellos accidentes.

Aquí la poesía no es un desgranamiento de sonidos, un gorjeo vacío. La Poesía sin ideas no es Poesía. La Poesía sin pensamiento, no es Poesía. Será, a lo sumo, una simetría de palabras huecas, y el Arte nunca ha sido, ni es, ni será jamás, hueco. El Arte es una afirmación, un vuelo del genio, un esplendor de la inteligencia, un ascender del espíritu. Arte, angélico Arte, divino Arte cómo te han profanado.

El místico trovador con profundidad teológica une los dos momentos supremos, el Cenáculo y el Calvario, y canta:

"In cruce latebat sola deitas,
At hic latet simul et humanitas".

En la Cruz se escondía la divinidad solamente. Aquí se ocultan la divinidad y la humanidad al mismo tiempo.

La Encarnación y la Eucaristía se expresan aquí en brevísimas, pero claras y sencillas y profundas palabras:

"In cruce latebat sola deitas,
At hic latet simul et humanitas".

En el Calvario la única persona del Verbo estaba unida a las dos naturalezas, divina y humana, supliendo aquel la subsistencia de esta. En el Gólgota el Verbo latía a través de la flor de la carne. En la Eucaristía el misterio es aún más profundo.

¡At hic latet simul et humanitas!

La divinidad y la humanidad de la segunda persona de la Trinidad augustísima se esconden en la Eucaristía tras los blancos velos de los accidentes. *¡At hic latet simul et humanitas!*

Cómo se adivina a través de estos bellísimos versos al más grande y sublime teólogo de la Encarnación y de la Eucaristía. El poeta, en un sublime vuelo místico, contempla extático la contrición de Dimas, en la hora suprema del Maestro:

"Ambo tamen credens atque confitens
Peto quod petivit latro paenitens".

¡Creyendo y confesando ambas cosas pido lo que pidió el ladrón contrito!

Después una escena bíblica florece en el alma enamorada del poeta, y queda palpitando en las gemas luminosas de la estrofa:

"Plagas, sicut Thomas non intueor,
Deum tamen meum te confiteor".

Como Tomás no veo las llagas, sin embargo, te confieso por mi Dios.

Y luego surge la humildad profunda del poeta, abarcando el abismo de la fragilidad humana, ratificada por el desfallecimiento del Apóstol, y en una mística ascensión lírica, canta:

"Fac me tibi semper magis credere,
in te spem habere, te diligere".

Haz que yo siempre crea más en ti, que en ti espere, que te ame.

Y la última estrofa es el broche de oro que cierra el himno, estrofa que queda como abierta flor de esperanza, perfumando los labios del poeta:

"Ut te revelata cernens facie
visu sim beatus tuae gloriae".

¡Para que, contemplando tu divina esencia, goce de la visión de tu gloria!

En la poesía *Adoro te devote* plasmó el altísimo poeta místico las egregias concepciones de su genio teológico, y todas las suaves ternuras de su gran alma de artista. En ella desde la ingente cumbre de su elevada ciencia contempla todos los abismos de amor, toda la inmensa, la infinita ternura de un Dios hecho carne, la unión

más delicada y más íntima que quiso tener Dios con el hombre después de la unión hipostática.

En esta poesía, cuya belleza es íntima belleza de ideas, belleza teológica, belleza escondida, todo es grande. Aquí un arrobamiento, más allá un suave vuelo de caridad infinita, un flechazo de amor divino, una ternura filial, un embeleso seráfico, todo un compendio teológico plasmado en el vigor de la dicción latina, en el troquel de la forma; todo un poema engarzado como una piedra preciosa entre los afiligranados hilos de oro del verso, delicadamente prendido entre la malla sutil de la estrofa.

Un gran poeta dijo: "Yo daría todos mis versos por una sola de sus estrofas".

Sebastián PADRÓN ACOSTA
Santa Cruz de La Palma, Marzo de 1930

Él²⁹⁵

Él es alto y delgado, como un místico de El Greco. Sus grandes ojos de águila penetran y agotan el fondo de las cosas. Con una sola mirada abarca el aspecto múltiple de las cuestiones. Como buen pensador ve en las cosas lo que hay, y no más de lo que hay.

Sus ojos viven perdurablemente posados sobre una cumbre ingente y lejana, Santo Tomás de Aquino, que a veces tiene miradas como las de San Pablo.

Es un hombre todo nervios, reciedumbre y energía. En él, como en todo hombre completo, la inteligencia domina a la sensibilidad. ¡Envidiable dominio, envidiable monarquía!

El Doctor Angélico es su teólogo predilecto. La fuerza dialéctica de este coloso le domina, subyuga y avasalla.

Piensa con la cabeza, no con el corazón, como algunos teólogos.

En las cosas no mira la forma, la superficie, va más allá, busca algo más hondo y consistente, la substancia íntima de las mismas.

La sensibilidad ha extraviado y extravía a muchos artistas, a muchos pensadores. La sensibilidad ha hecho de hombres grotescos muñecos. La sensibilidad es un tesoro, pero también un abismo peligroso. No le asusta a él el aparato, y se rebela ante el desfile ridículo del escenario social, escenario desacreditado y claudicante.

Es una naturaleza recia y viril, verdadera naturaleza, esto es, principio de acción. Es inteligencia viril y voluntad viril. ¡Un verdadero varón! Él es justicia a secas, y sinceridad a secas, aunque acaso se escandalicen de ellas la mojigatería y la ñoñería.

Su vida es una línea recta, y sus actos rectilíneos, como su carácter.

Donde está la justicia, allí está él. Acaso no piensen así los que para su desdicha han llegado a creerse que la justicia es una claudicación, una transigencia.

La vida es un gran deber, que hay que cumplir, no una comedia que debamos representar.

Sus órdenes son precisas y rotundas, acaso poco oratorias. Los códigos no suelen ser filigranas retóricas, sino afirmaciones secas y categóricas.

La justicia es poca amiga de la oratoria, de la escenografía. Así es, y así debe ser.

La retórica ampulosa suele ser retórica de comediantes. El estilo de la justicia es conciso, lapidario, cortante. La justicia es más amiga de Euclides y de Esquilo que de Sófocles y Aristófanes. Y para ella Molière está desacreditado. La justicia es rectilínea, no curvilínea como algunos han querido soñarla.

La autoridad es una afirmación rotunda no una figura decorativa. La autoridad envuelve su figura mayestática en una toga, imperial, no en una librea de lacayo. Él es una verdadera persona en el más riguroso sentido de la palabra.

²⁹⁵ No sabemos a quién se refiere. Pudiera ser, como suposición, Félix Hernández Rodríguez, don Félix *el Cura*, Arcipreste de la isla y párroco de El Salvador desde 1928, o sea, mientras Padrón Acosta está como coadjutor allí.

Vivimos en una sociedad de momias ambulantes, de hombres cadavéricos, por eso resalta poderosamente su carácter de acero. Él anhela en todas las cosas una precisión matemática. La exactitud es su sello inconfundible, su gran prerrogativa. Él es eso, una gran línea recta. Él es eso, un verdadero carácter, erecto y cortante, como una espada. Y este es él, aunque lo nieguen los gavilanes.

Es una cumbre donde ya sangra el sol de la tarde.

Está ya nevado como el Teide, agrietado como el Teide, pero también erguido, como el Teide.

En suma: él es un hombre. Pero un hombre de aquellos que Diógenes, decepcionado, nunca llegó a encontrar.

Sebastián Padrón Acosta

Los pinos de El Hierro

No todo es melancolía en esta roca solitaria, que se vela con el tupido cendal de sus neblinas, y que se recata con el niveo fleco de sus espumas. Tiene un rincón apacible y sonoro esta tierra hidalga y hospitalaria, que exhibe el gesto de su distinción, aristocrática, que viene a ser como la añoranza de su pretérito abolengo. Este plácido rincón es su luminoso pinar sonoro, que ofrece al caminante de estas tierras bañadas por la luz del mediodía, la sombra protectora de sus pinos altivos que se yerguen casi en las faldas de la cumbre quijotesca. El pinar es la diadema con que se corona esta pequeña roca, que exhibe su aridez y su verdura en medio del mar rumoroso, envuelto aún en la leyenda del Atlante, y que en sus tardes grises evoca la figura romántica y aventurera de don Juan de Bethencourt, que aquí vino en la inmortal carabela de la Cloria²⁹⁶. Allá, en la altura se destacan las siluetas gallardas y quijotescas de los pinos, que abren en el silencio de los campos sus brazos filiformes, y que cuando sus ramas se agitan, ellos lanzan sobre el lomo de los Vientos la sonoridad de su rústica sinfonía. Para las almas delicadas y artistas es un deleite sentarse a la sombra acariciadora de estos pinos esbeltos, y escuchar en la calma de la tarde dormida la suave música de estas harpas agrestes, que Dios pusiera en medio de nuestra peregrinación. El viento tañe esta inmensa orquesta de los pinos, que se pierde en el aire manso de la tarde como una marcha triunfal del crepúsculo. Son amorosas y delicadas sus notas, que se diluyen en el ópalo de la tarde, a la par que el sol, cuyos rayos se tamizan a través de las ramas filiformes, muere en la gloria purpúrea del Poniente en una luminosa orquesta de colores. ¡La música de los pinos y la música del sol que se unen en una sola y maravillosa sinfonía fantástica de la naturaleza!

Cuando el pinar vibra a impulsos de la brisa, diríase las cuerdas de un harpa gigantesca, tañida por las manos temblorosas y emotivas del viento, que en los espacios radiosos agita estos penachos de gloria. Aquí, bajo este sonoro pinar, en los diáfanos amaneceres del Estío, triunfan el verde y el azul, que son los colores de la vida y de la esperanza. ¡Sitio propicio para contemplar la salida del sol por Oriente en su fastuoso carro de fuego de regios corceles! Sitio propicio para sentir la belleza exquisita de las églogas de Garcilaso, de las Geórgicas de Virgilio y de la oda de Fray Luis. Le vienen deseos al alma de recitar estos sonoros versos bucólicos, para que se los lleve en sus alas sutiles la perfumada brisa de la tarde. ¡Sitio ideal para dirigir al Señor los salmos de nuestra oración juntos con el salterio de estos pinos evocadores, bañados en el romántico ensueño del atardecer! Desde aquí los ojos del alma se deleitan contemplando la gloria de Dios en la gloria silenciosa y lumínica del sol poniente. Lugar a propósito para olvidar el dolor de vivir y para embriagarse de perfumes y de luz en esta casta orgía de la naturaleza deslumbradora y musical.

²⁹⁶ No entendemos bien lo que dice.

Me siento fuerte, y libre de rancias etiquetas bajo la sombra bendita en estos pinares rumorosos. Y se me adentran en el alma pensativa aquellas luminosas estrofas bucólicas de la oda de Horacio, que comienza:

"Beatus ille, qui procul negotiis,
ut prisca gens mortalium,
paterna rura bolus excercet suis,
solutus omni foenore".

Si *solutus omni foenore*. En el silencio de la naturaleza el hombre siente vibrar su propia vida, ágil y libre. Allí, el alma desligada se posa sobre el alma del paisaje y sueña el sueño romántico de la vida. Y en el ambiente de las graves soledades, llenas de luz, se moldean el carácter, el alma y la vida. Allí nos sentimos más cerca de Dios, y más lejos de las fronteras del mal. Y penetra por nuestros ojos y por nuestros oídos la luminosa canción de las cosas, que responden a nuestra inquieta interrogación. La naturaleza abre sus secretos. Y ella nos limpia de los miasmas de la civilización. Nos subyuga el paisaje. Y llenos de amor franciscano, salimos en busca de los seres para bendecirlos y para cantarlos.

Nos embriaga la intensa poesía del Universo. Y hablamos con las florecillas del campo, "que se visten con una pompa que no tuvo en su corte el mismo Salomón". Y el poeta que todos llevamos dentro, sale fuera y canta versos a la naturaleza iluminada y fecundadora. Todo parece que nos escucha. Un inmenso auditorio sincero nos oye. Y nos aplauden los rumores de todas las cosas. Y entonces despreciamos con olímpico desdén el aplauso de los hombres. En la soledad buscamos únicamente el de Dios y el de todos los seres creados, si se exceptúa el del hombre. El viento entona su salterio en las copas de los pinos. Sube hacia el Hacedor el incienso ritual de los campos. Y embriagados con el perfume y con la luz, nos sentimos pastoriles, capaces de coger la manchera y roturar la tierra con la reja del arado. Y cantando bucólicos versos de Horacio y de Fray Luis, abrir la besana, con la esteva, bajo el impulso vigoroso de nuestra mano.

Y arrojar sobre los surcos abiertos la simiente donde mañana brotará la fecunda canción de la vida. Todo esto se siente bajo la sombra amiga de este sonoro pinar, cuyos pinos diríase una comunidad de ascetas contemplativos, que adoran la belleza de Dios en el silencio de la altura, en la inmensa cartuja de la cumbre soleada. Allí exhiben los pinos de El Hierro la elegancia escultural de sus figuras verticales, enhiestas como la rectitud y la justicia; allí ostentan el ensueño de sus colores, el penacho triunfal de sus copas, erguidas como altivas cabezas pensadoras, y desgranán también allí la sonoridad de sus músicas delicadas. No queremos allí otra música que esta música de los pinos, que cantan, como el sol y como los pájaros, la gloria del Señor. Semeja aquel pinar un templo gigantesco, en que el cielo es la cúpula inmensa, y en que los pinos lucen la elegancia austera de sus columnas esbeltas, que surgen en un glorioso vuelo arquitectónico.

Deleite para los ojos, deleite para los oídos, para la fantasía y para la inteligencia, que se saturan, que se embriagan de la belleza fecunda de los pinos.

Soñamos con la gloria bajo estos penachos de triunfo. Y pensamos aquí en todas las grandes cosas del arte y de la vida. Y nos embriagamos de silencio, de perfumes y de luz bajo la sombra de estos pinos, que diríanse una multitud de aventureros, que saborean en la cumbre la legítima orgía del triunfo, dejadas las espadas, al aire las conquistadoras cabezas altivas, después de la epopeya de una resonante victoria clamorosa. Y diríase también que beben el vino sutil de la gloria que el sol les brinda en las luminosas copas de oro de sus rayos encendidos.

Los pinos siempre tienen el espinazo erguido. Es que no quieren inclinarse, no quieren doblegarse. ¡Bien están con la cabeza en las alturas! Son ellos el desdén elegante; son la altanería caballeresca. Encarnan y simbolizan el desprecio de todas las miserias y a todas las pequeñeces. Tienen la actitud de D. Quijote, un ademán de rancia apostura. Exhiben con altanería el gesto aristocrático de un olímpico desprecio. Y miran siempre hacia arriba. No les preocupan las cosas de nuestro planeta.

El alma herreña es como los pinos de sus cumbres, noble, altiva y buena.

Sebastián Padrón Acosta

- 4 de abril, *Diario de Avisos*

Los dioses falsos²⁹⁷

Fabricados por una opinión ignara y callejera, incubados en el mentidero de agrupaciones nefastas y amamantados por el aya de una prensa vacía y venal, se yerguen los falsos valores. Hombres incultos, analfabetos casi, que, a fuerza de un influjo diabólico y nocivo, ascendieron a donde les ayudó a subir su propia osadía y su propia desfachatez.

Así surgen las falsas reputaciones, los valores negativos, las celebridades mediocres, tuberculosos de estulticia, aduladores consumados que viven exhibiendo el inacabable vaivén de su dócil espinazo. Es insoportable la actitud palaciega de estos palafreneros repulsivos, lacayos sin pudor, gentes graduadas en las universidades de Baco y Caco.

Y así se levantan los tipos huérfanos de toda sustancia intelectual y emotiva, bandoleros disfrazados.

Contra ellos arremetería don Quijote en un supremo esfuerzo de reivindicación. Sería la magna aventura del Caballero Andante.

Son los falsos dioses, adorados por la turba de los ineptos, que no sienten la rebeldía de sacudir esas coyundas denigrantes, de lanzar los yugos de la más dura de las esclavitudes.

¡La esclavitud de una opinión falsa y vergonzosa! Son los que ante el rebaño humano tienen categoría de divinidades.

Hay hombres que en una calabaza hueca ven la encarnación de la grandeza, el símbolo del genio.

Son valores de filiación espuria, bastarda. Son mercancía basta y averiada. Son siluetas tabernarias, que surgen entre el fango de los lodazales humanos.

Y abrumados por una ignorancia enciclopédica pasan por figuras de proporciones gigantescas.

Vinieron de Liliput. Y van hacia Charlotemburgo...

Precisa arrancar las caretas a estos falsos dioses, que por la vida pasan, recibiendo el homenaje de los que no los conocen. Y que se encierran en la mazmorra del misterio, sin que el oxígeno los acaricie, ni la luz los ilumine.

Esgrimen sus armas en la sombra. Y hieren por la espalda como los canallas y los cobardes.

Ante su propia impotencia gimen, gruñen y rebuznan. Y después, bajo la plenitud de la luz, cambian de actitud. Se yerguen. En la sombra curvos y cuadrúpedos. A la luz verticales casi, y bípedos aparentemente.

Seamos iconoclastas. Derrumbemos de sus altares a estos ídolos. Y sacudamos con un grito de protesta el aletargamiento de esta ridícula idolatría, en que viven los engañados. Pulvericemos los pedestales. Pongamos al digno la toga de la honorabilidad.

²⁹⁷ Aunque en otra época, puede formar parte de sus *Estulticias Sociales*.

Y colguemos del fetiche la túnica raída de su propia ignominia. Y que surja la justicia en actitud de Perseo.

Tomemos la balanza de la escultura simbólica. Y contrastemos. El manto imperial no es una librea irrisoria. ¡Cuántas veces pasa el lacayo envuelto en la púrpura real! Son más dignos de respeto los harapos de un mendigo honorable que la púrpura, envolviendo el cuerpo donde palpita el corazón de un bandolero.

En la farsa humana hay actores insuperables. Pero el honor los conoce, la dignidad los desenmascara.

Es divertida la contemplación del magno desfile, aunque a veces nos congestione la cólera. Reíd. Bostezad. Yo también río. Yo también bostezo.

Sebastián Padrón Acosta
Santa Cruz de La Palma

- 8 de abril

Poeta y teólogo²⁹⁸

En el *Adoro te devote*, Santo Tomás canta íntima y familiarmente, plática con llaneza, teniendo sus versos acentos de madrigal y tonos de epitalamio, fulgor perenne de los desposorios del poeta con su musa. En *Adoro te devote* el poeta está solo con su Amor; en *Lauda Sion*, su júbilo se exalta, se desborda; diríase que el poeta ansía tener auditorio, y busca más aunadores del Amor; en *Lauda Sion*, el vate quiere seguir una ruta distinta de la de *Adoro te devote*. Aquí la voz del poeta se alza rotunda y sonora, como un himno triunfal, que estremece todas las fibras del entusiasmo.

El altísimo trovador quiere preparar el ánimo del que le oye, antes de introducirle en el secreto de la cámara real. Y por eso la estrofa preliminar, que es como el pórtico triunfal del palacio suntuoso, se enciende en llamaradas de entusiasmo, y dijérase que los versos penetran en el ámbito de las estancias regias, como cantos de salutación. La alegría no puede contenerse en el alma jubilosa del cantor, que en un impulso comunicativo se desborda, sonora, por entre el encaje delicado de las estrofas, que suenan con solemnidad inusitada. Su musa de adereza con todas las galas del entusiasmo. La misma sonoridad de las estrofas manifiesta la alegría que exalta el alma del poeta, que hasta parece quejarse de la impotencia de la forma. Oigámosle.

"Lauda Sion Salvatorem
Lauda ducem et pastorem
in hymnis et cautibus.
Quantum potes, tantum valet
quia major omni laude
nec laudare suffices".

Alaba Sion al Salvador, al jefe y pastor con himnos y cánticos. Aláble cuanto puedas, porque él es mayor que toda alabanza, y no bastas tú para alabarle.

Y después de estos versos preparatorios el poeta llega al fondo del asunto, y dice, como explicando la causa de su júbilo:

Laudis thema specialis, panis vivus et vitalis hodie proponitur.

Un nuevo tema de alabanza intenta hoy el poeta, cantar el pan vivo y vital.

¡*Panis vivus et vitalis!* Pan vivo, porque es la vida por esencia, la misma vida convertida en pan. ¡*Panis vitalis!*!, porque da la vida, porque es la fuente eterna e inagotable de la gracia.

Observemos la marcada intención con que están unidas aquí las palabras *panis vivus*. No se podía afirmar más gallarda y categóricamente la transubstanciación. ¡*Panis vivus!*

²⁹⁸ Se expresa que el artículo es *Para GACETA DE TENERIFE*. Es como una continuación del publicado el 10 de marzo, días atrás (¿sería parte de una misma conferencia?). Sobre el *Lauda Sion* de Aquino volverá a decir algo en "Poesía eucarística" años después (*LT*, 29 de marzo de 1945).

Después, en tres versos narrativos, describe con precisión lapidaria la escena del cenáculo:

"Quem in sacra mensa cenoe
turboe patrum duodenoe
datum non ambigitur".

Pan que el Maestro, sin vacilar, da a sus discípulos. Vienen después unos versos que con su sonoridad, con su insistencia recuerdan la efusiva acción de gracias de aquella primera Comunión del cenáculo:

"Sit laus plena, sit sonora
sit jucunda, sit decora
mentis jubilatio".

"Sea el canto pleno, sea sonoro
sea hermoso el júbilo del alma".

Fijémonos en las palabras *plena* y *sonora*, en las que parece que el poeta intenta personificar la satisfacción inmensa, la gratitud infinita del alma embelesada con los deliquios y suavidades del divino pan. Esta estrofa es un tesoro. Yo dudo que haya en toda la poesía otra mejor. La idea y la forma se unen con lazo inefable. Aquí se siente el júbilo del vate con toda su plenitud, plenitud comunicativa, que estremece el alma. Es toda ella una caricia rítmica. A través de esta artística estrofa parece que percibimos la gratitud infinita de aquellos Apóstoles que recibieron la primera Comunión de las mismas manos sacrosantas del Divino Maestro, manos benditas que más tarde serían taladradas en un exceso de amor.

"Sit laus plena, sit sonora
sit jucunda, sit decora
mentis jubilatio".

Después aparece una alusión histórica sencilla, pero oportuna y bellísima:

"Dies enim solemnus agitur
In qua mensae prima
Recolitur huius institutio".

Es, pues, el día solemne en que se conmemora la primera institución de esta mesa.

El poeta continúa aquí explicando la causa de su júbilo. Veamos con qué oportunidad está puesta aquí la conjunción *unión*, que es el lazo de oro que une esta estrofa con la anterior. Y la metonimia del *mensae* por *cenae*.

El cantor, excelso, entre el esplendor de las figuras retóricas, canta la cesación de la ley antigua, y el comienzo de la Ley Nueva:

"In hac mensa novi Regis
Novum Pascha, novoe legis
Phase vetus terminat
vetustatem novitas
umbram fugat veritas
noctem lux eliminat".

En esta mesa del nuevo Rey se inicia la ley nueva, que ahoga la antigua. Aparece la Nueva Pascua. El fulgor del nuevo desvanece las sombras de la antigua noche. Y a las tinieblas sucede el amanecer del nuevo día.

El trovador no halla mejor modo de exaltar el instante memorable en que aparecen los esplendores de la Nueva Ley, que repitiendo varias veces el adjetivo *novum* (*novi regis*, *novum Pascha*, *novoe legis*), como si quisiera detener la atención del lector en el gran acontecimiento que canta, entusiasmado.

En las siete estrofas siguientes plasma en la concisión artística de la estrofa latina la teología sacramental de la Eucaristía, con más amplitud y más detalles que en *Adoro te devote*. Insiste nuevamente en el milagro de la transubstanciación, en torno de la cual diríase que revolotean las estrofas, cual mariposas de oro. Aquí el poeta llega a la exposición plena, completa, del misterio eucarístico. Las palabras acuden sumisas y presurosas al mágico conjuro de la inspiración del poeta, que llega a su plenitud.

De estas siete estrofas hay tres esculpidas con maestría insuperable. No se puede pedir más unidad entre el fondo y la forma, ni más detalles teológicos, adquiriendo el verso un rigor extraordinario. Escuchémoslas:

"Sub diversis speciebus,
signis tantum, et non rebus
latent res eximioe
Caro eibus, sanguis potus,
manet tamen Christus lotus
sub utraque specie.
A sumente non concisus
non confraetus, non divisus".

Estos magistrales versos, al ser traducidos pierden todo su vigor, toda su lozanía, todo su tecnicismo teológico. Para apreciarlos en toda su belleza hay que saborearlos en la lengua en que fueron plasmados. El poeta dice: "Bajo diversas especies, que son accidentes y no substancias, se esconden cosas grandes. La carne de Cristo es comida, su sangre bebida, permaneciendo, sin embargo, todo Cristo bajo las dos especies. El que lo come no lo recibe partido, ni dividido, sino íntegro".

Al llegar aquí, la voz del cantor desfallece; hasta diríase que la forma se revela, que las palabras quieren morir en los labios trémulos del poeta, que ve pasar por su alma virginal la sombra de una melancolía infinita que empaña sus ojos. A través de los siglos vislumbran sus ojos asombrados la tristeza desconsoladora que debió envolver la faz adorable del Maestro. Es que el presentimiento del sacrilegio hace temblar el alma del poeta, vibrando entonces débilmente las cuerdas de su lira, temblar que se va sintiendo a medida que se van sucediendo los versos, casi queriendo extinguirse la voz del cantor en el último verso de la estrofa, donde el espectro horrendo del sacrilegio aparece con toda su detestable fealdad. ¡Cuánto duele al poeta que haya almas que perpetúen el crimen nefando del discípulo sacrílego!

"Sumunt boni, sumunt mali
sorte tamen inequali
vitae vel interitu".

Comen este divino pan el bueno y el malo, pero con suerte desigual. El uno recibe la vida, el otro la muerte. *¡Vitae vel interitu!* ¡Cómo quiere apagarse aquí la voz del poeta! ¡Cómo lo manifiesta hasta la debilidad rítmica del último verso de esta estrofa!

"Sumunt boni, sumunt mali
sorte tamen inequali
vitae vel interitu".

Siguen luego, sencillas, bellísimas estrofas engalanadas con el primor de metáforas deslumbradoras; aparecen después las figuras que en la Antigua Ley anunciaban y encarnaban la Eucaristía, terminando el poeta su himno de júbilo con la esperanza de la visión beatífica.

Con significativa intención casi todas las canciones eucarísticas del Angélico finalizan con el ansia de la visión inmediata de Dios; y es porque la Eucaristía es el Sacramento de la unión; el Sacramento de la gracia, que es la unión con Dios, y la dulzura inefable de este divino pan es anticipo y presentimiento de la unión definitiva, absoluta, plena, unión que se adivina en la dulcedumbre infinita y blanda de la Eucaristía.

Lauda Sion es, pues, la poesía más artística y más eucarística de Santo Tomás. Nadie hubiera sido capaz de componerla, sino él, pues esto solo podía hacerlo quien tuviera el vuelo aquilino del genio que él tuvo, y un corazón angelical, que se encendiera en las infinitas llamaradas del amor eucarístico, como se encendió el suyo.

En esta poesía la forma es la gracia, que ataviada de sedas sutiles, cubre la robustez de las ideas, no la transparente gasa que envuelve la fealdad de los esqueletos. Su musa no es un cadáver reclinado en un tálamo de púrpura. *Lauda Sion* es el poema de la Eucaristía, plasmado en el tesoro infinito de versos insuperables. Es el himno del alma humana endiosada, transfigurada con la divina unión. Sus estrofas son los destellos del alma cautiva en la blandura del pan vivo y vital.

Lauda Sion es el amor hecho estrofa, es la idea viviendo en el arrullo musical de los versos. En ella se siente el poderío supremo de la palabra, la belleza soberana del verbo con todas sus magníficas, con todas sus infinitas plasticidades, la forma inmortalizando el pensamiento. En *Lauda Sion* la teología se hace estrofa, la teología viviendo en el pentagrama inmortal del verso.

Sebastián PADRÓN ACOSTA
Santa Cruz de La Palma. Abril de 1930

- 12 de abril, *Diario de Avisos*

Un rebelde

Un rebelde, lírico y turbulento, se destaca sobre las nieblas del recuerdo. El hombre que sintió el flagelo de todas las inquietudes. Y cuyo verbo tuvo la valentía de una sinceridad salvaje, que se plasmaba en el vigor hombruno de sus páginas agresivas. Su pluma era un puñal. Y su palabra cortante como el filo de una espada. Su péñola no se asemeja al pincel de Greuze, sino al bisturí implacable de un diestro galeno. Sus páginas producían el efecto de una dinamita. Fulgían en su pensamiento osadías turbulentas, brutales. Cada una de sus palabras tenía la consistencia de una amenaza. Y su mano es una garra. Odia la repostería literaria, la vacuidad orquestal de la frase, y la protesta honrada le seduce como un vino generoso.

La palabra, al brotar de su pluma, varía de sexo. Es agresivamente masculina.

Me seduce esta su rebeldía postrera, rebeldía aceptable como todo lo bueno, mordiente, desgarradora.

Su ironía es una conminación, pero engalanada con la aristocracia de una elegancia caballeresca. Elegancia a lo Rubén, el de los líricos rubíes, que diría un grande y cínico poeta contemporáneo. Le repugna el brillo del oro en las manos avaras de un rico. Y contra este restalla el látigo de su sátira, digna de Juvenal. Este revolucionario de las izquierdas se ha trocado en revolucionario de las derechas. Ha sentido el estremecimiento sobrenatural de Huysmans, de Francis Jammes, de Verlaine, de Rubén Darío, de Adolfo Retté, de Ana de Prusia... Y cae de su caballo, derrumbado por la gracia. Su cólera exalta, congestiona y contagia. Es un rebelde que llora a los pies de Cristo su primera rebeldía, y que ofrenda a Jesús la adelfa roja de su rebeldía postrera. La virtud no es una gazmoñería irrisoria. Es una fuerza, un poder, una soberanía envidiable. La virtud grita, protesta y chilla. No es una vejez decadente, sino una juvenil primavera. Todo esto enseña Giovanni Papini, *el hombre acabado*. Papini – uno de los más grandes valores literarios de la Italia contemporánea– antes blasfemaba sacrílegamente de Cristo. Hoy se arrodilla ante Él y reza. Todos los rebeldes deben leer su libro, *Storia di Christo*. Para algunos este libro es un excelente purgante espiritual. La *Historia de Cristo* de Papini es un grito revolucionario. No milita nuestro esbozado en las filas de los escritores estáticos. Su literatura es dinámica, agresiva, viril como un reto.

He ahí la causa porque tanto me embelesa este autor dinámico, demoledor. No es un literato, cuya soñolencia contagia. Papini comunica su nerviosismo dinámico. La pluma debe ser una garra. No un turíbulo.

Sin embargo Papini se ríe de Marinetti, de este inconmensurable Marinetti, que ha dicho profundidades tan desconocidas como: "Un automóvil de carrera es más hermoso que la *Victoria de Samotracia*..."

La conversión de Juan Papini al catolicismo ha sido un acontecimiento por sus radicalismos pasados. *El Mercure de France* decía: "La obra de Papini ha constituido el mayor éxito de librería del presente año". Papini ha conservado las estridencias de su

estilo colérico en esta su pública y solemne confesión. Y todas las vibraciones de su alma quedaron palpitando en el dinamismo de su libro maravilloso.

El pensamiento de este antiguo demoledor se ha iluminado y los fulgores en su libro perduran.

Las primeras páginas de la *Historia de Cristo* chorrean sangre. Son una picota, una guillotina. Son los gritos más resonantes de su destructora rebeldía. El toque de alarma. Ningún literato ha evocado con tanto vigor el Evangelio como el autor de las fecundas diatribas contra la riqueza. Su pluma es un látigo que fustiga, que hiere. Su palabra es el verbo de la cólera. Su libro es una turbulencia deslumbradora, un relámpago de justicia. Es el mar que salta deshecho en espumas nacaradas, luminosas, pero conminadoras.

El libro de Papini es una dinamita. Ha abierto los ojos.

Sebastián Padrón Acosta

- 12 de abril

Sobre el cráter del Teide²⁹⁹

Jamás he sentido emoción tan intensa como la de hallarme sobre el cráter del Teide. Espectáculos como los que desde allí se contemplan merecen el honor de ser admirados todos los días. El sol devuelve convertidas en milagro de luz, en dádivas de oro, en un glorioso derroche de colores, las fatigas que se padecen por ascender a verle morir. Las secas extensiones desoladas figúranse las ruinas de un inmenso pueblo, desgajado y petrificado al soplo trágico de una maldición. Un hálito extraño pasa por aquellos ríos de lava, detenidos allí como enormes serpientes, que murieran en sinuosidades aterradoras. Diríase aquel cúmulo de lava un país fabuloso de pétreos fantasmas, que exhiben actitudes y gestos demoniacos. Allí domina una geometría extraña.

A pesar de todo esto, siéntese allí una profunda emoción casi religiosa, que invita al hombre a hacerse místico, pintor o poeta. Desea el alma cantar estrofas para que las escuche aquella inmensa soledad, que nos subyuga con el poderío de lo grandioso. El corazón late con ansias infinitas de rezar, por parecerle que en aquella cumbre la plegaria es más poderosa, más amada de Dios, y que desde allí es más rápido el vuelo de la oración. Le nacen alas al espíritu, que se siente grande, pleno y libre, señor absoluto de aquel infinito espacio, que le circunda. Aquella inmensa soledad es inefable; tiene ternuras de éxtasis y dulzuras de deliquio. El silencio es el único monje que habita en aquella dilatada cartuja, abierta al infinito.

Ni el aletazo de una avecilla turba la calma de aquella vasta soledad callada. La brisa no canta en las cúpulas de los árboles, ni se escuchan las endechas de los ruiseñores. Ni una violeta aroma con la delicadeza de su perfume el ambiente aquel. Todo duerme en la paz augusta del silencio. Aquella es la región del silencio y de la luz. El poema de la magnificencia. Allí tiene su Observatorio el astrónomo, y su estudio el pintor y el geólogo y su celda el místico y su castillo el militar. La naturaleza no articula allí su voz; todo es íntima plegaria, sorda sinfonía. El salterio del silencio hizo allí su harpa muda.

Sin embargo, las cosas tienen en aquel paraje una elocuencia peregrina. La voz humana adquiere sobre aquella cumbre –gigantesco cisne calcinado, que exhibe la arrogancia adusta de su elegante cuello– todo su valor, toda su grandeza, toda su solemnidad. Nos sentimos más que nunca reyes de la creación ante el silencio augusta de todas las cosas. Nos envanece el orgullo de nuestra soberanía. Y nos envolvemos en el manto real de nuestra púrpura invisible. La quietud de las cosas nos habla de la vibración excelsa de nuestra vida. Somos la única vida que palpita sobre las espaldas del titán, cuya fatigosa respiración se escucha. Yo quise oír sus aterradoras pulsaciones y acerqué y uní mi oído a la piel del gigante. Y sentí todas las sensaciones del terror y del miedo. "Botaba en sus arterias la fiebre de sus pulsos"³⁰⁰. ¡Cómo se desdeñan en la cumbre las pequeñeces todas de la vida, todas las miserias del hombre! ¡Cómo siente el

²⁹⁹ Parece que este escrito fue leído en una velada en el Casino de Valverde durante su ministerio en la isla de El Hierro.

³⁰⁰ Tomás Morales: "Oda al Atlántico".

alma el anhelo de la ascensión! ¡Cómo vuela el espíritu en la diafanidad inefable de aquella atmósfera!

Cuando iba a ponerse el sol, un espectáculo sorprendente y nunca visto se ofreció a mis ojos bañados en la luz diáfana de aquel divino atardecer. Desde el cráter contemplé sobre aquel enorme universo volcánico un triángulo gigantesco, formado por la sombra del Pico, que se proyectaba sobre aquel cúmulo de lava, que semeja los petrificados espumarajos de rabia lanzados por la boca de un titán salido del Averno para tender sobre el iluminado panorama de luz de sus foscas pupilas. A medida que la tarde avanza, el Teide prolonga su forma triangular sobre los desolados parajes propicios a los versos del profeta. Allí deben leerse las Lamentaciones de Jeremías o el Infierno de Alighieri. El osado vértice de aquel triángulo sigue dilatándose triunfador sobre la superficie del Atlántico, y lleno de orgullo y ebrio de victoria pasa por la isla de Gran Canaria, y, por fin, se yergue hasta rasgar el azulado firmamento.

Espectáculo verdaderamente fantástico es aquel. La sombra del Teide, triángulo perfecto, se proyecta sobre las rocas; el cielo y el mar, queriendo abrazar el panorama entre sus brazos gigantesco. Sin pauta traza el gran geómetra aquel triángulo inmenso. Aquella prolongada sombra triangular es otro Teide, acaso más sorprendente que aquel, sobre cuyo cráter nos hallamos, mudos de admiración. ¡Enorme triángulo, cuya base es el mismo Pico, y cuyo vértice se pierde en el cielo azul!

Yo sentí florecer en el alma el lirio del amor a la Patria chica. Y me vinieron a los labios aquellos delicados versos del poeta:

"Desde la cumbre bravía
Hasta el mar que nos abraza:
Todo es luz y poesía.
¡No hay tierra como la mía,
Ni raza como mi raza!"³⁰¹.

Pero la verdadera maravilla de aquella tarde inefable fue la puesta de sol, cuya belleza ni siquiera pude sospechar.

Es preciso ir allí para presenciar el espectáculo más grandioso que nos ofrece nuestra naturaleza.

Lo que íbamos a contemplar exigía un escenario como el que tuvo. Abajo dormía el mar, sobre el que las invisibles manos de un genial artista habían desplegado los finos y purísimos manteles de un altar inmenso. Arrebujadas en ambas nubes caprichosas surgían la Palma, la Gomera y el Hierro, como un ensueño de la Geología. Las islas se asomaban curioseadoras por entre el roto tul de las nubes para contemplar también, como yo, la puesta del sol. A lo lejos se divisaba la isla de Fuerteventura, como una enorme raya de crespón, que se esfumaba en la azul lejanía. Y arriba, el cielo había desplegado la inmensa comba de su palio gigantesco.

³⁰¹ Es una copla del poeta Antonio Zerolo.

El sol sobre el horizonte era un disco incendiado, deslumbrador; al que una mano, que se adivinaba, imprimía movimientos de rotación de una inconcebible velocidad. Así estuvo unos momentos el sol en su gloriosa rotación lumínica. Después se unieron las frentes del sol y del mar. El disco pierde sus nimbos, sus halos, sus aureolas. Diríase ahora una enorme moneda de oro incandescente. Entonces contemplamos un fenómeno extraño. El sol pareció desdoblarse su personalidad en estelas. Y una cayó en el Atlántico, como un enorme rubí encendido; y otra quedó alumbrando por unos momentos el espacio.

Y entonces comenzó el milagro de la luz. El cielo y el mar se incendiaron fantásticamente. Con una celeridad incalculable el cuadro se teñía con todos los colores del iris. Jamás he contemplado gradación y delicadeza de colores más maravillosa que aquella. En el cielo había pinceladas de un azul irreproducible, pinceladas de un verde irreprochable, pinceladas de un carmín y de un violeta y anaranjado, tan ideales, tan delicados, que era un asombro para mis ojos, que se emborracharon de la policromía de la luz. En el mar había sangre, oro y plata pintados, glorificados. Estaban allí todos los colores del espectro, con todas sus gradaciones, con todos sus matices. El sol se glorificaba, se transfiguraba con su magia esplendorosa. Exhibía toda su joyería, toda su orfebrería. Estaban allí todas las piedras preciosas, todos los colores. El sol se fabricaba un palacio de gemas con columnas de luz y fustes de colores y pavimento de zafiros, amatistas y rubíes. Aquella era *la oración de la luz*, la orquesta de los colores, la fiesta única del sol.

Eran los colores de una pirotecnia desconocida, infinita. Los ángeles eran los operarios de aquel palacio y Dios el arquitecto. Había una limpidez tal en los matices de los colores de aquel cuadro, que ningún pincel humano hubiera sido capaz de reproducir. Era que el Artista infinito estaba allí glorificándose en su obra. Dios era el único pintor de aquel excelso cuadro.

La pluma y el pincel son incapaces de reproducir aquella maravilla de la luz, aquel triunfo de los colores, aquella victoria definitiva del sol. El silencio era la única forma capaz de expresar aquella hermosura. Verla, cerrar los ojos y callar para que la emoción y la imagen no se desvanezcan al entrar en los dominios del tiempo y del espacio, fronteras de la palabra y el color.

¡Señor, todo lo que sintió mi alma en aquella gloriosa puesta del sol única, tú solo lo sabes! Gloria a Ti, que creaste aquella maravilla lumínea para regalo de nuestros ojos y emoción de nuestro espíritu. Yo estaba mudo de admiración ante aquel espectáculo. Toda el alma temblorosa se me puso en los ojos asombrados. Sentí ansias de gritarle al sol que parase allí su triunfal carro de fuego, que se quedase perdurablemente detenido en aquel instante milagroso. Tuve deseo de arrodillarme para adorar en aquel inmenso templo de la naturaleza la belleza infinita de Dios, autor de aquella victoria de la luz.

Unos segundos después el sol hundiéndose en el seno de los mares su cabeza de artista y en el horizonte por unos minutos quedaron flotando los áureos rizos juguetones de su grácil cabellera.

Yo deseé en aquella hora de luz haber sido pintor por ver si hubiera podido conservar aunque fuera la sombra de aquel ocaso glorioso, que hirió mi retina, vibró en mi fantasía, y se me adentró en el alma.

Yo nunca había visto morir al sol con tanta gloria, con tanta belleza, con tanta soberanía. ¡Cuanto más agonizaba, más bello se ponía! ¡Oh gloriosa puesta de sol, contemplada desde el Pico, cómo cantabas en estrofas de luz la gloria infinita del Señor!

El sol era una majestad que moría envuelta en los arrebos de una púrpura incendiada, constelada de piedras preciosas.

La inmensidad contemplaba su prolongada agonía luminosa. Y el silencio era el único salterio de aquella última despedida.

Indudablemente, el Pico de Tenerife es el balcón gigantesco que la Omnipotencia divina colocara en medio del Atlántico para desde él contemplar la policromía del sol moribundo y el sorprendente espectáculo de las islas Canarias.

Yo subiría todas las tardes al cráter del volcán solo para ver cómo muere el sol.

Sebastián PADRÓN ACOSTA
Santa Cruz de La Palma. Abril de 1930

- 15 de abril, *Diario de Avisos*

La sombra de Judas

Después de tantos siglos caídos sobre la tumba de Judas, la lectura de la Pasión hace arrojar a la dignidad humana espumarajos de rabia, cuando el pensamiento se encuentra con la figura abominable del discípulo de Keriot.

El ultraje de Judas a su Maestro indigna a toda conciencia honrada. Judas es la encarnación, el símbolo maldito de la alevosía. El brillo de Judas es el brillo de las treinta monedas. ¡El dinero, siempre el dinero! La tentación máxima, que no precipitó en la sima del crimen a Mateo, recaudador. La sierpe de la avaricia, arrollada a su corazón, despertó en una hora siniestra.

Y Jesús tuvo para el traidor todas las suavidades del amor. Le llama amigo en el momento de la prisión, le da su Cuerpo y Sangre en la hora luminosa de la Cena, le lava los pies en los instantes inefables aromados con el sándalo de la humildad del Maestro. La caridad de Cristo para con Judas fulguró en todos los momentos de la Pasión. El discípulo de Keriot no murió de amor cuando vio arrodillado a sus pies al Maestro. Los dineros le atraían más que las perfumadas palabras del Ungido, que se diluían en el oro de las tardes de Galilea como una cascada de rosas. Para el traidor el negocio era más sugestivo que la belleza infinita de las parábolas cristianas. El beso nefando halagaba más su corazón que la palabra de Jesús, que volaba en el espacio azul con la mansedumbre pura de las palomas. Quiso más la bolsa del Colegio Apostólico que la vida de su Maestro. Jesús le maldijo ante aquella pertinacia satánica, que le llevó a cometer el más negro de los pecados.

Dolíase de que Magdalena ungiese con un gesto de ternura los pies sagrados de Jesús. Una economía absurda ataba las alas de su espíritu. La avaricia se disfrazaba. La traición tomaba las actitudes del amor.

¡Se atrevió a romper la rosa de un beso sobre el rostro, que los astros iluminaban con su luz, que el lago de Genezaret reflejaba en el azul de sus aguas, que la tarde acariciaba con sus brisas perfumadas!

Peor que la cobardía de Pilato, el juez modelo, es la traición de Judas, el discípulo ejemplar. Sobre la acción del apóstata, el espíritu lanza todos los vejámenes. Judas es la traición encarnada.

Y Judas fundó una escuela. La caterva de sus secuaces, espíritus de tinieblas que acechan al amigo en una encrucijada. El sacrilegio y el robo acompañaron el delito judaico. Judas era un mercader, mercader de su Maestro.

Y Judas vive, aunque haya muerto. Supo inmortalizarse y consagrarse. Posee la inmortalidad de que gozan todos los grandes pilluelos. Si quisiéramos poner a la avaricia un nombre propio, la llamaríamos *Judas Iscariote*.

La sombra de Judas se proyecta sobre la humanidad, como una maldición. Muchas veces he topado con Judas en esta miserable pantomima de la vida. Y lejos de sentir compasión, he sentido el impulso de lanzar sobre él lo más despreciable que puede lanzarse sobre el rostro de un hombre. Pero me he acordado de la fraternidad, que predicaba el Maestro. Y en vez de arrojarle el guijarro del desprecio, he deshojado una

rosa del Decálogo. La traición es el arma de los cobardes. Y Judas la esgrimió con pericia insuperable, con arte inmortal.

Sus treinta monedas brillan todavía. Su noble acción aún perdura. Lo más delicado del amor sirvió a Judas para consumir su delito. Besó a su Maestro. Era la señal convenida. La dureza de su corazón no se deshizo al contacto del rostro divino. Fue el sello de su alevosía. La consagración de su pecado. Al delito de la apostasía siguió el de la desesperación. Le ahogó el crimen. La tumba se lo tragó como a un animalejo humano. Los gusanos continuaron su banquete en el sepulcro. Los gusanos devoraron a otro gusano.

¡Delicioso convite! La amistad tiene muchas veces en sus ojos el brillo de los treinta dineros. Es que la venta se aproxima. ¡El negocio está cerca!

Sebastián Padrón Acosta

- 16 de abril

El Golfo³⁰²

Desde las alturas vertiginosas de Jinama se contempla toda la belleza del maravilloso paisaje. Cada vez que lo admiro descubro en él nuevas hermosuras y siento ante él emociones nuevas. No comprendo cómo ha podido permanecer muda la lira de los poetas ante la excelsitud de este panorama deslumbrador y sorprendente.

Apenas se asoma el viajero a las alturas de Jinama, sus ojos se adueñan del paisaje, su alma se extasía en aquella altura arrobadora de la isla del Hierro.

Fuera de la contemplación de las islas desde el cráter del Teide a 3700 metros de altura sobre el nivel del mar, y, sobre todo, fuera de la gloriosa puesta de sol, vista desde el mismo Pico, espectáculo en el que el hombre se convence de los milagros que es capaz de producir la luz³⁰³, el panorama del Golfo es único en las islas Canarias, después del panorama del Valle de la Orotava.

En un instante la visión se enseñorea del paisaje, de aquel Golfo maravillosamente producido por la Naturaleza, empujada por la mano de Dios, que es el único autor de aquella belleza deslumbradora.

Tienen allí mucho que admirar la Geografía y la Geología. Y mucho que sentir, pensar y cantar el artista, el filósofo y el poeta.

Es un inmenso Golfo abierto por el Gran Geómetra. Y aquella media luna, aquel maravilloso arco de piedra asciende desde la ribera del mar con las artísticas gradaciones de un inmenso anfiteatro, perdiéndose en las cresterías imponentes de Jinama, que es el mirador, el balcón del panorama sorprendente.

Indudablemente Jinama es el balcón para desde él otear aquella altura dantesca. Al acercarnos a aquel mirador sentimos la emoción de lo inesperado, de lo sorprendente. El panorama nos impone. Y pensamos en el vértigo.

Si tuviéramos alas desde allí nos lanzaríamos, para llegar en un raudo vuelo al fondo del Golfo. Esperaremos por el invento para ejecutar nuestro anhelo de volar. Y entretanto, conformémonos con las alas del espíritu, que son más poderosas que las alas futuras, y, sobre todo, menos peligrosas.

Al llegar a Jinama no nos desilusionamos, a pesar de las apologías que del panorama nos han hecho anteriormente. Merece todo los encomios, y todas las apologías. Y casi se quedan cortos en la loanza. Aquel es un espectáculo sublime, maravilloso. Solo le supera la ascensión al Pico de Tenerife, y la puesta de sol desde su cima contemplada. Este paisaje herreño merece un himno triunfal, un canto robusto. Tomás Morales lo hubiera cantado, si hubiese visto este soberano espectáculo, lo más grandioso que posee la isla de Armiche.

No me extraña que los turistas, que por esta altura han pasado, se hayan sorprendido. Este medio cráter, cubierto de verdura, convertido en Golfo, es una maravilla panorámica, digna de ser descrita por una pluma mejor cortada que la mía.

³⁰² Padrón Acosta tuvo su primer destino como sacerdote en la isla de El Hierro, concretamente en Frontera. Permaneció alrededor de un año, entre 1928 y 1929.

³⁰³ Ver texto del 12 de abril de 1930.

González Díaz³⁰⁴ lo hubiera hecho de una manera magistral, con su pericia topográfica. Antes de llegar a Jinama se contempla también el paisaje en el fondo de un ángulo agudo, formado por una cortadura cubierta de verdor, que semeja un arco de triunfo de revés. Si bello es el Golfo visto desde Jinama, no menos bello es contemplado a través de aquel ángulo.

Sobre el mar, lleno de luz, se abre la comba gentil del Golfo, que en la costa se baña con las espumas del mar canario, y que en Jinama se airea con la brisa refrigerante de las alturas. Este enorme anfiteatro roqueño, está revestido con la esmeralda de una exuberante vegetación, formada por árboles, arbustos y plantas, que viven y florecen en un milagro de Primavera. Entre ellos los mirlos se deshacen en el prodigio musical de su canto no aprendido, que diría Fray Luis, el poeta de la vida del campo y de la Ascensión. Abajo, en el fondo del Golfo, exhiben sus artísticas siluetas las casitas diseminadas, los blancos caseríos dispersos, que yo diría que son un manojo de blancas rosas lumínicas, arrojadas como una mimosa galantería, por las manos de la gentil Primavera.

Diríase el Golfo un jardín encantado, un palacio azul de leyenda. Desde Jinama, en medio de un inmenso silencio de monasterio, se domina el paisaje, que deslumbra y pasma al viajero, que lo contempla por vez primera, y que siente el impulso mismo que sintió Humboldt ante la emoción que le produjera la vista del Valle de la Orotava. Aquí también se hubiera arrodillado él, prisionero en la urdimbre del deslumbramiento, y absorto en los delirios, que ponen en el alma estos soberanos espectáculos de la Naturaleza canaria. La Geometría de este Golfo es la Geometría de una trágica conmoción. Aquí quedó, como mudo testigo de ella, el mismo Golfo, que es un medio cráter gigantesco, que con el paso acelerado de los siglos se transformó y cubrió de vegetación.

En este panorama hay más grandiosidad deslumbradora, más trágica contextura, que en el del Valle de la Orotava. Este paisaje es más serio, más imponente que el de nuestra isla. Pero nuestro Valle tinerfeño es más risueño, más asequible, más humano, si cabe. El de aquí es la naturaleza dominando al hombre; el de allá es el hombre dominando a la naturaleza. Este impone, aquel nos hace sonreír. Ambos son dos soberanos espectáculos de nuestra fértil naturaleza canaria.

El Golfo tiene dos perpetuos espectadores mudos. Son los dos roques, que cerca de la costa surgen del fondo del Atlántico para gozar de la belleza de este paisaje. Bañan sus pies en las aguas azules, y levantan el orgullo de sus cabezas por cima de las aguas inquietas. El mar no ha podido vencer la resistencia titánica de estos espectadores. Yo en mis líricos devaneos de artista he llegado a pensar, en horas azules, que estos dos roques son dos supervivientes de la catástrofe atlántica, que ya la ciencia geológica se niega a admitir. Y a veces, en mis aficiones de botánico, me parecen dos inmensas flores de piedra, flores acuáticas, que perpetuamente exhiben sus corolas en medio del

³⁰⁴ Las referencias a Morales y a González Díaz, en relación con la literatura de Canarias, vemos que siguen siendo de igual importancia que a comienzos de la década de 1920.

mar canario. Las espumas que circulan estos dos roques son los blancos pétalos de estas fantásticas flores acuáticas. Los roques no se hastían del panorama. Lo saborean a todas horas, como se saborea un exquisito vino generoso. Por la noche, envueltos en el capuz de las sombras, semejan dos silenciosos fantasmas enlutados, los genios de la noche que vigilan en la penumbra. A veces la luna pone sobre los hombros de estos vigías una refulgente capa plateada. Y ellos se arrebuja en esta fantástica capa con que les cubre la luna llena. Y hasta parece que en un impulso de vanidad quieren mirarse en el espejo de las aguas, como el Narciso de la Mitología. Diríase que entonces se enamoran de sí mismos y de su capa plateada. Y se olvidan del paisaje.

El Golfo tiene un espectáculo verdaderamente fantástico.

Cuando las nubes cubren el Golfo, dejando únicamente al descubierto la crestería de las montañas, el Golfo, cansado de ser golfo, se convierte entonces en mar, mar estático, sin oleajes, sin flujos, sin reflujos, sin movimientos. Diríase que el mar, hastiado de moverse, se entrega por unos momentos al reposo absoluto...

Las aguas estáticas, quietas, las forman las nubes, que se posan sobre el Golfo y lo cubren, convirtiéndolo en Océano. Dijérase que el mar quiere conquistar la cumbre.

Los picachos al descubierto, las cimas sin nubes, son las rocas de aquel litoral fantástico, de aquel mar sugestivo, al que no falta, como el Moisés de Miguel Ángel³⁰⁵, sino moverse. Aquel mar original es un mar en calma, mar sin tormentas, mar disecado, si se me permite la frase un tanto unamunesca. Para contemplar la ilusión hasta parece que algunos vellones de nubes, que acarician los más elevados picos, son olas detenidas en su conquistador arribo a la playa de las cimas. Y aquel mar estático permanece así por algunas horas. Es un mar blanco, sin fiebre de movimientos, sin estrofas, sin rumores. Un mar mudo, un mar silencioso. Y en aquel blando lecho de holandas sí que parece que el sol realmente se acuesta.

En los atardeceres diáfanos el Golfo ofrece también un espectáculo arrobador. La curva sinuosa de las montañas se recorta en el límpido azul del firmamento. La crestería de la cordillera se pone una sutil clámide, de color violeta oscuro, como un manto señorial de artísticos pliegues. Allá, en el mar, el sol enciende la áurea hoguera de su ocaso. Y el horizonte se envuelve en un diluvio de oro viejo. El mar se viste de azul, de un azul tan puro como el que soñara Murillo para el prodigio de sus *Concepciones*. Yo diría que la Santísima Virgen ha tendido sobre el mar su delicado manto azul, para dormir al Niño Jesús al arrullo de las olas rumorosas. Y que los ángeles sostienen por las puntas aquel manto donde reposa el divino tesoro de la Virgen Madre. En esos momentos de atardecer el silencio es absoluto. La Naturaleza medita, se entrega a la oración.

³⁰⁵ Dice solo *Miguel*.

Descansa, prendida en el encanto de aquella hora silenciosa. Los pajarillos suspenden su orquesta.

La paz de la Naturaleza se adentra en el alma, que calla también como la Naturaleza, y medita como ella. Aquel himno es el himno del silencio, desgranado en mudas estrofas. Todo diríase que reza. Se siente la mansa serenidad de la hora y del paisaje. El Golfo se ha convertido en una inmensa plegaria de silencios. Los roques semejan dos marinos arrodillados, dos místicos en oración. Los dos riscos laterales del Golfo que, en un impulso de osadía, se adelantan hacia el mar, son el pórtico de esta inmensa Catedral, de coro silencioso. La luz se diluye en la atmósfera. Los colores grises, azules, violeta oscuro comienzan a desleírse en el paisaje. Avanza la tarde. Se desdibujan las siluetas de las cosas. Y el Golfo se duerme en los brazos del crepúsculo.

Sebastián PADRÓN ACOSTA
Santa Cruz de La Palma. Abril de 1930

- 22 de abril, *Diario de Avisos*

Los comensales del festín³⁰⁶

Ya se agitan con una devoradora hambre canina los comensales del futuro banquete. La abstinencia de unos años ha secado las fauces, ahora abiertas con una mueca de inanición perruna. Los salvadores de España se impacientan por la lentitud con que las horas caen. Las ideas germinan en las inteligencias de los comensales con un significativo brillo de oro. Áureos destellos nimban las frentes pensadoras, donde se delinea el perfil de la España futura.

Entre las sombras irradia sus fulgores el espadín de la justicia. La reconstrucción será magna, pues los cerebros están preñados de pensamientos redentores. Se aproxima la regeneración; la liberación está cerca.

Los dioses del Olimpo se agitan. El pensamiento batirá sus alas. La procesión de los redentores desfilará, ostentando cada uno la novedad de su actitud, que será la de ayer.

Europa presenciara la fastuosa procesión de la Patria, sentada en el carro resonante y triunfal del progreso. Cada cofrade portará encendido el cirio de su pensamiento. Ya los heraldos anuncian el regio desfile. Relampagueará en el Sinaí. Y el incendio de las ideas apagará las llamaradas del ocaso. Ya los comensales preparan su casaca multicolor. Y no cabe duda que la Patria será sana y salva. Se limpia el bisturí. La moralización será definitiva, porque el honor alumbra las conciencias de los libertadores. Y el sacrificio aletea hasta en los estómagos vacíos de los comensales.

Surgirá un nuevo Moisés con un nuevo Decálogo. Penélope prosigue su labor incansable.

El hastío no aparecerá en el gesto de los elegidos. Sobre los funerales del caído los espíritus fuertes creyeron ver la figura del fracaso. Y sonríen con sonrisa de próximos comensales. Aquellos funerales eran la fiesta inicial del banquete.

El *menú* ya está trazado. Solo resta señalar la hora en que se saciarán todos los apetitos. Cada cual aporta su ayuda salvadora. Todos se disputan la carga fúnebre. Las mesnadas seguirán las huellas de los últimos redentores, que quieren ofrendar sus vidas en el ara santa.

El Derecho triunfará; triunfará la Justicia. Como siempre. Las arcas de los cofrades se vaciarán en holocausto definitivo. Se ha abierto el sepulcro del Cid. Y Rodrigo resucitará, y cabalgará sobre Babieca por tierras de Castilla.

³⁰⁶ En este texto se puede palpar el espíritu ideológico del autor vinculado con la derecha españolista, católica y mesiánica, que vislumbra un futuro deseado para muchos, a partir de la fuerza antidemocrática, en 1936. A pesar de ser del estamento religioso, no oculta su forma de ver la política, lo que en breve le llevará a tener algunos problemas en la capital palmera, en las puertas del comienzo de la Segunda República. Fue publicado igualmente el 26 de abril de 1930 en *Gaceta de Tenerife*.

Don Quijote se apresta a la gloriosa aventura. Las figuras marciales se escapan de las estrofas del Romancero. Vibrarán las espadas como relámpagos de justicia.

Nueva savia vivifica el árbol del patriotismo. Y habrá brotes nuevos. Una grandiosa floración se aproxima. Los titanes lanzarán el verbo de sus cóleras sobre los malvados, como un latigazo formidable. No vendrá la expoliación de la Patria. Caerán los que merezcan caer. El arribo tendrá resonancias triunfales. Europa se asombrará de la gigante aventura.

Han terminado los funerales. Se inicia la colosal reconquista.

Será una epopeya, como la de ayer. Los comensales se disponen al banquete. Los estómagos se preparan. La gloria nacional se acerca.

¡Silencio...! Ya llega don Quijote.

Sebastián Padrón Acosta

- 25 de abril, *Diario de Avisos*

Don José Salazar Hernández³⁰⁷

Víctima de prolongados padecimientos, ocasionados por la enfermedad que le hirió de muerte, ha fallecido en esta ciudad el virtuoso sacerdote don José Salazar Hernández, espejo de caballeros, modelo de amigos, y con cuya muerte su familia ha perdido el más alto pregón de su hidalguía. La muerte tronchó la vida del ejemplar sacerdote, cuando acaso todavía en el alma de este aleteaba la mariposa azul de la esperanza. La muerte lo sorprendió en una encrucijada de la vida.

Todo su vivir fue un perenne fulgor de nobleza, una oleada de sacerdotales virtudes. Resignado en medio de sus dolores físicos supo mirar hacia Dios con la tranquila serenidad del justo, con la infinita mansedumbre del sacerdote católico que piensa en su inmortal destino.

La humildad había hecho su nido en el secreto remanso de su corazón, abierto a todas las floraciones de la gracia. Nunca tuvo un gesto de rebeldía para los que trataron de manchar la limpidez de sus ideas.

Sintió desde niño el llamamiento de Dios hacia la vida sacerdotal, en la que dio el ejemplo de las más firmes virtudes, con las que supo remontarse hacia lo alto, desdeñando todas las miserias de la tierra. La aristocracia de su alma se plasmaba en la sencilla afabilidad de su trato, que era el encanto de los que tuvimos el honor de ser sus amigos y compañeros.

Tuvo razón Santa Cruz de La Palma para estremecerse, al ser herida con la infausta nueva de su fallecimiento, porque perdía en él al más bueno de sus hombres. Presenció, dolorido pero resignado, la marcha definitiva de los familiares que con él convivían.

Y sereno siempre, conformándose en todo con la voluntad de Dios, que rige las cosas, en los cielos se perdió el aroma intenso de su plegaria.

Ninguno de los pueblos, a donde el cumplimiento de sus deberes sacerdotales le llevó, tuvo una queja de este sacerdote limpio y bueno, que supo poner como blasón de su escudo la más preclara de las amabilidades, que le hacía sonreír con la sonrisa del justo, sin amarguras significativas, sin dejos de ironía.

Fiel a su Prelado, para quien no tuvo sino afectuosas frases laudatorias por el paternal cariño con que le recibió durante su vida, don José Salazar supo siempre mostrar la más incondicional obediencia, aprendida a los pies de su Maestro. Y jamás aceptó las estúpidas algaradas de los que quisieron manchar honorabilidades intachables, algaradas de las que todas las almas nobles protestan con un gesto quijotesco de justa rebeldía.

La generosidad brotaba de su corazón como un raudal de agua clara. Y nunca le contaminó el contacto de la moneda, que desdeñó con desprendimiento cristiano. El celo apostólico ardía en su alma de sacerdote. Y se expandía en oleadas hacia las almas de sus fieles. Hubo en su espíritu la mansedumbre del Buen Pastor, simbolizada en el

³⁰⁷ Nuevamente publicado en *Gaceta de Tenerife* el 2 de mayo de 1930.

áureo ensueño de la parábola cristiana. El amor a su tierra jamás se borró de su corazón, que la añoraba en sus horas de soledad y alejamiento de la roca de sus mayores.

Sacerdote modelo, espejo de caballeridad, alto pregón de la hidalguía de sus familiares: todo eso fue don José Salazar Hernández. La corona del justo es el premio que Dios reserva para las almas blancas, como la suya.

Elevemos el aroma de nuestras oraciones por el eterno descanso del sacerdote que supo subyugarnos con la serena alegría de su mansedumbre sonreidora.

Sebastián Padrón Acosta

El loco de la chistera

Únicamente los alfabetistas pueden ejercer la justicia de la crítica. Los analfabetos ilustrados carecen de capacidad para ello. Cuando la crítica es quirúrgica, los fariseos se escandalizan. No tienen el hábito de oír la verdad desnuda, esquelética. El esqueleto de la verdad asusta a la caterva de orates. Si quieres conquistarte una patrulla de enemigos, di siempre la verdad descarnada. Si no te disfrazas, estás perdido. Calla, si quieres poseer una felicidad relativa. Y desoye la gran frase de Pascal: "El silencio es la vejación más grande". Si dices una verdad excesivamente clara, la chistera de los críticos se bamboleará como una amenaza y como un símbolo. Sin embargo, urge decir la verdad, cuando decirla es un grave deber. El objeto adecuado del entendimiento es todo lo que tiene razón de ente. Así lo afirma indestructiblemente la Psicología. Pero la chistera de los críticos no está de acuerdo con este principio psicológico. ¿Callar? Antes morir, cuando urge un deber grave de decir la verdad. La Moral preceptúa la manifestación de la verdad, aunque a veces esta exija el precio de la vida. El Martirologio del Catolicismo tiene la palabra. Si metes la espada de la verdad en la vaina de tu cerebro y callas, cuando debes hablar, has perdido la masculinidad del pensamiento. Es una degeneración del sexo mental. Cuando en Europa la vaciedad de la palabra usurpó el lugar a la masculinidad de la idea, un nuevo elemento de descomposición, de crisis se introdujo. Agravose la enfermedad, que ha de llevar al sepulcro muchas cosas grandes. Acaso los hombres del siglo XX seamos testigos de este malaventurado funeral, de este infausto sepelio. Percibimos la forma, mas el fondo ¿dónde está? Si no quieres tropezar, calla. He ahí el secreto de la Esfinge. Y lo descifra una Sibila: la experiencia. La paradoja está cerca. Y la camisa de fuerza también. ¿Qué dirías si un loco diese en la manía de ponerse la chistera en donde debiera colocarse los zapatos? ¡Ironías del alienado! ¿Y si dijese después: "Yo soy la crítica con chistera. El pensamiento se ha localizado en mis extremidades inferiores"? ¡Ironías del demente!

¿No dices nada más, aventurero pensamiento? Nada más. Cuando los analfabetos se cubren con la chistera de la crítica, es la leyenda del loco singular que se repite. El silencio tiene una fuerza desconocida. Cuando el loco de mi leyenda dijo: "A ratos el pensamiento tiene la propiedad del sublimado corrosivo", brilló de nuevo la luz de la razón en el cerebro de mi demente. Y de un puntapié lanzó lejos de sí la histórica chistera, testigo de su simbólica locura.

Sebastián Padrón Acosta

- 28 de mayo

Una salvajada³⁰⁸

Así. Con toda crudeza precisa calificar el hecho. La aventura, digna de los libertadores de nuevo cuño, es fruto podrido de una ideología fósil. A veces he llegado a pensar si tendría razón el fundador del positivismo, al no establecer diferencia esencial entre el hombre y el bruto. Y allá va el suceso, como una rotunda lección de transigencia, como un ejemplo de libre pensamiento.

Tres personas decentes, y filósofos y teólogos y sociólogos y juristas por añadidura, fueron los autores del hecho nefando. Hecho del que no se percataron los que debieran percatarse. Y tomen nota los de la recua.

Sucedió el acto de transigencia meridiana el día 10 del corriente, en Santa Cruz de La Palma. Y de estas heroicidades de hogaño no hablan los que debieran *hablar*.

Han procurado ocultar el magno acontecimiento. De este suceso no se han puesto pasquines. Doy fe...

Tres individuos, encarnaciones gloriosas de la libertad, de la igualdad, de la fraternidad y de la civilización, obligaron con el derecho de la fuerza a blasfemar a un niño, que no ha cometido otro crimen que el de profesar la fe de Cristo.

Y el hecho lo ejecutaron con tanta blandura que hicieron llorar al pequeño, a fuerza del derecho de la fuerza, que hace de un hombre un macho a secas. El hecho, como nuestros lectores pueden considerar, es un modelo de la transigencia predicada. Uno de los tres sujetos –cuyos nombres yo diré en el momento oportuno, pues la misma víctima de este inicuo atropello me los ha revelado– arrojó al suelo el distintivo, que, con el derecho que tiene todo civilizado, ostentaba el pequeño, obligando a este a escupirlo. ¡Otro modelo de transigencia, que brindo a los nuevos libertadores!

Este suceso cultural, civilizador, que pone de relieve la altura mental de sus autores, reclama la atención de los padres de familia. El hecho pide justicia.

Este acto civilizador en un síntoma y una lección. Un síntoma de lo que pasará el día en que unas cuantas personas de idéntico bagaje espiritual ocupen lo que desean ocupar. Y una lección a todos los pregoneros de ideologías absurdas.

Si no tuvieran falsos conceptos de la libertad, y si tuvieran una idea exacta del decoro humano, esto no sucedería. Pero así anda ello.

Yo, en la concisión de estas líneas, denuncio el hecho ante la opinión pública para que esta se sature de libertad de pensamiento, de transigencia, de caridad, de cultura, de ciudadanía... Que todo esto pregona el hecho. La opinión pública sabe cómo se califica este acto, qué palabra tiene para él la lengua española... Y creo que basta por ahora, pues estas líneas son el prólogo de lo que en el momento y lugar oportuno se manifestará...

Sebastián PADRÓN ACOSTA
Santa Cruz de La Palma, 24 Mayo 1930

³⁰⁸ Este artículo va a ser contestado por el socialista Pedro Mendoza Santos en el periódico *El Progreso* (6 de junio de 1930), miembro de una significativa familia palmera de izquierda y presidente del Cabildo de la *Isla Bonita* en los meses previos al golpe de estado del 18 de julio de 1936.

- 4 de junio, *Diario de Avisos*

Las armas del combate

Limpias deben ser como las ideas que se defienden. Por las armas se conoce el honor de los gladiadores. El debate es necesario, donde quiera que el sexo es una afirmación. Y es una necesidad la lucha honrada, porque la vida tiene también categoría de milicia. La contienda perfecciona el vigor de los combatientes, y pone muy alto el honor y la pericia de los luchadores, cuando son hombres los que salen a la palestra. Y salen con la cara descubierta. La victoria es de los que militan. Y hay derrotas que tienen todos los esplendores del triunfo. La luz de las ideas exige los proyectiles de la razón. Cuanta más alteza orla la frente de un gladiador, más caballeresco es el debate. La única zarpa admisible del hombre que contiene es la verdad. Nada importa morir ensangrentado, cuando esa sangre ha sido caldeada en el fuego de una milicia honorable. El que muere ensangrentado por decir una verdad, que debe decirse, muere como mueren los caballeros. No es muerte de reptil. Poco importa que las alas se rompan, si se rompen con honor.

El Catolicismo está orlado de rosas sangrientas.

La enorme Guerra Europea fue la derrota total de las balas y de los cañones. La lucha de las ideas con los proyectiles de la razón es la lucha de hombres. La lucha de las ideas con las armas de 1914, es lucha de fieras. Y las fieras deben ser colocadas en los parques zoológicos. Los primeros gladiadores tienen gesto humano. Los segundos tienen el otro gesto. No os preocupe la muerte; lo que debe preocuparos es la alteza de las ideas y el brillo de las armas. El hombre piensa. La fiera siente.

Sebastián Padrón Acosta

Tránsito

Federico Mistral, el poeta fresco de *Mireya*, murió confesando y recibiendo a Cristo Sacramentado. No empañó ni disminuyó su gloria por ser profundamente católico, este insigne hijo de labradores, que cinceló *Calendau*.

Así ha muerto, también, en estos días, el exquisito prosador Gabriel Miró y Ferrer.

España ha perdido uno de sus artistas, con el tránsito de este glorioso escritor alicantino, que supo dejar palpitante en sus páginas la emoción de su espíritu delicado.

Gabriel Miró era un cincelador castizo. Labraba la prosa con cariño inefable; la pulimentaba sin rebuscamientos pedantescos.

Acaso sea la cualidad primordial de Miró una plasticidad inefable que volcaba un torrente de luz en la exquisitez de su obra.

No vestía traje del siglo XVI, a lo Ricardo León. Su indumentaria es de siglo XX, pero genuinamente española. Miró cubrió su pensamiento con el traje de su siglo.

Gabriel Miró no es futurista, ni vanguardista. Es un escritor castellano, mejor aún, un escritor español, de los que perduran.

Su prosa es una cegante pedrería, la serenidad viviendo ergarzada entre el primor de las gemas literarias.

Don Miguel de Unamuno juega con el pensamiento. Gabriel Miró juega con la palabra. ¡Mágico juego de estos insignes artistas! La sombra del hogar se proyecta en las páginas serenas, plásticas del que cinceló las *Figuras de la Pasión*, la obra famosa.

Cuando Gabriel Miró contempla el paisaje, a él se entrega tal vez con exceso. La Naturaleza le sugestionaba, lo envolvía inexorablemente. No se pudo despojar de esta carga, como no se pueden despojar el ruiseñor de su canto, ni el águila de su vuelo, ni el sol de su luz. Gabriel Miró cantaba e iluminaba. Había nacido para el Arte, y con serenidad caballeresca hizo sus andanzas. Y dejó la luz de su pensamiento en el oro de su prosa delicada, plástica, exquisita.

No tiene el preciosismo de Fernán Caballero, quizá con exceso admirada por algunos; Gabriel Miró no convirtió su arte en mercancía, como algún literato español³¹⁰. Porque existen hombres que se venden como se vende una mercancía. Tan elevado concepto tienen de sí mismos. Gabriel Miró no fue banal.

Pensaba exactamente acerca del honor del literato. Y comprendía la responsabilidad de todo artista. Su pluma era un buril, lo que no impedía que a veces fuese garra. Me entusiasman los escritores de garra. Por eso me exaltan las páginas de Papini; pero no del Papini viejo, sino del nuevo³¹¹. Y ya sabemos que hay que matar al hombre viejo. Pero que no se repita el paso cómico de marras.

Gabriel Miró es una estrella, a pesar de la opacidad de su melancolía. Y su último fulgor lo despidió al llamar al sacerdote para confesarse y comulgar antes de

³⁰⁹ Publicado posteriormente en *Gaceta de Tenerife* el 2 de julio de 1930.

³¹⁰ Puede que se refiera, como en otro momento anterior, a Blasco Ibáñez (27 de julio de 1923).

³¹¹ Ver "Un rebelde" (12 de abril de 1930).

morir. Casi siempre el lecho de muerte es una cátedra. Y Gabriel Miró explicó desde él su última lección.

Así lo hizo otro dramaturgo imperecedero, Ángel Guimerá³¹². Y Rubén Darío confesó y comulgó igualmente. Lo que no es obstáculo para que el vate suntuoso de Nicaragua sea lo que es, Rubén Darío.

¡Escribir versos y prosa –dirá algún espíritu luminoso– no está mal! ¡Pero eso de confesarse, confesarse y además comulgar...!

¡Qué cosas tienen estos artistas oscurantistas –continuará diciendo el espíritu-estrella!

Sí, amigo Zoilo, ¡qué cosas tienen, qué cosas tienen!

Sebastián PADRÓN ACOSTA
Santa Cruz de La Palma. Junio de 1930

³¹² Sobre él escribiré en los años 40.

- 23 de noviembre, *Diario de Avisos*

La propaganda de las ideas³¹³

Los hechos que, desde hace algún tiempo, han venido aconteciendo en Santa Cruz de la Palma con respecto a la propaganda anticatólica, piden un comentario del cronista para que el pueblo palmero se dé cuenta de cómo proceden ciertos individuos, portavoces de la tolerancia y de la libertad, aunque su conducta dé un solemne mentís a las ideas profesadas.

Acostumbrados aquí muchos acatólicos a ser dueños del campo, en cuanto se ha iniciado una labor de franca propaganda católica, aquellos se exacerban y, valiéndose de medios ilícitos, se ponen en contradicción con sus ideas. La profesión y la defensa de ideales, por muy radicales que estos sean, no dan derecho a la mala educación, ni autorizan el uso de medios ilícitos. Y, desgraciadamente, tal es la conducta de muchos.

Una serie de hechos viene a probar que individuos que pregonan aquí la libertad y la tolerancia, son los más intolerantes, los más intransigentes, manifestando una contradicción entre las ideas y la conducta. Necesario es advertir que conozco personas de ideas radicalísimas y que, sin embargo, no pertenecen a la categoría de individuos a que antes me he referido y esto los honra. Existen personas que profesan el librepensamiento, y, sin embargo, tienen la norma de no saludar a los sacerdotes y a veces hasta de no corresponder al saludo de estos. ¿Cómo se llama tal conducta? ¿Es esta la tolerancia?

Una sociedad acatólica, cumpliendo con sus deberes y usando de sus derechos, celebra actos culturales, y jamás a los católicos se les ha ocurrido molestar ni provocar a sus socios. En cambio, una sociedad católica, con el mismo derecho que la anterior celebra también actos culturales y a muchos de esos individuos, que pregonan la libertad y la tolerancia, les parece mal el ejercicio de este legítimo derecho y molestan y provocan a sus socios, por el mero hecho de ser católicos. Un botón de muestra: arrojando un tomate en la biblioteca de esa sociedad católica (valor se le supone); lanzando por medio de portavoces insultos e injuriando en reuniones públicas a la sociedad de referencia. ¿Es esto libertad? ¿Es esto tolerancia?

Se funda un periódico con el carácter de defensor del obrero³¹⁴ y ese periódico se convierte en medio desde el cual se insulta a personas, también por el mero hecho de ser católicos. Y esto en nombre de la libertad y la tolerancia. ¿Se regenera así al proletariado? ¿Se orienta de este modo al obrero? ¿Se defienden con este medio los intereses de la clase? Todas las personas sensatas tienen la palabra.

³¹³ Es otro ejemplo de texto donde el sacerdote toma la voz para defender las creencias católicas en un ambiente, el de la capital palmera, que cada vez se inclina bastante hacia las posturas republicanas de izquierda. No perdamos de vista que La Palma sería la isla con más afiliados comunistas en esta nueva época que ya estaba en marcha. Fue posteriormente sacado otra vez en *Gaceta de Tenerife* el 3 de diciembre de 1930.

³¹⁴ Se refiere al semanario *Espartaco*, puesto en circulación poco tiempo antes de la publicación de este artículo.

Hay individuos que defienden la libertad de pensamiento y, sin embargo, prohíben a sus hijos que se bauticen, que confiesen, que oigan misa, etc. ¿La libertad de pensamiento a dónde fue? Se blasona de libres, de tolerantes y al mismo tiempo se escriben y publican pasquines insultantes, anónimos agresivos a los católicos. Y cuando llega la ocasión de hacer una confesión rotunda de los propios ideales, se traicionan estos, aduciendo como razón que pertenecieron a esta o aquella cofradía.

¡Extraños ideales, que, cuando llega para el hombre el momento de la prueba, necesitan ser ocultados! ¡Extraño valor el de estos individuos que ante una interrogación claudican! Y niegan el ideal. ¿Es que el pasquín y el anónimo son los medios de propagar las ideas? Lo que se consigue con tal conducta es desprestigiar el propio pensamiento, deshonorar el propio ideal. Los 18 millones de mártires que tiene la Iglesia Católica no apostataron ante los más inicuos tribunales.

Conozco sujetos que se creen que buscan la verdad, pero no la buscan en los libros católicos, sino en el libro de Ibarreta, uno de los libros más profundos que ha salido de la imprenta...³¹⁵ ¿Es esto deseo sincero de encontrar la verdad? ¿No tiene acaso el pensamiento encadenado? ¿Y dónde se quedó la libertad de pensamiento?

Si alguien, accediendo cortésmente a una delicada invitación, quiere tomar parte en una fiesta literaria organizada por una sociedad católica, una comisión libertaria de tolerantes se acerca al invitado, amenazándole con la pérdida de amistades de elementos de las izquierdas, si acepta la invitación, y ¡¡¡viva la tolerancia!!!

Desembarca algún sacerdote, que marcha a tierras lejanas, para realizar en estas obras civilizadoras, dejando su patria, sus comodidades, su familia; pues no ha faltado un grupito de transigentes que, de una manera encubierta, hayan insultado al forastero, tan encubierta que se dio el caso de que un sacerdote forastero tuvo que meterse inmediatamente en el vapor. ¿Qué concepto se formará el misionero de la tierra donde algunos de sus individuos así le tratan? ¿Es esto turismo? ¿Es esto civilización? ¿Es esto libertad?

Se sostiene una polémica hablada o escrita, y si al adversario del católico faltan razones, se acude al insulto, razón contundente para muchos elementos de las izquierdas. Si viene un maestro con el fin de abrir un colegio católico, a los pocos días de la apertura de este algunos individuos, encarnaciones de la educación, ya sabrán poner una buena muestra de sus potencias desasimiladoras en el umbral de la puerta del colegio. ¿Y esto es cultura? ¿Y a esto llaman tolerancia? ¿En esto consiste la libertad?

Así no se propagan las ideas. Con este medio lo que se consigue es deshonestarlas y desprestigiar a sus sustentadores. ¿Qué concepto se formará un hombre de las ideas por estos medios ilícitos, repugnantes, propagadas? ¿Qué conceptos se formarán las gentes de los que tales fechorías realizan? Que sepa Santa Cruz de la Palma quiénes son los intolerantes, quiénes los intransigentes, quiénes los bien educados.

Esto es predicar la libertad, pero la libertad del embudo. Este es el desprestigio del ideal y de las personas que así procedan. Una cosa es ser radical y otra el respeto

³¹⁵ Imaginamos se refiere al excomulgado R. H. Ibarreta, que publica a finales del siglo XIX *La religión al alcance de todos*.

debido a los derechos de los ciudadanos. Un Ideal no se defiende con arrojar puñados de lodo. Una cosa es la idea y otra el tomate. Las armas del combate deben ser nobles. Cuando en la lucha se omite la razón, surge la fuerza.

Esto es proclamar el derecho de la fuerza, cuando lo que debe proclamarse es la fuerza del derecho. Santa Cruz de la Palma se va dando cuenta de quiénes son los que luchan con nobleza. Y el campo se va ensanchando, aunque pese a los que aún viven en pleno siglo XVIII. Y quieren aparecer como héroes de revolución, pero de revolución teatral. La cizaña sembrada durante varias generaciones en una prolongada labor negativa, está dando ya sus últimos frutos. Y la buena simiente arrojada al surco comienza a fructificar con fecundas esperanzas. Los dioses están próximos a desaparecer del Capitolio. La verdad se abre camino a través de las sombras. La labor será dolorosa, pero el triunfo definitivo³¹⁶.

Sebastián PADRÓN ACOSTA
Santa Cruz de La Palma, Noviembre 1930

³¹⁶ Unos días después (28 de noviembre de 1930) aparece en el medio palmero una "Felicitación" sobre este artículo, que dice: *Con motivo del artículo publicado en nuestro número del día 24 (...) hemos recibido en esta Redacción muchos telegramas, telefonemas y cartas de distintos pueblos del interior de la Islas felicitando al Sr. Padrón por su brillante trabajo. Asimismo dicho inteligente sacerdote recibió otras muchas felicitaciones de sus amigos y admiradores en la prensa y unimos nuestras felicitaciones y las numerosas recibidas.*

- 10 de diciembre, *Diario de Avisos*

Palabras de la Juventud Republicana

Hoy un joven me ha entregado una hoja de papel impresa (Imp. Gutemberg-La Palma), hoja en la que se halla un llamamiento *sincero* de la Juventud Republicana de la Palma a "todos los elementos dispersos de la democracia antimonárquica".

Y dice entre otras cosas la hoja citada: "El lastimoso estado del país, la situación difícil de la nación, deshecha por las oligarquías y arruinada y desmoralizada por siete años de vergonzosa dictadura, obligan a todo ciudadano digno de ostentar (aquí sobra la be) este honroso título, a movilizarse políticamente, prestando el concurso de su inteligencia y su voluntad a la obra ineludiblemente necesaria de salvar a España".

La hoja es interesante, porque expresa ideas, que merecen nuestra atención, nuestro asentimiento y nuestra defensa, como más adelante explicaremos.

En la hoja referida se lee: "La Juventud Republicana de la Palma, el más antiguo de los núcleos políticos de izquierdas organizado en esta isla". Y un poco más abajo también se lee: "No busca la Juventud Republicana votos". "Tiene su historia política cimentada en una honrosa sucesión de hechos durante sus diecisiete años de actuación". Aquí manifiesta la Juventud Republicana una sinceridad, que le honra. No cabe, pues, pensar que la juventud de referencia *busca votos*. Las palabras más interesantes de la Juventud Republicana en la hoja citada son las siguientes: "Necesita de todas esas voluntades", etc. "contra la reacción y la ola negra de la intransigencia religiosa que al calor de la dictadura introdujeron y exacerbaron entre nosotros elementos extraños tratando de estrangular (aquí sobre también la equis) la libertad de conciencia en un pueblo habituado, por sus firmes tendencias liberales, al mutuo respeto de las distintas tendencias religiosas".

¡"De las distintas creencias religiosas"! Ahí es donde duele. Precisamente eso es lo que hemos defendido con la palabra y con la pluma: "el mutuo respeto de las distintas creencias religiosas". En ello hemos insistido muchas veces. Y estamos completamente de acuerdo con estas palabras de la Juventud Republicana: "el mutuo respeto de las distintas creencias religiosas". ¡Claro! El que quiere que sus ideas sean respetadas, debe comenzar por respetar las ideas de los demás. La razón no puede ser más fuerte. El párrafo referido tiene mucha miga. En él se habla del "mutuo respeto de las distintas creencias religiosas", pero se habla asimismo de la *reacción* y de *ola negra*. Creo que se compadecen muy bien estos conceptos allí expresados; y creo además que en la envidia del párrafo citado no existe contradicción de ningún género. ¡Bah! Allí el razonamiento es contundente. No se puede pedir más. ¿De modo que "mutuo respeto de las distintas creencias religiosas", y "contra la reacción y la ola negra"? No está mal... No está mal...

Sépanlo, pues, todos los intolerantes. La Juventud Republicana de la Palma aboga por el "mutuo respeto de las distintas creencias religiosas". Completamente de acuerdo, amigos. Ya saben qué conducta deben seguir nuestros ínclitos izquierdistas de marras. Manos, pues, a la obra, que habla la Juventud Republicana, la de la "cimentada historia política de diecisiete años de actuación" y la que "no busca votos". Sepan

igualmente que es una "obra ineludiblemente necesaria" (así habla la Juventud Republicana) "salvar a España". Con esto estamos también absolutamente conformes, menos con lo de la be y la equis sobrantes. ¡Cosas del cajista!

Dice además la interesante hoja que "la noble Juventud" está "dispuesta a conquistar para la Palma, un porvenir mejor, más humano que este vergonzoso presente que hemos venido viviendo". ¡Muy bien por la Juventud Republicana! Tienen razón. *Este presente que hemos venido viviendo es vergonzoso.*

Huelgan los comentarios.

Sebastián Padrón Acosta
Santa Cruz de La Palma, 8 de diciembre 1930

- 13 de diciembre, *Diario de Avisos*

La hoja de la Juventud Republicana

La cosa está clara. La inconsciencia se compadece con la responsabilidad. Averígüelo Vargas³¹⁷. La hoja de la Juventud, que "no busca votos", así nos lo afirma. "Lleva a cuestras –dice– con la inconciencia de la estultez y la villanía, la enorme responsabilidad". "Lleva a cuestras con la inconciencia (aquí no sobran letras. ¿Faltará la ese?) de la estultez y la villanía, la enorme responsabilidad". ¡Qué rico³¹⁸! La Lengua Española tiene la palabra. La Psicología debe hablar también. ¡Inconsciencia, responsabilidad! Se compadece –¡válgame Dios!– la primera con la segunda. Y yo me compadezco de las dos. ¡La cosa está clara! ¡Incultura clerical!

La hoja de la Juventud, que *no busca votos*, dice: "Obligan a todo ciudadano digno de ostentar (ya dijimos que sobraba la be) este honroso título, a movilizarse políticamente". Ya no cabe la duda. "No busca votos". Es que tiene las hormas. ¡Cuestión de provincialismo! Y decían que no, que no se compadecen *la reacción y la ola negra con el supremo ideal de la Libertad*. ¡Ya lo creo! ¡Harto se compadece lo uno con lo otro! El silogismo es contundente. ¿No es eso? ¡Cosas de la Escolástica del siglo XV! ¿No, camaradas?

No negarán los jóvenes de la inconciencia responsable (¿falta otra vez la ese?) que hay casticismo en estas palabras: *las oligarquías de todos los géneros*. Esto es castizo. ¡"De todos los géneros"! Claro que la gente sabe muy bien que aquí no se trata de géneros de punto. Y sabe además de dónde procede eso de la intransigencia. Es cosa averiguada que la cuestión viene de Liliput.

¡La hoja de la Juventud Republicana (Imp. Gutenberg. -La Palma) es un trozo selecto, donde la lógica campea por su fuerza apodíctica!

No negarán nuestros lectores que es una cosa muy original eso de "los más avanzados *jalones* de las ideologías modernas". Esto es original, colosal y, además, exquisito como un merengue.

La hoja de marras dice también: "la inconciencia de la estultez y la villanía". *Estultez. Estultez...* ¿Existe en la Lengua Española esta palabra? La hoja lo dice. Precisa creerlo. Yo también lo creo. Y creo que... Mas callemos, que la palabrita clásica está cerca de esta otra: *villanía*... No piense el lector que la estultez no existe. ¡Ya lo creo que existe! ¡La hoja que *no busca votos* así lo asevera! ¡Y yo también lo asevero, camaradas! No es broma, que la cosa está seria. *Estultez...* Villanía... ¡Cómo sonrío, irónico, el Marqués de Villena! ¡Bah, la cosa está clara! Estulticia clerical. Con la enjundia de la *hoja* podría freír un besugo...

Sebastián Padrón Acosta

³¹⁷ ¿Alguien que le contesta en otro medio?

³¹⁸ No entendemos bien la palabra que aquí aparece.

1931

- 11 de marzo, *Diario de Avisos*

Un robo literario a Pedro Mata³¹⁹

El hecho no debe quedar impune. Precisa sacarlo a la picota de la vergüenza pública. La amistad no da el derecho de ser cómplice. Para el amigo todas las consideraciones. Para el literato, autor del robo literario, toda nuestra recriminación. No es el primer caso que presencio.

Estudiaba yo el Bachillerato en una ciudad unguida de leyendas, cuando ocurrió un hecho del mismo jaez, aunque con más agravantes. A la sazón la amistad quiso también hacernos callar, pero esto repugnaba a la justicia, y a la noble profesión del periodista. Las gentes al fin supieron de quién era aquel soneto, del que Quasimodo quería aparecer como propietario. Mas era una propiedad bien registrada... Y se descubrió que aquello que semejaba liebre, era gato. ¡Menudo *chasco*! No había derecho a reírse de los lectores y de la Redacción de *El Ideal Lagunero*³²⁰.

Y hoy el caso de marras se repite. Y es que la buena fe del director de *El Tiempo* fue sorprendida. Y mi caro amigo, el escritor de bien cortada pluma *León Fernando*, nos ofrece en el número 917 del mencionado diario un gato disfrazado de liebre, pero no tan perfectamente disfrazado que no se oigan sus maullidos. El artículo "Es inútil mascarita..." dedicado al amigo don Francisco Martínez, médico de Mazo, diríase escrito bajo la impresión de la novela de Pedro Mata intitulada *Corazones sin rumbo*³²¹.

Tanto sugestionó al amigo *León Fernando* la novela que en el artículo "Es inútil mascarita..." de *El Tiempo*, aparecen varios plagios al maestro Pedro Mata. Y los vamos a ver.

Se lee en el artículo de *León Fernando*: "... Venecia, la ciudad de los crepúsculos maravillosos y noches encantadoras a la luz de la luna sobre la cinta plateada del agua".

Y en la página 149 de *Corazones sin rumbo* se lee: "... Venecia la ideal, la de los crepúsculos maravillosos y las noches encantadoras a la luz de la luna sobre la cinta plateada de los canales",

¿Hay derecho a esta coincidencia, lectores?

León Fernando escribe: "... en idilio sentimental George Sand y Alfredo de Musset". Pedro Mata en la página citada dice: "idilio sentimental de George Sand y Alfredo de Musset".

En "Es inútil mascarita..." leemos: "¡Oh, sombras divinas que parecéis flotar entre las piedras y las góndolas negras como ataúdes! ¡Wagner, Goethe, Lamartine, Lord Byron! ¡Aquelarre venerado entre los palacios de mármol que se reflejan en las aguas dormidas!".

Pedro Mata en *Corazones sin rumbo* escribe: "¡Oh, sombras divinas que flotáis entre el misterio de las piedras! ¡Sombras venerandas, que bogáis todavía, sobre las

³¹⁹ Posteriormente publicado el 20 de marzo en *Gaceta de Tenerife*.

³²⁰ Hace referencia aquí a su activa participación periodística, de las primeras suyas, en el periódico estudiantil *El Ideal Lagunero*. Concretamente alude a su texto "Plagiario y corrector...", del 25 de junio de 1921, que versa sobre el nombrado soneto del tal *Quasimodo*.

³²¹ Fue su novela más conocida, y salió por vez primera en 1916.

góndolas, negras como ataúdes, entre los palacios de mármol que se reflejan en las aguas dormidas! ¡Sombras augustas de Wagner y de Goethe, sombras de Lamartine y de Lord Byron...!".

¿Qué tal, lector? Reminiscencias de lecturas, ¿no es verdad, lectores? Sí. Reminiscencias. No está mal. No está mal la liebre.

Y siguen las coincidencias. *León Fernando* escribe en el artículo citado: "Juventud, divino tesoro", ¡juventud fugitiva! ¡Quién pudiera como Josué detener la carrera del Sol, o como Fausto dar todo el alma por un poco de juventud!". Pedro Mata, en la página 17 de *Corazones sin rumbo*, dice: "Juventud, divino tesoro... juventud que te vas... ¡Quién pudiera, como Josué, detener la carrera del Sol! ¡Quién pudiera, como Fausto, dar toda el alma por un poco de juventud!".

Y continúan las reminiscencias.

En "Es inútil mascarita..." leemos: "... hablándole cerca, muy cerca, tan cerca, que a veces no sé si la hablo o la beso".

En *Corazones sin rumbo* se lee (página 11): "Hablo, hablo... tan cerca, que no sé a veces si la hablo o si la beso".

Las coincidencias no pueden ser más claras. Son demasiado claras... Ya es coincidir. Y no sé por qué, mientras la pluma corre sobre el papel, recuerdo una sabrosa fábula de Iriarte...

¿Habrá alguna coincidencia más entre el artículo de *León Fernando* y la novela de Pedro Mata? Acaso... tal vez...

Pero ya me hastió de tantas coincidencias del maestro Pedro Mata y del... maestro *León Fernando*. Y termino.

No cabe duda que a *León Fernando* le sugestionan la novela de Pedro Mata. Y a mí el artículo de *León Fernando*. Al fin y a la postre sugestionados ambos.

"Es inútil mascarita..." Sí. Es inútil el antifaz porque tras él se adivina el ceño acusador de aquel que escribió *Un grito en la noche*.

La amistad a un lado. Y el plagio a otro. La cosa está tan clara como una página de Balmes. Si esto no es coincidir, que venga Dios y lo vea.

No se indignen nuestros lectores, pues creo que esta coincidencia ha sido una broma carnavalesca de *León Fernando*.

Y estas líneas una broma, un poco seria... ¿Lo creéis así, lectores...? Yo también lo creo.

¡Y viven la creencia y la coincidencia! Y por fin termino. Se rompió el antifaz...

Sebastián PADRÓN ACOSTA
Santa Cruz de La Palma, Marzo de 1931

1932

- 17 de marzo

Peraza de Ayala³²²

Entre los hombres que en Canarias se dedican al estudio figura el prestigioso catedrático de la Universidad de San Fernando Dr. don José Peraza de Ayala, legítimo valor de la ciudad de La Laguna.

Con el señor Peraza de Ayala tuvimos la honra de compartir las dulces tareas del periodismo y del estudio en aquellos días, añorados hoy, en que el señor Linera explicaba Filosofía en el aula del Instituto, cuando de repente interrumpía con una objeción la tesis del catedrático aquel muchacho listo que se llamaba Antonio Gómez Felipe, al paso que por la puerta del aula de Geografía se escapaba la voz cascada del director, que llamaba insistentemente a Herrera, con el fin de que fuese en busca de unas gafas, que se habían quedado en el bolsillo del gabán. Y en aquellos días, no menos queridos, en que algunos estudiantes recibían en *El Ideal Lagunero* –periódico estudiantil– el espaldarazo literario³²³. Las esperanzas que entonces hizo concebir el señor Peraza hanse convertido hoy en una risueña realidad. Gradualmente, a fuerza de una ímproba labor, facilitada por cualidades intelectuales envidiables, ha ido ascendiendo aquel inteligente joven hasta llegar a la cátedra, después de aquel triunfo definitivo de los ejercicios del Doctorado en Derecho, ejercicios que tuvieron como digno colofón el que la tesis doctoral *Los antiguos cabildos de las islas Canarias* fuera publicada en el *Anuario de la Historia del Derecho Español*, en el que solo colaboran los maestros.

El Dr. Peraza no se ha dormido sobre los laureles alcanzados, sino que el triunfo ha sido un acicate más poderoso aún, que ha impulsado su voluntad hacia más amplios caminos, entregándose de lleno a la investigación y el estudio, a la cátedra y al libro, destacándose cada día como espíritu de crítica serena e imparcial, regalándonos con libros de severo estudio genealógico y biográfico, como su obra *Historia de las Casas de Machado y Monteverde*, que le colocan junto a Fernández Bethencourt, aquel canario ilustre, cuya muerte lloramos todavía, y que supo honrar a Canarias con su *Nobiliario y Blasón*. Más tarde Peraza de Ayala ha enriquecido la bibliografía canaria con estudios jurídicos tan serenos y valiosos como su obra "El Derecho en la prehistoria de las islas Canarias"³²⁴, concienzudo trabajo jurídico-prehistórico, en que se manifiestan nuevamente sus dotes de perito investigador, y en el que se revela su refinada cultura. También ha honrado el señor Peraza la literatura isleña, esbozando leyendas, que con su mágico estilo han sabido captar los aplausos del auditorio, como la leyenda de Bentacayse, que fue lo mejor que se escuchó en el Circo Marte, de Santa Cruz de la Palma, en aquella brillantísima fiesta de los aborígenes, en la que tuvimos el honor de

³²² Este es el primer texto en *Gaceta de Tenerife* que firma desde el Puerto de la Cruz, su destino eclesial tras la marcha, a finales de abril de 1931, de Santa Cruz de la Palma.

³²³ Se refiere a experiencias compartidas a comienzos de la década de 1920, cuando el futuro sacerdote dejaba el Seminario y comenzó a estudiar el Bachillerato, casi la misma época en que se activa su carrera como escritor.

³²⁴ Publicado en la *Revista de Historia* de la Universidad de La Laguna (1930).

tomar parte, y que tuvo como broche de oro un formidable discurso del señor Magistral de Tenerife, discurso de los que hacen época³²⁵.

Los motivos jurídicos e históricos son los inspiradores del distinguido catedrático. Peraza de Ayala, además de ser una inteligencia, es un corazón. Los que tenemos la dicha de contarnos entre sus amigos, por experiencia sabemos que Peraza es un amigo fino y leal, un caballero en el más alto sentido de la palabra, pues en el alma de Peraza de Ayala arde el fuego de la más profunda democracia, de esa democracia que no pueden comprender los que están incluidos en el ganado de dos patas, de que habló un insigne maestro de las letras españolas. Y perdonad la frase, que no es mía. Espíritu selecto, una refinada aristocracia espiritual, un sano romanticismo, una alta caballerosidad medieval, un alma hondamente moderna, todo esto es Peraza de Ayala.

Su prosa no está enferma de pedantería. Es una prosa suelta, clara, resplandeciente por su naturalidad. No se parecen sus páginas a otras que yo conozco: páginas de prosa amazotada, donde se alardea de ciencia, y donde solo brillan tres cosas: la vaciedad, la pedantería y la pesadez. Páginas que están escritas con la intención sana de que despierten la admiración, y que en el ánimo de los conocemos algo estas lides, solo producen el bostezo, cuando no la hilaridad. Aunque lleven –claro está– mucho marbete científico. La actitud de Peraza no es hierática –basta leer el prólogo de uno de sus libros, prólogo que sin acaso sospecharlo el señor Peraza es la explosión de su personalidad–.

El gesto de Peraza de Ayala es un gesto lleno de finas comprensiones y de exquisitas altiveces espirituales, propias únicamente de los que pueden y saben pensar. Su horizonte es un horizonte plasmado de amplitudes, rico en perspectivas. Y no es forzado ese gesto, ni improvisada esta actitud. Brota de su persona con espontaneidad. La actitud hierática está llamada a desaparecer. La sociedad se ha hecho –porque así tenía que suceder– más flexible. Y más humana. Peraza de Ayala es un valor legítimo, una persona. Y con esto está dicho todo. Y siendo así, como lo es, la victoria está en sus manos.

Sebastián PADRÓN ACOSTA
Puerto de la Cruz. Marzo de 1932

³²⁵ Este acto al que alude fue uno de los llevados a cabo en las Fiestas Lustrales palmeras de 1930. Por otro lado, recordemos que la recreación de historias o leyendas de la época de los antiguos canarios no le es ajena a Sebastián Padrón Acosta. Lo más importante va a ser, en este sentido, la serie que publicará en los años 50, con un estudio histórico incluido sobre este subgénero narrativo en Canarias.

- 20 de marzo

La musa del Arcediano

Tuvo este inquieto Arcediano de Fuerteventura el singular empeño de ser poeta. Y no dejó en paz a las musas, que no tuvieron para él mucha galantería. Era la poesía una obsesión de este clérigo del siglo XVIII. Pero la musa del Arcediano no tiene alas. No hay allí calor. Ni fuego, ni entusiasmo. En el estro de Viera no se encienden las llamaradas del arte. La musa del Arcediano está enferma.

Si el Arcediano hubiera sido poeta alguna vez, acaso hoy estaría incluido entre los poetas satíricos. La sátira mordió el espíritu andariego del Arcediano, pero este no pudo plasmarla en una concreción inmortal. Y si el humorismo de Viera tuvo horas audaces, acaso le disculpe el círculo dieciochesco en que le tocó moverse. La musa del Arcediano es flácida, descolorida. Y la música de sus versos –si aquello es música– nos produce una sensación de fatiga, el cansancio de aquel que inútilmente forcejea, y cuyo inútil forcejeo repercute en nosotros. La espontaneidad, que brota a raudales en su prosa, huye de sus versos. No cabe dudar que el Parnaso no era el país de Viera, a despecho de su afán desmedido de aclimatarse.

En las *Bodas de las plantas* –por ejemplo– hay ingenio, pero por allí no pasa una ráfaga de poesía, aunque otra cosa parezca. El alma se muere de hastío en el páramo de aquellas estancias. El sentimiento no vibra allí. El vuelo de la imaginación es muy corto. Aquellas estrofas entumescen el alma. Esta es la verdad, aunque otra cosa se intente probar. Pero esta pobreza, este raquitismo de su musa no puede empuqueñecer la hermosura de su prosa magistral, llena de colorido.

Perdonen mis lectores, pero la musa de Viera y Clavijo siempre me ha producido la sensación de un cadáver, cubierto de flores artificiales. Su prosa es el corcel que tira de la carroza de su gloria. Pero sus versos, no. Y estas verdades no eclipsan la victoria de nuestro historiador. A Viera y Clavijo le sucedió algo parecido a lo que le aconteciera a Cervantes, que inclusive hizo un *Viaje al Parnaso*. El *qué dirán* también hace sus estragos en el orden literario. Y es un temor pueril el intentar callarse estas verdades, que todos sienten, pero que nadie se atreve a manifestar.

En la revisión de valores esto es una tonta cobardía. La admiración tiende generalmente a ver más de lo que hay en las cosas. Y esto no es ser veraces, porque los conceptos deben estar de acuerdo con la realidad. Es lo esencial en cualquier disciplina. Viera y Clavijo fue muy grande. Está en nuestro cielo literario. Su figura despide fulguraciones.

El Arcediano es un ejemplo de afanosa superación. Canarias debe a Viera la magnificencia de su historia, revisable, claro está, porque un peritísimo historiador contemporáneo ha dicho que "nada envejece tanto como la historia". Todo esto es verdad; pero también lo es que la musa del Arcediano está enferma, que Viera y Clavijo no fue poeta.

Sebastián PADRÓN ACOSTA
Puerto de la Cruz (Tenerife). Marzo 1932

- 27 de marzo

La orgía de la luz

En pocos rincones de nuestra isla ejerce la luz tan mágica soberanía como aquí, en este pueblo ribereño, bañado de espumas y de sol. Aquí la luz nos ilumina el alma, encendiendo en ella todas las lámparas de la inspiración, y nos arrebatada y nos embriaga como un vino generoso. Los colores se revisten de una limpidez tal, adquieren tan extraños matices, son tan fuertes los contrastes cromáticos que los que no somos únicamente estómago, sentimos ansias infinitas de tomar el pincel, para recoger esta maravilla luminosa en la concavidad infinita del Arte –que diría Woermann–. Muchas veces he querido creer que aquí la luz tiene alma, que siente, que piensa, que se inspira, y que nos emborracha con sus lumínicas orgías. Porque aquí la luz es una orgía infinita, inacabable.

Razón le sobraba a Guerra Junqueiro para dirigir a la luz aquella oración formidable como los versos de su libro *Os simples*, llenos de fuerza, de ingenuidad y de gracia, de una gracia que tiene alas, y que juguetea y me embriaga. A mí esta luz me acerca más a Dios. Me parece la luz inmensa plegaria silenciosa de la creación. Plegaria sin orquesta, sin voz. Plegaria muda, pero donde se derrocha la elocuencia de los más altos silencios. La luz es la lámpara de la creación. Esta luz nos despierta, nos llena de juventud, nos da una inyección de vida. (Me refiero a la juventud del alma, que la del cuerpo poco importa). Las rosas enseñan con minuciosidad de detalles todos sus contornos al ser heridas, penetradas, animadas³²⁶ por la fuerza vital de esta luz inspiradora, creadora. El cielo y el mar están pidiendo el pincel del artista.

Cualquier rincón de este rincón ribereño ejerce sobre la visión, sobre el alma, un imperio mágico. Aquí el calor nos domina, y nos arrastra y nos seduce. Esta luz, estos colores han sido recogidos por el mago pincel de Bonnín en sus acuarelas llenas de colorido.

Y será esta luz inmortalizada también por otro artista, que cuando plasme su inspiración en una concreción inmortal, la gloria le acompañará por los caminos de la vida. Ventura Bravo sabrá, en sus nuevas modalidades, descubrirnos los secretos de esta luz mágica. Rasgará el velo; y nos enseñará la orgía de esta luz, al desnudo. Tiene para ello este joven artista un formidable temperamento, un caudal de inspiración, y una ejecución que va camino de nuevas modalidades. Su estilo actual es de transición. Pero aún así la gloria asoma por entre la inquietud de sus acuarelas. Allí hay personalidad, individualidad. Él es el llamado a recoger en un nuevo troquel las llamaradas, las hogueras de esta luz embriagadora, vivificante.

Ventura Bravo será el gran borracho de esta lumínica orgía³²⁷.

Sebastián PADRÓN ACOSTA
Puerto de la Cruz (Tenerife), Marzo 1932

³²⁶ No se lee bien en el ejemplar.

³²⁷ Vemos ya a comienzos de los años 30, por parte del sacerdote, esa figura impulsora de nuevos talentos, en este caso enmarcados en el mundo del arte plástico, que va a ser fundamental para tantos jóvenes durante la primera posguerra.

1933

- 22 de enero

Pueblo de simpatías: Los Silos³²⁸

De todos los pueblos de Tenerife ninguno tan atrayente como este simpático pueblo de Los Silos, que brinda al visitante el encanto sugerido de su hospitalidad, la paz acogedora de sus poéticos rincones, y la hidalguía de sus habitantes, que tienen el honor como blasón de su escudo.

Con razón tiene Los Silos por Patrona a Nuestra Señora de la Luz, pues la luz envuelve y acaricia a este bello rincón tinerfeño, mansión acogedora y hospitalaria donde hubiera querido haber nacido y donde quisiera tener mi sepultura.

La belleza de sus paisajes agrestes y bravíos, que simbolizan todas las rebeldías y las masedumbres todas del alma humana, hubiera inspirado mi pincel si yo fuera pintor. Y el rumor inacabable del mar cercano –caracol sonoro– desgrana en la paz de la alquería el embeleso de su música oceánica, que canta la Omnipotencia de Dios.

Los Silos es un pueblo laborioso, que nunca se cansa del trabajo, y que asoma por entre la urdimbre de sus hidalguías el florón de su legítima democracia, una democracia que bebió en el Calvario el néctar de sus inspiraciones.

Su clima sano y su cielo son una caricia para el alma, que sueña con la felicidad, cuando la noche se cubre con su manto constelado de estrellas, que, como dijo el poeta, son los signos con que Dios escribió en los cielos su Nombre bendito.

El encanto más sugestivo de Los Silos es su alegría, su optimismo, ante el cual se van del alma las aves negras del pesimismo, que me acechan en la sombra para herirme con la astucia del cobarde.

Me deleita hondamente el alborozo de estos amaneceres de Los Silos, que yo diría que son la sonrisa de Dios, plasmada en la luz de estas auroras, y en la plegaria de estos despertares sonoros, llenos de rumor sonoro y de música pastoril.

Para que en esta villa optimista y sugeridora todo sea encanto, se yergue en medio del camino la maravilla de su iglesia, en la que todo lo delicado tiene su asiento, en la que el gusto más refinado desfloró sus secretos, en la que dominan los colores suaves y austeros, en la que la Virgen de la Luz, faro de romerías y estrella de caminantes, es la antorcha perennemente encendida para iluminar los abismos de la vida.

Virgen amada y bendita, cuyo rostro parece la sonrisa de la primavera y cuyos ojos están llenos de misericordia. A Nuestra Señora de la Luz acuden los hijos de Los Silos en sus horas de angustia, y la Virgen de la Luz los oye, los consuela y derrama sobre ellos el bálsamo de sus gracias, y deshoja la rosa de sus amores.

¡Hay un tan bello gesto de madre misericordiosa en esta amada Virgen de la Luz, que solo el contemplarla alivia nuestras almas de la pesadumbre de sus dolores!

³²⁸ Hace poco, apenas días, que Padrón Acosta ejercía como cura en Los Silos (a ello se refiere al final del presente escrito), por muy poco tiempo, después de haber pasado una temporada en el Puerto de la Cruz como coadjutor de la iglesia de Nuestra Señora de la Peña de Francia.

Y los hijos de Los Silos la quieren, le rinden culto y se alborozan en el día solemne de su fiesta, en la que se oye el resonar de los tambores y el típico *tajaraste* con *toda su pureza primitiva*.

La iglesia de Los Silos, construida en el año 1522, es el palacio en que Nuestra Señora de la Luz recibe en audiencia a sus amados hijos, que la aman con aquel amor con que solo se ama a una madre, amor lleno de ternezas, de lágrimas y de plegarias.

También llevo yo en el alma el amor a esta bendita Imagen de Nuestra Señora de la Luz, que tantas sonrisas tuvo para mí en aquellos días venturosos en que la obediencia me trajo hacia su iglesia. Y con dolor infinito vivo alejado de ella, porque la Providencia me ha señalado otros derroteros. Pero la luz de la esperanza nunca se apaga en el cielo de nuestra alma mientras por la vida peregrinamos, y esa luz, aunque lejana, me ilumina todavía. La vida tiene reservadas muchas sorpresas, y acaso sea esa una.

La hospitalidad con que este pueblo noble, simpático y laborioso me recibió, ha conquistado mi corazón para siempre, y en él arderá perpetuamente encendida la lámpara de la gratitud, que no se apagará sino cuando mi vida se apague.

Por eso quiero que en este ensueño lírico de mi alma vaya el público testimonio de mi más profundo reconocimiento.

Sebastián PADRÓN ACOSTA
La Laguna de Tenerife, Enero de 1933

- 5 de febrero

La Fragancia Cautiva

Con este título elegante y sugeridor ha publicado Pérez Andreu un libro vigoroso. Pérez Andreu es *un rabioso* de originalidad. Cuando escribe, su máxima preocupación es esta: no parecerse a nadie. Ser él. Y lo consigue. Su prosa, que es un puente de luz sobre un abismo, no se cubre con los harapos del mendigo, sino con la púrpura rozagante del gran señor, dueño de su pensamiento y de su palabra, que son las manifestaciones de su varonía artística. En el mundo de sus quimeras las tonalidades son fuertes, los colores agresivos, la palabra plena de caricias, pero cortante, desgarrante como un puñal. Así es el decir de Pérez Andreu.

Su palabra adquiere a ratos suavidades femeninas, pero es para desgarrar mejor, para llevar al cautivo espectador el abismo de su pensamiento, que muchas veces tiembla sobre el vacío, y se asusta, aunque su virilidad espiritual no lo sospeche. Cuando el hombre se encuentra frente al precipicio de las sombras, flaquea su fortaleza.

Con frecuencia la palabra de Pérez Andreu es un perro rabioso, que ladra y muerde, sobre todo ante el raquitismo espiritual. Y perdone el maravilloso plasmador de las fragancias cautivas, pero no encuentro otra metáfora en que vaciar mi pensamiento. Ninguna otra lo expresaría mejor. Esta indignación de su alma prócer aparece fustigadora, desgarrante de luz, en uno de los cuentos de su libro: "El entierrito". En este cuento de sus fragancias cautivas Pérez Andreu siente asco ante una sociedad que comete aquella bajeza. Un nieto de Renán, gran artista, sintió también el asco de la vida, y ese asco fue la escala de su ascensión.

Este libro, lleno de plenitudes y de rebeldías, es un pebetero en el que Pérez Andreu ha aprisionado con el hilo de luz de sus sueños las fragancias de su espíritu. Su pensamiento prisionero en un rayo de sol.

La masculinidad de su palabra engarza la masculinidad de su idea.

Pérez Andreu atrapa la originalidad con la misma inquietud con que un niño atrapa una irisada mariposa. Y descansa después en el alborozo del empeño logrado. Y ríe, como un chiquillo satisfecho. Las antenas invisibles de su cerebro captan las ondas inéditas, que cruzan por el cielo de los sueños. Pérez Andreu es un perpetuo renovador de la forma, para el cual no existe la decadencia. Un ruido de juventud alborozada estremece todas las páginas de su libro. Y aunque paradójico parezca el veneno sutil del pesimismo se esconde entre los perfumes de su pebetero. Por la cumbre azul de sus sueños asoma, burlona, la ironía. Una ironía que no es un insulto sino una elegancia espiritual.

La Fragancia Cautiva de sus sueños ha venido a saludarme envuelta en las caricias de una cordial dedicatoria. Este libro ha tenido la virtud de estremecer mi sopor literario. Su libro es un latigazo para el espíritu dormido. Es una vibración de energías despertadoras.

Este caballero de los sueños, que sigue impenitente en su manía dorada de soñar, ha hilado su ilusión, sin ruido, sin alborotos.

La Fragancia Cautiva, maravilloso libro de cuentos, maravillosamente editado, es un consuelo para el que aún persiste en crear en medio de una sociedad que parece no preocuparse de otra cosa que de hundirse en la nada.

¡Todavía existen hombres que piensan en esa cosa tan poco lucrativa, tan poco mercantil, que se llama soñar con el Arte! En *La Fragancia Cautiva* está desnuda el alma de artista de Pérez Andreu. El mundo azul de sus sueños retoza en ese libro rebosante de vigor y de juventud, como retoza un niño inquieto, alborotador, que a ratos rompe sus juguetes y a ratos torna a reunir los fragmentos, esparcidos por el suelo como un ánfora rota en una congestión de cólera.

Este maravilloso Pérez Andreu –caballero, amigo y artista– ha urdido la tela de sus sueños con el hilo de plata de las estrellas.

Sebastián PADRÓN ACOSTA
La Laguna de Tenerife, Febrero 1933

- 16 de febrero

El mirador de las clarisas³²⁹

Breve calle lagunera de ancestral estampa y ambiente monástico. Sobre el inmenso caserío el viejo mirador del convento de Santa Clara. Abrumado de años y de tristezas fatigosamente se levanta el severo mirador, a través de cuyas caladas celosías se vislumbran los pálidos semblantes de las clarisas en la hora solemne de las suntuosas procesiones. Sobre el mirador un típico *verode*, que se desmaya de hastío, simboliza la flor ajada del espíritu caballeresco de La Laguna.

En el silencio de la noche pónese el mirador su capucha de sombras, como un monje medioeval, y nos mira enfermo de vagos presentimientos. Mientras en el viejo coro se diluye la emocionada salmodia, que en la paz de la media noche derrama los dejos de su sutil melancolía.

A ratos alguna clarisa, de prócer ascendencia acaso, tose asmáticamente. Los salmos de las clarisas al filo de la media noche diríase que son el alma del pasado lagunero que se despierta y solloza, para luego tornar a dormirse en la cuna de oro del silencio.

Por la desierta calle veo un caballero embozado, que de pronto se me antoja el marqués de Villanueva, que en la tertulia ha leído a sus amigos una epístola chispeante y agresiva como aquellas del inquieto Arcediano.

Se me figura este severo mirador una mística antena, que recibe las *radiaciones del infinito*, y por la que sube el sollozo alado de las plegarias. Índice de la vida contemplativa. Símbolo de los místicos desposorios de la miseria humana con la grandeza divina, el beso de dos mundos lejanos.

El mirador en el oro vespéral mira esfumarse con las últimas luces del crepúsculo, por la calle breve y romántica, las desgarradas siluetas de dos ancianos, que han sostenido en el locutorio con las clarisas una plática de serenas resignaciones.

El mirador del convento de Santa Clara se asoma a contemplar otra Laguna, perdida ya en las brumas del pasado. La Laguna severa y caballeresca, la de los graves Regidores y de los claros varones de Nava, la de las casas blasonadas y la del médico del Poema³³⁰. La Laguna silenciosa y monacal, que levantó un arco de triunfo al primer Obispo de Tenerife, don Luis Folgueras y Sion; la que vio penetrar por el palacio del marqués las enfáticas figuras de aquellos *dilettantes*, que en la famosa tertulia de todo hicieron gala...

El mirador con su actitud cansina y su gesto medioeval nostálgicamente evoca aquella Laguna de estampa de romances y de andares señoriles, que fue novia de poetas, Regidores, cronistas y caballeros, y que se esfumó en las azules lontananzas de la leyenda. La antigua ciudad duerme en los empolvados cricones, donde los patriotas del pasado, clérigos y caballeros, con pulso firme consignaron la reciedumbre de su viril

³²⁹ Este artículo, con el motivo de fondo del mirador del convento de las clarisas, es una lectura de la ciudad de La Laguna tras la ausencia del autor, una vez se ordena como sacerdote, durante el periodo de unos cinco años.

³³⁰ Alude a Antonio de Viana.

contextura. Ya no se respira el ambiente de la ciudad aquella, que era tocas de novicia y espada de caballeros. Solo resta el sutil perfume de la leyenda, prisionero en la urna cineraria del recuerdo.

El mirador de las clarisas –airón monacal– es un símbolo, acaso el último, del qui jotismo lagunero, fragua donde se forjaron las recias aristocracias y las soberbias bizarrías de antaño.

La Laguna ya no viste su ropón monacal, ni luce la arrogancia del empaque señorial. Se ha poblado de ruidos el silencio lagunero y hasta calláronse los poetas de la Musa regional. La Laguna se ha quitado su corona de duquesa. Y duermen en la panoplia las viejas espadas, que antes a los caballeros hicieron soñar. La ciudad ha olvidado sus maneras abaciales, y tiene hoy la soltura de una joven parlanchina.

Ya no se asoma la marquesa como una ruina blasonada al balcón de su palacio. Se rompieron las verjas de la ciudad encantada. Arrancaron los malandrines el escudo de los gloriosos blasones. Rasgaron el pergamino de las nobles ejecutorias. Y sobre las mesas empolvadas de las estancias vacías aparecen los infolios como la cerrada sepultura de la vieja ciudad.

Y el severo perfil del mirador de Santa Clara es una nostalgia que se esfuma en la llama vespéral³³¹.

Sebastián PADRÓN ACOSTA
La Laguna de Tenerife, Febrero 1933

³³¹ El artículo volvió a ser publicado por el autor, unos seis años después, en la revista *Victoria* (n.º 16, Santa Cruz de Tenerife, marzo de 1939).

- 23 de febrero

La parodia de los cuervos³³²

El plumaje aterciopelado de los cuervos pone un jirón de luto en la magnificencia del mediodía. Abren el ébano de sus alas, se ciernen libres, señores del espacio, lanzando la nota estridente de sus desapacibles graznidos, que hieren como agudos puñales.

Estas aves fatídicas tienen el poder siniestro de evocar la sombra macabra de la muerte. Aparecen en el espacio como los heraldos de Caronte, el de la arca sombría y sin retorno. Negros y repulsivos no ostentan la bíblica sencillez de las palomas, ni la grácil gentileza de la gaviota, que sobre el mar abre el abanico triunfal de sus alas. Si algo simbolizaran los cuervos, simbolizarían la muerte, pero de una manera brutal y agresiva. Sus graznidos son los funerales lamentos de su inacabable responsorio.

La monotonía estridente de sus graznidos suena en las oquedades con la persistencia de una implacable amenaza.

Estos pregoneros de la muerte solo poseen una cosa cautivadora y simbólica: las alas. Con ellas se remontan a la altura, signando el aire con la imponente majestad de su vuelo. Las alas nos recuerdan una cosa augusta: la libertad humana. Se explica que por conquistarla hayan los hombres hecho astillas los tronos y levantado el funeral aparato de los cadalsos. Todas las revoluciones de la Historia levantaron un altar al ídolo eterno: la libertad humana.

Cuando pensaba todo esto, una bandada de cuervos desfiló ante mis ojos con la pausa de un cortejo fúnebre. Lanzaban graznidos lúgubres, lentos, persistentes, como una letanía de la muerte. Pareciome que inclinaban sus aterciopeladas cabezas con la seca cortesía de un duelo. Remedaban el gesto cómico de los hombres en la hora del silencio eterno. En la angustia infinita de esa hora –piélago de sombras– los histriones acaban su farsa. Es la hora de las fórmulas vacías de contenido ético. Y es que sobre el cadáver de aquel, a quien han derribado de una estocada los hombres, estos deshojan los crisantemos de la alabanza. Tributan el homenaje, después que han quebrado el hilo fugitivo de una vida. ¡Cínico sepultureros, familiarizados con las sombras, que han perdido el pudor de la dignidad humana! Son delitos que no figuran en el articulado de los Códigos penales³³³.

La bandada de cuervos prosiguió su pausado desfile, alumbrada por las llamaradas de sol, que era el gigante cirio de aquel fúnebre cortejo paródico, que se

³³² El título aparece como "La parodia de los recuerdos", pero todo parece indicar, al leerlo, que es *de los cuervos* y no *de los recuerdos*. Así, además, se presenta el título, puesto a mano, en uno de los ejemplares que hemos consultado; y la confirmación impecable es la anotación que explica la equivocación, en el mismo ejemplar.

³³³ Estas salteadas alusiones al Derecho no son casuales pues en breve lo vamos a ver como estudiante de esta carrera en la universidad lagunera.

deslizaba por los espacios, bajos los cuales erguía una montaña el túmulo de su recia osamenta.

Los cuervos ponían en el incendio del mediodía el sudario de sus plumajes de ébano, y graznaban incansables, lentos, persistentes, enloquecidos. Y yo protestaba de que la delicadeza infinita de San Francisco de Asís los llamara hermanos.

Aquella bandada de cuervos describía en la oquedad inmensa de la comba celeste la parodia inconsciente de las cosas.

Sebastián PADRÓN ACOSTA
La Laguna de Tenerife, Febrero 1933

- 26 de febrero

La lengua de los dioses

La forma es el fulgor de las ideas, la irización que el hombre de genio comunica al pensamiento en la hora creadora. Sin la forma serían las ideas despreciables esqueletos. La forma es la rúbrica que atestigua que por allí ha pasado un artista.

Únicamente los hombres elegidos pueden dar plasticidad individual a las ideas. La forma es una hegemonía, que se resiste a ser conquistada por los hombres mediocres. La forma –alfabeto, materia, pentagrama– es la irradiación sutil de la personalidad. Todas las cosas bellas tienen el prestigio de las formas, que es la palabra de la belleza. La idea se fecundiza en el cerebro del artista, y brota envuelta en las transfiguraciones que la forma le comunica. La forma es una propiedad artística inalienable. La forma es el ánfora de la idea.

La forma descende de las cumbres, donde solo pueden vivir las almas próceres. Es el gesto de los que nacieron para ser grandes. La forma revela las reconditeces del escritor; por eso adquiere en cada uno de los escritores diversas tonalidades: energía, fausto, austeridad, música, delicadeza.

La forma es el lenguaje de las cosas eternas. La idea es el elemento fecundante y la forma el elemento plástico.

La estatua, el poema, la ópera, el lienzo subsisten, porque la forma es el poder mágico que los perpetúa.

Si alguien abomina de la forma es porque se siente impotente para crearse una forma autónoma. Necesita envolverse en pliegues haraposos y mendicantes. No puedo despojarme de la idolatría que siento por la forma, que es la luz que ilumina todas las creaciones. He paladeado golosamente la belleza de la forma en la sencillez lapidaria de Esquilo y en la suntuosidad de Rubén y en la orgía pictórica de Víctor Hugo y en la palabra revolucionaria de Chocano y en el verbo eufónico y viril de Tomás Morales y en la severa plasticidad de José Enrique y en la pompa clásica de Ricardo León y en la energía rebelde de Guerra Junqueiro y en la opulencia orquestal del orador de la primera República³³⁴. He bebido la luz de la forma en la serenidad armoniosa de la belleza griega, en la pincelada inquieta y sombría del Greco, en las marmóreas musculaturas de Miguel Ángel, en el realismo español de Velázquez, en la italiana alegría de Correggio, en la unción mística de los cuadros de Zurbarán, en la ingenuidad de Fra Angélico, en la pureza virginal que fluye de los lienzos de Murillo y en la enigmática sonrisa con que se entreabren los labios de *Gioconda*, la gloria de aquel famoso Leonardo, que, envuelto en la hopalanda, salió una noche de su estudio para recuperar en la corte de Francisco I la propiedad de aquella obra sin la cual no podía conciliar el sueño, sin la cual se sentía morir.

Si Dios creó el espíritu, también creó la materia. Son los dos elementos con que está el hombre formado. Los dos son amables y benditos. Ninguno sobra, porque ambos se completan. Así en la obra artística, creación humana.

³³⁴ Se refiere a Castelar.

El culto a la forma perdurará, mientras los enamorados de la belleza perduren. La forma se renovará eternamente como la vida, de la que es luminosa manifestación. Se quebrarán, acaso, los moldes consagrados por los siglos. Surgirán ánforas nuevas. Pero la eterna mariposa de la forma besará siempre la frente del hombre, perpetuo soñador de la belleza. Se sucederán los estilos, pero quedará la palabra. Cambiarán los ideales, pero permanecerá siempre la forma, que es la lengua en que hablan los dioses.

Sebastián PADRÓN ACOSTA
La Laguna de Tenerife, Febrero 1933

- 3 de marzo

La isla de La Palma

A don Pedro Cuevas Pinto

La isla de la Palma se despereza sobre el mar con las castas morbideces de su cuerpo de diosa. Bajo la llama sangrienta del sol tiende la isla la magnificencia de sus panoramas, donde ha puesto un beso la diosa de la hermosura. La égloga tañe su caramillo en la ondulación de las colinas que recortan su silueta en la cóncava inmensidad. Ríe la luz en la volcánica esquivez de la *Caldera de Taburiente*, macerada por los cilicios del viento, y donde el poder y la gracia celebraron el mito de unos desposorios, cuyo epitalamio cantó el mar con versos de espuma en la desnudez de los acantilados.

A ratos la isla se engalana con el velo de novia de sus almendros floridos y a ratos cubre la gentileza de su figura con la pompa invernal de su manto de esmeraldas. En las noches blancas de pureza lunar busca la ruta de sus sueños en el lejano sendero de las lejanas estrellas, donde luce el "sideral boyero su arado estelar"³³⁵.

Cuando la hora del cansancio llega, y la isla siente las fatigas de la maternal prodigalidad, se hunde, silenciosa, en la parda estameña de sus campos de estío. Reposa al mediodía, cuando la luz hierde, en el declive de las *Indias*, que nos saludan en el camino con la extraña arquitectura de un moruno aduar. Los atanores son las arterias, por las que circula la savia de su vida, savia que luego se derrama para bordar de verdura las rientes alquerías. Tiene una belleza tal de diosa y de madre esta isla verdegueante, que no sé si arrodillarme o besar la aristocracia de su frente. El que a sus costas arriba siente el impulso de tenderse bajo la sombra de sus pinos, donde las aves desatan sus lenguas de cristal.

Por la sombra de los bosques pasa todavía la silueta ancestral del bravo Tanausú, el galán altivo que quiso morir antes que ver a su isla esclava.

Se extasían los ojos en la calma pastoril de sus blancos caseríos, que se posan cual gaviotas en la curva azul de las colinas. El monolito *Idafe* se yergue aún como el rústico símbolo de las pasadas idolatrías.

La Palma retoza como una zagala en la bucólica placidez de *Puntallana*, y trepa, enamorada y temblorosa por las faldas de sus montañas, para despedirse del sol, cuando huye en su carro de topacios. Y pasa por la calma monacal de *Los Llanos* con el porte señorial de una grave duquesa. Los riscos de sus solitarios parajes acusan el ascético perfil de los antiguos cenobitas, y en el jardín de *Las Breñas* la Palma abre los frágiles pebeteros de sus rosas.

Cuando la noche desata su manto de luceros, la isla cruza las manos sobre el pecho y reza con el fervor de una blanca novicia. En la pompa maravillosa de sus vertientes de *La Galga* borda el ensueño de un verso pastoril.

³³⁵ Verso de Tomás Morales, de la "Alegoría del Otoño".

Bajo la realeza de sus galas nupciales hierve el coraje de su sangre guerrera. Y tras la lucha ideológica y social de sus hijos se purifica el modo del combate.

Vestida de campesina, la Palma se entrega a las agrícolas faenas, y cuando la ruda labor le fatiga, se duerme a la sombra de sus pinares de *Fuencaliente* en la tibia blandura de las siestas estivales. En las tardes de ópalo, de religiosidad llenas, en los almendros de *El Paso* prende la blancura de sus galas de novia. Y mientras escucha el viejo cuento que relata serenamente la abuela, pensativa se inclina sobre el telar, donde sus dedos de marfil tejen la sutil urdimbre de la seda.

La crestería de sus montañas son las almenas del fantástico castillo, donde su espíritu romántico sueña, almenas donde un día colgaron las nubes sus vaporosos alquiceles.

Todo en ti es risa y luz, armonía y color. Eres ascética y brava, enamorada y combatidora, modesta y altanera. Te preocupan las ideas como a los antiguos filósofos de Atenas. Sobre todo lo humano derramas la sal de tu donosa ironía. Y se pulen tus espadas en la espiritual pelea. Tienen en tu cerebro las ideas un singular poderío. Y son tus hijos recios corifeos de los más paradójicos ideales. Unos, apóstoles de Cristo, y otros, de la revolución adalides. Ruda la lid, pero hecha sangre y nervios la idea. Así me gustas: preocupada y lidiadora, como cumple a tu providencial destino. El ideal siempre ha tenido color de púrpura en su bandera.

Tu nombre simboliza el ensueño de los antiguos guerreros. Hay una palma en el cuartel principal de tu escudo. Tienes la forma de un inmenso corazón que palpita sobre el tálamo de los mares, donde aún parecen escucharse las dolientes estrofas del eterno madrigal, que un día en las alas de la brisa escribiera aquel bárbaro heroico –galán de tus gracias cautivo– cuando, prisionero en la nave fugitiva, te perdió para siempre en las soledades del mar.

Sebastián PADRÓN ACOSTA
La Laguna de Tenerife, Marzo de 1933

- 9 de marzo

Las águilas sobre Inglaterra

El alma vuela otra vez sobre la opulencia de los versos queridos, que se incendiaron como hogueras en una hora fausta de mi vida. Y busco de nuevo el halago musical de aquella orquesta de dioses. *Las Rosas de Hércules* conservan la prístina lozanía de la fuerza y de la gracia nativas. Ahora me parece que acaban de nacer en la lira del poeta. Poseen la juventud de las cosas inmortales. El ruiseñor de Rubén, muerto el poeta de "La Cartuja", fabricó su nido en el arpa de Tomás Morales. El águila del Atlántico recibió la herencia musical del Cóndor de los Andes. Ambos aman la polifonía del verbo. Pero con una diferencia. Rubén busca el primor, la delicadeza, el mimo, lo femenino de la palabra. Así habla el escultural prosista José Enrique. Tomás Morales, en cambio, busca la rotundidad, la plenitud, la fuerza del verbo. Tomás es la fuerza de Hércules. Rubén Darío, la gracia de Eros.

Si el gesto apuntado no es el exclusivo en ambos poetas, al menos es el dominante. Rubén escribió: "Era un aire suave", pero también "La marcha triunfal". Morales junto a "Britania Máxima" tiene "La balada del Niño Arquero". Sin embargo, "La marcha triunfal" estaría mejor en el arpa de Tomás Morales y "La balada del Niño Arquero" en la lira de Rubén Darío.

Tomás Morales gusta de la solemnidad, de la elocuencia, de la fuerza de la palabra. Las estrofas de Tomás Morales pasan ante el espectador con aire militar. Sus estrofas diríanse un escuadrón de soldados, enjaezados y marciales, que desfilan con el prestigio de una disciplina inviolable y al redoble de los tambores. El espectador se contagia y siéntese empujado a formar parte de aquel sonoro cortejo militar, que desfila.

La estrofa de Tomás Morales –plena y sonora– tiene la majestad del vuelo aquilino, vuelo de águilas que suben gloriosamente y se pierden en el espacio entre las orgías del sol.

Ante la plenitud de la estrofa moralesca pasan los grandes músicos de la epopeya y asisten al pontifical del poeta. Pasa Homero con el cortejo de sus dioses, Virgilio con la gloria de Eneas; Tasso con el escuadrón de sus cruzadas; Milton con sus figuras paradisiacas; Camoens con el estruendo lusitano; Ercilla con el brillante chocar de los aceros españoles. Las estrofas se suceden con la majestad imponente de una marcha fantástica y aquilina. Los versos retumban como canto monstruo de océanos, encabritados como los *cuatro piafantes brutos* de la "Oda al Atlántico". Suenan las estrofas como un redoblar de martillos de oro sobre un sonoro yunque de plata. Toda la armonía del Universo recogida en el acorde de los versos marciales.

"Britania Máxima" es la poesía en que el tono épico y solemne del poeta llega a su madurez. Diríase que los pulmones necesitan más aire para recibir la plenitud de las estrofas grandilocuentes y prolongadas, que parecen cantar la epopeya de todos los dioses del Olimpo.

Allí adquiere la palabra moralesca toda su solemnidad, toda su fuerza épica, todo su vuelo aquilino. Y la divina borrachera musical nos exalta³³⁶:

"Sonoras las marchas llenaban los aires con su algarabía;
el sol incendiaba los enguarnaldados pendones de guerra,
donde entre entusiasmos y entre aclamaciones la turba leía,
bajo un resonante temblor de campanas un "¡Hurra Inglaterra!".
¡Son ellos, los bravos! Las fuertes columnas del sajón criterio,
los que presenciaron un día, ardientes las almas en fuegos patriotas,
el postrer flameo de los estandartes del vencido Imperio
y el ronco alarido que al caer lanzaron las águilas rotas".

Si en Tomás Morales tiene Inglaterra un cantor magno, en Guerra Junqueiro ha tenido un poeta agresivo. La musa de Guerra Junqueiro es la rebeldía satánica, por eso canta con la desesperación de un precito. Es el odio hecho verso, la rabia convertida en estrofa. Tiene este Guerra Junqueiro una inmensidad dantesca. Alighieri, pero Alighieri en la primera parte de la *Comedia*. Asombra que la garra monstruosa y alucinante de Junqueiro haya modelado el infantil y formidable poema *Los Simples*. La más cruel y descarnada diatriba que se ha escrito contra Inglaterra la dejó el poeta lusitano en su sangriento libro *Patria*.

Ante el poderío de Inglaterra la musa de Tomás es una orquesta, la de Guerra Junqueiro una implacable maldición. ¡Qué abismo entre el tono de ambos poetas –amor y odio– pero qué formidables las concepciones! El águila de Atlántico alza su vuelo en el ditirambo de unos laúdes triunfales. El águila lusitana se remonta para lanzar el salivazo de su desprecio monstruoso. El verbo de Guerra Junqueiro es la voz de la revolución, el acento congestionado de la rebeldía. Y así el vate portugués –el formidable plasmador de *Los Simples*, una de las cosas más delicadas que se han escrito– desata su furia contra Inglaterra en estrofas aceradas y desnudas como esta:

"La naciones un día como hienas dementes,
tu imperio han de rasgar en feroz convulsión.
Y en el torvo alalí, dando saltos ardientes,
con espumas de rabia bañándoles los dientes,
¡te han de dar cada una su tremenda sanción!

Y en medio de epilépticas convulsiones de rabia del poeta grita, desesperado:

"Y sola quedarás en tu isla normanda
con tus viejos varones de los tiempos de Arthus;
devorará tu pecho como un cáncer, la Irlanda

³³⁶ ¿O *asalta*? Lo que dice erróneamente es *axalta*.

y en tu carne has de ver, ¡oh! meretriz nefanda,
que la sangre da lodo y que el oro da pus".

Y el tono profético, terriblemente agresivo, culmina en aquellos acentos, rebosantes de maldición y de odio:

"Bancos, docks, almacenes, prisiones, monumentos,
reventarán, ni resto, ni rastro ha de quedar...
Y al fragor que levanten tus últimos lamentos,
responderán – ¡ladrando! la furia de los vientos,
responderá – ¡escupiendo! la ironía del mar.

Sebastián PADRÓN ACOSTA
La Laguna de Tenerife, Marzo de 1933

- 12 de marzo

Cabeza de mendigo

Descalzo, andrajoso y vacilante, enseñaba, el áureo brochazo de sol, la maravilla escultórica de su cabeza cana. Habíase ensañado la miseria en aquel cuerpo nómada, por el que pasó la crueldad de muchos inviernos y en el que había prendido su caricia la blandura tibia del estío. Abrigaba su miseria con el harapo de una capa grasienta y raída, como la del filósofo griego. Roto y curvado sobre su báculo, recorría los caminos, implorando la caridad pública, que a ratos era generosa con él y que otras veces lo dejaba pasar, indiferente y muda.

Las arrugas surcaban su faz, en la que se encendían las llamas de sus ojos, velados por la gastada emoción de la vida. La luz de una mansedumbre infinita unguía la mirada de aquel viejo, reveladora de un alma prócer, que, encarcelada en un cuerpo miserable, desfilaba ante las gentes, desdeñosas y alborozadas. Resbalaba por su cabeza una sedosa guedeja de plata, bruñida por el sol. Aquella cabeza de perfil ascético, de gesto de filósofo era digna de ser pintada en un lienzo de Zurbarán o reproducida en un cuadro de Ribera.

Por encima de aquellos harapos mugrientos el mendigo levantaba con lentitud majestuosa de la aristocracia escultural de su cabeza, donde fulgían los nimbos de una ancianidad serena y venerable. La cabeza parecía no estar acorde con el guiñapo que cubría el resto de su cuerpo. Sus andrajos eran un insulto a aquella cabeza excelsa, que pedía la realeza de la púrpura. Era una cabeza de patriarca, cabeza de Rey.

Un escritor del siglo XIX dijo de Mirabeau: "La naturaleza parecía haber modelado su cabeza para el Imperio o para el cadalso". La cabeza de aquel mendigo no había sido modelada para la guillotina. Era una cabeza augusta, cabeza tallada para un trono o esculpido para modelo en el taller de un estatuario o en el estudio de un pintor. Estaba maravillosamente ejecutada. Yo no he visto resplandecer la ancianidad como en el prestigio de aquella cabeza. Lo augusto, lo sereno, lo venerable de la vejez estaba plasmado allí con insuperable maestría.

El anciano pasó ante mis ojos, con la mansedumbre en el gesto, sin sospechar que yo ambicionaba para él la excelsitud de un trono, el homenaje de un cortejo palatino, el Poder de una Monarquía ilusoria, el prestigio de la investidura real.

No pude contener la idea, que pugnaba por brotar de mis labios, y le arrojé esta frase:

- No debía usted ser mendigo, sino Rey.

El viejo me miró severamente, sospechando, acaso, una ironía en la piedad infinita de mis palabras. Sonrió luego con mansedumbre, y contestó secamente:

- Rey. Y, ¿para qué?

La sonrisa iluminó de celestes resplandores su semblante de asceta. Había en aquella cabeza una majestad escondida, malograda. Una íntima consolación en el fondo brumoso de aquella vida, que se apagaba como la lumbre de la tarde, que nos envolvía. Al contacto de mis palabras el ala sutil de la gloria puso el temblor de una secreta emoción en las veladas pupilas del anciano. Y la caridad del sol volcó en la cabeza de

armiño su arca de oro, más limpio que el cobre que la justicia social le arrojaba en el insulto de una limosna ostensiva.

Me admiró el ademán discreto y elegante del mendigo, tanto como me había sorprendido la magnificencia estatuaría de la cabeza maravillosa, digna de esculpirse por el masculino buril de Miguel Ángel, que supo tallar un día la regia y legisladora cabeza de Moisés.

Si yo fuera escultor, llevaría a mi taller aquella cabeza para no dejarla morir, para que el cincel la perpetuara en la dureza imperecedera del mármol. No sé qué halos inefables habían besado aquella cabeza mayestática y excelsa que pedía la regia suntuosidad de la púrpura bajo el armiño de la nevada cabellera. Y mientras aquel anciano temblaba de frío bajo la protesta de la cabeza cana, los hombres se entregaban a la orgía crapulosa del Carnaval.

Sebastián PADRÓN ACOSTA
La Laguna de Tenerife, Marzo de 1933

- 16 de marzo

La servidumbre palatina³³⁷

El género común es el género escuderial. Abunda, como abundan las plagas de Egipto. Es una de esas cosas que se detestan, pero que no tenemos otro remedio que soportar. El escudero está entroncado con los palafreneros y se confunde con la especie lacayuna. El lacayo se caracteriza por la flexión de la espina dorsal. Nació para vivir uncido. Y se ufana de su donosa servidumbre. Odia el gesto gallardo de Espartaco, el caballero de los esclavos. Ama la coyunda, y es el deleite de los visitantes en las antecámaras palatinas. El escudero sigue al señor como un mastín, elogia al amo, presenta la espuela cuando el caballero va a montar sobre el inquieto alazán. El escudero es la caricatura de la pirueta humana. El emblema de los que se arrastran para subir. El arribismo asaltante. El símbolo de los espíritus cínicos y maquiavélicos. El tipo de la mueca palatina. El escudero recibió el espaldarazo de la andante cortesanía. Y está versado en la ciencia palaciega. Encarna el espíritu cortesano de baja estofa, la adulación menguada.

El lacayo en traje de caballero dedica su vida a captar chismes, como Domiciano moscas. No encuentra otra pieza más digna que cazar. Y así se le escapa la vida, entre las inclinaciones al señor y el chisme de la antecámara.

¡Qué humanos son los lacayos! ¡Cómo simbolizan insuperablemente el espíritu rastrero de los hombres viles! Son la bajeza de la disminución personal, el empequeñecimiento de la talla humana.

Conozco lacayos con antifaz de personas, que hieren por la espalda con la lealtad de los caballeros. La palabra melosa en los labios y el puñal en la intención. Magníficos escenógrafos del proscenio humano. Venden a Cristo no por treinta dineros, sino por una sonrisa del señor.

Qué maltrecho y mal ferido está mi señor Don Quijote, el de los gestos gallardos y de las recias actitudes. Cómo cabalga, casi desmayado, sobre Rocinante, que es el Pegaso de sus victoriosas locuras.

El qui jotismo está en crisis y el sanchopanzismo acrece. Panza, Panza y Panza. No quieren nada con la nobleza de Don Quijote. El amplio y rechoncho Sancho Panza hace las delicias de la sociedad contemporánea. Mano a la bolsa y mano a la vida.

No creo que el Sancho Panza de Don Quijote pueda ser incluido en la recua de los nuevos lacayos, porque Sancho Panza, el escudero del ingenioso hidalgo, era un hombre de bien. Cuando veía oscuros muchos puntos de la andante caballería, Sancho tenía el valor de exponer sus dudas a Don Quijote, y hasta discutió reciamente con él acerca de varios puntos flacos del caballero. El Sancho Panza de hoy es una especie depauperada, una degeneración de la raza. Porque entre los Sanchos existe eso que se llama prosapia. Y entre ellos, también, hay clases. El escudero actual admite, excusa, elogia todo, siempre que ese todo tenga por punto de partida este otro: mi señor amo.

³³⁷ Parece formar parte de lo que en años anteriores fue llamado por él mismo sus *Estulticias Sociales*.

Lo que en torno del señor gire, está bien. La coyunda absorbe toda la individualidad del lacayo. Si tal servidumbre naciera de motivos ascéticos, lejos de ser una bajeza, sería una excelsitud espiritual, un ademán elegante. Pero a estos lacayuelos lo que menos les importa son las cosas del espíritu. Aman con heroísmo sus estómagos. Ahí está el secreto de sus escuderiles afanes. La lisonja cortesana en la flor de los labios, y el veneno en la intención.

Qué masculina se destaca la eterna quimera de Cervantes, cada siglo que pasa. Y cómo se agiganta cada día la persona irreductible de Don Quijote. Con cuánta justicia quiso el insigne y paradójico don Miguel de Unamuno reconquistar el sepulcro de Don Quijote, con su libro fuerte y agresivo. Con qué empeño genial quiso resucitar el quijotismo de la raza, que no sé si ha entrado en un periodo de agonía.

Pero aún pasa por la tierra una gloriosa descendencia quijotesca, que se resiste a formar parte del rebaño. Que no quiere contaminarse con el cortejo de los palafreneros. Ascendencia que siente asco ante la farsa escuderil. Y los que, acaso, se ven obligados a vivir como mendigos, por no prestarse a manejos cortesanos, tal vez, veneren a su señor, con un sentido más humano, más digno y más limpio. Tendrán que vivir como mendigos, habiendo nacido en cuna de señores.

La adulación rastrera es el estigma de los hombres esclavos. Y en medio de la adulación decorada han caído los tronos y se han hundido las decadentes dinastías. El amor a la verdad y a la palabra sincera y el gesto digno honran al hombre. La librea del lacayo es peligrosa. Quien calza elevado coturno, sin poderlo soportar, queda expuesto a que los espectadores le silben. El que siente aficiones de actor debe serlo de verdad, porque si no lo es corre peligro de sucumbir entre las bambalinas. En esta inacabable farsa de la vida, salen a escena muchos actores, que lo hacen muy mal, aunque su público aplauda hasta rabiarse.

El día final, cuando caiga definitivamente el telón que cubre la miseria de la tramoya humana, cuántas monstruosidades contemplarán los hombres. Ese día será el único en que la verdad no podrá ser escarnecida. Entonces caerán todas las caretas. Y triunfará para siempre la alcuña inmortal de los Quijotes. Y el que no nació palafrenero, ni lacayo, ni escudero comprenderá la inmensa grandeza que se encierra en la enorme desgracia de no ser actor. Es una de las rebeldías más altas que peregrinan por la Tierra.

Sebastián PADRÓN ACOSTA
La Laguna de Tenerife, Marzo de 1933

- 28 de marzo

La blancura pascual

Al letrado López de Vergara

La mañana se ha encendido como un inmenso cirio. Acá la parda llanura, donde se deslíe el oro rubio de la espigas, que cantan en la luminosidad de la mañana el místico verso de Rubén. Allá, la curva azul de las colinas. Más allá, los blancos alquiceles de las nubes, traspassados por el puñal de púrpura del sol.

Unas niñas pasan, engalanadas con velos de novia, blancas, aéreas, leves como mariposas. El sol las envuelve en su polen de oro, como una bandada de palomas blancas. Diríase que se han vestido con copos de nieve. Coronan la pureza nacarina de sus frentes con flores de azahar, que acaricia las figuras virginales con una oleada sutil de perfumes. Las niñas se envuelven en la castidad vaporosa de sus tules, a través de los cuales se transparenta la blancura de sus cuellos de cisne.

Las caritas están modeladas en alabastro, en marfil, en nácar, en nieve. Y los ojos han sido hechos de pureza y de sueño. Están en ellos el lago, la noche y el mar. Son verdes, negros, azules. La sonrisa florece con una felicidad sin mancha. Las perlas se posan sobre las gargantas, sobre los brazos, sobre los dedos, como gotas matinales de rocío.

La luz pone halos de santidad en las cabezas vírgenes, por las que resbalan tirabuzones de oro, tirabuzones de ébano, que besan la suavidad impoluta de las mejillas, que son de azucena, de nardo, de jazmín. La pureza hiere aquellas frentes de lirio. Todo en ellas es infantil, puro y primitivo. Tienen la fresca virginidad del alba. Poseen "el esplendor infinito de lo que es virgen", como cantara Francis Jammes.

Diríase que aquel grupo de niñas son un ramillete de azucenas, frescas, recientes, cortadas en el silencio de un jardín monacal.

Caminaban alborozadas y sonrientes, con júbilo primaveral de los místicos desposorios.

Una oleada de pureza y de infancia estremece las almas de la multitud, que, curiosa, las ve desfilar, blancas, aéreas, vaporosas. Y hay lágrimas en algunas pupilas.

Ellas son la belleza, que pasa vestida de niña. La infancia con blancura de cisne, con galas de armiño. Sus cuerpos van cubiertos de blanco, sus almas vestidas de inocencia. Lo puro, lo incontaminado, lo virginal va en ellas. Pasan, ornadas con la clámide inconsútil de la gracia bautismal.

La luz envidia la belleza de aquellos ojos y la gracia de aquellas manos y el terciopelo negro de aquellas cejas y la rosa fresca de aquellos labios.

Han celebrado sus místicos desposorios con la carne virgen del Cordero pascual. Han recibido hoy la primera Comunión. Y un hálito sobrenatural se diluye en el ambiente de esta mañana eucarística.

Los tules de detienen en los rostros de azucena, como la espuma al borde de la playa. La brisa, perfumada de litúrgico incienso, estremece las alas, que las desposadas

llevan prendidas en la espalda, alas que ostentan geometría de cisnes. Las manos, leves y niñas, hundidas en la gamuza de los guantes, sostienen simbólicos cirios. La más pequeña de las desposadas aprisiona entre sus manos diminutas, como si fuera un pajarillo, un ramillete de violetas, que difunde la leyenda de su perfume. El alborozo de las niñas en el júbilo de la mañana suena como estrofas de epitalamio. La inmensidad divina ha cabido en la pequeñez humana. El sol, como un padre bueno, ha puesto sobre las niñas su larga caricia paterna. Y las besa con ósculos de luz. Dios se viste de cordero. La Naturaleza humana comulga el infinito amor de Dios. Este día es para estas niñas, que han comulgado por vez primera, una fiesta Pascual, una fiesta toda blanca. La Navidad de las almas. Jesús reposa en sus corazones infantiles, como en el mejor de los sagrarios. Son ellas la pureza sobre el fango. Una bandada de mariposas sobre un pantano. Sin contaminar la delicadeza sutil de sus alas.

La mañana se ha encendido toda, como un inmenso cirio. Las cumbres se desnudan con una desnudez virginal y primitiva. Por los valles ruedan los copos vaporosos de las nubes, *como corderos pascuales*. El alma parece que escucha las lejanas arpas de las celestes jerarquías. Dios desde arriba sonríe a las místicas desposadas. Deslíese el oro rubio de las espigas, que anuncian el milagro de la Eucaristía. Y en el aire perfumado de la mañana tiemblan estos místicos versos de Rubén Darío:

"Pues en la paz del campo la faz de Dios asoma.
De las floridas urnas místico incienso aroma
el vasto altar en donde triunfa la azul sonrisa;
aún verde está cubierto de flores el madero,
bajo sus ramas llenas de amor paca el cordero
y en la espiga de oro y luz duerme la Misa".

Sebastián PADRÓN ACOSTA
La Laguna de Tenerife, Marzo 1933

- 1 de abril

El Poeta de San Marcos

A mi playa ha llegado un viajero, que trae entre sus manos la ofrenda cordial de un libro. Sobre la cubierta del libro se lee: *El Poeta y San Marcos*.

El esquiife, en que viaja el poeta, ostenta en su proa la agresión de una hoz simbólica. La curva buida de la hoz nos mira, amenazante.

Un hombre, aparentemente indiferente y seco, pero preocupado y afectuoso en la intimidad, lleva el timón del esquiife. Agustín Espinosa, el de las albas futuras. Una racha salobre de *la rosa de los vientos* estremece las lonas triunfales y estridentes del navío.

Andrés de Lorenzo Cáceres –el viajero– despierta en la bahía, con sus ojos azules, bañados en una luz extraña: Alba y Poniente. Dos luces, fundidas en una sola, pero cuya línea divisoria percíbese aún, más en *El Poeta y San Marcos* que en *Isla de Promisión*.

El viajero lleva en el alma un empeño dorado: quebrar un viejo canon estético. Ansía una nueva turquesa. Siente el cansancio de la metáfora gastada. Intenta descubrir nuevas semejanzas entre lo material y lo imaginado. Su fantasía se posa, como una laboriosa abeja, sobre el secreto de las cosas. Andrés de Lorenzo Cáceres huye del tema diluido por el abuso. Y vacía su originalidad en la rebelde juventud de una forma nueva. Sin embargo, Andrés acaso piense en la frase pesimista del gran lírico: "Todo está dicho. Pongamos un comentario inédito sobre los temas eternos". A través de los dos libros –*Isla de Promisión* y *El Poeta y San Marcos*– se siente el juvenil anhelo de una lírica conquista: romper el encanto de una vieja idolatría. El segundo libro es menos afanoso que el primero. El pensamiento surge más transparente. No se da el lector tanta cuenta del empeño del poeta. La visión brota fresca, límpida, material, en medio de lírica veste en que el viajero se envuelve. El último libro es algo definitivo dentro del rumbo nuevo y juvenil de Andrés de Lorenzo Cáceres. La metáfora es ya diáfana y segura. El poeta aparece como dueño de sí mismo, explorador de nuevos países. La rebeldía toma cauces normales. Es una rebeldía digna de respeto, como todo lírico afán de nuevas modalidades. Sin embargo, hay en el libro una cosa que yo no puedo respetar. Los *poemas burlados* son de lo mejor que ha salido de esta pluma joven y arisca. Exceptúo de la burla de esos poemas la ironía a la narración genesiaca, que exige más estudio y más respeto.

La mano del artista es segura. El poeta logra dos cosas: la conquista dorada de su quimera y el interés creciente del lector. En los *poemas burlados* asoma el perfil superficial de Voltaire. Y asoma en la ironía a la narración del Génesis. Voltaire con una carcajada creía dar solución al problema católico. El dogma cristiano solo mereció de aquel gran frívolo del siglo XVIII³³⁸ una satírica sonrisa.

³³⁸ Dice XVII; y aunque nace el francés a finales del siglo XVII, suponemos que quiso decirse XVIII.

Una belleza nueva orea el libro de San Marcos. El libro no tiene aspecto ni ambiente de museo. Ya advirtió Cáceres en *Isla de Promisión* que "no mentaría para nada el 25 de Julio de 1797". El tópico, que es la máscara de los impotentes, no aparece, por fortuna, en ninguno de los dos libros.

El Poeta y San Marcos es una ola encabritada sobre la desnudez de un peñasco, que se eriza de cortantes aristas, bajo un sol que calcina. Es un brioso corcel –Rocinante y Pegaso– en que cabalga el temperamento lírico del poeta del color malva.

El libro tiene visiones plenas, momentos de juvenil superación. Pero el cansancio pone en el libro su bostezo: "Graziela". Yo la hubiera proscrito del libro. Pero Andrés de Lorenzo Cáceres no puede hacer que su juventud se olvide de Graziela. Aquí la luz del Poniente vence a la luz del Alba.

El libro es más que una esperanza. Es la realización de una dorada quimera. La conquista de un lírico sueño. El gesto arisco de Andrés de Lorenzo Cáceres es un gesto innovador y simpático.

El libro es fresco, matinal. Tiene luces de aurora, púrpuras de Poniente, reciedumbres de juventud, alarma de mar bravío, olor de selva virgen.

Andrés de Lorenzo Cáceres ama la belleza, como un griego del tiempo de Pericles, como un pintor del Renacimiento, como un miniaturista de viejos códices. El color malva sugestionla la imaginación del joven poeta.

Andrés de Lorenzo Cáceres es "una isla de oro, que se hunde en un precipicio de púrpura".

Sebastián PADRÓN ACOSTA
La Laguna de Tenerife, Marzo de 1933

1934

- 22 de marzo, Hoy

La Musa de Anchieta³³⁹

La Universidad de Coimbra fue la cuna intelectual de Anchieta. Allí, el adolescente lagunero dedicose al estudio de la lengua latina, por la que sentía singular predilección. No es aventurado suponer que en la soledad de su retiro lusitano consagrara Anchieta las horas mejores de su estudio a la literatura latina. Ante la inteligencia despierta de nuestro místico pasaron los hexámetros esculturales de Virgilio, la concisión lapidaria de Salustio, la orquestal grandilocuencia de Cicerón, la estrofa punzante de Valerio Catulo, el colorido de Tíbulo, el vuelo aquilino de Horacio, la plasticidad de Ovidio, la transparencia de Lucio Séneca, la cólera hiriente de Lucilio y la elegancia romana de Julio César.

La belleza clásica, que Anchieta contemplaba en aquel desfile solemne de escritores con gesto de dioses, que pasan envueltos en la gloria de la púrpura romana, sirvióle de poderoso acicate, que le impulsó al cultivo del verso latino.

Los profesores y alumnos de la Universidad portuguesa aplauden las estrofas iniciales de aquel poeta incipiente. La musa de Anchieta recibió allí el homenaje de una investidura que debió producir en su alma de isleño suavidades de caricia. Y fue que los lusitanos comenzaron a saludarle con el epíteto halagador de *El Canario de Coimbra*. Así fue recibida y acaso ovacionada con aplausos estudiantiles su musa, que entonces lucía traje de colegiala. Aquellos primeros versos, nacidos en sus horas doradas de estudiante lusitano, eran la iniciación, el fundamento de los dísticos, de las estrofas latinas que quince años más tarde comenzara a escribir *sobre las blancas playas de Iperoig*.

Después, José de Anchieta ingresa en la Compañía de Jesús y es destinado al Brasil. Aquí el alma dúctil del poeta se asimila la poesía de aquella naturaleza americana; la epopeya brasileña halla eco en las cuerdas de su lira, y Anchieta canta en *heroicos versos latinos* la *Vida y hazañas de Men de Sa*. Su alma se funde con el alma de los indígenas; el idioma de estos es recogido por Anchieta en libros que aún en el siglo XIX merecieron ser traducidos al inglés y al alemán; Anchieta escribe en la lengua de los gentiles poesías, obras teatrales y opúsculos religiosos; el alma de Anchieta, toda caridad y sacrificio, se derrama sobre las almas de los indios, perdidos en las selvas de América. La musa de Anchieta ostenta ahora cabellera agreste y selvática. Se atavía con atributos indígenas, y hay en su persona el gesto apostólico y heroico del misionero. Su lira se torna una zampoña que suena en las oquedades de los bosques de América. Y sus versos, donde palpita la virginidad primitiva del alma brasileña, suben *por la escala luminosa de un rayo* de luz hasta el trono mismo de Dios. Aquellos versos eran un

³³⁹ Este texto es la conferencia con la que Padrón Acosta participó en el acto del IV Centenario del nacimiento de José de Anchieta, llevado a cabo en el Ateneo de La Laguna en marzo de 1934. El ensayo definitivo, editado en 1940, lleva por nombre "Anchieta", y está junto a otros tres ensayos en el libro *Poetas Canarios* (Santa Cruz de Tenerife, Biblioteca Canaria, 1940). Fue reeditado por la Editorial Leoncio Rodríguez S.A., del periódico *El Día*, en 2001, con un prólogo de Marcial Morera. También se ofreció desde *La Prensa* (el mismo 22 de marzo de 1934) un fragmento de la parte primera.

salterio. La musa de Anchieta, perfumada con aromas indios, cubre ahora su cabeza con un penacho de polícromas plumas.

Sus poesías, encendidas de celo apostólico, resonando en las concavidades agrestes y en los rústicos parajes de las breñas, arrancadas al arpa de un místico tinerfeño, eran un símbolo del alma canaria, fundiéndose con el alma de América. Eran el emblema de la cultura española del siglo XVI, que penetraba, heroica y avasalladora, en las selvas vírgenes de América –la dulce novia de Colón–, con la algazara de la trompa épica.³⁴⁰

Era España, Castilla era, que, a fuer de infatigable sembradora, a través de Canarias, en América dejaba como simiente inmortal los pentagramas de luz de su raza bravía, de su raza ibérica y latina, que tuvo adarga de Quijote y tizona de Cid, que tuvo la pauta jurídica de las Sietes Partidas, que tuvo las ingentes llamaradas de las *Leyes de Indias*, que tuvo la mano creadora de Cristóbal Colón, y que para cantar sus hazañas creó la vihuela del Romancero.

Era Castilla, España era, porque se había encendido en su alma la aurora de un ideal, que la espoleaba hacia arriba, hacia la cumbre, donde la excelsitud de todas las ideas irradiaba. Y los ojos de los místicos de Ribera y las pupilas de los monjes del Greco diríase que se han quedado perdurablemente posados, con nostalgia infinita, sobre la curva azul por donde se desvaneció el trueno de oro. Y con sus ojos, llenos de luz, miran todavía la polvareda, que en la inmensa llanura gris dejó el galope brioso del caballo del Cid. Era España, Castilla era.

Los versos de Anchieta realizaron el milagro. La brisa brasileña recogió en sus alas de seda aquellos acentos, que ostentaban el prestigio de una encarnación. Eran el símbolo de las nupcias de Canarias con América, nupcias del galán guanchinesco con la virgen india.

La musa de Anchieta cantó el epitalamio de estos desposorios. Aquellas trovas americanas son nuestro anillo de bodas. Y las espumas de la playa eran el velo de novia, que se rompía en hilos de luz, en níveos y áureos manojos de azahar. Y las estrellas, las púdicas vírgenes siderales, que formaban el cortejo nupcial. Y los bosques, los ingentes pebeteros de aquella noche de bodas.³⁴¹

La cultura humanística de Anchieta produjo una flor espléndida: el poema de María. La mariposa azul de la leyenda –lo diré así para soslayar la risa de los escépticos, y "la carcajada está prevista", como dijo Papini– revolotea en torno al nacimiento del poema.

Anchieta hizo voto de escribir la vida de la Virgen en versos latinos, para que esta lo defendiese de las *mil visiones* de que Rubén habla en sus maravillosos serventesios de "La Cartuja". Y sobre las playas de Iperoig, sin papel, ni tinta, ni pluma comenzó Anchieta a escribir los versos hasta retenerlos en la memoria.

³⁴⁰ A partir de este punto, y hasta unos párrafos después, no aparece en la edición de 1940.

³⁴¹ A partir de aquí sigue la edición de 1940. Y hasta aquí llega el fragmento publicado en *La Prensa*.

El poeta, en los dísticos que integran la dedicatoria que se halla al final del poema, afirma que esta es la causa de haberlo escrito.

No debe sonreír el espíritu moderno ante el voto de un místico del siglo XVI. También "el fundador de la dirección racionalista en la filosofía moderna", Descartes, hizo voto a la Virgen de una peregrinación a Loreto, "si le ayudaba a resolver sus dudas". Así lo afirma Augusto Messer. El título del poema es: *Poema Marianum*. Está escrito en dísticos latinos y dividido en 28 cantos. Consta de 5767 versos. La primera edición data de la segunda mitad del siglo XVI. Y la segunda de fines del siglo XIX. El argumento del poema es la vida de la Virgen. Lo escribió probablemente a los veintinueve años, y en San Vicente. No conozco ningún estudio sobre el poema de Anchieta, y hasta dudo que haya sido escrito. Si yo tratara de buscar posibles influencias que actuaron sobre el poema, acaso me atrevería a recordar a Prudencio, del que ha dicho un moderno crítico alemán, Vossler, que es el primer poeta latino del Cristianismo. En el poema de nuestro vate existe, como en el *Peristephanon* de Prudencio, elemento lírico-épico, como puede comprobarse con una lectura paralela de las dos obras. Anchieta arremete contra los herejes, como Prudencio en los versos latinos de su *Apotheosis*. Prudencio escribe himnos, que han pasado a la liturgia católica. En la edición del poema del vate lagunero, hecha en la segunda mitad del siglo XIX –única que poseo–, aparece un apéndice: un breve oficio de la Virgen, escrito en versos sáficos y adónicos.

El ser los poemas de Aurelio Prudencio más bellos, más clásicos que el de nuestro vate no impide la posible influencia.

Así como Tomás de Aquino vertió en la estrofa la teología eucarística, con un primor y tecnicismo insuperables, así también plasmó Anchieta en los dísticos de su poema las verdades dogmáticas acerca de la Virgen, verdades que van diluidas en la biografía que con pincel magistral el poeta tinerfeño perfila.

Si el cadáver de la Mitología alguna vez deja en los versos su sombra funeral, tampoco pudieron libertarse de reminiscencias paganas los poemas de un vate latinocristiano del siglo VI, Avito, poemas que asoman por las cumbres azules del *Paraíso perdido*, de aquel ciego inmortal, cerebro hecho de luz, que se llamó Juan Milton.

No cause extrañeza que un religioso del siglo XVI escriba este poema en honor de María. Un poeta romántico del 800 español, que como poeta nació a la orilla del sepulcro de un suicida, canta con la polifonía característica de sus versos un poema consagrado a la Virgen. Y otro poeta francés del siglo XIX, "padre y maestro mágico, líroforo celeste" de Rubén, *bohémio y alcohólico*, pero genial, canta a María en el acaso mejor de sus libros. Verlaine en *Sagesse*. No quiero traer aquí, traducidos, fragmentos del poema de Anchieta, porque las traducciones suelen ser como los cedazos. Con aquellas se obtiene todo lo contrario de lo que se consigue con estos. Y es que lo fino, lo verdaderamente estético e intraducible de la obra se queda dentro del cedazo. El dominio que Anchieta poseía del contenido conceptual de que es objeto el poema, y de la forma en que iba a darle plasticidad, produjo este místico lirio del siglo XVI, que aún espera, como en la rima de Bécquer, "la mano de nieve que sepa despertarlo".

El poema es la floración de los estudios latinos que hizo *el Canario de Coimbra*. Revela Anchieta en él un profundo conocimiento de la lengua latina y ostenta elegante sencillez, que atrae y subyuga. Su musa viste ahora galas de novicia. El místico trovador comienza su obra vacilante, confesando su osadía y su pequeñez. La inspiración de Anchieta es aquí netamente religiosa, inspiración que se enciende en llamaradas, inspiración sostenida, que no decae ni en un solo dístico, inspiración que rompe en el canto doce en una congestión de cólera, al evocar las sombras de Elvidio y Calvino. Frente a los dos heterodoxos su musa llénase de ira inusitada y estalla en las estrofas, que se iluminan con los rayos de los antiguos profetas. La musa de Anchieta se convierte en agresividad, en burla, en ironía. La sátira restalla como un látigo. (Acaso sedimento de sus lecturas de Lucilio y Marcial).

El ingenio de Anchieta juega, como un niño travieso, con las letras que integran los nombres de Elvidio y Calvino, plasmando irónicas aliteraciones. Diríase que el místico poeta quiere vengarse de los que han insultado a su Dama. Y por entre el encaje de las estrofas asoma su faz colérica, agresiva, como la espada de un caballero medieval. En el poema de Anchieta está patente la huella de *El Cantar de los Cantares*, atribuido a Salomón.³⁴² Y es que nadie puede escribir sobre el amor sin conocer el inefable y escultural epitalamio bíblico que en el siglo XVI amasó la sustancia conceptual y emotiva de que están hechas las lirias de San Juan de la Cruz, y que nimbó la frente de fray Luis de León cuando este, en sonoras octavas reales y en prosa de elegancia griega, dio plasticidad castellana al epitalamio salomónico, inmenso pebetero, encendido en el alcázar de oro de la Belleza.

Las metáforas bíblicas, las figuras del *Antiguo Testamento* fulguran, en la púrpura latina de las estrofas, como piedras preciosas, como temblores de luz. El poeta da rienda suelta a los encabritados corceles de su fantasía, que es fecunda y luminosa. Hay allí una verdadera orgía de metáforas. El estro del poeta resuena con todos los acentos de la inspiración bíblica, desde el tono elegíaco de Jeremías, "el misterioso profesor de llanto", como lo llamó Rubén Darío, hasta la nota epitalámica de Salomón. Hay cantos que son sutiles madrigales, constelados de figuras, de colorido. De ellos fluye, como río de miel, un derroche de ternura. Rara vez la musa de Anchieta se atavía con atributos mitológicos. Y si lo hace es con sobriedad, de una manera incidental y rápida. De estos atributos no era fácil que pudiera despojarse un poeta latino. Y menos en el siglo XVI.

Todas las escenas de la vida de la Virgen desfilan por los versos del poema, que a ratos es lírico y a ratos épico. Bordan la urdimbre de las estrofas raudales de inagotable delicadeza y ternura, como en las palabras que en el canto XV dirige María al Niño, recién nacido. Los versos pasan como un desfile marcial. Y tiene el poema estrofas que son un regalo para el oído y para los ojos, principalmente cuando el elemento lírico predomina sobre el épico. El amor surge allí con todas sus inmensidades y con sus divinos requiebros. Leyendo algunos cantos ha llegado momento en que me he olvidado que leía a Anchieta y creí estar leyendo las enamoradas palabras del pastor

³⁴² La oración anterior fue introducida en 1940.

a la Sulamita. Tal es el encendido amor con que Anchieta platica con su Musa. Es indeleble el paso de la Sulamita salomónica por el poema anchietano. Muchos versos de este tienen luminosidad y colorido propios, independientemente de la significación de las palabras (diré, parodiando a Teófilo Gautier).

Es la Biblia el águila gigantesca que tiene sobre el poema el abanico augusto de sus alas caudales. Y no es solamente el *Cantar de los Cantares* el que su sombra proyecta sobre aquellos versos. El *Libro de la Sabiduría* quedó prendido entre los encajes del canto segundo. A ratos se esconden en las estrofas apagadas reminiscencias de versos de Tomás de Aquino, como en el canto tercero. La musical luminosidad del numen anchietano llega a la cima y se corona en estos esculturales versos del canto tercero:

"Stérnite aromáticis cunábula Vírginis hérbis,
Píngite purpúreis molle, cubíle rósis,
Balsámeis téneros perfúndite odóribus ártus,
Regáles gémmis et decoráte, cómas".

¿Quién no recuerda en estos versos el "fulcíte me malis, quia amore lángueo", de la Sulamita salomónica?

El poema irradia belleza y luminosidad, y es que cuando el amor entra en los dominios del arte, se hace inmortal.

¿Cuál fue el móvil único que orientó y multiplicó las fuerzas de este recio lagunero, metido en las selvas de América, y que dejó acaso en las zarzas que herían sus carnes los blasones carmesíes de su ilustre abolengo?

¿Qué musa inspiró las acciones heroicas de este caballero andante del siglo XVI?

Su musa fue la misma que durante siglo y medio iluminó las almas y las plumas de nuestros escritores místicos del Siglo de Oro. Fue la misma que impulsó el buril de Miguel Ángel para que dejase en el mármol el vestigio vigoroso de donde iba a nacer la figura de Moisés. Fue la misma que puso en lo alto de las catedrales góticas las caladas ojivas, que son –en verso de Salvador Rueda– "folios de alta gracia, libros de armonía, áureas ringleras de abiertos misales". Fue la misma que depositó un beso de luz sobre la frente inmortal de Pasteur, ante el asombro de la Academia de Medicina de París. Fue la misma que otro buen día se hizo genio y eternidad en la mente española de don Marcelino Menéndez y Pelayo.

Sebastián PADRÓN ACOSTA

- 29 de marzo

Cumbre y Abismo³⁴³

Irradia un atractivo singular la personalidad de este recio pescador de Galilea. Con la buida punta de su espada contesta el insulto lanzado contra el Maestro. Es un temperamento impulsivo y nervioso. Siempre florece en sus labios la palabra adecuada a las horas solemnes. El viento, el sol y el mar, con sus dedos invisibles modelaron la figura del pescador. Una rosa lírica se abrió en su alma vehemente. La sinceridad es una transparencia espiritual, que ata las voluntades con hilos de luz. Y el alma de Pedro es transparente como un prisma de cristal. Temperamento sin opacidades, sin vericuetos interiores. Carácter sin curvas.

Un día tuvo Pedro el valor de decir a Cristo: "Hemos dejado todo por seguirte. Tú, en cambio, ¿qué nos darás?".

El apóstol promete fidelidad a su Maestro. Y en un vehemente impulso de desnudez espiritual, afirma: "Señor, aunque todos te abandonen, yo jamás te abandonaré".

El alma de Pedro siempre está desnuda. Cuando habla, en su palabra va encendido todo su pensamiento. Y su verbo es ardiente como una brasa.

Jesús pregunta tres veces a Pedro si le ama. Y ante la tercera interrogación, el apóstol se pone triste. Maravillado de la insistencia de Jesús, y poniendo la desnudez de su alma en el incendio de su palabra, responde firme y hasta ofendido: "Señor, tú sabes que yo te amo".

Pero los ojos del pescador, avezados a las inmensidades del mar, un día conocieron otra inmensidad.

Después de tantas palabras de fidelidad, después de tantos arrestos defensivos en pro de su Maestro, después de tantos gestos próceres, después de tantas palabras alegres y propicias, después de la gloria del Tabor y de la regalada noche de la Cena, después de haber visto con sus propios ojos tantos milagros de Jesús, después de haber escuchado de labios de Cristo la más alta doctrina, Pedro, ante la interrogación de un auditorio despreciable, afirma de una manera rotunda, tajante, que no conoce a su Maestro. Y con el juramento ratifica su palabra.

Aquella hora, que pudo haber sido para el apóstol hora de excelsitud, fue hora de caída.

El verbo de Pedro sufre un eclipse. Niega a su Maestro. Pero los ojos del apóstol se encendieron en el momento de la negación con inusitada fosforescencia. Y en la claridad angustiosa de sus pupilas, los interrogadores vieron temblar la desnudez de su alma transparente. Los ojos de Pedro no ratificaron la palabra, salida de sus labios. Hasta en la hora de la vacilación, hasta en la hora de la caída, el alma del apóstol se desnuda. Pedro cae, y cae en el preciso momento en que su Maestro va a subir al Calvario, para allí morir por él.

³⁴³ Es el primer texto en este medio firmado desde Santa Cruz de Tenerife, el último de sus destinos sacerdotales y vitales, hasta el día de su muerte en 1953.

Pedro es el hombre que confiesa el barro en que está plasmado. Es el más humano de los apóstoles. Se acerca más a nosotros. No es como Juan, porque este es virgen. No es como Judas, porque este es monstruo. Pedro es el hombre Abismo y Cumbre. Luz y tinieblas. Fragilidad y fortaleza. Es el hombre definido por Pascal. El hombre de carne y hueso, que dijo Unamuno en su formidable libro: *Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos*.

El apóstol se rinde a su condición humana. Es cumbre en todos los momentos de su vida apostólica. Solo tiene un eclipse, una defección. Ante un auditorio servil, su fortaleza de derrumba. Y entonces Pedro es abismo, tinieblas, fragilidad, barro.

Pero cuando el canto del gallo abre ante los ojos del apóstol la inmensidad de su caída, Pedro vuelve a su altura, descubre nuevamente su gesto. No imitará la conducta del apóstol-monstruo. Ascenderá a la cima con ademán ponderado. Y Pedro es otra vez cumbre, luz, espíritu, firmeza. El apóstol recobra su hegemonía. Sale del lugar de su caída. Huye de aquel ambiente hostil, que olía a farsantes y fámulos, gente menuda y despreciable. Y sube a la montaña llena de misterios divinos, de regaladas consolaciones, de ternuras inexpresables. Asciende a la cumbre de las lágrimas. El Evangelio con la desnudez cortante de su concisión lo dice: "Y habiendo salido fuera, lloró amargamente". Las almas nobles no prostituyen sus lágrimas, como las prostituye una meretriz. Las lágrimas son el más delicado de los lenguajes humanos. Son la lengua de lo inefable. La palabra de la plenitud. El idioma supremo de los espíritus próceres. Y Pedro lo era.

El recuerdo de la persona, palabras y hechos de Jesús, contrastando con la negación el apóstol, derrumbó a este atenazado por el dolor.

Las lágrimas de Pedro fueron la lustración de su caída. Lo rehabilitaron. Lo vistieron de armiño. Le pusieron alas.

Razón tuvo Ernesto Hello cuando dijo que las lágrimas son un misterio. Sí, misterio, abismo en que el alma caída se zambulle para salir vestida de espuma. Las cuencas, que surcaron las mejillas de Pedro, fueron los testigos perennes de su alma-cumbre. Pedro jamás se olvidará ya del abismo.

Y sobre este hombre inmensamente humano, infinitamente humano, pone Jesús los cimientos de su Iglesia. Pedro es el más humano de los *Doce*. Acaso por esto Jesús le entrega las llaves pontificales. Cristo venía para los caídos. Y Pedro era uno de ellos. Pedro comprenderá mejor que los otros apóstoles la infinita grandeza y la pequeñez infinita de la naturaleza humana.

Sebastián PADRÓN ACOSTA
Sta. Cruz de Tenerife. Marzo 1934

- 4 de abril

La obra de Manrique y el Ateneo de La Laguna³⁴⁴

Se ha hundido en la cima de la muerte uno de nuestro valores líricos más altos. Domingo J. Manrique estaba en la cima. Era un espíritu delicado, enfebrecido por la pasión lírica. Bajo su costra sombría palpitaba un alma, plena de exquisiteces y de luminosidades. Porque luminosos y exquisitos fueron siempre sus versos, que además de ser versos eran poesía con rumor y latir de alas, poesía transida de intimidad lírica, de hondura sentimental, de desgarramiento de espíritu. Su estrofa era estrofa de orfebre, primor de miniaturista. Su pluma era pincel, buril. Nunca fue puñal. Amaba las cosas familiares, la poesía de la tierra, el rumor de nuestros pinos, el incendio de nuestros ponientes, la belleza casta de nuestras mujeres. Las grietas de la casona solariega pusieron puñales de púrpura en sus versos bordados de femeninos atavíos. Lo exquisito, lo inefable se escondió en la tersura inmaculada de sus versos, que eran alabastros pulidos, geometría de cisnes, incendio de topacios, esmeraldas y amatistas.

El alma de Manrique lloraba como un niño en el pentagrama luminoso y sonoro de las estrofas. Las lágrimas de Bécquer brillaban como gemas engarzadas en las hebras de luz de sus versos. Intimidad y sentimiento hechos música y color, armonía y luz.

En los torneos a donde su musa se apresuraba a acudir siempre figuraba el brillo de su espada de caballero. Los versos de Manrique no suenan con estrépito épico, con ruido callejero. Su musa se recogía en el sagrario de su alma, y allí labraba las sedas primorosas de su numen preclaro.

Su lira no retumbaba con la rebelde algazara de Santos Chocano, ni con el gesto satánico de Guerra Junqueiro, ni con el grito viril de Espronceda. La lira de Manrique lloraba con el dolor y la intimidad de Bécquer, con la suntuosidad y tersura de Rubén, con la música alada de Salvador Rueda. Y la fe de Gonzalo de Berceo se escondía en las piedras preciosas de su rima consonante, que amaba Manrique con estética predilección.

La obra poética de Manrique es la obra de un orfebre genial y enamorado, obra de líneas de buril seguro, de pincel paciente. Florece en las espumas rizadas de sus estrofas el placer con que el poeta labraba y recamaba sus egregios damascos, sus pulcras sedas, bordadas con flores de oro.

Se desprende de sus versos, como perfume de flor, una ática pulcritud artística, un refinamiento sutil.

Domingo J. Manrique era un sibarita de la estrofa. Ninguno de nuestros poetas ha dejado en su obra una tan honda huella de pulcritud artística como nuestro llorado vate. Esta pulcritud resbala por los alabastros de sus versos, como una onda desbordada de espontaneidad, que se rompe en luminosas espumas al llegar a los diques musicales de las estrofas.

Su poesía ostenta perfumes y luces de primaveras. La obra de Manrique es un jardín tembloroso de rosas, un cielo apuñalado con dardos estelares.

³⁴⁴ A propósito de la muerte de Domingo J. Manrique.

En la *sagrada encina* de la tradición canaria puso él manojos de guaidiles, puñados de rosas sangrientas y primaverales. Su lira tuvo para Tenerife las mejores de sus canciones.

Su labor está dispersa. Un día se lo indiqué al llorado amigo. Y el poeta soñaba con encerrar en el ánfora de un libro todos los perfumes desparramados de sus versos. Soñaba con reunir en un libro –que sería caja sonora– todos los sonidos, todas las notas escapadas de su alma, que era música y luz. Y formar con los sonidos dispersos un teclado, con las notas sueltas de un pentagrama. Pero el poeta murió con la ilusión clavada en su alma de artista. Este sueño del poeta acaso tiemble ahora en las almas de su esposa y de sus hijos. El poeta había reunido en cuadernos la filigrana de sus versos, con el fin de vaciarlos dentro de la crátera de un libro. Y los perfumes, las luminosidades, las exquisiteces de sus versos no tienen derecho a morir dispersos, desparramados en revistas, periódicos y folletos. La grandeza del alma del poeta, esparcida aquí y allá, debe ser recogida como perfume espiritual de elegidos. Y plasmada en el mármol de un libro –que dura más que la lápida de una calle–,³⁴⁵ ser horizonte luminoso a donde vaya a encenderse en amor a las cosas de la tierra el alma de nuestra juventud.

La muerte –que tanto nos ha castigado en este momento de nuestra vida– se ha llevado a nuestro cantor exquisito, a nuestro lírico orfebre.

Su pluma –que tantas bellezas había trazado en publicaciones y en diplomas– ha sido arrancada violentamente de las manos temblorosas del poeta. Y su lira fue rota.

Que los arpegios del vate no se desvanezcan. Que perduren como una alta ejecutoria. Y acordémonos del hombre bueno, que siempre tuvo encendida en su alma la llama del afecto. Y rindámosle el tributo de nuestro cariño con oraciones para su alma y con un homenaje a su obra de patriota y de artista. Que la juventud tinerfeña sepa que sobre la tumba de los patricios, de los espíritus buenos y creadores la Patria se acuerda de derramar el óleo de la gratitud.

Que se abra ante los ojos de Tenerife el panorama áureo y luminoso de la vida del hombre bueno y de la obra del poeta esclarecido. Que se realice el sueño que acariciaba el alma del vate y que en una noche de cariñoso homenaje volvamos a contemplar los rompientes de luz de sus estrofas sonoras y pulidas.

El digno y culto presidente del Ateneo de La Laguna, señor González de Aledo, tiene la palabra³⁴⁶.

Sebastián PADRÓN ACOSTA³⁴⁷
Sta. Cruz de Tenerife, Abril 1934

³⁴⁵ Ese libro que manifiesta como necesario es el que va a hacer él mismo de alguna manera en una monografía posterior.

³⁴⁶ El homenaje que reivindica se le hará, efectivamente, al siguiente año, en 1935, donde participará.

³⁴⁷ En la firma le ponen, como segundo apellido, *Castro*. El medio publica al día siguiente la aclaración que corrige este error, aunque su estilo, a estas alturas de su trayectoria, es inconfundible.

- 24 de abril

El juguete trágico

Es la palabra la explosión del hombre. Hubo filósofos que dijeron esto: el hombre es un animal religioso, un animal social, un bípedo implume. Y diría: el hombre es un animal que habla. Y ya sabemos lo que es hablar. Porque el loro no habla.

El verbo es nuestro poder, nuestra hegemonía, nuestra venganza, nuestra inmortalidad.

La palabra es *juguete de niño viejo*. Pero no de todos los niños viejos, porque hay niños viejos que apenas balbucean. La palabra es el juguete de un insigne niño viejo, niño reciamente español y atormentado, don Miguel de Unamuno.

Los hombres, a quienes se les han robado todos los juguetes de la vida, solo les es dado jugar con este juguete: la palabra.

La frase de Unamuno, de que la palabra es juguete de un niño viejo, deja en el alma el ajenjo de una profundidad desgarradora. En las manos de estos hombres, la palabra es un juguete, pero juguete trágico. Estos hombres retornan a la infancia, pero a una infancia consciente, analítica, disolvente, que es la más trágica de las infancias. Han trocado la caja de soldaditos de plomo por la caja de palabras. Y estos juguetes son interrogadores, angustiosos, desconcertantes.

La palabra, cuando es en verdad humana, es sangre de nuestra sangre, carne de nuestra carne, hueso de nuestros huesos.

Es prolongación de nuestro ser, que quiere desesperadamente sobrevivir acá, después que las fauces silenciosas de la sepultura hayan devorado nuestro simulacro de arcilla. Aquí queda la palabra, nuestra palabra, herida, desgarrada, como nuestro vivir. La palabra que queda recoge la sangre de nuestra tragedia interior, la que los peles humanos y acéfalos ignoran. Y aunque esa palabra nuestra, caliente y desangrada, sea ajenjo, baldón acaso, ardientemente la amamos, y queremos con todas las fibras de nuestro espíritu y de nuestro cuerpo que esa palabra crucificada quede vibrando como el eco de una campana fúnebre que rasga el silencio de nuestra noche.

Todo nos lo pueden robar, menos la palabra, la nuestra. La palabra se queda siempre con nosotros como el genio de la fidelidad. Ninguna cosa existe en nuestra vida más amorosa que la palabra. Está siempre a nuestro lado, tanto cuando la dicha ríe como cuando el infortunio nos crucifica.

La palabra nos sirve de estoque y de trompeta. La palabra revela nuestro temperamento, nuestra bajeza o nuestra aristocracia espiritual. En la palabra tiembla todo nuestro ser como tiembla un prisma de agua en la hoja de una violeta.

Rocío de nuestro espíritu. La palabra es la caliente vibración de nuestra personalidad. Para los que no nacimos para el proscenio, la palabra tiene un valor humano infinito. La palabra es la sombra de nuestro espíritu, como la otra sombra es huella de nuestro cuerpo. Cuando nuestra palabra es verdaderamente nuestra, ella es nuestra idea, nuestro acto volitivo hecho sonido consciente, hecho vibración tibia, hecho cálida música, aunque esta música, a veces, quejido sea. Para los que estamos próximos

al sepulcro³⁴⁸, sin apenas salir apenas de la cuna, la palabra es fusión de dos tiempos trágicos que se abrazan desesperadamente en un abrazo desgarrador y sollozante, de dos ilusiones rotas en un solo quejido.

Cada escritor se revela en su palabra, ratificando así la frase del definidor francés.

Rubén ve la palabra como la clave de un arco. Aspecto arquitectónico más que musical. Para Zorrilla la palabra es música, y a veces música de organillo. Bécquer vio en la palabra, como Heine, intimidad, silencio. Víctor Hugo se envolvió en la palabra como en una orgía orquestal. Y la palabra de este francés tuvo *vaciedades sonoras*, como afirmó el ilustre vasco. Para San Juan de la Cruz la palabra es ala, escala. Santos Chocano tomó la palabra por clarín de batalla. Aspecto social y político de la palabra. Para Menéndez y Pelayo la palabra es sillar, hueso de siglos, esqueleto de romancero. El de *las barbas de chivo*³⁴⁹ ve en la palabra la sensualidad de una caricia diabólica con rumores de sonata. Para Pío Baroja el verbo es acidez, aspereza, disciplina.

Cada escritor acomoda a su temperamento artístico la palabra. Y en ella se vacía como un odre lleno de vicio o de otra cosa peor. El libro viene a ser la cuna donde la palabra reposa, acaso cansada y maltrecha.

Doloroso es pensar que el libro suele ser sepulcro donde la palabra es enterrada, tal vez para no resucitar más. El libro es para el que lo escribió una ilusión, pero frecuentemente una ilusión degollada y sepultada bajo losa de plomo. Hagamos que el libro sea cuna donde la palabra nace y palpita y sueña un lírico sueño de oro. Desgraciado del hombre para quien el libro es una sepultura olvidada, una tumba vacía. La Fiesta del Libro me ha sugerido esta apología de la palabra, que no sé si es apología o censura. La Fiesta del Libro debe ser la fiesta de la palabra, pero de la palabra viva, sangrante, humana. La Fiesta del Libro debe ser la epifanía gloriosa de la palabra tibia, con entrañas desgarradas. Porque si la palabra es de un hombre que piensa, esa palabra lleva dentro toda una tragedia. La palabra del hombre que piensa chorrea sangre, pus, lodo. Yo propondría como medio, el más decente y español, de celebrar la Fiesta del Libro, que debe ser –como antes dije– la fiesta de la palabra, el siguiente: que los españoles, lustrados de su pecado racial, hiciesen en este día el propósito firme, inquebrantable, de leer, por lo menos una vez, el *Quijote*...

El *Quijote*, que es nuestro libro, no debe ser sepultura, sino cuna.

Rubén Darío –el tan amado poeta– escribió estos versos:

"¡Cristóforo Colombo, pobre Almirante,
ruega a Dios por el mundo que descubriste!"

³⁴⁸ Son significativas estas palabras desde el punto de vista de su manera de ver la vida, pues apenas llega a los 34 años. Meses después aparecerá una nota en *La Tarde* (22 de agosto de 1934) que dice que anda enfermo. No sabemos si una afirmación y otra información se relacionan, mas sí que nuestro autor, desde bastante joven, tienen cierta tendencia al pesimismo.

³⁴⁹ Así llamó Darío a Valle-Inclán.

Yo, plagiando estos dodecasílabos, diré hoy, epifanía del libro, fiesta de la palabra:

¡Miguel de Cervantes, pobre literato,
ruega a Dios por el libro que nos hiciste!

Si el *Quijote* es sepultura para muchos españoles, que acaso sean los primeros en vocear la Fiesta del Libro, ¿qué será de nuestro juguete de niño viejo?

¡Ay! ¡Destino infortunado de nuestro juguete trágico de niño viejo!

Sebastián PADRÓN ACOSTA
Sta. Cruz de Tenerife, Abril 1934

- 3 de mayo

La Santa Cruz y la cultura

El Catolicismo celebra hoy su fiesta. Su fiesta, porque la Cruz es su símbolo, símbolo que por encima de todos los otros símbolos, tiene una historia abrumadora, que pasma y maravilla de tal modo que sería menester convertir a la Cruz en Dios, si Cristo, muerto en ella, no lo fuese. La Cruz es el índice de la civilización, la levadura de la substancia humana. La Cruz, surgiendo de la tierra, simboliza un doloroso desperezo del hombre hacia la altura. Frente a la Cruz los demás símbolos son bostezos, emblemas vacíos, porque están llenos de vanidad.

La esencia de la grandeza de la Cruz está en esto: en que Cristo murió en ella. Y la sangre de Dios purifica, diviniza todo lo que toca. Es este el sentido legítimo, ortodoxo en que el hombre debiera deificarse, cristificarse, crucificarse, ya que Dios creó al hombre a semejanza suya y ya que Cristo en la Cruz derramó su sangre de valor infinito. La sangre, en la Cruz vertida, restauró la naturaleza humana. La ofensa infinita fue reparada en la Cruz. Y cuando sobre la cima del Calvario se levantó el Crucificado, el cuerpo de Cristo era el único cáliz digno de contener la sangre preciosa, en aquella augusta elevación primera. Y la Cruz, el único altar digno, en que la sagrada víctima se ha elevado. Aquella primera Misa cruenta que –en sufragio de la naturaleza caída– se celebró sobre la calva montaña, limpió a la Cruz de sus pasadas iniquidades. Si la Cruz es símbolo del Catolicismo, lo es asimismo del hombre. El hombre es un émulo de miserias como lo fue la Cruz antes de la muerte de Cristo. El hombre es un abismo que camina sobre otro abismo. Un puñado de lodo que quiere ser estrella. Un gusano que intenta ser mariposa. Prometeo que anhela convertirse en Perseo. Perseo con la belleza deslumbradora, retadora y victoriosa en que lo envolvió la mano bendita de aquel artista genial, que se llamó Benvenuto Cellini, amador insaciable de la belleza, en las hendiduras y relieves de cuyas obras inmortales está prisionera mi alma.

Como Dios, Benvenuto hizo surgir de la nada la belleza, ante la cual soy un esclavo cargado de cadenas. Llevo hendididos en el alma como garfios los versos de aquel huracán amador de la belleza, que se llamaba Miguel Ángel, y que era pensamiento de águila, garra de león y ala de cóndor.

La Cruz fue –como dijo un amado poeta– el gran facistol en que se abrió el libro en cuyas páginas vivas se deletrea la historia de nuestra rehabilitación: el cuerpo de Cristo. Dios dispensó a Santa Elena el don milagroso de hallar el perdido facistol, que sostuvo al gran libro vivo, libro divino y humano, de carne y de espíritu, libro infinito, donde latió el Verbo de Dios, y donde dioses nos hicimos.

La Cruz es el árbol de la Vida, el árbol de la Ciencia, el árbol del Bien, antídoto de aquel otro árbol del Paraíso, donde la primera pareja humana degolló nuestra hegemonía. Las cadenas con que nos aprisionaron en el árbol del Paraíso, fueron rotas en el árbol del Calvario. Aquí se nos hizo libres por segunda vez. Y el precio de ese rescate fue la muerte de Dios.

Todas las grandezas humanas están en la Cruz simbolizadas y glorificadas. La historia de la Cruz es la historia de la civilización, pero de la civilización de hondura

teológica, de substancia humana. La verdadera cultura está crucificada, hecha de inmolaciones.

La Cruz tiene sus pies en la tierra como el hombre; yergue su cabeza en los espacios como la frente humana; abre sus brazos a todos los horizontes, como debió abrir sus brazos Cristo cuando desde la barca lanzó a los aires las alondras musicales de su palabra, "semillas aladas recién nacidas en el aire claro"³⁵⁰.

La Cruz en la clave de la cultura. El espíritu de la Cruz penetró en la cultura pagana, comunicándole calor de vida; se adentró en la sociedad, humanizándola, rompiendo ligaduras y cadenas, dando a la autoridad base y prestigio, dulcificando la rigidez de las leyes, y hasta en el fondo *de los derechos del hombre*, consignados en las actas de la Asamblea Constituyente, quedó el espíritu de la Cruz prisionero como semilla reivindicadora.

La Cruz dio unidad y explicación al Universo, a la vida y a la cultura. El espíritu de la Cruz se introdujo en el Arte, poniendo la palabra en las bocas de las esculturas, hiriendo con ansias de eternidad las frentes de las estatuas, desgarrando en rompientes de luz humana los cuadros de Zurbarán, de Valdés Leal, del Greco y de Ribera. La Cruz hizo temblar de emoción el pincel del Renacimiento. Sin la Cruz no tiene explicación la Historia Universal. San Agustín y Bossuet crearon la filosofía de la historia. Con razón pudo decir Pasteur, antorcha de la ciencia contemporánea: "todo se ve claro a través del infinito". Con lo que quiso decir a través de Dios, a través de Cristo, a través de la Iglesia, a través de la Cruz.

La Cruz alzada en el Calvario con los brazos abiertos a todos los senderos, es el símbolo de la fraternidad humana, abrazando en un abrazo gigantesco a todas las razas y fundiéndolas en una sola: la raza de los hijos de Dios redimidos en la Cruz.

Y en torno de la Cruz, bajo la sombra de la Cruz, se congregaron los monjes, que con su labor callada y paciente salvaron de un seguro naufragio los monumentos de la cultura pagana. Y en torno de la Cruz, bajo la sombra de la Cruz, surgieron las Órdenes y Congregaciones religiosas, que encendieron entre los bárbaros el lumínico de la civilización. Y la Cruz –timonel de la nave de Pedro– penetró victoriosa en países salvajes, esparciendo en ellos las simientes de la cultura. Y en la Cruz, que –en vez de la espada– empuñó el misionero, está encarnada la levadura, la substancia civilizadora.

Y bajo la sombra de la Cruz, Cristóbal Colón –que comulga y oye misa en el convento de la Rábida, antes de su partida hacia la inmortal aventura– halla un Mundo Nuevo y "se lo devuelve a Dios".

Y bajo la sombra de la Cruz nacen las instituciones de beneficencia, cuyos hombres y mujeres, hechos hostias de sacrificio, recogen toda la podredumbre humana para salvarla.

Y el Derecho³⁵¹ siente la influencia de la Cruz. La Cruz crucifica el Derecho y lo hace derecho humano.

³⁵⁰ De un poema de Miguel de Unamuno, que dice: *Recién nacían por el aire claro / las semillas aladas...*

³⁵¹ En estos años está estudiando esta carrera en la Universidad de La Laguna. Nunca la terminará.

Y la Cruz sube al Trono de los Reyes para decirles a estos las verdades. Y la Cruz penetra en el Foro, en el Coliseo, sube al Capitolio, preside los tribunales de justicia, se asienta en las tiaras de los Pontífices, en las coronas de los Reyes, en el pomo de las espadas, en los espinazos calados de las Catedrales góticas, en las Academias, en las bibliotecas y en los museos. La Cruz es la muralla que detiene el avance de la barbarie; el trofeo que se yergue sobre la descomposición del paganismo; la espada que sojuzga los brotes salvajes que nacen en la naturaleza del hombre civilizado.

Y con una rapidez solo comparable al rayo, la Cruz lo abarca y lo domina todo. Erguida sobre la cumbre de la historia, dividiéndola en dos mundos, es el ápice de la civilización humana. Porque la Cruz es el símbolo, el más grande de todos; porque la Cruz es espada, espada de Dios; porque la Cruz es estro de realeza infinita; porque la Cruz es trofeo, trofeo de la más alta victoria; porque la Cruz es libro, libro donde se escribió el acta notarial de nuestra compra, en que actuó de comprador y de notario el mismo Dios; porque la Cruz es arma, arma que arredra a nuestro enemigo, libertándonos de las garras de este; porque la Cruz es lábaro, lábaro de la victoria de Dios sobre el infierno, sobre la muerte y sobre el pecado.

Si queremos vivir vida sobrenatural, vida divina, es menester que en la Cruz nos crucifiquemos. Ante la Cruz ha desfilado la historia erizada de revoluciones, de espadas de herejías, de persecuciones. Y ninguna de estas ha podido derrocar la base granítica de la Cruz, porque es la mano de Dios quien la sostiene.

Las revoluciones han pasado haciendo astillas los tronos. Y la Cruz aún permanece. Las espadas se han embotado cercenando cabezas de mártires. Y la Cruz aún permanece. Las herejías se han sucedido empeñadas en desgarrar la unidad de la Iglesia Católica. Y la Cruz aún permanece. Las persecuciones han bañado en sangre mártir la tierra. Y la Cruz aún permanece erguida y victoriosa como ápice de la civilización, como índice de Dios, señalando las rutas del progreso verdadero. La Cruz no puede ni podrá ser derrocada, porque es Dios quien le da firmeza en el revuelto océano de la historia.

Con razón dijo Tertuliano: "Somos de ayer y todo lo llenamos".

Sobre todos los escombros en que está sumido el siglo XX –tronos derrumbados, escuelas filosóficas fracasadas, sistemas políticos en quiebra– solamente sobrenada la Cruz como la única cosa que no puede morir, perpetuo sol sin ocaso.

¡La Cruz será siempre, porque la Cruz es la Iglesia, porque la Cruz es Cristo, porque la Cruz es Dios!

¡Árbol de Vida, de Ciencia y de Bien, protégenos bajo tu sombra mil veces bendita, estréchanos entre tus brazos, crucifícanos a todos y para siempre! Tú eres la libertad.

Sebastián PADRÓN ACOSTA
Sta. Cruz de Tenerife, Abril 1934

- 7 de junio

Espigas y blasones³⁵²

Se reclina la Orotava sobre una ondulación del Valle, que es su áureo sitial. Y se despereza sobre las curvas de las lomas en un romántico alarde de campanarios y torreones, sacudiendo en la brisa sus galas de marquesa. La crestería de la cordillera con que se corona la histórica villa es la orla que al amplio panorama ponen las cumbres, que, recortando sus altivas siluetas, se desnudan en el cóncavo cristal de los espacios. Abajo, el Atlántico, sacudiendo los sonoros cascabeles de su manto de espumas, diluye por las rampas del Valle su ritmo vigoroso y primitivo. Las olas, vestidas de nieve y enjoyadas de luz, quiebran el copo de sus espumas –castidad del mar– sobre la desnudez de las rocas basálticas. Por el fondo del Valle se desdoblán los oscuros tapices de los platanales que apuñalan el paisaje con un verde sombrío, casi negro.

Diríase la Orotava un castillo que trepa loma arriba, y que en las gasas de la brisa borda una leyenda medieval. Y son las espadañas, torreones y campanarios como índices que describen en los aires las geometrías de una inmensa flor de lis. Dentro de las estancias de las suntuosas casas solariegas, por do vagan, desvaídos, figuras de descendientes de hidalgos, parece que se ha dormido el aire del siglo XVI. Los rincones monacales de esta recoleta villa evocan figuras desvanecidas y libros ancestrales. Bajo las arcadas del convento de franciscos –*Escorial de Canarias* en frase del pícaro Arcediano– pasó la silueta austera de un fraile orotavense, representante de la cultura de su época, escritor del siglo XVIII, de páginas ampulosas y eruditas a lo Nieremberg, y cuyo ascético perfil asoma por entre los añejos y desgarrados folios de *El Vizconde de Buen Paso*, hilvanados por la pluma donosa y picaresca de un clérigo insigne, que sonrío indulgentemente ante las pequeñas picardías de Currita Albornoz...³⁵³.

Una nube arrebolada, prendida como una mancha de sangre en la comba celeste, me hace pensar en las tocas ensangrentadas de aquella gallarda y trágica mujer del siglo XVI doña Leonor Pereyra, que escribió en los anales de la Orotava una página heroica. Y pasan por la fantasía figuras borrosas de regidores, de Adelantados, de juristas, de políticos y de clérigos. Y el panteón se abre y los hombres recios del pasado surgen y sonrío ante el empaque y el aire señoril de los hombres del presente... *Los muertos mandan...*

La Orotava celebra hoy su fiesta eucarística. Por eso se engalana como una novicia que va a profesar. Se ha puesto sus mejores joyas: desde la plata refulgente donde tiembla entre milagros de orfebrería el Sacramento del Amor, hasta los pendientes que, cual gotas de rocío, brillan en las gráciles figuras de las nobles damas con aristocrática distinción ataviadas. La Orotava, cubierta de guirnaldas, envuelta en cendales de castidad, porta en sus manos encendidos pebeteros donde se rompen en una aurora de luz las rosas. Se arrodilla a los pies de Cristo sacramentado. El Arte y la Naturaleza se

³⁵² No es la primera vez que habla del Corpus orotavense como protagonista (ver "El arte de las alfombras", 17 de junio de 1923); ni será la última.

³⁵³ Se hace mención aquí a la novela sobre Cristóbal del Hoyo-Solórzano y Sotomayor, Marqués de San Andrés y Vizconde de Buen Paso, que tiene como autor a E. A., y que es Rodríguez Moure.

unen hoy en un agosto vasallaje a la Hostia Santa. La Orotava, radiante de joyas, celebra la fiesta del Sacramento del Amor; por eso tiende en sus calles los pétalos de las rosas de sus jardines y las ramas de los pinos de sus cumbres y pone en los aires el clamoreo de sus campanas.

Cuando el pueblo exterioriza su fe, no olvida su condición humana. La fiesta de este jueves eucarístico, Octava del Corpus Christi, ostenta allí, en esa engalanada villa, apariencias de una bella paganía.

He contemplado, silencioso y conmovido, el paso triunfal de Jesús por las alfombradas calles orotavenses que ascienden, penosamente como gradería de anfiteatro. ¡Espectáculo emocionante de la fe de un pueblo, que, en medio de su exaltación religiosa, se cubre con un diluvio de flores y lanza a los aires los inspirados versos de un pensador en quien se cuajó la ciencia teológica de la Edad Media!

Es la fiesta de las flores y la fiesta del Sacramento del Amor, lo efímero y lo eterno. La belleza fugitiva de las rosas y la belleza perpetua de Dios. La Orotava cubre de flores sus calles. La Orotava es hoy un inmenso pebetero, un gigantesco incensario. Sobre las calles sonríen los tapices peregrinos, de manera sutil tejidos y labrados con el material más frágil, el material exquisito de las flores que se han abierto en los rostros de las mujeres orotavenses.

¡Frágiles tapices, cuya belleza rivaliza con los rojos damascos que penden de los blasonados balcones frente a las magnolias en flor!

Los hijos de la Orotava son insuperables en este divino y efímero arte de las alfombras de flores naturales, arte que pone de relieve el espíritu delicado y artista de la blasonada villa, que hoy se ha puesto una corona ducal. Los ojos se extasían ante esta floración espléndida. Diríase que hasta la Primavera, huyendo de los campos se ha refugiado en las calles de la villa, para ver pasar al *Pan vivo y vital*. Son de admirar la perfección de la línea y la combinación de colores de estas alfombras maravillosas y efímeras. La inclinación de las calles –a propósito para las alfombras– son como los caballetes de estos bellos y fugitivos tapices.

¡Manos de artistas, manos facedoras de cosas sutiles y bellas, manos bendecidas por Dios, que habéis dejado en la calle la simiente de vuestra huella, benditas mil veces seáis!

Acaso hayan aprendido los hijos de la Orotava este arte sutil del matiz, del color en el milagro pictórico y fastuoso que diariamente les brinda el sol desde su gran escenario, que es cátedra, trono y altar. En el Valle el sol cada atardecer se nos entrega en un renovado milagro de luz, cuando nos da su última despedida antes de hundirse en la inmensa concha del mar.

No pudo nacer este arte sino aquí, en esta mansión de Armida, *canastilla de flores*, para quien el estro encendido de Antonio Zerolo cuajó esta inspirada octava real:

"Y son las alboradas de tu Oriente
Una explosión de luz y de colores.
Y tus puestas de sol cuadro imponente.
Donde van a inspirarse los pintores;
Tu cielo es una gasa transparente,
Tu pavimento es un tapiz de flores,

Tu altar el Teide, tu baluarte el monte.
El mar, el mar inmenso tu horizonte".

Semejan las alfombras lienzos donde el pincel de un artista dejó su sueño de oro. Telas de estupenda policromía, en las que una Princesa artista dejara toda la habilidad de sus manos sutiles de seda. Tapices tejidos con las hebras de un hilo más sutil que el hilo de oro: con hebras de luz. Revolotea sobre las alfombras una gracia efímera, fugitiva como alas de mariposa. ¡Espigas, rosas, aromas, joyas, cantos litúrgicos, luz, blasones, magnolias, cómo me envolvéis en una intensa oleada de poesía! Yo os amo. ¡Cómo rutiláis en el júbilo de esta mística exaltación! ¡Cómo ponéis un fleco de luz en la noche de mi espíritu! ¡La clámide del sol es hoy un peplo griego que cae sobre el paisaje, y que flota rasgado en hebras de oro sobre la comba del Valle! Polícromas sedas orientales, peregrinos dibujos egipcios, símbolos, alegorías se desperezan por las calles pendientes de la blasonada villa, que semeja en el momento de la augusta procesión una inmensa catedral que tiene por ojivas la ondulación de las colinas que parece que se acercan en mudo homenaje; por candelabros, las torres enhiestas; por búcaros, los bosques; por alfombras, los jardines exuberantes; por órgano, el mar lejano que deja vibrando en la atmósfera clara su salterio; por bóvedas, los cielos azules, sostenidas por columnas de montañas; por facistol, el cono de alabastro del Teide, que hoy está más limpio; y por lámpara, el sol que vierte sobre el júbilo religioso de la villa la llama sagrada de su luz.

La fiesta termina. Se esfuman los contornos de los tapices en el oro viejo de la tarde, oro de medalla, con la rapidez con que se esfuman las ilusiones de la vida. Arabescos, símbolos, alegorías, leyendas, paisajes, se desvanecen como los perfumes de las rosas. Únicamente Jesús, palpitante de amor en la Custodia, sobrevive a toda esta oleada de cosas bellas que pasan: flores, perfumes, joyas, luz, blasones, mujeres.

Jesús retorna a su mansión señorial. La Orotava suntuosa, mística, perfumada, se recoge. Ha cesado el alegre clamoreo de los bronce. Las estrofas del vate eucarístico volaron en las alas de la brisa, perfumadas de incienso. Los colores de los tapices se borran. Y se deshacen las hebras de oro, caen como inmensas alas fúnebres los cortinajes del crepúsculo. El encanto de la fiesta se ha roto. Solamente se aspira el místico perfume que dejaron el incienso y las flores. En el manto de la noche se abren las flores de lis de las estrellas. El alma absorbe una muda lección de amarga filosofía que habla de la caduca brevedad de las cosas bellas... Y laten en el silencio de la noche estos versos de Calderón de la Barca:

"A florecer las rosas madrugaron
y para envejecer florecieron:
cuna y sepultura en un botón hallaron".

Sebastián PADRÓN ACOSTA
Sta. Cruz de Tenerife, Junio 1934

1935

- 16 de marzo

Las poetisas isleñas³⁵⁴

A María Luisa Villalba³⁵⁵

El archipiélago canario es cuna de damas que se han distinguido en el culto a la poesía. La mujer canaria, siguiendo los ejemplos de Sor Inés de la Cruz, de Gertrudis Gómez de Avellaneda y de Carolina Coronado, rindió tributo a las Musas. Aunque inferiores a las insignes poetisas citadas, las poetisas canarias han realizado una labor digna de recordación y alabanza. No fueron astros de primera magnitud como lo fueron las Safos y Corinas de la antigüedad clásica y la Victoria Colonna del Renacimiento, pero con su gesto pusieron muy alto el nombre de la mujer canaria. Acaso con una preparación más sólida y educadas en otro ambiente de cultura superior, libres de prejuicios, nuestras poetisas hubieran podido realizar obras definitivas. Les animó un decidido empeño de hacer cosas logradas, y esto merece los más cálidos elogios.

Si en los siglos XVIII y XIX la mujer canaria no plasmó, como poetisa, una fina labor contorneada, ya en el actual siglo XX comienza a conquistar los laureles del triunfo. Díganlo si no los nombres de Josefina de la Torre y Mercedes Pinto, cuyo valor artístico ha sido subrayado por escritores de tan reconocida competencia como Valbuena Prat y Cristóbal de Castro³⁵⁶.

Quiero en esta monografía dar una visión general de la obra de nuestras poetisas, con injusticia olvidadas. Los materiales con que se ha escrito esta síntesis –que a primera vista parecerá fácil y ligera– son fruto de una labor de años, pues la tierra que piso es virgen.

Brilló en el siglo XVIII en las letras regionales Sor Josefa del Sacramento, monja del Monasterio de Santa Catalina de la villa de la Orotava. El Arcediano, a quien tanto deben las islas³⁵⁷, afirma que Sor Josefa fue muy estimada por su numen y fácil versificación. Como Sor Inés de la Cruz, Sor Josefa del Sacramento alternaba su actividad entre la vida del claustro y el culto a las Musas. Su obra más importante es la

³⁵⁴ La versión primera de 1935, la publicada en *Gaceta de Tenerife*, se llamó "Las poetisas de las Islas Canarias (Siglos XVIII, XIX y XX)", y se presentaba como un *Homenaje a la mujer tinerfeña*. El ensayo definitivo, editado en 1940 en *Poetas Canarios*, lleva por nombre "Las poetisas isleñas" y, como se ha dicho, está junto a otros tres ensayos: "Anchieta", "La época romántica" y "El mito del almendro".

³⁵⁵ Se trata de la escritora María Rosa Alonso, que firmaba de esta manera en sus primeros años de colaboraciones periodísticas. Esta dedicatoria no aparece en la versión definitiva de 1940.

³⁵⁶ En abril de 1924 Mercedes Pinto publica en Madrid su libro de versos *Brisas del Teide*, que tiene un prólogo de Cristóbal de Castro titulado "Mercedes Pinto y "El dulce mal". Este texto introductorio lo publica *Gaceta de Tenerife* el 8 de abril de 1924.

³⁵⁷ Se refiere, evidentemente, a José de Viera y Clavijo, que es el que da noticia de esta poeta y de este texto. La misma información, tomada de Viera, es la que aparece en el *Ensayo de una biografía de escritores naturales de las islas Canarias (siglos XVI, XVII y XVIII)*, de Millares Carlo.

titulada "Sobre la visita general que el Illmo. señor don Juan Francisco Guillén hizo a la Diócesis", escrita en verso y prosa.

Floreció en el siglo XVIII María Viera y Clavijo, nacida en el Puerto de la Cruz el 27 de Marzo de 1737³⁵⁸, muriendo en la ciudad de Las Palmas el 26 de Septiembre de 1819. Era hermana del Arcediano de Fuerteventura y admiradora del ingenio de este, en loor de cuyo poema *Los meses* compuso versos³⁵⁹. Sus poesías pueden dividirse en satíricas, patrióticas y encomiásticas. De las satíricas citaremos las escritas contra Godoy, cuando este cayó de su privanza; de las encomiásticas, las dirigidas a don Luis de la Encina y Perla y las ya citadas a don José de Viera; y de las patrióticas, las compuestas con "el fin de excitar el patriotismo de las damas de su época, cuando acaecían los sucesos de 1808"³⁶⁰. Imitando a Cairasco de Figueroa, escribió versos esdrújulos, y a la muerte del Arcediano publicó una elegía en honor de este. Acerca de sus aficiones a la escultura consérvase una carta de don Tomás de Nava Porlier, rebosante de interés y humorismo.

Descuella en la primera mitad del siglo XIX Fernanda Siliuto Briganty, que nació en La Laguna, hija de don José Siliuto, natural de Alicante, y de doña Ana Briganty, del Puerto de la Cruz. Fue Fernanda Siliuto una de las figuras más representativas del romanticismo en la poesía de las islas Canarias. Alabaron su numen los poetas insulares Fernando Cubas, Ignacio Negrín y José Desiré Dugour. Murió repentinamente en el Puerto de la Cruz el 23 de Abril de 1859. Los dos últimos poetas, anteriormente citados, le dedicaron sendas elegías, de las que se deduce la alta estimación en que le tuvieron los vates de su tiempo. Alfonso Dugour, que escribía hacia la segunda mitad del siglo XIX³⁶¹, afirma que la familia de Siliuto conservaba como "una veneranda reliquia" un libro de versos de nuestra poetisa, libro que no ha sido publicado. Diríase que en muchas de sus poesías está escondido el presentimiento de su temprana muerte. De sus composiciones merecen recordarse "El Pensamiento" y "Meditación". He aquí dos estrofas de la inspirada poetisa lagunera:

"Tiende sus negros velos la noche silenciosa,
Las estrellas decoran el firmamento azul,
Magnífica aparece la luna misteriosa
Velada por celaje de vaporoso tul.

Y aquí mientras no pongas un término a mis días
Permitiendo a las parcas respeten mi existir,

³⁵⁸ Pone el día 21 por error, además de 1936.

³⁵⁹ Este poema fue publicado, en el año 1849, por la Imprenta Isleña (Santa Cruz de Tenerife), en la edición de *Los Meses* de José de Viera y Clavijo.

³⁶⁰ Con casi total seguridad, se refiere a la única prosa (no es un poema) que se conserva de la autora, de 1808, y que lleva por nombre "Una señora de Canaria a las de su sexo".

³⁶¹ El texto "Fernanda Siliuto" lo escribe A. (Alfonso) Dugour en la *Revista de Canarias* el 23 de agosto de 1879.

De la Naturaleza recogeré armonías,
Cuando el sol en los mares vaya su sien a hundir"³⁶².

Floreció en el siglo XIX Victoria Ventoso Cullen, cuya cuna se meció en el Puerto de la Cruz el 21 de Noviembre de 1827, siendo sus padres don Francisco Gervasio de Ventoso y doña Ana Cullen de Sánchez. Estudió el arte métrica en un libro que le había donado don Domingo Verdugo³⁶³, y que tenía por título "Arte poética". Era lectora asidua de los versos de Bermúdez de Castro. Escribió un libro con el título de *Ensayos poéticos*, obra que aún permanece inédita y que conservan sus descendientes³⁶⁴.

Consta el libro de Victoria de unas treinta composiciones, henchidas de llaneza y sentimiento. Sus temas favoritos son el mar y el campo. Amaba el mar como Rosalía de Castro que quiso contemplarlo por última vez antes de morir. Entre sus poesías de tema marino descuella "El canto del pescador", en octavillas italianas. Compuso la leyenda "Dos Guanartemes", dividida entre romances. Acaso inspirándose en "Óscar y Malvina. Imitación del estilo de Ossian", de Espronceda, escribe "La sombra de Óscar. Imitación de Ossian". De las estrofas de Victoria Ventoso se desprenden las esencias íntimas de Rosalía de Castro. Colaboró en *El Guanche*, donde se publicaron sus primeros versos³⁶⁵. La última composición de *Ensayos poéticos* tiene fecha de 4 de Junio de 1854.

La leyenda "Dos Guanartemes" es bellísima. Consta de 464 octosílabos. Está dividida –como antes dijimos– en tres romances. Es un vibrante canto a la bizarría del pueblo guanche. Se respira en esta leyenda un ambiente épico. No puedo dejar de reproducir aquí los siguientes versos con que comienza la tercera parte de la leyenda que tiene reminiscencias del "Romancero" y del Duque de Rivas.

He aquí los versos a que me he referido:

"Sobre un lujoso alazán
que lleva barda lujosa
luce don Pedro de Vera
su bien apuesta persona.

³⁶² Estas dos estrofas forman parte de uno de los poemas de la autora nombrados, "Meditación", presente en *Poetas Canarios. Colección de escogidas poesías de los autores que han florecido en estas islas en el presente siglo*, recopilada por Elías Mujica (Imprenta de Miguel Miranda, Sta. Rosalía, 19; Santa Cruz de Tenerife, 1878). Concretamente son la primera y la penúltima estrofa del poema mentado.

³⁶³ Domingo Verdugo, segundo esposo de la conocida poetisa Gertrudis Gómez de Avellaneda, era originario de La Palma.

³⁶⁴ Esta obra estuvo en las manos de Padrón Acosta, como deja claro en su ensayo sobre la poetisa de marzo de 1922.

³⁶⁵ La profesora Yolanda Arencibia nos dice en su ensayo "«Yo quisiera volar, volar ligera». Mujeres en la poesía del Romanticismo en Canarias" (Biblioteca Virtual Universal, Editorial del Cardo, 2006) que nuestra poeta se da a conocer con un poema en las páginas del periódico *El Guanche* (1859), concretando algo de esta manera la afirmación de Padrón Acosta en el texto. Por otro lado, la poesía de Victoria Ventoso ya fue conocida por el público desde 1853; otra cosa es que nuestro autor se refiera en su texto a que fue conocida con la firma de su nombre propio, no sin las iniciales V.V.; amén de que hay podido ser un error de bulto su afirmación, por tanto, y siguiéndolo a él, se haya equivocado significativamente la profesora Arencibia.

Todo cubierto de acero
hasta las gruesas manoplas,
y en el reluciente casco
ostenta rojas garzotas.
Puesto el lanzón en el ristre,
en la vaina la tizona
pasa revista al ejército
y a su frente se coloca".

Victoria Ventoso falleció en el Puerto de la Cruz el año 1910. Aunque no tan acentuadamente como Plácido Sansón, la poetisa del Valle cantó los amores del hogar. Acaso con más suavidad y ternura que el poeta de *La familia*. Fernández Neda la ha llamado *tórtola de los bosques seculares*³⁶⁶. El brioso escritor Rodríguez Figueroa escribía de Victoria Ventoso en 1906 esto: "Sobre su noble frente, que ya circundan nevadas guedejas, destellan las sublimes ternuras de Cornelia y las fervorosas inspiraciones de Santa Teresa". El escritor citado la elogió como "poetisa de numen apacible y enternecedor", añadiendo que dos o tres de sus composiciones fueron traducidas al francés y al italiano³⁶⁷.

Hija de la isla de la Gomera fue Cesarina Bento Montesino, que nació en Agulo el 29 de Enero de 1844. Un fondo de amarga tristeza desgarró sus versos. Poetisa predilecta de Cesarina Bento fue Gertrudis Gómez de Avellaneda. Escribió un libro íntimo, especie de breviario lírico comenzado a los 13 años, en el que anotaba acontecimientos e impresiones de su vida. Tituló este manuscrito –que todavía se conserva y que está forrado de terciopelo con estampados de oro– *Libro de Escanari Toben y Nontisemo*, título que dicho en buen castellano significa *Libro de Cesarina Bento y Montesino*. Está escrito en prosa y verso³⁶⁸.

³⁶⁶ En realidad, si la alusión que hace Padrón Acosta es a este poema, no la llama exactamente con la expresión que arriba leemos. Lo más parecido a la misma es el comienzo del texto, donde se dice: *Tórtola de este Valle candorosa / Que encantas sus florestas con tu arrullo; / Cándida virgen de la faz hermosa / y grande corazón*.

³⁶⁷ No hemos podido encontrar la fuente de este texto de Rodríguez Figueroa al que hace alusión en este punto Sebastián Padrón Acosta; tampoco tenemos noticia, por otra vía, de que versos de la autora (tan desconocidos para la mayoría) hayan sido traducidos a otros idiomas.

³⁶⁸ Según José Antonio Cebrián Latasa y Carlos Gaviño de Franchy, "el libro no es tal. Se trata de un carnet de notas, que se usaba cambiando las hojas sostenidas por un cordón de seda, a medida que dejaban de ser útiles, por otras nuevas. Cesarina Bento anotó sin orden y sin numeración, poemas, fragmentos en prosa, noticias y recuerdos. La cubierta, en terciopelo, es un hermoso trabajo de encuadernación de terciopelo, estampado en pan de oro" ("Cesarina Bento", en la página web *Gaviño de Franchy Editores*, 8 de junio de 2011: <http://lopedeclavijo.blogspot.com.es/2011/06/cesarina-bento-montesino-por-jose.html>).

Este libro viene a ser como un desahogo lírico de su espíritu ensombrecido. De ese manuscrito son estos versos³⁶⁹:

"No tiene aroma la flor,
Ni melodías el aire,
Ni la palmera donaire
Ni encantos el ruseñor,
Cuando el corazón suspira
Por la ausencia del que adora
Como el mío que hoy llora
El entierro de un amor".

De sus muchas composiciones merece citarse "El asesino condenado a muerte", incluida por don Elías Mujica en su antología de poetas canarios del siglo XIX. Murió Cesarina Bento en Agulo el 9 de Junio de 1910.

En Santa Cruz de Tenerife vio la luz primera Isabel Poggi de Llorente, poetisa, en quien ya empiezan a rayar tenuamente los destellos del posromanticismo, en cuyo plectro se inicia ya la intención filosófica. Fue colaboradora de *El Museo Canario*, de *El Eco de La Laguna* los años de 1868 y 1878. Son dignas de recordación sus estancias "Una noche serena", sus décimas "A las horas", sus octavillas italianas "Misericordia, Dios santo" y su inspiradísima poesía "A la Gloria". De carácter filosófico son "La verdad" y "El mundo y el recién nacido".

En el siglo XIX florecieron también Dolores Stanislas, de Santa Cruz de Tenerife, poetisa de subida inspiración mística, autora de "A Jesús Crucificado", "El Pan Eucarístico" y "La Creación"; Francisca Fleitas, natural de la capital de Tenerife y que escribió poesías como "¡¡Ellas!!"; Ana Laso de Curbelo, hija de Lanzarote, de la cual son unas quintillas dedicadas a llorar la muerte de una hija suya; Carmen G. del Castillo, cuya cuna se meció en la Orotava, muriendo en Madrid en 1905³⁷⁰; escribió poesías llenas de agilidad y de gracia como "Mi ventana"; de ella son "Hoy"³⁷¹ y "Soneto"³⁷²; colaboraba en la *Revista de Canarias*; fue esposa del gran poeta insular Fernández Neda, autor del libro de versos *Auroras*.

Cerraré esta breve síntesis de poetisas del siglo XIX con los nombres de Ángela Mazzini, Victorina Briduox y Mercedes Letona del Corral, que aunque no nacieron en

³⁶⁹ Los textos del cuaderno de Cesarina Bento fueron publicados en *Rastro de ceniza* (Ediciones Idea, Islas Canarias, 2004). En este librito se incluye el poema, con el número "III", del que forman parte los versos citados.

³⁷⁰ Muere en 1905 y ese mismo año Fernández Neda se quita la vida sobre su tumba.

³⁷¹ Hemos de suponer que se refiere a una de las partes del poema "Ayer y hoy", dividido en dos, publicado en la *Revista de Canarias* (Laguna de Tenerife) el 8 de mayo de 1879.

³⁷² Pudiera estar haciendo referencia al soneto, que comienza "«¿Gozo tanto en mirarte?...» ¿Por qué mientes?", lleno de pasión y desengaño, con el que ella misma respondió al otro soneto de nombre "A Carmen", que le dedicó su esposo el poeta Fernández Neda.

Canarias, entre nosotros vivieron, realizaron su labor poética y aquí fueron enterradas. No debe olvidarse la obra de Victorina, obra que su esposo, el capitán de Infantería don José Domínguez de Castro recogió en un libro titulado *Lágrimas y Flores*, con un prólogo de la escritora española María del Pilar Sinués de Marco³⁷³. Colaboró Victorina en *El instructor y recreo de las damas* y *El canario*. Aunque nacida en Manchester, cantó con entusiasmo y brío en hermosos versos la tierra canaria. *Musa de casta inspiración de amores* y *Arpa de oro* la apellidó José Desiré Dugour. A Mercedes Letona del Corral llamó Carlos Pizarroso Belmonte *insigne poetisa*. Nacida Mercedes en Montevideo, en Canarias cantó sus endechas y murió, dedicándole una elegía el poeta de Las Palmas Mariano Romero. Aún se lee con emoción la poesía "Inmortalidad del Alma", de Ángela Mazzini, colaboradora de *La Ilustración de Canarias*.

Quiero comenzar el resumen de las poetisas del siglo XX con el nombre de Leocricia Pestana Fierro³⁷⁴, ruiseñor de la selva palmense, timbre y prez de la isla que le vio nacer. Era Leocricia natural de Santa Cruz de La Palma; un espíritu inquieto, mujer enamorada de la libertad y de la belleza, amante de la independencia y propulsora de la cultura de su isla. Alma lírica y arrebatada, se entusiasmaba leyendo los discursos de Emilio Castelar. Su ideal democrático vibró ante los gallardos gestos de Muñoz Torrero en los famosos discursos de las Cortes de Cádiz de 1810. Delineó magníficos sonetos, aunque alguno de estos esté infiltrado de espíritu volteriano. Puede admirarse su gallarda inspiración en los sonetos "A la sociedad *Amor sapientae*"³⁷⁵, "A Muñoz Torrero", "Deprecación". El primero de los sonetos citados es la mejor de sus poesías. Los tercetos de "A la sociedad *Amor sapientae*" son estos:

"Así también, sin que te arredre el peso,
Amor sapientae tu saber prodiga
surcos abriendo al pensamiento humano,

que en el extenso campo del progreso,
¿quién no piensa al coger la rubia espiga
en la mano feliz que sembró el grano?"

En "A Muñoz Torrero" dice:

"Y en su torpeza comprender no pudo,
¡que el sol de un ideal no tiene ocaso
cuando mueren por él los redentores!"

³⁷³ *Lágrimas y Flores*, ob. cit.

³⁷⁴ Sobre esta autora se publica recientemente *Leocricia Pestana (1853-1926). Aproximación histórica, social y psicológica. Poemas*, de Jesús Suárez Bustillo (2010). Por él nos guiamos, en buena parte, para precisar algunos datos de los poemas de la palmera.

³⁷⁵ En las dos ediciones de Padrón Acosta de este ensayo se separa, como si fueran dos poemas, el título de este texto: "A la sociedad" y "Amor sapientae".

De Santa Cruz de La Palma era Isaura de las Casas Martín, nacida el 2 de Diciembre de 1860. Desde su niñez vino a la ciudad de La Laguna, en la que vivió hasta su muerte.

Las armonías de la naturaleza despertaron en Isaura el amor a la poesía. A la edad de 18 años escribió sus primeros versos, titulados "A mi querida Patria", que se publicaron en un periódico de Santa Cruz de la Palma. A estas primicias de su lira alude la poetisa en la composición "A La Orotava", cuando dice:

"Patria por quien mi corazón suspira,
Postergar tu recuerdo no me es dable,
Pues los primeros ecos de mi lira
Fueron para tu suelo inolvidable".

De esta poesía es la siguiente estrofa:

"Por mágicos jardines rodeada
Que perfuman su ambiente por doquiera,
Parece una sultana recostada
Sobre un Valle de eterna primavera".

Isaura de las Casas colaboró en *La Ilustración de Canarias*, *El Eco de La Laguna* y *Heraldo de Orotava*. Había reunido sus versos con la esperanza de publicarlos en un libro; mas la indigencia quebró su sueño de oro. Y pobre y triste murió en la ciudad de La Laguna.

De entre sus poesías se destacan "Súplica al Altísimo", "A la Orotava", "La Caridad y la indigencia". Esta última poesía era su composición favorita, está llena de punzante ironía. La recitaba con indignación, pues allí había vaciado todas las amarguras devoradas durante las penurias de los últimos años de su vida.

En Vallehermoso nació Bohemia Pulido Salazar, el primero de Febrero de 1897. Casi toda la obra de esta está impregnada de honda melancolía. Bohemia ha colaborado en *La Voz de Junonia*, *La Verdad* y *Hespérides*. Compuso muchedumbre de versos, entre los que descuellan "Fue una tarde", "A una flor", "Meditación", "Vano empeño" y "Noviembre". Cantó a Junonia³⁷⁶, "la isla de las sierras bravías", "la oscura peña que tan sólo han cantado los pájaros y el mar", como melancólicamente escribió el vigoroso poeta gomero Pedro Bethencourt en los versos de su *Salterio*.

Tuvo su cuna en el Puerto de la Cruz el 13 de Octubre de 1874 Lía Tavío, una de las mujeres más cultas del Valle de la Orotava. Prosista, pintora, poetisa. Ha sabido bordar en seda verdaderas maravillas, premiadas en exposiciones de Santa Cruz de Tenerife,

³⁷⁶ Probablemente haga alusión al poema "Canto a Junonia" (firmado desde Vallehermoso y premiado en un concurso en la capital gomera), de *Gaceta de Tenerife* (23 de diciembre de 1921).

Las Palmas y Puerto de la Cruz. Fue redactora de *La mujer del porvenir*, colaboró en *Gente Nueva*, *La Atlántida*, dirigida por el prestigioso periodista y queridísimo compañero Adolfo Febles Mora, y en *El Siglo XX*. Su inspiración quedó prendida en la hermosa poesía "Medina Sidonia".

Tras esta labor paciente, a través de casi tres siglos, tras este afán de superación y de cultura, ha llegado la mujer canaria a concreciones definitivas. Ahí están los nombres de Mercedes Pinto y Josefina de la Torre, poetisas que han producido cosas logradas. Mercedes Pinto, natural de la isla de Tenerife, es fecunda e inspirada poetisa, autora de libros como *Cuentos*, *Él*³⁷⁷ y *Brisas del Teide*³⁷⁸. Escribió numerosas poesías de carácter religioso, publicadas en *Gaceta de Tenerife*, en los años de 1916 a 1918, destacándose entre las de esta época las tituladas "La oración del huerto"³⁷⁹ y "A la virgen de los Dolores"³⁸⁰. Los versos de arte mayor son los que con más gusto perfila esta ilustre dama tinerfeña. Muchas de las composiciones contenidas en *Brisas del Teide* se leyeron por su autora en el Ateneo de Madrid ante un escogido y numeroso público, haciendo la presentación de la poetisa el señor Valero Martín. Un periódico de la época, reseñando este acto, decía: "Leyó Mercedes Pinto inspiradas composiciones, en su mayoría de carácter cristiano; pero acusa con extraordinario vigor una exaltada inquietud de pensamientos redentoristas y de sentimentalidad que dicen muy bien a su alma de mujer. Todas las poesías leídas se subrayaron con aplausos, más quizá descolló entre todas "Más alto que el águila".

Todo lo que yo pudiera decir de Mercedes Pinto lo ha dicho ya el insigne literato español Cristóbal de Castro, prologuista de *Brisas del Teide*³⁸¹. Oigamos sus palabras: "Mercedes Pinto no escribe; suspira. Postrada por "el dulce mal" de Petrarca y de Garcilaso, tiene el perfil fino y romántico de todas las enfermas de amor. De ella puede decirse lo que dijo Zorrilla de la Avellaneda: "Canta porque cantar es su destino –y el destino es más fuerte que la Vida". Refiriéndose Cristóbal de Castro a *Brisas del Teide*, dice: "Este libro, tejido de quimeras de amor, de juramentos y de sonatas de Beethoven, debió ser prologado por Chateaubriand y leído por René, pálido y pensativo, bajo un sauce. O prologado por Espronceda y leído, al claro de luna, entre los claustros de Fitero, por el triste Gustavo Adolfo".

Descuella entre todas las poetisas insulares Josefina de la Torre, nacida en Gran Canaria, inspirada en las nuevas tendencias, poetisa de estrofa fluida como río sonoro y límpida como nieve bruñida por el sol, mujer que sueña sobre la escarcha del alba futura. Sus *Poemas de la isla* y *Versos* y *Estampas* pregonan su categoría de artista de

³⁷⁷ Esta novela se publicó por primera vez en Montevideo en 1926.

³⁷⁸ Fue su primer libro de poemas, que salió en 1924.

³⁷⁹ Dedicada a su madre (6 de abril de 1914).

³⁸⁰ Publicada el 28 de marzo de 1918.

³⁸¹ Este prólogo fue ofrecido en el periódico mencionado anteriormente por el autor, *Gaceta de Tenerife*, el 8 de abril de 1924, en el mismo ejemplar en que se anuncia la salida de este libro de poemas de la colaboradora del medio en cuestión, como reseñaba Padrón Acosta previamente.

nueva estirpe. El insigne catedrático Valbuena Prat, en su obra *La Poesía Española Contemporánea*, pondera como poetisa "fina, depurada, al estilo de Pedro Salinas", a Josefina de la Torre.

La *gloria* que en el siglo XIX pedía la mujer canaria por boca de Isabel Poggi de Llorente, la conquistan al cabo estas dos poetisas contemporáneas, en las cuales la mujer canaria desbasta la rusticidad de la estrofa floja y borrosa de los siglos XVIII y XIX, comunica a esta ritmo y precisión y nos regala, al fin, como un don de los dioses poesía lograda.

Siga la mujer canaria actual la ruta, que solamente esbozaron sus antecesoras de los siglos XVIII y XIX y que han rubricado hoy vigorosamente Josefina de la Torre y Mercedes Pinto.

La que se sienta llamada al divino alcázar, penetre en él, que la poesía es "un fingimiento de cosas útiles, cubiertas o veladas con muy hermosa cobertura, compuestas, distinguidas e scandidas por cierto peso, cuento e medida" como la definió graciosamente el lírico Marqués de Santillana, o "una comunicación del aliento celestial y divino" como dice el muy amado y dulcísimo Fray Luis en sus maravillosos diálogos de *Los Nombres de Cristo*.

El alba rompe en un milagro de luz. La ruta está abierta. Y los brazos de la gloria, también.

Sebastián PADRÓN ACOSTA
Sta. Cruz de Tenerife, Marzo 1935

- 20 de marzo

Rocas y espumas³⁸²

Escóndese una singular poesía en este árido rincón, nacido para que cantara su belleza las brisas de la cumbre y las olas del mar. Aldea muda y solitaria que se posa sobre la ribera como una gaviota cansada. Arca que guarda, cual tesoro, a la *Isleña Divina*, imán de los corazones insulares. ¡Pueblo de leyenda y de famosas romerías!

Candelaria es el nido de la tradición, la cuna de la fe nivariense. Sus playas y rocas basálticas perfúmanse con aromas primitivos. El mar, que ahora nos acaricia, es el mismo que acaso un día salpicó con la blancura de sus espumas los cascos guerreros. Por estas soledades arenosas resonó la voz de los indígenas que en las cavernas fueron a esconder el dolor de su derrota. Estuvieron aquí los tres pastores que cantó la tradición. ¡Qué de églogas ancestrales habrá arrullado este mar que hoy nos escucha! Diríase que cada una de sus olas son las estrofas de una gigante epopeya.

Candelaria, erizada de rocas y de cintas de espuma ceñida, tiene un no sé qué de pueblo pensativo. Dijérase que nació del mito de unos desposorios entre la cumbre y el mar.

Candelaria fue gruta, campamento y cenobio. Más allá de Alonso Fernández de Lugo, silencio milenario, soledad de cavernas. Más acá de Alonso Fernández de Lugo, fulgor de espadas, relampagueo de cascos de guerra. Más acá de los cascos de guerra, la Cruz de Isabel I, el estandarte de Castilla. Más acá del estandarte de Castilla, la ermita y el cenobio.

Por eso la voz del mar fue primero epitalamio, trompa épica después y más tarde salterio. El mar ha sido su poeta favorito.

Llegó la fe con las carabelas españolas. Con la fe, la civilización. Comenzaron los fastos gloriosos del histórico santuario. La vida del claustro puso entre las rocas su tono medieval. Los salmos del coro se unieron al salterio de las olas. La fastuosidad religiosa, las alegres romerías en carros enjaezados con palmas, banderas y flores, se asociaron a la pompa romana del sol que incendiaba el tisú de las capas pluviales durante las solemnes procesiones. Bajo la sombra del convento nació la cultura de Candelaria, y hubo las más espléndidas efemérides. El severo perfil de la vida monástica contrastó con el júbilo de las fiestas. Prelados y varones apostólicos dejaron aquí el alto ejemplo de sus vidas evangélicas. Y el mar cantó la poesía de la vida religiosa.

Candelaria duerme, y sueña con su leyenda de oro. La severidad de las rocas a la meditación invita. La belleza de lo triste, de lo solitario, está aquí. Peñascos que semejan *sitiales de granito*, propicios para a su sombra leer los versos de Ossian o los tercetos de Dante. Senderos por donde pasaron figuras aventureras de conquistadores y soldados, siluetas medievales de frailes y señores, cuyos vestigios queremos percibir entre el polvo del camino. Riscos heridos, demacrados, disciplinados por los cilicios del

³⁸² Primer texto suyo directamente protagonizado por la Virgen de Candelaria, que será claro referente en su vida y obra hasta el último día de su existencia.

viento. Pueblo de rostro ascético, que se viste de gris como si se pusiese una capucha monacal. ¡Poesía religiosa y escondida! Esquila de monasterio que evoca en una epifanía de recuerdos toda la tragedia de la raza vencida, y que con su tañido parece que llama de nuevo a los canarios para cantarles la milagrosa tradición de los tres pastores. Arenas doradas que resucitan en nuestra fantasía procesiones milagrosas, músicas angélicas. Y olas de mar que quieren repetir la "Salve de los mareantes" en cuyas diez y seis estrofas condensó el poeta todos los requiebros, toda la poesía íntima de la devoción del alma tinerfeña a Nuestra Señora de Candelaria.

"Feliz Atlante dichoso
nevado hermoso galán
altivo canario Teide
pirámide de cristal
gózate en tu nácar, concha
de perla tan singular".

Candelaria es soñadora y poetisa, desposada del mar y cautiva de las rocas.

Poetas y prosistas han enaltecido la belleza, árida y triste, de Candelaria, pues, como dijo Unamuno, "no comprendo que se confunda lo triste con lo feo. Hay tierras tristes, tristísimas, desoladas, saháricas, esteparias; pero muy hermosas, solemnemente hermosas". Quiero recoger ahora el paisaje de Candelaria, a través de los principales autores que han escrito sobre el tema.

Al canónigo de Gran Canaria Cairasco de Figueroa, poeta del siglo XVI, no le interesó el paisaje de Candelaria, sino la tradición maravillosa.

En la musa épica del bachiller Antonio de Viana, poeta del siglo XVII, Candelaria es playa larga y arenosa, cueva salitral y tosca, convento insigne y suntuoso. En el siglo XIX Fernández Bethencourt pinta el paisaje, en los octosílabos de un inspirado romance:

"De Tenerife la bella
En las arenosas playas
Con su iglesia y su convento
Y con sus casitas blancas
Hay una pequeña aldea
Del mundo entero olvidada
Que en el espejo del mar
Se contempla y se retrata.
Altos picos y sombríos
Soberbias rocas y pardas
Parece que del bullicio
De la tierra la separan".

Pero ningún poeta supo cantar la poesía triste y seca de Candelaria como un poeta anónimo en la estampa maravillosa de esta quintilla gráfica, aunque toscamente labrada:

"Tiene su casa solar
en árida costa seca
metida en un arenal
que furioso baña el mar
y el sol ardiente deseca".

El prosista del siglo XVI, Fray Alonso de Espinosa, es breve, pero hondo y expresivo: arenal y cueva, aspereza de la tierra, risco a la orilla del mar, soledad grande. Para el alférez don Pedro Agustín del Castillo, escritor de la primera mitad del siglo XVIII, es convento, playa, reducto con artillería. El Clásico Arcediano, escritor de la segunda mitad del siglo XVIII, atildado como un abate setecentista, o como un poeta del Renacimiento, es más extenso en la descripción: espacioso arenal, convento contiguo a un alto risco, castillo con alguna artillería de iglesia, muchas casillas y cuevas iglesia, muchas casillas y cuevas habitables. En el siglo XX el Licenciado Rodríguez Moure, el más completo historiador de Candelaria –prosa desaliñada con deleitosos dejos de crónica vieja–, pinta con exactitud: ingrato erial, árida y seca costa, masas de lava petrificada, convento, pueblo ribereño. Belén sugestivo, paisaje abrupto y agostado. Fray Albino González Menéndez Reigada, comentarista de teorías históricas de Rodríguez Moure, escribe: "Las angélicas procesiones por la dilatada playa, alumbradas por brillantes antorchas, amenizadas por celestiales melodías, y acompañadas en la ribera por grandes peces de distintas clases; los torales de cera, que todos los años arrojaba el mar a la cercana playita que aún lleva su nombre; la numerosa reproducción de los ganados que le ofrecían y otros muchos favores, que en justicia le atribuyen, son leyendas hermosísimas que aún cautivan y entusiasman a los romeros que concurren al santuario. Todas ellas están reproducidas en cantos populares, que les hacen pasar sin pena las fatigas del penoso camino". Cipriano de Arribas decía en 1900: "espacioso arenal junto al mar".

Del color de las grutas y del arenal debía ser la Imagen que iba a dar nombre a aquel paisaje bello y triste, constelado de profundos silencios y de sonoras soledades, dormido en el túmulo de sierras sombrías, grave y mudo como las necrópolis seculares de la raza, alumbrado por el incendio de un sol africano, y prisionero entre las cadenas titánicas del mar.

Hubo poetas y cronistas que narraron la tradición maravillosa, bardos que en la malla sutil de sus versos pusieron requiebros a la *Isleña Divina*. Cairasco de Figueroa cantó la tradición, en el pentagrama de sus octavas reales, entre las que se halla este pareado:

"Venturosas las Islas Canarias
Que tienen por blasón la Candelaria".

La Virgen tinerfeña fue la Musa de Antonio de Viana que nos dejó el paisaje de la tierra en la epopeya de la Conquista. Y así la decía:

"Agora es tiempo que el favor que os pido
me deis cumplido, Musa sacrosanta
mi voz humilde canta aunque es indigna
la inmensa y peregrina maravilla".

Versos de rima leonina de que tanto gustó en su poema el épico vate lagunero, versos henchidos de amor a Nuestra Señora de Candelaria. El Licenciado don Juan Núñez de la Peña –prosa que fatiga– saludaba a la *Isleña Divina* con la alabanza de primera conquistadora de la isla de Tenerife. Y en el siglo XIX Fernández de Bethencourt le decía:

"Nombre más grato al oído
Que el manso volar del aura
Que el suspiro de la brisa
Cuando besa la enramada,
Que el gemido de las hojas,
Que el murmullo de las aguas,
Que el ruido que hacen los ángeles
En el cielo con sus alas
Tu nombre, madre bendita
¡Virgen de la Candelaria!".

La Musa popular le ha dirigido una muchedumbre de loores, en coplas espontáneas y fervorosas, y ha encontrado, en la ingenuidad de su fe hasta lunares en su rostro. ¡Todo lo puede y todo lo explica el amor! Mas nadie le prodigó tales requiebros como el Bachiller Antonio de Viana. Y así le dice, lírico y arrebatado: *Sagrada Musa de la mar Estrella, divina Margarita, divina y sacra Candelaria, mi sagrada Musa*, etc. Y hasta diríase que Viana participa del religioso júbilo de aquella primera procesión por la arenosa playa; procesión en la que la *Isleña Divina*, desde la santa cueva con "ramos, flores, paños y ornamentos" compuesta, es llevada en hombros de los Menceyes de Güímar, Anaga, Taoro y Francisco Bueno; procesión durante la cual "se mostró quieto el mar, manso y pacífico"; procesión a que asistió el propio Conquistador. Y diríase, además, que Viana es uno de los que forma la comitiva de aquella primera procesión cristiana por las playas de Candelaria; y que va junto al Conquistador y los Menceyes como un símbolo de la fusión de las dos razas; y que clavando el poeta sus ojos en los de la Virgen, le pide inspiración para componer su obra celebrada. ¡Tal es el encendido entusiasmo, y tal el realismo con que allí se describe aquel religioso desfile! Yo diría que Viana sintió tristeza, al dar, con el canto diez y seis, fin a su inmortal poema.

Pueblo de Candelaria, besado por las brisas de la cumbre y cantado por las estrofas del mar, fuiste la cuna de la fe isleña. Solitario y pensativo, te arrodillas en la costa con el místico ademán de un cenobita que reza. Eres gris y azul, campesino y marinero, monje y poeta. Eres la poesía triste, la poesía salvaje, la poesía brava y primitiva. Tus grutas son sepulcro de la leyenda milenaria. El mar te arrulla, te satura de yodos y sales, te disciplina. Vestido de pescador en la ribera y de labriego en las alturas de tus rampas. Diríase que las almas de tus muertos se asoman a tu viejo balcón, mordido por las sales y las brisas marinas. Te pintaron los cronistas y te enaltecieron los poetas.

No me gustas en la algazara de tus romerías, en el bullicio de tus fiestas, sino solo, desgarrado y triste como mi espíritu y mi vida. Yo te amo así, con tus peñascos agresivos, con tu convento y tu esquila, con tus playas encendidas por un sol africano, con tu mar sonoro y bravío, con tu paisaje árido y triste, con tu leyenda de oro, con tu Virgen bendita y morena, con tu cielo abierto como una inmensa esperanza. Me gustas así, con tu "sol desnudo y silencioso, besando con sus rayos a la roca desnuda y silenciosa"³⁸³.

Para mí que saboreo la poesía de tu belleza triste, eres verso, cenobio, arrenal, égloga, eres poesía salvaje y árida, poesía abrupta y mística, poesía escondida y silenciosa. Eres la tierra de la *Isla Divina*. Eres la poesía de Dios.

Mi palabra desgarrada no puede alabarte tanto como mereces. ¡Que te alabe el mar, que es tu poeta!

Sebastián PADRÓN ACOSTA
Tenerife, Marzo de 1935

³⁸³ Parecen ser palabras de Unamuno.

- 3 y 6 de abril

Ensayo sobre la poesía de Manrique³⁸⁴

La Laguna, dama de rancio abolengo, que guarda siempre en sus labios un ósculo de luz, para los patricios, en esta noche necrológica, se acerca, enlutada y temblorosa, con el fin de poner, por la boca de sus poetas, el ritual perfume de una lírica emoción sobre las cenizas del llorado vate, que gala de caballero y flor de patriotas era.

Momento desconsolador es este, y trágico, en que, acariciados por las alas del silencio, llegan aquí y se posan sobre nuestro pensamiento, desgarradores, estos versos de un poeta español:

"Esos huecos oscuros que se ensancharon
fueron ojos que vieron y que lloraron.
Por esas grieteadas formas vacías
penetraron del mundo las armonías".³⁸⁵

Recoger la esencia del alma de un poeta, esencia partida en fragmentos dispersos, es labor hartamente difícil. Y si el poeta era uno de nuestros amigos, y su tumba está recién abierta, la labor se hace no solo difícil, sino además dolorosa. La emoción estremece la mano que guía la pluma; y el llanto, que nubla nuestras pupilas, acaso entenebrezca la severa faz de la crítica, porque el amor y el odio –como escribió Pascal– cambian la justicia.

Recoger esa esencia incólume, íntegra, idéntica a sí misma, acción es casi tan difícil como la de encerrar en un ánfora el desparramado perfume de un crepúsculo estival.

El insigne catedrático Valbuena Prat, autor de una maravillosa síntesis crítica del teatro español, durante su estancia, desgraciadamente fugaz, en nuestra Universidad de San Fernando, nos dispensó el honor de fijar su sagacidad de crítico sobre la poesía canaria, concretando sus valoraciones estéticas en un interesantísimo estudio titulado "Algunos aspectos de la moderna poesía canaria".

Cuando el ilustre catedrático, en este trabajo, entra de lleno en el objeto de su investigación, dice:

"La formación de una escuela o grupo de poetas canarios es de fecha reciente. Los escritores insulares anteriores a este movimiento o son figuras aisladas sin influjo

³⁸⁴ El texto lleva la siguiente nota previa: *Notable trabajo literario de nuestro querido amigo y culto colaborador de GACETA DE TENERIFE don Sebastián Padrón Acosta, leído en la velada necrológica celebrada anteanoche, lunes, en el Ateneo de La Laguna en honor del inolvidable poeta Domingo J. Manrique*. No olvidemos que Padrón Acosta escribió sobre él, en este mismo medio, cuando falleció (4 de abril de 1934), y en ese texto pedía que se celebrara un homenaje en el lagunero Ateneo. El ensayo que a continuación vamos a poder leer volvió a ser publicado, en 1940 (?), en la serie Biblioteca Canaria de la Librería Hespérides. Por esta posterior edición nos guiaremos para fijar algunas variantes.

³⁸⁵ Las líneas anteriores no son incluidas en la edición de 1940.

alguno sobre sus contemporáneos, o no revelan rasgos peculiares que puedan achacarse a su origen insular. Por eso prescindiremos de las figuras de Cairasco de Figueroa, el prosista Clavijo, los Iriarte, etc., en las que si hay algo regional está oculto o no logrado. Desde el siglo XIX se forma la verdadera escuela de poetas canarios. Podrían señalarse los siguientes momentos: el del posromanticismo, con Zerolo y Tabares Bartlett, el autor de *Trompos y Cometas*, de una modesta pero loable labor regional; el de la influencia de Campoamor, Bécquer, etc., Guillermo Perera, Domingo J. Manrique; posteriormente tienen acaso algún entronque con estos poetas José Hernández Amador y Ramón Gil Roldán; el de los precursores de las nuevas tendencias como Luis Doreste, Saulo Torón y el primer aspecto de la obra de Luis Rodríguez Figueroa; aquí –aunque aparte hay que incluir a Domingo Rivero, clasicista, vigoroso, unamunesco, íntimo–, recordemos el fuerte y hondo soneto: "Yo, a mi cuerpo".

Valbuena Prat incluye, pues, a Domingo Manrique en el segundo momento de la escuela.

Desgraciadamente Valbuena Prat no nos dejó un detenido juicio acerca del poeta que es objeto de estos apuntes. Solo en el "Apéndice" a su obra, dice que la tradición de Manrique, "El Mencey de Abona", contiene "hermosas descripciones de paisaje". El crítico de nuestra poesía moderna se dedica en su trabajo a estudiar con extensión otros poetas, a Tomás Morales, Torón, Fernando González, Domingo Rivero, etcétera. Y en el mencionado "Apéndice" consiguió valiosos juicios sobre poetas tinerfeños, como Zerolo, y sobre todo Tabares Bartlett, que es acaso el poeta más nuestro.

Intento en estas páginas desdoblar algunas de las facetas más interesantes de la poesía de Domingo J. Manrique, facetas que concretaré en los siguientes puntos: 1.º "La emoción de la tierra". 2.º "El paisaje canario". 3.º "El sentido lagunero". 4.º "Elogios". 5.º "Elemento religioso". 6.º "La nota melancólica". 7.º "El sentido de la galantería".

1.º LA EMOCIÓN DE LA TIERRA

La emoción de la tierra canaria fue la nota primordial en la poesía, hondamente lírica, de nuestro vate. El amor al terruño arrancó a su lira las más delicadas notas. La visión del terruño se despereza blandamente, por los alabastros pulidos de sus estrofas. El afecto de la tierra latía en lo profundo de su corazón. Acaso por esto una de sus poesías mejor logradas es "El Arrorró", en el que el poeta ve simbolizada la tierra canaria. "El Arrorró es un pebetero de finísimas ternuras".

"El Arrorró" es su composición de más intenso espíritu regional. Y sobre el tema de esta poesía no se ha escrito nada semejante; abismo de sentimiento, y perfección de forma. "El Arrorró" es la poesía que consagra a Manrique como un gran poeta lírico, dentro de la lírica canaria. He aquí tres estrofas de las seis que integran la poesía "El Arrorró":

"Guardo muchas canciones en la memoria,
pero en el alma llevo tan solo una:
aquellas cuyas notas suenan a gloria,
la que cantó mi madre junto a mi cuna".

"Arrotró de mi tierra, sencillo y blando,
lleno de dulce y vaga melancolía.
Quien no te ha oído vive ignorando
de los grandes amores la poesía".

"Canción incomparable, toda dulzura,
canción de mis recuerdos, tierna y vehemente,
cada vez que te escucho se me figura
que una ola de besos baña mi frente".

¡Decidme si habéis leído en algún poeta canario ternura igual!

Las más caras emociones del poeta vibran en esta poesía, donde se suceden los versos como espumas que se desperezan sobre *rubias arenas*.

A este respecto de la obra de Manrique pertenece también el soneto "Las Folías", versos de interesante contenido descriptivo, tema este de las folías cultivado por los poetas del primero y segundo momento. Lo más bello del soneto "Las Folías" son los tercetos:

"Bajo el milagro de la luz dorada
mientras del baile la sutil madeja
devana a su placer cada pareja

al delicado ritmo encadenada,
se oye la copla dulce, apasionada,
tierna y sentimental como una queja".

Debía de incluir también aquí "El Mencey de Abona", pero lo analizaremos en el siguiente apartado, por razones que luego verán.

2.º EL PAISAJE CANARIO

El paisaje canario que nace en el siglo XVI en Cairasco de Figueroa y que en el XVII se viste de lozanía en el Bachiller Antonio de Viana y que más tarde, cuajado de luz, queda prendido en la malla sutil de unos inmortales versos de Nicolás Estévanez, es notablemente cultivado por algunos poetas canarios modernos.

Este tema del paisaje se desenvuelve con acierto en dos poetas: Antonio Zerolo y José Tabares Bartlett (primer momento). Sobre todo Tabares Bartlett. Un insigne crítico ha escrito de "Zebenzui" esto: "Es una de las poesías más inspiradas en que se nota ya plenamente la sensación del paisaje canario". En esta poesía "se expresan motivos de ambiente y emoción de la tierra y costumbres canarias con un vigor no superado".

Los poetas Guillermo Perera y Álvarez y Domingo Juan Manrique continúan el tema del paisaje. (Segundo momento).

Casi toda la poesía de Manrique ostenta la nota descriptiva. La noche del 12 de septiembre de 1919 se da a conocer en el Teatro Leal, de La Laguna³⁸⁶, una obra lograda del poeta, "El Mencey de Abona", que es la floración más vigorosa y fuerte de su autor. El tema de esta leyenda es: el Mencey de Abona, Adjoña, se disfraza de pastor, para salvar a un pastor del Menceyato de Adeje, condenado a muerte por haber matado "a uno de los canes más fieles y estimados que del Mencey de Abona guardaba los ganados". Y lo consiguió. "El Mencey de Abona" está escrito en versos alejandrinos y de quince sílabas, que se agrupan en pareados. Se narra en esta leyenda una bellísima acción, que pone de relieve la nobleza de alma de nuestros aborígenes.

Esta leyenda es una de las obras en que más se exalta el numen de nuestro vate. Palpita en ella dramatismo intenso; hay allí rumor de selva virgen. Y a veces pensamos, leyéndola, en Zorrilla. Es de un vigor descriptivo admirable la pintura que el poeta hace del Tagoror que "parece una magnolia en flor".

La facultad descriptiva de Manrique se deleita en los trazos fuertes, logrados, con que pone ante nuestros ojos la figura de Adjoña:

"Hallábase cubierta de polvo y de sudor
señales de una larga y agitada carrera,
el haico desceñido, suelta la cabellera;
reservaba el incógnito, su enérgico semblante
recatábase a medias tras el pelo ondulante
de una barba supuesta; su mirar expresivo
y su porte, emanaban ese orgullo nativo
y ese caudal ingénito de noble bizarría
que despierta en las almas respeto y simpatía;
sus miembros asomando bajo la urdimbre ruda
del plebeyo sayal, causaban una muda
admiración; el busto delicado y esbelto
las curvas vigorosas, el ademán resuelto,
era todo un esbelto y aguerrido doncel;
una escultura griega envuelta en tosca piel".

La emoción del poeta ante el paisaje canario se sublimiza, sube de punto, llega a la plenitud artística, en los siguientes pareados:

"El día es todo luz, el paisaje un encanto:
lejanías azules con franjas de amaranto;
junto a las suaves lomas las montañas hirsutas
tendiendo en los abismos las rampas de sus grutas

³⁸⁶ En la que fue llamada *Fiesta de los Menceyes*, y a la que –como se dijo– con casi total seguridad asistió el joven lleno de inquietudes Padrón Acosta. Recordemos que es significativo anotar, en este contexto, que el cura escribió una recreación de esta historia, seguramente inspirada en el poema de Manrique, el 20 de diciembre de 1921 en *Gaceta de Tenerife*, con el nombre de "El lanzador de tamaras".

palmeras que recortan sobre un cielo ideal
sus gallardas siluetas de altivez oriental;
precipicios cubiertos de floridos zarzales;
bosques enmarañados, frescor de manantiales;
nubes que se desgarran y en las simas sepultan
sus fragmentos de armiño que ruedan y se ocultan
tras del polvo de oro que avientan los rebaños;
valles donde resuenan mil sonidos extraños;
blancas gaviotas que abren en fondos de arbol
los palios de sus alas a la gloria del sol;
el gigantesco Teide que surge entre las brumas
y el mar que pone al cuadro cinturones de espumas".

Vigor, línea, colorido. Aquí la capacidad descriptiva de Manrique llega a la plenitud de su madurez artística, aunque en esta descripción, más de tendencia geométrica que pictórica, no predomine el carácter detallista que el paisaje canario adquiere en la poesía de Tabares Bartlett. Es un paisaje, el de estos pareados, abstracto, con la abstracción que aquí cabe.

3.º EL SENTIDO LAGUNERO

Manrique no había nacido en La Laguna, pero la amaba con intensa piedad filial. Ningún poeta la ha cantado con tantos primores como él. El amor que tenía a La Laguna era como el de un pintor que estuviera perdidamente enamorado de su novia y nunca se cansase de pintarla repetidas veces en diversos lienzos plasmando en cada nuevo cuadro una nueva maravilla.

Los ojos de Manrique, como los del pintor imaginado, cuanto más contemplaban La Laguna, más gracia nueva descubrían en ella. Esto es lo que realizaba el poeta en los versos que llamó de sentido lagunero.

Es un aspecto interesante de su poesía. Dentro de lo universal –perdonad la paradoja–de la emoción de la tierra, el sentido lagunero representa lo particular. Se desenvuelve en lo que pudiéramos llamar *estampas parciales de La Laguna, acuarelas literarias, apuntes laguneros en verso*. La Laguna fue uno de los temas predilectos de la musa de don Domingo. En un certamen celebrado en esta ciudad, el 28 de octubre de 1900, fue premiada su poesía "Aguere". La Laguna ha sido tema de nuestros poetas. Zerolo, que el 7 de junio de 1881 dio a conocer unos versos suyos premiados, que son el mejor canto a nuestro Valle de la Orotava, es uno de los cultivadores de este tema.

El sentido lagunero de Manrique se desarrolla en multitud de sonetos de versos endecasílabos, alejandrinos, de quince sílabas. Hay una característica en estos apuntes: la sobriedad. No churriguerismo, sino helenismo. Busca el poeta la exactitud de la nota localista; capta la integridad del motivo. No abigarramiento de líneas, ni recargamiento de colores, sino la emoción temblorosa, llana, pero exacta. Pincelada suave, grácil, alada. Lo interno más que lo externo, aunque paradójico parezca, tratándose de una

acuarela. Y en estos apuntes sueltos, campea la intimidad de la poesía de Manrique, de que hablé en otra ocasión.

El soneto "Primavera" es uno de esos apuntes laguneros, aunque el vate no lo diga en sus versos. En aquel soneto está La Laguna envuelta en perfumes, que se reclina sobre un lecho de flores, y que sonríe bajo *doseles de mariposas*.

He aquí el segundo cuarteto:

"La tierra está de gala; en los alcores
hay doseles de blancas mariposas,
y en las sendas mullidas y aromosas
arcos triunfales y explosión de flores".

El broche áureo del soneto es:

"hay efluvios de dicha en el ambiente,
un madrigal de luz en cada fuente
y un idilio de amor en cada rama".

Otro apunte es "Invierno". La Laguna invernal, a pesar de que tampoco lo expresa el poeta. De "Invierno" son estos endecasílabos iniciales:

"Fingen las nubes lóbregos tapices
que obscurecen la vega humedecida;
el viento azota, el agua entumecida
bulle, turbia, entre guijos y raíces".

No se puede dar una pintura más exacta en tan corto número de versos.

El sentido lagunero del poeta tiene un momento intenso, acentuado, goyesco. Este es el que plasma en el soneto "La entrada del Cristo". El vate, en los tercetos de esta composición, se expresa así:

"Y súbito millares de rojas serpentin
estallan fragorosas en ígneos surtidores;
la plaza es un incendio, volcanes las colinas,
y entre nubes de púrpura coronado de espinas
surge Jesús abriendo sus brazos redentores
a todas las angustias, a todos los dolores".

Todo el soneto está encendido de intenso color y apuñalado por un desgarramiento religioso. Música y color a lo don Luis de Góngora, pero el don Luis de la "fiesta de cañas y toros en la plaza de Valladolid".

Tras los alejandrinos de esta poesía se siente a la ciudad que, religiosa y enfebrecida, suspende su algazara, para arrodillarse ante Cristo y se percibe el incendio

artificial de los espacios, por cuya cóncava inmensidad retumban los truenos de los *morteros* y donde se abren las rosas de luz de los cohetes que semejan flores de lis con alas.

Otro apunte –y es el último que cito, porque no precisa enumerarlos todos– es "Ante la estatua de Tabares Bartlett". Aquí, acariciado por las fragancias, surge el simpático y bello rincón lagunero: "Plaza de la Junta Suprema"³⁸⁷.

"En el risueño vértice de espléndida alameda
elévase la estatua del poeta glorioso,
erguido y firme el busto de perfil armonioso
y alta la noble frente, como él la llevó en vida.

Hoy visité aquel busto; de perfumes henchida
bañome el aura; en torno del jardín rumoroso
unos gráciles niños en bando bullicioso
rasgaban el silencio de la tarde dormida.

Pareciome en el regio crepúsculo amarillo
que incendiaba el brillante mármol del pedestal
ver surgir del maestro el espíritu sencillo,

hecho luz y fragancia, y que en cada rosal,
rimando con las voces del infantil corrillo,
un verso florecía de su musa inmortal".

El tema de La Laguna aparece en poetas canarios modernos. Aparece en Antonio Zerolo, quien dejó sobre el tema de La Laguna otoñal una estampa definitiva ("Ya La Laguna triste y solitaria", etc.) y que deseaba morir en La Laguna y que arrullasen su sueño los pinos de la montaña y el mar Atlante, que meció su cuna.

Aparece en el mismo Manuel Verdugo, vate cosmopolita, en quien existe poco elemento regional, pero que es egregio maestro de la poesía moderna española. Este momento regional lagunero de Verdugo, es la composición "La Cruz de Piedra". Aparece inicialmente en el primer momento de Francisco Izquierdo: en "Medalla de otros tiempos"³⁸⁸. Y se desenvuelve con profusión en el segundo momento de este admirable poeta, tema que da, sin acaso el autor sospecharlo, título a su segundo libro: *Medallas*. El tema en esta segunda época de Izquierdo se vuelve agrio, áspero, seco, a lo Pío Baroja, de quien trata el penúltimo soneto de los 49 de que consta todo el libro. Un escepticismo sombrío, agresivo, aletea en el tema en esta época del vate. Pero las *Medallas* son magistrales. "La Laguna, ciudad de los verodes" y "El Palacio de los

³⁸⁷ En la primera versión, después de esto y antes del poema, existía la siguiente oración: "He aquí algunas pinceladas".

³⁸⁸ Un poema de su libro *Alta plática* (1915). Sobre este poeta escribió algo Padrón Acosta en julio de 1921.

Navas" acaso sean las mejores *Medallas* que sobre el motivo lagunero, tan fecundo en nuestros modernos poetas canarios, brotaron del arpa de Izquierdo.

En la poesía de Domingo Manrique el tema de La Laguna es optimista, risueño, amable, sugestivo como el ensueño de una tarde primaveral en la vega lagunera. Está envuelto en una luminosidad que seduce. La misma Laguna ventosa, crucificada de frío y de bruma, del soneto "Invierno", atrae plácidamente.

La transparencia es una de las cualidades de los versos de este inspirado poeta. Transparencia que heredó de Bécquer. Manrique bruñe sus versos con la tersura de Núñez de Arce. Y su palabra es esclava de su pensamiento³⁸⁹.

4.º ELOGIOS

Su finura espiritual floreció en los elogios tributados a los claros varones de la Patria, que pusieron la ofrenda de sus acciones sobre el altar de la tierra tinerfeña. Ante ellos, el poeta quema el ritual incienso de versos votivos, que subieron a posarse sobre las cabezas sublimadas. Y ahí ascendió el sacramental aroma del elogio, en alas de los versos, a besar la frente de los Nava Grimón, de Antonio Zerolo y Herrera, de José Tabares Bartlett y de Patricio Estévanez y Murphy. Así canta el vate en un soneto a Zerolo:

"Tú, que pulsaste el arpa de los celestes coros,
y que en tu corazón y que en mente inquieta
del sentir y el pensar depuraste los oros;
permíteme que, en culto al genio y al poeta
coloque, reverente, esta humilde violeta
junto a las rosas cálidas de tus versos sonoros".

5.º ELEMENTO RELIGIOSO

La tortura metafísica, trágica y desesperada en la figura gloriosa de don Miguel de Unamuno, no ensombreció el espíritu de Manrique. Las alas de la fe le libertaron de este abismo interior. Así se deduce de un tríptico del vate, premiado con la Flor Natural en unos Juegos Florales celebrados en la villa de Valverde el 12 de Junio de 1922.

El tríptico se titula "Fe, Esperanza y Caridad". De estos tres sonetos decía el "acta del Jurado": "Son tres composiciones admirables, modelos de corrección, de belleza, conceptuosas e inspiradas en la más pura moral cristiana". "Fe, Esperanza y Caridad" son el índice de la fe religiosa del poeta. Son como tres piedras preciosas de nuestro cielo lírico, magníficos diamantes engarzados en el hilo de oro de musicales endecasílabos.

Domingo Juan Manrique, dirigiéndose al incrédulo, en el soneto "Fe", le arroja estos versos:

³⁸⁹ Aquí finaliza la primera parte publicada el día 3 de abril de 1935.

"Sacude la obsesión de tus sentidos,
la torpe ceguedad de tu alma ruda,
vuelve al cielo los ojos y prendidos
mira en el manto de la noche muda
a millones los mundos encendidos
rasgando las tinieblas de la duda".

Y el que lleva por título "Esperanza" deja una vibración íntima de su espíritu, cuando exclama:

"Por cima de la pena abrumadora,
firme y piadoso tu alentar nos guía,
por eso vive y canta el alma mía
siempre esperando una feliz aurora;
también el ruiseñor cantando llora
mientras espera el sol del nuevo día".

6.º LA NOTA MELANCÓLICA

En Guillermo Perera, la nota melancólica surge fuerte, acentuada, acaso envolviendo sus versos en una doliente monotonía. En la Musa de Manrique no sucede así. Esa nota existe, pero es menester buscarla a través de las estrofas porque está como escondida. Es una pincelada suave, casi borrosa que se esfuma. Un polen sutil, una tinta diluida. "Una dulce y vaga melancolía", como canta el poeta en "Arrorró". A través de esta tristeza del vate se adivina la sombra de Bécquer, que pasó por allí. Duerme esta "dulce y vaga melancolía", en "Los ojos de Marisa" (composición premiada en 1918), en "Esperanza", en "Caridad", y en un bello romance dedicado a don Rogelio Francés, con motivo de enviar a este el poeta la leyenda "El Mencey de Abona".

7.º EL SENTIDO DE GALANTERÍA

El insigne prosista José Enrique Rodó, en su libro *Hombres de América*, donde nos da una enérgica visión de la obra de Rubén Darío, dice que la poesía de este puede simbolizarse en el cisne, *ave favorita* del poeta nicaragüense. (Léanse "El Cisne", "Los Cisnes" y "Blasón").

Acaso contagiado por este afán simbolista de Rodó, veo simbolizada la obra de Manrique en la mariposa. (El vate canario, en una de sus poesías, habla de "doseses de blancas mariposas", y en otra dice que sus alumnas acudían a clase "presurosas cual raudo tropel de mariposas". Véase "El Mencey de Abona", con razón seleccionada por Verdugo para su *Antología de Poetas Canarios contemporáneos*, inédita³⁹⁰, y el soneto que acaricia el álbum de la aristocrática y bella señorita María Peraza de Ayala).

Y digo que el símbolo de los versos de Manrique es la mariposa, porque suaves, gráciles, rientes, bellamente geométricos, como alas de mariposas, son sus versos.

³⁹⁰ De ella se da noticia en el número 2 de la revista *Castalia* (14 de enero de 1917).

Una característica del poeta estudiado, acaso la más acusada, es la delicadeza, la exquisitez. No llega esta delicadeza al preciosismo, porque la austeridad artística del poeta le pone diques. Acaso formados en esta escuela de delicadeza de la poesía de Manrique, pero dando rumbo nuevo, tal vez nueva técnica a esta exquisitez, nacen dos mágicos poetas actuales: José Manuel Guimerá y Pedro Pinto de la Rosa. El gran poeta Francisco Izquierdo es cosa aparte. La obra de este es admirable y puede dividirse en dos momentos, marcados por la aparición de *Alta Plática* (1915) y *Medallas* (1925). Ni el influjo de Núñez de Arce en la poesía de Tabares Bartlett, ni la influencia de Zorrilla y Quintana y Herrera en la poesía de Zerolo; ni el influjo que en el primer momento de Francisco Izquierdo ejercen los versos de José María Gabriel y Galán (compárese "El Ama" y "Mi Padre"); ni el influjo de Santos Chocano, Guerra Junqueiro y Espronceda en la Musa Altiva, con casco guerrero, de Rodríguez Figueroa; ni la influencia de *Estelas*, del maravilloso cantor de Alcibíades, sobre el interesante libro *Senderos*, de Luis Álvarez Cruz; ni la influencia señalada por Valbuena Prat, de poesías de Antonio Machado en la obra valiosa de Fernando González, "el poeta de la familia del amor fraterno", cuya personalidad ha ido evolucionando a través de libros como *Las canciones del Alba*, *Manantiales en la ruta*³⁹¹ y *Hogueras en la montaña*, y que supo crear "La última noche del niño enfermo", verdadera *obra maestra*, poesía cabal que basta de suyo para inmortalizar al querido y admirado poeta y docto catedrático Fernando, disminuyen el valor de la obra de estos artistas. Pero volvamos a nuestro propósito.

El primor, la exquisitez, es gracia lírica, que ríe en los versos de Domingo J. Manrique, está espléndidamente difundida en las composiciones de corte galante.

Ha sido Manrique el poeta canario que con más asiduidad y mejor perfección ha cultivado los versos de *sentido de galantería*, incluyendo al mismo Tabares Bartlett, de cuyo soneto "A Josefina Ascanio" dijo el eminente Valbuena Prat que nadie antes del Modernismo, ni aún López de Ayala, superó este bello *sentido de galantería*. Yo me atrevo de decir que, en esto, Manrique es superior a Tabares Bartlett.

Los versos de Manrique acerca de este tema están dispersos en multitud de álbumes en poder de distinguidas damas.

En la poesía de corte galante, Manrique vive de nuevo sus años juveniles. Un dulce retorno al "Divino Tesoro".

La gracia sutil, el piropo aristocrático, el discreto galante, el elogio a la femenina belleza de una boca, de unos ojos, de una risa, de una cabellera, el atavío de una frase enamorada de romántico trovador, un suspiro de madrigal, son motivos de los versos de tendencia galante en este vate. Diríase que es aquí Manrique un Duque poeta escapado de un lienzo de Watteau.

Canta el poeta en una de estas composiciones:

"Muchachita gentil que llevas un tesoro
en tus bellas pupilas y en tus crenchas de oro,

³⁹¹ Sobre este libro escribió nuestro autor el 17 de mayo de 1923.

tal vez hayas soñado que un lindo trovador
al compás de las notas de su laúd sonoro
te envolviera en el ritmo de una canción de amor".

La alabanza discreta pule estrofas como la que sigue:

"Yo supe de qué modo la Ciencia te asimilas
y como de tus labios el purpurino broche
de la palabra hacían un musical derroche,
en tanto subrayaban de las horas tranquilas
el sosiego, atrayentes, cual faros en la noche
los puntos luminosos de tus negras pupilas".

Pero donde *el sentido de galantería* llega a la más acabada concreción, es en el soneto "Tu risa", escrito en el álbum de María de San Ginés. Soneto en el que se exhibe un supremo gesto de elegancia, elegancia a lo Alberto Hidalgo, en "Rendición". Ningún poeta canario ha superado este gesto de galantería. Gracia, plasticidad, metáfora, ritmo impecable, todo esto resplandece en los catorce diamantes de "Tu risa". Rubén Darío hubiera podido poner al pie de este soneto su nombre. "Tu risa" es una obra maestra; aquellos catorce topacios de versos de musicales hemistiquios, modelo de técnica poética, pueden servir de paradigma en el *Arte Métrica* más exigente. Allí resplandece la elegancia, la naturalidad y la armonía con que está ataviada la obra del poeta. Sobre todo, la armonía, que era su preocupación de artista, su sueño azul. ¡Divina armonía!, con que se embriagó Paul Verlaine; divina armonía, en la que se envolvió como en un manto imperial la augusta figura de Rubén Darío; divina armonía, que tanto amaron todos los dioses de la lírica.

Como un zafiro quiero engarzar aquí el soneto maravilloso "Tu risa":

"Tu risa, bajo el negro palio de tu melena
es cual cantar de alondra, que, de la luz avara
entre nimbos astrales y alburas de azucena
en estrofas de oro sus notas desgranara.

Cuando ríes y tiemblan las rosas de tu cara
y en diamantes se tornan tus ojos de agarena,
parece que el espacio de claridad se llena,
es como si a tu rostro la gloria se asomara.

Tu risa: ¡Cuántas veces mi espíritu la evoca!
Festín de maravillas con luz de madrigales,
orgía de embelesos, perturbadora y loca;

y osados, tentadores, divinos y triunfales
tus blancos dientes como diminutos puñales
prendidos en el rojo milagro de tu boca"³⁹².

³⁹² En 1935 seguía, como párrafo aparte, esta oración: "¡No se puede pedir más a la galantería de un poeta!". A partir de ahora viene un fragmento añadido en la última versión.

No acaban aquí, en esta última poesía, las finuras y maravillas de este delicado poeta.

Manrique plasmó, además, un magistral soneto de valor universal, cantando a la excelsa y mortal novia de Dante Alighieri, mujer pura, que es el eje de diamante de *La Divina Comedia*. Es acaso una de las mejores poesías acerca del tema. Se titula el soneto "Beatriz de Portinari". Es el siguiente:

"Ángel, diosa o mujer, tan bella era,
que solo imaginarla es vano empeño.
¿Fue la dichosa realidad de un sueño
o la dulce visión de una quimera?

¿Calcó el Divino Orfebre la severa
línea de su cuerpo en el diseño
del dios Amor, o acaso fue el risueño
espejismo de un sol de primavera?

Tal hermosura el cielo darle quiso,
tal secreta atracción a su semblante,
que viviendo por ella vivió el Dante,

y para aquel amor le fue preciso
poner juntos Infierno y Paraíso,
porque una eternidad no era bastante".

Sobre el tesoro musical y emotivo de la obra poética de Domingo J. Manrique, yo pondría como colofón estas palabras de Croce:

"Cuando hay emoción y sentimiento pueden perdonarse muchas cosas; cuando faltan, no hay nada que pueda compensarlos. Todos los otros méritos no pueden salvar una obra de arte".

Cantor de la tierra canaria: por artista y caballero, por ser flor de patricios y gala de poetas; porque supiste cantar en versos que saben a gloria las ternezas del "Arrorró"; por la regia galanura y la música astral de tus versos, recoge el homenaje de estas rosas votivas que con emoción he cortado en mi lírico jardín; acepta la ofrenda de estos poetas que han venido a decirte los salmos de sus estrofas. Cantor glorioso de la tierra mía: ¡salve!³⁹³.

Sebastián PADRÓN ACOSTA

³⁹³ La edición de 1940 incluye una selección de textos poéticos del autor.

- 14 de abril

Las multitudes ante Jesús

Día luminoso de Domingo de Ramos. Dios penetra en Jerusalén bajo rompientes de luz. Los niños de los hebreos arrojan al paso de Cristo ramos de olivos y palmas. Los judíos se despojan de sus mantos orientales, y los tienden cual mullidas alfombras bajo los pies de Jesús, que sonríe en esta luminosa y fresca mañana de primavera. A través de la apoteosis en que le envuelven las muchedumbres, Cristo con su ciencia de visión clava los ojos escrutadores en la cima del Calvario, que allá se yergue, implacable y desnudo, como un cadalso sangriento. Sobre el Gólgota ve un árbol, que no es la palmera³⁹⁴, ni el olivo³⁹⁵.

Día suntuoso, lumínico y litúrgico. La Esposa de los Cantares se cubre con la austeridad de una túnica morada, símbolo de lutos y penitencias. Capas pluviales, a las que el sol arranca constelaciones de oro. Antífonas llenas de contenido teológico. Palmas y olivos. Muchedumbre silenciosa, que agita en el aire claro de la mañana los ramos simbólicos. Poesía litúrgica y religiosa. Júbilo de campanas matinales. ¡Domingo de Ramos, con que se inicia la conmemoración de la fiesta de nuestro rescate!

Los niños de los hebreos sonríen bajo el esplendor de la mañana primaveral. La luz juega entre el triunfo de las palmas y de los olivos. Bajo la cóncava inmensidad de los cielos, abiertos como una esperanza, los montes se desnudan allá, en las lejanías azules, donde el sol deslíe la púrpura regia de sus rosas. La Naturaleza se atavía con galas nupciales, entre la pompa asiática de terebintos y sicomoros. Los campos exhalan el perfume reciente de sus incensarios. Amanecen auroras de luz en los semblantes puros de los niños de los hebreos. Y Cristo pasa con la majestad de un Rey.

La muchedumbre le ovaciona, exalta su figura bajo doseles de palmas, sobre alfombras de olivos. La primavera celebra el rito epitalámico de sus desposorios con el sol, en la fresca y luminosa mañana de Jerusalén. El sol pone halos de luz en la cabeza de Cristo, cuya figura se destaca entre aquella muchedumbre que le vitorea. Sobre aquella apoteosis, los cielos se abren como un inmenso palio azul, cuyos extremos se recogen en la crestería de las montañas almenadas. Sobre las lomas violetas, las alondras diluyen el rosario de su salutación matinal. La muchedumbre ovaciona a Cristo. Y Cristo debió sonreír, para entristecerse después. Sonríe, porque piensa en su victoria sobre el infierno, el pecado y la muerte. Se entristece, porque ve la traición de Judas³⁹⁶, la cobardía de Pilatos, la negación de Pedro, la calle de la Amargura, el abandono de sus discípulos, los azotes de los verdugos, la injusticia y ceguera de la ciudad deicida, la corona de espinas, el cetro irrisorio, el Calvario desnudo y agresivo, el cadalso de la Cruz, los crímenes de los hombres. El cáliz es amargo, pero prefiere a la liberación de este el rescate de los hombres, el cumplimiento de la voluntad de su Padre, que es la suya.

³⁹⁴ El 20 de enero de 1923 publicaba Sebastián Padrón "La palmera".

³⁹⁵ Sobre este árbol escribía el 17 de julio de 1921 en "El árbol bíblico".

³⁹⁶ Ver "La sombra de Judas" (15 de abril de 1930).

Tras las aclamaciones de júbilo de la multitud enloquecida, oye los gritos salvajes de la turba que pedirá su muerte, que preferirá la vida de Barrabás a la suya.

No vieron los siglos cosa semejante. La condenación a muerte, dictada contra el único libertador, contra el que rompía las cadenas de todas las esclavitudes. La muerte contra el que lanzaba las alondras musicales de su palabra, en la que palpitaba la verdad desnuda y salvadora.

No vio la Historia cosa semejante. Asesinar bajo las rituales apariencias de una justicia farisaica al que venía con el fin de endiosar al hombre; colgar de un infamante madero al que resucitó a los muertos, curó a los leprosos y paralíticos, predicó el sermón de la Montaña; crucificar al que había probado con el testimonio irrefragable de los milagros el origen de su misión divina.

El pueblo judío estaba ciego. Con justicia lleva sobre sí el estigma de su deicidio. Y por eso vaga errante sin hogar, sin patria, sin bandera.

La muchedumbre que ahora aplaude a Cristo mañana le crucificará. Así es la psicología de las turbas: injusta y versátil, ligera y tornadiza. Vitorea hoy al héroe, y lo crucifica mañana.

Pero la justicia y la verdad triunfarán. Jesús ha de resucitar. Los cielos serán testigos de su ascensión gloriosa. El infierno quedará vencido, y con él la muerte y el pecado.

Turbas asalariadas y volubles que habéis insultado y apedreado a Cristo; que habéis profanado los templos; que sacrílegamente arrojasteis las Sagradas Formas; que quemasteis iglesias y conventos; que incendiasteis las esculturas venerables; que destruisteis en una hora insensata lo que no podrán reconstruir muchos siglos; que arrojasteis tesoros de cultura por la rampa de vuestra barbarie; que repetisteis el sacrilegio de Baltasar; que pisoteasteis todo lo grande, artístico y sagrado, el paciente Jesús os espera, no como juez, sino como amigo. Os espera aún, con gesto piadoso, con una palabra de perdón³⁹⁷.

En esta luminosa fiesta de la Redención, entrad con Cristo en Jerusalén, pero con la voluntad de no abandonarle jamás, con el propósito firme de seguirle hasta el Calvario, hasta que expire en la Cruz, hasta que expiréis vosotros crucificados en la cruz de vuestra vida. Aún es hora de envolveros en la sangre salvadora. Solo Cristo es el redentor, el verdadero libertador vuestro. Confesadlo ante la faz del Mundo. Los que se disfrazan de redentores, son los que os han envenenado. Son vuestros embaucadores, redentores de tramoya, libertadores de caricatura. Solo Jesús salva. Él, si le seguís, os resucitará en una pascua eterna. Arrojaos en brazos de la verdad, que no muere, de la verdad desnuda y sangrante. Cristo fue ayer, es hoy y será mañana. Es eterno. Él es el hombre. Él es el Dios. Unión maravillosa de las dos naturalezas en la única persona del Verbo. Jesús es la Palabra hecha carne. Palabra viva y palpitante, Palabra salvadora.

Pordioseros de la verdad, buscadores de la dicha, venid a Jesús, que Él es la Vida.

³⁹⁷ Hay una clara referencia a la situación social durante la Segunda República con respecto al mundo religioso, y que él vivió en primera persona desde su perspectiva de católico, además formando parte del estamento eclesial.

Muchedumbres agitadas y hambrientas, que tenéis la blasfemia en los labios, el error de la inteligencia, el veneno en el corazón, llegaos a Cristo, que es el Camino y la Verdad.

Turbas contemporáneas, acompañad a Jesús en este luminoso día del Domingo de Ramos.

Multitudes a quienes envenenaron los falsos redentores, arrodillaos ante la gloria del Sinaí, del Tabor y del Calvario.

Sebastián PADRÓN ACOSTA
Sta. Cruz de Tenerife, Abril 1935

- 18 de abril

La Cena

Las campanas enmudecen con un silencio que viene de las alturas. Pedrería de custodias y plata de monumentos. Personajes de la Ley Antigua que como símbolos mudos, vigilan al borde de las graderías que suben hasta donde cautivo se ha hecho el Amor. Estrofas eucarísticas que resbalan en el espacio del templo, que se pierden en lo alto de las bóvedas, entre azules espirales de incienso. Poesía hebrea que se derrama como aromas de Oriente en el coro de las Catedrales. Incendio de cirios sobre blancura de rosas. Acentos de la música sagrada. Oficio divino en que la respiración religiosa se desgarran a través de las lamentaciones del profeta. Liturgia que pone en la atmósfera, tibia de cera, el misterio de sus símbolos. Abejas monásticas, que labran tras la verja las dulzuras del divino panal. La Esposa del *Cantar de los Cantares* se cubre de cilicios y llora sobre los escombros de la ciudad deicida. Un hálito fuerte de lo eterno fluye de todas las cosas, que gimen con la angustia del profeta.

Ascetismo en los semblantes y andar mesurado. Claveles rojos sobre la seda negra de las mantillas salpicadas de joyas.

¡Poesía mística de Jueves Santo, cómo clavabas tus encendidos dardos en lo íntimo del espíritu! ¡Cómo te derrites en los hornos invisibles del alma!

Es el día primero de la fiesta de los ázimos. Comido el cordero pascual, que fue la magna figura de la Eucaristía, lavados los pies de los Apóstoles, se acerca la hora solemne –que debió pasmar a los ángeles– en que Jesús instituye el adorable Sacramento, cumpliendo así la promesa que San Juan recogió en el capítulo sexto de su Evangelio.

Jesús toma en sus manos el pan, alza sus ojos al cielo, da gracias a su Eterno Padre, bendice el pan, y lo da a comer a sus discípulos, diciendo: "Tomad y comed, este es mi cuerpo que será entregado por vosotros".

Toma luego el vino, nuevamente da gracias, lo bendice y da a beber a sus discípulos, diciendo: "Bebed todos de él, esta es mi sangre que será entregada por vosotros y por muchos para remisión de sus pecados. Haced esto en memoria mía".

¡La más sencilla de las ceremonias en la institución del más profundo de los Sacramentos! La palabra de Cristo no necesitaba más porque su poder es decisivo. Dios llena el vario, crea sobre la nada.

Antes de ir al Eterno Padre, Jesús nos deja el regalado convite de su Cuerpo y Sangre, memoria de su Pasión, abismo de Gracia, prenda de futura Gloria, como cantó el maravilloso poeta del Sacramento. Diríase que el poder de Cristo se agotó en estos insondables arcanos del amor.

La Eucaristía es una sima de escondidas profundidades. El Cuerpo de Cristo no es creado de nuevo; no se muda localmente desde los cielos al Altar; las sustancias del pan y del vino no se aniquilan. Toda y sola la sustancia del pan se convierte en el Cuerpo de Cristo y toda y sola la sustancia del vino en su Sangre. Las formas

substanciales del pan y del vino no permanecen. Los accidentes, las especies sacramentales se quedan sin sujeto, y así persisten. Jesús está allí sin las angustias del Calvario.

¡Conversión maravillosa, sin precedentes en la naturaleza, conversión instantánea y sobrenatural, solo propia de la Omnipotencia divina! ¡Transubstanciación, que asombra al pensamiento del hombre! Prodigio realizado por Aquel que creó todas las sustancias allí donde ninguna existía. Es el Mundo de lo superracional, pero no de lo contrarracional, el imperio de Dios que excede los límites de la inteligencia humana.

La fe ilumina las tinieblas. Allí donde la razón desfallece, la fe comienza. El hombre es –en frase del clásico franciscano canario Fray Andrés de Abreu– "mariposa que se ciega en las claridades y que tropieza en las luces".

"No queremos ahondar, ¡Señor! –exclama el insigne Arzobispo de Toledo³⁹⁸ en un libro famoso y profundo–, en las maravillas que obra vuestra mano, para comprender lo incomprensible. Nos basta a nosotros, hijos de la fe, la palabra de la fe; y esta nos dice que las palabras de la consagración producen la transubstanciación; y que por esta acción divina, todo Vos, substancialmente el mismo, realmente el mismo que estáis en los cielos, vivo, glorioso, inmortal e impasible, estáis en el adorable Sacramento.

Todo Vos, señor. Y ¡todo Vos vivo! Porque vuestro Cuerpo se pone en el Sacramento tal como es y asimismo vuestra Sangre. Si nuestros ojos no ven la dulzura de los vuestros, y el latir de vuestro Corazón, y la sangre generosa y divina, que circula por vuestro Cuerpo, la fe nos dice que está todo allí, substancialmente, de un modo que solo vuestro amor pudo inventar".

Y nuestro querido Prelado³⁹⁹ escribe en *La Ciencia del Amor*: "El cielo, que es la consumación del amor, no será esencialmente sino esta misma unión, rotos los velos del misterio, y rotos consiguientemente los diques que mientras vivimos en la carne, impiden desbordarse y anegar el alma los torrentes de delicias y de consumada felicidad que de esta unión amorosa lógicamente se siguen. La unión real, inefablemente íntima con Dios, la posesión de Dios, que de manera tan plena se nos da en este Sacramento; la posesión del Infinito, donde están encerrados todos los tesoros; nuestro cielo, nuestra gloria, nuestra bienaventuranza".

Jesús se convierte en alimento del hombre. Alimentación sobrenatural inaudita, por la que no se convierte Cristo en nosotros, sino que nosotros nos convertimos en Cristo, al contrario de lo que ocurre en el alimento natural. Divinización deificación del hombre endiosamiento insospechado. El mundo divino palpitando en la frágil bajeza de un gusano de arcilla. ¡Eucaristía, consuelo infinito en este lento viaje hacia la Gloria!

Cuando los enemigos de Cristo van a crucificarle, no huye, se queda en el regalo de un inefable banquete, hecho manjar nuestro. Y no se satisfizo con los insultos del Calvario; se resignó, además, a las iniquidades del sacrilegio. Sabe que Judas le vende, y, sin

³⁹⁸ Imaginamos es el que en 1935 estaba, el escritor Isidro Gomá y Tomás.

³⁹⁹ Se refiere al obispo de entonces, Fray Albino G. Menéndez-Reigada.

embargo, le ofrece su Cuerpo y su Sangre. San Juan comulga. Pero también comulga Judas. Y Judas, que ha visto hace poco a Cristo arrodillado a sus pies, y que ha sentido sobre su carne el contacto de las manos divinas, ¡no muere de arrepentimiento! Judas es un miserable.

Cenemos con el Amado en la gloria de su Pascua. Acerquémonos al convite con la virginidad de San Juan o con la penitencia de San Pedro.

¡Si pudiese, Señor, aniquilar todas mis pasadas claudicaciones! ¡Si pudiese acercarme a tu cena, divino Nazareno, con el alma virgen, como se acercó Juan! ¡Límpíame, Dios mío, como limpiaste al profeta David!

Y quedaré más blanco que la nieve de las cumbres. ¡Santifícame, Señor, como un día santificaste el corazón de Agustín! Que este barro mío se revista cada vez más de luz. Que la larva de mi pensamiento se torne mariposa de tu sagrario. ¡Acuérdate, Señor, de mis tinieblas, cuando expires en la Cruz!

Un poeta condensó toda la teología sacramental de la Eucaristía en la plástica maravilla de unos versos inmortales, que cuanto más se leen, se asombra más el pensamiento. Aquellos versos son el epitalamio del convite. En ellos se dieron un abrazo eterno el fondo y la forma. Solo pudo crearlos el que había escrito la más honda teología de la Eucaristía. Quien, como Santo Tomás de Aquino⁴⁰⁰, plasmó el ingente prodigio de la *Suma Teológica*. Más allá de esta, únicamente la visión beatífica. ¡Versos divinos, que supisteis cantar las finezas del Amor hecho comida, cuánto os ama mi espíritu! ¡Qué de regaladas ternuras destiláis en el alma! ¡Cuántas cosas queridas me evocáis! ¡Os amo como a los temblores de las estrellas!

Un pintor del Renacimiento sintió la grandeza augusta de esta Cena memorable. Y la describió con la poderosa magia lumínica de su genio latino. *La Cena* es la maravilla donde puso Leonardo el estremecimiento de su místico espíritu de artista y la destreza infinita de su pincel famoso. Leonardo de Vinci, como Tomás de Aquino, se arrodilló ante el augusto Sacramento. La Poesía y la Pintura.

El poeta medieval y el pintor renacentista tuvieron categoría de símbolos. Eran la Edad Media y el Renacimiento que se arrodillaban.

Sebastián PADRÓN ACOSTA
Sta. Cruz de Tenerife, Abril 1935

⁴⁰⁰ Véase "El poeta de la Eucaristía" y "Poeta y teólogo", el 27 de marzo y el 8 de abril, respectivamente, de 1931.

- 24 de abril

Pascua de Resurrección

Las tinieblas se han rasgado en una clara epifanía de gloria. Las campanas, que en épocas de epopeya, anunciaron junto a las efemérides religiosas las conquistas de las estirpes reales, renuevan su júbilo interrumpido durante el luto de la Esposa. Desbórdanse torrentes de luz a través de la ojivas y rosetones góticos. Los ventanales abren de nuevo la policromía de sus láminas hagiográficas, como folios de biblias iluminadas. La Iglesia se inunda de luz. Desapareció el color penitente de los ornamentos. El tisú de plata recamado de flores de oro pone ante nuestros ojos la blancura de la pureza pascual. Las casullas son blancas como la sábana en que envolvieron el Cuerpo sacratísimo los amigos de Jesús.

El júbilo de la primavera se une al júbilo de la Pascua de Resurrección. La luz es más intensa. La tierra abre en un derroche de perfumes y claridades todos los pebeteros de sus rosas. Las fuentes cantan y las cascadas. Palpitan en el aire –azul y oro– de la mañana las exultantes palabras del ángel: "Resucitó; no está aquí".

Es la aurora de la Resurrección. Alborea el día tercero de la sepultura de Cristo. Siéntese el estremecimiento de un terremoto. El ángel remueve la piedra. Y Cristo resucita entre orgías de luz. La guardia romana que custodiaba el sepulcro cayó deslumbrada, ciega ante los intensos resplandores que despide el Cuerpo glorioso de Cristo, que surge como sol que se despierta en la cuna –oro y marfil– de Oriente.

Y resucitado le han visto María Magdalena, Simón, Pedro, Juan, las piadosas mujeres, los discípulos. Y se aparece en el Cenáculo, cabe el sepulcro, en el camino de Emaús, junto al lago de Genezaret, en la montaña de Galilea. Y Cristo habla a los Apóstoles, comunícales la potestad de perdonar los pecados, come delante de ellos, les envía a predicar el Evangelio. Han visto a Cristo, lo han oído, han tocado su Cuerpo. El testimonio no puede ser más irrefragable.

El sepulcro está vacío, porque el Cadáver lo ha abandonado. El templo destruido, se reedificó en tres días.

La Resurrección de Cristo es el fundamento de nuestra resurrección. "Si Cristo no hubiese resucitado –afirma San Pablo– sería inútil nuestra predicación y pueril vuestra fe". Si la Resurrección de Cristo es argumento de su divinidad, es también la rúbrica de nuestro rescate. Cristo, resucitando, ha vencido a la Muerte. Triunfó el Libertador. Y con Él, nosotros.

Por esto, la Iglesia vístese hoy con claridades de aurora, semejantes a las que envolvieron el Mundo en los días primeros de la Creación. Por esto irradia una blancura naciente y primitiva la fiesta Pascual. La Esposa de Cristo se apresura a saludarlo con el esplendor de sus galas. Toda la poesía del *Cantar de los Cantares* se derrama sobre la Esposa. La Iglesia canta con desbordamiento inusitado. La Liturgia esparce sus júbilos y claridades. Sobre el Mundo caen los esplendores de una pompa nupcial. Alegría en la Naturaleza y en las almas. Los cielos se han abierto como un inmenso rosetón gótico.

Diríase que recientemente han nacido todas las cosas. El Vencedor de la Muerte ha sellado la restauración de la Naturaleza caída. Se ha consumado la obra rehabilitadora. Vayamos tras la carroza triunfal del Vencedor. Resucitemos en el júbilo de esta clara Pascua de Resurrección.

Sebastián PADRÓN ACOSTA
Sta. Cruz de Tenerife, Abril 1935

- 28 de agosto

El poeta y yo⁴⁰¹

A Febles Mora, fervorosamente

La tarde cae desde la inmensidad como respiración de lo infinito. El sol se viste de oro viejo. Y es tan sutil, tan aérea la urdimbre de su vestidura, que el sol me parece que está desnudo. Desnúdanse los montes en la lejanía malva. Azul está el mar, tan idealmente azul como si estuviese en la paleta de Murillo en el momento en que el artista sevillano –sonrisa de carne pura– plasmara la castidad de sus Vírgenes maravillosas. El cielo es una enorme cúpula bizantina, cuyas secciones triangulares están allá, en el horizonte, y allá, en la crestería de la cordillera violeta.

De las alturas desciende un silencio tan inmenso, tan hondo, que diríase que Dios va a hablar.

Estamos solos Juan Ramón Jiménez, yo y Platero.

Juan Ramón Jiménez vino envuelto en los jirones de luz de Sorolla, y cabalgando sobre la plata gris de los lomos de Platero.

Tengo un libro entre mis manos: *Platero y yo*, fragancia de antes con colores de ahora, la quimera montada sobre Clavileño, que se adorna de recientes cascabeles sonoros.

La mariposa de mi infancia se despierta y ante mi alma, *cargada de viejas estampas*, abre la mágica policromía de sus alas encendidas. Y pasan en sonoro tropel azul mis quimeras inconscientes de antes, que sonrían ante mis quimeras conscientes de ahora. Mis ojos contemplan desde este atardecer mío, crucificado de angustias y de luces y de soledades el pasar del mundo de antes, risa de niño en crepúsculo de plata. Y la carga de entonces, leve y frágil: altares de cartón, soldados de plomo, estampas, trompos, cornetas... va pasando a la plata gris de los lomos de Platero, que se ríe de mí y de mis juguetes, al paso que su risa me deja ver "las largas habichuelas de sus dientes amarillos".

Con el alborozo de esta frágil carga, me olvido de la otra, de la carga que gravita hoy sobre el pensamiento de todo hombre civilizado, de este hombre de ahora que es Atlas y Prometeo.

Mi yo de antes llénase de júbilo, salta sobre las páginas del libro evocador que tiene como aristas de cristal, y desea cabalgar sobre los lomos de Platero, que me mira asombrado, dilatando las abiertas claraboyas de sus ojos *cargados de estampas*.

Las cláusulas del libro, juguetonas como chiquillas, traviesas, se fugan de las páginas en una fuga ideal, se encienden bajo la rosada luz de la tarde y corretean con la brisa, enloquecidas, por entre los *empolvados geranios en flor*.

⁴⁰¹ Según cuenta Vicente Borges en "Maestro y signo", su contribución al tributo dedicado a Padrón Acosta tras su muerte en *La Tarde* (6 de junio de 1953), el presbítero solía leerles a los niños a los que daba clases partes de *Platero y yo*.

Sobre las páginas del libro –albas como sueños de vírgenes y como frentes de niños– ha caído el rocío de mis lágrimas. Mi mundo de ahora –problemas– llora por mi mundo de antes –sonrisas–. Y ambos se dan un abrazo nostálgico, que se rompe en una cascada de besos y en un rodar de lágrimas.

Yo, sobre un arroyo hecho de lluvia, en la paz de una noche cuajada de silencio y de estrellas, ansío romper en mil pedazos la luna con mis pies, como una noche la rompiera Platero con sus grises patas peludas.

El sol va desangrándose, desangrándose. Las montañas no son ya de color violeta, sino que se han puesto unas grises capuchas monacales.

Leo el último capítulo del libro: "A Platero, en el cielo de Moguer". Los contornos de las cosas se esfuman en un gris que presto será negro.

Cuando leo la última frase del poeta, una mariposa cansada, pero fulgurantes aún de oro las sutiles alas de seda, viene desde una lejanía rosa, a posarse sobre la postrer página del libro.

Es mi infancia, que resucita al conjuro mágico de las palabras del poeta para al instante volver a morirse en los lagos en miniatura de los ojos llenos de luz de Platero.

Cierro el libro y pienso que el escritor es un niño que juega con unas sutiles *cometas* multicolores que prendidas con impalpables hilos de luz se pierden en el fugitivo cielo azul de los sueños.

¡Palabras, *cometas* ideales, líricos juguetes míos de ahora, mis únicos juguetes, volad, volad persistentes en esta noche sin estrellas de mi vida!

Sebastián PADRÓN ACOSTA
Sta. Cruz de Tenerife, Agosto 1935

- 1 de septiembre

Elogio de la celda

A José Rial, con predilección

El poeta vuelve a ti su pensamiento, celda blanca de caminos ideales.

Eres flor de penitencia, nacida a orillas del sendero, de este sendero erizado de aristas de cristal. Al filo de la medianoche te acurrucabas temblorosa de divinos silencios y te dormías en los brazos de plata de la luna.

Cuando la aurora con sus manos de raso recogía los fúnebres cortinajes de las sombras, por ideales caminos de luz, el sol se llegaba a ti con un beso de oro.

Cuando la noche, transida de silencio con su frente nimbada de estrellas, dormía, a tu ventana abierta al rumbo de los divinos sortilegios, venía el perfume oriental de los naranjos en flor, testigos mudos de mi coloquio con los astros que temblaban arriba como lágrimas azules.

Bajo las noches transparentes, la luna se abría como una rosa de plata sobre el cristal del estanque dormido en el cual se miraban las rosas como púdicas doncellas en flor. Y pétalos de luz calan sobre la blanca frescura de los castos azahares.

Fuiste la cuna de mis sueños de oro, y el mármol de muchas cosas mías. En ti nació mi ambición, y en tus puros senos de virgen arrullaste mi adolescencia febril.

¡Cuántas veces desperté, sobresaltado, entre el abrigo de tus brazos solitarios y tembló mi carne al sentir que las estrellas, desde tan lejos, me besaban!

Todo mi lírico tesoro lo guardas tú, celda blanca de ventana abierta a los naranjos en flor y al estanque dormido tras cuya lámina de cristal no pensaba yo en aquella hora rosa que se escondiese el limo.

¿Dónde fueron aquellos sueños míos que se vistieron con harapos de luz en el secreto de tus rincones que guardan la mitad de mi vida?

Dios te puso en el sendero de mi adolescencia como una rosa de luz. Y fuiste como la flor del cardo crucificada de espinas y florida de gotas azules. Bajo tus alas escuché las palabras de oro del silencio y me dijo sus secretos de soledad. En tus brazos erizados de cilicio murieron muchas cosas mías. Desde tu ventana, abierta a las claras noches de estrellas, huyeron doradas mariposas, en las que yo, incauto, creí un día.

Fuiste fragua en que se forjó mi vida. Y hubo entonces regios troqueles. Y divinos forjadores que tenían haces de estrellas en sus manos de poetas y de santos. Forjadores silenciosos y sonoros –Francisco de Asís, Juan de la Cruz– que escribían versos y llenaban en sus cabezas augustas nimbos de oro venidos de lejanías azules por donde resbalaban mundos de luz.

Después he visto el rodar cercano de las cosas. ¡Cuánta miseria que yo desconocía me ha salido al camino! He oído junto a mí el grito de los siete pecados capitales, que, envueltos en túnicas de oro para así resultar mejor su inmensa podredumbre, han pasado en veloces corceles como alucinantes genios de la tempestad.

Cabe el lecho del moribundo escuché la palabra rota de la angustia humana. Y ha pasado el honor con traje de meretriz. Y la justicia, vendiéndose, como una prostituta, al primer postor. Y la adulación, luciendo sus arreos de cortesana en decadencia. Y el dinero, comprando la hidalguía y asaltando el poder. Y la multitud sentada en el sitial de la grandeza. Y también he visto otra cosa: ¡cómo, cubiertas de harapos, mendicantes, olvidadas en un rincón solitario, lloraban de vergüenza la verdad y la justicia!

Y ante esta entronización del dinero, vi cómo volvían a sonreír, divinamente cáusticos, Francisco de Quevedo, el fresco Arcipreste de Hita, el bilioso Luis de Góngora y el britano William, el de Sylock, el inmenso y divino William. He sentido la tentación de creer que tenía razón la saladísima y fresca musa del Arcipreste: con el dinero todo se compra. Pero no, falta algo en ese mercado de las cosas humanas. El decoro de los que nacieron con alas.

El limo del estanque dormido en aquella noche de plata manchaba ahora el rostro del hombre, que nació rey y se ha empeñado en no serlo.

El limo puede enlutecer hasta la seda blanca de la luna.

En este inmundo rodar de decadencias, ¿quién no busca de nuevo tus versos, amado poeta del Carmelo, y tus manojos de estrellas y tus halos de oro y tus estrofas de luz y tus cilicios, enfebrecido poeta de Asís?

Celda silenciosa que amaron reyes y pordioseros, místicos y soldados, tu silencio es un jirón de cielo arrancado al cielo de Dios.

El poeta vuelve a ti sus ojos, sepulcro donde han perecido tantas cosas amadas un día.

Si el poeta torna a ver el aéreo tisú de plata de la luna sobre el cristal del estanque dormido, ya sabe que tras la castidad lunar se puede esconder la impudicia del légamo.

Celda mía escondida y silenciosa cabe el jardín de los naranjos en flor, blanca y perfumada como la celda de Fernando de Villalaz⁴⁰², aderézate con el tul de plata de la luna, corónate con diadema de azahares, y arrodíllate bajo este infinito nimbo de estrellas, en el silencio de esta noche olorosa de madre selvas, que vamos a rezar los dos.

¿No ves cómo los astros van escribiendo con letras de diamante arriba, en los folios azules, el nombre divino?

Sebastián PADRÓN ACOSTA
Sta. Cruz de Tenerife, Sepb. 1935

⁴⁰² Personaje de *El amor de los amores*, el gran éxito de Ricardo León.

- 8 de septiembre

El hechizo de la gracia

Hija de los dioses, favorita de los griegos, gracia, ¿dónde ocultas tu esencia intangible? ¿Cómo podré aprisionarte entre las garras del pensamiento, si eres tan leve, tan inefable, tan fugitiva?

Vibras en el esplendor de las rosas que se atavían con una pompa que no tuvo la Corte de Salomón. Estás en la ola, que, rompiéndose contra la roca basáltica, se levanta como surtidor de encendidas espumas; estás en el polen de luz que cae de los astros, en la blancura pascual de los corderos, copos de nieve bajo la grana del Poniente; estás en la risa de los niños, en las madejas de oro que resbalan, sobre frentes de alabastro, en los ojos que sonrían, en el raso vivo de la azucena, engolada de blanco, como una novia el día de sus desposorios.

¿Cómo no amarte, si te plasmaron las manos del Divino Alfarero?

Jugueteas en los peplos de las estatuas de Atenas, en la casta desnudez de las esculturas maravillosas. Te esculpió en mármol el buril de aquel griego divino que se llamó Fidias. Vives en las rapsodias en que Homero cantó el mito de los dioses, en los diálogos en que Platón supo dar eternidad al pensamiento; vives en la volutas de los capiteles jónicos, y en la plástica maravilla de los mármoles del Partenón.

¿Cómo no amarte, si te amaron los griegos, la raza predilecta de los dioses, el pueblo eterno, el elegido de las Musas?

Sonríes en los labios entreabiertos de la enigmática mujer pintada por Leonardo, el mago del Renacimiento, artista multiforme que dejó la brujería perpetua de una boca que no acaba de sonreír. Palpitás, aérea y luminosa, en la carne humana de Murillo, que "había nacido para pintar el cielo", y te enciendes de no sé qué luz inefable en las madonas de Rafael. Quedaste prendida en el lujo asiático de los trajes regios con que Antonio Van Dick vistió las figuras, añiñadas y principescas, de Guillermo II de Orange y de María Estuardo. Te iluminas, mística, en los halos de oro que coronan las cabezas de los ángeles, en los lienzos de Fra Angélico, "que pintaba el cielo de rodillas"⁴⁰³.

Pero te amó, acaso más que ningún otro pintor, el melancólico florentino Sandro Botticelli, quien te puso alas, en el temblor de luz y de carnes y de trajes de su inmortal *Alegoría de la Primavera* donde eres túnica que se riza, cabellera que ondula al viento, céfiro que cautiva carnes de seda. Allí están las tres gracias, pero allí estás, sobre todo, tú, gracia imperecedera del Arte.

Allí está la gracia, captada por este pintor que sintió abrirse en su corazón la flor de la melancolía. La tristeza de Sandro es una tristeza suave, racional. Y esta tristeza es, en la vida, como una penumbra, como la sombra en la pintura. Conforta como la grata soledad de un claustro. La otra tristeza, la violenta, la desesperada, la irracional, no está en las obras de Botticelli como no estuvo en el alma del artista. En la vida del hombre la tristeza penumbrosa, a estilo de la de Sandro, es un signo de selección, de elegancia de ideas, de aristocracia espiritual.

⁴⁰³ De *Platero y yo*, de Juan Ramón Jiménez.

¿Cómo no amarte, novia puro de Sandro, gracia alada, si te amaron los monjes medievales, cuando, en el silencio de los cenobios, dejaron sobre la recia hoja de pergamino la gracia de las miniaturas, el primor de las letras iniciales? ¿Cómo no amarte, si tú palpitas, hecha encaje, en la piedra de las catedrales góticas, y en la puerta románica que los artistas del Medievo labraron como iluminada página del Evangelio?

¿Cómo no amarte, si rutilas en las maravillas de la orfebrería, y sostienes entre tus dedos cuajados de finuras y de gemas la Carne del Verbo de Dios? ¿Cómo no amarte, si te amó en los brocados musicales de sus versos Rubén, que sintió, acaso como ningún otro poeta, la divina embriaguez de la palabra?

Gracia, eres perfume intangible, esencia, tibia ala de rosa, óleo de santidad.

Te creó mujer el genio inmenso del divino William Shakespeare. Y así te llamas Cordelia en la desventura infinita de *El Rey Lear*. Y te llamas Porcia frente a la usura de Sylock, el judío de *El Mercader de Venecia*. Y eres la fidelidad conyugal de Hermonia, la esposa de Seontes, de *Cuento de invierno*. Y eres luz de pureza en Desdémona, luz que *Otelo, el moro de Venecia* no ve porque los celos le cierran los ojos. Y eres el amor, hecho eternidad, en Julieta la idolatrada de Romeo. Y eres el amor, convertido en locura, en Ofelia, sueño de *Hamlet, Príncipe de Dinamarca*.

Gracia, con razón, *tienes nombre de mujer*.

Hechizo de las formas, plástico ensueño, curva secreta de la hermosura, novia ideal de Sandro, divina cautiva en los pliegues de la *Victoria de Samotracia*, ¡cómo estremeces mi espíritu de contemplativo, mi corazón, átomo fatigado que piensa y gime a la sombra temblorosa de tus alas augustas!

Sebastián PADRÓN ACOSTA
Sta. Cruz de Tenerife, Spbre. 1935

- 12 de septiembre

Vuelo místico

Las alas son una soberanía. Cada hombre debe creárselas. Todos llevamos virtualmente las alas; es el esfuerzo de nuestra voluntad el que ha de hacerlas brotar. La vida humana no debe ser más que la lucha por la conquista de las alas. El hombre que no vuela, se arrastra. Cuando sobre las alas gravita el cieno, la ascensión se hace imposible. Las aves cerniéndose, majestuosas y libres, en la inmensidad azul, nos invitan a volar.

Las cosas bellas, las cosas puras, o vuelan o nos dicen que volem. Las águilas vuelan. Vuelan los perfumes de las rosas. Vuelan los místicos y los poetas. Vuelan las golondrinas. Vuelan los ángeles y las ideas. Todo lo puro es alado, aunque las alas se escondan.

Cuando, tras secreta labor subconsciente, la inspiración rompe, repentinamente iluminada, todos los diques que la contenían, el pensamiento se desborda, las ideas, las formas bellas vuelan en la comba azul de nuestro mundo cognoscitivo. Llega la hora del vuelo creador. Lo divino bulle dentro de la cárcel de nuestro cerebro encendido. Las ideas tensas, sonoras, ígneas, alumbran como antorchas en una noche de tinieblas. El artista vibra, cual harpa eolia, bajo el poder de la fiebre creadora. La materia se mueve como por arte de magia. Fuerzas biológicas actúan en nosotros, agitando en abismos insondables tentáculos milagrosos y fecundos. Sobre el caos suena el *fiat* creador. Y nacen la estatua, el poema, la ópera, el cuadro. Es la hora radiosa de la inspiración en que ráfagas de infinito cruzan por la frente del hombre que se siente dios, y crea.

Las cimas no pueden conquistarse sino con alas, y estas con esfuerzos, con sacrificios. El hombre cuando llega a las alturas está ya crucificado. El ave, cerniéndose en el espacio, es un emblema del hombre que conquista la cima. Es una cruz viva que vuela. Todos los seres contingentes, para ascender, necesitan alas. Solo Jesús ascendió sin ellas, porque era Dios. El secreto del vuelo sin alas de Jesús, en el día de su gloriosa ascensión, se esconde en el misterio de su divinidad. Subir con las alas del espíritu: he aquí nuestro deber. Después de la fatiga, después del dolor de la lucha por la conquista de las alas, el reposo en las cimas contemplativas del pensamiento es tan exquisito que no se puede describir, como no pudo describirse por Pablo de Tarso lo que este vio en su rapto sobrenatural.

El dulcísimo Platón amaba el prestigio de las alas. Y así, en su maravilloso diálogo *Fedro*, escribe estas bellas palabras: "La fuerza propia de las alas es, por naturaleza, el poder elevar hacia las alturas en que habita la raza de los dioses, a lo pesado. De cuantas cosas tienen relación con el cuerpo, las alas son las que más participan de la naturaleza divina. Mas como lo divino es bello, prudente y bueno, estas

cualidades son las que nutren y fortifican mejor el aparato alado del alma, mientras que los principios contrarios, como lo malo y lo feo, le consumen y le pierden".

Larvas pensantes, desplegad el poder de vuestras alas. No seáis orugas, sino mariposas que vuelan, y liban la miel del ensueño en las cumbres serenas de la belleza. Volad hacia Dios, en un raudo vuelo espiritual. La materia gravita, pero el pensamiento sube.

Ante la maldad ajena, yo me he puesto una cogulla franciscana. Y vivo, solitario, labrando con fervor mis panales. Místico Robinsón, veo desde mi azul isla de ensueño, cómo en la levedad luminosa de la brisa se mecen los místicos incensarios de las rosas. Y mi alma, toda franciscana, las besa.

Sebastián PADRÓN ACOSTA
Tenerife, Septiembre de 1935

- 26 de septiembre

Copa griega

Sutilísimas gasas, temblorosas de lentejuelas de oro, caen sobre el paisaje. Rizan las palmeras en el aire claro la gracia femenina de sus abanicos. Los dragos, hieráticos y adustos, silencian el tesoro de la leyenda milenaria. Y sobre el caserío vuela el ensueño místico de la torre parroquial.

Las viñas se curvan agobiadas de racimos. Redondos granos, ya transparentes como ámbar, ya negros como azabache, ora fugazmente azules. Los altos rodrigones que sostienen la opulencia de las viñas yerguen en el paisaje su risueña paganía de tirsos. Ráfagas de vida retozan en el júbilo de las vendimiadoras, cuyos rostros enciende el sol como un milagro de juventud. Restalla en la atmósfera, cálida y diáfana, la rústica galantería de los vendimiadores que emborrachan el ambiente de risas y de coplas. Incesante trajinar, ir y venir sin tregua. La tierra, en un aleteo materno, exhala un fuerte olor a fecundidad. Embriaga los sentidos el aroma de las rosas y de los jazmines, colgados, como velos de novia, en arcos de follaje. Revuelo de faldas, de risas, de fragancias y mariposas bajo el sol que enciende cada vez más los colores verdes, azules, dorados, del día. ¡Canción luminosa del trabajo, de la fertilidad y de la vida! Mi imaginación cabalga sobre la grupa de los vientos, queriendo traspasar las cimas de los montes, que son como inmensas copas en que el sol vierte el zumo rojo, de oro, de sus viñas. "¡Rubicundo sol que, como un eterno Fausto, torna a ser joven todas las mañanas!". Fiestas y mitos griegos bailan, redivivos, ante los ojos que sueñan y vuelan. Cruzan ráfagas de viento florentino: Benozzo Gozzoli. Y ráfagas de viento español: Velázquez y Goya. Y ráfagas de viento canario: Bonnín, plástico embrujador de lagares tinerfeños. Zumo de viñas, verdura de pámpanos, geometría y floración de tirsos, caras enrojecidas, risas borrachas, lagares rezumantes.

Desde clásicas lontananzas viene como de puntillas el poeta jonio, coronado de rosas, llenos los ojos de escollos. Anacreonte canta el vino, las rosas, la juventud y el amor: cenizas que tiemblan todavía en el oro de sus versos ingravidos.

Anacreonte canta a las viñas. "Cuando cinces esta plata, Hefestos, no me fabriques una panoplia, pues, ¿qué me importa a mí la guerra? Fabricame una copa lo más honda que puedas. No grabes en ella los astros, ni el Carro, ni el triste Orión; ¿qué tienen que ver conmigo las Pléyades y el brillante Boyero? Grábame una viña y sus ramas y sus racimos rezumantes, con el hermoso Lieo, con Eros y con Batilo".

Anacreonte canta las rosas, tan amadas de griegos y romanos, que se coronaban de ellas en los festines. "La rosa es la flor y el perfume de los dioses". "El honor y el encanto de las flores". "El deseo y el primor de la primavera". El poeta griego escribe

acerca de la rosa este bellissimo pensamiento: "De vieja, conserva aún el olor de su juventud".

Anacreonte canta el vino. "Vamos a reír y a beber todos, con la cabellera ceñida de rosas". "Cuando bebo vino se adormecen mis penas".

El poeta hedonista bebía con el fin de olvidar amarguras y preocupaciones. Su alegría era la máscara de las íntimas querellas. Era un triste que ansiaba hundir en el fondo de una copa su infinita congoja. El amor, el vino, la juventud, las rosas, son efímeras, carecen de valor para extinguir la angustia del hombre, en cuyo cerebro arden llamas de deseos infinitos. Después de las orgías, la preocupación del poeta renace. Las rosas se marchitan sobre su frente en la que gravitan destinos eternos. El pensamiento de la muerte, como la *pequeña serpiente alada* de su oda, muerde el corazón del poeta. Es el acíbar que encuentro en el fondo de la cincelada copa griega de su poesía. "Si la abundancia de oro pudiera prolongar la vida, yo amontonaría cada vez más, con objeto de que, al llegar la muerte, lo cogiera y se marchase". "Por eso gimo a menudo, pues temo al Tártaro, el abismo de Edes es horrible. Tremendo es el descanso allá, y habiendo descendido no vuelve ninguno". "Quiero olvidar las preocupaciones antes de mezclarme en las danzas de los muertos". "Dame agua, escancia vino, ¡oh hijo mío!, adormece mi alma. Dentro de poco tiempo, me sepultarás. Un muerto ya nada desea". ¡Y este es el hombre a quien llaman viejo divertido, poeta alegre!

Ante la copa de Anacreonte recuerdo el consuelo, puramente sofístico, del filósofo endemonista, de Epicuro: "Mientras existimos, la muerte no existe, y cuando la muerte existe, nosotros no existimos".

Menguado razonamiento para huir del problema eterno de la inmortalidad que tan trágicamente ha pintado Unamuno en su inmortal libro, denso y fuerte, *Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos*.

La vida no solo es sensación, sino sensación e ideas purificadas del lodo de los caminos. La vida es lucha de perfeccionamiento, ascensión fatigosa. La carcajada no solucionó jamás ningún problema. Y me viene a la memoria ahora esta mordaz frase de otro griego, el divino Platón en su diálogo *Gorgias*: "¿Es que será tal vez una nueva forma de refutación el burlarse de lo que dicen los demás, en vez de dar razones?".

¡Qué contraste entre la delicadeza eterna de los versos del poeta, y la fugacidad de los deleites que busca, entristecido, el hombre! La poesía de Anacreonte ostenta la belleza de una copa griega, primorosamente cincelada, una de aquellas copas que tanto amaba Petronio, el esteta romano, el epicúreo refinado, el escéptico elegante, lleno de sibaritismos y de ironías, como lo retrata el escritor polaco⁴⁰⁴. La poesía de Anacreonte es en la lírica griega lo que en la estatuaria griega es la escultura de Praxíteles.

⁴⁰⁴ Sospechamos haga alusión a Henryk Sienkiewicz, el autor, entre otros, de *Quo Vadis?*

Lo contingente, Anacreonte, no puede calmar la sed insaciable del hombre, antes la exacerba más aún. La frescura eterna está más arriba de esas cosas que tú buscas, cosas que un poeta, español y griego, Fray Luis de León, llamó "cisternas cavadas en tierra con increíble trabajo nuestro", "bienes buscados entre la vileza del polvo con diligencia infinita". El manantial que puede apagar tu sed está allende las estrellas. Y es preciso subir, volar. Tu copa está llena de rosas, de vino, de amor y de juventud, pero también de amargura. ¡Por Júpiter!, que no digan los hombres que eres un viejo divertido, un poeta alegre.

Yo, *incomparable* Anacreonte –como el dulcísimo Platón te apellida en su *Fedro*– no creo en la alegría de tu risa. Como el poeta amado, tú también te bebiste *la lágrima y el vino*.

Sebastián PADRÓN ACOSTA
Sta. Cruz de Tenerife, Sepb. 1935

Índice

1919

La hipocresía.....	13
La escena VI del tercer acto de <i>Arrorró</i>	15
Nocturno.....	16
El silencio de un monasterio.....	19
El recuerdo.....	22
La canción del mar.....	24

1921

Alma sedienta.....	29
Don José Rodríguez Moure.....	31
La asignatura de Religión.....	33
El Kempis.....	35
Siluetas. ¿Quién es ella...?.....	37
Realidad y símbolo.....	38
Castillo interior.....	39
Transigencia e intransigencia.....	41
¡Pardo Bazán ha muerto!.....	42
Mi huerto de azucenas.....	43
La tríada del Arte.....	45
Divagación.....	47
Orador, filósofo y prosista.....	48
Cristo lo dijo y basta.....	50
Rosas de caridad.....	51
La voluptuosidad de la contemplación.....	53
La profanación del amor.....	55
Los misántropos.....	57
Como una blanca paloma herida.....	59
La gran obra de González Díaz.....	61
Plagiario y corrector.....	63
El crepúsculo de los consagrados.....	69
La enfermedad de <i>El Greco</i>	67
La eterna historia de la Humanidad.....	69

Oro de antaño.....	71
El poder del silencio	73
El crucifijo de Roberto.....	75
El ocaso de un historiador.....	78
Cumbres.....	79
El árbol bíblico.....	81
Los dos Franciscos.....	82
La orientación del verdadero feminismo	84
El día de la epopeya	87
¡El placer y el dolor de crear!	88
Nuestras fiestas cívicas	90
El gran mal del siglo XX	92
<i>La casita del Siervo</i>	94
La mujer y Kant.....	96
El Dr. Canetti, apóstol del Sol y de Las Cañadas	98
<i>Tenesor Semidán o D. Fernando Guanarteme</i>	101
Hijo de Apolo y Esculapio.....	104
La voz de los bronce.....	107
La reaparición de <i>Ramiro</i>	109
La tristeza del <i>Quijote</i>	111
Lejanías.....	112
Prejuicio secular.....	114
El Drago de La Laguna.....	115
El apóstol del arbolado	116
Virilidad femenina	119
El culto de la admiración	121
Los ascetas de las sombras	122
La Laguna y su reliquia	124
Ángeles Baudet.....	126
Almas blancas.....	127
La orientación de la curiosidad femenina.....	129
Como una lluvia de oro sobre la aridez del camino.....	131
Los encantos y las seducciones de la distancia.....	133
Las obras completas de Tomás Morales.....	134
Muerte de un inspirado poeta regional	136
María Stuart	140
También florecen los zarzales	143
Isabel la Católica en el descubrimiento del Nuevo Mundo	144
Cumbre femenina (Santa Teresa de Jesús)	147
Del <i>Quijote</i>	149
El almendro de los Estévanez	150
¡Seamos Quijotes del feminismo!.....	152
Montes de Oca García	154

Tomás Morales	156
El cansancio de Fausto.....	158
La prosa teresiana	160
Orotava	162
Puerto de la Cruz	164
El lanzador de tamaras.....	167
La Laguna	169

1922

Los Reyes Magos.....	173
El Cronista de La Laguna (José Rodríguez Moure)	174
Villa de Orotava.....	176
La casita de la ribera	179
La mujer.....	182
El descubridor de las aguas curativas de San Telmo	189
Un viejo convento.....	191
La farsa que pasa	195
Siluetas de Mujeres Canarias. Fernanda Siliuto Briganty	196
Justicia a González Díaz	205
Juan Ferragut	207
Siluetas de Mujeres Canarias. Victoria Ventoso	208
Los ancianos	217
Huyamos, alma mía	218
La Semana de los ritos.....	220
Siluetas de Mujeres Canarias. Lía Tavío de Soto	222
Salterio rumoroso.....	228
La corona de conchas.....	231
El mejor blasón de su escudo.....	233
Las gaviotas	234
Siluetas de Mujeres Canarias. María Joaquina Viera y Clavijo	236
El mar, la mañana y la infancia	244
Heraclio Sánchez Rodríguez.....	247
Castilla hacia el mar.....	250
El monarca de los campos	252
La inmensidad.....	254
La ironía.....	256
Siluetas de Mujeres Canarias. Dolores Pérez Martel.....	257
Manuel Verdugo	260
La carabela.....	265
Mi casita blanca	267
La benéfica institución La Caridad.....	268
Crea y destruye	273

Este viejo castillo.....	275
Siluetas de Mujeres Canarias. Victorina Bridoux Mazzini	277
Arlequines.....	285
Perspectivas	287
Icod de los Vinos	289
España y América.....	291
Del pensamiento, de la forma y del dolor.....	292
Levantemos el espíritu.....	293
Fra Angélico de Fiésole.....	296
Apellidomanía.....	298
Las aureolas del dolor.....	300
Un libro de González Díaz	302
Los contempladores de estrellas	304
<i>El alma de los niños</i> (Libro de Suárez León)	306
La estulticia endiosada.....	308
Los hombres-catafalcos	309
El velero.....	310
El arte de ser irónico	312

1923

Los Reyes Magos.....	317
Formulismo social	319
Mariano de Cavia.....	320
Burbujas.....	322
Maese Zoilo habla, pero Aristarco calla.....	325
La palmera	327
Cumbres nevadas	329
[Sin título].....	331
La carcajada	332
Un gran visionario	334
¡Gloria a Dios en las alturas!	336
La careta.....	338
La salutación matinal.....	340
Sonrisas, muecas.....	342
¡Me quieren matar!	344
Los niños.....	346
El silencio	348
Caballería andante	349
[Sin título].....	351
La tijera.....	352
¡Acércate, acércate...!	353
El Valle florecido.....	355

<i>Manantiales en la Ruta</i>	357
La envidia	359
La señora de Sócrates	360
¡Quiero morir con Don Quijote!	362
El sol se pone	364
El arte de las alfombras.....	366
Tribunos y caudillos	368
Los sabios de pega	370
Los barcos de vela	372
Ciencia, arte y mercadería	374
Diógenes	376
[Memoria de La Caridad 1922-1923]	378
La cortesana	385

1924

San Francisco de Sales.....	389
-----------------------------	-----

1926

Comentarios breves	393
Delincuencia infantil.....	395

1927

Divagación.....	399
-----------------	-----

1929

Con gesto revolucionario	403
La crítica y la ironía.....	405
<i>Aplastemos al infame</i>	407

1930

El poeta de la Eucaristía	411
Él.....	416
Los pinos de El Hierro.....	418
Los dioses falsos	421
Poeta y teólogo	423
Un rebelde.....	428
Sobre el cráter del Teide	430
La sombra de Judas.....	434

El Golfo	436
Los comensales del festín	440
Don José Salazar Hernández	442
El loco de la chistera.....	444
Una salvajada.....	445
Las armas del combate	446
Tránsito	448
La propaganda de ideas	449
Palabras de la Juventud Republicana.....	452
La hoja de la Juventud Republicana	454

1931

Un robo literario a Pedro Mata	457
--------------------------------------	-----

1932

Peraza de Ayala	461
La musa del Arcediano	463
La orgía de la luz	464

1933

Pueblo de simpatías: Los Silos	467
<i>La Fragancia Cautiva</i>	469
El mirador de las clarisas	471
La parodia de los cuervos	473
La lengua de los dioses	475
La isla de La Palma.....	477
Las águilas sobre Inglaterra	479
Cabeza de mendigo.....	482
La servidumbre palatina	484
La blanca pascual	486
El Poeta de San Marcos	488

1934

La Musa de Anchieta	493
Cumbre y Abismo.....	498
La obra de Manrique y el Ateneo de La Laguna	500
El juguete trágico	502
La Santa Cruz y la cultura	505
Espigas y blasones	508

1935

Las poetisas isleñas.....	513
Rocas y espumas.....	522
Ensayo sobre la poesía de Manrique	527
Las multitudes ante Judas	539
La Cena.....	542
Pascua de Resurrección	545
El poeta y yo	547
Elogio de la celda.....	549
El hechizo de la gracia.....	551
Vuelo místico.....	553
Copa griega.....	555

